

LA TORRE OSCURA VI

STEPHEN KING

CANCIÓN DE SUSANNAH



Lectulandia



La diabólica Mia se ha apoderado del cuerpo y parte de la mente de Susannah para que dé a luz a su hijo. Para ello, la obliga a viajar al Nueva York del año 1999, un mundo que aterroriza a Mia y donde necesita a Susannah para sobrevivir.

También a Nueva York llegan Jake, Ancho y el padre Callahan, con el propósito de rescatar a Susannah y proteger una parcela, aquella donde crece un rosal que es mucho más que un símbolo. La suya será una búsqueda desesperada, pues una vez nacida la criatura, Mia no va a necesitar a Susannah.

Mientras tanto, en el verano de 1977 en Maine, Eddie y Roland se enfrentan al escritor Stephen King, que se había olvidado de ellos después de los cuatro primeros volúmenes de sus aventuras y en cuyas manos está su futuro.

Canción de Susannah arrastra al lector en un gran crescendo cuyo desenlace está en el aire. Y es que las fuerzas del mal acechan y el final se acerca...

Lectulandia

Stephen King

Canción de Susannah

La Torre Oscura - VI

ePub r1.0

Titivillus 26.05.16

Título original: *The Dark Tower VI: Song of Susannah*

Stephen King, 2004

Traducción: Laura Martín de Dios & Verónica Canales

Ilustraciones: Darrel Anderson

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CANCIÓN DE SUSANNAH

LA TORRE OSCURA V

STEPHEN
KING

CANCIÓN DE SUSANNAH



ILUSTRADO POR
DARREL ANDERSON

TRADUCCIÓN DE
LAURA MARTÍN DE DIOS
Y VERÓNICA CANALES

Se
epublibre



Para Tabby, que supo cuándo había finalizado



ILUSTRACIONES

- 1 ... DESTELLOS DEL RAYO
VERDE
- 2 ÉL VIO LAS PUERTAS,
POR LO MENOS UNAS MIL
- 3 GIGANTESCAS FORMACIONES
ROCOSAS SERRABAN
EL CIELO
- 4 «¡AL SUELO», GRITÓ ROLAND
- 5 ... FIRMÓ CON SU NOMBRE
CON UN RÁPIDO GARABATO
- 6 SUSANNAH CIERRA LOS OJOS
- 7 DENTRO DE UN BOSQUE DE
ROSTROS VIGILANTES
- 8 ... EL KA VIENE A MÍ
- 9 EL NÚMERO DOS DE LA PLAZA
DAG HAMMARSKJÖLD
- 10 DEL CUELLO DE LA CAMISA
EMERGÍA LA CABEZA
DE UN PÁJARO



Váyanse pues. Hay otros mundos aparte de estos.

JOHN CHAMBERS, «JAKE»

Soy una muchacha de penar constante en mis días no he visto más que problemas por todo el mundo estoy destinada a vagar en mi camino no aparece ningún amigo...

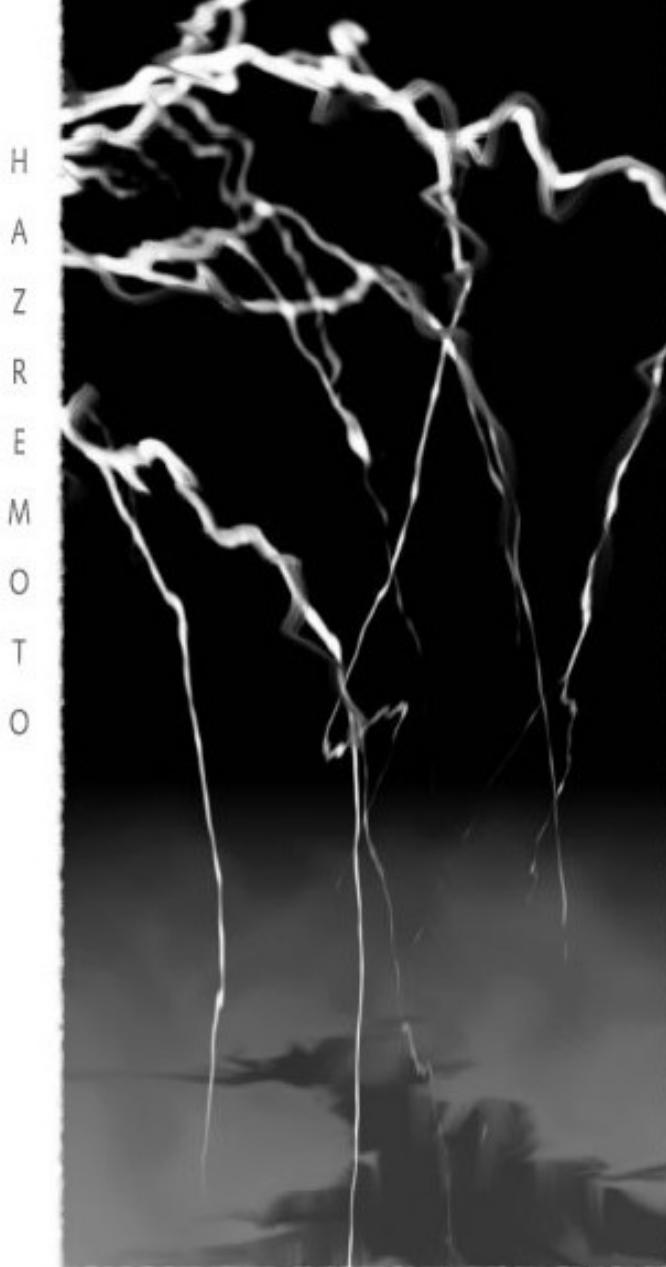
Tradicional

Justa es cualquier cosa que Dios deseé hacer.

LEIF ENGER, *Un río de paz*

REPRODUCCIÓN

19



1.^ª ESTROFA



UNO

—¿Cuánto tiempo durará la magia?

Al principio, nadie respondió la pregunta de Roland y por eso volvió a hacerla, esta vez dirigiendo la mirada al otro lado del comedor de la rectoría, donde Henchick de los mannis estaba sentado con Cantab, quien había contraído matrimonio con una de las muchas nietas de Henchick. Los dos hombres estaban cogidos de la mano, como era costumbre entre los mannis. El hombre de más edad había perdido a una nieta ese día, aunque si lloraba su pérdida, las emociones no afloraban en su rostro pétreo y sereno.

Junto a Roland, sin coger la mano de nadie, callado y espantosamente pálido, se encontraba sentado Eddie Dean. A su lado, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, estaba Jake Chambers. Se había puesto a Acho en el regazo, un gesto que Roland no había visto antes y que no habría creído que el bilibrambo permitiera. Tanto Eddie como Jake estaban salpicados de sangre. La de la camisa de Jake pertenecía a su amigo Benny Slightman. La de la camisa de Eddie era de Margaret Eisenhart, otrora Margaret Sendarroja, la nieta perdida del anciano patriarca. Tanto Eddie como Jake parecían tan cansados como se sentía Roland, aunque este último estaba seguro de que esa noche no habría descanso para ellos. Desde la distancia, desde el pueblo, llegaban el rumor de los fuegos de artificio, los cantos y las celebraciones.

Allí no había nada que celebrar. Benny y Margaret estaban muertos, y Susannah había desaparecido.

—Henchick, decidme, os lo ruego: ¿cuánto durará la magia?

El anciano se mesó la barba de forma distraída.

—Pistolero, Roland, no sabría deciros. La magia de la puerta de esa cueva está fuera de mi alcance. Como vos sabréis.

—Decidme lo que opináis. Basándoos en lo que sí sabéis.

Eddie levantó las manos. Estaban sucias, tenía sangre bajo las uñas y le temblaban.

—Decid, Henchick —sugirió Eddie, hablando con una voz acallada y extraviada que Roland jamás había oído—. Hablad, os lo ruego.

Rosalita, la mujer para todo al servicio del padre Callahan, entró con una bandeja. Llevaba unas tazas y jarra con café humeante. Al menos ella había encontrado tiempo para cambiarse los tejanos y la camisa ensangrentados y polvorrientos y ponerse un

vestido de andar por casa, aunque todavía tenía la mirada horrorizada. Los ojos se le salían del rostro como animalillos asomando por sus madrigueras. Sirvió el café y pasó las tazas sin mediar palabra. Ella tampoco se había limpiado toda la sangre, Roland se dio cuenta cuando tomó una de las tazas. Tenía una mancha en el dorso de la mano derecha. ¿Era sangre de Margaret o de Benny? Roland no lo sabía; ni le importaba mucho. Los lobos habían sido derrotados. Podían o no volver a Calla Bryn Sturgis; eso era asunto del ka. Ellos se tenían que encargar de Susannah Dean, quien había desaparecido en el momento posterior a la batalla, llevando la Trece Negra consigo.

Henchick dijo:

—¿Preguntáis por el kaven?

—Sea, padre —admitió Roland—. Por la persistencia de la magia.

El padre Callahan cogió una taza de café con un gesto de asentimiento y una sonrisa distraída, pero sin una palabra de agradecimiento. Había hablado poco desde que habían regresado de la cueva. En el regazo tenía un libro titulado *El misterio de Salem's Lot*, escrito por un hombre del que nunca había oído hablar. Se suponía que era una obra de ficción, pero él, Donald Callahan, aparecía en el libro. Había vivido en el pueblo del que se hablaba en sus páginas, había participado en los acontecimientos que narraba. Había mirado la contracubierta y la solapa trasera en busca de la foto del autor con la extraña certeza de que contemplaría una versión de su rostro devolviéndole la mirada (seguramente con el aspecto que tenía en 1975, cuando esos acontecimientos habían tenido lugar), pero no había foto alguna, tan solo una nota sobre el autor que contaba muy poca cosa. Vivía en el estado de Maine. Estaba casado. Había escrito un libro con anterioridad, con muy buenas críticas a juzgar por las citas que aparecían en la contracubierta.

—Cuanto mayor es la magia, más persiste —respondió Cantab y a continuación miró a Henchick con gesto interrogante.

—Sea —admitió Henchick—. La magia y la atracción son la misma cosa, y se despliegan desde atrás —hizo una pausa—, desde el pasado, a vos os consta.

—Esta puerta se abrió en muchos lugares y en muchas épocas en el mundo del que provienen mis amigos —comentó Roland—. Yo la abriría otra vez, pero solo en los dos últimos mundos. Los dos más recientes. ¿Eso puede hacerse?

Esperaron a que Henchick y Cantab lo pensaran. Los mannis eran grandes viajeros. Si había alguien que supiera si se podía hacer, si había alguien que supiera hacer lo que Roland quería, lo que todos ellos querían, eran esos tipos.

Cantab se inclinó con gesto reverente en dirección al anciano, el dñh del Calla Sendarroja. Le susurró algo. Henchick escuchó con el rostro impertérrito, hizo girar la cabeza de Cantab con una mano avejentada y llena de nudos, y le susurró la respuesta.

Eddie se movió y Roland tuvo la sensación de que estaba a punto de dejarse llevar, tal vez de empezar a gritar. Posó una mano de contención sobre el hombro de

Eddie y el muchacho se calmó. Al menos por el momento.

La consulta susurrada continuó durante al menos cinco minutos mientras los demás esperaban. A Roland le resultaba difícil soportar el rumor de la celebración en la lontananza; sabe Dios cómo estarían haciendo sentirse a Eddie.

Al final, Henchick le dio una palmadita a Cantab en la mejilla y se volvió en dirección a Roland.

—Creemos que se puede hacer —anunció.

—Gracias a Dios —musitó Eddie. A continuación dijo en voz más alta—: ¡Gracias a Dios! Vámonos de aquí. Podemos reunirnos con ustedes en el Camino del Este...

Los dos barbudos sacudieron la cabeza, Henchick con una suerte de profunda pena, Cantab con ojos casi horrorizados.

—No iremos a la Cueva de las Voces en la oscuridad —advirtió Henchick.

—¡Tenemos que ir! —soltó Eddie—. ¡No lo entiende! No se trata simplemente de cuánto tiempo durará o dejará de durar la magia, se trata del tiempo en el otro lado. Allí transcurre más deprisa, y en cuanto se acabe, ¡se acabó! Por Dios santo, Susannah podría estar teniendo al bebé ahora mismo, y si es una especie de caníbal...

—Escuchadme, joven amigo —lo interrumpió Henchick—, y escuchadme bien, os lo ruego. El día está próximo a su fin.

Eso era cierto. Jamás en toda su experiencia, Roland había vivido un día que se le escapase con tanta rapidez entre los dedos. Se había producido la batalla contra los lobos a primera hora, poco después del alba; luego habían empezado las celebraciones en el camino por la victoria y el duelo por las bajas (que habían sido increíblemente pocas, teniendo en cuenta cómo habían ido las cosas). Después se habían dado cuenta de que Susannah había desaparecido; la caminata hasta la cueva y lo que habían descubierto allí. Cuando habían vuelto del campo de batalla en el Camino del Este, ya era pasado el mediodía. La mayoría de los habitantes del pueblo se habían marchado, llevando a sus hijos salvados con aire triunfante. Henchick había accedido de buen grado a garlar, pero cuando habían regresado a la rectoría, el sol estaba situado en el lado que no tocaba del cielo.

«Al final vamos a echar un sueñecito», pensó Roland y no sabía si sentirse contento o decepcionado. Aunque sí sabía que no le vendría mal dormir.

—Escucho y oigo —dijo Eddie, pero Roland seguía con la mano apoyada en su hombro, y sentía cómo temblaba el joven.

—Aunque quisiéramos hacerlo, no podríamos convencer a un número suficiente de personas que accedieran a acompañarnos —explicó Henchick.

—Vos sois su dinh...

—Sea, así lo llamáis, y eso supongo que soy, aunque no es esa la palabra que usamos, os consta. En la mayoría de las cosas me han seguido, saben la deuda que tienen con vuestro ka-tet por este día de trabajo y os dirán gracias de todas las formas posibles. Pero no ascenderían por esa senda ni entrarían a ese lugar encantado una

vez caída la noche. —Henchick sacudía la cabeza lentamente y con gran seguridad—. No, eso no lo harán.

»Escuchadme, joven. Cantab y yo podemos volver al Kra-ten de Sendarroja mucho antes de que sea noche cerrada. Allí convocaremos a nuestros semejantes al Tempa, que es para nosotros lo que la Sala de Reuniones para el desmemoriado. —Miró por un instante a Callahan—. Os pido perdón, padre, si os he ofendido al llamaros así.

Callahan hizo un gesto de asentimiento con la cabeza sin levantar la mirada del libro, al que no paraba de dar vueltas y más vueltas en las manos. Lo habían protegido con un forro de plástico, como suele ocurrir con las primeras ediciones de gran valor. El precio escrito a lápiz con pulso débil era 950 dólares. Se trataba de la segunda novela escrita por un joven. Callahan se preguntó qué lo hacía tan valioso. Si se hubieran topado con el propietario del libro, un hombre llamado Calvin Torre, seguramente se lo habría preguntado. Y ese no sería más que el principio de su interrogatorio.

—Explicaremos qué es lo que queréis y pediremos voluntarios. De los sesenta y ocho hombres del Kra-ten de Sendarroja, creo que todos a excepción de cuatro o cinco accederán a colaborar, a unir sus fuerzas. Se formará un khef poderoso. ¿Así es como lo llamáis? ¿Khef? ¿Lo de compartir?

—Sí —respondió Roland—. Lo llamamos compartir el agua.

—Ese número de hombres no cabe en la entrada de la cueva —observó Jake—. Ni aunque la mitad de ellos se subieran a hombros de la otra mitad.

—No es necesario —advirtió Henchick—. Llevaremos a los más fuertes al interior, a los que llamamos remitentes. Los demás puede alinearse en el camino, cogidos de la mano, plomada con plomada. Llegarán antes de que el sol acabe de asomar por encima del tejado mañana. De eso doy fe con mi sello.

—De todas formas necesitaremos esta noche para reunir nuestros imanes y plomadas —dijo Cantab.

Buscó con la mirada a Eddie como pidiendo perdón y con algo de miedo. El joven sentía un tremendo dolor, de eso no había duda. Y era un pistolero. Un pistolero podía actuar por cuenta propia, y cuando lo hacía, jamás era a ciegas.

—Podría ser demasiado tarde —comentó Eddie en voz baja. Miró a Roland con sus ojos color avellana. En ese momento estaban inyectados en sangre y apagados por el agotamiento—. Mañana podría ser demasiado tarde aunque la magia todavía no haya desaparecido.

Roland abrió la boca y Eddie levantó un dedo.

—No digas ka, Roland. Si vuelves a decir ka, te juro que me explotará la cabeza. Roland cerró la boca.

Eddie se volvió hacia los dos hombres barbudos con capas oscuras de estilo cuáquero.

—Y no podéis asegurar que la magia permanecerá, ¿verdad? Lo que esta noche

podría estar abierto, mañana podría estar cerrado a cal y canto para siempre. Y ni todos los imanes ni las plomadas de los mannis podrían abrirla.

—Sea —respondió Henchick—. Pero vuestra mujer se llevó la bola mágica, y sin importar lo que vos creáis, Mundo Medio y las Tierras Fronterizas están mucho mejor sin esta.

—Vendería mi alma por recuperarla, por tenerla en mis manos —sentenció Eddie con claridad.

Todos parecieron sorprendidos al escucharlo, incluso Jake, y Roland sintió una profunda urgencia de decirle a Eddie que debía retirar lo dicho, que debió callárselo. Existían fuerzas poderosas que obraban en contra de la búsqueda de la Torre, fuerzas oscuras, y la Trece Negra era su más claro sigul. A lo que se podía dar un buen uso, también se le podía dar uno contrario y las curvaturas del arco iris poseían su propia atracción maléfica, sobre todo la Trece Negra. Tal vez fuera la suma de todas. Aunque la hubieran poseído, Roland habría luchado para que no llegase a las manos de Eddie Dean. En su estado de afligido desconsuelo, la bola o bien lo destruiría o bien lo convertiría en su esclavo en cuestión de minutos.

—Una piedra podría beber si tuviera boca —declaró Rosa con sequedad, sobresaltándolos a todos—. Eddie, dejando la magia a un lado, piensa en el camino que sube hasta allí. Luego piensa en cinco docenas de hombres, muchos de ellos casi tan ancianos como Henchick, uno o dos ciegos como murciélagos, intentando llegar hasta allí ya caída la noche.

—La roca —dijo Jake—. ¿Recuerdas la roca por la que tuviste que deslizarte, con los pies colgando por el precipicio?

Eddie asintió a regañadientes. Roland notó cómo intentaba aceptar lo que no podía cambiar. Buscaba a tientas la sensatez.

—Además, Susannah Dean es una pistolera —recordó Roland—. Puede cuidarse sola durante un tiempo.

—No creo que Susannah siga teniendo el control —replicó Eddie—, ni tú tampoco. Al fin y al cabo es el bebé de Mia y será ella quien esté al mando de todo hasta que el bebé... el chaval llegue.

En ese momento, Roland tuvo un presentimiento y, como muchos de los presentimientos que había tenido con el paso de los años, resultó ser cierto.

—Puede que estuviera al mando cuando se marcharon, pero puede que no haya logrado mantener el control.

Callahan habló por fin, levantando la vista del libro que lo tenía ensimismado.

—¿Por qué no?

—Porque no es su mundo —aclaró Roland—. Es el mundo de Susannah. Si no encuentran una forma de colaborar, puede que mueran juntas.

Henchick y Cantab regresaron al clan Sendarroja, primero para hablar con los ancianos congregados (todos hombres) sobre la misión realizada ese día y para contarles, a continuación, cuál era el pago requerido a cambio. Roland se fue con Rosa a su cabaña. Se divisaba en la colina, por encima del retrete antaño impecable que ahora estaba prácticamente en ruinas. En el interior de ese retrete, inútil centinela erguido, se encontraban los restos de Andy el Robot Mensajero (muchas otras funciones). Rosalita desnudó a Roland lentamente y por completo. Cuando el hombre estuvo tal como había llegado al mundo, Rosalita se tendió junto a él sobre su cama y le dio un masaje con sus aceites especiales: aceite de gato para sus dolores, una mezcla más untuosa y ligeramente perfumada para sus partes más sensibles. Hicieron el amor. Se corrieron juntos (la clase de casualidad física que los tontos dan por sentada), mientras escuchaban el estallido de los petardos que llegaba desde la calle mayor del Calla y los escandalosos gritos de las yentes, la mayoría de ellas algo más que achispadas, a juzgar por la bulla.

—Duerme —le sugirió ella—. Mañana no volveré a verte. Ni yo, ni Eisenhart, ni Overholser, ni nadie del Calla.

—Entonces, ¿tienes el don de la visión? —preguntó Roland.

Parecía relajado, incluso de buen humor, pero incluso cuando había estado dentro de ella, envuelto en su calor, empujando sin parar, el tormento por Susannah no había abandonado ni un momento su pensamiento: un miembro de su ka-tet, y perdido. Aunque solo se hubiera tratado de eso, habría sido suficiente para impedir que descansara o se relajara de verdad.

—No —respondió Rosa—, pero de vez en cuando tengo presentimientos, como cualquier mujer, sobre todo cuando su hombre se está preparando para partir.

—¿Eso soy para ti? ¿Tu hombre?

La mirada de Rosa fue tímida y firme.

—Sea, durante el breve tiempo que has estado aquí, me gusta verlo así. ¿Creéis que ando errada, Roland?

Roland sacudió la cabeza sin demora. Estaba bien volver a ser el hombre de una mujer, aunque solo fuera por un breve período de tiempo.

Ella se dio cuenta de que su respuesta era sincera, y la expresión de su rostro se dulcificó. Le dio una palmadita en la mejilla.

—Nos bien hallamos, Roland, ¿verdad? Bien hallados en el Calla.

—Ea, señora.

Ella le tocó lo que quedaba de la mano derecha de Roland, luego la cadera derecha.

—¿Cómo van esos dolores?

A ella no le iba a mentir.

—Me están matando.

Rosa asintió con la cabeza, luego lo cogió de la mano izquierda, la que Roland había conseguido mantener alejada de las langostruosidades.

—¿Y esta?

—Bien —respondió, aunque sentía un profundo dolor. Un dolor acechador, que esperaba el momento de aflorar. Lo que Rosalita llamaba el chasquido seco.

—¡Roland! —exclamó ella.

—Sí?

Los ojos de Rosa lo miraron con calma. Ella seguía cogiéndole la mano izquierda, tocándosela, escudriñando sus secretos.

—Acaba lo que tienes entre manos en cuanto puedas.

—¿Es ese tu consejo?

—Sea, corazón. Antes de que lo que tienes entre manos acabe contigo.

TRES

Eddie estaba sentado en el porche trasero de la rectoría cuando llegó la medianoche y lo que ese pueblo llamaría por siempre jamás el Día de la Batalla del Camino del Este pasó a la historia (después de lo cual pasaría a convertirse en leyenda... suponiendo siempre que el mundo se mantuviera de una pieza el tiempo suficiente para que esto ocurriera). En el pueblo, el bullicio de la celebración había ido subiendo de volumen hasta tornarse febril, hasta que Eddie empezó a preguntarse en serio si no le habrían prendido fuego a toda la calle mayor. ¿Es que acaso le hubiera importado? Ni una pizca, diría gracias y, además, que os vaya bien. Mientras Roland, Susannah, Jake, Eddie y tres mujeres —que se hacían llamar hermanas de Oriza— hicieron frente a los lobos, los demás miembros del Calla habían permanecido o bien agazapados en el pueblo por el miedo o en el campo de arroz junto a la ribera. Con todo, en cuanto pasaran diez años, ¡incluso cinco!, se contarían unos a otros cómo un día de otoño se les acabó la paciencia y lucharon codo con codo con los pistoleros.

Eddie creía que no era justo, parte de él sabía que no lo era, pero en toda la vida se había sentido tan desamparado, tan perdido y, en consecuencia, tan miserable. Se obligó a no pensar en Susannah, a no preguntarse dónde estaba ni si su niño diabólico ya habría nacido, aunque se descubrió pensando en ella de todas formas. Susannah se había ido a Nueva York, de eso estaba seguro. Pero ¿a qué cuándo? ¿La gente se trasladaba en coche de caballos iluminada por la luz de las lámparas de gas o iba volando por ahí en taxis antigravitatorios conducidos por robots de North Central Positronics?

«¿Seguirá viva?».

Habría desestimado esa idea de haber sido posible, pero la mente puede ser muy cruel. No paraba de verla en alguna zona de los bajos fondos de Alphabet City, con una esvástica grabada en la frente y un cartel que dijera «Recuerdos de tus amigos de Oxford Town», colgado del cuello.

La puerta de la cocina de la rectoría se abrió a sus espaldas. Oyó la suave pisada

de unos pies descalzos (tenía el oído muy fino, entrenado como los demás miembros de su equipo de asesinos), y el chasquido de unas pezuñas. Jake y Acho.

El muchacho se sentó junto a su lado en la mecedora de Callahan. Todavía estaba vestido y llevaba su agarradera. Dentro de ella se encontraba la Ruger que Jake le había robado a su padre al escaparse de casa. Y ahora había hecho correr ríos de... bueno, no de sangre. Todavía no. ¿De aceite? Eddie sonrió con timidez. No tenía ninguna gracia.

—¿No puedes dormir, Jake?

—Ake —repitió Acho, y cayó sobre los pies de Jake con el hocico posado sobre las membranas que tenía entre las zarpas.

—No —respondió Jake—. No dejo de pensar en Susannah. —Hizo una pausa y a continuación añadió—: y en Benny.

Eddie sabía que eso era normal, el chico había visto con sus propios ojos cómo su amigo saltaba en pedazos, por supuesto que estaba pensando en él. Pese a todo, Eddie sintió una pequeña punzada de celos, como si toda la preocupación de Jake debiera haberse reservado para la esposa de Eddie Dean.

—Ese niñato de los Tavery —comentó Jake—. Fue culpa suya. Le entró miedo, echó a correr y se rompió el tobillo. De no haber sido por él, Benny seguiría vivo. —Y con una voz muy grave que habría helado el corazón del chico en cuestión si este lo hubiera escuchado (Eddie no lo dudó ni por un momento), Jake añadió—: El puto... Frank... Tavery.

Eddie estiró una mano, que no pretendía ser un consuelo aunque eso fue, y le tocó la cabeza al muchacho. Tenía el pelo largo. Necesitaba un buen lavado. ¡Por Dios! Necesitaba un corte. Necesitaba una madre que velase porque lo llevara aseado. Aunque no había ninguna madre en ese momento, no para Jake. Entonces se produjo un pequeño milagro: el hecho de prestar consuelo hizo que Eddie se sintiera mejor. No mucho mejor, pero sí un poco.

—Olvídalo —le aconsejó—. Lo hecho, hecho está.

—Ka —añadió Jake con amargura.

—Ka-lla, ka —dijo Acho sin levantar el hocico.

—Amén —concluyó Jake, y se rio. La risa resultó perturbadora por su frialdad. Jake cogió la Ruger de su agarradera hecha en casa y la miró—. Esta pasará, porque viene del otro lado. Eso es lo que dice Roland. Las demás también podrán pasar, porque no vamos a entrar en exotránsito. Si no pasan, Henchick las guardará para su uso futuro en la cueva y tal vez podamos volver a buscarlas.

—Si acabamos en Nueva York —empezó a decir Eddie— allí habrá un montón de armas. Y las encontraremos.

—No como las de Roland. De verdad espero que pasen. No queda ningún arma como esta en ningún mundo. Eso es lo que creo —dijo Jake.

También era lo que creía Eddie, pero no se molestó en decirlo. Desde el pueblo llegó el estruendo de una traca de petardos, luego se hizo el silencio. Se estaban

calmando las cosas por allí abajo, por fin se calmaban. Al día siguiente sin duda se celebraría una fiesta en la dula de veinticuatro horas, una continuación del festejo del día de hoy, pero con un poco menos de borracheras y un poco más de sentido común. Esperarían a Roland y a su ka-tet como invitados de honor, aunque si los dioses de la creación eran buenos y la puerta se abría, se habrían marchado. Para ir en busca de Susannah, para encontrarla. Olvida lo de buscarla, para encontrarla y punto.

Como si Jake le hubiera leído el pensamiento (y podía hacerlo, se le daba muy bien lo del toque), dijo:

—Sigue viva.

—¿Cómo lo sabes?

—Si hubiera desaparecido, lo hubiéramos sentido.

—Jake, ¿puedes tocarla?

—No, pero...

Antes de que pudiera terminar la frase, se oyó un poderoso estruendo procedente del suelo. De pronto, el porche empezó a ascender y a caer como un barco en mar gruesa. Las tablas comenzaron a crujir. De la cocina llegó el traqueteo de la porcelana como si se tratara de unos dientes castañeteando. Acho levantó la cabeza y gimió. Su carita de zorro adquirió una cómica expresión de sorpresa con las orejas echadas hacia atrás. En la sala de Callahan, algo se cayó y se hizo añicos.

Lo primero que pensó Eddie, de forma ilógica pero firme, fue que Jake había matado a Suze por el simple hecho de declarar que seguía viva.

Durante un instante el temblor se intensificó. Una ventana se hizo añicos pues el marco se salió de su sitio. Se escuchó una explosión en la oscuridad. Eddie supuso, y no se equivocaba, que había sido el retrete en ruinas, que se había desplomado por fin. Eddie se había levantado sin darse cuenta. Jake estaba de pie a su lado, cogiéndole de la muñeca. Eddie había desenfundado la pistola de Roland y en ese momento ambos estaban listos, como si fueran a empezar a disparar.

Se produjo un estruendo final procedente de las profundidades de la tierra, y, a continuación, el porche enmudeció bajo sus pies. En determinados puntos clave a lo largo del Haz, la gente se estaba despertando y mirando a su alrededor, aturdida. En las calles de uno de los cuántos de Nueva York, se habían disparado unas cuantas alarmas de coches. Los periódicos del día siguiente informarían de un terremoto de poca intensidad: ventanas rotas, pero ninguna víctima mortal. Tan solo una pequeña sacudida del fundamentalmente sólido lecho rocoso.

Jake estaba mirando a Eddie, con los ojos abiertos como platos. Lo sabía.

La puerta se abrió a sus espaldas y Callahan salió al porche vestido con un finísimo calzoncillo blanco que le llegaba a las rodillas. Salvo aquello, lo único que llevaba puesto era el crucifijo de oro colgado del cuello.

—Ha sido un terremoto, ¿no? —preguntó—. Una vez sentí uno en el norte de California, pero no había vuelto a experimentarlo desde que llegué al Calla.

—Ha sido mucho más que un puñetero terremoto —respondió Eddie y señaló con

el dedo.

El porche cerrado estaba orientado al este donde el horizonte se iluminaba por una artillería silenciosa que lanzaba ráfagas de rayos verdes. En la colina, por debajo de la rectoría, la puerta de la pequeña habitación de Rosalita se abrió con un crujido y luego se cerró de golpe. Roland y ella subieron juntos la colina. Ella llevaba un vestido camisero y el pistolero un par de tejanos, ambos caminaban descalzos sobre el rocío.

Eddie, Jake y Callahan descendieron hasta donde se encontraba la pareja. Roland estaba mirando fijamente los ya debilitados parpadeos de los rayos en el este, donde los esperaba la tierra de Tronido y la Corte del Rey Carmesí y, en los confines del Mundo Final, la mismísima Torre Oscura.

«Si... —pensó Eddie—... si todavía se mantiene en pie».

—Jake acababa de decir que si Susannah hubiera muerto, lo sabríamos — comentó Eddie—. Que se produciría lo que llamáis un sigul. Y luego ha ocurrido esto. —Señaló con el dedo la parcela de jardín del padre donde había surgido un nuevo montículo y se había abierto una grieta en el suelo de unos tres metros que dejaba al descubierto los labios marrones y fruncidos de la tierra. En el pueblo ladraba una coral de perros, pero no se oía a las yentes, al menos de momento; Eddie supuso que muchos de ellos debían de dormir durante lo ocurrido. El sueño de los victoriosos borrachos.

—Pero esto no ha tenido nada que ver con Suze, ¿no?

—No de forma directa, no.

—Ni ha sido el nuestro —añadió Jake— o el daño hubiera sido mucho mayor. ¿No creéis?

Roland asintió con la cabeza.

Rosa miró a Jake con una mezcla de desconcierto y pavor.

—¿No ha sido nuestro qué, chico? ¿De qué estás hablando? ¡Un terremoto no ha sido, eso seguro!

—No —reconoció Roland—, ha sido un hazremoto. Uno de los Haces que sostiene la Torre, que lo sostiene todo, ha cedido. Se ha partido.

Incluso bajo la tenue luz de los cuatro fogariles parpadeantes colocados en el porche, Eddie vio que el rostro de Rosalita Muñoz quedaba exangüe. Se santiguó.

—¿Un haz? ¿Uno de los Haces? ¡Di que no! ¡Di que no es verdad!

Eddie recordó el lío que se montó durante un partido de béisbol hacía muchos años. Recordó la queja de algún mocoso: «Di que no es verdad, Joe».

—No puedo —replicó Roland—, porque sí lo es.

—¿Cuántos de esos Haces hay? —preguntó Callahan.

Roland miró a Jake e hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza: «Recita la lección, Jake de Nueva York, habla y di la verdad».

—Seis Haces que conectan doce pórticos —informó Jake—. Los doce pórticos que se encuentran en los confines de la tierra. Roland, Eddie y Susannah en realidad

empezaron su búsqueda desde el Pórtico del Oso y me recogieron a mí entre ese lugar y Lud.

—Shardik —añadió Eddie. Estaba contemplando los últimos parpadeos de los rayos del este—. Así se llamaba el oso.

—Sí, Shardik —corroboró Jake—. Así que nos encontramos en el Haz del Oso. Todos los Haces confluyen en la Torre Oscura. ¿Nuestro Haz, al otro lado de la Torre...? —Miró a Roland en busca de ayuda. Roland, a su vez, miró a Eddie Dean. Al parecer, incluso a esas alturas, Roland no había acabado con sus enseñanzas del Camino del Eld.

Eddie tampoco vio la mirada o tal vez decidiera ignorarla, pero Roland no iba a dejar que le tomaran el pelo.

—¿Eddie? —masculló entre dientes.

—Nos encontramos en la Senda del Oso, el Camino de la Tortuga —dijo Eddie en tono distraído—. No tengo ni idea de qué importancia tiene eso ahora puesto que no vamos a ir más allá de la Torre, pero al otro lado está la Senda de la Tortuga, el Camino del Oso. —Y recitó lo siguiente:

*¡Ved a la tortuga de tremenda grandeza!
Sobre su caparazón sostiene la tierra,
de pensamiento lento, pero con buenas intenciones;
nos tiene a todos en sus cavilaciones.*

En ese momento, Rosalita siguió el poema:

*Sobre su caparazón sostiene lo verdadero,
allí el amor y el deber se unieron.
Ama la tierra y ama el mar,
y a un niño como yo es capaz de amar.*

—No es exactamente así como lo aprendí de pequeño y se lo enseñé a mis amigos —apuntilló Roland—, pero es algo bastante parecido, doy fe con mi sello.

—El nombre de la Gran Tortuga es Maturin —prosiguió Jake, y se encogió de hombros—. Si es que eso importa.

—¿No hay forma de saber qué Haz se ha partido? —preguntó Callahan, estudiando la cara de Roland con atención.

Roland sacudió la cabeza.

—Lo único que sé es que Jake tiene razón... no ha sido el nuestro. Si lo hubiera sido, nada seguiría en pie en cientos de kilómetros a la redonda de Calla Bryn Sturgis.

—O tal vez nada a miles de kilómetros... ¿Quién podía asegurarlo?—. Los mismísimos pájaros habrían caído del cielo, desplomados y envueltos en llamas.

—Hablas del Armagedón —dijo Callahan con voz grave y preocupada.

Roland volvió a sacudir la cabeza, pero no para negar lo escuchado.

—No conozco esa palabra, padre, pero hablo de muchas muertes y destrucción,

eso sí. Y en algún lugar, tal vez en el Haz que conecta el Pez a la Rata, eso mismo es lo que acaba de suceder.

—¿Estás seguro al cien por cien de que eso es cierto? —preguntó Rosa con un hilo de voz.

Roland asintió en silencio. Ya había pasado antes por esto, cuando Gilead había caído y la civilización, tal como él la entendía entonces, había llegado a su fin. Cuando se había visto abocado a errar junto a Cuthbert, Alain, Jamie y los otros pocos miembros del ka-tet que quedaban. En aquel entonces, uno de los seis Haces se había partido y con casi total seguridad no había sido el primero.

—¿Cuántos Haces quedan que sostengan la Torre? —preguntó Callahan.

Por primera vez, Eddie parecía interesado en algo que no fuera el destino que había corrido su esposa perdida. Estaba mirando a Roland con algo que prácticamente parecía atención. Y ¿por qué no? Al fin y al cabo, esa era una pregunta crucial. «Todas las cosas sirven al Haz», decían, y aunque lo cierto era que todas las cosas servían a la Torre, eran los Haces los que la sostenían. Si se partían...

—Dos —contestó Roland—. Yo diría que, como mínimo, tienen que quedar dos. El que pasa por Calla Bryn Sturgis y otro más. Pero sabe Dios cuánto tiempo aguantarán. Incluso sin que los disgrigadores los ataquen, dudo que aguanten mucho más. Debemos darnos prisa.

Eddie se había puesto en tensión.

—Si estás insinuando que sigamos sin Suze...

Roland negó con la cabeza con impaciencia, como diciéndole a Eddie que no fuera un necio.

—No podemos vencer a la Torre sin ella. Por lo que yo sé, tampoco podemos vencerla sin el chaval de Mia. Está en manos del ka, y en mi tierra se solía decir que «El ka no atiende ni a razones ni a emociones».

—Estoy de acuerdo con ese dicho —comentó Eddie.

—Podría surgirnos otro problema —anunció Jake.

Eddie lo miró con el ceño fruncido.

—No necesitamos otro problema.

—Lo sé, pero... ¿Y si el terremoto ha bloqueado la entrada de la cueva? ¿O si...? —Jake dudó, a continuación dijo a regañadientes lo que de verdad temía—: ¿O si la ha derrumbado?

Eddie se acercó, agarró a Jake por la camisa y la arrugó cerrando el puño.

—No digas eso. Ni lo pienses.

Entonces oyeron las voces procedentes del pueblo. Roland supuso que las yentes debían de haberse reunido una vez más en la dula. Más adelante supuso que ese día, con su noche, sería recordado en Calla Bryn Sturgis durante miles de años. Así sería si la Torre permanecía en pie.

Eddie le soltó la camisa a Jake y le dio una palmadita en el lugar por donde lo había agarrado, como para borrar las arrugas. Intentó esbozar una sonrisa que le dio

aspecto de débil y viejo.

Roland se volvió hacia Callahan.

—¿Con todo esto, los mannis se presentarán mañana, padre? Usted conoce a esa panda mejor que yo.

Callahan se encogió de hombros.

—Henchick es un hombre de palabra. Que pueda conseguir que los demás mantengan su palabra después de lo que acaba de ocurrir... eso, Roland, eso sí que no lo sé.

—Será mejor que lo consiga —sentenció Eddie con gravedad—. Será mejor que lo consiga.

Roland de Gilead dijo:

—¿Quién quiere jugar a Miradme?

Eddie lo miró con gesto de incredulidad.

—Nos quedaremos despiertos hasta que despunte el alba —anunció el pistolero—. Hay que matar el tiempo.

Así que jugaron a Miradme, y Rosalita ganó una partida tras otra al tiempo que iba sumando puntos en una pizarra sin sonrisas de triunfalismo... sin expresión alguna que pudiera ser interpretada por Jake. Al menos, no al principio. Jake sintió la tentación de usar el toque, pero había llegado a la conclusión de que utilizarlo para nada que no fuera verdaderamente importante era incorrecto. Utilizarlo para ver más allá de la cara de póquer de Rosa hubiera sido como verla desnuda. O ver cómo Roland y ella hacían el amor.

Con todo, a medida que el juego fue avanzando y el noreste por fin empezó a clarear, Jake supuso que sabía lo que Rosa estaba pensando, porque era lo mismo que estaba pensando él. En cierto modo, todos ellos tenían esos dos últimos Haces en mente, desde ese momento hasta el final.

A la espera de que uno, o los dos, se partiese. Sin importar que estuvieran siguiendo el rastro de Susannah o que Rosa estuviera preparándose la cena, ni siquiera que Ben Slightman estuviera llorando la muerte de su hijo allá en el rancho de Vaughn Eisenhart... todos ellos estaban pensando en ese preciso instante en lo mismo: solo quedaban dos, y los disgrigadores trabajaban día y noche para partirlos, corroyéndolos, matándolos.

¿Cuánto quedaba hasta que acabase todo? ¿Y cómo acabaría? ¿Oirían el tremendo estruendo de aquellas enormes piedras color pizarra en el momento en que se desplomaran? ¿Se desgarraría el cielo en dos como un retal de fina tela para escupir las monstruosidades que habitaban la oscuridad del exotránsito? ¿Habría tiempo para gritar? ¿Habría algo después de la vida, o incluso el Cielo y el Infierno quedarían arrasados tras la caída de la Torre Oscura?

Jake miró a Roland y le envió un pensamiento con toda la claridad de la que fue capaz: «Roland, ayúdanos».

Y recibió un pensamiento como respuesta, que le llenó la mente de frío consuelo

(¡ah!, pero el consuelo servido frío era mejor que ningún consuelo en absoluto): «Si puedo».

—Miradme —anunció Rosa, y mostró sus cartas. Tenía Varitas Mágicas, la jugada más alta, y la carta que estaba encima era Madame Muerte.

ESTROFA: *Commala-ven-ven*
Un joven con pistola también.
El joven perdió su miel
cuando ella se fugó sin él.

RESPUESTA: *¡Commala-ven-uno!*
¡Ella se la llevó como ninguno!
Y aunque dejó solo al pitufo
Su nene no estaba a punto.

L
A
P
E
R
S
I
S
T
E
N
C
I
A
D
E
L
A
M
A
G
I
A



2.^aESTROFA



UNO

No habría hecho falta que se preocupasen por si el clan manni iba a presentarse o no. Henchick, más adusto que nunca, apareció en la dula del pueblo, el punto de encuentro acordado, con cuarenta hombres. Le aseguró a Roland que esa cantidad bastaría para abrir la Puerta Ignota, si en realidad podía abrirse ahora que eso que él llamaba «el cristal oscuro» había desaparecido. El anciano pidió disculpas por presentarse con menos hombres de los prometidos, aunque no paraba de mesarse las barbas. Cada cierto tiempo lo hacía con ambas manos.

—¿Por qué hace eso, padre, usted lo sabe? —preguntó Jake a Callahan.

Los combatientes de Henchick se dirigían hacia el este montados en una docena de bigas. Detrás de estos, tirados por un par de burros albinos con estrañas orejotas largas y fieros ojos rosados, iba un coche de caballos de dos ruedas cubierto con una lona blanca. A Jake le parecía un enorme recipiente de aluminio de palomitas precocinadas sobre ruedas. Henchick viajaba en ese artilugio solo, mientras se mesaba con pesimismo los pelillos de las patillas.

—Creo que quiere decir que se siente incómodo —respondió Callahan.

—No entiendo por qué. Me sorprende que se hayan presentado tantos, después del hazremoto y todo lo demás.

—Cuando tembló la tierra se dio cuenta de que algunos de sus hombres le tenían más miedo a eso que a su persona. Para Henchick es lo mismo que incumplir una promesa. Y no cualquier promesa, no, sino una que él le había hecho a tu dindh. Ha perdido rostro. —Y sin cambiar el tono de voz para conseguir que le diera una respuesta que de otra forma no le habría dado, Callahan le preguntó a Jake—: ¿Sigue viva la niña de tus ojos?

—Sí, pero está ate... —empezó a decir Jake, pero se tapó la boca.

Miró a Callahan con gesto acusador. Delante de ellos, en el asiento de su vehículo de dos ruedas, Henchick volvió la vista, sorprendido, como si hubieran levantado la voz para discutir. Callahan se preguntó si todos los de aquella maldita historia poseían el toque menos él.

«No es una historia. No es una historia. ¡Es mi vida!».

Aunque resultaba difícil creerlo cuando uno se ha visto descrito en letra impresa como uno de los personajes importantes de un libro con la palabra FICCIÓN en la página de créditos. Doubleday and Company, 1975. Aunque era un libro de vampiros, y todo el mundo sabía que no eran reales. Sin embargo, sí lo habían sido. Y, por lo

menos en alguno de los mundos adyacentes a aquel en el que se encontraban, lo eran.

—No me haga eso —replicó Jake—. No me líe de esa forma. No cuando estamos todos en el mismo bando, padre, ¿de acuerdo?

—Lo siento —se disculpó Callahan. Y a continuación añadió—: Ruego que me perdone.

Jake sonrió desganado y acarició a Acho, que viajaba en el bolsillo delantero de su guardapolvo.

—¿Está...?

El muchacho sacudió la cabeza.

—No quiero hablar de ella ahora, padre. Es mejor que ni siquiera pensemos en ella. Tengo el presentimiento, no sé si es cierto o no, pero sí es intenso, de que algo la está buscando. Si es así, será mejor que no nos oiga. Porque podría hacerlo.

—¿Algo...?

Jake se movió y tocó el pañuelo que Callahan llevaba atado al cuello, al estilo vaquero. Era de color rojo. Luego se puso la mano durante un instante sobre el ojo izquierdo. Durante un segundo, Callahan no entendió qué ocurría, pero enseguida lo comprendió. El ojo rojo. El Ojo del Rey Carmesí.

Se arrellanó en el asiento de la caravana y no volvió a decir nada. Tras ellos, sin decir palabra, Roland y Eddie iban montados a caballo, uno junto a otro. Ambos llevaban sus artillas y sus pistolas, y Jake llevaba la suya en el carro que tenía detrás. Si regresaban a Calla Bryn Sturgis al final del día, no se quedarían durante mucho tiempo.

«Aterrorizada» era lo que había empezado a decir Jake, pero era peor que eso. Terriblemente apagada, terriblemente lejana, y aun así con toda claridad, Jake oía chillar a Susannah. Lo único que esperaba es que Eddie no pudiera oírla.

DOS

De modo que se alejaron de un pueblo que en su gran mayoría dormía por el agotamiento emocional pese al séismo que lo había azotado. Hacía bastante fresco, tanto que en cuanto se pusieron en marcha vieron sus vaharadas y una ligera capa de escarcha que cubría los tallos muertos del maíz. Sobre el Devar-Tete Whye se suspendía una bruma como si se tratara de las vaharadas del mismísimo río. Roland pensó: «Estamos al filo del invierno».

Tras una hora de viaje llegaron a la zona del desfiladero. No se oía nada más que el traqueteo de su paso, el chirrido de las ruedas, las pisadas de los caballos, un sardónico chillido de uno de los asnos albinos que tiraban del carro y, a lo lejos, la llamada de los herrumbreros en vuelo. Se dirigían al sur, si es que todavía podían localizarlo.

Diez o quince minutos después de que la tierra empezara a elevarse a su derecha,

llenándolo todo de riscos, acantilados y mesetas, regresaron al lugar al que, justo veinticuatro horas antes, habían acudido con los niños del Calla y habían librado su batalla. En ese punto había un camino que se bifurcaba desde el Camino del Este y avanzaba serpenteando más o menos hacia el noroeste. En la cuneta del otro lado del camino había una rudimentaria trinchera de tierra. Era el escondite en el que Roland, su ka-tet y las señoras del plato habían esperado a los lobos.

Y, hablando de los lobos, ¿dónde estaban? Cuando abandonaron ese lugar de emboscada, el suelo estaba plagado de cadáveres. Había más de sesenta criaturas, todas enormes y antropomorfas, que habían llegado cabalgando desde el oeste, ataviadas con pantalones grises, capas verdes y máscaras de lobos feroces.

Roland desmontó y se dirigió hacia Henchick, quien se estaba apeando del coche de caballos de dos ruedas con la rigidez y torpeza que da la edad. Roland no hizo esfuerzo alguno para ayudarlo. Henchick no esperaba otra cosa, incluso se hubiera ofendido de no haber sido así.

El pistolero esperó a que el anciano diera a su oscura capa una sacudida para acicalarse, le empezó a hacer la pregunta y a la mitad se dio cuenta de que no habría sido necesario. Unos treinta o cuarenta metros más allá, a la derecha del camino, se veía una gigantesca colina de maizales desarraigados donde el día anterior no había existido elevación montañosa alguna. Roland comprendió que se trataba de un túmulo funerario construido sin ninguna intención respetuosa. No se había molestado en intentar averiguar cómo habían pasado las yentes la tarde del día anterior, antes de empezar la fiesta por la que sin duda estaban durmiendo la mona en ese instante, pero ahora tenía el trabajo que habían realizado ante sus narices. ¿Acaso habían temido que los lobos resucitasen? Roland lo pensó y sabía, hasta cierto punto, que eso era exactamente lo que habían temido. Así que arrastraron los pesados e inertes cuerpos (tanto los caballos plomizos como los plomizos lobos) para llevarlos hasta el maizal, los habían apilado de cualquier manera y los habían cubierto con plantas de maíz desarraigadas. Ese mismo día habían convertido el atud en una pira funeraria. ¿Y si llegaban los vientos del seminon? Roland supuso que la encenderían de todos modos y se arriesgarían a que se produjera una conflagración en la fértil tierra entre el camino y el río. ¿Por qué no? La estación de la cosecha del año había concluido, y no había nada como el fuego para abonar los campos, eso decían los viejos; además, las yentes no descansarían en paz hasta que ese montículo ardiera. Y aun así, no serían muchos los que gustasen de visitar el lugar.

—¡Roland, mira! —advirtió Eddie con una voz temblorosa, entre la pena y la rabia—. ¡Maldita sea, mira eso!

Casi al final del camino, donde Jake, Benny Slightman y los gemelos Tavery habían esperado antes de realizar su último viaje en pos de la seguridad cruzando el camino, había una silla de ruedas hecha añicos, las piezas de cromo brillaban refulgentes bajo el sol y el asiento estaba manchado de polvo y sangre. La rueda izquierda estaba retorcida fuera de lugar.

—¿Por qué habláis con furia? —preguntó Henchick.

Cantab y media docena de ancianos de lo que Eddie llamaba en algunas ocasiones «los Tipos de la Capa» se habían reunido con él. Dos de estos ancianos parecían bastante más viejos que el mismísimo Henchick, y Roland pensó en lo que Rosalita había dicho la noche anterior: «Muchos son casi tan ancianos como Henchick... intentando ascender hasta allí ya caída la noche». Bueno, no era de noche, pero Roland no sabía si algunos de ellos podrían llegar hasta la parte empinada del camino que llevaba a la Cueva de la Puerta, ni qué decir tiene el resto del camino hasta la cima.

—Han traído la silla rodante de vuestra esposa para honrarla y para honraros a vos. Así pues, ¿por qué habláis con furia?

—Porque se supone que no tiene que estar hecha polvo y que mi mujer tiene que estar sentada en ella —respondió Eddie—. ¿Le consta eso, Henchick?

—La furia es la emoción más infructuosa de todas —sentenció Henchick—, resulta destructiva para la mente y dolorosa para el corazón.

Eddie se mordió los labios de tal forma que le apareció una marca blanca bajo la nariz, pero consiguió reprimir una respuesta. Se acercó hasta la maltrecha silla de Susannah —había recorrido cientos de kilómetros desde que la encontraron en Topeka, pero sus días de rodaje habían terminado— y la miró con nostalgia. Cuando Callahan se le acercó, Eddie le pidió con un gesto que se alejara.

Jake estaba contemplando el lugar del camino donde habían derribado y matado a Benny. El cuerpo del chico había desaparecido, por supuesto, y alguien había cubierto la sangre derramada con una capa fresca de oggan, pero, de todos modos, Jake seguía viendo los manchurrones oscuros. Y el brazo amputado de Benny, tendido con la palma de la mano hacia arriba. Jake recordó que el padre de su amigo había salido tambaleándose del maizal y había visto a su hijo ahí tirado. Durante más o menos cinco segundos había sido incapaz de emitir sonido alguno, y Jake supuso que ese tiempo habría bastado para que alguien le dijera a sai Slightman que habían tenido poquísimas bajas: un niño, la esposa de un ranchero muertos y otro chico con un tobillo roto. Pan comido, en realidad. Pero nadie había dicho nada y entonces, Slightman el Viejo había gritado. Jake pensó que jamás olvidaría aquel alarido, al igual que no olvidaría jamás a Benny tendido allí, en la oscura y sangrienta tierra, con el brazo amputado.

Junto al lugar donde Benny había caído había otra cosa cubierta de tierra. Jake no vio más que un destello metálico. Clavó una rodilla en el suelo y desenterró una de las esferas mortíferas de los lobos, esas cosas que llamaban sneetches. Modelo Harry Potter, según llevaban grabado. El día anterior, Jake había sostenido un par de esas en sus manos y las había sentido vibrar. Había escuchado su leve y maléfico zumbido. La que sostenía en ese momento estaba más muerta que una piedra. Jake se irguió y la arrojó al montículo de lobos cubiertos de maíz. La lanzó con tanta fuerza que se lastimó el brazo. Seguramente, le dolería al día siguiente, pero no le importaba.

Tampoco le importaba la mala opinión que Henchick tenía de la furia. Eddie quería recuperar a su mujer; Jake quería recuperar a su amigo. Y aunque cabía la posibilidad de que en algún momento Eddie consiguiese lo que quería, Jake Chambers jamás lo conseguiría. Porque la muerte era el regalo que jamás se agotaba. La muerte, como los diamantes, era para siempre.

Quería seguir adelante, quería dejar atrás ese tramo del Camino del Este. También quería no tener que contemplar la silla vacía y destrozada de Susannah durante más tiempo. Pero los mannis habían formado un círculo alrededor del lugar en que la batalla había tenido lugar y Henchick estaba rezando en voz alta y con tanta rapidez que a Jake le dolía oírlo: era un sonido bastante parecido al chillido de un gorrino asustado. Le hablaba a algo llamado el Paso, le pedía un tránsito seguro hacia aquella cueva y éxito en la empresa sin pérdida de vidas ni de cordura (Jake consideró esa parte de la oración de Henchick especialmente desconcertante, puesto que jamás había pensado en la cordura como algo por lo que se rezara). El jefe también rogó al Paso que diera vida a sus imanes y a sus plomadas. Y al final rezó por el kaven, por la persistencia de la magia, frase que al parecer tenía una fuerza especial para ese pueblo. Cuando hubo terminado, todos dijeron: «Paso sam, Paso kra, Paso can tah» al unísono, y bajaron las manos entrelazadas. Unos cuantos se arrodillaron para garlar un poco más con el verdadero gran jefe. Cantab, mientras tanto, condujo a cuatro o cinco de los más jóvenes hacia el coche de caballos. Retiraron su nívea capota y dejaron al descubierto numerosas y enormes cajas de madera. Plomadas e imanes, supuso Jake, mucho más grandes que los que llevaban colgados al cuello. Habían sacado la artillería pesada para aquella pequeña aventura. Las cajas estaban cubiertas de dibujos, estrellas y lunas, y extrañas formas geométricas, que parecían símbolos cabalísticos en lugar de cristianos. Aunque, por lo que vio Jake, no había razón alguna para pensar que los mannis fueran cristianos. Tal vez parecieran cuáqueros o amish con sus capas, sus barbas y sus sombreros negros de ala redonda, podrían soltar un par de «vos» o «vuesencia» durante la conversación, pero, por lo que Jake sabía, ni los cuáqueros ni los amish habían tenido jamás la costumbre de viajar a otros mundos.

De otro carromato sacaron unas largas varas pulidas. Las insertaron en las vainas metálicas que había en los bajos de las cajas grabadas. Jake se había enterado de que las cajas se llamaban atudes. Los mannis las transportaban como si se trataran de objetos religiosos por las calles de un pueblo medieval. Jake supuso que en cierto sentido sí eran objetos religiosos.

Emprendieron el camino, que todavía estaba plagado de lazos para el pelo, retales y unos cuantos juguetitos. Ese había sido el cebo para los lobos, y los lobos habían mordido el anzuelo.

Cuando llegaron al lugar donde a Frank Tavery se le había quedado trabado el pie, Jake escuchó la voz de su bonita, imbécil e inútil hermanita en la cabeza: «Ayudadle, por favor, sai, os lo ruego». Lo había hecho, que Dios lo perdonase. Y

Benny había muerto.

Jake miró a lo lejos, con una mueca de dolor, a continuación pensó: «Ahora eres un pistolero, tienes que hacerlo mejor». Se obligó a mirar hacia atrás.

El padre Callahan posó una mano sobre su hombro.

—Hijo, ¿estás bien? Estás blanco como la cera.

—Estoy bien —respondió Jake. Se le había hecho un nudo en la garganta, era bastante grande, aunque se obligó a tragarse saliva y se repitió lo que acababa de decir, mintiéndose a sí mismo más que al padre—. Sí, estoy bien.

Callahan hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se pasó la artilla (la desganada mochila de un hombre de pueblo que, en el fondo, cree que no va a ir a ninguna parte) del hombro izquierdo al derecho.

—¿Y qué ocurrirá cuando lleguemos a esa cueva? ¿Si es que podemos llegar?

Jake sacudió la cabeza. No lo sabía.

TRES

El camino estaba bien. Había bastantes pedruscos desprendidos en su recorrido y la marcha resultaba ardua para los hombres que transportaban los atunes, pero, en cierto sentido, su recorrido fue más fácil que antes. El terremoto había desplazado la gigantesca roca que había estado a punto de bloquear la parte de la senda cercana a la cima. Eddie se asomó y descubrió que se encontraba bastante más abajo, hecha añicos. El centro era de una especie de sustancia más brillante, centelleante, algo que, en opinión de Eddie, le daba el aspecto del huevo duro más grande del mundo.

Además, la cueva también seguía allí, aunque había una enorme pila de cantos situada justo delante de la entrada. Eddie se reunió con algunos de los mannes más jóvenes para ayudar a apartarla, tirando puñados de pizarras (algunas de ellas con incrustaciones de granate brillante como si de gotas de sangre se tratase) a un lado. Ver la entrada de la cueva relajó una de las tensiones que había estado oprimiendo el corazón de Eddie, aunque no le gustaba el silencio de la cueva, que en su anterior visita había estado plagada de una puta cháchara constante. Desde algún lugar de lo más profundo de su garganta pudo oír el crispante gemido de una corriente, pero eso fue todo. ¿Dónde estaba su hermano Henry? Henry tendría que haber estado tocando las narices con el tema de cómo los hombres de Balazar lo habían matado y de que todo había sido culpa de Eddie. ¿Dónde estaba su madre, quien debería haber estado dándole la razón a Henry (en un tono igualmente quejumbroso)? ¿Dónde estaba Margaret Eisenhart, quejándose a Henchick, su abuelo, de cómo la habían acusado de desmemoriada y luego la habían abandonado? Esa había sido la Cueva de las Voces mucho antes de haber sido la Cueva de la Puerta, pero las voces se habían silenciado. Y la puerta parecía... «ridícula» fue la palabra que antes se le vino a la cabeza a Eddie. La segunda fue «trivial». Esa cueva había sido otra vez conformada y definida

por las voces que ascendían desde las profundidades; la puerta había resultado ser horrible, misteriosa y poderosa gracias a la bola de cristal, la Trece Negra, que había entrado al Calla a través de ella.

«Pero ahora se ha quedado como estaba, y no es más que una vieja puerta que no —Eddie intentó sofocar la idea, pero no pudo—... va a ninguna parte».

Se volvió hacia Henchick, disgustado por el repentino mar de lágrimas que le había aflorado en los ojos, incapaz de contenerlo.

—Aquí no queda magia —sentenció con la voz rota por la desesperación—. No hay nada detrás de esta puta puerta, más que aire viciado y piedras caídas. Eres un idiota y yo también.

Se oyeron algunos gritos ahogados cuando dijo aquello, pero Henchick miró a Eddie con unos ojos que prácticamente parecían centellear.

—Lewis, Thonnie —exclamó, casi con jovialidad—. Traedme el atud Branni.

Dos robustos muchachos con barba corta y el pelo peinado hacia atrás en largas trenzas dieron un paso adelante. Entre los dos cargaban con un atud de fustaferro, de un metro veinte más o menos, y pesado a juzgar por cómo llevaban las varas. Lo colocaron delante de Henchick.

—Ábrelo, Eddie de Nueva York.

Thonnie y Lewis lo miraron con gesto interrogativo y un tanto asustados. Los mannis mayores, según observó Eddie, estaban a la expectativa con expresión de ansioso interés. Supuso que hacían falta algunos años para acabar imbuido de la extravagante rareza típica de los mannis; Lewis y Thonnie estaban en camino, pero todavía no habían pasado de parecer únicamente peculiares.

Henchick asintió con algo de impaciencia. Eddie se agachó y abrió la caja. Fue fácil, no tenía cerradura. En el interior había un retal de seda. Henchick lo retiró con una floritura digna de un mago y descubrió una plomada sujetada a una cadena. A Eddie le pareció una peonza antigua, y no era ni por asomo tan grande como había esperado. Puede que midiera treinta centímetros de largo desde la afilada punta hasta el extremo superior más ancho y estaba hecha de una madera amarillenta que parecía grasa. Iba unida a una cadena de plata que había sido enrollada alrededor de un saliente de cristal encajado en la tapa del atud.

—Sacadla —ordenó Henchick, y cuando Eddie miró a Roland, el vello que tenía el hombre sobre los labios se abrió y una hilera de perfectos dientes blancos se dejaron ver en una sonrisa de pasmoso cinismo—. ¿Por qué miráis a vuestro dinh, joven lloriquejo? ¡La magia ha desaparecido de este lugar, lo habéis dicho vos mismo! ¿No vais a saber hacerlo funcionar? Bueno... debéis tener ya... no sé... veinticinco años?

Se oyeron risitas de burla de los mannis que estaban lo bastante cerca como para escuchar la broma, muchos de ellos todavía no habían cumplido esa edad.

Furioso con el viejo cabrón, y consigo mismo también, Eddie se acercó a la caja. Henchick alzó la mano.

—No toquéis la plomada. No mientras queráis que se os desborde la nata por un lado y los posos por el otro. Por la cadena, ¿os consta?

Eddie estuvo a punto de coger la plomada de todas formas, ya había hecho el ridículo delante de aquellas personas, en realidad no había razón alguna para no seguir haciéndolo y terminar lo que había empezado, pero miró a los graves ojos grises de Jake y cambió de idea. El viento soplaban con fuerza allá arriba, helaba el sudor que le corría por la espalda tras el ascenso y lo hacía temblar. Eddie volvió a acercarse, cogió la cadena y la desenrolló del saliente con cautela.

—Sácala —ordenó Henchick.

—¿Qué ocurrirá?

Henchick hizo un gesto de asentimiento, como si Eddie por fin hubiera hablado con algo de sentido.

—Eso ya se verá. Sácala.

Eddie lo hizo. A juzgar por el esfuerzo evidente con el que los dos jóvenes habían transportado la caja, se quedó atónito de lo ligera que era la plomada. Levantarla fue como levantar una pluma unida a una cadena de un metro veinte de largo y de finos eslabones. Se puso la cadena entre los dedos y se llevó la mano a la altura de los ojos. Parecía un poco un hombre a punto de presentar un espectáculo de marionetas.

Eddie iba a preguntar a Henchick qué esperaba el anciano que ocurriría, pero antes de poder hacerlo la plomada empezó a moverse hacia delante y hacia atrás, describiendo suaves arcos.

—No soy yo —aseguró Eddie—. Al menos creo que no soy yo. Tiene que ser el viento.

—No creo que sea el viento —comentó Callahan—. No hay golpes de viento que...

—¡Chitón! —exclamó Cantab, y con tamaña mirada censuradora Callahan sí que se calló.

Eddie se encontraba delante de la cueva, con el desfiladero y gran parte de Calla Bryn Sturgis extendidos a sus pies. De un color gris azulado como de ensueño, en la distancia más remota se veía el bosque a través del cual habían llegado hasta donde se encontraban, el último vestigio de Mundo Medio, donde no volverían a ir jamás. El viento soplaban y le retiraba el pelo de la frente. De pronto oyó un zumbido.

Aunque en realidad no lo oyó. El ruido estaba ante sus ojos, en el interior de la mano, la de la cadena sujetada entre los dedos estirados. Estaba en su brazo. Y, sobre todo, en su cabeza.

En el extremo más alejado de la cadena, a más o menos a la altura de la rodilla derecha de Eddie, el balanceo de la plomada se fue haciendo cada vez más pronunciado hasta convertirse en el arco de un péndulo. Eddie notó algo extraño: cada vez que la plomada completaba un balanceo, el ritmo se intensificaba. Era como sostener algo que estuviera siendo movido por una extraordinaria fuerza centrífuga.

El arco se hizo más amplio, el balanceo de la plomada más rápido, el tirón al final

de cada balanceo era cada vez más intenso. Y entonces...

—¡Eddie! —gritó Jake, entre preocupado y asombrado—. ¿Lo ves?

Por supuesto que lo veía. En ese momento, la plomada se estaba volviendo borrosa en el extremo de cada balanceo. Al mismo tiempo, la presión soportada por el brazo —la del peso de la plomada— iba aumentando en intensidad y rapidez. Tuvo que agarrarse el brazo derecho con la mano izquierda para mantenerlo firme, y empezó a balancear las caderas siguiendo el arco de la plomada. De pronto, Eddie recordó dónde estaba, a más de doscientos metros de altitud. Esa cosita pronto lo empujaría hacia un lado si no paraba de moverse. ¿Y si no podía soltar la cadena?

La plomada se balanceó hacia la derecha, dibujando una sonrisa invisible en el aire, ganando peso a medida que llegaba al final del arco. De pronto parecía que el insignificante objeto de madera que había sacado de la caja con tanta facilidad pesara veinte, treinta o cincuenta y tantos kilos. Y cuando se detuvo al final del arco, en equilibrio momentáneo entre el movimiento y la gravedad, Eddie se dio cuenta de que podía ver el Camino del Este a través de este, no solo con claridad, sino aumentado. En ese momento, la plomada Branni volvió a tirar hacia abajo, a caer en picado por el peso. Pero entonces, cuando volvió a empezar, esta vez hacia la izquierda...

—¡Vale, vale, ya lo he pillado! —exclamó Eddie—. Agarradla, Henchick. ¡O por lo menos haced que pare!

Henchick pronunció una sola palabra, una palabra tan gutural que sonó como algo sacado de un pantano de un tirón. La plomada no disminuyó de velocidad al tiempo que describía arcos cada vez más pequeños, sino que simplemente dejó de moverse, y quedó una vez más colgando a la altura de las rodillas de Eddie con la punta orientada hacia sus pies. Durante un instante, el zumbido que sentía en el brazo y la cabeza prosiguieron. A continuación, se detuvieron también. Cuando esto ocurrió, la perturbadora sensación de peso de la plomada se aligeró. La puñetera cosa volvía a pesar lo mismo que una pluma.

—¿Tenéis algo que decirme, Eddie de Nueva York? —preguntó Henchick.

—Sí, os ruego perdón.

Los dientes de Henchick volvieron a aparecer a la vista y brillaron ligeramente entre la frondosidad de su barba para luego desaparecer.

—No sois del todo corto de entendederas, ¿verdad?

—Espero que no —respondió Eddie, y no pudo contener un rápido suspiro de alivio cuando Henchick de los mannis le quitó la fina cadena de las manos.

CUATRO

Henchick insistió en hacer un simulacro. Eddie entendía la razón, pero odiaba todo aquello del preestreno. El transcurso del tiempo había adquirido tintes casi físicos,

como una tela basta que se desliza por la palma de la mano. Sin embargo, permaneció en silencio. Ya había cabreado a Henchick una vez y con eso bastaba.

El anciano llevó a cinco de sus *amigos* (los cinco le parecieron a Eddie más viejos que Matusalén) a la cueva. Les pasó unas plomadas a tres de ellos y unos imanes en forma de concha a los otros tres. Él se quedó la plomada Branni, que casi con total seguridad era la más poderosa de la tribu.

Los siete formaron un círculo a la entrada de la cueva.

—¿No alrededor de la puerta?

—No hasta que tengamos que hacerlo —respondió Henchick.

Lo ancianos juntaron las manos, cada uno de ellos llevaba una plomada o un imán que quedaba justo en el lugar donde se entrelazaban las manos. En cuanto el círculo estuvo completo, Eddie volvió a escuchar el zumbido. Era tan fuerte como el de un altavoz estéreo pasado de decibelios. Vio que Jake se llevaba las manos a las orejas, y el rostro de Roland se tensó por una breve mueca de dolor.

Eddie miró hacia la puerta y vio que había perdido aquella apariencia polvorienta y trivial. Los jeroglíficos grabados en ella volvieron a revelarse con decisión; se trataba de una palabra olvidada que significaba *IGNOTA*. El pomo de cristal brillaba y subrayaba con haces de luz blanca la rosa grabada.

«¿Podría abrirla ahora? —se preguntó Eddie—. ¿Podría abrirla y pasar por ella?». Se respondió que no. Todavía no, en todo caso. Aunque se sentía mucho más esperanzado con todo aquel proceso que cinco minutos atrás.

De pronto, las voces de las profundidades de la cueva recobraron vida, aunque lo hicieron en barullo ensordecedor. Eddie distinguió el grito del joven Benny Slightman pronunciando la palabra «Dogan»; oyó a su madre diciéndole que en ese momento, para coronar su trayectoria de perderlo todo, había perdido a su mujer; oyó a un hombre (seguramente, Elmer Chambers) decirle a Jake que se había vuelto loco, que estaba *fou*, que era *monsieur Lunatique*. Se sumaron otras voces, y otras y otras.

Henchick hizo un marcado gesto de asentimiento a sus colegas. Ellos se soltaron las manos. Al hacerlo, las voces de las profundidades se acallaron en un semimurmullo. A Eddie no le sorprendió que la puerta recuperase de inmediato su apariencia de discreto anonimato; era como cualquiera de las puertas que se ven al pasar por la calle a las que no se dedica un segundo vistazo.

—En el nombre del Señor, ¿qué fue eso? —preguntó Callahan, señalando con la cabeza hacia la oscuridad más profunda donde el suelo descendía—. Antes no era así.

—Creo que, o bien el terremoto o bien la pérdida de la bola mágica han hecho que la cueva se vuelva loca —explicó Henchick con tranquilidad—. De todas formas, no tiene importancia alguna para nuestra empresa en este lugar. —Miró la mochila de Callahan—. En un tiempo fuisteis un hombre errante.

—Así es.

Los dientes de Henchick hicieron una nueva y breve aparición estelar. Eddie comprendió que, en cierto sentido, el viejo cabrón disfrutaba con todo aquello.

—Por la apariencia de su artilla, sai Callahan, se diría que habéis perdido práctica.

—Supongo que me cuesta creer que de verdad vayamos a alguna parte — respondió Callahan, y le ofreció una sonrisa. Comparada con la de Henchick, parecía poco convincente—. Además, ya soy viejo.

Henchick hizo un grosero ruido al oír aquello. Sonó algo así como ¡bah!

—Henchick —dijo Roland—, ¿sabéis qué hizo que la tierra temblara a primera hora de esta mañana?

La mirada azulada del anciano había perdido color, pero seguía siendo afilada. Asintió. En la entrada de la cueva, en una fila que descendía hasta el camino, casi tres docenas de hombres mannis esperaban con paciencia.

—Creemos que ha cedido un Haz.

—Yo también lo creo —coincidió Roland—. Nuestra empresa se torna más desesperada. Preferiría ponerle fin a la cháchara, si a bien tenéis. Acabemos con la garla que sea y luego sigamos con lo que tenemos entre manos.

Henchick miró a Roland con la frialdad con que había mirado a Eddie, pero Roland no apartó los ojos. Henchick frunció el ceño y luego relajó el gesto.

—Sea —dijo—. Como vos deseáis, Roland. Nos habéis prestado un gran servicio, a los mannis y a las yentes desmemoriadas por igual, y ahora os lo devolveremos lo mejor que podamos. La magia sigue aquí, condensada. Lo único que se necesita es una chispa. Nosotros podemos provocar esa chispa, sea, en lo que se tarda en decir «commala». Puede que consigáis lo que deseáis. Por otra parte, puede que todos acabemos en el claro al final de la senda. O en la oscuridad. ¿Entendéis?

Roland asintió en silencio.

—¿Queréis seguir adelante?

Roland permaneció durante un instante cabizbajo y con la mano en la culata de su pistola. Cuando levantó la vista, lucía su personal sonrisa. Era hermosa, cansada, desesperada y peligrosa. Hizo girar la mano izquierda dos veces en el aire: «Adelante».

CINCO

Los atudes fueron depositados en el suelo con cuidado —pues la senda que ascendía hacia lo que los mannis llamaban Kra Kammen era angosta— y sacaron lo que había dentro. Dedos de largas uñas (los mannis solo tenían permitido cortarse las uñas una vez al año) tamborilearon sobre los imanes, produciendo un estridente zumbido que parecía rebanar la cabeza de Jake a modo de cuchillo. Le recordó las campanillas del exotránsito, y supuso que no era nada sorprendente; aquellas campanillas sí que eran el kammen.

—¿Qué significa Kra Kammen? —le preguntó Jake a Cantab—. ¿Casa de las

Campanas?

—Casa de los Fantasmas —respondió Cantab sin levantar la vista de la cadena que estaba desenredando—. No me molestes, Jake, este es un trabajo delicado.

Jake no entendía por qué podía ser delicado, pero hizo lo que le ordenaron. Roland, Eddie y Callahan estaban por dentro de la entrada de la cueva. Jake se reunió con ellos. Mientras tanto, Henchick había colocado a los miembros más ancianos de su grupo formando un semicírculo que rodeaba la parte trasera de la puerta. La parte delantera, con sus jeroglíficos grabados y su pomo de cristal, no tenía vigilancia, al menos de momento.

El anciano se dirigió hacia la entrada de la cueva, intercambió unas palabras con Cantab y luego hizo un gesto hacia la fila de mannen que estaban esperando en la senda para que ascendieran. Cuando el primer hombre de la fila estaba justo entrando a la cueva, Henchick lo detuvo y volvió a donde se encontraba Roland. Se puso de cuclillas y con un gesto invitó al pistolero a emularlo.

El suelo de la cueva estaba cubierto de polvo. Una parte de ese polvillo procedía de las piedras, pero la mayoría era residuo óseo de las alimañas, que no debían de ser muy inteligentes para vagar por aquellos lares. Con una uña, Henchick dibujó un rectángulo abierto por la base y, luego, un semicírculo a su alrededor.

—La puerta —dijo—. Y los hombres de mi kra. ¿Os consta?

Roland asintió con un gesto.

—Vos y vuestros hombres completáis el círculo —anunció y lo dibujó—. Al chico se le da muy bien el toque —dijo Henchick, mirando a Jake de forma tan repentina que el muchacho dio un respingo.

—Sí —respondió Roland.

—Entonces lo colocaremos justo delante de la puerta, aunque lo bastante lejos para que, si se abre con fuerza, y eso puede ocurrir, no le arranque la cabeza. ¿Lo soportarás, muchacho?

—Sí, hasta que usted o Roland me ordenen algo distinto —respondió Jake.

—Notarás algo en la cabeza... como si algo te succionara. No es agradable —Henchick hizo una pausa—. Abrirás la puerta dos veces.

—Sí —respondió Roland—. *Twim*.

Eddie sabía que la segunda vez que se abriera la puerta sería por algo relacionado con Calvin Torre, pero había perdido cualquier interés que hubiera podido tener en el propietario de la librería. Eddie supuso que el hombre no carecía por completo de valor, pero es que además era codicioso, testarudo y enrevesado; en otras palabras: el típico neoyorquino del siglo xx. Sin embargo, la persona que había utilizado la puerta más recientemente había sido Suze, y en cuanto se abriera, Eddie tenía la intención de pasar como el rayo a través de ella. Si se abría una segunda vez en la pequeña ciudad de Maine, donde Calvin Torre y su amigo, Aaron Deepneau, habían ido a esconderse, ningún problema. Si los demás acababan allí intentando proteger a Torre y hacerse con la propiedad de cierto solar vacío y de cierta rosa silvestre de color rosa, por él,

ningún problema. La prioridad de Eddie era Susannah. Todo lo demás era secundario. Incluso la torre.

SEIS

Henchick dijo:

—¿A quién enviaréis la primera vez que se abra la puerta?

Roland pensó en la respuesta mientras pasaba la mano con gesto distraído sobre la librería que Calvin Torre había insistido en enviar a través de la puerta y que contenía el libro que tanto había alterado al padre. No le apetecía mucho enviar a Eddie tras su mujer, un hombre que, para empezar, era muy impulsivo y que además en ese momento estaba cegado por la preocupación y el amor. Aun así, ¿obedecería Eddie si Roland le ordenase que fuera tras Torre y Deepneau en lugar de ir a buscar a Susannah? Roland creía que no. Lo cual significaba que...

—¿Pistolero? —preguntó Henchick con impaciencia.

—La primera vez que se abra la puerta, pasaremos Eddie y yo —respondió Roland—. ¿La puerta se cerrará sola?

—Sin duda así lo hará —corrobó Henchick—. Debéis ser más rápidos que la dentellada del diablo, o seguramente os partirá en dos, una de las mitades quedará en el suelo de esta cueva y la otra mitad dondequiera que la mujer de piel tostada se haya marchado.

—Seremos tan rápidos como podamos, sin duda —respondió Roland.

—Sea, será lo mejor —comentó Henchick, y dejó los dientes a la vista una vez más. Aquella fue una sonrisa

(«¿Qué es lo que se está callando? ¿Algo que sabe o que solo cree que sabe?») en la que Roland tendría ocasión de pensar no mucho después.

—Yo dejaría vuestras armas aquí —advirtió Henchick—. Si intentáis pasarlas, podríais perderlas.

—Yo me la jugaré y pasaré la mía —repuso Jake—. Vino del otro lado, no debería de pasarle nada. Si no es así, conseguiré otra. Como sea.

—Yo espero que la mía también pueda viajar —comentó Roland. Había pensado en ello con detenimiento y había decidido intentar llevarse las pistolas grandes. Henchick se encogió de hombros, como diciendo: «Allá vosotros».

—¿Y Acho, Jake? —preguntó Eddie.

Jake abrió los ojos como platos y se quedó boquiabierto. Roland se dio cuenta de que el chico no había pensado en su amigo el brambo hasta ese momento. El pistolero reflexionó (no por primera vez) sobre la facilidad con la que se podía olvidar la verdad más irrefutable sobre John Chambers, Jake: era solo un niño.

—Cuando entramos en exotránsito, Acho... —empezó a decir Jake.

—Esto no va a ser lo mismo, corazón —replicó Eddie, y cuando se dio cuenta de

que el apelativo cariñoso que utilizaba Susannah salía de sus labios, se le encogió el corazón de tristeza. Por primera vez admitía para sí que tal vez no volvería a verla jamás, igual que Jake a Acho una vez dejaran aquella cueva apestosa.

—Pero... —empezó a decir Jake, y entonces Acho soltó un ladridito de reproche. Jake lo había estado apretando con demasiada fuerza.

—Nosotros te los cuidaremos, Jake —se ofreció Cantab con amabilidad—. Te lo cuidaremos muy bien, digo verdad. Habrá yentes montando guardia en este lugar hasta que vos regreséis por vuestro amigo y por el resto de vuestras pertenencias.

«Si es que regresáis alguna vez» era la parte que había tenido la amabilidad de obviar. Sin embargo, Roland la leyó en sus ojos.

—¿Roland... estás seguro de que no puedo... de que no puede...? No, entiendo. Esta vez no se trata de exotránsito. Vale, no.

Jake se metió la mano en el bolsillo delantero del guardapolvo, sacó a Acho y lo dejó en el polvoriento suelo de la cueva. Se agachó y descansó las manos encima de las rodillas. Acho levantó la vista y estiró el cuello hasta que la cara del chico y la de él estuvieron a punto de tocarse. En ese momento, Roland vio algo extraordinario: no las lágrimas que habían aflorado en los ojos de Jake, sino las que habían empezado a brotar de los ojillos de Acho. Un bilibrambo llorando. Era la típica anécdota que se oye en una taberna a medida que cae la noche y las copas de más: el leal brambo que llora por la partida del amo. Uno no se traga esas historias, aunque nunca lo diga para ahorrarse una pelea (incluso unos disparos). Aun así, ahí estaba, Roland lo estaba viendo y le hizo sentir un tanto melancólico. ¿Se trataba de la típica habilidad imitadora de los brambos o sabía Acho de verdad lo que estaba pasando? Roland deseó que fuera lo primero, lo deseó de todo corazón.

—Acho, tienes que quedarte con Cantab un ratito. Estarás bien. Es un amigo.

—¡Tab! —repitió el brambo.

Los lagrimones que le caían del hocico dejaban una oscura mancha en el polvoriento suelo del tamaño de una moneda de diez centavos. Roland sintió que las lágrimas de la criatura eran de una tristeza desgarradora, mucho peores incluso que las lágrimas de un niño.

—¡Ake! ¡Ake!

—No, tengo que marcharme —dijo Jake, y se secó las mejillas con el dorso de las manos. Se dejó unas manchas de tierra, como si se tratara de pinturas de guerra, que le llegaban hasta las sienes.

—¡No! ¡Ake!

—Tengo que hacerlo. Tú quédate con Cantab. Volveré a por ti, Acho, a menos que muera, volveré. —Volvió a abrazar a Acho, luego se levantó—. Ve con Cantab. Es ese. —Jake se lo señaló—. Venga, ve con él, hazme caso.

—¡Ake! ¡Tab!

Resultaba imposible negar la tristeza de su voz. Durante un instante, Acho se quedó donde estaba. A continuación, todavía llorando, o imitando las lágrimas de

Jake (Roland seguía deseando que así fuera), el brambo se volvió, trotó hacia Cantab y se sentó entre los polvorientos botines del joven.

Eddie intentó rodear con un brazo a Jake, pero el muchacho se desprendió del abrazo de una sacudida y se alejó de él. Eddie puso cara de perplejidad. Roland siguió con su cara de «Miradme», pero por dentro se sentía tristemente complacido. El muchacho no había cumplido trece años, pero no andaba corto de aplomo.

Y había llegado la hora.

—¿Henchick?

—Ea. ¿Pronunciaríais unas palabras de oración antes, Roland? ¿Sea cual sea el Dios en que vos creáis?

—No creo en ningún Dios —respondió Roland—. Creo en la Torre, y no pienso rezarle.

Varios *amigos* de Henchick pusieron cara de sorpresa al oír aquello, pero el anciano se limitó a hacer un gesto de asentimiento, como si no hubiera esperado otra cosa. Miró a Callahan.

—¿Padre?

Callahan dijo:

—Señor, en tu mano, en tu voluntad. —Dibujó una cruz en el aire y dedicó un gesto de asentimiento a Henchick—. Si vamos a ir, vayámonos.

Henchick dio un paso adelante, tocó el pomo de cristal de la Puerta Ignota y luego miró a Roland. Tenía los ojos brillantes.

—Atiéndeme por última vez, Roland de Gilead.

—Te atiendo muy bien.

—Soy Henchick del Kra Sendarroja-a-Sturgis de los mannis. Somos clarividentes y viajeros. Navegamos en el viento del ka. ¿Viajaréis en ese viento? ¿Vos y los vuestros?

—Ea, hacia donde sople.

Henchick se puso la cadena de la plomada sobre el dorso de la mano y Roland sintió al instante una fuerza que se liberaba en la caverna. Todavía era algo débil, pero su intensidad iba en aumento. Floreciendo como una rosa.

—¿Cuántas llamadas haréis?

Roland levantó los dedos que le quedaban de la mano derecha.

—Dos. Que es como decir *twim* en la lengua de Eld.

—Dos o *twim* es lo mismo —respondió Henchick—. Commala ven dos. —Levantó la voz—. ¡Venid, mannis! ¡Ven commala, unid vuestra fuerza a la mía! ¡Venid y cumplid vuestra promesa! ¡Venid y pagad nuestra deuda a estos pistoleros! ¡Ayudadme a remitirlos a su camino! ¡Ahora!

Antes de que cualquiera de ellos pudiera siquiera empezar a caer en la cuenta de que el ka había cambiado sus planes, el ka había obrado su voluntad. Aunque al principio parecía que no iba a ocurrir nada.

Los mannis que Henchick había escogido como remitentes, seis ancianos además de Cantab, habían formado un semicírculo detrás de la puerta y a ambos lados de la misma. Eddie cogió a Cantab de la mano y entrelazó sus dedos con los del manni. Uno de los imanes con forma de concha se interponía entre sus palmas. Eddie sentía vibrar el objeto como si estuviera vivo. Supuso que así era. Callahan le cogió la otra mano y la apretó con fuerza.

Al otro lado de la puerta, Roland agarró a Henchick de la mano y agitó así la cadena de la plomada manni que tenía entre los dedos. En ese momento, el círculo estaba completo salvo por el lugar justo delante de la puerta. Jake respiró hondamente, miró a su alrededor, detrás de Cantab vio a Acho sentado contra la pared de la cueva a unos tres metros de distancia, y asintió con la cabeza.

«Acho, quédate ahí, volveré», le transmitió Jake, y se colocó en su sitio. Cogió a Callahan de la mano derecha, vaciló y a continuación cogió a Roland de la mano izquierda.

El zumbido volvió a empezar de inmediato. La plomada Branni empezó a moverse; esta vez no describía arcos, sino un pequeño y estrecho círculo. La puerta se iluminó y se hizo más presente, Jake lo vio con sus propios ojos. Las líneas y los círculos de los jeroglíficos que representaban la palabra IGNOTA se dibujaban con mayor claridad. La rosa grabada en el pomo de la puerta empezó a resplandecer.

No obstante, la puerta permaneció cerrada.

(«¡Concéntrate, muchacho!»)

Era la voz de Henchick, que resonaba con tanta fuerza en la cabeza de Jake que parecía como si le fuera a reventar el cerebro. Jake agachó la cabeza y miró al pomo de la puerta. Vio la rosa. La vio con gran claridad. Se la imaginó girando a medida que movía el pomo en que estaba grabada. No hacía tanto tiempo, había estado obsesionado con las puertas y ese otro mundo

(«Mundo Medio»)

que sabía que debía estar tras una de ellas. Tenía la sensación de estar volviendo a todo aquello. Se imaginó todas las puertas que había visto en su vida —puertas de dormitorios; puertas de aseos; puertas de cocinas; puertas de armarios; puertas de boleras; puertas de guardarropías; puertas de salas de cine; puertas de restaurantes; puertas con la indicación PROHIBIDA LA ENTRADA; puertas con la indicación SOLO PERSONAL AUTORIZADO; puertas de neveras, sí, incluso esas— y contempló cómo se abrían todas a la vez.

«¡Ábrete! —pensó, mirando hacia la puerta, sintiéndose tontamente como el principito árabe de un cuento antiguo—. ¡Ábrete, Sésamo! ¡Ábrete, yo te lo ordeno!».

Desde lo más profundo de la cueva, las voces empezaron a murmurar una vez más. Se oyó un ruido convulso, de viento, el sordo estallido de algo cayendo. El suelo

de la cueva tembló bajo sus pies, como si se produjera otro hazremoto. Jake no le dio importancia. La sensación de fuerza vital en esa caverna era muy intensa —la sentía tirando de su piel, vibrando en su nariz y en sus ojos, arrancándole los pelos de la cabellera—, pero la puerta seguía cerrada. Se agarró con más intensidad aún de las manos de Roland y del padre, y se concentró en las puertas de los cuarteles de bomberos, en las puertas de las comisarías de policía, en la puerta del despacho del director de Piper, incluso en un libro de ciencia ficción que leyó en una ocasión titulado *Puerta al verano*. El olor de la cueva —a moho penetrante, huesos arcaicos y aires remotos— pareció de pronto muy intenso. Jake sintió un ramalazo único y exuberante de seguridad —«Ahora, ocurrirá ahora, sé que ocurrirá»—, aunque la puerta siguió cerrada. Y en ese momento percibió el olor de algo más. No de la cueva, sino del suave perfume metálico de su propio sudor corriéndole por la cara.

—Henchick, no funciona. No creo que pueda...

—No, todavía no... y no volváis a pensar que tienes que hacerlo solo, muchacho. Busca algo entre tú y la puerta... algo como un gancho... o una espina... —Al tiempo que hablaba, Henchick hizo un gesto al manni que encabezaba la fila de refuerzos—. Hedron, ven aquí. Thonnie, agarra a Hedron por los hombros. Lewis, agarra a Thonnie de la misma forma. ¡Lo mismo los de atrás! ¡Hacedlo!

La fila avanzó arrastrando los pies. Acho ladró sin convicción.

—¡Siéntelo, muchacho! ¡Busca ese gancho! ¡Está entre tú y la puerta! ¡Búscalos!

Jake lanzó su mente a la búsqueda al tiempo que su imaginación se inundaba de pronto de una poderosa y tremenda viveza que superaba el más nítido de los sueños. Vio la Quinta Avenida entre la Cuarenta y ocho y la Sesenta («las doce manzanas en las que desaparece mi paga extra de Navidad cada mes de enero», solía refunfuñar su padre). Vio todas las puertas, a ambos lados de la calle, abrirse a la vez: ¡Fendi! ¡Tiffany! ¡Bergdorf Goodman! ¡Cartier! ¡Doubleday Books! ¡El hotel Sherry Netherland! Vio un pasillo interminable con el suelo recubierto con linóleo marrón y supo que se trataba del Pentágono. Vio una serie de puertas, por lo menos mil, abriéndose a la vez y provocando una corriente de viento huracanado.

Aun así, la puerta que estaba delante de Jake, la única que importaba, seguía sin abrirse.

«Sí, pero...».

La puerta traqueteaba en el marco. Jake podía oírla.

—¡Vamos, muchacho! —exclamó Eddie. Las palabras salieron entre sus dientes apretados—. Si no puedes abrirla, derríbala de una puta vez.

—¡Ayudadme! —gritó Jake—. Ayudadme, ¡maldita sea! ¡Ayudadme todos!

La fuerza que había en la cueva se duplicó. Era como si el zumbido estuviera vibrando en los huesos del cráneo de Jake. Le castañeteaban los dientes. Le caía el sudor por los ojos y le nublaba la vista. Vio a dos Henchick asintiendo a alguien que se encontraba detrás de él: Hedron. Y detrás de Hedron, Thonnie. Y detrás de Thonnie, todos los demás, que formaban una fila que salía de la cueva y descendía

nueve metros por la senda.

—Preparaos, muchacho —ordenó Henchick.

Hedron metió la mano por debajo de la camisa de Jake y lo sujetó por la cinturilla de los pantalones texanos. Jake sintió que lo empujaban en lugar de tirar de él. Hubo algo en su cabeza que salió disparado hacia delante y, durante un instante, vio todas las puertas de miles y miles de mundos abriéndose de par en par y generando una corriente de aire tan intensa que prácticamente podría haber apagado el sol de un soplido.

Entonces algo detuvo su avance. Había algo... algo justo delante de la puerta...

«¡El gancho! ¡Es el gancho!».

Se dejó caer sobre él como si su mente y fuerza vital fueran una especie de lazo. Al mismo tiempo sintió que Hedron y los demás tiraban de él hacia atrás. El dolor fue inmediato, enorme, era como si lo desgarrara. Y entonces empezó la sensación de que lo estaban vaciando. Era espantoso, como si alguien quisiera arrancarle las vísceras con un lazo de un tirón. Y el febril zumbido en sus oídos le taladraba el cerebro sin cesar.

Intentó gritar: «¡No, basta ya, es demasiado!», pero no pudo. Intentó gritar y se escuchó, pero solo en la cabeza. Dios, estaba atrapado. Atrapado en el gancho y lo estaban partiendo en dos.

Hubo una criatura que sí oyó su grito. Acho salió disparado ladrandó como loco. Y cuando lo hizo, la Puerta Ignota se abrió de par en par y describió un chirriante arco justo delante de las narices de Jake.

—¡Atención! —gritó Henchick con una voz que sonó a un tiempo terrible y exaltada—. ¡Atención, la puerta se abre! ¡Over-sam kammen! ¡Can-tah, can-kavar kammen! ¡Overcan-tah!

Los demás respondieron, pero, a esas alturas, a Jake Chambers ya le habían hecho desprenderse de la mano de Roland, quien estaba a su derecha. En ese momento se encontraba volando, pero no solo.

El padre Callahan volaba con él.

OCHO

Eddie tuvo el tiempo justo de oír Nueva York, de oler Nueva York, y darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. En cierta forma, eso era lo que lo convertía en algo tan espantoso: era capaz de apreciar que todo iba condenadamente al contrario de como había esperado, pero era incapaz de hacer nada al respecto.

Vio a Jake salir disparado del círculo y sintió que algo arrancaba la mano de Callahan de la suya; los vio volar por el aire en dirección a la puerta, en realidad, rizaron el rizo en pareja, como un par de putos acróbatas. Algo peludo y que ladraba como un cabrón le pasó junto a la cabeza. Era Acho, describiendo giros vertiginosos,

con las orejas echadas hacia atrás y con los ojos que parecía que se le iban a salir de las cuencas.

Y había más. Eddie fue consciente de que le soltaba la mano a Cantab y de que salía disparado hacia la puerta... su puerta, su ciudad y, en cierta forma, su esposa embarazada y extraviada. Fue consciente (muy consciente) de la mano invisible que tiraba de él hacia atrás y de la voz que habló, pero no con palabras. Lo que Eddie oyó fue mucho más terrible de lo que pudiera haber sido cualquier vocablo. Con las palabras se podía discutir. Aquello no fue más que una negación inarticulada y, por lo que él sabía, procedía de la mismísima Torre Oscura.

Jake y Callahan salieron disparados como las balas de una pistola: disparados hacia la oscuridad llena de exóticos ruidos de bocinas y el tráfico de la hora punta. En la distancia, aunque con claridad, como las voces que se oyen en los sueños, Eddie oyó una voz apremiante, estridente, extasiada, machacando su mensaje: «¡Canta a Dios, tronco, sí señor, canta a Dios en la Segunda Avenida, canta a Dios en la Avenida B, canta a Dios en el Bronx, yo canto a Dios, yo canto a la bomba de Dios, canto a Dios!». Era la voz del chiflado neoyorquino más auténtico que Eddie había oído jamás y eso le enterneció. Vio a Acho pasar como una exhalación por la puerta, como un periódico lanzado a la calle, tras la estela de un coche que iba a toda velocidad, y entonces la puerta se cerró de golpe, con tanta rapidez y tanta fuerza que tuvo que achinar los ojos para protegerse del viento que le golpeó la cara, un viento impregnado del polvillo de los huesos de la maldita cueva.

Antes de que pudiera gritar de rabia, la puerta volvió a abrirse de golpe. Esta vez quedó maravillado por la luz dorada del sol cargada de trinos. Olió a pino y oyó el petardeo lejano de algo que parecía un enorme camión. Entonces fue absorbido por aquella claridad, sin poder gritar que aquello era una puta mierda, que todo estaba al rev...

Algo chocó contra uno de los costados de la cabeza de Eddie. Durante un breve instante fue totalmente consciente de su paso entre los mundos. Luego se produjo un disparo y luego el asesinato.

ESTROFA: *Commala-ven-cú*
Con el viento pasas tú.
Donde sople el ka irás
Tú no puedes hacer más.

RESPUESTA: *Commala-ven-dos*
Tú no puedes hacer más.
Donde sople el ka irás.
Porque tú no puedes hacer más.

T
R
U
D
Y

M
I
A



3.[^]ESTROFA



UNO

Hasta el 1 de junio de 1999, Trudy Damascus era la típica mujer tozuda que iba diciendo que la mayoría de los ovnis eran globos aerostáticos (y los que no, seguramente eran invenciones de la gente que quería salir en televisión), que la sábana santa de Turín era un timo de algún tío del siglo XIV y que los fantasmas —incluido el de Jacob Marley, el espectral socio del señor Scrooge— eran o bien las percepciones de enfermos mentales o el resultado de un empacho. Era tozuda y se enorgullecía de serlo, y no tenía nada ni remotamente espiritual en mente mientras iba caminando por la Segunda Avenida hacia su trabajo (una empresa contable llamada Guttenberg, Furth and Patel) con su bolsa de tela y el bolso al hombro. Uno de los clientes de GF&P, una cadena de jugueterías llamada KidzPlay, debía a la empresa un montón de dinero. El hecho de que también estuvieran a punto de pillar a la cadena de comidas Chapter Eleven era como el premio gordo para Trudy. Quería esos 69 211,19 dólares y se había pasado gran parte de su hora para comer (en uno de los reservados del fondo de Dennis's Waffles and Pancakes, que había sido Chew Chew Mama's hasta 1994) rumiando la forma de conseguirlos. Durante los dos últimos años había dado varios pasos hacia el objetivo de cambiar Guttenberg, Furth and Patel por Guttenberg, Furth, Patel and Damascus; obligar a KidzPlay a aflojar la pasta sería un nuevo paso —una zancada— en esa dirección.

Así que, al cruzar la calle Cuarenta y seis en dirección al gigantesco rascacielos de cristal opaco que en ese momento se elevaba en la esquina de la zona norte de la Segunda con la Cuarenta y seis (donde una vez hubo cierta charcutería y luego un solar vacío), Trudy no estaba pensando ni en dioses, ni en fantasmas, ni en visitas de un mundo espiritual. Estaba pensando en Richard Goldman, el cabrón de director ejecutivo de cierta empresa juguetera, y en cómo...

Sin embargo, ese fue el instante en que la vida de Trudy cambió. A las 13.19 del mediodía, según el horario de la costa Este. Acababa de doblar la esquina de la calle que daba al centro de la ciudad. De hecho, la estaba pisando. Y de pronto apareció delante de ella una mujer en la acera. Una mujer afroamericana con los ojos abiertos como platos. No es que anduvieran escasos de mujeres negras en Nueva York, y Dios sabe que había un porcentaje bastante grande con los ojos abiertos como platos, pero Trudy jamás había visto a una de ellas surgir directamente de la nada, que fue como apareció aquella. Y había algo más, algo incluso más increíble. Diez segundos antes, Trudy Damascus se habría reído y habría afirmado que nada, pero nada, podía ser

más increíble que una mujer cobrando vida delante de sus narices en una acera del centro de la ciudad, pero así era. Sin duda así fue.

Y en ese instante supo cómo debían de sentirse todas esas personas que decían haber visto platillos volantes (por no decir fantasmas envueltos en ruidosas cadenas), cómo debían de sentirse cada vez más frustrados por el arraigado descreimiento de personas como... bueno, de personas como la que había sido Trudy Damascus a las 13.18 del mediodía, ese día de junio, la persona de la que se había despedido para siempre en la acera que daba al centro de la ciudad de la calle Cuarenta y seis. Por mucho que le dijeras a la gente «No lo entendéis, ¡ha sucedido de verdad!», les entraría por un oído y les saldría por el otro. Dirían cosas como «Bueno, a lo mejor apareció de detrás de una parada de autobús y no te diste cuenta» o «Seguramente salió de una de esas tiendecitas y no la viste». Por mucho que les dijeras que no había ninguna parada de autobús en la parte que da al centro de la ciudad de la Segunda con la Cuarenta y seis (o en la que da al norte, para el caso), no serviría para nada. Por mucho que les dijeras que no había tiendecitas en esa zona, no desde que se levantó el edificio que se encontraba en el número 2 de la plaza Dag Hammarskjöld, eso tampoco serviría de nada. Trudy no tardaría en descubrirlo por sí misma, algo que la llevaría al borde de la locura. No estaba acostumbrada a que pasaran por alto sus impresiones como si fueran una mancha de mostaza o un trozo de patata poco hecha.

No había ni parada de autobús, ni tiendecitas. Había unas escaleras que subían hasta la plaza Dag Hammarskjöld, donde un par de personas que salían a almorzar a última hora estaban sentadas con sus bolsas marrones, pero la mujer fantasma tampoco había salido de allí. El hecho era el siguiente: cuando Trudy Damascus posó su pie izquierdo enfundado en una zapatilla de deporte en la esquina, el tramo de acera que tenía justo delante estaba totalmente vacío. Cuando cambió el punto de apoyo, lista para levantar el pie derecho de la calle, apareció una mujer.

Durante un solo instante, Trudy vio la Segunda Avenida a través de esa mujer, y algo más también, algo que parecía la entrada de una cueva. A continuación, aquello desapareció y la mujer se materializó. Seguramente no transcurrieron más de uno o dos segundos, eso fue lo que Trudy calculó; más adelante se le vendría a la cabeza la expresión «en un abrir y cerrar de ojos», y deseó haberlos mantenido cerrados porque lo que vio no fue solo la materialización.

A la mujer negra le salieron unas piernas delante de las mismísimas narices de Trudy Damascus.

Eso es, le salieron unas piernas.

A la capacidad de observación de Trudy no le pasaba nada, y más adelante contaría a la gente (cada vez eran menos quienes querían escucharla) que cada uno de los detalles de aquel breve encuentro se había quedado grabado en su memoria como un tatuaje. La aparición media algo más de un metro veinte. Trudy pensó que era algo bajita, comparada con la mujer media, pero seguramente no para una mujer cuyo cuerpo acababa en las rodillas.

La aparición llevaba una camisa blanca, manchada o bien de pintura marrón o de sangre seca, y tejanos. Los tejanos estaban llenos y torneados en los muslos, donde había piernas, pero por debajo de las rodillas se arrastraban por la acera como las pieles mudadas de extrañas serpientes azules. Entonces, de pronto, las piernas aparecieron de golpe. Aparecieron de golpe, parecía una verdadera locura el simple hecho de decirlo, pero Trudy vio cómo ocurrió. Al mismo tiempo, la mujer empezó a dejar atrás su metro veinte pasados de nada-bajo-la-rodilla hasta alcanzar su altura de uno setenta, uno setenta y pico de todaella. Era como ver un alucinante truco de película, solo que aquello no era una película, era la vida de Trudy.

En el hombro izquierdo, la aparición llevaba una bolsa forrada de tela que parecía hecha de cáñamo. Al parecer, en ella transportaba una especie de platos o bandejas. De la mano derecha, cogida con fuerza, colgaba una bolsa roja con cierre de cuerda y de fondo rectangular, que se balanceaba adelante y atrás. Trudy no pudo distinguir lo que ponía en uno de los laterales de la bolsa, pero creyó ver que en parte decía MEDIO MUNDO y PISTAS.

Entonces, la mujer cogió a Trudy por el brazo.

—¿Qué llevas en esa bolsa? —preguntó—. ¿Llevas zapatos?

Aquella pregunta hizo que Trudy mirase a los pies de la mujer negra y viera algo absolutamente increíble: los pies de la mujer afroamericana eran blancos. Tan blancos como los suyos.

Trudy había oído hablar de gente que se quedaba sin habla; en ese momento le estaba pasando a ella. Se le pegó la lengua al paladar y no se le despegaba. Con todo, a su vista no le pasaba nada. Lo veía todo. Los pies blancos y más manchitas en el rostro de la mujer negra, seguro que se trataba de sangre seca. Percibió el olor a sudor, como si materializarse en la Segunda Avenida de aquella forma solo pudiera ser el resultado de un tremendo esfuerzo.

—Si tiene zapatos, señora, será mejor que me los dé. No quiero matarla, pero tengo que reunirme con unos tipos que me ayudarán con mi chaval y no puedo hacerlo descalza.

No había nadie en aquel pequeño tramo de la Segunda Avenida. Sí que había gente —poca, de todos modos— sentada en las escaleras del número 2 de la plaza Dag Hammarskjöld, y un par miraban directamente a Trudy y a la mujer negra (o casi negra), pero sin gesto de alarma, ni siquiera de interés. Pero ¿qué coño les pasaba, es que estaban ciegos?

«Bueno, para empezar, no es a ellos a quiénes están agarrando. Y además, para continuar, no es a ellos a quien están amenazando de muerte...».

Le arrebataron del hombro la bolsa de tela de Borders con sus zapatos de trabajo dentro (zapatos de tacón bajo, formales, de cordobán). La mujer negra husmeó en el interior y a continuación volvió a mirar a Trudy.

—¿De qué número son?

Al final a Trudy se le despegó la lengua del paladar, pero no sirvió de nada; la

lengua cayó muerta hacia abajo.

—No importa, Susannah dice que tú debes de calzar un treinta y nueve. Estos me serv...

De pronto fue como si el rostro de la aparición brillara. Levantó una mano —describiendo un desmañado arco con un puño igual de desmañado en el extremo, como si la mujer no tuviera demasiado control sobre la extremidad— y se golpeó a sí misma en la frente, justo en el entrecejo. Y de pronto el rostro cambió. Trudy tenía el canal cómico Comedy Central en su abono básico de televisión por cable y había visto a humoristas especializados en fingir que cambiaban de rostro de la misma forma.

Cuando la mujer negra volvió a hablar, su voz también había cambiado. En ese momento era la voz de una mujer culta. Y (Trudy lo habría jurado) la voz de una mujer asustada.

—Ayúdeme —le suplicó—. Me llamo Susannah Dean y yo... Dios mío... ¡Por Dios santo!

Esta vez fue el dolor lo que crispó el rostro de la mujer y se dobló sobre sí misma cogiéndose el vientre. Miró hacia el suelo. Cuando volvió a levantar la vista, la primera había reaparecido, la que hablaba de matar por un par de zapatos. Dio un paso hacia atrás con sus pies descalzos, todavía con la bolsa de Trudy con sus bonitos Ferragamo de tacón bajo y su ejemplar del *New York Times* en el interior.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Eso sí que duele! ¡Mamá! ¡Tienes que hacer que pare! No puede salir todavía, no aquí, en la calle, tienes que hacer que pare un rato.

Trudy intentó levantar la voz y gritar para llamar a la policía. Pero no le salió más que un pequeño y susurrante suspiro.

La aparición le apuntó con el dedo.

—Será mejor que te largues ahora mismo —le advirtió—. Y si llamas a un agente de la ley o reúnes a la partida del sheriff, te buscaré y te cortaré los pechos.

Cogió uno de los platos de la bolsa de cáñamo. Trudy observó que el canto curvado del plato era metálico y tan afilado como el cuchillo de un carnicero, y de pronto se descubrió luchando por no mearse en las bragas.

«Te buscaré y te cortaré los pechos», un canto como el que estaba contemplando seguramente podría hacerlo. ¡Zas!, una mastectomía al instante. ¡Por Dios bendito!

—Que tenga buen día, señora —Trudy se oyó decir. Se sintió como alguien que intenta hablarle al dentista antes de que la Novocaina haya dejado de hacer efecto—. Que los zapatos le sean de provecho y los disfrute con salud.

No es que la aparición tuviera un aspecto saludable. Ni siquiera con las piernas y sus extravagantes pies blancos.

Trudy caminó. Mientras avanzaba por la Segunda Avenida intentaba decirse a sí misma (sin ningún éxito) que no había visto aparecer a una mujer de la nada delante del 2 de la plaza Dag Hammarskjöld, el edificio al que los tipos que trabajaban allí llamaban en tono jocoso la Torre Negra. Intentó decirse a sí misma (de nuevo sin

éxito alguno) que eso era lo que se merecía por comer rosbif y patatas fritas. Podía haber comido su clásica tortita con huevo, uno va a Dennis's a comer tortitas, no a comer rosbif con patatas fritas, y si alguien no se lo creía que le preguntase qué le acababa de pasar a ella. Ver apariciones de mujeres afroamericanas y...

¡Y su bolsa! ¡Su bolsa de tela de Borders! ¡Debía haberla tirado!

Debía de tener más cabeza. Esperaba que la mujer fuera a por ella en cualquier momento, chillando como una cazadora de cabezas de las junglas más oscuras y profundas de Papua. Sentía un *halambre cormigueante* en cierta zona de la espalda (quería decir un calambre hormigueante en cierta zona, pero de hecho halambre cormigueante era lo que sentía, como si aquella zona fuera ajena a su cuerpo, fría y distante) el lugar donde sabía que el plato de la mujer loca se adentraría, le bebería la sangre y se comería uno de sus riñones antes de detenerse, aún cimbrente, en la caliza viva de su columna vertebral. De algún modo sabía que lo oiría llegar, haría un ruido sibilante, como el de la peonza de un niño, antes de que se clavara en ella y la sangre caliente saliera disparada y le empapara el trasero y la parte posterior de las piernas.

No pudo evitarlo. Se le aflojó la vejiga, la orina se le escapó, y la parte delantera de sus pantalones de sport, parte de un traje de Norma Kamali carísimo, se oscureció de forma angustiante. Estaba casi en la esquina de la Segunda con la Cuarenta y cinco. Trudy —que jamás volvería a ser la mujer realista que una vez presumió ser—, finalmente, se vio capaz de detenerse y dar media vuelta. Ya no se sentía el halambre cormigueante. Solo calor en la entrepierna.

Y la mujer, la disparatada aparición, había desaparecido.

DOS

Trudy guardaba algo de ropa para jugar al softbol —camisetas y un par de viejos tejanos— en la taquilla que tenía en su despacho. Cuando volvió a Guttenberg, Furth and Patel, cambiarse de ropa fue su primera prioridad. La segunda, una llamada a la comisaría. El policía que le tomó nota resultó ser el agente Paul Antassi.

—Me llamo Trudy Damascus —dijo— y me acaban de asaltar en la Segunda Avenida.

El agente Antassi fue extremadamente comprensivo por teléfono, y Trudy se imaginó a un George Clooney a la italiana. Y no era mucho imaginar, teniendo en cuenta el apellido Antassi y el pelo y ojos oscuros de Clooney. Antassi no se parecía ni por el forro a Clooney, pero, oye, nadie esperaba un milagro, ni una estrella de cine, aquello era la vida real. Aunque... teniendo en cuenta lo que le había ocurrido en la esquina de la Segunda con la Cuarenta y seis a las 13.19 del mediodía, según el horario de la costa Este...

El agente Antassi llegó a eso de las tres y media, y ella le contó con exactitud

todo lo ocurrido, todo, incluso el momento en que sintió un halambre cormigueante, y la extraña certeza de que la mujer se estaba preparando para tirarle un plato...

—¿Ha dicho un plato con un canto muy afilado? —preguntó Antassi, apuntándolo en su libreta, y cuando ella respondió que sí, él hizo un gesto de asentimiento comprensivo.

A ella ese gesto le sonó de algo, pero ya estaba demasiado metida en su historia para relacionarlo con alguna otra cosa. Aunque, más tarde, se preguntó cómo podía haber sido tan idiota. Se trataba de esos gestos de asentimiento comprensivo que había visto en un montón de películas sobre mujeres que enloquecen, desde *Inocencia interrumpida*, con Winona Ryder, hasta *Nido de víboras*, con Olivia de Havilland.

Pero en ese preciso instante estaba demasiado absorta. Demasiado ocupada contándose al agradable agente Antassi cómo los tejanos de la aparición le arrastraban por la acera de rodilla para abajo. Y cuando hubo terminado, por primera vez escuchó la frase de que tal vez la mujer negra había salido de detrás de una parada de autobús. También escuchó la de —esta fue matadora— que la mujer negra seguramente había salido de una tiendecita, había miles de millones en el barrio. En cuanto a Trudy, estrenó su respuesta de que no había paradas de autobuses en esa esquina, ni en la parte que daba al centro de la Cuarenta y seis, ni en la parte norte. También estrenó la de que todas las tiendas habían desaparecido del centro desde que se construyó el número 2 de la plaza Dag Hammarskjöld, que resultó ser una de sus frases más populares y que seguramente algún día la subiría al escenario del puto Radio City.

Le preguntaron por primera vez qué había tomado para almorzar justo antes de ver a esa mujer, y ella se dio cuenta por primera vez de que había tomado la versión del siglo xx de lo que había comido Ebenezer Scrooge poco antes de ver a su viejo (y muerto hacía tiempo) socio comercial: patatas y rosbif. Por no hablar de los numerosos chorros de mostaza.

Olvidó por completo lo de invitar al agente a salir con ella a comer.

De hecho, lo echó de su despacho.

Mitch Guttenberg asomó la cabeza por la puerta poco después.

—¿Creen que podrán recuperar tu bolsa, Trud...?

—Piérdete —respondió Trudy levantando la vista—. Ya.

Guttenberg observó sus blancas mejillas y la mandíbula tensa. Luego se retiró sin mediar palabra.

TRES

Trudy salió del trabajo a las cinco menos cuarto, que era temprano para ella. Volvió a la esquina de la Segunda con la Cuarenta y seis, y aunque empezó a notar de nuevo esa sensación de halambre cormigueante, desde las piernas hasta la boca del estómago mientras se acercaba a la plaza Dag Hammarskjöld, no dudó ni un

momento. Se quedó de pie en la esquina, ignorando el verde que indicaba que se podía cruzar y el rojo que lo prohibía. Daba vueltas en un estrecho círculo, casi como una bailarina, ignorando a los demás viandantes de la Segunda Avenida, que también la ignoraban a ella.

—Justo aquí —dijo—. Ocurrió justo aquí. Sé que ocurrió, ella me preguntó qué número de zapatos calzaba y antes de que pudiera contestar (habría contestado, le habría dicho de qué color llevaba las bragas si me lo hubiera preguntado, estaba impactada...), antes de que pudiera contestar, ella dijo...

«No importa, Susannah dice que tú debes de calzar un treinta y nueve. Estos me servirán».

Bueno, no, no acabó la frase, pero Trudy estaba segura de que eso era lo que la mujer había querido decir. Solo que en ese momento le cambió la cara, como un humorista preparándose para imitar a Bill Clinton o a Michael Jackson o incluso a George Clooney. Y había pedido ayuda. Había pedido ayuda y dijo que se llamaba... ¿cómo?

—Susannah Dean —dijo Trudy—. Así se llamaba. No se lo he dicho al agente Antassi.

Bueno, claro, ¡que se joda el agente Antassi! El agente Antassi con sus paradas de autobús y sus tiendecitas, que le den por culo.

«Esa mujer —Susannah Dean, Whoopi Goldberg, Coretta Scott King, quienquiera que fuera— estaba embarazada. Creo que estaba de parto. Estoy casi segura de ello. ¿A ti te parecía embarazada, Trudes?».

—No —respondió en voz alta.

En la parte norte de la Cuarenta y seis, el letrero blanco de PASAR se convirtió de nuevo en el rojo de NO PASAR. Trudy se dio cuenta de que se estaba tranquilizando. Había algo en el hecho de estar allí de pie, con el número 2 de la plaza Dag Hammarskjöld a la derecha, que resultaba tranquilizador. Como una mano fría sobre una frente caliente o una palabra tranquilizadora que te aseguraba que no había nada, absolutamente nada por lo que sentir ese halambre cormigueante.

Se dio cuenta de que oía un zumbido. Un dulce sonido zumbante.

—Eso no es un zumbido —dijo cuando el NO PASAR de color rojo volvió a convertirse en el PASAR de color blanco (recordó a un chico con el que había salido en la universidad que le contó que el peor karma era volver a la vida reencarnado en semáforo)—. Eso no es un zumbido, sino alguien cantando.

Y entonces, justo a su lado —y la sorprendió aunque no la asustó— habló la voz de un hombre.

—Eso es —dijo. Trudy se volvió y vio a un caballero con aspecto de tener cuarenta y pocos años—. Siempre me paso por aquí para oírlo. Y le diré algo, ya que no somos más que extraños, por así decirlo: cuando yo era joven, padecía un terrible acné. Creo que, en cierta forma, venir aquí me lo curó.

—Cree que el hecho de permanecer de pie en la esquina de la Segunda con la

Cuarenta y seis le curó el acné —repitió Trudy.

El hombre sonrió, ligeramente, pero fue una sonrisa muy dulce, un tanto vacilante.

—Sé que parece una locura...

—He visto aparecer a una mujer de la nada justo aquí —confesó Trudy—. Hace tres horas y media, lo he visto. Cuando apareció, no tenía piernas de rodillas para abajo. Luego le salieron. Así que ¿quién está loco aquí, amigo?

El hombre la miró con los ojos abiertos como platos, como un oportunista anónimo y trajeado, con el nudo de la corbata aflojado, al final de la jornada laboral. Y sí, se le veían las marcas y las sombras del antiguo acné en las mejillas y en la frente.

—¿Es eso cierto?

Ella levantó la mano derecha.

—Si miento, que me muera ahora mismo. Esa zorra me robó los zapatos. —Vaciló un instante—. No, no era una zorra. No creo que fuera una zorra. Estaba asustada, iba descalza y creo que estaba de parto. Pero me gustaría haber tenido tiempo para darle mis zapatillas en lugar de los puñeteros zapatos buenos.

El hombre le estaba dedicando una mirada cauta, y Trudy Damascus de repente se sintió cansada. Le dio la impresión de que aquella era una mirada a la que tendría que acostumbrarse. La señal volvía a decir PASAR, y el hombre que le había hablado se encaminó hacia el otro lado de la calle, balanceando el maletín.

—¡Señor!

Él no dejó de andar, pero se volvió para mirarla.

—¿Qué había aquí antes, cuando usted venía para curarse el acné?

—Nada —respondió él—. No era más que un solar vacío detrás de una valla. Creí que ese bello sonido pararía cuando construyeran en el solar, pero no paró jamás.

Llegó a doblar la esquina. Desapareció por la Segunda Avenida. Trudy se quedó quieta donde estaba, absorta en sus pensamientos. «Creí que pararía, pero no paró jamás».

—¿Y por qué será eso? —se preguntó, y se volvió para mirar de forma más directa el número 2 de la plaza Dag Hammarskjöld.

La Torre Negra. El zumbido se intensificó en el momento en que Trudy se concentró en él. Y se hizo más dulce. No era una sola voz, sino muchas. Como un coro. Luego se calló. Enmudeció de forma tan abrupta como había aparecido la mujer negra.

«No, no fue así —pensó Trudy—. Lo que ocurre es que he perdido la capacidad de oírlo, eso es todo. Si me quedo aquí el tiempo suficiente, seguro que volverá. Madre mía, esto es una locura. Estoy loca».

¿De verdad lo creía? Lo cierto era que no. De pronto el mundo le parecía muy ralo, antes una idea que algo real, y apenas le parecía presente. Jamás se había sentido tan poco realista. Lo que sentía era que le flojeaban las rodillas, que tenía el estómago

revuelto y que estaba al borde del desmayo.

CUATRO

Había un pequeño parque frente a la Segunda Avenida. Allí había una fuente y junto a ella estaba la escultura metálica de una tortuga cuyo caparazón brillaba húmedo por el agua que salpicaba de la fuente. A Trudy le daban igual las fuentes y las esculturas, pero también había un banco.

El semáforo volvía a indicar PASAR. Trudy cruzó tambaleándose la Segunda Avenida, como una mujer de ochenta y tres años en lugar de los treinta y ocho que tenía, y se sentó. Empezó a tomar aire con inspiraciones largas y profundas, y pasados unos tres minutos se sintió un poco mejor.

Junto al banco había una papelera con un letrero a un lado que decía DEPOSITE AQUÍ SU BASURA. Debajo de ese letrero, con spray de color rosa, había un extraño y diminuto graffiti: «¡Ved a la TORTUGA de tremenda grandeza!». Trudy vio la tortuga, pero no le inspiró demasiada grandeza; la escultura era bastante sencilla. Vio algo más: un ejemplar del *New York Times*, enrollado como ella solía enrollar el suyo cuando quería conservarlo durante más tiempo y tenía una bolsa para guardarlo. Claro está que seguramente habría un mínimo de un millón de ejemplares de ese día del *Times* revoloteando por Manhattan, pero ese era el suyo. Lo supo incluso antes de recuperarlo tras rebuscar en la papelera y certificar lo que sabía yendo a la página del crucigrama, que había completado casi en su totalidad a la hora de comer con su inconfundible bolígrafo de tinta violeta.

Lo devolvió a la papelera y miró al otro lado de la Segunda Avenida para situar el lugar en que había cambiado su forma de entender el funcionamiento de todo. Tal vez para siempre.

«Cogió mis zapatos. Cruzó la calle y se sentó aquí, junto a la tortuga, para ponérselos. Se quedó mi bolsa, pero tiró el *Times*. ¿Para qué quería mi bolsa? No tenía unos zapatos para meter dentro».

Trudy creyó entenderlo. La mujer había metido los platos dentro. Un policía que viera esos cantos afilados podía sentir curiosidad por saber para qué servían esos platos que podían rebanarle los dedos a alguien si los cogía por el lugar equivocado.

«Está bien, pero luego, ¿adónde se fue?».

Había un hotel en la esquina de la Primera con la Cuarenta y seis. En su tiempo se llamó el U. N. Plaza. Trudy no sabía cómo se llamaba en la actualidad, y le daba igual. Ni tampoco quería pasarse por allí y preguntar si una mujer negra con tejanos y una camisa blanca manchada había entrado hacia un par de horas. Tenía el claro presentimiento de que su versión del fantasma de Jacob Marley lo había hecho, pero fue un presentimiento al que no le hizo caso. Lo mejor sería dejarlo estar. La ciudad estaba llena de zapatos, pero la cordura, la cordura de una...

Lo mejor sería irse a casa, darse una ducha y... dejarlo estar. Salvo que...

—Algo va mal —dijo, y un hombre pasó caminando por la acera y la miró. Ella le devolvió la mirada, desafiante—. En algún lugar algo va muy mal. Se está...

«Inclinando» fue el verbo que le vino a la cabeza, pero no lo dijo. Como si decirlo fuera a provocar que la inclinación se convirtiera en un volcado.

Fue un verano de pesadillas para Trudy Damascus. Algunas eran de la mujer que había aparecido y que luego creció. Esas eran malas, pero no las peores. Las peores eran en las que ella se encontraba a oscuras, y unas terribles campanas resonaban, y sentía que algo se inclinaba cada vez más hasta un punto sin retorno.

ESTROFA: *Cómala-llave-ven*

¿Puedes decirme qué ves?

*¿Por los fantasmas o por el espejo
uir es lo que quieres hacer?*

RESPUESTA: *Cómala-ven-tres*

¡Os lo ruego, confesad debéis!

*¿Por los fantasmas o por vuestro negro ser
uir es lo que queréis hacer?*

E
L
D
O
G
A
N

D
E

S
U
S
A
N
N
A
H



4.^ ESTROFA



UNO

La memoria de Susannah se había vuelto penosamente borrosa, no podía confiar en ella, era como la maltrecha transmisión de un coche viejo. Recordaba la batalla con los lobos y a Mia esperándola impaciente mientras se desarrollaba...

No, eso no estaba bien, no era justo. Mia había estado haciendo mucho más que esperar con paciencia. Había estado animando a Susannah (y a los demás) con su corazón de guerrera; retrasando el parto mientras la madre sustituta de su chaval se enfrentaba a la muerte con los platos. Solo que había resultado que los lobos eran robots, así que en realidad ¿podía decirse que...?

«Sí, sí, sí que puedes. Porque eran más que robots, mucho más y los matamos. Fuimos mejores y les pateamos el culo».

Pero aquello no había ocurrido ni aquí ni allí, porque se había acabado. Y en cuanto hubo acabado sintió que el parto volvía, y con fuerza. Iba a tener al crío en el arcén del puñetero camino si no se andaba con cuidado; y allí moriría, porque estaba hambriento, el chaval de Mia quería jalar, y...

«¡Tienes que ayudarme!».

Era Mia. Y resultaba imposible no responder a ese grito. Incluso mientras sentía que Mia la apartaba (como había empujado Roland en una ocasión a Detta Walker), era imposible no responder a ese salvaje grito materno. En parte, suponía Susannah, porque ambas compartían su cuerpo, y el cuerpo se había declarado a favor del bebé. Seguramente no podía hacer otra cosa. Así que había ayudado. Había hecho lo que la propia Mia ya no podía hacer, había retrasado el parto un poco más. Aunque eso sería algo peligroso para el chaval (era curioso cómo esa palabra se insinuaba en sus pensamientos, se había convertido en su palabra así como en la de Mia) si se alargaba demasiado. Recordaba la historia que una chica le había contado durante una fiesta de pijamas a altas horas de la noche en su habitación compartida de la Universidad de Columbia. Eran media docena de chicas en pijama, que fumaban cigarrillos y se pasaban una botella de Wild Irish Rose, totalmente *verboten* y, por tanto, el doble de bueno. La historia era de una chica de su edad que hacía un largo viaje en coche, una chica que había sentido demasiada vergüenza para decir a sus amigos que se estaba haciendo pis y que necesitaba parar. Según la historia, a la chica se le reventó la vejiga y murió. Era la típica anécdota que enseguida te parece una patraña aunque al mismo tiempo te la crees. Y ese asunto del chaval... lo del bebé...

Pero fuera cual fuese el peligro, había sido capaz de retrasar el parto. Porque

había interruptores que podían hacerlo. En algún lugar.

(«en el Dogan»)

Aunque la maquinaria del Dogan no se había diseñado para lo que ella... lo que ellas...

(«nosotras»)

la estaban utilizando. Al final se sobrecargaría y

(«reventaría»)

toda la maquinaria empezaría a arder, se quemaría. Las alarmas se dispararían. Los paneles de control y los monitores de televisión se apagarían. ¿De cuánto tiempo disponía antes de que ocurriera aquello? Susannah no lo sabía.

Tenía un recuerdo muy borroso de haber sacado su silla de ruedas de una biga mientras los demás estaban distraídos celebrando su victoria y llorando a los caídos. Encaramarse y levantarse no era fácil sin piernas de rodillas para abajo, aunque tampoco le había resultado tan difícil como algunos podrían creer. Sin duda estaba acostumbrada a los obstáculos de la vida diaria: todo, desde salir y entrar del baño hasta coger los libros de una estantería que una vez habían estado a su alcance de forma accesible (había una banqueta para ese fin en todas las habitaciones de su apartamento de Nueva York). En cualquier caso, Mia había estado insistiendo... en realidad la había conducido, como un vaquero conduciría a un chucarro perdido. Así que Susannah se había encaramado a la biga, había bajado la silla de ruedas y luego se había sentado limpiamente en ella. No había sido coser y cantar, pero no tenía ni punto de comparación con las tareas mucho más arduas que había realizado desde que había perdido los últimos cuarenta centímetros de su cuerpo.

La silla la había llevado el último kilómetro y medio, puede que un poco más allá (no había piernas para Mia, hija de nadie, no en el Calla). Luego había chocado con un espolón de granito que la había hecho salir volando por los aires. Por suerte, había logrado amortiguar la caída con los brazos y de esta forma se había protegido el turbulento e infeliz vientre.

Recordó haberse levantado —corrección, recordaba a Mia levantando el cuerpo secuestrado de Susannah Dean— y avanzar por la senda. Solo tenía otro recuerdo claro estando en el Calla y era el de haber intentado detener a Mia para que no le quitara a Susannah el cordón de cuero sin curtir que llevaba al cuello. En el cordón llevaba un anillo colgando, un hermoso y ligero anillo que Eddie le había forjado. Cuando él vio que era demasiado grande (como quería que fuera una sorpresa, Eddie no le había tomado las medidas del dedo), se había sentido desilusionado y le había dicho que le haría otro.

«Tú haz lo que quieras —le había dicho ella—, pero yo siempre llevaré este».

Se lo había colgado del cuello porque le gustaba sentirlo entre los pechos, y ahora, ahí estaba esa mujer desconocida, esa zorra, intentando quitárselo.

Detta había pasado al frente en la lucha con Mia. Detta no había tenido ningún éxito a la hora de recuperar el control sobre Roland, pero Mia no era Roland de

Gilead. Las manos de Mia soltaron la lazada de cuero sin curtir. Su control flaqueó. Cuando lo hizo, Susannah sintió otro de esos dolores de parto que la devastaban, provocando que se doblegara y gimiera.

«¡Tienes que desprenderte de eso! —gritó Mia—. Si no, ¡tendrán su rastro y el tuyo! ¡El de tu marido! ¡Y eso sí que no te interesa, créeme!».

«¿Quiénes? —había preguntado Susannah—. ¿De quién estás hablando?».

«Déjalo, no hay tiempo. Pero si va a por ti, y sé que tú crees que lo intentará, no deben encontrar su rastro. Lo dejaré aquí, donde él lo encontrará. Más adelante, si el ka quiere, puedes ponértelo otra vez».

Susannah había pensado en decirle que podían lavar el anillo, lavarlo para quitarle el olor de Eddie, pero sabía que Mia no se refería solo al olor. Era un anillo símbolo de amor, y ese era un rastro que siempre perduraría.

Pero ¿para quién?

Para los lobos, supuso. Para los lobos de verdad. Los de Nueva York. Los vampiros de los que habían hablado Callahan y los hampones. ¿O se trataba de algo más? ¿Algo incluso peor?

«¡Socorro!», gritó Mia, y una vez más, Susannah tuvo la sensación de no poder ignorar aquel grito.

El bebé podía ser o no de Mia y podía ser o no un monstruo, pero su cuerpo quería tenerlo. Sus ojos querían verlo, fuera lo que fuese, y sus oídos querían oír su llanto, aunque los gritos fueran en realidad gruñidos.

Se había quitado el anillo, lo había besado y luego lo había tirado al principio del camino, donde Eddie lo vería con toda seguridad. Porque él la seguiría al menos hasta allí, lo sabía.

¿Y luego qué? Lo ignoraba. Creyó recordar haber ido montada en algo durante gran parte del ascenso por la pronunciada cuesta, que sin duda era la senda que conducía a la Cueva de la Puerta.

Y entonces se hizo la oscuridad.

(«oscuridad no»)

No, no oscuridad total. Había luces parpadeantes. Luego, el resplandor de unos monitores de televisión que, en ese instante, no emitían imágenes, sino una tenue luz gris. El ligero zumbido de los motores; el clic de los repetidores. Eso era

(«el Dogan, el Dogan de Jake»)

una especie de sala de control. Puede que fuera un lugar que Susannah había imaginado, a lo mejor era la versión de su imaginación de un barracón que Jake había encontrado en la orilla occidental del río Whye.

Lo siguiente que recordaba con toda claridad era estar de vuelta en Nueva York. Sus ojos eran ventanas a través de las que miraba mientras Mia le robaba los zapatos a una pobre mujer aterrorizada.

Susannah volvió a pasar al frente y pidió ayuda. Tenía intención de seguir, de decirle a la mujer que necesitaba ir al hospital, que necesitaba un médico, que iba a

tener un bebé y que algo iba mal. Antes de que pudiera pronunciar ni una sola palabra de esas, la sobrecogió otro dolor de parto, fue un dolor monstruoso y mucho más intenso de lo que había sentido jamás, peor incluso que el que sintió al perder ambas piernas. Aquel dolor, sin embargo, aquel...

—¡Oh, Dios! —gimió, pero Mia volvió a tomar el control antes de que pudiera decir nada más; le dijo a Susannah que debía hacer que parase y a la mujer que, si llamaba a un madero, le haría perder un par de algo mucho más valioso que sus zapatos.

«Mia, escúchame —le dijo Susannah—. Puedo volver a detenerlo, creo que puedo, pero tienes que ayudarme. Tienes que sentarte. Si no te calmas durante un rato, ni Dios en persona podrá evitar que el parto siga su curso. ¿Lo entiendes? ¿Me escuchas?».

Mia sí la escuchaba, y se quedó donde estaba durante un instante, mirando a la mujer a la que le había robado los zapatos. A continuación, casi con timidez, hizo una pregunta: «¿Adónde debería de ir?».

Susannah sintió por primera vez que su secuestradora era consciente de la enorme ciudad en la que se encontraba, por fin veía las arrolladoras oleadas de peatones, las riadas de carruajes metálicos (por cada tres que pasaban, había uno de un amarillo tan chillón que casi hacía daño a la vista), y que las torres eran tan altas que en un día nublado sus azoteas se habrían perdido en el infinito.

Dos mujeres contemplando una ciudad extraña a través de un único par de ojos. Susannah sabía que era su ciudad, aunque, en muchos sentidos, ya no lo era. Se había marchado de Nueva York en 1964. ¿Cuántos años habían pasado? ¿Veinte? ¿Treinta? Daba igual, no importaba. No era el momento de preocuparse de eso.

Su mirada combinada se fijó en el parquecito. Los dolores del parto habían cesado por el momento, y cuando el semáforo de ese lugar indicó PASAR, la mujer negra de Trudy Damascus (que no parecía especialmente embarazada) cruzó, caminando lenta pero segura.

Al fondo había un banco junto a una fuente y una escultura metálica. La visión de la tortuga consoló a Susannah un poco; era como si Roland le hubiera dejado esa señal, lo que el pistolero habría llamado un sigul.

«Él también vendrá a buscarme —le dijo a Mia—. Y deberías tener cuidado con él, mujer. Deberías tener mucho cuidado con él».

«Haré lo que tenga que hacer —respondió Mia—. Querías ver los papeles de la mujer, ¿para qué?».

«Quiero saber en qué cuándo estamos. El periódico lo dirá».

Unas manos morenas sacaron el periódico enrollado de la bolsa de tela de Borders, lo desenrollaron y lo pusieron frente a unos ojos azules que habían empezado el día siendo tan oscuros como las manos. Susannah vio la fecha —1 de junio de 1999— y se maravilló al verla. No habían pasado veinte años, ni treinta, sino treinta y cinco. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo poco que había

apostado por las posibilidades de que el mundo sobreviviera tanto tiempo. Sus coetáneos —compañeros de clase, defensores de los derechos civiles, colegas con los que iba de copas y músicos de folk *aficionados*— estarían ahora rozando el final de la mediana edad. Algunos estarían sin duda muertos.

«Ya basta», ordenó Mia, y volvió a meter el periódico en la papelera, donde adoptó la forma de rollo que tenía antes. Se cepilló toda la suciedad que pudo de las plantas de los pies desnudos (debido a la suciedad, Susannah no se dio cuenta de que habían cambiado de color) y se puso los zapatos robados. Le iban un poco ajustados, y sin calcetines supuso que le harían heridas si tenía que ir muy lejos, pero...

«A ti qué, ¿no? —comentó Susannah—. No son tus pies».

Supo en cuanto lo dijo (porque aquella era una forma de hablar; lo que Roland llamaba garla) que podía estar equivocada al respecto. Sin duda sus pies, los que habían marchado de forma obediente a lo largo de la vida colocados bajo el cuerpo de Odetta Holmes (y en algunas ocasiones de Detta Walker), hacía tiempo que ya no estaban, se estarían pudriendo o —lo más probable— los habrían quemado en alguna incineradora municipal.

Pero no se dio cuenta del cambio de color. Aunque más adelante pensó: «Sí te has dado cuenta. Te has dado cuenta y lo has bloqueado por ahora. Porque todo tiene un límite».

Antes de poder hacerse la pregunta, tan filosófica como física, sobre de quién eran los pies que llevaba puestos en ese momento, la sobrecogió otro dolor de parto. Le tensó el vientre convirtiéndolo en piedra aunque los muslos le flojearon. Por primera vez sintió que se desmayaba y unas terribles ganas de hacer fuerza para empujar.

«¡Tienes que detenerlo! —gritó Mia—. Mujer, ¡tienes que detenerlo! ¡Por el bien del chaval y también por el nuestro!».

Sí, vale, pero ¿cómo?

«Cierra los ojos», le ordenó Susannah.

«¿Qué pasa? ¿No me has oído? Tienes que...».

«Te he oído —respondió Susannah—. Cierra los ojos».

El parque desapareció. El mundo se oscureció. Era una mujer negra, todavía joven y sin duda hermosa, sentada en un banco del parque junto a una fuente y una tortuga de metal con un caparazón metálico y húmedo. Podría haber estado meditando en aquella tarde cálida de finales de primavera del año 1999.

«Ahora me voy a ir un rato —advirtió Susannah—. Volveré. Mientras tanto, tú quédate sentada donde estás. Ahí quieta. No te muevas. El dolor debería volver a remitir, pero aunque no lo haga de inmediato, quédate quieta. Moverte no hará más que empeorarlo. ¿Me entiendes?».

Mia podía estar asustada, y sin duda estaba decidida a salirse con la suya, pero no era tonta. Hizo una sola pregunta.

«¿Adónde vas?».

«Vuelvo al Dogan —respondió Susannah—. A mi Dogan. Al de dentro».

DOS

El edificio que Jake encontró al final del río Whye era una especie de antiguo puesto de comunicaciones y vigilancia. El chico lo había descrito a los demás con cierto detalle, pero aun así no habría reconocido la versión imaginada por Susannah, que se inspiraba en una tecnología que se habría quedado obsoleta solo trece años más tarde, cuando Jake se había marchado de Nueva York en dirección a Mundo Medio. En el cuando de Susannah, Lyndon Johnson era presidente y la televisión en color era todavía una rareza. Los ordenadores eran tremendos armastostes que ocupaban edificios enteros. Aun así, Susannah había visitado la ciudad de Lud y había visto algunas de sus maravillas, así que, al fin y al cabo, Jake podría haber reconocido el lugar donde se había escondido de Ben Slightman y de Andy el Robot Mensajero.

Sin duda habría reconocido el polvoriento suelo de linóleo, con su diseño de baldosas cuadriculadas rojas y negras, y las sillas con ruedecitas junto a las consolas llenas de luces parpadeantes y diales brillantes. Y habría reconocido el esqueleto de la esquina, sonriendo de oreja a oreja por encima del cuello raído de la vieja camisa de su uniforme.

Susannah atravesó la habitación y se sentó en una de las sillas. Encima de ella, los monitores de televisión en blanco y negro emitían docenas de imágenes. Algunas eran de Calla Bryn Sturgis (la dula del pueblo, la iglesia de Callahan, la tienda de víveres, el camino que llevaba a la salida oriental del pueblo). Algunas eran fotos fijas como fotografías de estudio: una de Roland, una de un sonriente Jake con Acho en brazos y otra —se le hacía casi imposible mirarla— de Eddie con el sombrero echado hacia atrás al estilo vaquero y su puñal tallado en una mano.

Otro monitor proyectaba la imagen de una delgada mujer negra sentada en el banco junto a la tortuga, con las rodillas juntas, las manos apoyadas sobre el regazo, los ojos cerrados y un par de zapatos robados en los pies. En ese momento tenía tres bolsas: la que le había robado a la mujer en la Segunda Avenida, la bolsa de cáñamo con las Orizas afiladas en su interior y una bolsa de bolera. Esta última era de un color rojo desteñido, y dentro había algo de forma cuadrada. Una caja. Al verla en la pantalla de televisión Susannah se enojó —se sentía traicionada—, aunque no sabía por qué.

«La bolsa era rosa en el otro lado —pensó—. Ha cambiado de color cuando hemos cruzado, pero solo un poco».

El rostro de la mujer de la pantalla en blanco y negro sobre el panel de mando hizo un gesto de dolor. Susannah sintió una reverberación del dolor que Mia estaba experimentando, solo que era leve y distante.

«Tengo que detenerlo, y rápido».

La pregunta seguía siendo: ¿cómo?

«Igual que lo hiciste en el otro lado. Mientras ella cargaba con su peso hasta esa cueva tan rápido como podía, ¡coño!».

Sin embargo, parecía que eso hubiera ocurrido mucho tiempo atrás, en otra vida. Y ¿por qué no? Había ocurrido en otra vida, en otro mundo, y si conservaba la esperanza de regresar a aquél alguna vez, tenía que colaborar en ese mismo instante. Así que ¿qué había hecho?

«Utilizaste estas cosas, eso es lo que hiciste. De todas formas, solo está en tu cabeza... lo que el profesor Overmeyer llamaba “técnica de visualización” en Psicología Uno. Cierra los ojos».

Susannah obedeció. En ese momento estaban cerrados ambos pares de ojos, no solo los físicos que Mia controlaba en Nueva York, sino los ojos de su mente.

«Visualiza».

Lo hizo. O lo intentó.

«Ábrelos».

Abrió los ojos. En ese momento, en el panel que tenía delante había dos grandes diales y un solo botón de conmutación donde antes había visto reóstatos y luces destellantes. Los diales parecían hechos de baquelita, como los reguladores del horno de su madre en la casa en que Susannah había crecido. Supuso que aquello no era sorprendente; todo lo que uno imagina, no importa lo descabellado que pueda parecer, no es más que una versión retocada de lo que ya conoce.

El regulador de su izquierda tenía la etiqueta de TEMP. EMOCIONAL. Los grados que marcaba iban del 0 al 100 (el 0 era de color azul; el 100, de rojo chillón). En ese momento estaba ajustado a 71. El regulador del medio tenía la etiqueta de INTENSIDAD DEL PARTO. Los números que tenía alrededor iban del 0 al 10, y en ese momento estaba girado hasta el 9. La indicación que estaba debajo del conmutador decía simplemente CHAVAL y había solo dos posiciones: DESPIERTO y DORMIDO. En ese momento estaba en la posición de DESPIERTO.

Susannah miró hacia arriba y vio que una de las pantallas proyectaba un bebé en el útero. Era un niño. Un niño precioso. Su diminuto pene flotaba como una tira de alga bajo el laxo rizo de su cordón umbilical. Tenía los ojos abiertos y, aunque el resto de la imagen estaba en blanco y negro, esos ojos eran de un azul penetrante. La mirada del chaval parecía perforarla.

«Tiene los ojos de Roland —pensó, y se sintió estúpida y asombrada al mismo tiempo—. ¿Cómo es posible?».

Claro que no podía ser, por supuesto. Todo aquello no era más que obra de su imaginación, una técnica de visualización. Pero si era así, ¿por qué había imaginado los ojos azules de Roland? ¿Por qué no había imaginado los de color avellana de Eddie? ¿Por qué no había imaginado los ojos color avellana de su marido?

«Ahora no hay tiempo para eso. Haz lo que tienes que hacer».

Alargó la mano hasta el TEMP. EMOCIONAL al tiempo que se mordía el labio inferior

(en el monitor se veía el banco del parque, Mia también empezó a morderse el labio inferior). Vaciló por un instante y, a continuación, puso el regulador en 22, igual que si fuera un termostato. Y ¿acaso no lo era?

La tranquilidad la invadió de inmediato. Se relajó en la silla y soltó el labio de entre los dientes. En el monitor del parque, la mujer negra hizo lo mismo. Bien, hasta ese momento, todo iba bien.

Volvió a vacilar al tiempo que no sabía si tocar el regulador de INTENSIDAD DEL PARTO, al final se decidió por el de CHAVAL. Pasó el regulador de la posición de DESPIERTO a la de DORMIDO. El bebé cerró los ojos de inmediato. Susannah sintió que aquello le proporcionaba cierto alivio. Esos ojos azules resultaban desconcertantes.

Bien, vuelta a INTENSIDAD DEL PARTO. Susannah pensó que debía de tratarse de un botón importante, algo que Eddie llamaría Gran Casino. Puso la mano sobre el anticuado regulador, aplicó un poco de fuerza para probar y no se sintió exactamente sorprendida cuando notó que el botón se resistía un tanto. No quería girar.

«Pero tú lo conseguirás —pensó Susannah—. Porque necesitamos que lo hagas. Lo necesitamos».

Lo agarró con firmeza y empezó a girarlo lentamente en dirección de las agujas del reloj. Sintió un dolor en la cabeza y se le crispó el gesto. Otro dolor le atenazó la garganta durante un instante, como si tuviera una espina clavada, pero entonces ambos dolores cesaron. A su derecha se encendió todo un tablero de luces, la mayoría de ellas de color ámbar, había unas cuantas de un rojo chillón.

—ALERTA —advirtió una voz que sonaba tan fantasmagórica como la de Blaine el Mono—. ESTA OPERACIÓN PUEDE SOBREPASAR LOS PARÁMETROS DE SEGURIDAD.

«No jodas, Sherlock», pensó Susannah. El regulador de INTENSIDAD DEL PARTO había bajado hasta 6. Cuando retrocedió hasta más allá del 5, otro tablero de luces ámbar y rojas se encendió, y tres de los monitores que proyectaban escenas del Calla se fundieron con estallidos chisporroteantes. Una nueva punzada de dolor le apresó la cabeza como si se tratara de una garra de dedos invisibles. Desde algún lugar a sus pies se oyó el quejido de motores y turbinas poniéndose en funcionamiento. Eran grandes, a juzgar por el ruido. Sintió el repiqueteo bajo los pies, que estaban descalzos, claro... Mia era la que se había hecho con los zapatos. «Bueno —pensó—. Antes de que ocurriera todo esto no tenía pies, así que a lo mejor juego con ventaja».

—ALERTA, LO QUE HACES ES PELIGROSO —advirtió la voz mecánica—, SUSANNAH DE NUEVA YORK. ATIÉNDEME, TE LO RUEGO. ES MUY FEO CABRAR A LA MADRE NATURALEZA.

Le vino a la cabeza uno de los proverbios de Roland: «Tú haz lo que tengas que hacer, yo haré lo que tenga que hacer, y ya veremos quién se lleva el ganso». No estaba segura de qué significaba, pero parecía irle como anillo al dedo a la situación, así que lo repitió en voz alta mientras giraba, lenta pero segura, el regulador de

INTENSIDAD DEL PARTO y lo pasaba de 4 a 3...

Tenía intención de llevarlo hasta el 1, pero el dolor que le desgarró la cabeza cuando esa estúpida cosa llegó a 2 fue tan lacerante, tan desquiciante, que dejó caer la mano.

El dolor continuó durante un rato, incluso se intensificó, y pensó que la mataría. Mia se caería del banco donde estaba sentada, y las dos estarían muertas antes de que su cuerpo partido se golpeara contra el asfalto que se extendía a los pies de la escultura de la tortuga. Al día siguiente, o al otro, sus restos realizarían un rápido viaje al cementerio municipal de Potter's Field. ¿Y qué diría en el certificado de defunción? ¿Embolia? ¿Paro cardíaco? ¿O tal vez ese viejo clásico del típico médico con prisa: causas naturales?

Sin embargo, el dolor remitió y ella seguía viva cuando esto sucedió. Se sentó delante de la consola con los dos ridículos reguladores y el conmutador, mientras realizaba profundas inspiraciones y se secaba el sudor de las mejillas con ambas manos. Joder, en lo concerniente a aplicar la técnica de visualización, debía de ser la mejor del mundo.

«Esto es más que visualización... lo sabes, ¿no?».

Suponía que sí lo sabía. Algo la había cambiado. Algo los había cambiado a todos. Jake había conseguido el toque, que era una especie de telepatía. Eddie había adquirido (y seguía adquiriendo) una especie de habilidad para crear objetos poderosos, como talismanes. Uno de ellos ya les había servido para abrir una puerta entre dos mundos. ¿Y ella?

«Entiendo... Eso es todo. Salvo que si lo visualizo con suficiente intensidad, empieza a ser real. Igual que Detta Walker acabó siendo real».

En toda aquella versión del Dogan, las luces de color ámbar estaban brillando. Incluso estando contemplándolas, algunas se volvieron de color rojo. Bajo sus pies —pies que eran los artistas invitados, pensó ella— el suelo temblaba y repiqueteaba. Si aquello seguía así empezarían a abrirse grietas en aquella vieja superficie. Grietas que se ensancharían y se harían cada vez más profundas. Damas y caballeros, bienvenidos a la Casa Usher.

Susannah se levantó de la silla y miró a su alrededor. Debería volver. ¿Había algo más que debiera hacerse antes de que se fuera?

Se le ocurrió algo.

TRES

Susannah cerró los ojos e imaginó el micrófono de una radio. Cuando los abrió, el micrófono estaba ahí, sobre la consola, a la derecha de los dos reguladores y del conmutador. Había imaginado el sello característico de la marca Zenith, hasta la Z en forma de rayo, en la base del micrófono, pero en su lugar tenía estampado NORTH

CENTRAL POSITRONICS. Así que algo fallaba en su técnica de visualización. Eso le pareció terriblemente estremecedor.

En el panel de control que se encontraba justo detrás del micrófono había un indicador semicircular tricolor donde podía leerse **SUSANNAH-MIO** impreso justo debajo. Una aguja oscilaba entre el verde y el amarillo. A continuación de la zona amarilla, el regulador se volvía rojo y había una única palabra impresa en negrita: **PELIGRO**.

Susannah cogió el micrófono, no vio forma de usarlo, volvió a cerrar los ojos e imaginó un conmutador como el de las etiquetas DESPIERTO y DORMIDO, solo que esta vez a un lado del micrófono. Cuando volvió a abrir los ojos, el interruptor estaba ahí. Lo accionó.

—Eddie —llamó. Se sintió un poco tonta, pero siguió de todas formas—. Eddie, si me escuchas, estoy bien, al menos de momento. Estoy con Mia, en Nueva York. Estamos a 1 de junio de 1999, y voy a intentar ayudarla con el bebé. No veo otra salida. Aunque no sea más que eso, tengo que deshacerme de él. Eddie, cuídate. Te... —Se le anegaron los ojos de lágrimas—. Te quiero, cielo. Te quiero mucho.

Las lágrimas le corrieron por las mejillas, empezó a secárselas, pero se detuvo. ¿Es que no tenía derecho a llorar por su hombre? ¿El mismo derecho que cualquier otra mujer?

Esperó a recibir una respuesta, a sabiendas de que podía crear una si se le antojaba y resistiéndose a la tentación. Aquella no era una situación en que hablarse a sí misma con la voz de Eddie fuera a serle de mucha ayuda.

De pronto empezó a ver doble. Vio el Dogan como la proyección irreal que era. Más allá de sus paredes no estaban las tierras baldías de la parte oriental del Whye, sino la Segunda Avenida con su tráfico de la hora punta.

Mia había abierto los ojos. Volvía a sentirse bien —«gracias a mí, cielito, gracias a mí»— y estaba lista para seguir.

Susannah volvió.

CUATRO

Una mujer de color (que todavía se consideraba negra) estaba sentada en un banco de Nueva York en la primavera de 1999. Una mujer negra con sus bolsas de viaje —su artilla— alrededor de ella. Una de las bolsas era de color rojo desteñido. Llevaba escrito MEDIO MUNDO JUEGA EN NUESTRAS PISTAS en un lateral. En el otro lado había sido rosa. Del color de la rosa.

Mia se levantó. Susannah no tardó en pasar al frente y la hizo volver a sentarse.

«¿Para qué has hecho eso?», preguntó Mia, sorprendida.

«No lo sé, no tengo ni idea. Pero vamos a garlar un poco. ¿Por qué no empiezas diciéndome adónde quieres ir?».

«Necesito un teléfono. Alguien va a llamar».

«Teléfono —corrigió Susannah—. Y, por cierto, tienes sangre en la camisa, cielo, la sangre de Margaret Eisenhart, y tarde o temprano alguien la reconocerá por lo que es. ¿Qué vas a hacer entonces?».

La respuesta a aquello fue una oleada burlesca de mudo desdén. Eso enfureció a Susannah. Cinco minutos antes —o tal vez quince, era difícil ser consciente del paso del tiempo cuando uno se divertía—, esa zorra secuestradora había estado pidiendo ayuda a gritos. Y ahora que ya la había conseguido, lo que obtenía su rescatadora a cambio era una sonrisa de desdén interior. Lo que empeoraba las cosas era que la zorra seguramente tenía razón: podría pasearse por la ciudad todo el día sin que nadie le preguntara si lo que llevaba en la camisa era sangre seca o si se había tirado el helado de chocolate encima.

«Está bien —admitió—, pero aunque nadie se moleste en comentarte lo de la sangre, ¿dónde vas a guardar tus cosas?». Luego se le ocurrió otra pregunta, una pregunta que tal vez debería haber pensado desde el principio.

«Mia, ¿cómo puedes saber siquiera lo que es un teléfono? Y no me digas que los hay de donde tú vienes».

No hubo respuesta. Solo una especie de silencio expectante. Aunque había borrado la sonrisa de la cara de la zorra; eso sí lo había conseguido.

«Tienes amigos, ¿no? O al menos crees que son tus amigos. Tipos con los que has estado hablando a mis espaldas. Tipos que te ayudan. O eso crees tú».

«¿Vas a ayudarme o no? —retomó el tema, y enfadada. Pero ¿qué había además del enfado? ¿Miedo? Puede que algo tan fuerte no, al menos de momento. Pero preocupación, sí, seguro—. ¿Cuánto tiempo tengo, tenemos, antes de que el parto vuelva a empezar?».

Susannah supuso que sería entre seis y diez horas, seguramente antes de la madrugada del 2 de junio, pero intentó guardárselo para ella.

«No lo sé. No mucho tiempo».

«Entonces tenemos que ponernos en marcha. Tengo que encontrar un teléfono, un teléfono. En un lugar con intimidad».

A Susannah se le ocurrió que había un hotel en la Primera Avenida con la calle Cuarenta y seis, pero intentó guardar el secreto. Volvió a centrar la vista en la bolsa, la que había sido rosa y ahora era roja, y de pronto lo entendió. No todo, pero sí lo suficiente para desilusionarla y enfadarla.

«Lo dejaré aquí —había dicho Mia, hablando del anillo que Eddie le había hecho —, lo dejaré aquí, y así él lo encontrará. Más adelante, si él ka quiere, podrás volver a ponértelo».

Desde luego que no era una promesa, al menos no expresada de forma directa, pero Mia sin duda había dado a entender que...

Una furia velada se instaló en la mente de Susannah. No, no lo había prometido. Simplemente había llevado a Susannah en una dirección determinada y Susannah

había hecho lo demás.

«No me ha engañado; ha dejado que yo me engañara sola».

Mia volvió a levantarse, y una vez más Susannah pasó al frente y la obligó a sentarse. Esta vez con fuerza.

«¿Qué pasa? Susannah, ¡me lo has prometido! El chaval...».

«Te ayudaré con el chaval», respondió Susannah a regañadientes.

Se inclinó hacia delante y cogió la bolsa roja. La bolsa con la caja dentro. ¿Y dentro de la caja? ¿La caja de fustaferro con la palabra IGNOTA escrita en ella en runas? Podía percibir un siniestro latido incluso a través de la capa de madera y tela mágica que la ocultaban. La Trece Negra estaba en la bolsa. Mia la había hecho pasar por la puerta. ¿Y si era la bola lo que abría la puerta, cómo iba a llegar Eddie hasta ella?

«Hice lo que debía —se justificó Mia con nerviosismo—. Es mi bebé, mi chaval, y ahora todo el mundo está contra mí. Todos menos tú, y tú solo me ayudas porque es tu obligación. Recuerda lo que dije... si el ka quiere, dije que...».

La voz que respondió fue la de Detta Walker. Era brusca, ordinaria y no admitía razonamiento alguno.

—Me importa una mierda el ka —le espetó—, y será mejor que eso te quée bien clarito. Tiés problemas, tía. Vas a echar al mundo un bicho que no sabes qué es. Dices que hay unos tíos que te ayudarán y no sabes dónde paran. ¡Joder!, si ni siquiera sabes qué es un teléfono ni ande pillar uno. Ahora vamos a sentarnos aquí y tú me vas a contar lo que va a ocurrir. Vamos a garlar, tía, y si no juegas limpio, nos quedaremos aquí con estas bolsas hasta que se haga de noche y tengas a tu puto chaval en este banco y lo limpies en la puta fuente.

La mujer sentada en el banco enseñó los dientes en una espantosa sonrisa típica de Detta Walker.

—A ti timporta ese chaval... y a Susannah, parece que a ella limporta un poco... pero a mí casi man echao deste cuerpo, y... me importa una mierda.

Una mujer que empujaba un cochecito de bebé (parecía tan divinamente ligero como la silla de ruedas abandonada de Susannah) le dedicó a la mujer del banco una mirada nerviosa y siguió empujando a su pequeño, tan deprisa que prácticamente corría.

—¡Bueno! —exclamó Detta Walker con alegría—. Hace rasca, ¿no? Buen tiempo pa hablar. ¿Mescuchas, mami?

No hubo respuesta de Mia, hija de nadie y madre de uno. Detta no tiró la toalla; su risa se amplió.

—Mescuchas; mescuchas de puta madre. Así que vamos a hablar un poquillo. Vamos a garlar.

ESTROFA: *Commala-ven-ko*
 ¿qué haces en mi puerta?
 Si no me lo dices ya, colega,

te voy a echar por tierra.

RESPUESTA: *Commala-ven-cuatro*
¡te puedo hacer pedazos!
Las cosas que merecen los de tu calaña
mejor ni mentarlas.

L
A
T
O
R
T
U
G
A



5.[^]ESTROFA



UNO

Mia dijo: «Hablar será más fácil, además de más rápido y más claro, si lo hacemos cara a cara».

«¿Cómo podemos hacerlo?», preguntó Susannah.

«Tendremos la garla en el castillo —respondió de inmediato Mia—. El castillo del Abismo. En el salón de banquetes. ¿Recuerdas el salón de los banquetes?».

Susannah hizo un gesto de asentimiento, aunque dubitativo. Acababa de recuperar los recuerdos que tenía del salón de banquetes y por tanto eran confusos. Aunque no le importaba. La forma de alimentarse de Mia en ese lugar había sido... bueno, entusiasta, por decirlo con delicadeza. Había comido de muchos platos (prácticamente con los dedos) y bebido de muchos vasos y había hablado con muchos fantasmas con muchas voces prestadas. ¿Prestadas? ¡Mierda!, eran voces robadas. Susannah conocía bastante bien dos de esas voces. Una había sido la voz nerviosa —y más bien engreída— de Odetta Holmes, una voz «de sociedad». La otra voz había sido el bramido estentóreo de «no me importa una mierda» de Detta. Por lo visto, la manía de robar de Mia se había colado en todos los aspectos de la personalidad de Susannah, y si Detta Walker había regresado, pavoneándose y lista para cortar el bacalao, fue en gran parte cosa de esa extraña no deseada.

«El pistolero me vio allí —dijo Mia—. El chico también».

Hubo un silencio y a continuación:

«Me los he encontrado a los dos con anterioridad».

«¿A quién? ¿A Jake y a Roland?».

«Sea, a ellos».

«¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo has podido tú...?».

«Aquí no podemos hablar. Por favor, vamos a un lugar más íntimo».

«A algún sitio con teléfono, ¿no era eso lo que querías? ¿Para que tus amigos pudieran llamarte?».

«Sé poco, Susannah de Nueva York, pero lo poco que sé, creo que te gustaría escucharlo».

Susannah también lo creía. Y aunque no quería que Mia se diese cuenta necesariamente, también estaba impaciente por salir de la Segunda Avenida. Lo que llevaba en la camisa podía parecerle batido derramado o café seco al transeúnte ocasional, pero Susannah era muy consciente de lo que era en realidad: no solo sangre, sino sangre de una valiente mujer que había resistido en nombre de los niños

de su pueblo.

Y también estaban las bolsas alrededor de los pies. Había visto a muchas de esas yentes de las bolsas en Nueva York, sea. Ahora se sentía como una de ellas, y no le gustaba esa sensación. La habían criado para prosperar, como su madre habría dicho. Cada vez que alguien pasaba por la acera o acortaba por el parque y la miraba, sentía ganas de decirles que no estaba loca pese a su pinta: la camisa manchada, la cara sucia, el pelo demasiado largo y desaliñado, y no llevaba bolso, solo esas tres bolsas que estaban a sus pies. Una desheredada, sea —¿había alguien más desheredado que ella, que no solo no tenía casa, sino que carecía de tiempo?—, aunque conservaba el sano juicio. Lo que necesitaba era garlar con Mia y comprender qué era todo aquello, de eso no cabía duda. Lo que quería era mucho más simple: lavarse, ponerse ropa limpia y desaparecer de la vista durante al menos un rato.

«Y de paso ya pide la luna, cielo —se dijo a sí misma... y a Mia, si es que Mia estaba escuchando—. La intimidad cuesta dinero. Estás en una versión de Nueva York en la que una sola hamburguesa podría costarte un dólar, aunque parezca una locura. Y no tienes ni un chavo. No tienes más que una docena o algo así de platos afilados y una especie de bola de magia negra. Así que ¿qué vas a hacer?».

Antes de que pudiera seguir pensando, Nueva York desapareció de un plumazo y ella se encontró ante la Cueva de la Puerta. Apenas había sido consciente de lo que la rodeaba en su primera visita —Mia era quien tenía el control entonces, y tenía prisa por huir por la puerta—, pero ahora lo veía con toda claridad. El padre Callahan estaba allí. También estaba Eddie. Y, en cierta forma, el hermano de Eddie. Susannah oía la voz de Henry Dean emergiendo de las profundidades de la cueva, a un tiempo provocadora y consternada:

—¡Estoy en el infierno, tronco! ¡Estoy en el infierno y no puedo meterme un pico y es todo culpa tuya!

La desorientación de Susannah quedó en nada en comparación con la furia que sintió al oír esa voz fastidiosa e intimidante.

—¡Tú tienes la culpa de casi todos los problemas de tu hermano! —le gritó—. ¡Tendrías que haberle hecho un favor a todo el mundo y haberte muerto joven, Henry!

Los que estaban en la cueva ni siquiera se volvieron para mirarla. ¿Qué era aquello? ¿Había entrado en exotránsito desde Nueva York solo para unirse a la fiesta? Si era así, ¿por qué no había escuchado las campanillas?

«Chitón, chitón, cariño —era la voz de Eddie en su cabeza, clara como el agua—. Tú mira».

«¿Lo oyes? —le preguntó a Mia—. ¿Lo...?».

«¡Sí! ¡Ahora, cállate!».

—¿Cuánto tiempo cree que tendremos que estar aquí? —le preguntó Eddie a Callahan.

—Me temo que será un buen rato —respondió Callahan, y Susannah comprendió

que estaba viendo algo que ya había ocurrido.

Eddie y Callahan habían subido hasta la Cueva de la Puerta para intentar localizar a Calvin Torre y al amigo de Torre, Deepneau. Había ocurrido justo antes del enfrentamiento con los lobos. Callahan era el que había pasado por la puerta. La Trece Negra había capturado a Eddie mientras el padre estuvo ausente. Y casi lo mata. Callahan había regresado justo a tiempo para evitar que Eddie se arrojara al acantilado en pos de la fuerza que se encontraba en las profundidades.

Aunque, en esos momentos, Eddie estaba sacando la bolsa —rosa, sí, ella tenía razón, en el lado del Calla había sido rosa— a rastras de debajo de la estantería de primeras ediciones de sai Torre. Necesitaban la bola que estaba dentro de la bolsa por el mismo motivo que la había necesitado Mia: porque abría la puerta Ignota.

Eddie levantó la bolsa, empezó a volverse y luego se detuvo. Tenía el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Callahan.

—Aquí hay algo —respondió Eddie.

—La caja...

—No, en la bolsa. Pegado al forro. Parece una piedra pequeña o algo así.

De pronto fue como si estuviera mirando directamente a Susannah, y ella se dio cuenta de que estaba sentada en el banco del parque. Ya no se oían las voces de las profundidades de la cueva, sino el canturreo y el chapoteo del agua de la fuente. La cueva estaba desapareciendo. Eddie y Callahan estaban desapareciendo. Susannah escuchó las últimas palabras de Eddie como si llegaran desde una tremenda distancia:

—Quizá esté en un bolsillo secreto.

Entonces, Eddie desapareció.

DOS

Entonces Susannah no había entrado para nada en exotránsito. Su breve visita a la Cueva de la Puerta había sido una especie de visión. ¿Se la había enviado Eddie? Y si había sido así, ¿había recibido el mensaje que ella había intentado transmitirle desde el Dogan? Esas eran preguntas que Susannah no podía responder. Si volvía a verlo, se las preguntaría. Lo haría, claro está, después de besarlo unas mil veces o así.

Mia cogió la bolsa roja y le pasó las manos lentamente por los costados. Sí, dentro había algo con forma de caja. Pero a medio camino antes de llegar al fondo había algo más, un pequeño bulto. Y Eddie tenía razón: tenía el mismo tacto que una piedra.

Ella —o tal vez fueran ellas, ya no le importaba— retiró la bolsa, no le gustaba cómo se había intensificado el latido de la cosa que estaba oculta en su interior, pero se preparó mentalmente para hacerle frente. Allí estaba, justo ahí... y algo que parecía una costura.

Se acercó más y vio que no era una costura sino una especie de cierre. No lo reconoció, ni tampoco lo habría reconocido Jake, pero Eddie habría sabido que era velcro en cuanto lo hubiera visto. Susannah había escuchado una canción de Z. Z. Top en homenaje a esa cosa, una canción titulada *Velcro Fly*. Metió una uña en el cierre y estiró con la yema del dedo. Se soltó con un suave ruido de rasgadura y dejó a la vista un pequeño bolsillo en el interior de la bolsa.

«¿Qué es?», preguntó Mia, fascinada a su pesar.

«Bueno, vamos a ver».

Metió la mano y no sacó una piedra, sino una pequeña talla en forma de tortuga. A juzgar por su aspecto, era de marfil. Los detalles del caparazón eran en extremo diminutos y estaban tallados con una gran precisión, a pesar de que la estropeaba un pequeño rayón que casi parecía un signo de interrogación. La tortuga asomaba media cabeza. Sus ojos eran diminutos puntos negros de algún material alquitranado, y parecían increíblemente vivos. Susannah percibió otra pequeña imperfección en el pico de la tortuga: no un rayón, sino una grieta.

—Es vieja —murmuró en voz alta—. Es muy vieja.

«Sí», le respondió Mia en un susurro.

El hecho de sostenerla entre las manos hacía que Susannah se sintiera increíblemente bien. En cierta forma, la hacía sentirse... segura.

«Ved a la tortuga —pensó—. Ved a la tortuga de tremenda grandeza, sobre su caparazón sostiene la tierra». ¿Era así exactamente? Creía que como mínimo era algo parecido. Y por supuesto que ese era el Haz que habían estado siguiendo para llegar a la Torre. El Oso en uno de los extremos: Shardik. La Tortuga en el otro extremo: Maturin.

Volvió la mirada del diminuto tótem que había encontrado en el forro de la bolsa al que estaba junto a la fuente. Salvo por la diferencia de los materiales —la que estaba junto al banco era de un metal oscuro con destellos cobrizos más brillantes—, las criaturas eran exactamente iguales, hasta por lo del rayón en el caparazón y la fisura en forma de cuña del pico. Por un instante, a Susannah se le paró la respiración y también fue como si se le detuviera el corazón. Había vivido cada momento de esa aventura —incluso cada día— sin pensar mucho, se había dejado llevar por los acontecimientos y por lo que Roland insistía en que era el ka. Y entonces ocurría algo como aquello y por un instante atisbaba el destello de una imagen más amplia, una imagen que la dejaba paralizada por el sobrecogimiento y la sorpresa. Sintió fuerzas que trascendían su capacidad de comprensión. Algunas, como la bola de la caja de fustaferro, eran maléficas. Pero esa... esa...

—¡Caramba! —exclamó alguien. Casi en un suspiro.

Susannah levantó la vista y vio a un hombre de negocios —un hombre de mucho éxito, a juzgar por su traje— ahí de pie, junto al banco. Había pasado por el parque para acortar, seguramente de camino a algún sitio tan importante como él, a alguna especie de reunión o conferencia, puede que incluso se dirigiera al edificio de las

Naciones Unidas, que estaba por allí cerca (a menos que eso también hubiera cambiado). Sin embargo, en ese momento se había detenido en seco. Su carísimo maletín se balanceaba en la mano derecha. Tenía los ojos abiertos como platos y fijos en la tortuga que Susannah-Mia sostenía en la mano. Su rostro lucía una sonrisa amplia y bastante atontada.

«¡Escóndela! —gritó Mia, alarmada—. ¡Te la robará!».

«Que lo intente», contestó Detta Walker.

Su voz sonaba relajada y bastante animada. Había salido el sol y ella —y toda ella— de pronto se dio cuenta de que, al margen de todo lo que ocurría, hacía un día precioso. Y hermoso. Y espléndido.

—Hermoso, precioso y espléndido —dijo el hombre de negocios (o tal vez fuera un diplomático), quien ya no se acordaba de sus asuntos. ¿Estaba hablando del día o del tótem de marfil?

«Se refiere a las dos cosas», pensó Susannah.

Y de pronto creyó entenderlo. Jake también lo habría hecho... ¡quién sino él! Se rio. En su interior, Detta y Mia también rieron, Mia un poco a su pesar. Y el hombre de negocios o el diplomático también rio.

—Sí, es por las dos cosas —aclaró el hombre de negocios. Con su ligero acento escandinavo, «es por las dos» sonó «es porr las doss»—. ¡Qué cosa tan bonita tiene!

«¡Qué cosa tan *hermosa!*». Pues sí, era hermosa. Un hermoso tesorito. Y una vez, no hacía mucho tiempo, Jake Chambers había encontrado algo bastante similar, y resultaba espeluznante. En la librería de Calvin Torre, Jake había comprado un libro titulado *Charlie el Chu-Chú*, escrito por Beryl Evans. ¿Por qué? Porque el libro lo había llamado. Más adelante —de hecho, poco antes de que el ka-tet de Roland hubiera llegado a Calla Bryn Sturgis—, el nombre de la autora se había convertido en el de Claudia y Inez Bachman, convirtiéndola así en un miembro más de aquel Ka-Tet del Diecinueve en eterna expansión. Jake había escondido una llave en ese libro, y Eddie había tallado un duplicado de esta en Mundo Medio. La de Jake no solo había fascinado a los que la habían visto, sino que los había hecho tremadamente sugestionables. Al igual que la llave de Jake, la tortuga de marfil tenía su duplicado; Susannah estaba sentada junto a este. Lo que importaba era si la tortuga era como la llave de Jake en otros sentidos.

A juzgar por la fascinación con que el hombre de negocios escandinavo la contemplaba, Susannah estaba bastante segura de que la respuesta era afirmativa. Susannah pensó: «Dada chagu, dada chuga, no te preocupes, nena, ¡tienes la tortuga!». Era una rima tan tonta que estuvo a punto de reírse en voz alta.

«Déjame que me encargue de esto», le dijo a Mia.

«¿Encargarte de qué? No entiendo...».

«Sé que no lo entiendes. Así que deja que me encargue yo. ¿Vale?».

No esperó a la respuesta de Mia. Se volvió hacia el hombre de negocios, sonriendo de oreja a oreja, y levantó la tortuga hasta una altura que a este le

permitiera verla. La movió de derecha a izquierda y se dio cuenta de que el hombre la seguía con los ojos, aunque su cabeza, con su impresionante mata de pelo blanco, no se movía.

—¿Cómo se llama, sai? —preguntó Susannah.

—Mathiessen van Wyck —respondió. Sus ojos giraban lentamente en las cuencas, contemplando la tortuga—. Soy ayudante adjunto del embajador sueco de las Naciones Unidas. Mi esposa se ha echado un amante. Eso me tristece. Mis intestinos vuelven a funcionar bien, la infusión que me recomendó el masajista del hotel me ha hecho efecto, y eso me hace feliz. —Silencio. Añadió—: Tu *sköldpadda* me hace feliz.

Susannah estaba maravillada. ¿Si le pedía a aquel hombre que se bajase los pantalones y vaciara sus recién regularizadas tripas en la acera, lo haría? Por supuesto que sí.

Susannah echó un rápido vistazo a su alrededor y no vio a nadie en las inmediaciones. Eso era bueno, aunque creyó que debía liquidar el asunto allí mismo lo más rápido posible. Jake había atraído a muchos curiosos con lo de su llave. Ella no tenía intención alguna de hacer lo mismo, siempre que pudiera evitarlo.

—Mathiessen —empezó a decir—, has mencionado...

—Mats —corrigió el hombre.

—¿Disculpa?

—Llámame Mats, si no te importa. Lo prefiero.

—Está bien, Mats, has mencionado...

—¿Hablas sueco?

—No —respondió Susannah.

—Entonces hablaremos en tu idioma.

—Sí, lo prefiero...

—Tengo un cargo bastante importante —anunció Mats, sin apartar los ojos de la tortuga—. Me reúno con muchas gentes importantes. Voy a cócteles donde las mujeres guapas llevan «los vestiditos negros».

—Eso debe resultar muy emocionante para ti. Mats, quiero que cierres el pico y solo lo abras para contestar cuando te haga una pregunta directa. ¿Lo harás?

Mats cerró la boca. Incluso hizo un pequeño gesto cómico de cerrársela con cremallera, pero sus ojos no se apartaron ni por un instante de la tortuga.

—Has hablado de un hotel. ¿Te alojas en ese hotel?

—Ya, me alojo en el New York Plaza-Park Hyatt, en la esquina de la Primera con la Cuarenta y seis. Pronto me entregarán el piso...

Mats se dio cuenta de que estaba volviendo a hablar demasiado y cerró la boca.

A Susannah la cabeza le iba a mil revoluciones mientras sujetaba la tortuga a la altura de los pechos, donde su nuevo amigo podía verla con toda claridad.

—Mats, escúchame, ¿vale?

—Escucho para oír, señora sai, y oigo para obedecer.

Eso hizo dar un desagradable resingo a Susannah, sobre todo al ser pronunciado con el graciosillo acento de arenque escandinavo de Mats.

—¿Tienes tarjeta de crédito?

Mats sonrió con orgullo.

—Tengo muchas. Tengo American Express, MasterCard y Visa. Tengo la Euro-Gold Card. Tengo la...

—Está bien, eso está bien. Quiero que vayas a... —por un momento se le quedó la mente en blanco, y luego recordó—... al hotel Plaza-Park y reserves una habitación. Resérvala para una semana. Si te hacen alguna pregunta, diles que es para alguien que conoces, para una amiga. —Le vino a la mente una desgradable posibilidad. Estaban en el norte de Nueva York, en el año 1999, y a todo el mundo le gusta creer que las cosas avanzan en la dirección correcta, pero era mejor asegurarse—. ¿Se pondrán bordes por el hecho de que sea negra?

—No, claro que no.

El hombre pareció sorprendido.

—Reserva la habitación a tu nombre y dile al recepcionista que una mujer llamada Susannah Mia Dean la utilizará. ¿Lo has entendido?

—Ya, Susannah Mia Dean.

¿Qué más? Dinero, claro. Le preguntó si llevaba dinero encima. Su nuevo amigo rebuscó la cartera y se la pasó. Ella siguió sujetando la tortuga con una mano mientras con la otra revolvía la cartera, una bonita Lord Buxton. Había un fajo de cheques de viaje —a ella no le servían, no con esa firma tan enfermizamente retorcida— y unos doscientos dólares en billetes verdes estadounidenses de los buenos. Los cogió y los metió en la bolsa de Borders donde antes había llevado el par de zapatos. Cuando levantó la vista se inquietó al ver que una pareja de exploradoras, que podrían tener unos catorce años cada una y llevaban mochilas, se habían unido al hombre de negocios. Estaban mirando la tortuga con los ojos brillantes y los labios húmedos. Susannah recordó a las chicas que estaban entre el público la noche que Elvis Presley había actuado en *El show de Ed Sullivan*.

—Mola un montón —dijo una de ellas, casi en un suspiro.

—Mola cantidad —añadió la otra.

—Vosotras, niñas, meteos en vuestros asuntos —ordenó Susannah.

Sus caras se contrajeron en un gesto con idénticas miradas de pesar. Prácticamente podrían haber sido un par de mellizas del Calla.

—¿Tenemos que irnos? —preguntó la primera.

—¡Sí! —gritó Susannah.

—Gracias, sai, largos días y gratas noches —dijo la segunda. Las lágrimas habían empezado a correr por sus mejillas. Su amiga también estaba llorando.

—¡Olvidad que me habéis visto! —gritó Susannah en cuanto empezaron a alejarse.

Las siguió con una mirada nerviosa hasta que llegaron a la Segunda Avenida y se

dirigieron hacia el norte de la ciudad; a continuación, volcó de nuevo su atención en Mats van Wyck.

—Tú también tienes que moverte, Mats. Vete cagando leches a ese hotel y reserva una habitación. Diles que tu amiga Susannah llegará enseguida.

—¿Qué es cagar leches? No lo entiendo...

—Quiere decir que te des prisa. —Le devolvió la cartera sin el dinero en metálico con ganas de haber mirado con más detenimiento todas esas tarjetas de plástico y preguntándose por qué alguien necesitaría tantas—. En cuanto veas que lo de la habitación está arreglado, vete adondequieras que fuires. Olvida que me has visto.

En ese momento, como las niñitas del uniforme verde, Mats empezó a gimotear.

—¿También tengo que olvidar la *sköldpappa*?

—Sí. —Susannah recordó a un hipnotizador que había visto una vez en un espectáculo de variedades de la tele, puede que incluso lo viera en el programa de Ed Sullivan—. No habrá tortuga, pero vas a sentirte bien durante lo que queda de día, ¿me oyes? Vas a sentirte como... —un millón de pavos no significaría mucho para él, y por lo que ella sabía un millón de kroners no le darían ni para la peluquería—. Vas a sentirte como el mismísimo embajador de Suecia. Y dejarás de preocuparte por el amante de tu mujer. A la porra con él, ¿vale?

—Ya, a la porra con ese tipo —gritó Mats, y aunque seguía gimoteando, ahora también sonreía.

Había algo maravillosamente infantil en esa sonrisa. A Susannah la hacía sentirse feliz y triste al mismo tiempo. Quería hacer algo más por Mats van Wyck, si podía.

—¿Y tus tripas?

—¿*Yaaa*?

—Funcionarán como un reloj durante el resto de tu vida —dijo Susannah, sujetando la tortuga en alto—. ¿A qué hora sueles ir, Mats?

—Voy justo después de desayunarr.

—Entonces siempre será así. Durante el resto de tu vida. A menos que estés ocupado. Si llegas tarde a una cita o algo parecido, tu di... esto... Maturin, y la necesidad no reaparecerá hasta el día siguiente.

—Maturin.

—Eso es. Ahora vete.

—¿No puedo llevarme la *sköldpappa*?

—No, no puedes. Ahora vete.

Empezó a alejarse, luego se detuvo y volvió la vista para mirarla. Aunque tenía las mejillas húmedas, su expresión era de duendecillo, de pillín malicioso.

—A lo mejor tendría que llevármela —dijo—. A lo mejor es mía por derecho.

«Atrévete, blanco», pensó Detta, pero Susannah —quien se sentía cada vez más al mando de ese estrambótico trío, al menos por el momento—, la hizo callar.

—¿Por qué has dicho eso, amigo, dime, te lo ruego?

La mirada maliciosa persistía. «No intentes burlar a un burlador», decía. Sea

como fuere, eso era lo que le parecía a Susannah.

—Mats, Maturin —dijo el hombre—. Maturin, Mats, ¿entiendes?

Susannah lo entendía. Iba a decirle que no era más que una coincidencia, pero pensó: «Calla, Callahan».

—Lo entiendo —respondió—, pero la *skölpadda* no es tuya. Ni tampoco es mía.

—¿Entonces de quién es? —preguntó, quejumbroso. «¿Entonces de quién es?», así sonó.

Y antes de que su mente consciente pudiera detenerla (o como mínimo censurarla), Susannah dijo lo que su corazón sentía y su alma sabía:

—Pertenece a la Torre, sai. A la Torre Oscura. Y es allí donde la llevaré de vuelta, si es la voluntad del ka.

—Que los dioses estén contigo, señora sai.

—Y contigo, Mats. Largos días y gratas noches.

Se quedó mirando cómo se alejaba el diplomático sueco, luego bajó la vista hacia la tortuga de marfil y dijo:

—Ha sido bastante alucinante, Mats, colega.

Mia no tenía ningún interés en la tortuga; lo que tenía era un único objetivo.

«En ese hotel —dijo—, ¿habrá un teléfono?».

TRES

Susannah-Mia se metió la tortuga en el bolsillo de los tejanos y se obligó a esperar veinte minutos en el banco del parque. Pasó gran parte de ese tiempo admirando sus nuevas piernas (pertenecieran a quien pertenesesen, eran bastante bonitas) y meneando sus nuevos dedos dentro de sus nuevos

(«robados»)

zapatos. En cuanto cerró los ojos retornó a la sala de control del Dogan. Allí había más tableros de luces de alarma encendidos, y la maquinaria que estaba bajo el suelo seguía repiqueteando con mayor fuerza que nunca, pero la aguja del indicador que marcaba **SUSANNAH-MIO** seguía un tanto metida en la zona amarilla. Las grietas del suelo habían empezado a aparecer, como ella había imaginado que sucedería, aunque hasta ese momento no parecían preocupantes. La situación no era muy buena, pero pensó que, de momento, podían ir tirando.

«¿A qué estamos esperando? —preguntó Mia—. ¿Por qué nos limitamos a estar aquí sentadas?».

«Le estoy dando al sueco tiempo para que nos haga el favor en el hotel y nos largamos», respondió Susannah.

Y cuando creyó que el sueco ya había tenido tiempo suficiente, reunió las bolsas, se levantó, cruzó la Segunda Avenida y enfiló la calle Cuarenta y seis hacia el hotel Plaza-Park.

El vestíbulo estaba inundado de agradable luz vespertina que se reflejaba a través de las aristas de cristal verde. Susannah jamás había visto una sala tan hermosa —es decir, salvo la de la catedral de San Patricio—, aunque en ella había algo extraño.

«Porque es el futuro», pensó.

Dios sabía que había señales de aquello por todas partes. Los coches parecían más pequeños y totalmente distintos. Muchas de las jóvenes que vio iban con el vientre al aire y los tirantes del sujetador a la vista. Susannah tuvo que advertir este último fenómeno en cuatro o cinco ocasiones durante su paseo por la calle Cuarenta y seis antes de convencerse de que era una especie de extraño capricho de la moda, y no un error. En su época, una mujer que enseñaba los tirantes del sujetador (o un centímetro de las bragas; se solía decir: «ya nieva en el sur») se habría metido a hurtadillas en el baño público más cercano para devolverlo a su sitio, y de inmediato. En cuanto a lo de los ombligos al aire...

«Te habrían detenido en cualquier sitio, menos en Coney Island —pensó—. Sin duda alguna».

Pero lo que más la impresionó fue lo más difícil de definir: la ciudad parecía simplemente más grande. Tronaba y zumbaba por todas parte a su alrededor. Vibraba. Cada bocanada de aire estaba impregnada de su olor inconfundible. Las mujeres que esperaban un taxi a la salida del hotel (con o sin los tirantes del sujetador a la vista) solo podían ser neoyorquinas; los porteros (nada más y nada menos que dos) que hacían señas a los taxis, solo podían ser porteros neoyorquinos; los taxistas (le sorprendió ver la cantidad que eran de color, y vio a uno que llevaba turbante) solo podían ser taxistas de Nueva York, pero eran todos... diferentes. El mundo se había movido. Era como si su Nueva York, el de 1964, hubiera sido un equipo de béisbol de tercera regional. Aquello era la primera división.

Se detuvo durante un instante en el vestíbulo, sacó la tortuga de marfil del bolsillo y reunió valor. A su izquierda había un salón. Dos mujeres estaban allí sentadas, charlando, y Susannah se quedó mirándolas unos instantes, sin dar apenas crédito a la longitud de pierna que enseñaban a partir del dobladillo de la falda (¿eso, faldas?, jua, jua, jua). Y no es que fueran ni adolescentes ni chavalitas universitarias; eran mujeres de treinta y tantos, como mínimo (aunque supuso que incluso podrían tener sesenta y tantos, ¡a saber la de adelantos científicos que se habrían realizado en los últimos treinta y cinco años!).

A la derecha había una pequeña tienda. En algún lugar entre las sombras que se proyectaban tras ella, había un pianista tocando algo que le resultaba afortunadamente familiar —«Night and Day»— y Susannah sabía que si se dirigía hacia el sonido, encontraría montones de butacas de piel, un montón de botellas relucientes y un caballero con chaqueta blanca que estaría encantado de servirle aunque estuvieran a media tarde. Todo aquello fue, sin duda alguna, un alivio.

Justo delante de ella había un mostrador de recepción, y detrás de este se

encontraba la mujer más exótica que Susannah había visto nunca. Al parecer era blanca, negra y oriental, todo mezclado. En 1964, una mujer así, sin duda habría sido calificada de «mil leches», sin importar lo hermosa que hubiera sido. Allí la habían vestido con un hermoso traje y la habían colocado en el mostrador de la recepción de un hotel de primera categoría. Podía ser que la Torre Oscura se tambaleara cada vez más, pensó Susannah, y que el mundo se estuviera moviendo, pero creyó que la encantadora recepcionista era la prueba (si es que se necesitaba alguna) de que no todo se estaba derrumbando o iba en la dirección equivocada. La chica estaba hablando con un cliente que se quejaba por la cuenta que le habían cargado por las películas vistas en la habitación, fuera lo que fuera aquello.

«Da igual, es el futuro —se dijo Susannah una vez más—. Es ciencia ficción, como la ciudad de Lud. Es mejor dejarlo así».

«Me da igual qué o cuándo sea —dijo Mia—, lo que quiero es estar cerca de un teléfono. Quiero ver a mi chaval».

Susannah pasó caminando junto a un cartel que había en un atril, luego se volvió y le echó un vistazo con más detenimiento.

**A PARTIR DEL 1 DE JULIO DE 1999, EL NEW YORK
PLAZA-PARK HYATT SE CONVERTIRÁ
EN EL MAJESTUOSO HOTEL U. N. PLAZA,
¡¡OTRO GRAN PROYECTO DE SOMBRA/NORTH CENTRAL!!**

Susannah pensó: «Sombra, como en los Apartamentos de lujo Turtle Bay... que jamás se construyó, a juzgar por esa torre de cristal oscuro de la esquina. Y North Central, como North Central Positronics. Interesante».

Sintió una repentina punzada de dolor en la cabeza. ¿Punzada? Bueno, fue como si le clavaran un puñal. Se le humedecieron los ojos. Y sabía quién se lo había enviado. Mia, que no tenía ningún interés ni en Sombra Corporation, ni en North Central Positronics, ni en la mismísima Torre Oscura, empezaba a estar impaciente. Susannah sabía que tendría que cambiar eso, o al menos intentarlo. Mia estaba cegada con el chaval, pero si quería quedárselo, tendría que ampliar su campo de visión un poco.

«Senfrenta a ti en tu puñetero momento —comentó Detta con voz ladina, bravucona y alegre—. Eso también lo sabes, ¿no?».

Lo sabía.

Susannah esperó a que el hombre con el problema acabase de explicar que había alquilado una película llamada *Clasificada X* por error, y que no le importaba pagar siempre y cuando no apareciera en su cuenta; a continuación, le llegó el turno de acercarse al mostrador. El corazón se le salía del pecho.

—Creo que mi amigo, Mathiessen van Wyck, ha reservado una habitación a mi nombre —dijo. Vio que la recepcionista miraba su camisa manchada con evidente

desaprobación y se rio con nerviosismo—. Me muero por darme una ducha y cambiarme de ropa. He tenido un pequeño accidente. En el almuerzo.

—Sí, señora. Déjeme comprobarlo. —La mujer se dirigió a lo que parecía una pequeña pantalla de televisión con una máquina de escribir pegada a ella. Tocó un par de teclas, miró al monitor y luego dijo—: Susannah Mia Dean, ¿es correcto?

«Dices verdad, digo gracias», fue lo que subió hasta sus labios, pero lo sofocó.

—Sí, eso es.

—¿Podría enseñarme algún documento que la identificase, por favor?

Durante un instante, Susannah se quedó desconcertada. A continuación metió la mano en la bolsa de piel sin curtir y sacó una Oriza, con cuidado de asirla por el canto romo. Se descubrió recordando algo que Roland le había dicho a Wayne Overholser, el próspero ranchero del Calla: «Lo nuestro es el plomo». Las Rizas no eran balas, pero seguro que eran su equivalente. Levantó el plato en una mano y la pequeña tortuga tallada en la otra.

—¿Esto servirá? —preguntó en tono agradable.

—Pero ¿qué...? —empezó a decir la hermosa recepcionista para luego quedarse callada mientras sus ojos bailaban del plato a la tortuga.

Acabó por abrir los ojos de par en par, los cuales adquirieron una textura pátina vidriosa. Sus labios, cubiertos de un interesante brillo rosado (a Susannah le parecía más caramelito que carmín) se abrieron. Un ligero sonido salió de entre ambos: «Oooh...».

—Es mi carnet de conducir —aclaró Susannah—. ¿Lo ve?

Por suerte no había nadie más por ahí, ni siquiera un botones. Las personas que habían registrado su salida a última hora estaban en la acera, luchando por coger un taxi; allí dentro, el vestíbulo era un remanso de paz. Desde el bar que estaba justo detrás de la tienda de regalos, se oyó cómo «Night and Day» dejaba paso a una cansina e introspectiva versión de «Stardust».

—Carnet de conducir —aprobó la recepcionista con esa misma voz de suspiro, maravillada.

—Bien. ¿Tiene que anotar algo?

—No... el señor Van Wyck ha reservado una habitación, lo único necesario es registrar su... ¿Puedo coger la tortuga, señora?

—No —respondió Susannah, y la recepcionista empezó a gimotear.

Susannah observó este fenómeno bastante desconcertada. Creía que no había hecho llorar a tanta gente como desde su desastroso recital de violín (el primero y el último) cuando tenía doce años.

—No, no puedo cogerla —dijo la recepcionista, llorando con toda libertad—. No, no, no puedo, no puedo cogerla, ah, Discordia, no puedo...

—Cierra el pico —ordenó Susannah, y la recepcionista se calló de golpe—. Dame la llave de la habitación, por favor.

Pero, en lugar de la llave, la mujer euroasiática le pasó una tarjeta de plástico

metida en una funda. Escrito en el interior de la funda, para que los supuestos ladrones no pudieran verlo con facilidad (o eso se suponía), estaba escrito el número 1919. Lo que no sorprendió a Susannah en absoluto. A Mia, por supuesto, no podía haberle importado menos.

Se hizo un lío con los pies. Se tambaleó un poco. Tuvo que levantar una mano (en la que llevaba el «carnet de conducir») para recuperar el equilibrio. Hubo un momento en el que creyó que iba a caer al suelo, pero a continuación se recompuso de inmediato.

—¿Señora? —preguntó la recepcionista con cara de remota, muy remota, preocupación—. ¿Se encuentra bien?

—Sí —respondió Susannah—. Solo es que... he perdido el equilibrio unos segundos.

Se preguntó: «Pero ¿qué coño ha ocurrido?», ella sabía la respuesta. Mia era la que tenía piernas, Mia. Susannah había manejado el cotarro desde el momento en que se encontraron con don «No puedo coger la *sköldpadda*», y ese cuerpo estaba empezando a volver a su estado de cuerpo sin piernas por debajo de las rodillas. Parecía una locura, pero era cierto. Su cuerpo se estaba convirtiendo en el de Susannah.

«Mia, levántate ahora, toma el mando».

«No puedo, todavía no. En cuanto estemos solas lo haré».

Por Dios bendito, Susannah reconoció ese tono de voz, lo reconoció a la perfección. La muy zorra tenía vergüenza.

Susannah le dijo a la recepcionista:

—¿Qué es esto? ¿La llave?

—Bueno... sí, sai. Sirve para el ascensor y para abrir su habitación. Basta con meterla en la ranura en la dirección que señala la flecha. Retírela enseguida. Cuando la luz de la puerta se ponga verde, puede entrar. Tengo un poco más de ocho mil dólares en el cajón del cambio. Se lo daré todo a cambio de su hermoso objeto, de su tortuga, su *sköldpadda*, su *tortuga*, su *kavvit*, su...

—No —respondió Susannah, y volvió a tambalearse. Se aferró al canto de la barra de recepción. Apenas conseguía mantener el equilibrio—. Ahora subiré a la habitación.

Había pensado en visitar la tienda de regalos antes y gastarse una parte de la pasta de Mats en una camisa limpia, si es que vendían ese tipo de cosas, pero eso tendría que esperar. Todo tendría que esperar.

—Sí, sai. —Ya no la llamaba señora, ya no. La tortuga estaba funcionando con ella. Cubría el abismo que había entre ambos mundos.

—Ahora olvidarás que me has visto, ¿vale?

—Sí, sai. ¿Añado que no la molesten a su número de teléfono?

Mia gritó. Susannah ni siquiera se molestó en prestar atención.

—No, no lo haga. Espero una llamada.

—Como usted guste, sai. —Tenía los ojos clavados en la tortuga. Siempre en la tortuga—. Que disfrute de su estancia en el Plaza-Park. ¿Quiere que un botones la ayude con sus maletas?

«¿Tengo pinta de necesitar ayuda con estas tres mierdas de bolsas?», pensó Detta, pero Susannah se limitó a sacudir la cabeza.

—Muy bien.

Susannah empezó a volverse para irse, pero las palabras que la recepcionista pronunció a continuación la hicieron regresar al mostrador de inmediato.

—El Rey está al llegar, el del Ojo.

Susannah miró boquiabierta a la mujer con una estupefacción rayana en el pánico. Sintió que la piel de los brazos se le ponía de gallina. Mientras tanto, el hermoso semblante de la recepcionista permaneció impávido. Sus ojos oscuros seguían clavados en la tortuga de marfil. Tenía los labios separados, unos labios humedecidos por la saliva y el brillo labial. «Si me quedo aquí durante más tiempo —pensó Susannah—, empezará a babear».

Susannah deseaba con todas sus fuerzas encargarse del asunto del Rey y del Ojo —ese era su cometido— y podía, era la que estaba al frente y la que manejaba el cotarro, pero volvió a tropezar y supo que no podría... es decir, a menos que quisiera ir gateando apoyándose en las manos y en las rodillas, arrastrando las perneras vacías de sus tejanos hasta el ascensor. «Puede que más tarde», pensó, a sabiendas de que no era probable que ocurriese; en aquellos momentos los acontecimientos se estaban desarrollando a demasiada velocidad.

Empezó a cruzar el vestíbulo, caminando con un educado balanceo. La recepcionista habló a sus espaldas con una voz que expresaba un agradable pesar, nada más.

—Cuando llegue el Rey y la Torre se derrumbe, sai, todas esas cosas bellas como la suya se destruirán. A continuación, se hará la oscuridad y solo se oirá el aullido de Discordia y los gritos de los can toi.

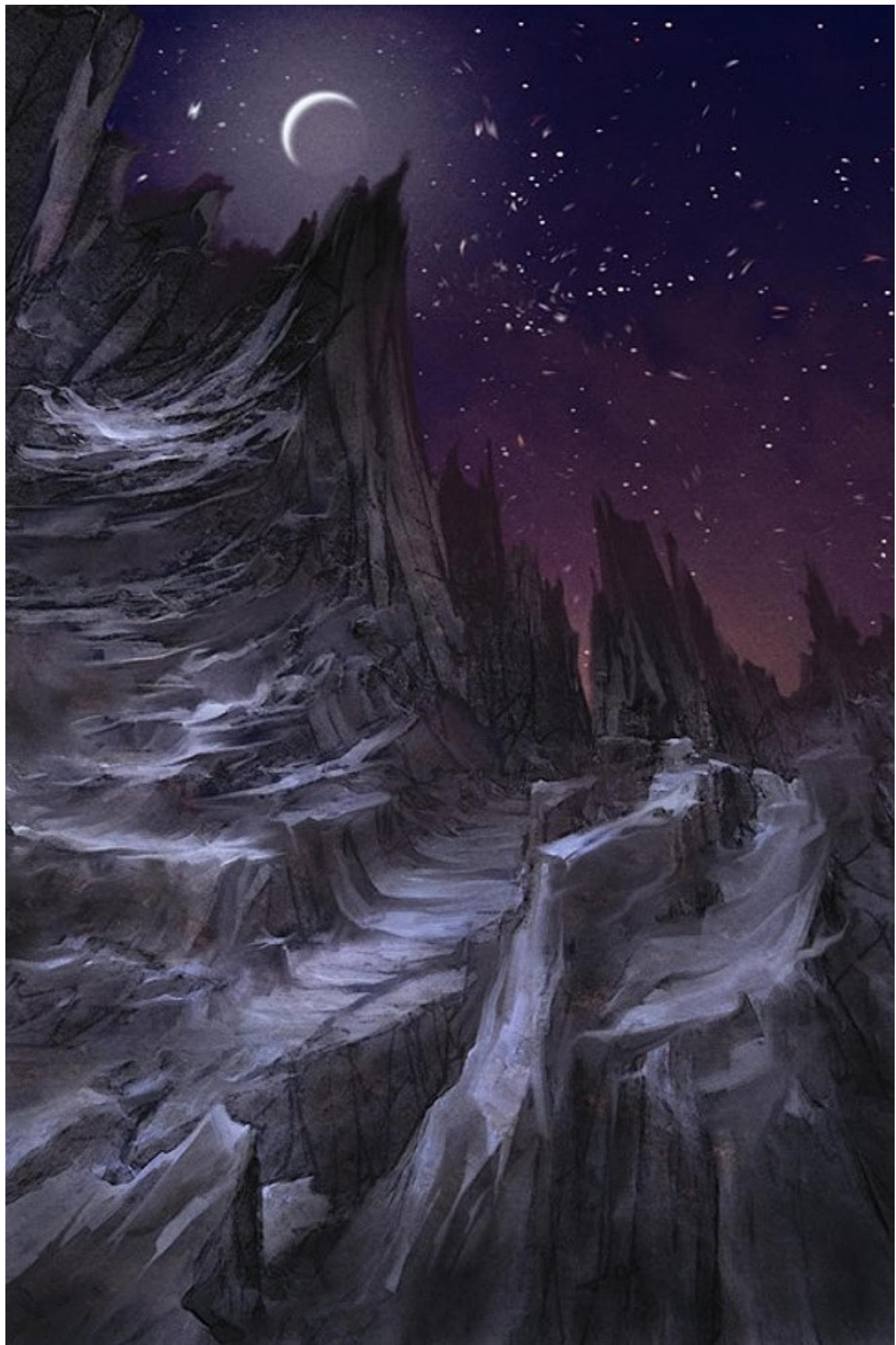
Susannah no respondió, aunque la carne de gallina se extendía en ese momento hasta la nuca y sintió que se le erizaba el cuero cabelludo. Estaba comenzando a perder la sensibilidad de sus rodillas (las de las piernas de alguien, en cualquier caso). Si hubiera tenido la posibilidad de verse desnuda, ¿habría visto cómo sus piernas nuevas se volvían transparentes? ¿Habría visto la sangre correr por sus venas, la de color rojo chillón bajando y la más oscura y exhausta remontando hacia el corazón? ¿Las trenzas de músculo entretejidas?

Creía que sí.

Le dio al botón de subida y volvió a meter la Oriza en la bolsa, rezando para que una de las puertas de los tres ascensores se abriera antes de caer al suelo. El pianista había acometido «Stormy Weather».







Se abrió la puerta de la cabina del medio. Susannah-Mia entró al ascensor y pulsó el 19. La puerta corredera se cerró, pero el ascensor no se movió.

«La tarjeta de plástico —se recordó—, tienes que utilizar la tarjeta».

Localizó la ranura e introdujo la tarjeta dentro, con cuidado de meterla en la dirección que indicaban las flechas. Esta vez, cuando pulsó el 19, el número se iluminó. Segundos después, se vio apartada a un lado con brusquedad al tiempo que Mia pasaba al frente.

Susannah se arrellanó en el fondo de su mente con una especie de cansado alivio. Sí, que otro tomase el control en su lugar, ¿por qué no? Que otro manejara el cotarro. Sintió que la fuerza y la materia regresaban a sus piernas, y eso le bastó por el momento.

CINCO

Puede que Mia fuera una extranjera en una tierra extraña, pero aprendía con rapidez. Una vez en el vestíbulo de la planta decimonovena, localizó la flecha que estaba debajo de los números 1911-1923 y caminó con brío por el pasillo hasta el 1919. La alfombra, de un material grueso y verde que era deliciosamente mullido, susurraba bajos sus

(de las dos)

zapatos robados. Insertó la tarjeta-llave, abrió la puerta y entró. Había dos camas. Dejó las bolsas sobre una de ellas, miró a su alrededor sin ningún interés y clavó la mirada en el teléfono.

«¡Susannah!», gritó con impaciencia.

«¿Qué?».

«¿Cómo lo hago sonar?».

Susannah rio realmente divertida.

«Cielo, no eres la primera persona que hace esa pregunta, créeme. Ni la millonésima. O suena o no suena. Lo hace cuando toca. Mientras tanto, ¿por qué no echas un vistazo por ahí? A ver si puedes encontrar un sitio donde meter tu artilla».

Esperaba una discusión, pero no se produjo. Mia merodeó por la habitación (sin molestar en descorrer las cortinas, aunque Susannah tenía muchas ganas de contemplar la ciudad desde aquella altura), echó un vistazo al baño (palaciego, con una pila de mármol y espejos por todas partes), y luego miró dentro del armario. Allí, sobre una estantería con bolsas de plástico para el lavado en seco, había una caja fuerte. Tenía un letrero, pero Mia no sabía leer. Roland había tenido el mismo problema de vez en cuando, pero lo suyo se debía a la diferencia entre el alfabeto latino y las «letras mayores» del Mundo Interior. Susannah creía que el problema de Mia era mucho más básico; aunque su raptora sin duda conocía los números, Susannah no creía que la madre del chaval supiera leer.

Susannah pasó al frente, pero no del todo. Durante un instante miró dos letreros a través de dos pares de ojos; la sensación le resultó tan peculiar que de inmediato sintió náuseas. A continuación, las imágenes se unieron y pudo leer el mensaje:

CAJA FUERTE A SU DISPOSICIÓN PARA GUARDAR
SUS PERTENENCIAS
LA DIRECCIÓN DEL PLAZA-PARK HYATT NO SE HACE
RESPONSABLE DE LOS OBJETOS DEPOSITADOS EN ESTA
EL DINERO EN METÁLICO Y LAS JOYAS DEBEN
DEPOSITARSE EN LA CAJA FUERTE DEL HOTEL,
QUE SE ENCUENTRA EN RECEPCIÓN
PARA INTRODUCIR EL CÓDIGO,
TECLEE CUATRO NÚMEROS Y PULSE ENTER
PARA ABRIR, INTRODUZCA SU CÓDIGO
DE CUATRO DÍGITOS Y PULSE OPEN

Susannah se retiró y dejó que Mia escogiera cuatro números. Al final fueron un uno y tres nueves. Era el año en que estaban y podía ser una de las primeras combinaciones que se le ocurriera a un ladrón de habitaciones, pero al menos no era justo el número de la habitación. Además, eran los números correctos. Números de poder. Un sigul. Ambas lo sabían.

Mia comprobó la caja fuerte antes de programarla, la encontró cerrada a cal y canto, y a continuación siguió las instrucciones para abrirla. Se produjo un zumbido que provenía de algún lugar del interior de la caja y la puerta se abrió de par en par. Colocó dentro la bolsa de color rojo desvaído de MEDIO MUNDO JUEGA EN ESTAS PISTAS —la caja que había en su interior encajaba a la perfección en la balda— y luego la bolsa con los platos de Oriza. Echó el cierre a la puerta de la caja fuerte, probó la manilla, vio que no cedía e hizo un gesto de asentimiento. La bolsa de Borders seguía en la cama. Sacó el fajo de billetes y lo metió en el bolsillo delantero de los tejanos, junto con la tortuga.

«Tengo que conseguir una camisa limpia», recordó Susannah a su invitada inoportuna.

Mia, hija de nadie, no respondió. Estaba claro que las camisas le importaban un comino, limpias o sucias. Mia estaba mirando el teléfono. De momento, con el parto en espera, el teléfono era lo único que le importaba.

«Ahora garlaremos —dijo Susannah—. Lo has prometido, y es una promesa que vas a cumplir. Pero no en ese salón de banquetes. —Se estremeció—. En algún lugar en el exterior, atiéndeme, te lo ruego. Quiero tomar aire fresco. Ese salón de banquetes olía a muerte».

Mia no discutió. Susannah tuvo la vaga sensación de que la otra mujer pasaba revista a diversos archivos de la memoria —examinándolos, rechazándolos, examinándolos, rechazándolos— y que al final encontraba algo que le serviría.

«¿Cómo llegaremos hasta allí?», preguntó Mia con indiferencia.

La mujer negra que ahora era dos mujeres (otra vez) se sentó en una de las camas y posó las manos sobre el regazo. «Como en un trineo —dijo la parte de la mujer que

correspondía a Susannah—. Yo te empujo, tú guías. Y recuerda, Susannah-Mio, si quieres que colabore, tendrás que darme respuestas claras».

«Lo haré —respondió la otra—. Pero no esperes que te gusten. Ni siquiera esperes entenderlas».

«¿A qué te...?».

«¡Da igual! ¡Dioses, jamás he conocido a nadie que hiciera tantas preguntas! ¡El tiempo apremia! ¡Cuando el teléfono suene, nuestra garla habrá terminado! Así que si querías garlar...».

Susannah no se molestó en darle oportunidad a terminar. Cerró los ojos y se dejó caer hacia atrás. No hubo cama que detuviera esa caída; la atravesó. Estaba cayendo de verdad, atravesando el espacio. Oyó el tintineo de las campanillas del exotránsito de forma tenue y distante.

«Allá voy de nuevo —pensó, y luego—: Eddie, te quiero».

ESTROFA: *Commala-pega-un-brinco*

¿no es la leche estar vivo?

Para contemplar Discordia

Cuando la Luna del Diablo está aquí mismo.

RESPUESTA: *¡Commala-ven-cinco!*

¡Incluso cuando las sombras han aparecido!

Ver el mundo y recorrerlo

Te hace sentir contento de estar vivo.

E
L
A
D
A
R
V
E

D
E
L

C
A
S
T
I
L
L
O



6.^ESTROFA



UNO

De súbito volvía a caer en su cuerpo y la sensación le produjo un recuerdo de claridad cegadora: Odetta Holmes a los dieciséis años, sentada en la cama en ropa interior, bañada por un rayo de luz, y poniéndose una calceta de seda. Mientras dura el recuerdo huele la fragancia del perfume White Shoulders y la pastilla de jabón de Pond's, el jabón y el perfume que había cogido prestados de su madre, era tan mayor que ya la dejaban ponerse perfume, y pensó: «¡Es el baile de primavera! ¡Y voy a ir con Nathan Freeman!».

Entonces, el recuerdo desapareció. El dulce olor a jabón Pond's fue sustituido por la limpia y fría (aunque en cierta forma húmeda) brisa nocturna, y lo único que quedó fue esa sensación, tan rara y perfecta, de estirarse en un nuevo cuerpo como si fuera una calceta que alguien se estuviera subiendo por la pantorrilla hasta la rodilla.

Abrió los ojos. Entró una ráfaga de aire que le echó un fino polvillo en la cara. Entrecerró los ojos, contrajo el gesto y levantó un brazo, como si tuviera que protegerse de un golpe.

—¡Por aquí! —gritó una mujer. A Susannah le sorprendió. No era una voz estridente ni un graznido triunfal—. ¡Por aquí! ¡Lejos del viento!

Volvió la vista hacia allí y vio a una mujer alta y hermosa que le hacía señas. El primer vistazo que Susannah le echó a la piel de Mia la dejó paralizada, porque la madre del chaval era blanca como la cera. Al parecer, la que un día fue Odetta tenía una faceta caucásica en su personalidad, ¡y vaya si aquello no era un grano en el sensible culo racista de Detta Walker!

Volvía a no tener piernas y estaba sentada en una especie de rudimentario carro de una plaza. Lo habían aparcado encajándolo en un hueco de un parapeto de poca altura. Contempló a su alrededor el paisaje rural más aterrador y adusto que jamás había visto. Enormes formaciones rocosas aserraban el cielo y se adentraban en la distancia a empellones. Relucían como huesos extraños bajo el brillo de la salvaje luna en forma de hoz. Alejadas del brillo de esa sonrisa lunar, un billón de estrellas ardían como hielo candente. Entre las rocas con sus quebradas y enormes grietas, un único y estrecho camino rasgaba el horizonte. Al mirarlo, Susannah pensó que un grupo tendría que pasar por esa senda en fila india. «Y llevar montones de víveres. Nada de recoger champiñones por el camino; ni bayas de calalú». Y en la distancia —apagada y siniestra, con origen en algún punto del horizonte— una luz de color carmesí oscuro crecía y menguaba. «El corazón de la rosa —pensó, y luego rectificó

—: No, no es eso. La forja del Rey». Contempló las luces apagadas y pulsantes con una inevitable y horrorizada fascinación. Aumentando... y aflojando. Creciendo... y menguando. Una infección que se anunciaba a los cielos.

—Ven a mí, si es que quieres venir, Susannah de Nueva York —dijo Mia.

Iba vestida con un pesado sarape y algo que parecían unos pantalones de piel que acababan justo por debajo de la rodilla. Tenía las canillas llenas de costras y rasguños. Calzaba unos *huaraches* de suela gruesa.

—Pues el Rey puede embrujar, incluso en la distancia. Estamos en el lado de Discordia del castillo. ¿Te gustaría acabar tu vida en esos picachos a los pies de esta muralla? Si él te embruja y te dice que saltes, tú lo harás. Los mandones de tus pistoleros no están aquí para ayudarte, ¿no? No, no. Estás sola, solita.

Susannah intentó apartar la mirada del fulgor de pulso constante y al principio no lo consiguió. El pánico invadió su mente

(si te embruja y te dice que saltes)

y lo cogió como si se tratara de una herramienta, lo comprimió hasta crear un filo con el que abrirse paso a tajos a través de su aterrorizada inmovilidad. Por un instante no ocurrió nada, y entonces se lanzó hacia atrás con tanta violencia sobre el carrito desvencijado que tuvo que asir el borde para evitar que volcara contra los adoquines. El viento volvió a soplar, levantó polvillo de las piedras y gravilla y se lo echó a la cara y al pelo, como haciéndole burla.

Sin embargo, ese tirón... fascinación... atracción... fuera lo que fuese, había desaparecido.

Le echó un vistazo al chirrío (eso creyó que era, fuera o no su nombre) y de inmediato comprendió cómo funcionaba. Era bastante simple. Sin mulas que tiraran del carro, ella era la mula. No tenía ni punto de comparación con la sillita suave y ligera que había encontrado en Topeka, y estaba a años luz de poder caminar con las fuertes piernas que la habían trasladado desde el pequeño parque hasta el hotel. Dios, echaba mucho de menos tener piernas. Ya lo estaba echando de menos.

Pero podía arreglárselas.

Se cogió a las ruedas de madera del carro, empujó, no se produjo movimiento alguno y empujó con más fuerza. Justo en el momento en que estaba decidiendo que tendría que bajar del asiento e ir dando saltitos y arrastrándose de forma ignominiosa hacia donde esperaba Mia, las ruedas giraron con un crujido quejumbroso y chirriante. Avanzó ruidosamente hacia Mia, que estaba de pie detrás de un pilón de piedra achaparrado. Había muchos de ellos, que se adentraban en la oscuridad a lo largo de una curva. Susannah supuso que en otro tiempo (antes de que el mundo se hubiera movido), hubo arqueros que se apostaban tras ellos para protegerse mientras el ejército enemigo al asalto les disparaba flechas o las catapultas incendiarias o como quiera que se llamaran. Luego ellos se asomaban a los huecos y disparaban sus propias armas. ¿Hacía cuánto habría ocurrido aquello? ¿Qué mundo era ese? ¿Y cuál era su cercanía a la Torre Oscura?

Susannah tenía la impresión de que podía estar muy cerca, de hecho.

Empujó el quejumbroso carrito torpe y desgarbado para alejarlo del viento y miró a la mujer con el sarape, avergonzada de estar tan extenuada después de moverse menos de once metros, y, pese a ello, no poder evitar los resuellos. Inspiraba hondamente el aire húmedo y a veces glacial. Los pilones —creía que se llamaban merlones o algo así— quedaban a su derecha. A su izquierda había un foso circular de oscuridad rodeado por murallas de piedra desmigajada. Al otro lado del camino, dos torres se elevaban por encima de la muralla exterior, aunque una estaba destrozada, como si la hubiera partido un rayo o la hubiera alcanzado la deflagración de alguna explosión.

—Este lugar en el que estamos es el adarve —dijo Mia—. Es el camino de ronda del Castillo del Abismo, antes conocido como Castillo Discordia. Dijiste que querías aire puro. Espero que lo tengas a bien, como dicen en el Calla. Esto está bastante alejado de aquello, Susannah, está en lo más profundo del Mundo Final, cerca del lugar donde acaba tu búsqueda, para bien o para mal. —Hizo una pausa y luego añadió—: Para mal casi con total seguridad. Aunque a mí eso no me importa nada, no, a mí no. Yo soy Mia, hija de nadie, madre de uno. Me importa mi chaval y nada más. ¡Con el chaval me basta, ea! ¿Quieres garlar? Está bien. Te diré lo que pueda y seré sincera. ¿Por qué no? ¿Y a mí qué me importa, ocurra lo que ocurra?

Susannah miró a su alrededor. Cuando estuvo de cara al centro del castillo —lo que supuso que era el patio interior— percibió un olor a rancia podredumbre. Mia la vio arrugar la nariz y se rio.

—Sea, hace tiempo que desaparecieron, y las máquinas que los últimos dejaron atrás están casi paradas, pero el olor de su muerte persiste en el aire, ¿verdad? El olor a muerte siempre lo hace. Pregúntale a tu amigo el pistolero, al verdadero pistolero. Él lo sabe, porque lo ha vivido en sus propias carnes. Él es el responsable de muchas cosas, Susannah de Nueva York. La culpa de los mundos cuelga de su cuello como un cadáver en descomposición. Aun así, su seca y vigorosa determinación lo han llevado tan lejos como para atraer los ojos del grande. Será destruido, ea, y todo los que estén con él. Yo acarreo su condena en mi vientre, y no me importa.

Adelantó la mandíbula a la luz de las estrellas. Bajo el sarape se elevaron sus pechos... y Susannah vio cómo se curvaba su vientre. Al menos en ese mundo, Mia estaba claramente embarazada. A punto de estallar, de hecho.

—Formula tus preguntas, soy toda tuya —la invitó Mia—. Pero recuerda que también existimos en el otro mundo, el mundo donde estamos unidas. Estamos acostadas en una cama del hotel, como si estuviéramos dormidas... pero no estamos dormidas, ¿verdad, Susannah? Ni hablar. Y cuando el teléfono suene, cuando mis amigos llamen, saldremos de ese lugar e iremos donde estén ellos. Si tus preguntas han sido formuladas y contestadas, bien. Si no, también. Pregunta. O... ¿No eras una pistolera? —Sus labios esbozaron una sonrisa despectiva. Susannah pensó que era una descarada, sí, mucho, de hecho. Sobre todo tratándose de alguien que sería

incapaz de orientarse para ir de la calle Cuarenta y seis a la Cuarenta y siete en el mundo al que tenían que volver—. Así que debería decir: «¡Dispara!».

Susannah miró una vez más al foso en sombras y en ruinas que constituía el centro del castillo, donde se encontraban sus torres del homenaje y sus lizas, sus barbacanas y sus fosas de castigo, su Dios sabrá qué. Había asistido a un curso de historia medieval y conocía algunos términos, pero eso había sido hacía mucho tiempo. Estaba segura de que había un salón de banquetes en algún lugar, una sala a la que había servido alimentos, al menos durante un tiempo. Pero sus días de restauración habían terminado. Si Mia la presionaba demasiado, lo descubriría por sí misma.

Mientras tanto, decidió empezar con algo relativamente sencillo.

—Si este es el Castillo del Abismo, ¿dónde está el abismo? —preguntó—. No veo nada parecido salvo un campo lleno de pedruscos. Y ese fulgor rojo en el horizonte.

Mia, con el pelo negro que le llegaba hasta los hombros ondeando al viento (no había ni un enredo en ese pelo, a diferencia del de Susannah; el de Mia era sedoso), apuntó más allá del abismo interno que se encontraba a sus pies, hacia la muralla lejana, donde se elevaban las torres y el adarve se aferraba a su línea curva.

—Esta es la torre del homenaje del interior —dijo—. Detrás está la villa de Fedic, ahora desierta, todos fallecieron a causa de la muerte roja, y de eso ya hace miles de años. Detrás...

—¿La muerte roja? —preguntó Susannah, sorprendida (también asustada a su pesar)—. ¿Como en *La máscara de la muerte roja*, el relato de Poe?

—Y por qué no? ¿No se habían aventurado en la tierra —de la que luego habían salido— de Oz de L. Frank Baum? ¿Qué sería lo siguiente? ¿El conejo blanco y la Reina de Corazones?

—Señora, no lo sé. Todo lo que puedo deciros es que más allá de la villa desierta está la muralla exterior, y detrás de la muralla exterior en la tierra se abre una gran grieta habitada por monstruos que engañan, estafan, se multiplican y confabulan para escapar. Una vez hubo un puente que la cruzaba, pero cayó hace tiempo atrás. «En aquel tiempo antes de que se empezara a contar», como suele decirse. Son monstruos que pueden llevar a cualquier hombre o mujer a la locura de un solo vistazo.

Le dedicó a Susannah una mirada. Una mirada sin duda satírica.

—Pero no a una pistolera. Sin duda, no una como tú.

—¿Por qué te burlas de mí? —preguntó Susannah con toda tranquilidad.

Mia pareció sorprendida, luego la miró airada.

—¿Ha sido idea mía venir aquí? ¿Para estar a la intemperie donde el Ojo del Rey empaña el horizonte y mancilla la mejilla de la mismísima luna con su sucia luz? ¡Ni hablar, señora! Has sido tú, ¡así que no me agobies con tu parloteo!

Susannah podría haber respondido que, para empezar, no había sido idea de ella quedarse embarazada del bebé de un demonio, pero no era el mejor de los momentos para iniciar una de esas peleas de reproches mutuos.

—No te estaba reprendiendo —se explicó Susannah—, solo preguntaba.

Mia hizo un gesto impaciente y desdeñoso con la mano, como diciendo «no le busques tres pies al gato», y se dio media vuelta.

—No he ido ni a Morehouse ni a morenada. En cualquier caso daré a luz a mi chaval, ¿me oyes? Ocurría lo que ocurra. ¡Lo daré a luz y lo alimentaré! —musitó entre dientes.

De súbito, Susannah entendió muchísimas cosas. Mia se burlaba porque estaba asustada. A pesar de todo lo que sabía, había mucho de Susannah en ella.

«No he ido ni a Morehouse ni a morenada», por ejemplo; eso era de *El hombre invisible* de Ralph Ellison. En el momento en que Mia había optado por Susannah, había comprado dos personalidades como mínimo por el precio de una. Después de todo, había sido Mia la que había sacado a Detta del retiro (o tal vez de una profunda hibernación) y era a Detta a quien le encantaba la frase de marras, que expresaba el desprecio histórico y la actitud suspicaz que mostraban los negros hacia lo que en un tiempo se llamó «la exquisita educación de los negros en la posguerra». Ni a Morehouse ni a morenada; en otras palabras: sé lo que sé, me lo dijo un pajarito, lo escuché en radio macuto, me lo han chivado, cielo.

—Mia —dijo en ese momento—. ¿De quién es el chaval además de tuyo? ¿Sabes qué demonio es el padre?

Mia sonrió de oreja a oreja. A Susannah no le gustó esa sonrisa. Había demasiado de Detta en ella; un conocimiento demasiado satisfecho y glacial.

—Sea, señora, sí lo sé. Y tienes razón. Y fue un demonio el que te lo hizo, uno de los grandes, ¡digo verdad! ¡Un humano! Tenía que ser así, porque te diré que los verdaderos demonios, aquellos abandonados en la orilla de estos mundos que giran alrededor de la Torre cuando el *Prim* se retiró, son estériles. Y por una muy buena razón.

—Entonces, ¿cómo...?

—Tu dínl es el padre de mi chaval —dijo Mia—. Roland de Gilead, ea, él. Steven Deschain al final tiene a su nieto, aunque se esté pudriendo en la tumba y no lo sepa.

Susannah la miraba con los ojos desorbitados, ajena al gélido viento procedente del páramo de Discordia.

—¿Roland...? ¡No puede ser! Estaba a mi lado cuando el demonio estaba dentro de mí, él estaba sacando a Jake de la casa de Dutch Hill y echar un polvo era lo último que tenía en mente... —se fue apagando, pensando en el bebé que había visto en el Dogan. Pensando en esos ojos. En esos ojos de color azul metálico. «No, no, me niego a creerlo».

—Sea como fuere, Roland es el padre —insistió Mia—. Y cuando llegue el chaval, sacaré el nombre de tu mente, Susannah de Nueva York; de lo que aprendiste en la misma época en que aprendiste sobre merlones, palestras, catapultas y barbacanas. ¿Por qué no? Es un buen nombre, y hermoso.

«Está hablando de las clases de Introducción a la historia medieval del profesor Murray».

—Lo llamaré Mordred —anunció—. Crecerá rápido, mi adorable niñito, más rápido que un humano, debido a su naturaleza demoníaca. Crecerá fuerte. Será la encarnación de todos los pistoleros que hayan existido. Y por ello, como el Mordred de tu leyenda, dará muerte a su padre.

Y dicho esto, Mia, hija de nadie, levantó los brazos hacia el cielo preñado de estrellas y gritó, aunque Susannah no supo si de terror, pena o júbilo.

DOS

—Agáchate —ordenó Mia—, tengo esto.

De debajo del sarape sacó un racimo de uvas y una bolsa de papel llena de bayas de calalú de color naranja tan colmadas como su vientre. Susannah se preguntó de dónde habría salido la fruta. ¿Acaso su cuerpo compartido estaba caminando sonámbulo por el hotel Plaza-Park? ¿Acaso había una cesta de fruta que ella no había visto? ¿O acaso aquella fruta no era más que un fruto de su imaginación?

No es que importase. Cualquier apetito que hubiera podido tener había desaparecido, mitigado por la declaración de Mia. El hecho de que fuera imposible de alguna manera hacia la idea más monstruosa. Y no podía dejar de pensar en el bebé que había visto en el útero en una de esas pantallas de televisión. En aquellos ojos azules.

«No, no puede ser, ¿lo oyes? ¡No puede ser!».

El viento que soplabía entre los merlones la estaba helando hasta los huesos. Arrancó el asiento del carrito y se apoyó contra el muro del adarve, junto a Mia, escuchando el aullido constante del viento y mirando las extrañas estrellas.

Mia se estaba atiborrando a uvas. El jugo le caía por una de las comisuras de los labios mientras escupía las pepitas por la otra con la rapidez de una ametralladora. Tragó, se limpió la barbilla y dijo:

—Sí que puede ser, puede ser. Y es más: así es. ¿Todavía estás contenta de haber venido, Susannah de Nueva York, o deseabas haber dejado tu curiosidad insatisfecha?

—Voy a tener un bebé sin haber follado, voy a enterarme de todo lo que pueda sobre ese bebé. ¿Lo entiendes?

Mia parpadeó al escuchar la deliberada crudeza, luego hizo un gesto de asentimiento.

—Si quieress...

—Dime cómo puede ser de Roland. Y si quieress que crea algo de lo que digas, será mejor que empieces por hacerme creer eso.

Mia clavó las uñas en la piel de una baya de calalú, la peló con un rápido gesto y

se comió la fruta con fruición. Pensó en pelar otra, pero se limitó a jugar con ella entre las palmas de las manos (esas desconcertantes palmas blancas), para calentarla. Susannah sabía que al cabo de un rato la piel de la fruta se desprendería sola. Entonces comenzó a hablar.

TRES

—¿Cuántos Haces hay, Susannah de Nueva York?

—Seis —respondió Susannah—. Al menos esos había. Supongo que ahora solo quedan dos que...

Mia movió una mano con impaciencia, como diciendo «No me hagas perder el tiempo».

—Seis, ea. Y cuando los Haces fueron creados a partir de algo superior a ellos, Discordia, la sopa de la creación que algunos llaman (incluidos los manni) el Paso y otros, el *Prim*, ¿qué los generó?

—No lo sé —respondió Susannah—. ¿Tú crees que fue Dios?

—Tal vez hay un Dios, pero los Haces surgieron del *Prim* como por arte de magia, Susannah, la verdadera magia que desapareció hace tiempo. ¿Fue Dios el que creó la magia, o fue la magia la que creó a Dios? No lo sé. Esa es una cuestión para filósofos, y lo mío es ser madre. Pero hace mucho tiempo todo era Discordia y de ella, poderosos y compartiendo un único punto de unión, surgieron los seis Haces. Estaba la magia para que aguantaran firmes por los siglos de los siglos, pero cuando la magia lo abandonó todo menos la Torre Oscura, que algunos han llamado Can Calyx, la Sala de la Reanudación, los hombres perdieron las esperanzas. Cuando pasó la Edad de la Magia, llegó la Edad de las Máquinas.

—North Central Positronics —murmuró Susannah—. Ordenadores dipolares. Motores *slotrans*. —Hizo una pausa—. Blaine el Mono. Pero no en nuestro mundo.

—¿No? ¿Dices que tu mundo está exento? ¿Y el cartel del vestíbulo del hotel?

La baya de calalú reventó. Mia la peló y la engulló, dejando que se le derramara el jugo por las comisuras de su sonrisa de complicidad.

—Creía que no sabías leer —repuso Susannah.

Eso estaba fuera de contexto, pero fue lo único que se le ocurrió. Su mente volvía una y otra vez a la imagen del bebé; a esos brillantes ojos azules. Los ojos de pistolero.

—Sea, pero sé contar, y cuando se trata de tu mente, leo sin problemas. ¿Me estás diciendo que no recuerdas el cartel del vestíbulo del hotel? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Por supuesto que lo recordaba. Según el cartel, el Plaza-Park pasaría a formar parte de una organización llamada Sombra/North Central en cuestión de un mes. Y cuando había dicho «No en nuestro mundo», sin duda estaba pensando en 1964; el

mundo de la televisión en blanco y negro, de los ordenadores de un tamaño tan absurdamente tremendo que ocupaban una habitación entera, y de los policías de Alabama más que deseosos de soltar a los perros contra los manifestantes negros que votaban a favor de los derechos humanos. Las cosas habían cambiado mucho en los treinta y cinco años que habían pasado. El aparato de la recepcionista euroasiática, combinación de televisión y máquina de escribir, por ejemplo, ¿cómo podía saber Susannah que no se trataba de un ordenador dipolar controlado por uno de esos motores *slotrans*? No lo podía saber.

—Sigue —animó a Mia.

Mia se encogió de hombros.

—Os condenáis vosotros solitos, Susannah. Claramente os habéis volcado en ello, y la causa es siempre la misma: os falta fe y la sustituís por el pensamiento racional. Pero no hay pasión en el pensamiento, nada perdura en la deducción, solo hay muerte en el racionalismo.

—¿Qué tiene todo esto que ver con tu chaval?

—No lo sé. Hay muchas cosas que no sé. —Levantó una mano, anticipándose a Susannah antes de que esta pudiera hablar—. Y no, no estoy dejando pasar el tiempo, ni intentando que olvides lo que sabes; estoy hablando de todo corazón. ¿Quieres escucharlo o no?

Susannah hizo un gesto de asentimiento. Escucharía aquello... al menos durante un rato más. Pero si no volvía pronto a lo del bebé, ella retomaría el tema.

—La magia desapareció. Maerlyn se retiró a su cueva en uno de los mundos, la espada de Eld dejó paso a las pistolas de los pistoleros en otro, y la magia desapareció. Y a lo largo del arco de los años, grandes alquimistas, grandes científicos y grandes... ¿cómo se decía?, grandes técnicos, eso creo. Grandes hombres de pensamiento, en todo caso, eso es lo que quería decir, grandes hombres de deducción, todos ellos se unieron y crearon las máquinas que hacían funcionar los Haces. Eran grandes máquinas, pero máquinas mortales. Reemplazaron la magia por las máquinas, te consta, y ahora las máquinas están fallando. En algunos mundos, grandes plagas han diezmado poblaciones enteras.

Susannah asintió en silencio.

—Hemos visto una de esas plagas —dijo en voz baja—. La llamaban supergripe.

—Los disgrégadores de haces del Rey Carmesí se limitan a acelerar un proceso que ya estaba en marcha. Las máquinas están enloqueciendo. Lo has visto con tus propios ojos. Los hombres creían que siempre habría más hombres como ellos para construir más máquinas. Ninguno previó lo que ha ocurrido. Este... este agotamiento universal.

—El mundo se ha movido.

—Sea, señora. Se ha movido. Y no ha dejado a nadie para que sustituya las máquinas que sostienen la última magia que sobrevive, porque el *Prim* se ha retirado ya hace tiempo. La magia ha desaparecido y las máquinas están fallando. Pronto

caerá la Torre Oscura. Tal vez haya tiempo para un espléndido momento de pensamiento racional universal antes de que la oscuridad se imponga para siempre. ¿Verdad que eso sería genial?

—¿El Rey Carmesí no será destruido cuando la Torre caiga? ¿Él y todos los suyos? ¿Los tipos con esos agujeros sangrantes en la frente?

—Se le ha prometido su propio reino, donde gobernará para siempre, deleitándose en sus propios y especiales placeres —la aversión se había apoderado de la voz de Mia. Tal vez también el miedo.

—¿Prometido? ¿Quién se lo ha prometido? ¿Quién es más poderoso que él?

—Señora, no lo sé. Tal vez es solo lo que se ha prometido a sí mismo —contestó Mia, encogiéndose de hombros. En cierto modo, evitaba la mirada de Susannah.

—¿No hay nada que pueda impedir la caída de la Torre?

—Ni siquiera tu amigo el pistolero espera impedirlo —aclaró Mia—, solo retrazarlo liberando a los disgregadores y... tal vez, dando muerte al Rey Carmesí. ¡Salvarla! ¡Salvarla, qué gozo! ¿Acaso alguna vez te ha dicho que fuera eso lo que buscaba?

Susannah lo meditó y sacudió la cabeza. Si Roland se lo había dicho alguna vez, tan directamente, no lo recordaba. Y estaba segura de que lo habría recordado.

—No —prosiguió Mia—, porque no mentirá a su ka-tet a menos que tenga que hacerlo, se trata de su orgullo. Lo único que quiere de la Torre es verla. —A continuación, añadió, bastante a regañadientes—: O tal vez entrar en ella y ascender hasta la habitación de lo alto; a tanto puede llegar su ambición. Puede que sueñe con poner un pie en su adarve, igual que nosotras nos parapetamos tras este, y gritar los nombres de sus compañeros caídos y de su linaje hasta llegar a Arthur Eld. Pero ¿salvarla? ¡Eso sí que no, señora mía! Solo el regreso de la magia podría salvarla, como tú misma sabes muy bien, lo de tu dinh es solo el plomo.

Desde que había cruzado los mundos, Susannah nunca había oído describir bajo una luz tan mezquina el oficio de Roland. La hizo sentirse triste y enfadada, pero ocultó sus sentimientos lo mejor que supo.

—Dime cómo puede ser que tu chaval sea el hijo de Roland, porque me gustaría oírlo.

—Sea, es un buen truco, aunque los ancianos de Paso del Río te lo podrían haber explicado, no me cabe duda.

Susannah dio un respingo al oír aquello.

—¿Cómo sabes tanto de mí?

—Porque estás poseída —aclaró Mia—, y yo soy quien te posee, claro. Puedo echar un vistazo a cualquiera de tus recuerdos que me plazca. Incluso puedo interpretar lo que ven tus ojos. Ahora quédate callada y escucha siquieres saber, porque tengo la sensación de que el tiempo nos apremia.

Esto es lo que el demonio de Susannah le dijo.

—Hay seis Haces, como has dicho, pero hay doce guardianes, uno por cada extremo de cada Haz. Este (puesto seguimos en él) es el Haz de Shardik. Si fueras más allá de la Torre, se convertiría en el Haz de Maturin, la gran tortuga sobre cuyo caparazón descansa el mundo.

»De forma parecida, hay seis elementos demoníacos, uno por cada Haz. Por debajo de ellos estaría la totalidad del mundo invisible, aquellas criaturas que quedaron atrás en la playa de la existencia cuando el *Prim* se retiró. Hay demonios parlantes, demonios domésticos, que algunos llaman fantasmas, demonios mal-enfermos —hacedores de máquinas y adoradores del gran dios falso de la racionalidad, si a bien tienes—, que algunos llaman enfermedades. Demonios menores hay muchos, pero solo seis elementos demoníacos. Aun así al igual que hay doce guardianes para seis Haces, hay doce aspectos demoníacos, pues todos los elementos demoníacos son tanto macho como hembra.

Susannah empezó a entender dónde quería ir a parar, y sintió que el estómago le daba un repentino vuelco. Desde las puntiagudas piedras más allá del adarve, en lo que Mia llamaba Discordia, llegó una carcajada seca, febril y socarrona. A ese humorista invisible se le unió un segundo, un tercero, un cuarto y un quinto. De pronto pareció que el mundo entero se estaba riendo de ella. Y tal vez con un buen motivo, porque era un buen chiste. Pero ¿cómo iba a saberlo ella?

Mientras las hienas —o lo que fuera aquello— reían de forma socarrona, Susannah dijo:

—Me estás diciendo que los elementos demoníacos son hermafroditas. Por eso son estériles, porque son ambas cosas.

—Sea. En el Oráculo, tu dñh fornicó con uno de esos elementos demoníacos con el objeto de obtener información, lo que se llama «profecía» en la Alta Lengua. No tenía razón alguna para creer que el Oráculo no fuera un súculo, como los que en algunas ocasiones existen en los lugares solitarios...

—Ya —dijo Susannah—, una demonio muy sexy normal y corriente.

—Si quieres decirlo así —comentó Mia, y esta vez cuando le ofreció a Susannah una baya de calalú, Susannah la cogió y empezó a hacerla rodar entre las palmas de las manos para calentar la piel. Todavía no tenía hambre, pero sí la boca seca. Muy seca—. El demonio asimiló la simiente de Roland en forma de hembra, y te la dio a ti en forma de macho.

—Cuando estábamos en el círculo parlante —musitó Susannah con desaliento.

Recordaba la lluvia torrencial golpeando su cara vuelta hacia arriba, la sensación de unas manos invisibles en los hombros, y luego la enorme hinchazón de esa cosa que la llenaba y al mismo tiempo parecía partirla en dos. Lo peor de todo había sido la frialdad de la enorme polla en su interior. En ese momento, pensó que era como si se la tirase un carámbano de hielo.

—¿Y cómo había podido soportarlo? Invocando a Detta, por supuesto. Al llamar a la zorra, victoriosa en cientos de desagradables escaramuzas sexuales en aparcamientos de dos docenas de moteles de carretera y cafeterías de las afueras de la ciudad. Detta, quien lo había atrapado...

—Intentó escapar —le dijo a Mia—. En cuanto aquella cosa se imaginó que tenía la polla pillada en un puñetero cuello de botella, intentó escapar.

—Si hubiera querido escapar —repuso Mia con tranquilidad—, lo habría hecho.

—¿Por qué se molestó en engañarme? —preguntó Susannah, aunque no necesitaba que Mia respondiese a la pregunta, no en ese momento. Porque el demonio la había necesitado, por supuesto. La había necesitado para que llevase el bebé en su seno.

El bebé de Roland.

La maldición de Roland.

—Sabes todo lo que necesitas saber sobre el chaval —dijo Mia—, ¿verdad?

Susannah supuso que sí. Un demonio había asimilado la simiente de Roland mientras era una hembra; la había guardado de alguna forma y luego la había introducido en Susannah Dean en forma de macho. Mia tenía razón. Sabía todo lo que necesitaba saber.

—He cumplido mi promesa —dijo Mia—. Volvamos, el frío no es bueno para el chaval.

—Solo un minuto más —solicitó Susannah. Levantó la baya de calalú. La dorada pulpa de la fruta sobresalía entre las grietas de la piel anaranjada—. Mi baya acaba de abrirse. Deja que me la coma. Tengo otra pregunta.

—Come y pregunta, y hazlo deprisa.

—¿Quién eres? ¿Quién eres en realidad? ¿Eres ese demonio? ¿Tiene un nombre, por cierto? Ella o él, ¿tiene un nombre?

—No —respondió Mia—. Los elementos no necesitan nombres; son lo que son. ¿Que si soy un demonio? ¿Eso es lo que te gustaría saber? Sí, supongo que lo soy. O lo era. Todo eso está confuso ahora, como un sueño.

—¿Y tú no eres yo... o si lo eres?

Mia no respondió. Y Susannah se dio cuenta de que seguramente no lo sabía.

—¿Mia? —preguntó en voz baja, musitando.

Mia se estaba agachando, apoyada contra el merlón, con el sarape metido entre las rodillas. Susannah vio que le dolían los tobillos y sintió pena por la mujer. Luego lo olvidó. No había tiempo para la compasión, porque no era sincera.

—Tú no eres más que la canguro, chica.

La reacción fue la esperada, y más. La cara de Mia reflejó sorpresa y a continuación enojo. ¡Joder, furia!

—¡Mientes! ¡Soy la madre de este chaval! Y cuando llegue, Susannah, los disgregadores ya no tendrán que peinar el mundo porque mi chaval será el más grande de todos, y partirá él solo los dos Haces que quedan —su voz estaba llena de

un orgullo que sonaba alarmantemente cercano a la locura—. ¡Mi Mordred! ¿Me atiendes?

—¡Oh, sí! —respondió Susannah—. Te atiendo. Y tú vas a ir corriendo a echarte a los brazos de los que han hecho de derribar la Torre su *leif motiv*, ¿verdad? Ellos llaman y tú vas. —Hizo una pausa, y a continuación terminó con deliberada delicadeza—. Y cuando te reúnas con ellos, te quitarán a tu chaval, te darán las gracias y te enviarán de vuelta a la sopa de la que procedes.

—¡Ni hablar! Yo lo criará, así me lo han prometido. —Mia cruzó los brazos para protegerse el vientre—. ¡Es mío! ¡Soy su madre y yo debo encargarme de su crianza!

—Chica, ¿por qué no eres realista? ¿Crees que cumplirán su palabra? ¿Ellos? ¿Cómo puedes ver tantas cosas y no darte cuenta de esto?

Susannah conocía la respuesta, por supuesto. La maternidad la había ofuscado.

—¿Por qué no iban a dejar que lo criara? —preguntó Mia con voz estridente—. ¿Quién podría hacerlo mejor? ¿Quién mejor que Mia, que fue creada solo para dos cosas, para dar a luz un hijo y criarlo?

—Pero tú no eres solo tú —le recordó Susannah—. Eres como los niños del Calla, y como todo lo demás que mis amigos y yo nos hemos encontrado en el camino. ¡Eres una melliza, Mia! Yo soy tu otra mitad, tu cuerda de salvamento. Ves el mundo a través de mis ojos y respiras gracias a mis pulmones. Yo tengo que cargar con el chaval, porque tú no podías, ¿verdad? Eres tan estéril como los gigantones. Y una vez se hagan con tu niño, la bomba atómica de los disgradiadores, se desharán de ti solo aunque solo sea para poder deshacerse de mí.

—Tengo su palabra —se defendió Mia. Estaba cabizbaja, concentrada en su obstinación.

—Dale la vuelta —sugirió Susannah—. Dale la vuelta, te lo ruego. Si yo estuviera en tu lugar y tú en el mío, ¿qué pensarías si te hablara de una promesa así?

—¡Diría que dejases de cotorrear!

—¿Quién eres en realidad? ¿De dónde coño te han sacado? ¿Respondiste a un anuncio en el periódico o algo así: «Se busca madre sustituta. Buen sueldo. Empleo de poca duración»? ¿Quién eres en realidad?

—¡Cierra el pico!

Susannah se inclinó hacia delante, apoyándose sobre sus caderas. Esta posición normalmente le resultaba en especial incómoda, pero había olvidado la incomodidad y la baya de calalú a medio comer.

—¡Vamos! —exclamó, su voz iba adquiriendo la aspereza de Detta Walker—. ¡Venga ya, quítate la venda de los ojos, cielo, al igual que mas obligao a quitarme la mía! ¡Di la verdad y mójate! ¿Quién coño eres?

—¡No lo sé! —gritó Mia, y a sus pies, los chacales ocultos entre las rocas, le devolvieron el chillido, solo que sus gritos eran carcajadas—. No sé, no sé quién soy, ¿eso te satisface?

No la satisfacía. Susannah estaba a punto de presionarla más cuando Detta Walker

habló.

CINCO

Esto es lo que el otro demonio de Susannah le dijo:

«Muñequita, tienes que pensar en esto un poquito, eso me parece a mí. Ella no sabe ná, es una burra, no sabe leer, cuenta con los deos, no ha ido a Morehouse, no ha ido a morenada, pero tú sí, la señorita Oh-Detta Holmes ha ido a Columbiya, la, la, la, la joya del océano, somos tan buenas...»

»Tiés que pensar en cómo se quedó preñá, pa empezar. Se folló a Roland y le sacó la leche, luego se volvió hombre, el demonio del círculo, y te la metió a ti, y va y luego tú la llevas dentro, y tú te comes toas sas mierdas que tendió pol gaznate, así que ande queda ella en todo esto ahora, eso es lo que a Detta le gustaría saber. ¿Cómo es que está preñá debajo desa manta guerra que lleva puesta? ¿Es más desa cosa... eso que llamas... técnica de visualización?».

Susannah no lo sabía. Lo único que sabía es que Mia la estaba mirando de pronto con los ojos entrecerrados. Sin duda alguna había escuchado parte de ese monólogo. ¿Cuánto? No mucho, eso es lo que suponía Susannah; a lo mejor una palabra de aquí y otra de allá, aunque sería más bien como un balbuceo. En cualquier caso, Mia sin duda actuaba como si fuera la madre del bebé. ¡El bebé Mordred! Era como una tira cómica dibujada por Charles Addams.

«Asín lo hace —musitó Detta—, se comporta como una mami, se lo ha tomao mu a pecho, ahí has dao en el clavo».

Aunque tal vez, pensó Susannah, esa fuera simplemente su naturaleza. A lo mejor, más allá del instinto maternal, no había Mia.

Una fría mano se alargó y cogió a Susannah por la muñeca.

—¿Quién es? ¿Es esa que habla de forma tan desagradable? Si lo es, haz que desaparezca. Me da miedo.

A decir verdad, a Susannah también la asustaba un poco, pero no tanto como cuando por fin llegó a aceptar que Detta era real. No habían entablado amistad y puede que nunca lo hicieran, pero estaba claro que Detta Walker podía ser una aliada poderosa. Era más que mala. Quitando el estúpido acento de Butterfly McQueen la mami de *Lo que el viento se llevó*, era muy viva.

«Esa tal Mia sería un aliado muy poderoso, si te la ganaras pa tu lao. No hay nada más poderoso neste puto mundo que una madre cabréa».

—Vamos a volver —anunció Mia—. He contestado a tus preguntas, el frío es malo para el bebé, y la mala está aquí. La garla ha terminado.

No obstante, Susannah se sacudió la mano de encima y retrocedió un poco para alejarse del alcance inmediato de Mia. En el hueco que quedaba entre los merlones, el gélido viento cortaba como un cuchillo a través de su fina camisa, aunque también

pareció aclararle las ideas y refrescarle el pensamiento.

«Parte de ella soy yo, porque ella tiene acceso a mis recuerdos. El anillo de Eddie, las yentes de Paso del Río, Blaine el Mono. Pero, además, tiene que ser algo más que yo, porque... porque...».

«Continúa, chica, no lo haces mal, pero eres lenta».

«Porque sabe todas esas otras cosas. Sabe cosas sobre los demonios, tanto de los menores como de los elementos. Sabe cómo fueron creados los Haces, más o menos, y sabe lo de esa sopa mágica de la creación, el *Prim*. Por lo que yo sé, la palabra “prim”, debe de venir de primo, esa palabra que se utiliza para calificar a las nenas que siempre se están tirando de la falda para taparse las rodillas, vamos, que son unas primas. Ese otro significado no lo ha sacado de mí».

Detta dijo: «Y también tié amigos en Nueva York, no lo olvides. O, a lo menos, ella cree que son sus colegas».

«¿Así que ella también es alguien o algo más? Alguien de ese mundo invisible de demonios domésticos y mal-enfermos. Pero ¿quién? ¿De verdad es uno de los elementos?».

Detta rio.

«Eso dice ella, pero miente más que habla, cielo. ¡Eso sí que lo sé!».

«Entonces, ¿qué es? ¿Qué era antes de ser Mia?».

De pronto, el timbre de un teléfono, amplificado hasta una estridencia que resultaba casi ensordecedora, empezó a sonar. Quedaba tan fuera de lugar en aquel castillo abandonado que al principio Susannah no supo qué era. Las cosas de allí fuera, en la Discordia —los chacales, las hienas, lo que fueran— se habían ido acallando, pero con la llegada de ese ruido volvieron a reír sardónicamente y a chillar.

Sin embargo, Mia, hija de nadie, madre de Mordred, reconoció ese timbre por lo que era de inmediato. Pasó al frente. Susannah sintió sin demora que su mundo se tambaleaba y perdía su realidad. Fue casi como si se congelara y se convirtiera en un cuadro. Un cuadro no muy bueno.

—¡No! —gritó, y se lanzó hacia Mia.

No obstante, Mia —embarazada o no, con o sin araños, con o sin tobillos hinchados— la dominaba con facilidad. Roland les había enseñado varios trucos en la lucha cuerpo a cuerpo (la parte de Detta que había en ella se había regodeado de placer ante la suciedad de estos), pero eran inútiles ante Mia, quien los eludía en cuanto Susannah pretendía ponerlos en práctica.

«Claro, sí, cómo no, conoce tus trucos igual que conoce a Tía Talitha, de Paso del Río, y a Topsy el Marino, de Lud, pues tiene acceso a tus recuerdos, porque es, al menos hasta cierto punto, tú...».

En este instante sus pensamientos se detuvieron porque Mia le había retorcido los brazos en la espalda y, por Dios, el dolor era insopportable.

«Serás la hija de puta más tonta...», dijo Detta, con una especie de desdén amistoso y ahogado, y antes de que Susannah pudiera contestar, ocurrió algo

sorprendente: el mundo se rasgó ante ellas como una quebradiza hoja de papel. La brecha se extendió desde el sucio empedrado del suelo del adarve hasta el merlón más cercano y, desde allí, se alzó hacia el cielo. Corrió hacia aquel firmamento estrellado y dividió la luna creciente en dos.

En un momento dado Susannah pensó que aquel era el fin, que bien uno o los dos últimos Haces se habían partido y que la Torre se había desmoronado. Luego, a través de la brecha, vio a dos mujeres tendidas en una de las camas dobles de la habitación 1919 del hotel Plaza-Park. Estaban abrazadas y tenían los ojos cerrados. Iban vestidas con unos tejanos y unas camisas idénticas manchadas de sangre. Compartían los mismos rasgos, pero una tenía piernas por debajo de las rodillas, cabello lacio y sedoso y piel blanca.

—¡Cuidado conmigo! —le jadeó Mia al oído. Susannah sintió una leve y cosquilleante rociada de saliva—. Cuidado conmigo y con mi chaval, porque soy más fuerte, ¿me entiendes? ¡Soy más fuerte!

De aquello no cabía duda, pensó Susannah al tiempo que se sentía absorbida hacia el agujero que iba ensanchándose. Al menos de momento.

Se vio empujada a través de la brecha hacia la realidad. Por un instante, sintió que le ardía la piel y, al mismo tiempo, que la tenía cubierta de hielo. En algún lugar, las campanillas del exotránsito tintinearon y entonces...

SEIS

... se incorporó en la cama. Una mujer, no dos, pero al menos una con piernas. Susannah se vio empujada, tambaleante, al fondo. Mia estaba al mando. Mia se abalanzó hacia el teléfono, al principio lo cogió del revés y luego le dio la vuelta.

—¿Diga? ¡Diga!

—Hola, Mia. Me llamo...

No lo dejó acabar.

—¿Va a dejar que me quede con el bebé? ¡La zorra que llevo dentro dice que no!

Se hizo un silencio, al principio largo y a continuación demasiado largo. Susannah percibió el miedo de Mia; al principio en un hilillo y a continuación como una inundación. «No tienes por qué sentirte así —trató de decirle—. Tú eres la que tiene lo que ellos quieren, lo que ellos necesitan, ¿no lo ves?».

—¿Hola, está ahí? Dioses, ¿está ahí? ¡Por favor, dígame que sigue ahí!

—Sigo aquí —respondió el hombre, con voz tranquila—. ¿Empezamos de nuevo, Mia, hija de nadie? ¿O mejor cuelgo hasta que te sientas... un poco más tú?

—¡No! ¡No, no lo haga, no lo haga se lo ruego!

—¿Volverás a interrumpirme? Porque no hay razón para ser desagradable.

—¡Lo prometo!

—Me llamo Richard P. Sayre. —Un nombre que Susannah conocía, pero ¿de

qué?—. Ya sabes a donde tienes que ir, ¿verdad?

—¡Sí! —contestó ansiosa; ansiosa por complacer—. Al Dixie Pig, en la Sesenta y una con Lexingworth.

—Lexington —la rectificó Sayre—. Estoy seguro de que Odetta Holmes puede ayudarte a encontrarlo.

Susannah quiso gritar: «¡No me llamo así!», pero se mantuvo en silencio. A aquel tipo le habría gustado que chillara, ¿verdad? Le habría gustado que perdiera el control.

—¿Estás ahí, Odetta? —la llamó, provocándola en tono agradable—. ¿Estás ahí, zorra metomentodo?

Siguió callada.

—Está aquí —contestó Mia—. No sé por qué no responde, ahora mismo no se lo estoy impidiendo.

—Bueno, creo que sé por qué —aseguró Sayre, con indulgencia—. Para empezar, no le gusta ese nombre. —Y, a continuación, en una referencia que Susannah no comprendió—: «¡Dejad de llamarle Clay, Clay es mi nombre de esclavo, llamadme Mohamed Ali!». ¿Qué tal, Susannah? ¿O eso fue después de tu época? Creo que fue un poco después. Lo siento. El tiempo puede ser tan confuso, ¿verdad? No importa. Luego tengo algo que decirte, querida. Me temo que no te va a gustar demasiado, pero creo que deberías saberlo.

Susannah siguió callada. Cada vez le era más difícil.

—En cuanto al futuro inmediato de tu chaval, Mia, me sorprende que tan siquiera hayas considerado necesario el preguntar —le dijo Sayre. Aquel tipo, fuera quien fuese, era un encantador de serpientes con muchas tablas; su voz tenía exactamente el toque de indignación adecuado—. El Rey cumple sus promesas, a diferencia de alguien que conozco. Y, temas de integridad aparte, ¡piensa en qué sería lo más sensato! ¿Qué otra debería estar al cuidado del que sea, tal vez, el niño más importante que haya nacido jamás... incluido Jesús, incluido Buda, incluido Mahoma el profeta? ¿A los pechos de qué otra, si se me permite la crudeza, le confiaríamos su alimento?

«Música para sus oídos —pensó Susannah, con desaliento—. Tolo lo que había estado ávida por oír. Y ¿por qué? Porque ella es Madre».

—¡Me lo confiaréis! —gritó Mia—. ¡Solo a mí, claro! ¡Gracias! ¡Gracias!

Susannah por fin habló. Le dijo que no confiara en él. Y, por descontado, se la ignoró por completo.

—Te mentiría tanto como rompería una promesa hecha a mi madre —aseguró la voz del teléfono. («¿Es que has tenido madre, corazón?», quiso saber Detta)—. Aunque la verdad a veces duele, las mentiras siempre encuentran la forma de pasarnos factura, ¿verdad? Lo cierto es que no tendrás mucho tiempo a tu chaval, Mia, su infancia no será como la de los demás niños, la de los niños normales y corrientes...

—¡Lo sé! ¡Lo sé!

—... pero lo tendrás durante cinco años, o tal vez siete, podrían ser tantos como siete, y disfrutará de lo mejor de lo mejor. Que tú le proporcionarás, claro está, pero también nosotros. Nuestra interferencia será mínima...

Detta Walker saltó al frente, con tanta rapidez y virulencia como una quemadura de aceite hirviendo. Consiguió hacerse con las cuerdas vocales de Susannah por tan solo un instante, pero fue un instante inestimable.

—Eso es, cariño, eso es —cacareó—, ¡ni se va a correr en tu boca ni te va a dar por culo!

—¡Haz callar a esa zorra! —le espetó Sayre, y Susannah sintió el estirón al tiempo que Mia enviaba a Detta rodando hacia el fondo de su mente compartida de un empujón (aunque sin dejar de reír con socarronería). De nuevo al calabozo.

«¡Pero he dicho lo que se me ha antojao! ¡Vaya si lo he dicho! —gritó Detta—. ¡Se lo he dicho a ese cabrón de blancucho!».

La voz de Sayre al auricular del teléfono sonó fría y clara:

—Mia, ¿tienes o no tienes el control?

—¡Sí! ¡Sí, lo tengo!

—Entonces que no vuelva a ocurrir.

—¡No lo permitiré!

Y en algún sitio —creyó que encima de ella, aunque allí no existían direcciones de verdad, en el fondo de la mente compartida— algo metálico se cerró de golpe. Como si fuera de acero.

«Ahora sí que estamos en el calabozo», le dijo a Detta, pero Detta se limitó a seguir riendo.

Susannah pensó: «Da igual, estoy convencida de que sé quién es ella. Además de mí, claro». Aquella verdad le parecía obvia. La parte de Mia que no era ni Susannah ni nada invocado del mundo yermo para llevar a cabo la voluntad del Rey Carmesí... aquella tercera parte en realidad era el Oráculo, elemento o no, sin duda alguna; la fuerza femenina que al principio había tratado de seducir a Jake y que luego, en su lugar, había poseído a Roland. Aquel espíritu triste y ávido. Al final había conseguido el cuerpo que quería, uno capaz de gestar al chaval.

—¿Odetta? —llamó la voz de Sayre, provocadora y cruel—. O Susannah, si eso te gusta más. Te prometí que tendrías noticias, ¿verdad? Se trata de buenas y malas noticias, lo siento. ¿Quieres oírlas?

Susannah permaneció en silencio.

—La mala noticia es que, después de todo, puede que el chaval de Mia no consiga cumplir su destino y matar a su padre. La buena es que Roland seguramente morirá en los próximos minutos. En cuanto a Eddie, lo siento, pero es seguro. Ni posee los reflejos de vuestro dinh ni su experiencia en la batalla. Querida, pronto te convertirás en viuda. Esa es la mala noticia.

No consiguió permanecer en silencio ni un segundo más, y Mia le permitió

hablar.

—¡Mientes! ¡Todo es mentira!

—En absoluto —contestó Sayre, con tranquilidad y Susannah se dio cuenta de qué le sonaba aquel nombre: del final de la historia de Callahan. Detroit. Donde violó sus enseñanzas cristianas más sagradas y se suicidó para no caer en manos de los vampiros. Callahan se había arrojado por la ventana del rascacielos para zafarse de aquel destino. Había aterrizado en Mundo Medio y desde allí había llegado a las tierras fronterizas del Calla, a través de la Puerta Ignota. Callahan les había dicho que lo que había estado pensando era: «No conseguirán ganar, no conseguirán ganar». Y tenía razón, mucha razón, cojones. Pero si Eddie moría...

—En el caso de que tu dính y tu marido se vieran arrastrados a través de cierta puerta, sabíamos dónde era probable que acabaran —le explicó Sayre—. Y con una llamada a cierta gente, empezando por un tipo llamado Enrico Balazar... te lo aseguro, Susannah, fue fácil.

Susannah percibió la sinceridad en su voz. Si lo que decía no era cierto, entonces se trataba del mejor mentiroso del mundo.

—¿Cómo lo averiguaste? —preguntó Susannah.

Cuando no recibió respuesta alguna, abrió la boca para volverle a preguntar. Antes de poder hacerlo, de nuevo se vio empujada hacia atrás. Fuera lo que fuese Mia en su momento, había adquirido una fuerza increíble dentro de Susannah.

—¿Se ha ido? —preguntó Sayre.

—Sí, se ha ido, al fondo —contestó servil, ansiosa por complacer.

—Entonces ven a nosotros, Mia. Cuanto antes vengas, antes podrás verle la cara a tu chaval.

—¡Sí! —gritó Mia, llena de júbilo, y Susannah vislumbró un atisbo repentino y luminoso de algo. Fue como echar un vistazo bajo el faldón de una carpa de circo a algo prodigioso y resplandeciente. U oscuro.

Lo que vio fue tan simple como espantoso: el padre Callahan comprando salami a un tendero. A un tendero yanqui. A uno que regentaba cierto almacén en la población de East Stoneham, en Maine, en el año 1977. Callahan les había contado toda aquella historia en la rectoría... y Mia había estado escuchando.

La concienciación amaneció como un sol encarnado asomando sobre un campo donde se había llevado a cabo una carnicería. Susannah voló al frente de nuevo, haciendo caso omiso de la fuerza de Mia, chillando una y otra vez: «¡Zorra! ¡Zorra traidora! ¡Zorra asesina! ¡Les dijiste adónde los enviaría la puerta! ¡Adónde enviaría a Eddie y a Roland! ¡Serás ZORRA!».

violento porque Detta había unido su propia energía de instintos asesinos a la concienciación de Susannah. Por un segundo, la intrusa se vio arrastrada al fondo con ojos desorbitados. En la habitación del hotel, a Mia se le cayó el teléfono de la mano. Vaciló tambaleante sobre la alfombra, casi tropezó con una de las camas y, a continuación, empezó a dar vueltas como un bailarín achispado. Susannah la abofeteó y unas marcas rojas aparecieron en su mejilla en forma de signos de exclamación.

«Abofeteándome a mí misma, eso es lo que estoy haciendo —pensó Susannah—. Cargándome el equipo; hay que ser estúpida». Pero no pudo evitarlo. La enormidad de lo que Mia había hecho, la traicionera enormidad...

Dentro, en algún cuadrilátero no del todo físico (aunque tampoco del todo mental), al final Mia consiguió agarrar a Susannah/Detta por el cuello y arrastrarla al fondo. Mia seguía con los ojos abiertos de par en par, sorprendida ante la violencia del ataque. Y tal vez también a causa de la vergüenza. Susannah esperaba que fuera capaz de sentir vergüenza, que todavía no estuviera por encima de aquello.

«Hice lo que tenía que hacer —repetía Mia, mientras empujaba a Susannah de nuevo al calabozo—. Es mi chaval, no tenía ninguna carta a mi favor, hice lo que tenía que hacer».

«Vendiste a Eddie y a Roland por tu monstruo, ¡eso es lo que hiciste! —le chilló Susannah—. Basándose en lo que escuchaste a escondidas y luego les pasaste, Sayre estaba seguro que utilizarían la Puerta para ir tras Torre, ¿verdad? ¿Cuántos ha enviado tras ellos?».

El portazo metálico por única respuesta. Aunque aquella vez lo siguió un segundo. Y un tercero. Mia había tenido las manos de su anfitriona cerradas sobre su cuello y, en consecuencia, no iba a dejar nada al azar. Esta vez la puerta del calabozo había sido atrancada con un triple cerrojo. ¿Calabozo? Coño, para el caso ya se le podía llamar el agujero negro de Calcuta.

«¡Cuando salga de aquí, volveré al Dogan e inutilizaré todos los mandos! —gritó—. ¡No puedo creer que tratara de ayudarte! ¡Bueno, a la mierda! ¡Tenlo en la calle, para lo que a mí me importa!».

«No puedes salir —respondió Mia, casi disculpándose—. Más tarde, si puedo, te dejaré en paz...».

«¿Qué tipo de paz habrá para mí si Eddie está muerto? ¡No me extraña que quisieras quitarle el anillo! ¿Cómo puedes soportar que te roce la piel sabiendo lo que has hecho?».

Mia levantó el teléfono y escuchó, pero Richard P. Sayre ya no estaba allí. Susannah pensó que lo más seguro era que tuviera que ir a algún sitio a escampar el mal.

Mia colgó el teléfono y contempló la habitación vacía y baldía como lo hace la gente cuando no va a volver a un lugar y quiere asegurarse de que se ha llevado todo lo importante. Se palpó el bolsillo del tejano y sintió el pequeño fajo de billetes. Palpó el otro y sintió el bulto de la tortuga, la *sköldpadda*.

«Lo siento —se disculpó Mia—. Tengo que cuidar de mi chaval. Tengo todas las cartas en contra».

«No es cierto —repuso Susannah, desde la habitación estanca donde Mia la había arrojado. ¿Dónde estaba en realidad? ¿En las mazmorras más profundas y oscuras del Castillo del Abismo? Seguramente. ¿Importaba?—. Yo estaba de tu lado. Te ayudé. Detuve el parto cuando necesitabas que se detuviera. Y mira lo que hiciste. ¿Cómo has podido ser tan cobarde y rastrera?».

Mia se detuvo con la mano en el pomo de la puerta y las mejillas arreboladas. Sí, estaba avergonzada, de acuerdo. Sin embargo, la vergüenza no la detendría. Nada la detendría. Es decir, hasta que a su vez se descubriera traicionada por Sayre y sus amigos.

Pensar en aquella certeza no le reportó a Susannah satisfacción alguna.

«Estás condenada —la avisó—. Lo sabes, ¿verdad?».

—No me importa —contestó Mia—. Una eternidad en el infierno es un precio justo por verle la cara a mi chaval. Atiéndeme, hazme el favor.

Y entonces, arrastrando a Susannah y a Detta con ella, Mia abrió la puerta de la habitación del hotel, salió de nuevo al pasillo y dio los primeros pasos de su camino hacia el Dixie Pig, donde unos cirujanos espeluznantes la esperaban para asistirla en el parto de su igualmente espeluznante chaval.

ESTROFA: *¡Commala-qué-más-da!*
¡En buen apuro estás!
¡Tomar la mano del traidor
Un manojo de palos es estrechar!

RESPUESTA: *¡Commala-ven-cinco!*
¡No hay más que espinas y palitos!
Tomar la mano del traidor
es meterte en un buen lío.

L
A
E
M
B
O
S
C
A
D
A



7.^ ESTROFA



UNO

Roland Deschain era el último de la última gran partida de guerreros de Gilead por una buena razón; con su extraña naturaleza romántica, su falta de imaginación y su certera puntería, siempre había sido el mejor de todos ellos. Ahora era víctima de la artritis, aunque no había chasquido seco ni en sus oídos ni en sus ojos. Oyó el ruido sordo producido por el impacto de la cabeza de Eddie contra el lateral de la Puerta Ignota cuando fueron succionados (y al agacharse justo en el último momento, consiguió no abrirse la suya con el dintel superior de la Puerta). Oyó el trino de los pájaros, al principio como si se tratara de un sonido extraño y distante, como si los pájaros cantaran en un sueño; luego le pareció inmediato, prosaico y completamente presente. La luz del sol le dio en la cara y debería de haberlo cegado, viniendo como venía de la penumbra de la cueva. Pero Roland había entrecerrado los ojos en cuanto había vislumbrado esa luz brillante, lo había hecho sin pensar. De no haber sido así, seguramente se habría perdido el resplandor circular que había a las dos en punto cuando aterrizaron en el suelo duro y oscurecido por el gasoil. Eddie habría muerto con toda seguridad. Puede que ambos hubieran muerto. La experiencia le decía a Roland que solo hay dos cosas que resplandecieran con ese perfecto brillo circular: las gafas y la mira telescopica de un arma.

El pistolero agarró a Eddie por debajo del brazo de forma tan inconsciente como había entrecerrado los ojos ante el brillo de la luz del sol naciente. Había sentido los músculos tensados del joven cuando sus pies dejaron de tocar el suelo de piedra y sembrado de huesos de la cueva, y los sintió relajarse cuando la cabeza de Eddie impactó con el lateral de la Puerta Ignota. Sin embargo, Eddie estaba gruñendo, continuaba intentando hablar, así que al menos seguía consciente en parte.

«Eddie, ¡aquí!», gritó Roland, poniéndose de pie.

Un implacable tormento explotó en la cadera derecha y fue bajando hasta la rodilla, pero no lo demostró. Apenas pareció notarlo, de hecho. Arrastró a Eddie hacia un edificio, un edificio cualquiera, y pasaron lo que incluso Roland reconoció como surtidores de gasoil o gasolina. Eran de la marca MOBIL en lugar de ser de CITGO o SUNOCO, dos nombres con los que el pistolero estaba familiarizado.

Eddie, en el mejor de los casos, estaba semiconsciente. Tenía la mejilla derecha empapada de sangre del golpe en la cabeza. Sin embargo, hizo cuanto pudo para ponerse de pie y subió a trompicones tres peldaños de madera hacia lo que Roland reconoció en ese momento como un almacén de víveres. Era bastante más pequeño

que el de Took, pero por otra parte no mucho más...

Un sonido similar a un restallido rápido les llegó desde algún lugar a sus espaldas situado ligeramente hacia la derecha. El tirador estaba lo bastante cerca como para que Roland se sintiera seguro de que si había oído era el tiro, el hombre del rifle había fallado.

Algo pasó a unos dos centímetros de su oreja, produciendo su perfectamente característico sonido: «Zuum». El cristal de la puerta de entrada de la pequeña tienda se hizo añicos y cayó hecho pedazos al interior. El cartel que había estado colgado, **ESTÁ ABIERTO, ENTRE Y HÁGANOS UNA VISITA**, saltó y se dio la vuelta.

—Rolan... —se oyó la voz de Eddie, débil y distante, era como si saliera a través de una boca llena de papilla—. Rolan, qué... quién... ¡ay! —Aquellos últimos fueron un gruñido de sorpresa cuando Roland lo empujó hacia el interior y aterrizó encima de él.

Entonces se produjo otro de esos restallidos rápidos: ahí afuera había un pistolero con un rifle extremadamente potente. Roland escuchó que alguien gritaba: «¡Vaya, joder, Jack!», y un minuto después una ametralladora —lo que Eddie y Jake llamaban metralleta— abrió fuego. Los sucios escaparates que estaban a ambos lados de la puerta se vinieron abajo en brillantes fragmentos. Los papeles oficiales que estaban pegados en el interior de los cristales —Roland estaba seguro de que se trataba de anuncios del pueblo— salieron volando.

Dos mujeres y un caballero de edad avanzada eran los únicos clientes que se encontraban en los pasillos del almacén. Los tres se volvieron hacia la entrada —hacia Roland y Eddie— y en sus rostros se reflejó la eterna mirada de incomprendimiento de los civiles desarmados. A veces, Roland pensaba que era una mirada de herbívoro, como si esas personas —y las de Calla Bryn Sturgis no eran precisamente distintas— fueran ovejas en lugar de seres humanos.

—¡Al suelo! —gritó Roland desde donde estaba, sobre su compañero semiconsciente (y ahora sin aliento)—. ¡Por el amor de sus dioses, al suelo!

El caballero de edad avanzada, que llevaba una camisa de franela a cuadros a pesar del calor que hacía en el almacén, soltó la lata que tenía en las manos (que tenía un tomate dibujado) y se agachó. Las dos mujeres no lo hicieron y la segunda ráfaga del tirador las mató a ambas, perforando el pecho a una y saltándole la tapa de los sesos a la otra. La mujer que recibió el tiro en el pecho cayó al suelo como un saco de grano. La que había recibido el tiro en la cabeza dio dos pasos a tientas, torpes, hacia Roland, con la sangre saliendo a borbotones de donde antes estaba el pelo como si se tratara de la lava de un volcán en erupción. En el exterior de la tienda, una segunda y una tercera pipa de repetición empezaron a disparar, ensordeciendo el día, colmando el aire sobre sus cabezas de un entramado mortal de balas. La mujer que había perdido la tapa de los sesos dio dos vueltas sobre sí misma como en un último paso de baile, sacudiendo los brazos, y luego cayó al suelo. Roland fue a buscar su pistola y se sintió aliviado al ver que seguía en su agarradera; el tacto tranquilizador de la

madera de sándalo. Hasta ahí, todo bien. Les había salido bien la jugada. Y Eddie y él sin duda no habían entrado en exotránsito. Los pistoleros los habían visto, los habían visto perfectamente.

Es más. Los habían estado esperando.

—¡Moveos! —estaba gritando alguien—. ¡Entrad, entrad, no les deis tiempo para sacarse la polla, entrad, *catzarros*!

—¡Eddie! —bramó Roland—. ¡Eddie, ahora tienes que ayudarme!

—¿Mmm...? —apenas perceptible. Desconcertado. Eddie lo miraba con un solo ojo, el derecho. El izquierdo estaba por el momento empañado en sangre por la herida de la cabeza.

Roland se acercó y le dio un bofetón lo bastante fuerte como para que la sangre saliera volando del pelo.

—¡Devastadores! ¡Han venido a matarnos! ¡A matar a todos los que estén aquí!

El ojo visible de Eddie se despejó. Ocurrió con rapidez. Roland notó lo mucho que le costó —no recuperar la compostura, sino recuperarla tan deprisa y sobre todo con una cabeza que le debía doler de una forma terrible—, y se permitió unos instantes para saborear el orgullo que sentía por Eddie. Volvía a ser Cuthbert Allgood, Cuthbert como la vida misma.

—¿Qué coño es esto? —gritó alguien con voz cascada e inquieta—. ¿Qué narices es esto, coño?

—Al suelo —advirtió Roland, sin mirar a su alrededor—. Si quiere seguir con vida, agáchese.

—Haz lo que dice, Chip —respondió alguien; seguramente, pensó Roland, el hombre que había sostenido la lata de tomate.

Roland se arrastró sobre los restos de cristales rotos de la puerta. Sentía las punzadas de dolor cuando alguno de ellos le cortaba las rodillas o los nudillos, pero no le importaba. Una bala le pasó zumbando por la sien. Roland también la ignoró. En el exterior lucía un radiante día de verano. En primer plano había dos surtidores de gasolina con la palabra MOBIL impresa. A un lado había un coche antiguo, seguramente pertenecía a una de las dos mujeres que estaban comprando (que ya no volverían a necesitarlo) o a don Camisa de Franela. Más allá de los surtidores y del suelo manchado de gasolina de la zona de aparcamiento, había un camino rural pavimentado, y al otro lado de este un puñado de edificios pintados todos de gris. Uno tenía el cartel de OFICINA MUNICIPAL; otro, ESTACIÓN DE BOMBEROS Y SALVAMENTO DE STONEHAM. El tercero y de mayores dimensiones era el TALLER MUNICIPAL. La zona de aparcamiento que estaba frente a esos edificios también estaba pavimentada (lo que Roland llamaba «metalada»), y una serie de vehículos habían sido aparcados allí, uno de ellos tenía el tamaño de una enorme biga. Desde detrás de los coches salieron más de media docena de hombres a toda carga. Uno era jorobado y Roland lo reconoció: era el horrible lugarteniente de Enrico Balazar, Jack Andolini. El pistolero había visto a ese hombre morir, había muerto de un balazo y, luego, las

langostruosidades carnívoras que vivían en las aguas poco profundas del Mar Occidental se lo habían comido vivo, pero allí estaba de nuevo. Pues una infinidad de mundos giraba sobre el eje que era la Torre Oscura, y aquí tenían otro de esos mundos. Aun así, solo un mundo era verdadero; solo uno donde, cuando las cosas estaban terminadas, permanecían terminadas. Podría ser ese, aunque podría no serlo. En cualquier caso, no era momento para preocuparse por ello.

De rodillas, Roland abrió fuego, acariciando el gatillo de su pistola con la protuberancia callosa de la mano derecha, apuntando primero a los chicos de las pipas de repetición. Uno de ellos cayó muerto sobre la línea blanca de la carretera comarcal mientras la sangre le salía a borbotones de la garganta. El segundo se vio propulsado hacia atrás, hasta el arcén de tierra de la carretera con un agujero de bala en el entrecejo.

En ese momento Eddie estaba a su lado, también de rodillas, acariciando el gatillo de la otra pistola de Roland. Falló como mínimo dos tiros, lo que no resultaba sorprendente dado su estado. Otros tres cayeron en el camino, dos muertos y el otro gritando: «¡Me han dado! Ah, Jack, ayúdame, ¡me han dado en las tripas!».

Alguien cogió a Roland por el hombro, sin darse cuenta de lo peligroso que era hacerle eso a un pistolero, sobre todo durante un tiroteo.

—Señor, ¿qué cojones...?

Roland echó un rápido vistazo, vio a un hombre cuarentón que llevaba tanto la pajarita como el delantal de carnicero y tuvo tiempo de pensar: «Es el tendero, seguramente el que le dio al padre las indicaciones para ir hasta la oficina de correos», y luego empujó al hombre con violencia hacia atrás. Una fracción de segundo más tarde, comenzó a sangrar por la sien izquierda. Tocado, pensó el pistolero, pero no herido de gravedad, al menos no de momento. Sin embargo, si Roland no lo hubiera empujado...

Eddie estaba recargando la pistola. Roland hizo lo mismo, tardó un poco más debido a los dedos que le faltaban en la mano derecha. Mientras tanto, dos de los devastadores supervivientes se habían puesto a cubierto detrás de uno de los coches antiguos de aquel lado de la carretera. Demasiado cerca. No era bueno. Roland oyó el ronroneo de un motor que se aproximaba. Se volvió y vio al tipo que había sido lo suficientemente listo como para agacharse cuando Roland se lo ordenó, evitando así correr el mismo destino que las señoras.

—¡Tú! —dijo Roland—. ¿Tienes una pistola?

El hombre de la camisa de franela sacudió la cabeza. Tenía los ojos de color azul brillante. Estaba asustado, pero no muerto de miedo, según juzgó Roland. El tendero estaba sentado delante de ese cliente, con las piernas separadas, mirando con asqueado embobamiento las gotas rojas que golpeteaban y rodaban por su blanco delantal.

—Tendero, ¿tienes una pistola? —preguntó Roland.

Antes de que el tendero pudiera contestar —si es que era capaz de responder—,

Eddie cogió a Roland por el hombro.

—La carga de la Caballería Ligera —anunció.

Las palabras salieron como pastosas, «*cashga de la cabaría liera*», aunque Roland no habría entendido el comentario de todas formas. Lo importante era que Eddie había visto a otros seis hombres cruzar a toda prisa el camino. En esta ocasión se habían separado e iban haciendo zigzag de un lado a otro.

—*;Vai, vai, vai!* —gritó Andolini desde detrás de ellos, agitando ambas manos en el aire.

—Cielos, Roland, ese es Tricks Postino —dijo Eddie.

Tricks llevaba una vez más un arma descomunal, aunque Eddie no estaba seguro de si era la M-16 exageradamente grande a la que llamaba la maravillosa Máquina Rambo. En cualquier caso, no iba a tener más suerte en esta ocasión de la que había tenido en el tiroteo de la Torre Inclinada: Eddie disparó y Tricks cayó encima de uno de los chicos que ya estaban en el suelo, sin dejar de dispararles con su arma de asalto. Probablemente toda la heroicidad se debía a un espasmo en un dedo, las últimas señales de vida de un cerebro moribundo, pero Roland y Eddie tuvieron que volver a tirarse cuerpo a tierra, y otros cinco forajidos consiguieron ponerse a cubierto tras unos coches antiguos a ese lado de la calle. Peor todavía. Protegidos por el fuego que los cubría desde los vehículos que estaban al otro lado de la calle —los vehículos en los que aquellos tipos habían llegado, a Roland no le cabía duda—, pronto podrían convertir esa tiendecita en una galería de tiro sin mucho peligro para ellos mismos.

Todo aquello era demasiado parecido a lo que había ocurrido en la Colina de Jericó.

Había llegado la hora de batirse en retirada.

El sonido del vehículo que se aproximaba siguió aumentando; un motor grande ahogándose bajo una pesada carga, a juzgar por el ruido. Lo que coronó la cuesta que había a la izquierda de la tienda fue un camión gigantesco lleno de enormes árboles talados. Roland vio que el conductor abría los ojos y se quedaba boquiabierto, y ¿por qué no? Ahí mismo, delante de ese pequeño almacén de pueblo, donde sin duda había parado en innumerables ocasiones a por una botella de cerveza o de licor al final de un largo y caluroso día en el bosque, había una docena de cuerpos ensangrentados esparcidos por la carretera como soldados caídos en una batalla. Roland sabía que eso era exactamente lo que eran.

Los frenos delanteros del enorme camión chirriaron. Desde la parte trasera llegó el ruido de resoplido de dragón furioso de los frenos neumáticos. Se oyó un grito complementario de unas enormes ruedas de goma que primero se bloquearon y a continuación dejaron marcas negras y humeantes sobre la superficie plomiza del camino. La carga de varias toneladas empezó a patinar de un lado a otro. Roland vio astillas que salían despedidas de los árboles y lanzadas hacia el cielo azul mientras los forajidos que se encontraban a lo lejos seguían disparando sin prestar atención.

Había algo casi hipnótico en todo aquello, era como contemplar a una de las Bestias Perdidas de Eld salir dando volteretas del cielo con las alas envueltas en llamas.

La parte delantera y desbocada del camión pasó por encima del primero de los cuerpos. Las tripas salieron volando como cordeles rojos y salpicaron la tierra del arcén. Las piernas y los brazos acabaron cercenados. Una rueda espachurró la cabeza de Tricks Postino, el ruido de la implosión de su cráneo fue como el estallido de una castaña en el fuego. La carga del camión viraba de un lado al otro y empezó a tambalearse. Las ruedas, que eran tan altas que a Roland le llegaban al hombro, se hundieron y levantaron nubes de tierra ensangrentada. El camión pasó junto a la tienda con una majestuosa falta de velocidad. El conductor ya no se veía en el interior de la cabina. Durante un instante, la tienda y las personas que había dentro quedaron a resguardo de las balas procedentes del otro lado de la carretera. El tendero, Chip, y el cliente que había sobrevivido, don Camisa de Franela, estaban contemplando el camión virado con una idéntica expresión de inevitable asombro. El tendero, como ausente, se limpió la sangre de un lado de la cabeza y se la sacudió como si fuera agua. Roland dictaminó que la herida del tendero era peor que la de Eddie, aun así, el afectado parecía no darse cuenta. A lo mejor eso era bueno.

—Por detrás —le dijo Roland a Eddie—, ahora.

—Buena idea.

Roland cogió al hombre de la camisa de franela por el brazo. Los ojos de este rápidamente abandonaron el camión y pasaron al pistolero. Roland hizo un gesto de cabeza para señalar la trastienda, y el anciano caballero correspondió el gesto. Su obediente rapidez fue un regalo inesperado.

Afuera, la carga del camión por fin se había volcado y había aplastado uno de los coches aparcados (y a los devastadores que había detrás, así lo esperaba Roland de todo corazón). Primero se habían desparramado unos cuantos troncos de arriba y, a continuación, todos los demás. Se produjo un ensordecedor e interminable estruendo de metal desguazado que hizo que el tiroteo pareciera ridículo en comparación.

DOS

Eddie cogió al tendero igual que Roland había agarrado al otro hombre, aunque Chip no hizo gala de la lucidez mental de su cliente ni de su instinto de supervivencia. Se limitó a seguir mirando a través del agujero irregular donde habían estado sus ventanales, con los ojos abiertos como platos de la impresión y el sobrecogimiento cuando el camión demoledor entró en la fase final de su danza de destrucción: la cabina dando vueltas de campana ya liberada del tráiler sobrecargado y descendiendo a trompicones por la colina que había más allá de la tienda hasta llegar al bosque. La carga salió despedida hacia el lado derecho de la carretera, y creó una gigantesca ola de tierra que dejó a su paso un profundo surco, un Chevrolet aplastado y otros dos

devastadores aplastados.

Aunque había muchos más de donde procedían esos dos. O eso parecía. El tiroteo continuaba.

—Vamos, Chip, es hora de partir —dijo Eddie, y esta vez cuando tiró del tendero hacia la trastienda, Chip se movió, aunque seguía mirando hacia atrás y limpiándose la sangre de un lado de la cara.

En la trastienda del almacén, a la izquierda, había un comedor anexo con una barra, un par de taburetes clavados al suelo, tres o cuatro mesas y una antigua langostera encima de un puesto de periódicos que al parecer contenía en su mayoría revistas de destape atrasadas. Al tiempo que llegaban a esa parte del edificio, el tiroteo del exterior se intensificaba. A continuación, volvió a parecer algo nimio en comparación, esta vez, con una explosión. Fue el tanque de gasolina de la mezcladora, supuso Eddie. El muchacho sintió el paso zumbante de una bala y vio un agujero negro y redondo aparecer en la foto de un faro colgada en la pared.

—¿Quiénes son esos tipos? —preguntó Chip con pasmosa tranquilidad—. ¿Quién es usted? ¿Me han dado? Mi hijo estuvo en Vietnam, ¿sabe? ¿Ha visto ese camión?

Eddie no respondió a ninguna de las preguntas, se limitó a sonreír, a hacer un gesto de asentimiento con la cabeza y a tirar de Chip siguiendo a Roland. No tenía ni la más remota idea de dónde iban o cómo iban a salir de esa jodienda. Lo único de lo que sí estaba seguro del todo era de que Calvin Torre no estaba allí. Lo que seguramente era bueno. Torre podría haber hecho frente a aquel infierno o no, pero aquel infierno tenía que ver con Cal, a Eddie no le cabía ni la menor duda. Si el viejo Cal hubiera...

Eddie sintió que una candente aguja de zurcir le desgarraba el brazo y gritó de asombro y de dolor. Un segundo después, otra aguja se le clavó en la pantorrilla. La pierna izquierda le reventó de puro dolor y volvió a gritar.

—¡Eddie! —Roland echó la vista atrás—. ¿Estás...?

—Sí, estoy bien, sigue, sigue...

En ese momento, tenían delante de ellos una pared de cartón madera con tres puertas. Una tenía el cartel de MUCHACHOS, otra MUCHACHAS, y la otra SOLO EMPLEADOS.

—¡SOLO EMPLEADOS! —gritó Eddie.

Miró hacia abajo y vio un agujero sanguinolento de unos siete centímetros en sus tejanos por debajo de la rodilla derecha. La bala no había explotado en la rodilla, lo que era bueno, pero ¡oh, Dios!, dolía como el más grandísimo hijo de puta de toda la creación.

En lo alto explotó una bombilla. A Eddie le llovió el cristal sobre la cabeza y los hombros.

—Estoy asegurado, pero Dios sabe si el seguro cubre cosas como estas —dijo Chip en su tono coloquial.

Se limpió más sangre de la cara, luego se la sacudió de las yemas y la tiró al

suelo, donde se formó una mancha de tinta de Rorschach. Las balas pasaban zumbando a su alrededor. Eddie vio que una le levantaba el cuello de la camisa a Chip. En algún lugar por detrás de ellos, Jack Andolini —el viejo Feo con ganas— estaba gritando en italiano. De algún modo, Eddie sabía que no se estaba batiendo en retirada.

Roland y el cliente de la camisa de franela pasaron por la puerta con el cartel de SOLO EMPLEADOS. Eddie los siguió, impulsado por la embriaguez de la adrenalina y todavía tirando de Chip. Aquello era el almacén y era bastante grande. Eddie percibió el olor de distintos tipos de grano, como a espiga mentolada y, sobre todo, a café.

En ese instante, don Camisa de Franela se había puesto por delante. Roland lo siguió a toda prisa por el pasillo central del almacén y entre los cajones de madera apilados hasta el techo y llenos de conservas. Eddie iba renqueando animosamente detrás, tirando todavía del tendero. El viejo Chip había perdido muchísima sangre por la herida de la sien y Eddie seguía temiendo que se desmayara, pero, en realidad, Chip parecía... bueno, chisposo. De hecho, le estaba preguntando a Eddie qué le había ocurrido a Ruth Beeper y a su hermana. Si se refería a las dos mujeres que estaban en la tienda (y Eddie estaba bastante seguro de que así era), Eddie esperó que Chip no recuperara la memoria de sopetón.

Había otra puerta en el fondo. Don Camisa de Franela la abrió e hizo el gesto de ir a salir. Roland tiró de él hacia atrás por la camisa, y acto seguido salió él, agachado. Eddie colocó a Chip junto a don Camisa de Franela y él se situó delante de ambos. Detrás de ellos, las balas perforaban la puerta de SOLO EMPLEADOS y abrían en ella ojos deslumbrados por la luz del sol.

—¡Eddie! —gritó Roland—. ¡Aquí!

Eddie salió de un salto. Allí había una plataforma para carga y descarga y, más allá, casi media hectárea de terreno bastante descuidado y revuelto. Había cubos de basura colocados caprichosamente a la derecha de la plataforma de carga y dos contenedores a la izquierda, pero a Eddie Dean le dio la impresión de que nadie se había molestado mucho en poner la basura en su sitio. También había numerosas pilas de latas de cerveza casi tan altas como para ser calificadas de estercoleros arqueológicos. «No hay nada como relajarse en el porche trasero después de un duro día en la tienda», pensó Eddie.

Roland apuntaba con su pistola a otro tanque de gasolina, este estaba más oxidado y era más viejo que los que se encontraban en la parte delantera. Tenía una palabra impresa.

—Diésel —leyó Roland—. Eso significa combustible. ¿Así es, no?

—Sí —respondió Eddie—. Chip, ¿funciona el surtidor de diésel?

—Claro, claro —contestó Chip con un tono de voz desinteresada—. Mucha gente llena el tanque aquí detrás.

—Yo sé manejarlo, señor —se ofreció don Camisa de Franela—. Además, será mejor que me deje hacerlo... puede provocar irritación. ¿Pueden cubrirme usted y su

compañero?

—Sí —aseguró Roland—. Viértalo allí. —Y estiró un dedo para señalar el almacén.

—¡Eh, no! —gritó Chip, sorprendido.

¿Cuánto tiempo pasó mientras sucedía todo aquello? Eddie no podría haberlo dicho, no con seguridad. De lo único de lo que era consciente era de una claridad que ya había conocido solo en otra ocasión: mientras planteaba los enigmas a Blaine el Mono. Lo inundaba todo con su brillo, incluso el dolor que sentía en la pierna, donde era posible que la tibia hubiera sido cercenada por una bala. Eddie se dio cuenta de lo peculiar que era el olor allí detrás; era como de carne podrida y algo enmohecido, el aroma a levadura de miles de cervezas finadas, los hedores de la ociosidad indiferente; y el divinamente dulce perfume a pino del bosque que estaba justo en el perímetro de aquella sucia tienducha de carretera. Oyó el rugido de un avión en un lejano cuadrante del cielo. Sabía que le encantaba don Camisa de Franelas porque don Camisa de Franelas estaba ahí, estaba con ellos, ligado a Roland y a Eddie por los fortísimos lazos de esos pocos minutos. Pero ¿el tiempo? No, no tenía un verdadero sentido del tiempo. Aunque no podía haber transcurrido mucho más de noventa segundos desde que Roland había iniciado su retirada, sino seguramente habrían sido arrollados, con camión estrellado o sin él.

Roland señaló a la izquierda, luego se volvió hacia la derecha. Eddie y él estaban espalda contra espalda en la plataforma de carga y descarga separados por unos dos metros, con las pistolas levantadas a la altura de la mejilla como hombres a punto de iniciar un duelo. Don Camisa de Franelas saltó a la plataforma de carga, lleno de vida como un grillo, y asíó la manivela de cromo del lateral del viejo surtidor de diésel. Empezó a darle vueltas a toda prisa. Los números de las ventanitas empezaron a ir hacia atrás, pero en lugar de ponerse todos a cero, se quedaron clavados en el **0 0 1 9**. Don Camisa de Franelas volvió a darle a la manivela y cuando esta se negó a girar, él se encogió de hombros y levantó la manguera de la horquilla oxidada.

—¡John, no! —gritó Chip.

Seguía de pie en la puerta de su almacén con las manos levantadas, una limpia y la otra ensangrentada hasta el antebrazo.

—Apártate, Chip, o te vas a...

Dos hombres aparecieron a toda prisa por el costado del Almacén de East Stoneham donde se encontraba Eddie. Ambos iban vestidos con tejanos y camisa de franelas, pero a diferencia de la camisa de Chip, estas parecían nuevas de trinca, con los pliegues todavía visibles en las mangas. A Eddie no le cabía duda de que se las habían comprado especialmente para la ocasión. Y Eddie reconoció sin lugar a dudas a uno de los matones; lo había visto por última vez en el Restaurante de la Mente de Manhattan, la librería de Calvin Torre. Eddie también había matado a ese tipo con anterioridad. Transcurridos diez años desde ese instante, aunque pareciera una locura. En la Torre Inclinada, el antro de Balazar, y con la misma pistola que llevaba en ese

momento en la mano. Le vino a la mente la letra de una vieja canción de Bob Dylan, algo que tenía que ver con el precio que hay que pagar para evitar vivirlo todo dos veces.

—¡Vaya, Narigudo! —exclamó Eddie (como solía hacer cada vez que veía aquella escoria de los pantanos)—. ¿Cómo te va, colega?

La verdad era que a George Biondi no le parecía ir nada bien. Ni siquiera su madre habría podido decir que estaba poco más que presentable, ni siquiera en el mejor de sus días (con ese pedazo de napia), y en ese momento sus facciones estaban abotargadas y amarillentas por los moratones que no habían hecho más que empezar a desaparecer. El peor de todos estaba justo entre los ojos.

«Yo le hice eso —pensó Eddie—. En la trastienda de la librería de Torre». Era cierto, pero además parecía algo que hubiera pasado hacía miles de años.

—Tú —dijo George Biondi. Parecía demasiado sorprendido como para levantar siquiera el arma—. Estás aquí.

—Estoy aquí —admitió Eddie—. En cuanto a ti, deberías haberte quedado en Nueva York. —Una vez dicho eso, le voló la cara a George Biondi. Y a su amigo también.

Camisa de Franelas apretó el mango en forma de empuñadura de pistola del surtidor y un chorro oscuro de diésel salió disparado por la boca. Salpicó a Chip, que graznó de indignación y salió tambaleante a la zona de carga.

—¡Escuece! —gritó—. ¡Por Dios, anda si pica! ¡Déjalo John! John no lo dejó. Otros tres hombres se acercaron corriendo por el lado de la tienda en que se encontraba Roland, echaron un vistazo al tranquilo e imponente rostro del pistolero e intentaron retroceder. Estuvieron muertos antes de plantar en el suelo los tacones de sus nuevas botas de montaña. Eddie pensó en la media docena de coches y el enorme Winnebago aparcados al otro lado de la calle, y tuvo tiempo para preguntarse cuántos hombres habría enviado Balazar a aquella pequeña misión. Estaba claro que no solo a sus chicos. ¿Cómo había pagado a los otros?

«No ha tenido que pagar —pensó Eddie—. Alguien le ha soltado un huevo de pasta y le ha dicho que fuera a comprar la granja. Que se hiciera con tantos matones de fuera como pudiera. Y de alguna forma lo ha convencido de que los tipos a por los que iban merecían esta clase de despliegue».

Del interior de la tienda llegó un ruido de una percusión apagada. De la chimenea salió hollín que se perdió entre la nube más oscura y aceitosa que se levantaba del camión estrellado. Eddie pensó que alguien había lanzado una granada. La puerta del almacén saltó de los goznes, llegó a mitad del pasillo envuelta en una nube de humo y se estampó de un golpe contra el suelo. El tipo que había tirado la granada no tardaría en arrojar otra, y con el suelo del almacén cubierto por más de dos centímetros de combustible...

—Retenlo si puedes —dijo Roland—. Todavía no está bastante seco ahí dentro.

—¿Que retenga a Andolini? —preguntó Eddie—. ¿Cómo?

—¡Con ese pico de oro que tienes! —gritó Roland, y Eddie vio algo maravilloso y alentador: Roland estaba sonriendo. Casi riendo. Al mismo tiempo miró a Camisa de Franela, John, e hizo el gesto de girar la mano derecha: «Sigue dándole al surtidor», quería decir.

—¡Jack! —gritó Eddie.

No tenía ni idea de dónde podía encontrarse Andolini a esas alturas, así que se limitó a gritar lo más fuerte que pudo. Al haberse educado buscando bronca por las calles menos aconsejables de Brooklyn, fue un grito bastante fuerte.

Se produjo un silencio. El tiroteo perdió intensidad hasta detenerse.

—¡¿Qué pasa?! —respondió Jack Andolini.

Parecía sorprendido, aunque de buen humor. Eddie dudó de que estuviera realmente sorprendido, y estaba seguro de que lo que Jack quería era un resarcimiento. Lo habían herido en el almacén de la trastienda de la librería de Torre, pero eso no era lo peor. Además había sido humillado.

—¡Oye, listo! ¿Eres tú el tío que iba a enviar mis sesos a Hoboken y que luego me puso una pistola bajo la barbilla? ¡Tío, me ha quedado una marca!

Eddie se lo imaginó pronunciando aquel discursito compungido, sin parar de gesticular con las manos, colocando a los hombres que le quedaban en posición. ¿Cuántos habría? ¿Ocho? ¿Tal vez diez? Ya se habían desecho de un puñado, Dios lo sabía. ¿Y dónde estarían los demás? Un par de ellos estaban a la izquierda de la tienda. Un par más a la derecha. Los demás con *monsieur Granadas'R'Us*. Y cuando Jack estuviera listo, esos tipos cargarían. Derechitos al nuevo lago poco profundo de gasóleo diésel.

O eso era lo que Eddie esperaba.

—¡Hoy llevo encima la misma pistola! —le gritó a Jack—. Esta vez te la meteré por el culo, ¿qué te parece?

Jack soltó una risa, natural y relajada. Un farol, pero de los buenos. Por dentro estaría anotando: ritmo cardíaco, por encima de 130; presión arterial, por encima de 17. No solo se trataba de un resarcimiento porque un imbécil insignificante se hubiera atrevido a pillarlo desprevenido, sino el trabajo más importante de su asquerosa carrera de matón, la Super Bowl.

Balazar daba las órdenes, sin duda, pero Jack Andolini era el que estaba en el lugar, el mariscal de campo, y esta vez el trabajo no consistía simplemente en darle una paliza a un barman adicto a los dados porque no había pagado sus deudas ni de convencer a algún joyero judío con tienda en Lenox Avenue de que necesitaba protección. Aquello era una guerra en toda regla. Jack era listo —al menos en comparación con la mayoría de macarras callejeros que Eddie había conocido cuando se chutaba e iba por ahí con su hermano Henry—, aunque también era idiota, en un sentido que no tenía nada que ver con el cociente intelectual. El gamberro que lo estaba provocando en ese momento ya le había ganado antes, y con bastante facilidad, pero Jack Andolini se las había ingeniado para olvidarlo.

El diésel se derramaba en silencio por la zona de carga y descarga, y se expandía en ondas sobre los viejos tablones abombados del almacén. John, alias sai Camisa de Franelas Yanqui, le lanzó a Roland una mirada inquisitiva. El pistolero le respondió primero sacudiendo la cabeza y luego haciendo girar de nuevo su mano derecha: «más».

—¿Dónde está el tipo de la librería, listo? —La voz de Andolini sonó tan complacida como antes, pero más cercana. A esas alturas había cruzado la calle. Eddie lo situó justo a la salida de la tienda. ¡Qué lástima que el diésel no fuera más explosivo!—. ¿Dónde está Torre? Entréganoslo y os dejaremos a ti y al otro tipo en paz hasta la próxima.

«Sí, claro», pensó Eddie y recordó algo que Susannah decía a veces (con su mejor voz gruñona de Detta Walker) para indicar profunda incredulidad: «Y yo no me correré en tu boca ni te daré por el culo».

Esa emboscada había sido planeada especialmente para los pistoleros visitantes, Eddie estaba casi seguro de ello. Tal vez los malos no supieran dónde estaba Torre (no se fiaba en absoluto de lo que saliera de labios de Jack Andolini), pero alguien se había enterado exactamente de a qué dónde y a qué cuándo iba la Puerta Ignota a enviar a Eddie y a Roland, y le había pasado la información a Balazar. «¿Quiere al tipo que dejó en ridículo a su chico, señor Balazar? ¿El tipo que apartó a Jack Andolini y a George Biondi de Torre antes de que Torre tuviera tiempo de ceder y darle lo que quería? Está bien. Va a aparecer aquí. Él y otro. Y, por cierto, aquí tiene pasta suficiente para comprar un ejército de mercenarios con zapatos bicolor. Podría no ser bastante, el chico es duro y su compañero aún peor, pero puede que tenga usted suerte. Aunque no la tenga, aunque el que se llama Roland se escape y deje a un puñado de muertos tras de sí... bueno, coger al chico ya es algo. Y siempre habrá más pistoleros, ¿verdad? Claro que sí. El mundo está lleno. Los mundos».

¿Y qué había de Jake y Callahan? ¿También habían preparado una fiesta de bienvenida para ellos y había sido veintidós años después a contar desde aquel cuando? El breve poema de la valla que rodeaba el solar vacío sugería que así había sido, si es que habían seguido a su esposa: SUSANNAH MIO, MI CHICA VARIAS VECES, decía el poema. APARCÓ SU CACHARRO ALLÍ, ENFRENTE DEL DIXIE PIG, EN EL AÑO NOVENTA Y NUEVE. Y si les tenían preparada una fiesta de bienvenida, ¿sería posible que siguieran vivos?

Eddie se aferró a una sola idea: si cualquier miembro del ka-tet moría —Susannah, Jake, Callahan o incluso Acho—, Roland y él se enterarían. Y si se estaba engañando a sí mismo respecto a eso, sucumbiendo a una falacia romántica, ¡que así fuera!

Roland cruzó una mirada con el hombre de la camisa de franela y paseó el canto de la mano por el cuello. John asintió y soltó el gatillo de la manguera del surtidor de inmediato. Chip, el dueño de la tienda, estaba de pie junto a la plataforma de carga y descarga, y la parte de la cara que no estaba cubierta de sangre, estaba totalmente blanca. Roland pensó que no tardaría en desmayarse. No se perdería gran cosa.

—¡Jack! —gritó el pistolero—. ¡Jack Andolini! —Fue bonito escuchar la pronunciación del apellido italiano, precisa y susurrante.

—¿Eres el hermano mayor del Listo? —preguntó Andolini. Tenía voz de divertido. Y parecía que estaba más cerca.

Roland lo situó delante de la tienda, tal vez en el mismo lugar por el que él y Eddie habían pasado. No esperaría mucho antes de realizar su siguiente movimiento; estaban en el campo, lo que no quitaba que estuvieran solos. Ya se habrían percatado de la columna ascendente de humo negro del camión de troncos volcado. Pronto se oirían las sirenas.

—Supongo que podrías llamarme su jefe —dijo Roland.

Señaló la pistola que tenía Eddie en la mano, luego señaló el almacén, y luego se señaló a sí mismo: «Espera mi señal». Eddie hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Por qué no lo haces salir, *mi amigo*? Tú no tienes por qué implicarte en esto. Lo pillaré y dejaré que te vayas. Quiero hablar con el Listo. Será un placer obtener las respuestas que necesito de él.

—No podrás pillarnos jamás —respondió Roland complacido—. Has olvidado el rostro de tu padre. Eres un saco de mierda con piernas. Tu ka-papi es un hombre llamado Balazar, y tú le chupas su culo apestoso. Los demás lo saben y se ríen de ti. «Mirad a Jack —dicen—, lo único que consigue chupando culos es parecer más feo».

Hubo un breve silencio, y a continuación:

—Tiene usted una lengua viperina, señor. —La voz de Andolini sonaba calmada, aunque había perdido toda la chispa fingida. Las ganas de reír—. Pero ya sabe lo que dicen de las palabras necias.

Por fin, en la distancia, se oyó una sirena. Roland le hizo un gesto con la cabeza en primer lugar a John (que lo miraba en estado de constante alerta) y luego a Eddie. «Pronto», quería decir ese gesto.

—Balazar estará construyendo castillos de naipes mucho después de que tú no seas más que un montón de huesos en una tumba anónima, Jack. Algunos sueños predicen el futuro, pero no los tuyos. Los tuyos no son más que sueños.

—¡Calla!

—¿Oyes las sirenas? Casi ha llegado tu hor...

—¡Vai! —gritó Jack Andolini—. ¡Vai! ¡Cogedlos! ¡Quiero la cabeza de ese viejo mamón! ¿Me oís? ¡Quiero su cabeza!

Un objeto redondo y negro pasó lentamente dibujando un arco por el hueco donde antes había estado la puerta con el letrero de SOLO EMPLEADOS. Otro granado. Roland

lo había estado esperando. Disparó una vez, desde la cadera, el granado explotó en el aire y convirtió la endeble pared que separaba el almacén del comedor en un devastador alud de astillas. Se oyeron gritos de asombro y agonía.

—¡Ahora, Eddie! —gritó Roland, y empezó a disparar al charco de diésel.

Eddie se unió a él. Al principio, Roland creyó que no iba a suceder nada, pero en ese momento una lenta onda de llamas azules apareció en el pasillo central y fue serpenteando hacia el lugar donde había estado la pared del fondo. ¡No era suficiente! ¡Dioses, cómo deseó que hubiera sido eso que llamaban gasolina!

Roland empujó con el dedo el tambor de su pistola, tiró los casquillos vacíos junto a sus botas y recargó.

—A su derecha, señor —le avisó John, con toda naturalidad, y Roland se echó cuerpo a tierra.

Una bala pasó por el lugar donde había estado. La segunda le levantó las puntas de su largo cabello. Solo tuvo tiempo de recargar tres de las recámaras de su revólver de seis tiros, aunque eso era una bala más de las que necesitaba. Los dos devastadores cayeron de espaldas con sendos agujeros idénticos en el entrecejo, justo debajo de la raya del pelo.

Otro matón apareció a toda prisa al doblar la esquina de la tienda, en el lado en que estaba Eddie, y vio al muchacho esperando con una sonrisa de oreja a oreja en su ensangrentada cara. El tipo tiró la pistola de inmediato y empezó a levantar las manos. Eddie le metió una bala en el pecho antes de que las manos llegaran a la altura de los hombros. «Está aprendiendo —pensó Roland—. Que los dioses lo asistan, pero está aprendiendo».

—Ese fuego avanza un poco despacio para mi gusto, muchachos —comentó John, y subió de un salto a la plataforma de carga y descarga.

La tienda apenas se veía a través de la columna de humo que formaba volutas del granado desviado, pero las balas lo seguían atravesando. Al parecer, John no se dio cuenta, y Roland dio gracias al ka por poner un hombre tan bueno en su camino. Un hombre tan duro.

John sacó un objeto plateado y cuadrado del bolsillo de sus pantalones, levantó la tapa y produjo una llama considerable deslizando el dedo pulgar sobre una pequeña ruedecilla. Arrojó el pequeño polvorín en llamas al interior de la tienda. Las llamas se alzaron a su alrededor con un sonido ensordecedor.

—¿Qué os pasa? —aulló Andolini—. ¡Cogedles!

—¡Entra y hazlo tú mismo! —le gritó Roland.

Al mismo tiempo tiró de la pernera de los pantalones de John. John saltó de la plataforma de carga y descarga de espaldas y tropezó. Roland lo agarró. Chip, el dueño de la tienda, escogió ese momento para desmayarse y cayó hacia delante sobre el suelo cubierto de despojos con un gemido tan apagado que casi fue un suspiro.

—Sí, venga —lo aguijoneó Eddie—. Vamos, Listo, qué pasa contigo, Listo, no envíes a un chico a hacer el trabajo de un hombre, ¿nunca te lo han dicho? ¿Cuántos

tíos tienes allí, más de una docena? ¡Y todavía resistimos! ¡Venga ya! ¡Ven y hazlo tú mismo! ¿O quieres pasarte el resto de la vida lamiéndole el culo a Enrico Balazar?

Otras balas llegaron del otro lado de la cortina de humo y llamas, pero los devastadores que se encontraban en el interior de la tienda no mostraron interés en intentar cargar atravesando las cada vez más abundantes llamas. Tampoco aparecieron más por los laterales de la tienda.

Roland señaló la parte inferior de la pierna derecha de Eddie, donde estaba el agujero. Eddie levantó el pulgar, pero la pernera de los tejanos parecía demasiado llena por debajo de la rodilla —hinchada— y, cuando él se movió, el botín hizo un ruido como de succión. El dolor se había convertido en una laceración constante e intensa que parecía palpitar al ritmo de los latidos de su corazón. Aun así, empezaba a creer que no le habían dado en el hueso. «A lo mejor —admitió para sí—, es así porque yo quiero creerlo».

A la primera sirena se habían unido dos o tres más, y se estaban aproximando.

—¡Adelante! —gritó Jack. Estaba al borde de un ataque de nervios—. ¡Adelante, gallinas hijos de puta, cogedlos!

Roland pensó que los malos que quedaban podían haber atacado ya hacía unos minutos —incluso treinta segundos— si Andolini los hubiera conducido el ataque personalmente. Pero en ese momento, la opción del ataque frontal había quedado descartada, y Andolini debía saber con seguridad que si dejaba que sus hombres se colocaran en cualquiera de los lados de la tienda, Roland y Eddie los derribarían como patitos de barro en una barraca de feria. Las únicas estrategias factibles que le quedaban eran el sitio o un largo movimiento de flanqueo por el bosque, y Jack Andolini no tenía tiempo para ninguna de las dos cosas. Sin embargo, mantener la posición allí detrás, podría presentar unos cuantos problemas. Tener que lidiar con la policía local, por ejemplo, o con el cuerpo de bomberos si eran los primeros en aparecer.

Roland atrajo a John hacia sí para poder hablar en voz baja.

—Tenemos que salir de aquí ahora mismo. ¿Puede ayudarnos?

—Oh, ya te digo, eso creo.

El viento cambió de dirección. Una ráfaga de aire entró a través de los ventanales rotos de la fachada del almacén, a través de donde había estado la pared del fondo, y salió por la puerta trasera. El humo del gasóleo era negro y aceitoso. John tosió y lo apartó con la mano.

—Seguidme. Hay que caminar rapidito.

John atravesó a toda prisa la horrible hectárea de tierra yerma que se encontraba detrás de la tienda, pisó un cajón roto y se abrió camino a manotazos entre un incinerador oxidado y una pila de piezas de maquinaria aún más oxidadas. Había un nombre impreso sobre la pieza más grande que Roland había visto antes en alguno de sus viajes: JOHN DEERE.

Roland y Eddie caminaban de espaldas, para proteger la retaguardia de John,

echando rápidas miradas hacia atrás para evitar tropezar. Roland no había abandonado del todo la esperanza de que Andolini realizara un último ataque y de esta manera matarlo, como ya había hecho con anterioridad. Había sido en la playa del Mar del Este, y allí estaba de nuevo, no solo había vuelto, sino que era diez años más joven.

«Mientras yo —pensó Roland— me siento al menos mil años más viejo».

Aunque eso no era del todo cierto. Sí, estaba sufriendo —por fin— las dolencias razonables para un anciano. Sin embargo, tenía un ka-tet que volver a proteger, y no era cualquier ka-tet, sino uno de pistoleros, que habían reanimado su vida de una forma que jamás habría imaginado. Todo volvía a tener sentido, no solo la Torre Oscura, sino todo en general. Así que quería que Andolini diese la cara. Y si mataba a Andolini en este mundo, tenía la impresión de que Andolini no volvería a renacer. Porque este mundo era diferente. Tenía cierta resonancia que a los demás les faltaba, incluso al mundo de Roland. En ese mundo sentía hasta el último hueso y hasta el último nervio de su cuerpo. Roland levantó la vista y vio exactamente lo que esperaba ver: nubes en fila. En la parte de atrás de aquella mísera media hectárea, un camino, cuyo comienzo estaba señalizado por un par de impresionantes rocas de granito, se perdía en el bosque. Y allí fue donde el pistolero divisó las sombras de unos dibujos en forma de espinas de pescado que se superponían, aunque todas apuntaban en la misma dirección. Había que enfocar la vista para verlas, pero en cuanto se localizaban, resultaban inconfundibles. Como en la versión de Nueva York en la que habían encontrado una bolsa vacía en el solar y Susannah había visto los muertos errantes; ese era el mundo real, allí donde el tiempo siempre avanzaba en una sola dirección. Puede que saltaran al futuro si encontraban una puerta, como estaba seguro de que habían hecho Jake y Callahan (puesto que Roland también recordaba el poema de la valla, y ahora lo entendía al menos en parte), pero jamás podrían regresar al pasado. Ese era el mundo real, donde las tiradas de dados no podían dar marcha atrás; el que estaba más cercano a la Torre Oscura. Y todavía estaban en la Senda del Haz.

John los condujo hasta el camino que se adentraba en el bosque y lo emprendieron a toda prisa, alejándose de las columnas de denso humo negro y el aullido cada vez más próximo de las sirenas.

CUATRO

No habían recorrido ni medio kilómetro cuando Eddie empezó a ver destellos azules entre los árboles. El camino estaba resbaladizo a causa de las agujas de los pinos, y cuando llegaron a la última pendiente —la que bajaba hasta una alargada y estrecha laguna de sobrecogedora belleza—, Eddie vio que alguien había construido un cercado de abedul. Más allá se veía el saliente de un embarcadero que se adentraba en el agua y al que había amarrada una barca motora.

—Es mía —dijo John—. Había venido para hacer la compra y comer algo. No esperaba correr una aventura.

—Bueno, pues la has corrido —dijo Eddie.

—Ya te digo. Cuidado con este último tramo, no os vayáis a caer de culo.

John bajó con habilidad por la última pendiente, cogiéndose a la valla para mantener el equilibrio y deslizándose en lugar de caminar. Llevaba puestas un par de botas de trabajo de piel vuelta que no habrían desentonado para nada en Mundo Medio, pensó Eddie.

A continuación bajó Eddie con mucho cuidado a causa de la pierna herida. Roland avanzaba en la retaguardia. Desde detrás les llegó el estruendo de una repentina explosión, tan súbita y energética como un primer disparo de escopeta bien cargado de pólvora, aunque mucho más estrepitosa.

—Eso debe de ser el propano de Chip —dijo John.

—¿Ruego me disculpe? —se excusó Roland.

—Gas —aclaró Eddie en voz baja—. Se refiere al gas.

—Ya te digo, gas para los fogones —confirmó John. Subió a su barca, cogió la cuerda del estárter del motor Evinrude y le dio un tirón. El motor, una especie de maquinita de coser de veinte caballos sólida y resistente, se puso en marcha con el primer tirón—. Subid, chicos, y evacuemos la zona —dijo John resoplando.

Eddie subió. Roland se detuvo un instante y se dio tres golpecitos en el cuello. Eddie ya había observado ese ritual en otra ocasión cuando Roland iba a navegar, y se dijo que debía preguntar el porqué. No tendría oportunidad de hacerlo; antes de que pudiera volver a pensar en la pregunta, la muerte se había colado entre ellos.

CINCO

El esquife avanzaba por la superficie acuática con todo el silencio y la gracialidad de la que era capaz esa cosa impulsada a motor, se deslizaba sobre su propio reflejo bajo un cielo estival del azul más cristalino. Tras ellos, la columna de humo negro mancillaba ese azul, ascendía cada vez más alto y se expandía a medida que lo hacía. Docenas de personas, casi todas ellas en pantalones cortos o con traje de baño, estaban en pie en las orillas de la pequeña laguna, vueltas en dirección al humo, con las manos levantadas como parapeto del sol. Fueron pocos, si es que alguno lo hizo, los que se dieron cuenta del pasar firme (y totalmente discreto) de la barca motora.

—Esta es la laguna Keywadin, por si os lo estabais preguntando —les informó John.

Señaló delante de ellos, donde sobresalía el brazo gris de otro embarcadero. Junto a este había un cuidado y pequeño cobertizo, blanco con molduras verdes y el portón abierto. Cuando se acercaron al lugar, Roland y Eddie vieron una canoa y un kayak amarrados que se balanceaban en el interior.

—El cobertizo es mío —añadió el hombre de la camisa de franela.

Cuando dijo «cobertizo», «cober» sonó de una forma imposible de reproducir con palabras —algo así como *cobes*—, aunque tanto Roland como Eddie lo entendieron. Era la forma en que pronunciaban la palabra en el Calla.

—Parece bien cuidado —comentó Eddie por decir algo.

—Ya te digo —respondió John—. Yo me ocupo del mantenimiento, paso revista, hago un poco de carpintería. No daría buena imagen si el cobertizo se cayera a pedazos, ¿no?

Eddie sonrió.

—Supongo que no.

—Mi casa está más o menos a ochocientos metros de aquí. Me llamo John Cullum.

Le tendió la mano derecha a Roland, sin dejar de conducir la barca con la otra mano y seguir un rumbo recto para alejarla de la columna de humo y dirigirla hacia el cobertizo.

Roland estrechó la mano y sintió un apretón agradablemente fuerte.

—Me llamo Roland Deschain, de Gilead. Largos días y gratas noches, John.

Eddie también le tendió la mano.

—Eddie Dean, de Brooklyn. Encantado de conocerte.

John le estrechó la mano con toda tranquilidad, aunque estudió de cerca a Eddie con la mirada. Cuando separaron las manos, John dijo:

—Jovencito, acaba de ocurrir algo, ¿verdad?

—No lo sé —respondió Eddie. Pero no fue del todo sincero.

—Hace mucho que no vas a Brooklyn, ¿verdad, hijo?

—No he ido ni a Morehouse, ni a morenada —replicó Eddie Dean y, a continuación, añadió a toda prisa, antes de perder el hilo—: Mia ha encerrado a Susannah. La ha encerrado en el año 1999. Suze puede llegar al Dogan, aunque ir allí no sirve de nada. Mia ha bloqueado los mandos. Suze no puede hacer nada. La ha raptado. La ha... la ha...

Se calló. Durante un instante todo había estado tan claro... como un sueño en el momento de despertarse. Entonces, como suele ocurrir con los sueños, la visión desapareció. Eddie ni siquiera sabía si eso había sido un verdadero mensaje de Susannah o mero fruto de su imaginación.

«Jovencito, ¿acaba de ocurrir algo?».

Así que Cullum también lo había sentido. No había sido fruto de su imaginación. Parecía más bien una especie de toque.

John esperó, y como Eddie no le dio ninguna respuesta, se volvió hacia Roland.

—¿El chico se pone así de raro muy a menudo?

—No muy a menudo, sai... señor, quiero decir. Señor Cullum, le agradezco que nos haya ayudado cuando lo necesitamos. Muchas, pero que muchas gracias. Sería una monstruosidad impudica por nuestra parte pedirle más, pero...

—Pero van a hacerlo. Está bien, mensaje captado.

John hizo una leve rectificación del rumbo para dirigirse hacia el pequeño cobertizo con la entrada cuadriculada abierta. Roland calculó que llegarían en cinco minutos. Eso le iba bien. No tenía nada en contra de viajar en esa diminuta barca motora (aunque avanzaba con bastante lentitud por el agua debido al peso de los tres hombres adultos que transportaba), pero la laguna Keywadin estaba demasiado expuesta al peligro para su gusto. Si Jack Andolini (o su sucesor, en caso de que Jack debiera ser sustituido) preguntaba lo suficiente a los que estaban mirando boquiabiertos en la orilla, acabaría por descubrir que algunos recordaban el pequeño esquife con los tres hombres en su interior. Y el cobertizo de las molduras verdes. «La caseta de los botes de John Cullum, si a bien tiene», declararían esos testigos. Lo mejor sería que estuvieran bien adentrados en el Haz antes de que eso ocurriera, y John Cullum a resguardo en algún sitio seguro. Roland pensó que, en ese caso, una distancia «segura» sería tres miradas al horizonte o unas cien ruedas. No le cabía ninguna duda de que Cullum, un completo desconocido, les había salvado la vida al aparecer en el momento justo. Lo último que quería Roland es que por ello el hombre resultara muerto.

—Bueno, haré lo que pueda por ustedes, ya lo he decidido, pero debo preguntarles algo ahora que todavía tengo la oportunidad.

Eddie y Roland intercambiaron una rápida mirada. Roland dijo:

—Responderemos si podemos. Es decir, John de East Stoneham, si juzgamos que la respuesta no será perjudicial para ti.

John hizo un gesto de asentimiento. Fue como si reuniera fuerzas.

—Sé que no son fantasmas, porque todos los vimos en la tienda y les he tocado cuando nos hemos estrechado la mano. Veo las sombras que proyectan —señaló al lugar del bote donde estaban las sombras—. Son tan reales como la realidad misma. Así que mi pregunta es la siguiente: ¿son visitantes?

—Visitantes —repitió Eddie. Miró a Roland, pero la cara de Roland estaba completamente inexpresiva. Eddie se volvió para mirar a John Cullum, quien se encontraba sentado en la popa de la barca para conducirlos hacia el cobertizo—. Lo siento, pero no...

—Durante estos últimos años han venido muchos por aquí —comentó John—. Waterford, Stoneham, East Stoneham, Lovell, Sweden... incluso Bridgton y Denmark. —Ese último topónimo sonó «Dennnmaaak».

Vio que seguían confundidos.

—Los visitantes son personas que aparecen de golpe —explicó—. Algunas veces van vestidos con ropas antiguas, como si vinieran de... hace tiempo, supongo que dirían ustedes. Uno iba en pelota picada, paseándose por la mitad de la Ruta 5. El pequeño de los Angstrom lo vio. Fue en noviembre. Algunas veces hablan otras lenguas. Uno fue a la casa de Don Russert, allá en Waterford. ¡Y se sentó allí, en la cocina! Donnie es un profesor de historia jubilado del Vanderbilt College y grabó al

tipo. El tipo estuvo parloteando durante bastante rato, luego se metió en el lavadero. Donnie supuso que debía haberlo tomado por el baño y lo siguió para indicarle dónde estaba de verdad, pero el tipo ya había desaparecido. No había ninguna puerta por la que pudiera haber salido, pero había desaparecido.

»Donnie le puso la cinta a casi todos los del departamento (*deepashtamento*) de Lenguas de Vandy, y ninguno de ellos supo reconocer el idioma que hablaba. Uno de ellos dijo que podía tratarse de una lengua inventada, como el esperanto. ¿Os suena eso del esperanto, muchachos?

Roland sacudió la cabeza. Eddie dijo (con precaución):

—He oído hablar de eso, pero la verdad es que no sé qué...

—Y a veces —le interrumpió John, bajando la voz al tiempo que se deslizaban entre las sombras del cobertizo—, algunas veces estaban heridos. O desfigurados. Arruinados.

Roland dio un respingo de forma tan repentina y exagerada que la barca se balanceó. Durante un instante estuvieron en verdadero peligro de volcar.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho? Dígalo otra vez, John, porque me gustaría oírlo bien oido.

Por lo visto, John creyó que era un problema de simple incomprendición lingüística, porque al repetir la palabra hizo todo lo posible por pronunciarla bien.

—Arruinados, como si los tipos salieran de una guerra nuclear, o de una zona con lluvia radiactiva o algo así.

—Mutantes lentos —dijo Roland—. Creo que se refiere a los mutantes lentos. Aquí, en este pueblo.

Eddie asintió con la cabeza, al tiempo que pensaba en los Grises y en los Pubis de Lud. También pensó en una deforme colmena y en los monstruosos insectos que habían reptado sobre ella.

John apagó el motorcillo Evinrude, aunque durante un instante los tres se quedaron sentados donde estaban, escuchando el eco producido por el golpeteo del agua contra los laterales de aluminio de la barca.

—Mutantes lentos —dijo el viejo, y fue casi como si saborease las palabras—. Y que lo digas, supongo que podría llamárseles así. También han aparecido animales y especies de pájaros que nadie había visto jamás por estos lares. Pero los visitantes son los que han preocupado de verdad a la gente de por aquí y de los que más se ha hablado. Donnie Russert llamó a un conocido que tenía en la universidad Duke, y ese tipo llamó a alguien del Departamento de Estudios Parapsicológicos (es increíble que tengan algo así en una universidad de verdad, pero al parecer así es) y la mujer del departamento de parapsicología nos dijo cómo se llamaba a esos tipos: visitantes. Y por eso, cuando vuelven a desaparecer (que lo hacen siempre, salvo un tipo que apareció en el pueblo de East Conway, que murió), los llaman retirados. La señora dijo que algunos científicos que estudian esas cosas (supongo que se les puede llamar científicos, aunque yo conozco a un montón de tíos que lo discutirían) creen que los

visitantes son alienígenas de otros planetas, aunque la mayoría de ellos creen que son viajeros del tiempo, o de otras Tierras que existen de forma paralela a la nuestra.

—¿Desde hace cuánto tiempo ocurre? —preguntó Eddie—. ¿Desde hace cuánto tiempo se aparecen los visitantes?

—Oh, desde hace unos dos o tres años. Y cada vez se pone peor, y no mejora. Yo he visto a un par de tíos de esos, y una vez vi a una mujer calva que tenía una especie de ojo sangrante en medio de la frente. Pero a todos de lejos, y a ustedes los tengo aquí mismo.

John se inclinó hacia ellos apoyándose en sus huesudas rodillas, con los ojos brillantes (tan azules como los de Roland). El agua golpeaba produciendo un eco contra la barca. Eddie sintió una tremenda necesidad de volver a estrechar la mano de Cullum, para ver si ocurría algo más. Recordó otra canción de Dylan titulada *Visions of Johanna*. Lo que Eddie quería no era una visión de Johanna, aunque el nombre era muy parecido a ese.

—Ya os digo —estaba diciendo John—, vosotros muchachos estáis aquí en carne y hueso. Bien, os ayudaré a seguir vuestro camino, si puedo, porque no veo ni una pizca de maldad en ninguno de vosotros (aunque os diré sin ningún tipo de reparo que jamás he visto disparar así), pero quiero saber algo: ¿sois visitantes o no?

Una vez más Roland y Eddie intercambiaron una mirada, y entonces Roland respondió:

—Sí —afirmó—. Supongo que lo somos.

—Dios santo —musitó John. La sorpresa fue tal que ni siquiera su rostro ajado pudo evitar que pareciese un niño—. ¡Visitantes! Y ¿de dónde sois? ¿Me lo podéis decir? —Miró a Eddie, se rio como lo hacen las personas que se dan cuenta de que les han tomado el pelo y dijo—: De Brooklyn no.

—¡Pero si soy de Brooklyn! —replicó Eddie.

Lo que ocurría es que no era el Brooklyn de ese mundo, y eso lo sabía. En el mundo del que procedía, un libro infantil titulado *Charlie el Chu-Chú* había sido escrito por una mujer llamada Beryl Evans; en ese mundo en el que estaban había sido escrito por una tal Claudia y Inez Bachman. Beryl Evans sonaba real y Claudia y Inez Bachman sonaba más falso que un billete de tres dólares. Aun así, Eddie estaba cada vez más convencido de que Bachman era el verdadero nombre. ¿Por qué? Porque formaba parte de ese mundo.

—Pero soy de Brooklyn. Aunque del... bueno... no del mismo.

John Cullum seguía mirándolos con esa expresión de niño embobado y maravillado.

—¿Y esos otros tipos? ¿Los que os estaban esperando? ¿Son...?

—No —respondió Roland—. Ellos no. Ya no tenemos más tiempo para esto, John... ahora no.

Se puso cuidadosamente de pie, se cogió de una viga que tenía encima y salió de la barca con una ligera mueca de dolor. John lo siguió y Eddie fue el último. Los

otros dos hombres tuvieron que ayudarlo. El dolor constante del tobillo derecho se había mitigado un poco, pero tenía la pierna rígida y dormida, era difícil de controlar.

—Vamos a tu casa —sugirió Roland—. Necesitamos encontrar a un hombre. Con tu consentimiento, podrías ayudarnos a hacerlo.

«Puede ayudarnos de muchas otras formas», pensó Eddie, y los siguió afuera, donde brillaba el sol, arrastrando la pierna herida con los dientes apretados.

En ese momento, Eddie pensó que se habría cargado a un santo a cambio de una docena de aspirinas.

ESTROFA: *¡Commala-pan-levadura!*
¡Han ido a los infiernos o a las alturas!
Con los disparos y el fuego caliente,
en el horno vas tú y los metes.

RESPUESTA: *¡Commala-ven-siete!*
¡A la levadura sal le metes!
Caliéntalos y atúrdeles
y en el horno vas tú y los metes.

U
N
J
U
E
G
O

D
E

L
A
N
Z
A
M
I
E
N
T
O



8.^ESTROFA



UNO

En el invierno de 1984-1985 cuando el consumo de heroína de Eddie bailaba peligrosamente entre la frontera de la Tierra de las Drogas Recreativas y el Reino de los Hábitos Malos de Verdad, Henry Dean conoció a una chica y estuvo enamorado de ella por poco tiempo. Eddie pensaba que Sylvia Goldover era una guerra de tipo *El Supremo* (con sobacos malolientes y un aliento de cloaca que salía de un par de labios a lo Mick Jagger), pero no dijo ni pío porque Henry creía que era hermosa, y Eddie no quería herir los sentimientos de su hermano. Ese invierno los jóvenes amantes pasaron mucho tiempo juntos, o bien paseaban por la playa azotada por el viento de Coney Island o iban al cine de Times Square, donde podían sentarse en la última fila y meterse mano hasta correrse en cuanto daban cuenta de las palomitas y la caja extragrande de cacahuetes bañados de chocolate.

Eddie se tomaba con filosofía a la nueva persona de la vida de Henry; si Henry podía pasar por alto ese horrible aliento y dejar que su lengua se enrollara con la de Sylvia Goldover, mejor para él. Eddie pasó gran parte de esos tres meses, en su mayoría grises, solo y colgado en el apartamento de la familia Dean. Le daba igual, de hecho le gustaba. Si Henry hubiera estado allí, habría insistido en encender la tele y se habría estado metiendo con Eddie sin parar por sus relatos en formato de audio. («¡Ay qué mono! Eddie va a escuchaj su histoguieta sobrje elfos y ojcos y los pequeñítós y monisimós enanitós»). Siempre con esa manía de llamar a los orcos «ojcos» y a los Ents «los tegoguíficos ájboles andantes». Henry pensaba que esas gilipolleces de ficción eran para maricas. Eddie había intentado algunas veces explicarle que lo que sí era ficticio de verdad eran las estupideces que daban por la tarde en la tele, pero Henry hacía oídos sordos; Henry conocía hasta el último detalle de los malvados gemelos de *Hospital General* y la igualmente malvada madrastra de *The Guiding Light*.

En muchos sentidos, el gran romance de Henry Dean —que acabó cuando Sylvia Goldover le robó noventa pavos de la cartera, dejó una nota donde decía «Lo siento, Henry» en su lugar, y se largó a saber dónde con su antiguo novio— fue un período de descanso para Eddie. Se sentaba en el sofá del comedor, se ponía las cintas de John Gielgud leyendo la trilogía del *Señor de los anillos* de Tolkien, se metía un pico en la cara interior del brazo derecho y se quedaba dormido para sumergirse en los bosques de Mirkwood o adentrarse en las Minas de Moria con Frodo y Sam.

Le encantaban los hobbits, creía que podría haber pasado tranquilamente lo que le

quedaba de vida en Hobbiton, donde la peor droga que había era el tabaco y los hermanos mayores no se pasaban el día entero metiéndose con los pequeños; y la diminuta casita del bosque de John Cullum lo transportó hasta aquellos días y esa historia de tono misterioso y fuerza sorprendente. Porque la casa rezumaba cierto aspecto a guarida de hobbit. Los muebles del comedor eran pequeños, pero perfectos: un sofá y dos sillas supermullidas con esos tapetitos blancos en los brazos y en la parte en la que descansa la nuca. La fotografía en blanco y negro y con un marco dorado que había en la pared debía de ser de los padres de Cullum y la que estaba justo enfrente tenía que ser la de sus abuelos. Había un diploma de agradecimiento del Departamento de Bomberos Voluntarios de Stoneham. Había un periquito en una jaula, que gorjeaba amigablemente, y una gata junto al hogar. La minina levantó la cabeza cuando entraron, se quedó mirando con sus ojos verdes a los desconocidos durante un instante, luego volvió a quedarse dormida. Junto a lo que debía de ser la butaca de Cullum, había un cenicero de pie, y en este había dos pipas, una de mazorca de maíz seca y la otra de madera de brezo. Tenía un antiguo tocadiscos con radio Emerson (una radio de esas con dial multibanda y un enorme botón estriado para sintonizar los canales), pero no tenía televisión. La habitación desprendía un agradable perfume a tabaco y a virutas de madera aromáticas. Pese a lo maravillosamente limpia que estaba, bastaba con una mirada para darse cuenta de que el hombre que vivía en ella no estaba casado. El salón de John Cullum era una modesta oda a los placeres de la soltería.

—¿Cómo va tu pierna? —preguntó John—. Al menos parece que ha dejado de sangrar, aunque estás hecho un pata chula.

Eddie rio.

—El dolor me está jodiendo vivo, pero puedo caminar, así que supongo que he tenido suerte.

—El baño está ahí dentro, por si quieres lavarte —dijo Cullum y lo señaló.

—Mejor que lo haga —asintió Eddie.

Lavarse fue doloroso pero también aliviante. La herida de la pierna era profunda, aunque no había llegado para nada al hueso. La que tenía en el brazo era incluso menos complicada; la bala había salido por el otro lado, gracias a Dios, y Cullum tenía agua oxigenada en el botiquín. Eddie se la echó en el agujero, con los dientes apretados de dolor, y a continuación se la echó tanto en la pierna como en la herida de la cabeza antes de que perdiera el valor para hacerlo. Intentó recordar si Frodo y Sam habían tenido que enfrentarse a algo mínimamente parecido a los horrores del agua oxigenada, y no se le ocurrió nada. Claro, ellos tenían a los elfos que los curaban, ¿no?

—Tengo algo que a lo mejor puede servir —dijo Cullum cuando Eddie reapareció. El viejo se metió en la habitación contigua y volvió con un frasco marrón de pastillas. Dentro había tres píldoras. Las puso en la palma de la mano de Eddie y dijo—: Esto es de cuando me caí el invierno pasado en el hielo y me rompí la

puñetera clavícula. Se llama Percodan. No sé si sigue estando bueno o no, pero...

Eddie se alegró.

—Conque Percodan, ¿eh? —preguntó, y se metió las píldoras en la boca antes de que John Cullum pudiera responder.

—¿No quieres un poco de agua para tragártelas, hijo?

—No —respondió Eddie, masticando con entusiasmo—. A palo seco ganan mucho más.

Había una vitrina de cristal llena de pelotas de béisbol sobre una mesa junto a la chimenea y Eddie se acercó para echarle un vistazo.

—¡Oh, Dios mío —exclamó—, tienes una pelota firmada por Mel Parnell! ¡Y una de Lefty Grove! ¡Joder!

—Eso no es nada —dijo Cullum al tiempo que cogía la pipa de madera de brezo—. Mira en la última balda. —Sacó una bolsita de tabaco Prince Albert del cajón de una mesa supletoria y empezó a llenar la pipa. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que Roland lo observaba—. ¿Fumas?

Roland asintió con la cabeza. Se sacó un papel del bolsillo de la camisa.

—Tal vez podría liar me uno.

—Oh, yo te puedo dar algo mejor que eso —aseguró Cullum, y volvió a salir de la habitación.

La sala que había al lado era un estudio no mucho mayor que un armario. Aunque la mesa de escritorio dickensiano de aquella habitación era pequeña, Cullum tuvo que rodearla.

—¡Me cago en Dios! —exclamó Eddie al ver la pelota de béisbol a la que Cullum debía de referirse—. ¡Autografiada por el Babe!

—Eso es —corroboró Cullum—. Y no es de cuando era de los Yankees, las pelotas de béisbol firmadas por los Yankees no me sirven. Esa la firmaron cuando Ruth todavía estaba con los Red Sox y llevaba... —se calló a mitad de frase—. Aquí están, sabía que los tenía. Pueden que estén caducados, pero menos da una piedra, como decía mi madre. Aquí tiene, señor. Se los dejó mi sobrino. De todos modos, ni siquiera tiene edad suficiente para fumar.

Cullum le pasó al pistolero un paquete de cigarrillos con tres cuartos de su contenido. Roland les dio la vuelta de forma pensativa en la mano, luego señaló la marca.

—Veo la foto de un dromedario, pero no es lo que dice, ¿verdad?

Cullum sonrió a Roland con una cautelosa sonrisa.

—No —contestó—. Es la palabra *Camel*. Significa más o menos lo mismo.

—¡Ah! —exclamó Roland e intentó poner cara de haberlo entendido. Sacó uno de los cigarrillos, estudió el filtro y se puso el extremo donde se veía el tabaco en los labios.

—No, dale la vuelta —le aconsejó Cullum.

—¿Decís verdad?

—Pues claro.

—Jesús, ¡Roland! Tiene una de Bobby Doerr, dos de Ted Williams, una de Johnny Pesky, una de Frank Malzone...

—Esos nombres no te dicen nada, ¿verdad? —le preguntó John Cullum a Roland.

—No —respondió Roland—. Mi amigo... gracias. —Aceptó la lumbre de la cerilla que saí Cullum le ofrecía—. Mi amigo lleva tiempo sin visitar este lado. Creo que lo echa de menos.

—Dios bendito —exclamó Cullum—. ¡Visitantes! ¡Visitantes en mi casa! ¡Me cuesta creerlo!

—¿Dónde está la de Dewey Evans? —preguntó Eddie—. No tienes una pelota firmada por Dewey Evans.

—¿Perdón? —preguntó Cullum. Sonó algo así como «peerdón».

—A lo mejor todavía no lo llaman así —dijo Eddie casi para sí—. ¿Dwight Evans? ¿El jugador de campo derecho?

—¡Oh! —Cullum hizo un gesto de asentimiento—. Bueno, en esa vitrina solo tengo a los mejores, ¿sabes?

—Dewey es de los mejores, créeme —aseguró Eddie—. Puede que todavía no merezca estar en el salón de la fama de John Cullum, pero espera un par de años. Espera a 1986. Y por cierto, John, como aficionado al juego me gustaría decirte un par de palabras, ¿vale?

—Claro —dijo Cullum. Lo pronunció exactamente de la misma forma que lo pronunciaban en el Calla.

Mientras tanto, Roland le había dado una calada a su cigarrillo. Echó el humo y miró el pitillo con el ceño fruncido.

—Las palabras son Roger Clemens —dijo Eddie—. Recuerda ese nombre.

—Clemens —repitió Cullum, aunque con tono dubitativo. No muy fuerte, desde el extremo más lejano de la laguna Keywadin llegó el aullido de nuevas sirenas—. Roger Clemens, si tú lo dices, lo recordaré. ¿Quién es?

—Desearás tenerlo aquí, dejémoslo ahí —dijo Eddie dándole un golpecito a la vitrina—. Puede que en la misma balda que a Babe.

A Cullum le brilló la mirada.

—Dime algo, hijo. ¿Los Red Sox ya lo han ganado todo? ¿Han...?

—Esto no es un cigarro, esto no es más que aire turbio —se quejó Roland. Le lanzó a Cullum una mirada de reproche, tan poco típica de él que hizo sonreír a Eddie—. No tiene ningún tipo de sabor. ¿De verdad la gente se fuma esto aquí?

Cullum le quitó el cigarrillo de los dedos a Roland, rompió el filtro del extremo y se lo devolvió.

—Pruébalo ahora —dijo y volvió a volcar la atención en Eddie—. ¿Bueno? Os he sacado de un lío en la otra orilla. Parece que me debes una. ¿Alguna vez han ganado las Series? ¿Al menos hasta tu época?

La sonrisa de Eddie desapareció y miró al anciano con seriedad.

—Te lo diré si de verdad quieras que lo haga, John. Pero ¿de verdad quieres?

John se lo pensó mientras chupaba la pipa. Y entonces dijo:

—Supongo que no. Saberlo le quitaría toda la emoción.

—Te diré una cosa —dijo Eddie alegremente. Las píldoras que le había dado John estaban haciendo efecto y se sentía contento. Solo un poco—. Mejor que no te mueras antes de 1986. Las de ese año van a ser la bomba.

—¿No estás de guasa?

—Lo digo totalmente en serio. —A continuación, Eddie se volvió hacia el pistolero—. ¿Qué vamos a hacer con nuestras artillas, Roland?

Roland ni siquiera había pensado en ello hasta ese momento. Sus escasas posesiones terrenales, desde la nueva navaja para hacer tallas de Eddie, comprada en el almacén de Took, hasta la antigua bolsa crecedora de Roland, que le había regalado su padre en lo más lejano del horizonte temporal del otro lado, se habían quedado atrás cuando pasaron por la puerta. Cuando habían sido lanzados a través de la puerta. El pistolero supuso que su artilla había quedado tirada en el suelo delante de la tienda de East Stoneham, aunque no lograba recordarlo con claridad; se había concentrado demasiado en ponerse a salvo junto a Eddie antes de que el tipo del rifle con mira telescópica les volara la cabeza. Resultaba doloroso recordar a esos compañeros de tantos viajes calcinados por el fuego que sin duda, a esas alturas, ya habría arrasado la tienda. Resultaba incluso más doloroso imaginarlos en manos de Jack Andolini. Roland tuvo una fugaz aunque clara visión de su bolsa crecedora colgando del cinturón de Andolini como un morral de cazador (o la cabellera del enemigo) e hizo una mueca de dolor.

—¿Roland? ¿Y nuestras...?

—Tenemos nuestras pistolas y eso es toda la artilla que necesitamos —sentenció Roland con más dureza de la que había previsto—. Jake tiene el libro de *Chu-Chú*, y yo puedo fabricar otra brújula si necesitamos una. Si no...

—Pero...

—Si te refieres a tus cosas, hijo mío, puedo hacer un par de preguntas sobre ellas cuando llegue el momento —comentó Cullum—. Pero, por ahora, creo que tu amigo tiene razón.

Eddie ya sabía que su amigo tenía razón. Su amigo casi siempre tenía razón, y esa era una de las cosas que Eddie todavía odiaba de Roland. Maldita sea, él quería su artilla, y no solo por el par de tejanos limpios y las dos camisas lavadas. Ni por la munición de reserva ni por la navaja para hacer tallas, pese a lo buena que era. Había un rizo del pelo de Susannah en la bolsa del tesoro de piel, y todavía conservaba cierto olor a ella. Eso era lo que echaba de menos. Pero, a lo hecho, pecho.

—John, ¿en qué día estamos? —preguntó.

El hombre arqueó sus canosas e hirsutas cejas asombrado.

—¿Lo preguntas en serio? —Y cuando Eddie respondió de forma afirmativa con un gesto de cabeza, respondió—: A 9 de julio. En el año de Nuestro Señor de 1977.

Eddie emitió un silbidito apagado con los labios fruncidos.

Roland, con el último cabo del cigarrillo del dromedario consumiéndose entre sus dedos, se había acercado a la ventana para echar un vistazo. No había nada detrás de la casa, solo árboles y un par de interesantes destellos azules procedentes del lugar que Cullum llamaba «el Keywadin». Con todo, la columna de humo negro seguía ascendiendo a los cielos, como para recordarle que cualquier sensación de tranquilidad que pudiera transmitirle el paisaje era solo una ilusión. Tenían que salir de allí. Y no importaba lo preocupado que estuviera por Susannah Dean, ahora que estaban allí tenían que encontrar a Calvin Torre y terminar el asunto que tenían pendiente con él. Y tenían que hacerlo deprisa. Porque...

Como si le hubiera leído el pensamiento y quisiera acabar la frase, Eddie dijo:

—¿Roland? Va cada vez más deprisa. El tiempo en este lado va más deprisa.

—Lo sé.

—Significa que hagamos lo que hagamos tenemos que conseguirlo a la primera, porque no se puede regresar a este mundo en un momento anterior. No hay segundas oportunidades.

Roland también sabía eso.

DOS

—El hombre que estamos buscando es de la ciudad de Nueva York —dijo Eddie a John Cullun.

—Ya puedes decirlo, nos visitan muchas personas de por de allí en la temporada de verano.

—Se llama Calvin Torre. Está con un amigo suyo llamado Aaron Deepneau.

Cullum abrió la vitrina de cristal que contenía las pelotas de béisbol, sacó la que tenía la firma de *Carl Yastrzemski* escrita justo en el punto de impacto con esa rara caligrafía perfecta que solo los deportistas profesionales parecen ser capaces de llevar a cabo (según lo que Eddie sabía, escribir sin faltas de ortografía sus apellidos era lo que más problemas les daba), y empezó a pasársela de una mano a otra.

—Esa gente de fuera viene a puñados en cuanto llega el mes de junio... ¿ya lo sabías, no?

—Sí —respondió Eddie, que empezaba a impacientarse. Pensaba que era posible que Feo con Ganas ya hubiera llegado hasta Cal Torre. Tal vez la emboscada de la tienda fuera lo que Jack entendía como poner la guinda—. Supongo que no puedes...

—Si no puedo, será mejor que me retire —dijo Cullum con cierta animación, y le lanzó la pelota firmada por Yaz a Eddie, que la sostuvo en la mano derecha y pasó las yemas de los dedos de la mano izquierda por las costuras rojas. La sensación que le produjo su tacto le formó un nudo en la garganta totalmente inesperado. Si una pelota de béisbol no te indicaba que estabas en casa, ¿qué podía hacerlo? Salvo que aquel

mundo ya no era su casa. John tenía razón, era un visitante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Roland. Eddie le pasó la pelota y Roland la cogió sin apartar la mirada de John Cullum.

—Me fijo muy poco en los nombres, pero de todas formas conozco a casi todas las personas que vienen al pueblo —aseguró—. Los conozco de vista. Supongo que le pasa a cualquier vigilante que se precie. A uno le gusta saber quién está en su territorio. —Roland asintió en silencio como si lo entendiera a la perfección—. Decidme qué pinta tiene ese tipo.

Eddie dijo:

—Mide más o menos uno ochenta y pesa... unos cien kilos.

—Entonces está fuertote.

—Así es. Además, está casi calvo por la parte de delante. —Eddie se llevó las manos a la cabeza y se echó el pelo hacia atrás, dejando al descubierto las sienes (una de ellas todavía sangraba debido a su paso casi letal por la Puerta Ignota). Hizo una leve mueca de dolor al sentir la punzada que este gesto le provocó en el brazo izquierdo, aunque este ya había dejado de sangrar. Eddie estaba más preocupado por el disparo de la pierna. En ese preciso instante, el Percodan que le había dado Cullum estaba solucionando lo del dolor, pero si la bala seguía allí (y Eddie creía que así era) tendrían que sacarla.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Cullum.

Eddie miró a Roland, quien se limitó a sacudir la cabeza. ¿Roland había visto alguna vez a Torre? En ese mismo momento, Eddie era incapaz de recordarlo. Creía que no.

—Creo que tiene unos cincuenta.

—Es el coleccionista de libros, ¿no? —preguntó Cullum, luego se rio al ver la expresión de sorpresa de Eddie—. Ya os lo he dicho, siempre estoy ojo avizor con la gente que viene en verano. Nunca se sabe quién puede ser un jeta. Incluso un ladrón. Hace unos ocho o nueve años vino una mujer de New Jersey que resultó ser una pirómana. —Cullum sacudió la cabeza—. Parecía una bibliotecaria de pueblo, la típica señora que parece que no ha matado una mosca en su vida, y se dedicaba a ir quemando graneros por todo Stoneham, Novell y Waterford.

—¿Cómo sabe que es vendedor de libros? —preguntó Roland, y volvió a tirarle la pelota a Cullum, quien de inmediato se la pasó a Eddie.

—Eso no lo sabía —respondió—. Solo sabía que los colecciona, porque se lo dijo a Jane Sargas. Jane tiene una tiendecita justo en el desvío de la Ruta 5 a Dimity Road. Eso está a un kilómetro y medio de aquí en dirección sur. De hecho, Dimity Road es donde están ese tipo y su amigo, si es que estamos hablando de los mismos tipos. Y creo que sí.

—Su amigo se llama Deepneau —dijo Eddie, y le pasó la pelota de Yaz a Roland.

El pistolero la cogió, se la lanzó a Cullum y a continuación se acercó a la chimenea y arrojó la colilla del cigarrillo a la pila de troncos que estaba sobre la

rejilla metálica.

—Como ya os he dicho, no me fijo en los nombres, pero el amigo es delgado y tiene pinta de tener unos setenta años. Camina como si le dolieran un poco las caderas. Lleva gafas de montura metálica.

—Es nuestro hombre, sí —afirmó Eddie.

—Janey tiene una tiendecita llamada Objetos Rústicos de Coleccionista. En el granero tiene algunos muebles, roperos, armarios y cosas así, pero su especialidad son las colchas, la cristalería y los libros antiguos. Así lo indica en el cartel que está justo a la entrada.

—Así que Cal Torre... ¿qué? ¿Llegó y empezó a rebuscar?

Eddie no podía creerlo, y al mismo tiempo sí lo creía. Torre había rehusado irse de Nueva York incluso después de que Jack y George Biondi hubieran amenazado con quemar sus libros más valiosos delante de sus narices. Y en cuanto Deepneau y él llegaron a ese pueblo, el muy tonto se inscribió en la lista de correos, o al menos lo había hecho su amigo Aaron, y en cuanto a los malos, tanto les daba uno como otro. Callahan le había dejado una nota donde le decía que dejara de anunciar su presencia en East Stoneham. «¿Cómo puede ser tan estúpido?», había sido la última frase que le había escrito el padre a sai Torre, y al parecer la respuesta era que siéndolo y superándose.

—Ya te digo —asintió Cullum—. Aunque hizo bastante más que rebuscar. —Le brillaron los ojos, tan azules como los de Roland—. Se gastó un par de cientos de dólares en material de lectura. Lo pagó con cheques de viaje. Luego consiguió que Jane le diera una lista de otras tiendas de libros de segunda mano de la zona. Hay bastantes, si contamos Nociones de Norway y Tus Desperdicios son Mi Tesoro de Fryeburg. Además le dijo que le escribiera los nombres de gente de aquí que tuviera colecciones de libros y que algunas veces las vendieran en sus casas. Jane estaba emocionada. Se lo contó a todo el pueblo.

Eddie se llevó una mano a la frente y gimió. Se trataba del hombre que él había conocido, era Calvin Torre sin lugar a dudas. ¿En qué estaría pensando? ¿Qué en cuanto llegara al norte de Boston estaría seguro?

—¿Puedes decirnos cómo encontrarlo? —preguntó Roland.

—Puedo hacer algo mejor que eso. Puedo llevaros al mismísimo sitio donde viven.

Roland se había estado pasando la pelota de una mano a otra. En ese momento dejó de hacerlo y sacudió la cabeza.

—No. Tú irás a otro sitio.

—¿Adónde?

—A cualquier lugar donde estés seguro —dijo Roland—. Después de eso, sai, ya no quiero saber nada más, ninguno de nosotros quiere saberlo.

—Pues llamadme Sam, carajo. No sé por qué, pero ese nombre me gusta.

—Lo que tú digas. Queda poco tiempo. —Roland lo meditó unos instantes y dijo

—: ¿Tienes un carromóvil?

Cullum pareció desconcertado durante unos segundos y luego sonrió.

—Tengo un carromóvil y un camionmóvil, las dos cosas, estoy forrado. —La última palabra sonó «fojado».

—Entonces nos llevarás a la casa de Torre en Dimity Road en uno de esos y Eddie... —Roland hizo una breve pausa—. Eddie, ¿todavía te acuerdas de cómo se conduce?

—Roland, me ofendes.

Roland, que nunca había sido un tipo muy alegre incluso en las mejores épocas, no sonrió. En cambio volcó una vez más su atención en el dantete (pequeño salvador) que el ka había puesto en su camino.

—En cuanto encontremos a Torre, tú seguirás tu camino, John. Es decir, cualquier camino que no sea el nuestro. Tómate unas vacaciones, si a bien tienes. Dos días deberían ser suficientes, luego puedes volver a tus negocios. —Roland esperaba que sus propios negocios en East Stoneham quedaran solucionados al ocaso, pero no quería gafarlo diciéndolo en voz alta.

—Creo que no has entendido que esta es mi época de más trabajo —repuso Cullum. Estiró las manos y Roland le lanzó la pelota—. Tengo que pintar un cobertizo, retejar el granero...

—Si te quedas con nosotros, puede que no vuelvas a retejar ningún granero —le advirtió Roland.

Cullum lo miró con una ceja enarcada, a todas luces intentando evaluar la seriedad de las palabras de Roland, y no le gustó nada lo que vio.

Mientras ocurría aquello, Eddie volvía a hacerse la pregunta de si Roland habría visto alguna vez en persona a Torre. Y en ese momento se dio cuenta de que su primera respuesta a esa pregunta había sido incorrecta; Roland sí había visto a Torre.

«Claro que lo ha visto. Fue Roland quien empujó la estantería llena de primeras ediciones de Torre para meterla en la Cueva de la Puerta. Roland estaba mirándole directamente a los ojos. Lo que vio seguramente estaría distorsionado, pero...».

Esa línea de pensamiento se desvaneció y, por un inevitable proceso de asociación, la mente de Eddie regresó a los preciados libros de Torre, a rarezas como *El Dogan*, de Benjamin Slightman, hijo, y *El misterio de Salem's Lot*, de Stephen King.

—Voy a por mis llaves y nos largamos —dijo Cullum, pero antes de que pudiera volverse, Eddie soltó:

—Espera.

Cullum lo miró con gesto burlón.

—Creo que tenemos otra cosa de que hablar. —Y levantó las manos para recoger la pelota de béisbol.

—Eddie, nos queda poco tiempo —advirtió Roland.

—Lo sé —dijo Eddie. «Seguramente mejor que tú, puesto que es mi mujer la que

se está quedando sin tiempo»—. Si pudiera, dejaría que Jack se encargase de ese gilipollas de Torre y me concentraría en Susannah. Pero el ka no me permitiría hacerlo. Tu puto ka de los cojones.

—Tenemos que...

—Cállate. —En toda su vida había dicho nada igual a Roland, pero en ese momento, las palabras salieron solas, y no sintió ninguna necesidad de retirar lo dicho. En su mente, Eddie escuchó un fantasmagórico cántico del Calla: «Commala-ven-vamos, la garla no ha terminado».

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Cullum.

—En un hombre llamado Stephen King. ¿Te suena ese nombre?

Y en los ojos de Cullum vio que sí le sonaba.

TRES

—Eddie —dijo Roland. Habló de una forma vacilante y extraña que el muchacho jamás había escuchado. «Está tan perdido como yo», pensó. No era una idea muy reconfortante—. Puede que Andolini todavía nos esté buscando. Lo que es más importante, puede que esté buscando a Torre, ahora que nosotros hemos escapado... y como sai Cullum ha dejado más que claro, Torre ha facilitado la labor de encontrarlo.

—Escúchame —respondió Eddie—. Me estoy dejando llevar por una corazonada, pero no se trata de una simple corazonada. Conocimos a un hombre, Ben Slightman, que escribió un libro en otro mundo. En el mundo de Torre. En este mundo. Y conocimos a otro, Donald Callahan, que era un personaje de un libro de otro mundo. Que, una vez más, es este mundo. —Cullum le había pasado la pelota y ahora Eddie se la lanzó por lo bajo y con fuerza a Roland. El pistolero la cogió con facilidad—. No le habría dado mayor importancia si no fuera porque parece que los libros nos persiguen, ¿verdad? *El Dogan*. *El mago de Oz*. *Charlie el Chu-Chú*. Incluso la Redacción Final de Jake. Y ahora *El misterio de Salem's Lot*. Creo que si ese tal Stephen King es real...

—Oh, sí que es real —intervino Cullum. Miró por la ventana hacia la laguna Keywadin y hacia la otra orilla, de donde procedía el aullido de las sirenas y la columna de humo, que en ese momento estaba emborronando el cielo azul con su espantoso manchurrón. Acto seguido levantó las manos para recibir la pelota de béisbol. Roland se la lanzó y la pelota describió un suave arco cuyo apogeo estuvo a punto de pasar rozando el techo—. Y yo he leído ese libro que os lleva por la calle de la amargura. Lo compré en la ciudad, en Bookland. Por cierto, creo que es un libro genial.

—Una historia sobre vampiros.

—Y que lo digas, escuché al escritor hablar sobre la historia en la radio. Dijo que

había sacado la idea de *Drácula*.

—Escuchaste al autor en la radio —repitió Eddie.

Volvía a tener esa sensación de estar a través del espejo, en la madriguera del conejo y volando en una cometa, e intentó achacársela al Percodan. No funcionó. De repente se sintió extrañamente irreal, como una sombra a través de la cual casi se podía mirar, tan fina como... bueno, tan fina como la página de un libro. No le ayudó nada pensar que ese mundo, que estaba en el verano de 1977 del haz temporal, parecía real de una forma que los otros dóndes y cuándos (incluido el suyo) no lo parecían. Y esa sensación era totalmente subjetiva, ¿verdad? Al fin y al cabo, ¿cómo sabía uno que no era un personaje de la historia de un escritor, o el pensamiento fugaz de un paletó, o una paja furtiva en el ojo de Dios? Pensar en algo así era una locura, y pensar demasiado en ello podía volverte loco.

Y aun así...

«Tatachín, tatachán, no te preocupes, la llave tienes ya».

«Las llaves son lo mío —pensó Eddie. Y a continuación—: El Rey es una llave, ¿verdad? Calla, Callahan. El Rey Carmesí, Stephen King. ¿Es Stephen King el Rey Carmesí de este mundo?».

Roland se había tranquilizado. Eddie estaba seguro de que no le habría resultado fácil, aunque lo difícil siempre había sido la especialidad de Roland.

—Si tienes preguntas que hacer, adelante. —E hizo el gesto de girar la mano derecha.

—Roland, apenas sé por dónde empezar. Las ideas que tengo son tan complejas... tan... no lo sé, tan rematadamente aterradoras, ¡joder!

—Pues lo mejor será simplificarlas. —Roland cogió la pelota cuando se la tiró, aunque en ese momento el jueguecito del lanzamiento parecía estar impacientándolo —. De verdad que tenemos que movernos.

Y Eddie lo sabía muy bien. Le hubiera hecho las preguntas a John mientras iban de camino, si todos pudieran viajar en el mismo vehículo. Pero no podían, y Roland jamás había conducido un vehículo de motor, lo que hacía imposible que Eddie y Cullum viajaran en el mismo coche.

—Está bien —dijo—. ¿Quién es? Empecemos por eso. ¿Quién es Stephen King?

—Un escritor —contestó Cullum, y le echó a Eddie una mirada que quería decir: «¿Es que eres tonto, hijo?»—. Vive en Bridgton con su familia. Es un tipo agradable, según he oído.

—¿Está muy lejos Bridgton?

—Oh... a unos treinta o cuarenta kilómetros.

—¿Qué edad tiene? —Eddie estaba dando palos de ciego. Se sentía inquieto aunque era consciente de que las preguntas correctas debían de estar por ahí, pese a no tener una idea clara de cuáles eran.

John Cullum entrecerró un ojo, como para calcular.

—No es muy mayor, creo que no. Igual acaba de cumplir los treinta.

—Ese libro... *El misterio de Salem's Lot* ¿es un best seller?

—Ni idea —respondió Cullum—. Hay mucha gente de por aquí que lo ha leído, eso sí que lo sé. Porque está ambientado en Maine. Y por los anuncios que salen en la tele, ya sabes. También han hecho una película a partir de su primer libro, pero no la he visto. Me parecía demasiado sangrienta.

—¿Cómo se titulaba?

Cullum se lo pensó, luego sacudió la cabeza.

—No lo recuerdo muy bien. Era solo una palabra y estoy bastante seguro de que era el nombre de una chica, pero solo me acuerdo de eso. A lo mejor me vendrá luego.

—No crees que sea un visitante, ¿verdad?

Cullum se rio.

—Nació y se crio justo aquí, en el estado de Maine. Supongo que eso lo convierte en un residente.

Roland estaba mirando a Eddie con creciente impaciencia, y Eddie decidió dejarlo. Eso era peor que jugar a las adivinanzas. Pero ¡maldita sea!, el padre Callahan era real y al mismo tiempo aparecía en un libro de ficción escrito por ese tal King, y King vivía en una zona que era un imán para lo que Cullum llamaba visitantes. Uno de esos visitantes le había recordado a Eddie a un sirviente del Rey Carmesí. Una mujer calva con un ojo sangrante en medio de la frente, según había dicho John.

Era hora de dejar eso de lado de momento y pasar a Torre. Puede que fuera una persona irritante, pero Calvin Torre tenía cierto solar vacío donde estaba creciendo de forma silvestre la rosa más preciosa de todo el universo. Además sabía de todo sobre libros raros y los tipos que los habían escrito. Seguramente sabría más sobre el autor de *El misterio de Salem's Lot* que sai Cullum. Era hora de dejarlo. Pero...

—Está bien —concluyó Eddie, pasándole la pelota una vez más al encargado—. Pon eso bajo llave y vayamos a Dimity Road, si a bien tienes. Solo un par de preguntas más.

Cullum se encogió de hombros y devolvió la pelota de Yaz a la vitrina.

—Tú mandas.

—Lo sé —dijo Eddie... y de pronto, por segunda vez desde que había pasado por la puerta, le pareció tener a Susannah extrañamente cerca. La vio sentada en una habitación llena de material científico y de investigación de aspecto anticuado. Era el Dogan de Jake, sin duda... solo que debía de ser tal como Susannah lo había imaginado. La vio hablando por un micrófono, y aunque no podía oírla, vio su vientre hinchado y su rostro asustado. El embarazo estaba muy avanzado, al margen de dónde se encontrara. Estaba embarazada y a punto de explotar. Sabía muy bien lo que estaba diciendo: «Ven, Eddie, sálvame, Eddie, sálvanos a los dos, hazlo antes de que sea demasiado tarde».

—¿Eddie? —dijo Roland—. Te has puesto blanco. ¿Es por la pierna?

—Sí —respondió Eddie, aunque en ese mismo momento no le dolía en absoluto. Pensó otra vez en la obligación de tallar la llave. La terrible responsabilidad de saber que debía quedar bien. Y allí estaba de nuevo, en la misma situación. Estaba en posesión de algo, lo sabía... pero ¿de qué?—. Sí, es la pierna.

Se secó el sudor de la frente.

—John, sobre el título del libro, *El misterio de Salem's Lot*. Eso de Salem's Lot, en realidad quiere decir Jerusalem's Lot, ¿verdad?

—Ya te digo.

—Es el nombre de la ciudad del libro.

—Ya te digo.

—Del segundo libro de Stephen King.

—Ya te digo.

—Su segunda novela.

—Eddie —dijo Roland—, estoy seguro de que ya basta.

Eddie le hizo un gesto para advertirle que no lo interrumpiera, luego hizo una mueca de dolor por el daño que se había hecho en el brazo. Tenía la atención centrada en John Cullum.

—¿No existe ningún Jerusalem's Lot, verdad?

Cullum miró a Eddie como si el muchacho estuviera loco.

—Por supuesto que no —respondió—. Es una historia inventada sobre unos tíos inventados en una ciudad inventada. Va de vampiros.

«Sí —pensó Eddie—, y si te cuento la razón por la que creo que los vampiros son reales... por no hablar de los demonios invisibles, las bolas mágicas, y las brujas... estarías totalmente seguro de que estoy como una cabra, ¿verdad?».

—¿Por casualidad sabes si ese tal Stephen King ha vivido en Bridgton toda su vida?

—No, no ha vivido allí toda su vida. Su familia y él se mudaron hace unos dos o tres años. Creo que primero vivieron en Windham, cuando llegaron del norte del estado. O a lo mejor era en Raymond. Bueno, en una de las ciudades de Big Sebago.

—¿No iría muy desencaminado si dijera que esos visitantes de los que has hablado se han aparecido desde que el tipo se mudó a esta zona?

Las pobladas cejas de Cullum se arquearon, luego frunció el ceño. Empezó a oírse un silbido agudo y rítmico procedente del agua, como una sirena para la niebla.

—¿Sabes? —dijo Cullum—, puede que hayas descubierto algo, hijo. Puede que solo sea una coincidencia, aunque puede que no.

Eddie hizo un gesto de asentimiento. Se sentía emocionalmente exhausto, como un abogado al final de un largo y difícil interrogatorio.

—Larguémonos de esta jaula de grillos —le dijo a Roland.

—Puede que sea una buena idea —dijo Cullum y volvió la cabeza en dirección a las ráfagas rítmicas que emitía la sirena para la niebla—. Es el barco de Teddy Wilson. Es el agente de policía del condado. También es guardabosques. —Esta vez

le lanzó a Eddie un juego de llaves del coche en lugar de una pelota—. Te daré el de cambio automático —aclaró—. Solo por si estás un poco oxidado. El camión es de cambio manual. Tú sígueme y si tienes problemas toca el claxon.

—Lo haré, créeme —aseguró Eddie.

Mientras seguían a Cullum hasta la salida, Roland dijo:

—¿Era Susannah otra vez? ¿Por eso te has quedado pálido?

Eddie asintió con la cabeza.

—La ayudaremos si podemos —dijo Roland—, pero puede que este sea nuestro único camino de vuelta hacia ella.

Eddie lo sabía. También sabía que cuando llegaran donde estaba ella, podía ser demasiado tarde.

ESTROFA: *Commala-ka-kate*
En manos del destino quedaste.
No importa si eres real o no,
ya se te ha hecho tarde.

RESPUESTA: *¡Commala-ven-ocho!*
¡Ya se te ha hecho tarde!
Da igual la sombra que proyectes
En manos del destino quedaste.

E
D
D
I
E

S
E

M
U
E
R
D
E

L
A

L
E
N
G
U
A



9.^ ESTROFA



UNO

El padre Callahan había hecho una breve visita a la Oficina de Correos de East Stoneham casi dos semanas antes del tiroteo en la tienda de Chip McAvoy, y allí el antiguo párroco de la parroquia de Jerusalem's Lot había escrito una nota a toda prisa. Aunque estaba dirigida tanto a Aaron Deepneau como a Calvin Torre, la nota del interior del sobre había sido enviada a este último, y su tono no era precisamente amistoso:

27-6-77

Torre:

Soy un amigo del tipo que le ayudó con Andolini. Esté donde esté, tiene que largarse ahora mismo. Búsquese un granero, un campamento abandonado, incluso una cabaña abandonada si es lo único que hay. Seguramente no estará cómodo, pero recuerde que la alternativa es estar muerto. ¡Se lo digo muy en serio! Deje algunas luces encendidas donde esté ahora y su coche en el garaje o en el camino de entrada a la casa. Esconda la nota con la dirección de su nueva ubicación bajo la alfombrilla del asiento del acompañante, o bajo la escalera del porche trasero. Estaremos en contacto. Recuerde que somos los únicos que podemos librarte de la carga que porta. Pero si quiere que le ayudemos, usted tiene que ayudarnos a nosotros.

CALLAHAN, del Eld

¡Y que esta sea la última vez que hace a la oficina de correos! ¡Cómo puede ser tan estúpido!

Callahan había arriesgado su vida al dejar aquella nota, y Eddie, bajo el hechizo de la Trece Negra, había estado a punto de perder la suya. Y ¿cuál había sido el resultado de esos riesgos y esas situaciones salvadas por los pelos? Pues bien, Calvin Torre se había ido de excursión alegramente a la zona rural del oeste de Maine para hacer sus compras de libros raros y descatalogados.

Mientras seguía a John Cullum por la Ruta 5, con Roland sentado en silencio a su lado, y luego se desviaba para seguir a Cullum hasta Dimity Road, Eddie sentía que la ira iba acumulándose en su interior.

«Tendré que meterme las manos en los bolsillos y morderme la lengua», pensó, aunque dudaba de que en ese caso ni siquiera funcionaran esos dos viejos clásicos.

DOS

A unos tres kilómetros de la Ruta 5, el Ford F-150 giró a la derecha para salir de Dimity Road. El desvío estaba indicado por dos señalizaciones en un poste oxidado. La de arriba decía ROCKET RD. Debajo había otra (todavía más oxidada) que anunciaba CABAÑAS JUNTO AL LAGO POR SEMANA, MES O TEMPORADA. Rocket Road era poco más que un camino que se abría entre los árboles, y Eddie se mantuvo alejado de Cullum para evitar la nube de polvo que estaba levantando su recién conocido viejo amigo. El «carromóvil» era otro Ford, un modelo anónimo de dos puertas del que Eddie no podría haber dicho el nombre si no lo hubiera mirado en la placa trasera o en el manual del conductor. Con todo, era maravilloso volver a conducir, y ya no con un solo caballo entre las piernas, sino con cientos de ellos dispuestos a correr al más mínimo movimiento del pie derecho. También era bueno oír el aullido de las sirenas cada vez más atrás.

Las sombras que proyectaban los árboles los engullían. El olor a abeto y a savia de pino era a un tiempo dulce y penetrante.

—Bonito sitio —comentó el pistolero—. Un hombre podría disfrutar de un largo retiro en este lugar. —Fue su única apreciación.

El camión de Cullum dejó atrás una serie de caminos de entrada a las cabañas. Bajo cada número había un letrero que decía ALQUILERES JAFFORDS. Eddie pensó en indicarle a Roland que habían conocido a un Jaffords en el Calla, lo habían conocido muy bien, pero no dijo nada. Hubiera sido incidir demasiado en lo evidente.

Pasaron junto a los números 15, 16 y 17. Cullum se detuvo durante un rato a pensar delante del 18, luego sacó el brazo por la ventanilla de la cabina y siguió adelante. Eddie estaba listo para partir incluso antes de ver el gesto que le indicaba que siguiera, porque sabía con toda certeza que la cabaña 18 no era la que buscaban.

Cullum giró para meterse en la entrada siguiente. Eddie avanzó, las ruedas del sedán crujían sobre un grueso lecho de agujas de pino caídas. Una vez más empezaron a verse los destellos azules entre los árboles, pero cuando por fin llegaron a la cabaña 19 y pudieron ver el agua, Eddie se dio cuenta de que ese lugar, a diferencia de Keywadin, era una verdadera laguna. Seguramente no mucho más ancha que un campo de béisbol. La cabaña en sí parecía una caseta de dos habitaciones. Había un porche acristalado con vistas a la laguna y un par de mecedoras destartaladas aunque con aspecto de cómodas. Una chimenea de latón sobresalía por el tejado. No había ni garaje ni coche aparcado delante de la cabaña, aunque Eddie creyó distinguir dónde había habido uno. Era difícil saberlo con seguridad debido a la hojarasca.

Cullum apagó el motor del camión. Eddie hizo otro tanto. Lo único que se oía era el golpeteo del agua contra las piedras, el rumor de la brisa a través de los pinos y el dulce trino de un pájaro. Cuando Eddie miró hacia la derecha, vio que el pistolero estaba sentado con sus habilidosas manos de largos dedos posadas apaciblemente en su regazo.

—¿Qué te parece? —preguntó Eddie.

—Tranquilo —dijo con acento del Calla.

—¿Hay alguien?

—Sí, creo que sí.

—¿Peligro?

—Sí. A mi lado.

Eddie lo miró con el ceño fruncido.

—Tú, Eddie. Quieres matarle, ¿verdad?

Pasados unos segundos, Eddie admitió que era así. Esa parte tan evidente de su naturaleza, tan simple como salvaje, algunas veces lo incomodaba, pero no podía negar su existencia. ¿Y quién, al fin y al cabo, la había hecho aflorar y la había llevado a una situación límite?

Roland hizo un gesto de asentimiento.

—Llegó a mi vida tras años durante los que erré por el desierto en solitario como un anacoreta cualquiera. Yo era un joven que actuaba por puro interés con la única ambición de seguir tomando una droga cuyo efecto no pasaba de dejarlo aletargado y sorbiéndose la nariz. Estaba hecho un patán que vivía de apariencias, egoísta y bocazas, muy poco recomendable...

—Pero guapo —apuntó Eddie—. No lo olvides. El chaval era una verdadera máquina sexual.

Roland lo miró sin sonreír.

—Si me las arreglé para no matarte por aquel entonces, Eddie de Nueva York, tú puedes arreglártelas para no matar a Calvin Torre ahora. —Y dicho esto, Roland abrió la puerta de su lado y salió del coche.

—Bueno, eso lo dirás tú —dijo Eddie desde el interior del coche de Cullum y luego bajó él también.

TRES

Cullum seguía detrás del volante de su camión cuando Roland y Eddie se reunieron con él.

—A mí me parece que aquí no hay nadie —dijo—, pero se ve una luz en la cocina.

—¡Ajá! —corrobó Eddie—. John, tengo...

—No me lo digas, tienes que hacerme otra pregunta. Solo conozco a una persona que haga más preguntas y es mi sobrino nieto Aidan. Acaba de cumplir tres años. Adelante, pregunta.

—¿Sabrías ubicar con exactitud el centro de actividad de los visitantes en esta zona durante estos últimos años? —Eddie no tenía ni idea de por qué estaba haciendo esa pregunta, pero de pronto le pareció de vital importancia.

Cullum se lo pensó y luego dijo:

—Turtleback Lane, en Lovell.

—Pareces bastante seguro de eso.

—Ya te digo. ¿Recuerdas que te hablé de mi amigo Donnie Russert, el profesor de historia de Vandy?

Eddie hizo un gesto de asentimiento.

—Bueno, pues después de conocer a uno de esos tipos en persona, se interesó por el fenómeno. Escribió varios artículos sobre ello, aunque decía que ninguna revista famosa los publicaría sin importar lo bien documentados que estuvieran los hechos. Dijo que escribir sobre los visitantes del oeste de Maine le había enseñado algo que jamás había esperado aprender a esa avanzada edad: que hay cosas que la gente no cree, ni aunque puedas probarlas. Solía citar un verso de un antiguo poema griego: «El pilar de la verdad tiene un agujero».

»El caso es que tenía un mapa de la zona de los siete pueblos colgado en una de las paredes de su estudio: Stoneham, East Stoneham, Waterford, Lovell, Sweden, Fryeburg y East Fryeburg. Con alfileres clavados en los lugares donde habían aparecido los visitantes, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo muy bien y te digo gracias —contestó Eddie.

—Y tengo que decir... sí, Turtleback Lane es el centro de todo. Bueno, había unos seis u ocho alfileres ahí mismo, y esa puñetera carretera no puede tener más de tres kilómetros; no es más que un desvío que sale de la Ruta 7, rodea la orilla del lago Kezar y luego vuelve a la 7.

Roland estaba mirando en dirección a la casa. En ese momento volvió la vista a la izquierda, se detuvo y posó la mano izquierda en la empuñadura de madera de sándalo de su pistola.

—John —dijo—, bienhallados somos, pero es mejor que te vayas de aquí.

—Ya te digo, ¿estás seguro?

Roland asintió con la cabeza.

—Los hombres que estaban en este lugar son idiotas. Todavía huele a idiota, en parte por eso sé que no se han trasladado. Tú no eres de ese tipo.

John Cullum sonrió ligeramente.

—Espero que no —dijo—, pero te doy las gracias por el cumplido. —A continuación hizo una pausa y se rascó el pelo cano—. Si es que era un cumplido...

—No vuelvas a la carretera principal y empieces a pensar que no hablaba en serio. O, peor aún, que no hemos estado aquí, que lo has soñado todo. No vuelvas a tu casa, ni siquiera para coger una muda. Ya no es un lugar seguro. Vete a otro sitio. Como mínimo a tres miradas hacia el horizonte.

Cullum cerró un ojo, como si hiciera cuentas.

—En los cincuenta, pasé diez míseros años como guardián en la prisión estatal de Maine —dijo—, pero allí conocí a un hombre endiabladamente bueno que se llamaba...

Roland sacudió la cabeza y se puso los dos dedos que le quedaban en la mano

derecha sobre los labios. Cullum hizo un silencioso gesto de asentimiento.

—Bueno, he olvidado cómo se llama, pero vive en Vermont y estoy seguro de que lo recordaré, a lo mejor incluso recuerdo su dirección, en cuanto haya cruzado la frontera del estado de New Hampshire.

Hubo algo en esas palabras que sorprendió a Eddie por sonar un tanto falso, pero no podría haber dicho qué, y al final decidió que estaba obsesionado. John Cullum era un tipo de fiar... ¿no?

—Que os vaya bien —dijo Eddie y le cogió una mano al anciano—. Largos días y gratas noches.

—Lo mismo os digo, muchachos —contestó Cullum y luego estrechó la mano de Roland. Sostuvo la mano derecha de tres dedos durante un rato—. ¿Crees que fue Dios el que me salvó el culo antes? ¿Cuando empezaron a volar las balas?

—Sí —afirmó el pistolero—. Si tú lo crees. Que él te acompañe ahora.

—En cuanto a mi viejo Ford...

—Aquí mismo o en algún lugar cercano —se anticipó Eddie—. Lo encontrarás, u otra persona lo hará. No te preocupes.

Cullum sonrió.

—Eso es más o menos lo que iba a deciros.

—*Vaya con Dios* —dijo Eddie.

Cullum sonrió.

—Lo mismo para ti dos veces, hijo. Será mejor que te protejas de esos visitantes.

—Hizo una pausa—. Algunos de ellos no son muy agradables. Lo digo por todo lo que cuentan.

Cullum metió la marcha de su camión y se alejó. Roland vio cómo se alejaba y dijo:

—Dan-tete.

Eddie asintió con la cabeza. Dan-tete, pequeño salvador. Era una buena forma de describir a John Cullum —ahora que había desaparecido de sus vidas como la querida gente de Paso del Río—, buena como cualquier otra. Y había desaparecido, ¿no? Aunque había algo en su manera de hablar sobre su amigo de Vermont...

Obsesión.

Simple obsesión.

Eddie dejó de pensar en ello.

CUATRO

Puesto que no había ningún coche a la vista y por lo tanto no había alfombrilla del asiento del acompañante bajo la que mirar, Eddie fue a explorar los bajos de la escalera del porche. Aunque antes de poder echar ni que fuera un simple vistazo en esa dirección, Roland lo cogió por el hombro con una mano y señaló con la otra. Lo

que Eddie vio fue una ladera llena de maleza que descendía hasta el agua y el tejado de lo que posiblemente fuera otro cobertizo, con las tejas verdes cubiertas por una capa de agujas secas de pino.

—Ahí hay alguien —anunció Roland, moviendo apenas los labios—. Probablemente sea el menor de los dos tontos, y nos observa. Levanta las manos.

—Roland, ¿crees que eso es seguro?

—Sí. —Roland levantó las manos.

Eddie pensó en preguntarle en qué se basaba para creer aquello y supo cuál sería la respuesta sin preguntar: en la intuición. Era su fuerte. Con un suspiro, Eddie levantó las manos a la altura de los hombros.

—¡Deepneau! —gritó Roland en dirección al cobertizo—. ¡Aaron Deepneau! ¡Somos amigos y nos queda poco tiempo! ¡Si está ahí, salga! ¡Tenemos que hablar!

Se hizo un silencio y luego se oyó la voz de un anciano:

—¿Cómo se llama, señor?

—Roland Deschain, de Gilead, de la estirpe del Eld. Creo que ya lo sabe.

—¿Y a qué se dedica?

—¡Lo mío es el plomo! —gritó Roland y Eddie sintió que la piel de los brazos se le ponía de gallina.

Se hizo un largo silencio. Y a continuación:

—¿Han matado a Calvin?

—No, que nosotros sepamos —respondió Eddie gritando—. Si sabe algo que no sepamos, ¿por qué no sube aquí y nos lo cuenta?

—¿Es usted el tipo que apareció cuando Cal estaba regateando con aquel capullo de Andolini?

Eddie sintió otra punzada de rabia al oír la mención al regateo por cómo presentaba de forma sesgada lo que de verdad estaba ocurriendo en la trastienda de Torre.

—¿Un regateo? ¿Eso es lo que le ha contado? —Y a continuación, sin esperar a que Aaron Deepneau respondiera, añadió—: Sí, soy ese tipo, salga ya y hablemos.

No hubo respuesta. Transcurrieron veinte segundos. Eddie respiró hondo para volver a llamar a Aaron Deepneau. Roland le puso una mano sobre el brazo y sacudió la cabeza. Pasaron otros veinte segundos, y entonces se oyó un chirrido como de algo oxidado, como una antepuerta que se abría. Un hombre alto y delgado salió del cobertizo, parpadeando como un búho. En una mano sostenía por el cañón una enorme pistola automática de color negro. Deepneau la levantó por encima de la cabeza.

—Es una Beretta y está descargada —anunció—. Solo tengo un cargador y está en mi habitación, bajo la cama. Las armas cargadas me ponen nervioso. ¿Vale?

Eddie entornó los ojos. Aquellas yentes eran sus «peores enemigos», como podría haber dicho Henry.

—Está bien —dijo Roland—. Usted siga acercándose.

Y, uno no gana para sorpresas, Deepneau se acercó.

CINCO

El café que preparaba era, con mucho, mejor que cualquiera que hubieran tomado en Calla Bryn Sturgis, mejor que cualquier café que hubiera tomado Roland desde sus días en Mejis, galopando por la ladera de la Pendiente, en el Borde. También había fresas, de la huerta y compradas en la tienda, según dijo Deepneau, y Eddie se dejó extasiar por su dulzor. Los tres estaban sentados en la cocina de la cabaña número 19 de Alquileres Jaffords, tomando café y sumergiendo los fresones en el azucarero. Al final de su garla, los tres parecían asesinos que hubieran estado mojando los dedos en la sangre derramada de su última víctima. La pistola descargada de Deepneau yacía olvidada en la repisa de la ventana.

Deepneau había salido a dar un paseo por Rocket Road cuando oyó el tiroteo, alto y claro, y luego las explosiones. Volvió a todo correr a la cabaña (aunque dijo que no era capaz de correr mucho en el estado en que se encontraba) y cuando vio el humo que empezaba a ascender en el sur, había decidido que volver al cobertizo para la barca sería la decisión más inteligente. Para entonces ya estaba casi seguro de que se trataba del matón italiano, Andolini, así que...

—¿Qué quiere decir con eso de que volvió al cobertizo? —preguntó Eddie.

Deepneau movió los pies bajo la mesa. Estaba extremadamente pálido, tenía ojeras de color violeta y solo un par de mechones de pelo fino como la pelusa del diente de león en la cabeza. Eddie recordó que Torre le había dicho que a Deepneau le habían diagnosticado cáncer hacía un par de años. En ese momento no tenía buen aspecto, pero Eddie había visto tipos —sobre todo en Ciudad de Lud— que tenían un aspecto mucho peor. Uno de ellos había sido el viejo amigo de Jake, el Chirlas.

—¿Aaron? —apremió Eddie—. ¿Qué ha querido decir...?

—He oído la pregunta —replicó, un tanto molesto—. Recibimos una nota por correo regular, o mejor dicho, Cal la recibió, donde alguien sugería que saliéramos de la cabaña para ir a algún lugar cercano y que intentáramos pasar desapercibidos. Era de un hombre llamado Callahan. ¿Lo conocen?

Eddie y Roland asintieron con la cabeza.

—Ese tal Callahan... se podría decir que le cantó las cuarenta a Cal.

«Cal, Calla, Callahan», pensó Eddie y suspiró.

—Cal es un hombre honrado en muchos sentidos, pero no le gusta que le canten las cuarenta. Nos trasladamos al cobertizo durante unos días... —Deepneau se calló, seguramente emprendió una breve lucha con su conciencia. Luego dijo—: En realidad fueron dos días. Solo dos días. Y luego Cal dijo que estábamos locos, que la humedad estaba empeorando su artritis, y que me oía respirar con dificultad. «Lo siguiente es que ya te veo en ese hospitalillo de matasanos de mierda de Norway con

una pulmonía además de cáncer», dijo. Añadió que no había ni una sola posibilidad de que Andolini nos encontrase aquí en el norte, mientras el chico, usted —señaló con un dedo nudoso y manchado de fresas a Eddie—, mantuviera el pico cerrado. «Esos matones de Nueva York no podrían orientarse más allá de Westport sin una brújula», dijo.

Eddie gruñó. Por una vez en su vida odiaba tener razón en algo.

—Dijo que habíamos tenido mucho cuidado. Y cuando yo comenté: «Bueno, alguien nos ha encontrado, ese tal Callahan nos ha encontrado», y Cal que claro, que era normal. —Volvió a señalar a Eddie con el dedo—. Usted tiene que haberle dicho al señor Callahan dónde buscar el código postal, y después de eso fue fácil. Entonces Cal dijo: «Y solo llegó a la oficina de correos, ¿verdad? Créeme, Aaron, aquí estamos a salvo. Nadie sabe dónde estamos a excepción de la agente inmobiliaria que nos alquiló la cabaña, y está en Nueva York».

Deepneau los miró de reojo desde debajo de sus cejas peludas, luego sumergió una fresa en azúcar y se comió la mitad.

—¿Es así como nos han encontrado? ¿Por la agente inmobiliaria?

—No —respondió Eddie—. Por un lugareño. Nos ha traído directamente hasta usted, Aaron.

—Vaya, vaya.

—Eso es, vaya, vaya —dijo Eddie—. ¿Así que se mudaron a la cabaña y Cal fue directo a comprar libros en lugar de esconderse aquí y leerse uno, no?

Deepneau bajó la vista hasta el mantel.

—Tiene que entender que Cal es un hombre muy entregado a su pasión. Los libros son su vida.

—No —objetó Eddie sin alterarse—, Cal no es una persona entregada. Cal es un obseso, eso es lo que es.

—Tengo entendido que es usted un leguleyo —intervino Roland por primera vez desde que Deepneau los llevó a la cabaña.

Se había encendido otro de los cigarrillos de Cullum (después de arrancarle el filtro como el guarda le había enseñado a hacer) y estaba sentado fumando con lo que Eddie consideró una completa falta de satisfacción.

—¿Un leguleyo? No sé qué...

—Un abogado.

—¡Oh! Bueno, sí. Pero no ejerzo desde...

—Necesitamos que vuelva a ejercer el tiempo suficiente para redactar cierto documento —dijo Roland y luego le explicó cuál era el tipo de documento que necesitaban.

Deepneau hizo un gesto de asentimiento en el instante en que el pistolero empezó a hablar, y Eddie supuso que Torre ya le había contado a su amigo esa parte del asunto. Eso estaba bien. Lo que no le gustó fue la expresión de la cara del anciano. Aun así, Deepneau dejó que Roland terminase. Por lo visto no había olvidado las

reglas básicas para relacionarse con posibles clientes, estuviera o no retirado.

Cuando estuvo seguro de que Roland había terminado, Deepneau dijo:

—Me parece que tengo que decirles que Calvin ha decidido seguir siendo propietario de esa parcela de terreno en particular durante algún tiempo más.

Eddie se golpeó la sien que no tenía herida, con la precaución de utilizar la mano derecha para ese toque de teatralidad. El brazo izquierdo se le estaba quedando rígido y la pierna empezaba a dolerle de nuevo entre la rodilla y el tobillo. Supuso que era posible que el bueno de Aaron viajara con un cargamento de calmantes de los fuertes y se anotó mentalmente pedirle unos cuantos si tenía.

—Le ruego perdón —dijo Eddie—, pero me he dado un golpe en la cabeza mientras veníamos hacia esta encantadora ciudad y creo que eso me ha afectado al oído. He creído oír que sai... que el señor Torre había decidido no vendernos la parcela.

Deepneau sonrió de forma bastante cansina.

—Sabe perfectamente lo que he dicho.

—¡Pero se suponía que tenía que vendérnosla! ¡Tenía una carta de Stefan Toren, su tatarabuelo, donde lo decía!

—Cal dice otra cosa —respondió Aaron con delicadeza—. Tome otra fresa, señor Dean.

—No, ¡gracias!

—Cómete otra fresa, Eddie —dijo Roland y le pasó una.

Eddie la cogió. Pensó en tirársela a los morros al tipo alto, larguirucho y feo, mandarlo todo a la mierda, pero la sumergió en el cuenco de nata y luego en el azucarero. Empezó a comer. Y, puñetas, era difícil seguir amargado con tanto dulzor inundándote la boca. Era un hecho que Roland conocía bien (en realidad, Deepneau también).

—Según Cal —dijo Deepneau— no había nada en el sobre que recibió de Stefan Toren salvo el nombre de este hombre. —Levantó su cabeza casi calva en dirección a Roland—. El testamento de Toren, lo que en la antigüedad se llamaba a veces «última carta», había desaparecido hacía tiempo.

—Yo sabía lo que había dentro del sobre —dijo Eddie—. Él me lo preguntó y yo se lo supe decir.

—Eso me dijo. —Deepneau lo miró, inexpresivo—. Dijo que era un truco que podía hacer cualquier mago de tres al cuarto.

—¿También le dijo que me prometió vendernos el solar si yo podía decirle el nombre? ¡¿Le dije que lo prometió, joder?!

—Dice que estaba sometido a una terrible presión cuando lo prometió. Y estoy seguro de que así fue.

—¿Es que el muy hijo de puta cree que le vamos a estafar? —preguntó Eddie. Las venas de las sienes le latían de rabia. ¿Había estado alguna vez tan enfadado? Una vez, suponía él. Cuando Roland se había negado a dejarlo volver a Nueva York

para pillar un poco de caballo—. ¿Eso es lo que pasa? Porque no lo vamos a hacer. Hemos conseguido hasta el último centavo de lo que quería y más. Lo juro por el rostro de mi padre. ¡Y por el corazón de mi dinh!

—Escúcheme atentamente, jovencito, porque esto es importante.

Eddie miró a Roland. Roland hizo un ligero asentimiento con la cabeza, luego aplastó el cigarrillo en uno de los tacones de sus botas. Eddie volvió a mirar a Deepneau, en silencio pero con el ceño fruncido.

—Dice que el problema es exactamente ese. Dice que le pagarán una ridícula cantidad simbólica (un dólar es la cantidad acostumbrada en estos casos) y que luego se largarán sin pagar el resto. Dijo que usted intentó hipnotizarlo para hacerle creer que era usted un ser sobrenatural, o alguien con acceso a los seres sobrenaturales... por no hablar del acceso a los millones de Holmes Dental Corporation... pero que no logró engañarlo.

Eddie soltó un grito ahogado.

—Estas son las cosas que dice Calvin —continuó Deepneau con la misma voz calmada—, pero no son necesariamente las cosas que Calvin cree.

—¿A qué coño se refiere?

—Calvin tiene problemas para separarse de sus cosas —explicó Deepneau—. Es bastante bueno encontrando libros raros y antiguos, ya sabe, un Sherlock Holmes de la literatura, y los compra de forma compulsiva. Lo he visto perseguir al propietario de un libro que desea, y me temo que no hay otro verbo para describirlo, hasta que el propietario da su brazo a torcer y lo vende. Algunas veces lo hacen para que Cal deje de llamarlos por teléfono, estoy seguro.

»Dadas sus habilidades, su localización y la considerable suma de dinero a la que tuvo acceso a partir de su vigésimo sexto cumpleaños, Cal debería de ser uno de los libreros de viejo más exitosos de Nueva York, o de todo el país. Su problema no son las compras, sino las ventas. En cuanto tiene un objeto que se ha esforzado de verdad por conseguir, detesta tener que desprendérse de él. Recuerdo una vez en que un coleccionista de libros de San Francisco, un tipo casi tan compulsivo como el mismísimo Calvin, al final convenció a Cal para que le vendiera una primera edición firmada de *Moby Dick*. Cal ganó más de setenta mil dólares solo con ese negocio, pero no pudo dormir durante una semana.

»Siente más o menos lo mismo por el solar vacío de la esquina de la Segunda con la Cuarenta y seis. Es la única propiedad real, que no sean sus libros, que todavía conserva. Y está convencido de que usted quiere robársela.

Hubo un breve momento de silencio. Luego, Roland dijo:

—¿En el fondo sabe lo que es mejor, en lo más secreto de su corazón?

—Señor Deschain, no entiendo lo que quiere usted...

—Sea, lo entiende —dijo Roland—. ¿Lo sabe?

—Sí —respondió al fin Deepneau—. Creo que sí.

—¿Entiende en lo más secreto de su corazón que somos hombres de palabra que

le pagaremos por su propiedad, a menos que estemos muertos?

—Sí, seguramente, pero...

—¿Entiende que, si nos traspasa la propiedad del solar, y nosotros dejamos ese traspaso totalmente claro al dinh de Andolini, a su jefe, un hombre llamado Balazar...?

—Sé cómo se llama —lo interrumpió Deepneau con sequedad—. Sale en la prensa de vez en cuando.

—¿Que entonces Balazar dejará a su amigo en paz? Es decir, siempre que entienda que ya no es su amigo quien tiene la potestad para vender el solar y que cualquier intento de vengarse de sai Torre le saldría carísimo.

Deepneau cruzó los brazos sobre su enjuto pecho y esperó. Estaba mirando a Roland con una especie de incómoda fascinación.

—En resumen, si su amigo Calvin Torre nos vende ese solar, sus problemas terminarán. ¿Cree que sabe eso en lo más secreto de su corazón?

—Sí —respondió Deepneau—. Lo único que ocurre es que... es por esa manía de no desapegarse de las cosas.

—Redacte un documento —dijo Roland—. La propiedad: el terreno vacío de tierra baldía en la esquina de esas dos calles. Torre es el vendedor. Nosotros, los compradores.

—La Tet Corporation como compradora —puntualizó Eddie.

Deepneau estaba sacudiendo la cabeza.

—Podría redactarlo, pero no lo convencerían para que vendiera. A menos que tengan una semana o algo así, es decir, que no les importe usar hierros candentes en sus pies. O tal vez en las pelotas.

Eddie murmuró algo entre dientes. Deepneau le preguntó qué había dicho. Eddie le dijo que nada. Lo que había dicho era: «Eso suena bien».

—Lo convenceremos —aseguró Roland.

—Yo no estaría tan seguro de eso, amigo mío.

—Lo convenceremos —repitió Roland. Habló en un tono extremadamente seco.

En el exterior, un pequeño coche desconocido (Eddie hubiera dicho que era un coche de alquiler Hertz) entró en el claro y se detuvo.

«Muérdete la lengua, muérdete la lengua», se repetía Eddie, pero cuando Calvin Torre salió alegremente del vehículo (limitándose a lanzarle una mirada de curiosidad al nuevo coche que estaba en la entrada de su casa), Eddie sintió que se le calentaban las sienes. Cerró las manos en un puño y cuando se le clavaron las uñas en las palmas, sonrió amargamente al sentir el dolor.

Torre abrió el maletero de su Chevy alquilado y sacó una gran bolsa. «Su último botín», pensó Eddie. Torre miró durante un breve instante hacia el sur y al humo del cielo, luego se encogió de hombros y emprendió el camino hacia la cabaña.

«Eso es —pensó Eddie—, eso es, hijo de puta, solo es algo que está en llamas, ¿qué tendrá que ver contigo?». Pese a la punzada de dolor que le provocaba el brazo

herido, Eddie apretó aún más los puños y se clavó aún más las uñas.

«No puedes matarlo, Eddie —dijo Susannah—. Lo sabes, ¿verdad?».

¿Lo sabía? E incluso aunque lo supiera, ¿podía escuchar la voz de Suze? ¿Podía escuchar cualquier voz que lo llamara a la razón? Eddie no lo sabía. Lo que sí sabía es que la verdadera Susannah había desaparecido en las fauces del futuro. Torre, por otro lado, estaba allí. Lo que tenía cierta lógica. Eddie había leído en algún lugar que los supervivientes más probables de las guerras nucleares serían las cucarachas.

«No importa, cielo, tú muérdete la lengua y deja que Roland se encargue de esto. ¡No puedes matarlo!».

No, Eddie suponía que no.

No, al menos, hasta que sai Torre hubiera firmado en la línea de puntos. Sin embargo, después de eso... después de eso...

SEIS

—¡Aaron! —gritó Torre mientras subía las escaleras del porche.

Roland miró directamente a los ojos a Deepneau y se puso un dedo en los labios.

—¡Aaron! ¡Oye, Aaron! —Torre parecía seguro y feliz de estar vivo, no un hombre que vive a salto de mata, sino un hombre que se dedicaba a su vocación en su tiempo libre—. Aaron, he ido a casa de esa viuda en East Fryeburg, y, por Cristo bendito, ¡tiene todas las novelas que escribió Herman Wouk! Y no son precisamente ediciones de clubes del libro, que es lo que me temía, sino...

El crujido del resorte oxidado de la antepuerta al abrirse fue seguido por el taconeo de los zapatos que cruzaban el porche.

—... ¡las primeras ediciones de Doubleday! ¡*Marjorie Morningstar!* ¡*El motín del Caine!*! Creo que hay alguien al otro lado del río que habrá deseado haber pagado el seguro contraincendios, porque...

Y entró. Vio a Aaron. Vio a Roland sentado enfrente de Deepneau, mirándolo fijamente con esos aterradores ojos azules con las patas de gallo en las comisuras. Y, por último, vio a Eddie. Pero Eddie no vio a Torre. En el último momento, Eddie Dean había bajado los puños hasta meterlos entre las rodillas y luego había agachado la cabeza para que la mirada quedara fijada en ellas y la tabla del suelo que había justo debajo. Estaba mordiéndose la lengua de forma bastante literal. Tenía dos gotas de sangre en el canto del dedo pulgar de la mano derecha. Fijó la vista en ellas. Volcó hasta la última pizca de su atención en eso. Porque si miraba al propietario de la alegre voz, Eddie lo mataría con toda seguridad.

«Ha visto nuestro coche. Lo ha visto pero ni se ha acercado a mirar. Ni siquiera ha llamado a su amigo y le ha preguntado quién había dentro, o si todo iba bien. Si Aaron estaba bien. Porque tenía a un tipo llamado Herman Wouk en la cabeza, no ediciones de clubes de libros, sino de las buenas. Tranquilo, tío. Porque no ves más

allá de tus narices, como Jack Andolini. Jack y tú, un par de cucarachas andrajosas, escabulléndose por el suelo del universo. Con los ojos en la presa, ¿verdad? Con los ojos en la puta presa».

—Tú —dijo Torre. La felicidad y la emoción habían desaparecido de su voz—. El tipo de...

—El tipo de ninguna parte —lo interrumpió Eddie sin levantar la vista—. El que te libró de Jack Andolini cuando estabas a punto de cagarte en los pantalones. Y así es como me lo pagas. ¿Eres todo un tío, no?

En cuanto terminó de hablar, Eddie volvió a morderse la lengua. Las manos entrelazadas le temblaban. Esperaba que Roland interviniere, seguramente lo haría, no podía esperar que Eddie tratase con ese monstruo egoísta él solo, no era capaz, pero Roland no dijo nada.

Torre se rio. Fue un ruido que expresaba el mismo nerviosismo y crispación que su voz cuando se dio cuenta de quién estaba sentado en la cocina de su cabaña de alquiler.

—Oh, señor... señor Dean... de verdad creo que está exagerando la gravedad de esa situación...

—Lo que yo recuerdo —atajó Eddie, quien todavía seguía hablando sin levantar la vista— es el olor a gasolina. Disparé la pistola de mi dñh, ¿lo recuerda? Supongo que tuvimos suerte de que no hubiera gases acumulados y de que yo disparase en la dirección correcta. Habían echado gasolina por todo el rincón donde usted tenía su mesa de escritorio. Iban a quemar sus libros favoritos... ¿o debería decir sus mejores amigos, o sus familiares? Porque eso es lo que son para usted, ¿verdad? Y Deepneau, ¿quién coño es? No es más que un tipo viejo carcomido por el cáncer que se va al norte con usted cuando necesita un compañero de viaje. Lo dejaría morir en un arcén si alguien le ofreciera la primera edición de Shakespeare o de algún libro especial de Ernest Hemingway.

—¡Eso me ofende! —exclamó Torre—. Resulta que sé que me han quemado hasta el último rincón de la librería y ¡por un descuido no estaba asegurada! Así que estoy arruinado y ¡es todo culpa suya! ¡Quiero que se vaya de aquí!

—El año pasado no pagaste el seguro cuando necesitabas liquidez para comprar la colección de Hopalong Cassidy que pertenecía al patrimonio de Clarence Mulford —intervino Aaron Deepneau en voz baja—. Me dijiste que la cancelación del seguro solo era temporal, pero...

—¡Lo era! —exclamó Torre. Parecía a un tiempo dolido y sorprendido, como si jamás hubiera esperado que esa persona lo traicionase. Seguramente no lo esperaba —. Era solo temporal, ¡maldita sea!

—... pero culpar a este joven —Deepneau seguía con el mismo tono de voz sereno aunque apenado—, me parece del todo injusto.

—¡Quiero que se vaya de aquí! —le gritó Torre a Eddie—. ¡Usted y su amigo también! ¡No tengo ningún deseo de hacer negocios con ustedes! ¡Si alguna vez

creyó que sí estaba dispuesto, fue un... un malentendido! —Se aferró a esa última palabra como a un premio, y prácticamente la soltó en un grito.

Eddie apretó todavía con más fuerza las manos. Jamás había tenido tan presente la pistola que llevaba encima; había adquirido una especie de peso torvamente vívido. Apestaba a sudor; podía olerlo. Y ahora las gotas de sangre empezaron a brotar de entre las palmas de sus manos y a caer al suelo. Sentía cómo empezaban a clavársele los dientes en la lengua. Bueno, sin duda era una forma de olvidar el dolor de la pierna. Eddie decidió darle a la lengua una breve libertad condicional.

—Lo que recuerdo con mayor claridad de la visita que te hice...

—Tiene algunos libros que me pertenecen —dijo Torre—. Quiero que me los devuelva. Insisto en que...

—Cierra el pico, Cal —advirtió Deepneau.

—¿Cómo? —Esta vez, Torre no parecía herido; parecía sorprendido. Casi sin aliento.

—Deja de salirte por la tangente. Te has ganado esta regañina y lo sabes. Si tienes suerte, no será más que una regañina. Así que cierra el pico y por una vez en tu vida y acéptala como un hombre.

—Atiéndale muy bien —dijo Roland en un tono de seca aprobación.

—Lo que recuerdo con mayor claridad —continuó Eddie— es lo asustado que estabas por lo que le dije a Jack, eso de que mis amigos y yo llenaríamos la Grand Army Plaza de cadáveres si no se largaba. Algunos de ellos serían mujeres y niños. Eso no te gustó, pero sabes qué, ¿Cal? Jack Andolini está aquí, ahora mismo, en East Stoneham.

—¡Miente! —dijo Torre. Tragó aire al tiempo que lo decía y así convirtió la palabra en un grito inhalado.

—Dios, ojalá fuera así —respondió Eddie—. He visto morir a dos mujeres inocentes, Cal. Ha sido en el almacén. Andolini montó una emboscada, y si fueras creyente (y supongo que no lo eres a menos que haya alguna primera edición que te parezca que puedes perder, pero si lo fueras), más te valdría arrodillarte y rezarle al dios de los libreros egoístas, obsesos, codiciosos e indiferentes para que haya sido una mujer llamada Mia la que le dijo al dính de Balazar dónde era probable que acabáramos nosotros, que fuera ella, y no tú. Porque si siguieron tus indicaciones, Calvin, ¡tienes las manos manchadas con la sangre de esas dos mujeres!

Su voz iba subiendo de volumen de forma paulatina, y aunque Eddie seguía mirando directamente al suelo, todo su cuerpo había empezado a temblar. Sentía que los ojos se le salían de las cuencas y que las venas del cuello sobresalían a causa de la tensión. Sentía que se le encogían las pelotas, tan pequeñas y duras como el hueso de un melocotón. Lo que más sentía era el deseo de cruzar de un salto la habitación, con la misma facilidad que un bailarín de ballet, y enterrar las manos en el gordo pescuezo de Calvin Torre. Estaba esperando a que Roland interviniere —deseando que Roland interviniere—, pero el pistolero no intervino, y la voz de Eddie seguía

subiendo de volumen hacia el inevitable grito de furia.

—Una de esas mujeres cayó enseguida, pero la otra... aguantó durante un par de segundos. Una bala le voló la tapa de los sesos. Creo que fue una bala de ametralladora, y durante el par de segundos que aguantó de pie, parecía un volcán. Solo que escupía sangre en lugar de lava. Bueno, pero seguramente fue Mia la que se chivó. Tengo un presentimiento sobre eso. No es del todo lógico, pero por suerte para ti, es un presentimiento intenso. Mia usó lo que sabía Susannah y protegió a su chaval.

—¿Mia? Joven... señor Dean... no sé...

—¡Cierra el pico! —gritó Eddie—. ¡Cierra el pico, rata de alcantarilla! Mientes, ¡alimaña incumplidora! ¡No eres más que el despojo de un hombre codicioso, avaricioso y gordiflón! ¿Por qué no pusiste un par de vallas publicitarias? ¡HOLA, SOY CAL TORRE! ¡ESTOY EN ROCKET ROAD EN EAST STONEHAM! ¡POR QUÉ NO VENÍS A VERNOS A MÍ Y A MI AMIGO AARON? ¡TRAED LAS PISTOLAS!

Eddie levantó la vista poco a poco. Lágrimas de rabia le corrían por las mejillas. Torre se había apoyado contra la pared que estaba a un lado de la puerta, tenía los ojos abiertos como platos y húmedos en su cara redonda. Tenía la frente perlada de sudor. Sostenía la bolsa con los libros recién comprados contra el pecho, a modo de escudo.

Eddie lo miró fijamente. La sangre goteaba de sus manos fuertemente entrelazadas; la mancha de sangre en la manga de su camisa había vuelto a agrandarse; además, en ese momento, un hilillo de sangre le caía de la comisura izquierda de la boca. Y supuso que entendía el silencio de Roland. Aquello era asunto de Eddie Dean. Porque conocía a Torre como si lo hubiera parido, ¿verdad? Lo conocía muy bien. ¿Acaso en un tiempo no tan lejano él mismo no había opinado que todo lo que no fuera la heroína era aburrido y banal? ¿No había creído que se podía vender o hacer trueque con todo lo que no fuera heroína? ¿No había llegado a un punto en el que literalmente había vendido a su madre para conseguir el siguiente chute? ¿No era ese el motivo de que estuviera tan furioso?

—Ese solar en la esquina de la Segunda Avenida con la calle Cuarenta y seis jamás ha sido tuyo —prosiguió Eddie—. Ni de tu padre ni del padre de tu padre, hasta llegar a Stefan Toren. Vosotros solo erais custodios, al igual que yo soy custodio de la pistola que llevo.

—¡Lo niego!

—¿Ah, sí? —objetó Aaron—. ¡Qué raro! Te he escuchado hablar de ese terreno casi con las mismas palabras...

—¡Aaron, cierra el pico!

—... muchas veces —concluyó Aaron con toda tranquilidad.

Se oyó un ruido. Eddie saltó, lo cual provocó una nueva punzada de dolor en la pierna por la herida abierta en la espinilla. Había sido una cerilla. Roland se estaba encendiendo otro cigarrillo. Dejó el filtro junto a otros dos sobre el hule que cubría la

mesa. Parecían pequeñas píldoras.

—Me dijiste lo siguiente —empezó a decir Eddie, y de pronto se tranquilizó. La rabia ya no estaba en su interior, como si le hubieran extraído el veneno de una picadura de serpiente. Roland lo había dejado hacer hasta ese momento, y pese a la lengua sangrante y las palmas sangrantes, Eddie se sentía agradecido.

—Cualquier cosa que dijera... estaba bajo presión... ¡tenía miedo de que usted mismo me matara!

—Dijiste que tenías un sobre de marzo de 1846. Dijiste que había una hoja de papel dentro y un nombre escrito en el papel. Dijiste...

—Lo niego...

—... Dijiste que si podía decirte el nombre escrito me venderías el solar vacío. Por un dólar. Y con el acuerdo de que obtendrías mucho más, millones, entre ahora y... 1985, digamos.

Torre soltó una risotada.

—Ya puestos, ¿por qué no me ofrece el puente de Brooklyn?

—Habías hecho una promesa. Y ahora tu padre contempla con atención tu intento de incumplirla.

Calvin Torre chilló:

—¡¡¡Niego todas y cada una de las palabras que dice!!!

—Niégalas y vete a la mierda —contestó Eddie—. Y ahora voy a decirte algo, Cal, con mi apaleado, pero aún latiente, corazón en la mano. Te estás comiendo un plato amargo. No lo sabes porque alguien te ha dicho que era dulce y tienes las papilas gustativas dormidas.

—¡No tengo ni idea de qué está hablando! ¡Está usted loco!

—No, no está loco —opinó Aaron—. Tú eres el loco si no lo escuchas. Creo... creo que te está dando una oportunidad para rectificar la misión que tienes en la vida.

—Déjalo —dijo Eddie—. Solo por una vez escucha al ángel bueno en lugar de al otro. Ese otro que te odia, Cal. Solo quiere matarte. Créeme, lo sé.

Se hizo un silencio en la cabaña. De la laguna llegó el grito de un somorgujo. Del otro lado llegó el gañido menos encantador de las sirenas.

Calvin Torre se humedeció los labios y dijo:

—¿Me está contando la verdad sobre Andolini? ¿De verdad está en la ciudad?

—Sí —respondió Eddie.

Ahora podía oír el traqueteo de la hélice de un helicóptero que se acercaba. ¿Un helicóptero del telediario? ¿No era muy pronto, como mínimo cinco años, para que ocurriera algo así, sobre todo por allí, en el quinto pino?

Los ojos del librero pasaron a mirar a Roland. Torre se había llevado una sorpresa, e incluso lo habían hecho sentirse culpable de una venganza, pero el hombre estaba recuperando parte de su compostura. Eddie se dio cuenta y pensó (no por primera vez) en lo sencilla que sería la vida si la gente no se empeñara en escapar de las casillas en que se les había encasillado. No quería perder el tiempo imaginando a

Calvin Torre como un hombre valiente, ni siquiera como a un primo segundo de los buenos de la película, aunque a lo mejor era las dos cosas. ¡A la mierda con él!

—¿De veras es usted Roland de Gilead?

Roland lo miró a través de las membranas ascendentes del humo del cigarrillo.

—Dice verdad, digo gracias.

—¿Roland del Eld?

—Sí.

—¿Hijo de Steven?

—Sí.

—¿Nieto de Alaric?

Roland parpadeó seguramente a causa de la sorpresa. El propio Eddie estaba sorprendido, pero sobre todo sentía una especie de alivio agotado. Las preguntas que Torre estaba haciendo solo podían significar dos cosas. Primera: le habían transmitido algo más que el nombre y el oficio de Roland. Segunda: se estaba convenciendo.

—Sea, de Alaric —dijo Roland—, el del pelo rojo.

—No sé nada de su pelo, pero sé por qué fue a Garlan. ¿Y usted?

—Para dar caza a un dragón.

—¿Y lo cazó?

—No, llegó demasiado tarde. El último dragón de esa parte del mundo había sido cazado por otro rey, uno que fue asesinado más adelante.

En ese momento, para mayor sorpresa de Eddie, Torre se dirigió titubeante a Roland en una lengua que era prima segunda de la suya, en el mejor de los casos. Lo que Eddie escuchó fue algo así como: «Ha heet Rol-ah, fa heet gun, fa heet hak, fahad gun?».

Roland asintió con la cabeza y respondió en la misma lengua, pronunciando con lentitud y cautela. Cuando hubo terminado, Torre flaqueó, se apoyó contra la pared y dejó caer al suelo la bolsa de libros haciendo caso omiso del contenido.

—He sido un idiota —dijo.

Nadie se lo rebatió.

—Roland, ¿podrías salir fuera conmigo? Necesito... necesito...

Torre empezó a llorar. Dijo algo más en esa lengua extraña, y una vez más terminó con una inflexión ascendente, como si estuviera haciendo una pregunta.

Roland se levantó sin contestar. Eddie también se levantó, haciendo una mueca de dolor por la pierna. Tenía una bala alojada allí, sí, podía sentirlo. Cogió a Roland por el brazo, tiró de él hacia abajo y le susurró al oído:

—No olvides que Torre y Deepneau tienen una cita en la lavarropía de Turtle Bay, dentro de cuatro años. Dile que es en la calle Cuarenta y siete, entre la Segunda y la Primera. Seguramente conoce el lugar. Torre y Deepneau eran... son... bueno, serán los que le salven la vida a Don Callahan. Estoy casi seguro de eso.

Roland asintió con la cabeza, a continuación siguió a Torre, que en un principio se alejaba encogido y que luego se enderezó haciendo un esfuerzo consciente. Roland

lo cogió de la mano como se hacía en el Calla y lo llevó al exterior.

Cuando habían salido, Eddie le dijo a Deepneau:

—Redacte el contrato. Va a vender.

Deepneau lo miró con escepticismo.

—¿De verdad lo cree?

—Sí —aseguró Eddie—. De verdad lo creo.

SIETE

La redacción del contrato no tardó demasiado. Deepneau encontró una libreta en la cocina (en el encabezado de cada hoja había dibujado un castor con dos grandes QUE NO SE ME OLVIDE CON LAS PRESAS) y lo escribió ahí, haciendo pausas cada dos por tres para preguntarle cosas a Eddie.

Cuando terminaron, Deepneau miró a Eddie a la cara, reluciente por el sudor.

—Tengo pastillas de Percocet. ¿Quiere tomarse una?

—Pues claro —respondió Eddie. Pensó que si se las tomaba en ese mismo momento, estaría listo, o eso esperaba, para lo que quería que hiciera Roland cuando este regresase. La bala seguía ahí, ahí dentro con toda seguridad, y tenía que salir—. ¿Y si me da cuatro?

Deepneau lo miró valorándolo.

—Sé lo que hago —aseguró Eddie. Y añadió—: Por desgracia.

OCHO

Aaron encontró un par de tiritas para niños en el botiquín de la cabaña (una era de Blancanieves y otra de Bambi) y las puso sobre la herida que tenía Eddie en el brazo después de echarle otro chorro de desinfectante en los orificios de entrada y de salida. Luego, mientras le servía un vaso de agua para tomarse los calmantes, le preguntó a Eddie de dónde venía.

—Porque, aunque lleve esa pistola con autoridad —dijo—, al hablar se parece más a Cal o a mí que a él.

Eddie sonrió.

—Hay una buena razón para eso. Me crie en Brooklyn, en Co-Op City.

Y pensó: «¿Y si te digo que lo cierto es que estoy allí en este momento? Eddie Dean, el quinceañero más salido del planeta, corriendo a su aire por las calles. Para ese Eddie Dean lo más importante del mundo es echar un polvo. Esas cosas como la caída de la Torre Oscura y el no va más de los malos llamado Rey Carmesí no me quitaban el sueño».

Entonces vio cómo lo estaba mirando Aaron Deepneau y salió de su ensimismamiento a toda prisa.

—¿Qué? Tengo un moco colgando de la nariz ¿o qué?

—Co-Op City no está en Brooklyn —dijo Deepneau. Hablaba como si se dirigiese a un niño pequeño—. Co-Op City está en el Bronx. Siempre ha estado allí.

—Eso es... —empezó a decir Eddie para acabar añadiendo «ridículo», pero antes de que saliera esa palabra, pareció que el mundo se estremecía sobre su eje.

Una vez más se sintió abrumado por la sensación de fragilidad, esa sensación de que el universo entero (o una secuencia de universos) estaba hecho de cristal en lugar de acero. No había forma de explicar de forma racional lo que estaba sintiendo, porque no había nada racional en lo que estaba ocurriendo.

—Hay otros mundos aparte de estos —murmuró—. Eso es lo que Jake le dijo a Roland justo antes de morir. «Váyanse, pues... hay otros mundos aparte de estos». Y debió tener razón, porque volvió.

—¿Señor Dean? —Deepneau parecía preocupado—. No entiendo lo que está diciendo, pero se ha puesto usted muy pálido. Creo que debería sentarse.

Eddie permitió que lo llevaran a la mezcla de cocina y sala de la cabaña. ¿Acaso él mismo entendía de qué estaba hablando? ¿O cómo podía Aaron Deepneau (quien se suponía que había vivido desde siempre en Nueva York) asegurar con tanta certeza que Co-Op City estaba en el Bronx cuando Eddie sabía que estaba en Brooklyn?

No lo entendió del todo, pero sí lo suficiente para morirse de miedo. Otros mundos. Tal vez un número infinito de mundos, todos girando sobre el eje que era la Torre. Todos ellos eran parecidos, pero había diferencias. Diferentes políticos en los billetes. Diferentes marcas de coches —Takuro Spirit en lugar de Datsun, por ejemplo— y distintos equipos de la liga de béisbol. En estos mundos, uno de los cuales había sido diezmado por algo llamado la supergripe, se podía saltar adelante y atrás en el tiempo, pasado y futuro. Porque...

«Porque esencialmente, no son el mundo real. O si son reales, no son el mundo que tiene la llave».

Sí, tenía la sensación de que aquello se acercaba. Había llegado de uno de esos otros mundos, estaba convencido de eso. También Susannah. Y los Jake Uno o Dos, el que había caído y al que habían salvado sacándolo literalmente de la boca del monstruo.

Pero este mundo era el mundo que tenía la llave de todo. Y él lo sabía porque su oficio era el de hacedor de llaves: «Tatachín, tatachán, no te preocupes, la llave tienes ya».

¿Beryl Evans? No era muy real. ¿Claudia y Inez Bachman? Real.

¿Un mundo con Co-Op City en Brooklyn? No era muy real. ¿Un mundo con Co-Op City en el Bronx? Real, aunque fuera difícil de tragárselo.

Y tenía la sensación de que Callahan había cruzado del mundo real a uno de los otros mundos mucho tiempo antes de que él se hubiera embarcado en esas autopistas ocultas; había cruzado sin ni siquiera saberlo. Había dicho algo sobre officiar el funeral de un niño pequeño, y que después de eso...

—Después de eso dijo que todo había cambiado —musitó Eddie mientras se sentaba—. Que todo había cambiado.

—Sí, sí —dijo Aaron Deepneau, dándole unos golpecitos en el hombro—. Ahora siéntese aquí en silencio.

—El padre pasó de un seminario en Boston a Lowell, eso era real. Salem's Lot no es real. Se lo inventó un escritor llamado...

—Voy a ir a por una compresa fría para ponérsela en la frente.

—Buena idea —aprobó Eddie y cerró los ojos.

La cabeza le daba vueltas. Real, no real. Vivir, Memorex. El profesor jubilado amigo de Cullum tenía razón: el pilar de la verdad tenía un agujero.

Eddie se preguntó si alguien sabía la profundidad que tenía ese agujero.

NUEVE

Quince minutos más tarde, fue un Calvin Torre distinto el que regresó a la cabaña con Roland, era un Calvin Torre callado y aleccionado. Le preguntó a Deepneau si había redactado un contrato de venta y cuando Deepneau hizo un gesto de asentimiento, Torre no dijo nada, se limitó a imitar el gesto. Se dirigió hacia el frigorífico, sacó varias latas de cerveza Blue Ribbon y las repartió. Eddie rechazó el ofrecimiento porque no quería mezclar las pastillas con alcohol.

Torre no hizo un brindis, sino que se bebió de golpe media cerveza.

—No todos los días un hombre que me promete hacerme millonario y me libra de la carga más pesada que llevaba en el corazón me llama escoria de la tierra. Aaron, ¿esto servirá en un tribunal?

Aaron Deepneau asintió en silencio. Muy a su pesar, pensó Eddie.

—Está bien entonces —dijo Torre. Luego añadió tras una pausa—: Está bien, hagámoslo. —Pero seguía sin firmar.

Roland le habló en la otra lengua. Torre se estremeció y luego firmó con un rápido garabato, con los labios tan apretados que formaban una línea tan delgada que parecía casi como si no los tuviera. Eddie firmó en nombre de Tet Corporation y se maravilló de la extraña sensación de tener un boli en la mano; no recordaba la última vez que había cogido uno.

Cuando acabaron, sai Torre se volvió, miró a Eddie y gritó con una voz cascada que era casi un chillido:

—¡Ya está! ¡Soy un indigente! ¡Denme mi dólar! ¡Me prometieron un dólar! ¡Siento la necesidad de cagar y necesito algo con que limpiarme el culo!

Luego se puso las manos en la cara. Se quedó sentado durante varios segundos, mientras Roland plegaba el papel firmado (Deepneau había sido testigo de ambas firmas) y se lo metía en el bolsillo.

Cuando Torre volvió a bajar las manos, tenía los ojos secos y la cara serena.

Incluso parecía haber un toque de color en sus mejillas que hasta entonces tenían un tono cerúleo.

—La verdad es que creo que me siento un poco mejor —admitió. Se volvió hacia Aaron—. ¿Crees que estos dos *cockuh*s podrían tener razón?

—Creo que es una posibilidad real —respondió Aaron, sonriendo.

A Eddie se le ocurrió una forma de averiguar con toda seguridad que esos dos hombres serían quienes salvaran a Callahan de los Hermanos de Hitler, o casi con toda seguridad. Uno de ellos había dicho...

—Escuchen —dijo—. Hay una frase, en yiddish, creo. *Gai cocknif en yom*. ¿Saben qué significa? ¿Alguno de ustedes?

Deepneau echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Sí, eso es yiddish, claro. Mi madre solía decirla siempre cuando estaba enfadada con nosotros. Quiere decir: por mí, como si os ponéis a escupir en el mar.

Eddie hizo un gesto de asentimiento hacia Roland. En algún momento de los años venideros, uno de esos hombres —seguramente Torre— compraría un anillo con las palabras *Ex libris* grabadas. A lo mejor, qué locura, porque Eddie Dean le había metido en la cabeza esa idea a Cal Torre. Y Torre, el Calvin Torre egoísta, miserable, codicioso de libros, salvaría la vida del padre Callahan mientras ese anillo siguiera en su dedo. Iba a morirse de miedo (Deepneau también), pero iba a hacerlo. Y...

A esas alturas, Eddie miró el boli con la que Torre había firmado el contrato de la venta, un bolígrafo Bic normal y corriente, y fue consciente de la enormidad de lo que en realidad acababa de ocurrir. Eran los dueños. Eran los dueños del solar. Ellos, no Sombra Corporation. ¡Eran los dueños de la rosa!

Se sentía como si acabara de recibir un tiro en la cabeza. La rosa pertenecía a la Tet Corporation, que era la empresa de Deschain, Dean, Dean, Chambers y Acho. Ahora era su responsabilidad, para bien o para mal. Habían ganado esa partida. Lo que no cambiaba el hecho de que tuviera una bala en la pierna.

—Roland —dijo Eddie—, hay algo que tienes que hacer por mí.

DIEZ

Cinco minutos después, Eddie estaba tirado en el suelo de linóleo de la cabaña con sus ridículos calzoncillos bombachos hasta la rodilla de Calla Bryn Sturgis. En una mano tenía un cinturón de piel que había pasado su otra vida sosteniendo varios pares de pantalones de Aaron Deepneau. Junto a él había una palangana llena de un líquido marrón oscuro.

El orificio de la pierna estaba a unos siete centímetros y medio por debajo de la rodilla y un poco hacia la derecha de la tibia. La carne que había a su alrededor estaba levantada como un pequeño cono endurecido. Esa caldera volcánica en miniatura estaba cubierta por un paño empapado de sangre de color rojo violáceo. Le habían

puesto dos toallas bajo la cabeza a Eddie.

—¿Vas a hipnotizarme? —le preguntó a Roland. Luego miró el cinturón que tenía en la mano y supo la respuesta—. Mierda, no vas a hipnotizarme, ¿verdad?

—No hay tiempo.

Roland había estado rebuscando en el cajón de los trastos que había a la izquierda del fregadero. En ese momento se acercó a Eddie con un par de alicates en una mano y un cuchillo para pelar verduras en la otra. Eddie pensó que formaban una combinación muy poco halagüeña.

El pistolero hincó una rodilla en el suelo junto a Eddie. Torre y Deepneau se quedaron en la parte del salón, de pie, uno junto a otro, mirando con los ojos abiertos como platos.

—Hay una cosa que nos decía Cort cuando éramos pequeños —dijo Roland—. ¿Quieres que te la diga, Eddie?

—Si crees que ayudará, claro.

—El dolor sube. Desde el corazón a la cabeza, el dolor sube. Dobla el cinturón de sai Aaron y pótelo en la boca.

Eddie hizo lo que le había dicho Roland, sintiéndose bastante idiota y asustado. ¿En cuántas películas del Oeste había visto una versión de esta escena? Algunas veces había sido John Wayne mordiendo un palo y otras veces Clint Eastwood mordiendo una bala, y creía que en alguna serie televisiva, Robert Culp había mordido un cinturón y todo.

«Por supuesto que tenemos que extraer la bala —pensó Eddie—. Ninguna historia de esta clase estaría completa sin al menos una escena en la que...».

Un recuerdo repentino, impactante por su claridad, lo sorprendió y se le cayó el cinturón de la boca. En realidad pegó un grito.

Roland estaba a punto de sumergir su rudimentario instrumental quirúrgico en la palangana, que contenía lo que quedaba de desinfectante. En ese momento miró a Eddie con preocupación.

—¿Qué ocurre?

Durante un segundo Eddie no pudo responder. Se había quedado literalmente sin respiración, tenía los pulmones tan atascados como unas viejas tuberías. Estaba recordando una película que habían visto los chicos de la familia Dean una tarde en la televisión, en su piso, el de

(«Brooklyn»)

(«el Bronx»)

Co-Op City. Henry solía escoger lo que veían porque era el mayor y el más fuerte. Eddie no protestaba ni mucho ni muy a menudo; idolatraba a su hermano mayor. (Cuando protestaba mucho tenía todos los números para recibir un pellizco chino o una buena colleja en el pescuezo). Lo que a Henry le gustaba eran las películas del Oeste. Esa clase de películas en que, tarde o temprano, algún personaje tenía que morder un palo, un cinturón o una bala.

—Roland —dijo. Su voz sonó tan tenue como un débil resuello—. Roland, escucha.

—Te atiendo muy bien.

—Había una película... Te he contado lo de las películas, ¿verdad?

—Historias que se cuentan con imágenes que se mueven.

—Algunas veces, Henry y yo nos quedábamos en casa y las veíamos en la tele. La televisión es básicamente una máquina de películas doméstica.

—Algunos dirían que es una máquina de mierda —comentó Torre.

Eddie lo ignoró.

—Una de las películas que vimos fue esa sobre los campesinos mexicanos, las yentes, si a bien tienes, que contrataban a unos pistoleros para protegerse de los *bandidos* que iban cada año a asaltar el pueblo y a robar sus cosechas. ¿No te suena de nada?

Roland lo miró con seriedad y lo que podría ser tristeza.

—Sí. Sí que me suena.

—Y el nombre del pueblo de Tian. Siempre supe que me sonaba, pero no de qué. Ahora sí lo sé. La película se titulaba *Los siete magníficos*, y por cierto, Roland, ¿cuántos éramos en el arcén ese día esperando a los lobos?

—Muchachos, ¿nos podrían aclarar de qué están hablando? —preguntó Deepneau. Aunque lo preguntó de forma educada, tanto Roland como Eddie lo ignoraron.

Roland se tomó un minuto para rebuscar entre sus recuerdos, y a continuación dijo:

—Susannah, Jake, Margaret, Zalia, Rosa, tú y yo. Había más personas, los gemelos Tavery y el chico de Ben Slightman, pero éramos siete guerreros.

—Sí, y la relación que no conseguí establecer del todo tenía que ver con el director de la película. Cuando se hace una película, es necesario un director, es quien consigue que las cosas se muevan. Es el dinh.

Roland hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—El dinh de *Los siete magníficos* era un hombre llamado John Sturges.

Roland se quedó sentado durante un rato más, pensando, y luego dijo:

—El ka.

Eddie empezó a reír a carcajadas. Simplemente no lo pudo evitar. Roland siempre tenía una respuesta.

ONCE

—Para poder vencer el dolor —advirtió Roland—, tienes que apretar el cinturón en el instante en que lo sientas. ¿Lo entiendes? En el mismo instante en que lo sientas. Perfóralo con los dientes.

—Entendido. Tú hazlo rápido.

—Lo haré lo mejor que pueda.

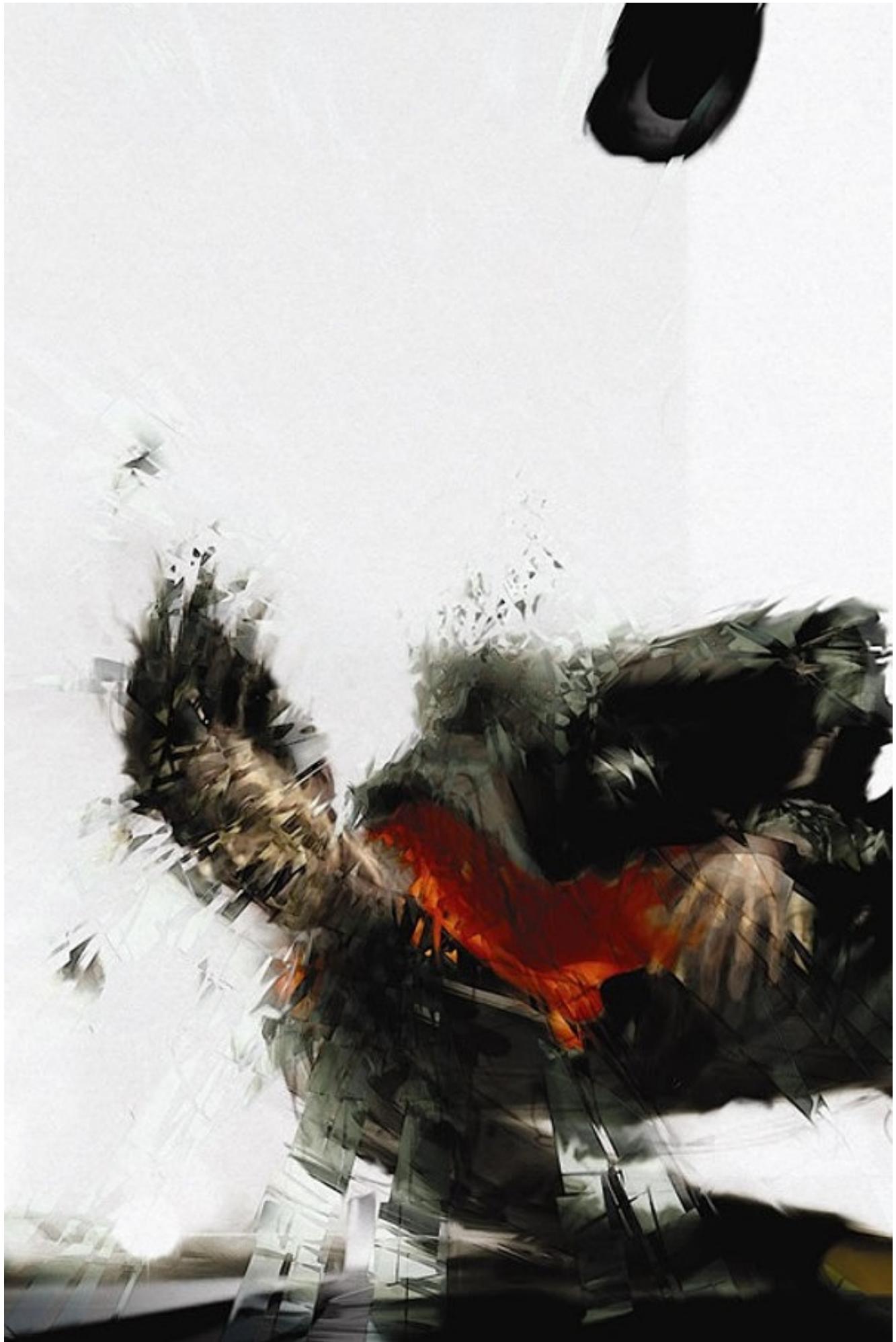
Roland metió primero los alicates y luego el cuchillo en el desinfectante. Eddie esperó con el cinturón en la boca, metido entre los dientes. Sí, en cuanto uno identificaba la estructura básica, uno no podía dejar de pensar en ella, ¿verdad? Roland era el héroe de la obra, el viejo guerrero entrecano que, en la versión de Hollywood, sería interpretado por alguna estrella incombustible aunque avejentada como Paul Newman o tal vez Eastwood. Eddie era el jovencito interpretado por alguna estrella juvenil del momento como Tom Cruise, Emilio Estévez, Rob Lowe o alguien por el estilo. Y allí estaba el típico decorado por todos conocido: una cabaña en el bosque; y una escena vista muchísimas veces pero que aún resultaba interesante: la de la extracción de la bala. Lo único que faltaba era el sonido de los tambores presagiando lo peor. Eddie se dio cuenta de que seguramente no había tambores porque ya habían superado la parte de los tambores de malos presagios de la historia: los tambores de los dioses. Resultaron ser una versión ampliada de una canción de Z. Z. Top retransmitida por los altavoces callejeros de la ciudad de Lud. Su situación se estaba haciendo cada vez más difícil de negar: eran personajes de la historia de alguien. Todo ese mundo...

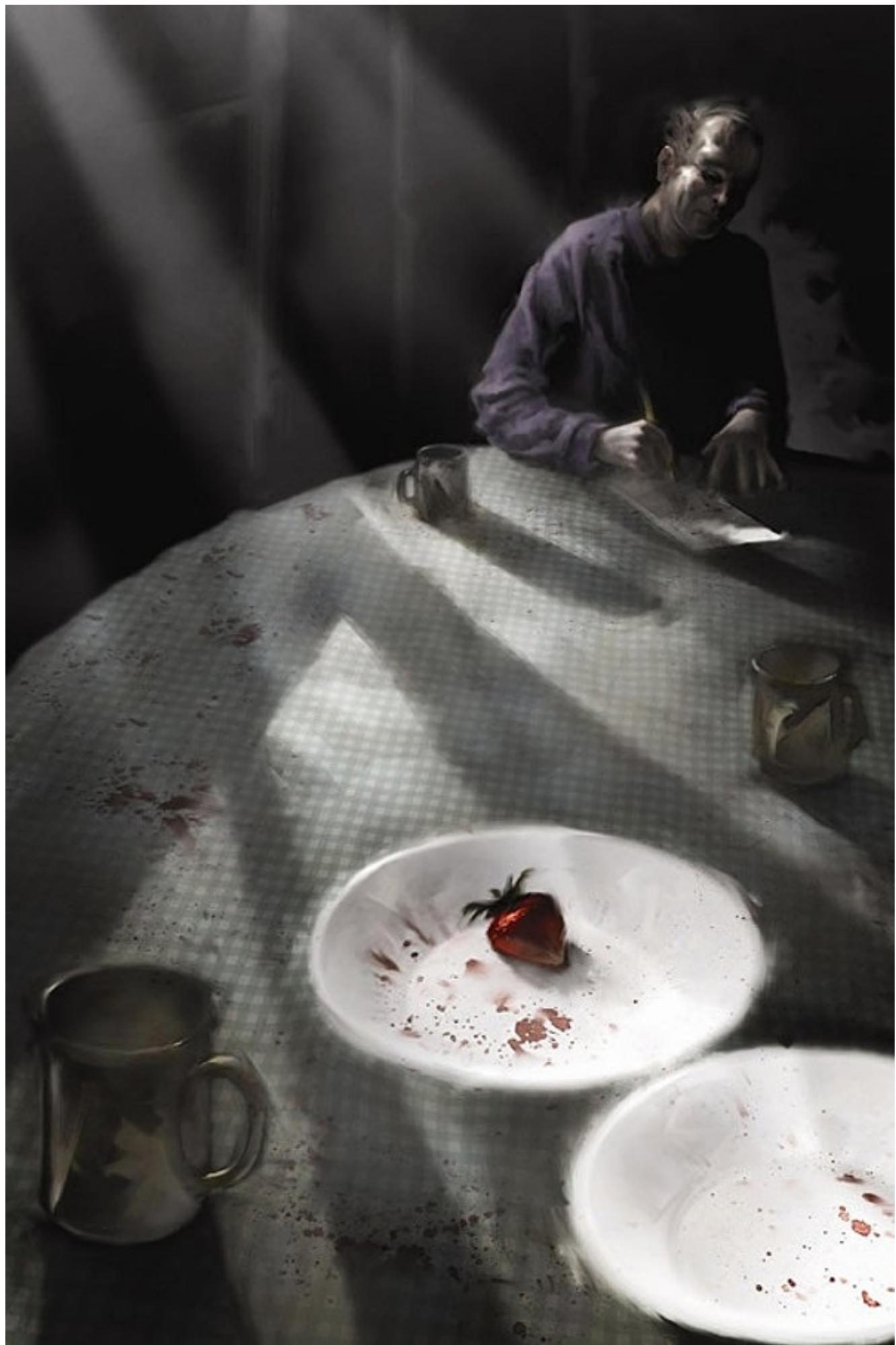
«Me niego a creerlo. Me niego a creer que me crie en Brooklyn simplemente por el error de un autor, algo que quedaría arreglado en el segundo borrador. Oiga, padre, estoy con usted: Me niego a creer que soy un personaje. ¡Esta es mi puta vida!».

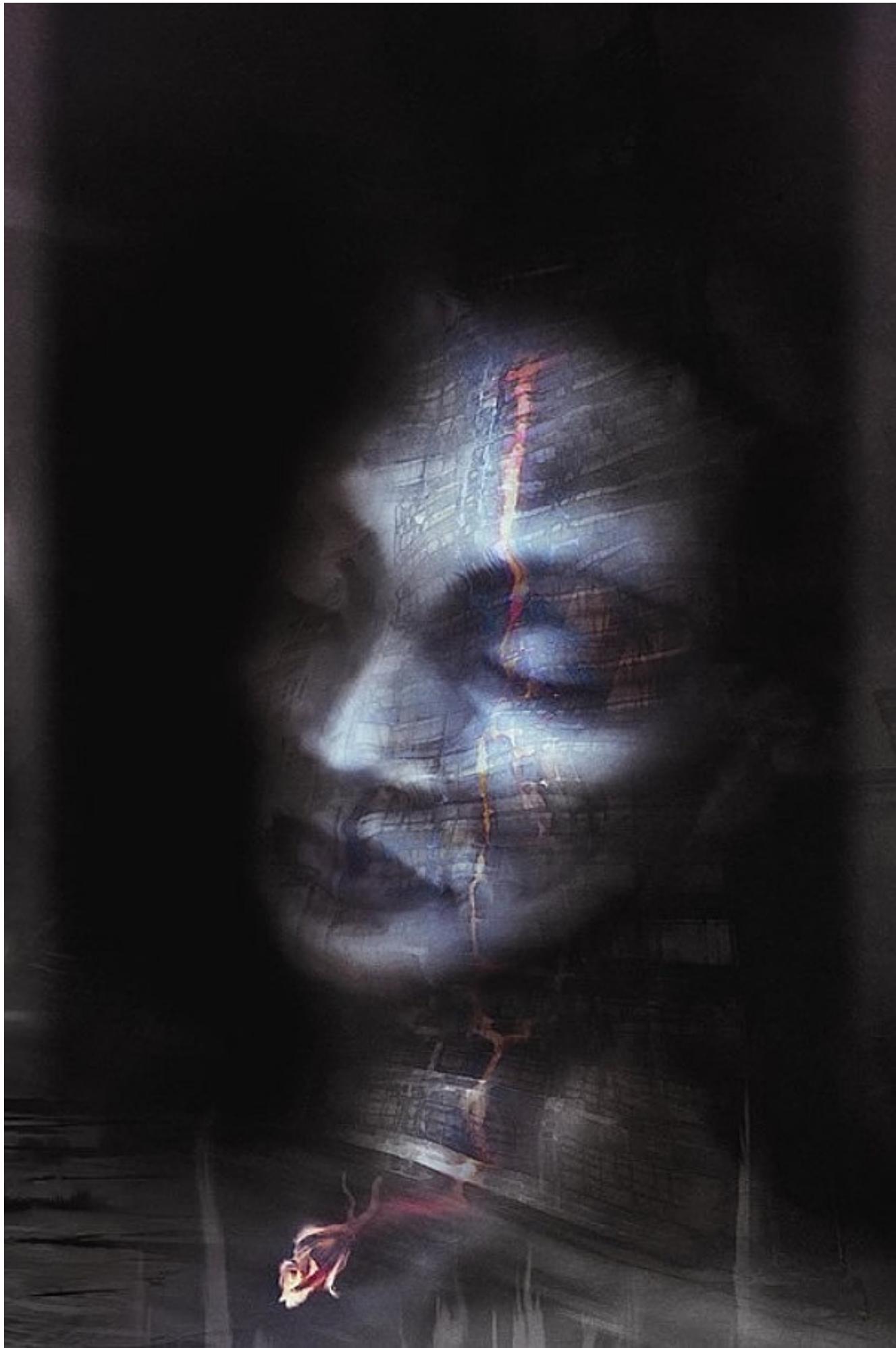
—Adelante, Roland —dijo—. Sácame esa cosa.

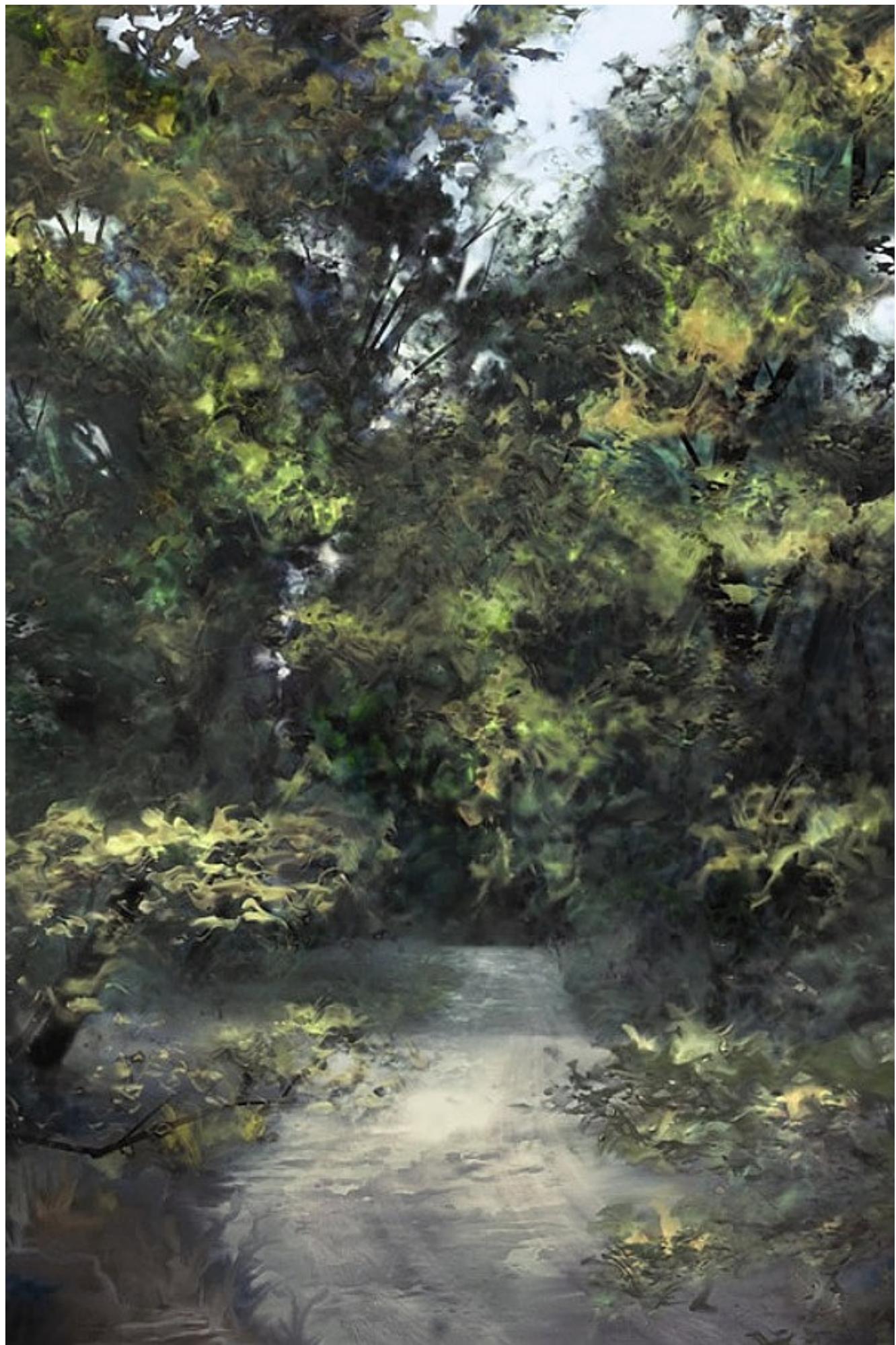
El pistolero echó un poco de desinfectante de la palangana sobre la espinilla de Eddie, luego usó la punta del cuchillo para retirar el trapo de encima de la herida. Tras hacer eso, bajó los alicates.

—Prepárate para morder el dolor, Eddie —murmuró y, un segundo más tarde, Eddie lo hizo.









DOCE

Roland sabía lo que hacía, lo había hecho antes, y la bala no había llegado muy lejos. Todo acabó en unos noventa segundos, pero fue el minuto y medio más largo de toda la vida de Eddie. Al final, Roland le dio un golpecito a Eddie en una de las manos que tenía cerradas. Cuando Eddie consiguió desenroscar los dedos, el pistolero le tiró una bala aplanada sobre la palma.

—Un recuerdo —dijo—. Se detuvo justo en el hueso. Ese era el raspado que oías.

Eddie miró el pedazo aplastado de plomo, luego lo tiró al suelo de linóleo como si fuera una canica.

—No la quiero —dijo, y se limpió la frente.

Torre, el coleccionista incorregible, cogió la bala desechada. Mientras tanto, Deepneau estaba estudiando las marcas de los dientes en su cinturón con silenciosa fascinación.

—Cal —dijo Eddie al tiempo que se incorporaba apoyándose en los codos—. Usted tenía un libro en su estantería...

—Quiero que me devuelvan esos libros —apuntilló Torre de inmediato—. Será mejor que me los esté cuidando, joven.

—Estoy seguro de que estarán en unas condiciones maravillosas —le aseguró Eddie mientras se repetía una vez más que debería morderse la lengua si podía. «O coger el cinturón de Aaron y volver a morderlo, si con lo de la lengua no basta».

—Mejor será que así sea, joven; ahora son lo único que me queda.

—Sí, junto con los cuarenta o más que tendrás en distintas cajas de seguridad —apuntó Aaron Deepneau, ignorando por completo la mirada envenenada que le echó su amigo—. El *Ulises* firmado posiblemente sea el mejor, pero hay unos cuantos pliegos maravillosos de Shakespeare y una serie completa de Faulkner firmados...

—Aaron, ¿te importaría quedarte callado?

—... y un *Huckleberry Finn* que podrías convertir en un sedán de Mercedes-Benz sin problemas —concluyó Deepneau.

—En cualquier caso, uno de ellos es un libro titulado *El misterio de Salem's Lot* —dijo Eddie—. Escrito por un hombre llamado...

—Stephen King —terminó de decir Torre. Le echó a la bala una última mirada y luego la puso en la mesa de la cocina junto al azucarero—. Me han dicho que vive por aquí cerca. He conseguido dos ejemplares de *Lot* y también tres ejemplares de su primera novela, *Carrie*. Esperaba viajar a Bridgton y conseguir que me las firmase. Supongo que ahora eso no ocurrirá.

—No entiendo qué lo convierte en algo tan valioso —dijo Eddie y luego añadió—: ¡Ay, Roland, eso duele!

Roland estaba comprobando la firmeza del vendaje de fabricación casera de la

herida en la pierna de Eddie.

—Estate quieto —le ordenó.

Torre no le prestó atención a aquello. Eddie había conducido la conversación por el camino de su tema favorito, su obsesión, su pasión. Lo que Eddie suponía que el Gollum de los libros de Tolkien llamaría «mi tesoro».

—¿Recuerda lo que le dije cuando estábamos hablando de *El Hogan*, señor Dean? ¿O *El Dogan*, si lo prefiere? Dije que el valor de un libro raro, como el de una moneda rara o un sello raro, es que fue creado de forma distinta. Algunas veces es por un simple autógrafo...

—Su copia de *El misterio de Salem's Lot* no está firmada.

—No, porque ese autor en concreto es muy joven y no muy conocido. Puede que llegue a algo algún día, o puede que no. —Torre se encogió de hombros, casi como diciendo que dependía del ka—. Pero este libro en particular... bueno, la primera edición tuvo una tirada de solo siete mil quinientos ejemplares y casi todas se vendieron en Nueva Inglaterra.

—¿Por qué? ¿Porque el tipo que la escribió es de Nueva Inglaterra?

—Sí. Pasa muy a menudo que el libro adquiera valor por pura casualidad. Una cadena local decidió promoverlo a bombo y platillo. Incluso pagaron un anuncio televisivo, algo insólito en el entorno de la venta al pormenor de la localidad. Y funcionó. Bookland de Maine pidió cinco mil ejemplares de la primera edición (casi el setenta por ciento) y los vendió casi todos. Además, como con *El Hogan*, había palabras mal impresas en la introducción. En este caso, no era en el título, sino en el texto de la solapa. Se puede distinguir una auténtica primera edición de *El misterio de Salem's Lot* por el precio recortado (en el último momento, Doubleday decidió aumentar el precio de setenta y nueve con cinco a ochenta y nueve con cinco) y por el nombre del sacerdote del texto de la solapa.

Roland levantó la vista.

—¿Qué pasa con el nombre del sacerdote?

—En el libro se llama padre Callahan. Pero en la solapa alguien escribió padre Cody, que en realidad es el nombre del médico de la ciudad.

—¡Y eso es todo lo que hizo falta para subir el precio de un ejemplar de nueve pavos a novecientos cincuenta! —comentó Eddie maravillado.

Torre hizo un gesto de asentimiento.

—Eso es todo: su peculiaridad, una solapa con el precio recortado y una impresión con erratas. Pero también está el elemento de la especulación en la colección de ediciones poco comunes que yo considero... bastante emocionante.

—Por decir algo —comentó Deepneau con sequedad.

—Por ejemplo, supongamos que ese tal King se hace famoso o es aclamado por la crítica. Admito que hay pocas probabilidades, pero supongamos que ocurre. Las primeras ediciones disponibles de su segundo libro son tan raras que, en lugar de valer setecientos cincuenta dólares, mi ejemplar podría costar diez veces más. —Miró

a Eddie frunciendo el ceño—. Así que será mejor que lo cuiden bien.

—Estoy seguro de que no le pasará nada —afirmó Eddie, y se preguntó qué pensaría Calvin Torre si supiera que uno de los personajes del libro lo tenía en una estantería en su supuesta rectoría de ficción. La supuesta rectoría de una ciudad que estaba hermanada con una ciudad de una película protagonizada por Yul Brynner en el papel de gemelo de Roland, y donde se presentaba a Horst Buchholz en el papel de Eddie.

«Pensaría que estás loco, eso es lo que pensaría».

Eddie se puso de pie, se tambaleó un poco y se agarró a la mesa de la cocina. Después de unos segundos, el mundo se estabilizó.

—¿Puedes apoyarla? —preguntó Roland.

—Podía antes, ¿verdad?

—Nadie había estado hurgándote.

Eddie dio un par de pasos de prueba, luego asintió. Le estallaba la espinilla de dolor cada vez que cambiaba el peso a la pierna derecha, pero sí, podía apoyarla.

—Le daré el Percocet que me queda —dijo Aaron—. Puedo conseguir más.

Eddie abrió la boca para decir que sí, claro, tráigalo, y entonces se dio cuenta de que Roland lo miraba. Si Eddie decía que sí al ofrecimiento de Deepneau, el pistolero no diría lo que pensaba y eso haría que Eddie perdiera su rostro... pero sí, su dính estaba mirando.

Eddie pensó en el poético sermón que le había soltado a Torre sobre comerse un plato amargo. Era cierto, poético o no. Aunque al parecer eso no iba a evitar que Eddie se sentara a comer lo mismo. Primero un poco de Percodan, luego un poco de Percocet. Ambas eran sustancias demasiado parecidas al caballo como para bajar la guardia. Así que ¿cuánto tiempo pasaría hasta que se cansase de coquetear con la hermana fea e ir en busca de un verdadero alivio para el dolor?

—Creo que pasare de los Perc —dijo Eddie—. Vamos a Bridgton...

Roland lo miró, sorprendido.

—¿Ah, sí?

—Sí. Puedo conseguir una aspirina por el camino.

—Astina —dijo Roland con inconfundible afecto.

—¿Está seguro? —preguntó Deepneau.

—Sí —afirmó Eddie—. Lo estoy. —Hizo una pausa, luego añadió—: Digo lo siento.

TRECE

Cinco minutos más tarde, los cuatro estaban en el jardín cubierto de agujas de pino de la entrada, escuchando las sirenas y mirando el humo, que había empezado a desaparecer. Eddie jugueteaba con impaciencia con las llaves del Ford de John

Cullum. Roland le había preguntado dos veces si ese viaje a Bridgton era necesario, y Eddie le había dicho dos veces que estaba casi seguro de que lo era. La segunda vez había añadido (de forma casi expectante) que como dính, Roland podía anular su decisión, si lo deseaba.

—No. Si crees que deberíamos ir a ver a ese cuentacuentos, lo haremos. Lo único es que me gustaría que supieras por qué.

—Creo que los dos lo entenderemos cuando lleguemos allí.

Roland hizo un gesto de asentimiento, pero aun así parecía insatisfecho.

—Sé que estás impaciente como lo estoy yo por dejar este mundo; este nivel de la Torre. Para que tú quieras hacer algo distinto a eso, el presentimiento que has tenido debe de ser fuerte.

Lo era, pero había algo más: había vuelto a escuchar a Susannah, el mensaje llegaba una vez más desde una versión del Dogan. Era prisionera de su propio cuerpo —al menos Eddie creía que eso era lo que intentaba decirle—, pero estaba en el año 1999 y se encontraba bien.

Esto había ocurrido mientras Roland estaba agradeciéndoles a Torre y a Deepneau su ayuda. Eddie se encontraba en el baño. Había ido a echar una meadita, pero de pronto se le olvidó y simplemente se sentó sobre el inodoro con la tapa bajada, con la cabeza gacha y los ojos cerrados. Intentando enviarle un mensaje de respuesta a Susannah. Intentando decirle que frenara a Mia si podía. Había percibido la sensación de la luz del día, Nueva York por la tarde, y eso era malo. Jake y Callahan habían pasado por la Puerta Ignota por la noche; Eddie lo había visto con sus propios ojos. Tal vez pudieran ayudarla, pero solo si Susannah lograba frenar a Mia.

«Consume el día —le retransmitió a Susannah... o intentó hacerlo—. Tienes que consumir el día antes de que ella te lleve donde se suponga que debe tener el niño. ¿Me oyes? Suze, ¿me oyes? ¡Responde si me oyes! Jake y el padre Callahan ya llegan ¡y tú tienes que aguantar!».

«Junio —le había respondido un hilillo de voz—. Junio de 1999. Las chicas van por ahí enseñando el ombligo y...».

A continuación oyó que Roland llamaba a la puerta del baño y que le preguntaba si estaba listo para ponerse en marcha. Antes de que se acabase el día llegarían a Turtleback Lane, en la ciudad de Lovell —un lugar donde los visitantes eran habituales, según John Cullum, y la realidad tenía tendencia a ser correspondientemente rala—, pero primero tenían que hacer un viaje a Bridgton y era de esperar que encontrasen a un hombre que parecía haber creado a Donald Callahan y el pueblo de Salem's Lot.

«Sería para morirse de risa que King estuviera en California, escribiendo la versión cinematográfica, o algo así», pensó Eddie, aunque no creía que eso fuera lo que iba a suceder. Seguían en la Senda del Haz, el camino del ka. Y era de suponer que saí King también estaba allí.

—Muchachos, será mejor que se lo tomen con mucha calma —les advirtió

Deepneau—. Habrá un montón de policías por ahí. Por no mencionar a Jack Andolini y lo que quede de su alegre pandilla.

—Hablando de Andolini —dijo Roland—, creo que ha llegado la hora de que ustedes dos vayan a un lugar donde él no esté.

Torre se enfureció. Eddie podría haberlo predicho.

—¿Irnos ahora? ¡Debe de estar de guasa! Tengo una lista de casi una docena de personas de la zona que coleccionan libros... compran, venden, intercambian. Algunos saben lo que hacen, pero otros... —E hizo un gesto con las manos, enseñando las palmas, como queriendo decir que sobraban las palabras.

—En Vermont también habrá gente que venda libros antiguos a las puertas de sus graneros —comentó Eddie—. Y es preferible que recuerdes con qué facilidad os hemos encontrado. Tú lo pusiste fácil, Cal.

—Tiene razón —reconoció Aaron y cuando Calvin Torre no dio una respuesta, y se limitó a agachar su enfurruñado rostro para mirarse los zapatos, Deepneau volvió a mirar a Eddie—. Pero al menos Cal y yo tenemos carnet de conducir que enseñar en caso de que nos pare la policía local o estatal. Supongo que ninguno de ustedes lo tiene.

—Eso va a ser cierto —admitió Eddie.

—Y dudo mucho que tengan licencia que enseñar para esos pistolones aterradores.

Eddie bajó la vista para mirar el revólver increíblemente antiguo que tenía justo debajo de la cadera, luego volvió a levantar la vista para mirar a Deepneau con gesto de buen humor.

—Pues sí, eso también sería cierto —respondió.

—Entonces, ándense con cuidado. Van a salir de East Stoneham, así que no les pasará nada si van con precaución.

—Gracias —dijo Eddie y le tendió la mano—. Largos días y gratas noches.

Deepneau se la estrechó.

—Es muy bonito lo que ha dicho, hijo, pero me temo que mis noches no han sido especialmente gratas últimamente, y si las cosas en los avances de la medicina no dan un giro cuanto antes, mis días tampoco serán precisamente largos.

—Van a ser más largos de los que podría imaginar —aseguró Eddie—. Tengo buenas razones para creer que le quedan como mínimo cuatro años.

Deepneau se llevó un dedo a los labios, luego señaló al cielo.

—Que Dios le oiga.

Eddie se volvió hacia Calvin Torre mientras Roland estrechaba la mano de Deepneau. Por un instante, Eddie creyó que el librero iba a rechazar el apretón de manos, pero al final lo hizo. A regañadientes.

—Largos días y gratas noches, sai Torre. Has hecho lo correcto.

—Lo he hecho presionado y usted lo sabe —se quejó Torre—. La tienda ha desaparecido... mi propiedad ha desaparecido... estoy a punto de dar por terminadas

las primeras vacaciones de verdad que he tenido en diez años...

—Microsoft —soltó Eddie de repente. Y luego—: *Limones*.

Torre parpadeó.

—¿Ruego me disculpe?

—*Limones* —repitió Eddie, y luego se rio a carcajadas.

CATORCE

Hacia el final de su en gran parte inútil existencia, el gran sabio y eminentе yonqui Henry Dean había disfrutado fundamentalmente de dos cosas: estar colgado y hablar, estando colgado, de que iba a dar el golpe en la bolsa. En cuestiones de inversión, se consideraba todo un E. F. Hutton.

—Hay algo en lo que decididamente no invertiría, tronco —le dijo Henry a Eddie una vez que estaban subidos al tejado. Había sido no mucho antes del viaje de Eddie a las Bahamas como camello de cocaína—. Hay una cosa en la que no invertiría ni jarto de vino, no tiraría mi dinero en una de esas mierdas de ordenadores, Microsoft, Macintosh, Sanyo, Snakyo, Pentium, en nada de eso.

—Parecen bastante conocidos —aventuró Eddie. No es que le importase mucho, pero ¿qué coño?, era una conversación—. Sobre todo Microsoft. Es lo último.

Henry se había reído con condescendencia y había hecho el gesto de cascársela.

—Y una polla, que es lo último.

—Pero...

—Sí, sí, lo sé, la gente pierde el culo por esa mierda. Están subiendo todos los precios. Y cuando veo ese movimiento, ¿sabes lo que veo?

—No, ¿qué?

—¡Limones!

—¿Limones? —había preguntado Eddie. Hasta ese momento creía haber estado siguiendo a Henry, pero supuso que al final se había perdido. Claro que aquella tarde la puesta de sol había sido espectacular y él había estado totalmente colocado.

—¡Ya me has oido! —dijo Henry, calentándose con el tema—. ¡Putos limones! ¿No te enseñaron nada en el colegio, tronco? Los limones son esos animalitos que viven por Suiza o en un lugar así. Y cada cierto tiempo, creo que cada diez años, no estoy seguro, les entran ganas de suicidarse y se tiran por precipicios.

—Ah —dijo Eddie, mordiéndose con fuerza el interior de la mejilla para evitar estallar en violentas carcajadas—. Te refieres a esos limones. Creía que te referías a los de la limonada.

—Vete a cagar —contestó Henry, pero habló con el indulgente buen ánimo que los grandes y eminentes en ocasiones reservaban para los pequeños y amorfos—. Lo que sea, a lo que voy es a que todas esas personas que pierden el culo por invertir en Microsoft y Macintosh y, no sé, los putos Chips Diales de Velocidad de la SuperPolla,

lo único que van a hacer es convertir al puto Bill Gates y al puto Steve Jobarino en ricos. Esa mierda del ordenador va a irse al peo en 1995, lo dicen todos los expertos, y ¿la gente invierte en eso? Los putos limones se tiran por los precipicios al puto mar.

—Los putos limones —repitió Eddie, y se echó sobre el tejado todavía caliente para que Henry no se diera cuenta de lo cerca que estaba de dejar de seguirlo. Estaba viendo miles de millones de limones de Sunkit corriendo hacia los precipicios, vestidos con pantalones cortos rojos y pequeñas zapatillas de deporte de color blanco, como si fueran M&M en un anuncio de la tele.

—Sí, pero ojalá le hubiera metido mano a ese puto Microsoft en el ochenta y dos —continuó Henry—. ¿Te das cuenta de que unas acciones que entonces se vendían por quince pavos ahora se venden a treinta y cinco? ¡Joder, tío!

—Limones —había dicho Eddie de forma ensoñadora mientras contemplaba cómo iban desapareciendo los colores del atardecer.

En ese momento le quedaba menos de un mes de vida en ese mundo, en el que Co-Op City estaba en Brooklyn y siempre había estado allí. A Henry le quedaba menos de un mes vida, punto y final.

—Sí —había respondido Henry, que estaba sentado junto a él—, pero, tío, ojalá pudiera regresar a 1982.

QUINCE

En ese instante, con la mano de Torre aún entre las suyas, Eddie dijo:

—Soy del futuro. Ya lo sabe, ¿no?

—Sé que él dice que lo es, sí. —Torre señaló con un gesto de cabeza hacia Roland, luego intentó zafarse del apretón. Eddie no lo soltó.

—Escúchame, Cal. Si me escuchas y actúas guiándote por lo que te diga, puedes ganar mucho más de lo que valdría ese solar en el mercado inmobiliario, incluso puede que hasta diez veces más.

—Fanfarronadas de un hombre que ni siquiera lleva calcetines —se burló Torre, y volvió a intentar soltarse de la mano.

Una vez más, Eddie lo retuvo. Antes pensaba que no habría sido capaz de hacer algo así, pero sus manos eran más fuertes en ese momento. Igual que su voluntad.

—Fanfarronadas de un hombre que ha visto el futuro —le corrigió—. Y el futuro son los ordenadores, Cal. El futuro es Microsoft. ¿Lo recordarás?

—Yo sí —aseguró Aaron—. Microsoft.

—Jamás he oído hablar de eso —repuso Torre.

—No —admitió Eddie—, no creo que ni siquiera exista. Pero existirá, y pronto, y va a ser gigantesca. Ordenadores, ¿de acuerdo? Ordenadores para todo el mundo, o al menos ese era el plan. Será el plan. El tipo que está al mando es Bill Gates. Siempre Bill, nunca William.

Se le pasó por la cabeza que, puesto que ese mundo era distinto al mundo donde Jake y él se habían criado, el mundo de Claudia y Inez Bachman en lugar del de Beryl Evans, era posible que el famoso genio de los ordenadores no fuera Bill Gates; por lo que Eddie sabía, podía ser alguien llamado Chin Ho Fuk. Pero también sabía que no era muy probable. Ese mundo era muy parecido al suyo: los mismos coches, las mismas marcas (Coca-Cola y Pepsi en vez de Nozz-A-La), las mismas personas en la moneda. Le pareció que podía contar con que Bill Gates (por no hablar de Steve Jobarino) apareciera cuando se suponía que debía hacerlo.

En cierta forma, a Eddie ni siquiera le importaba. Calvin Torre era en muchos aspectos un mamón de mucho cuidado. Por otra parte, Torre había hecho frente a Andolini y a Balazar durante el tiempo que había sido necesario. No se había deshecho del solar. Y en ese momento Roland tenía el contrato de venta en el bolsillo. Le debían a Torre una buena compensación por lo que les había vendido. No tenía nada que ver con lo mucho o lo poco que les gustara el tipo, lo que seguramente favorecía al viejo Cal.

—Esa cosa de Microsoft —dijo Eddie—, puede comprar acciones por quince dólares en 1982. En 1987, que es el lugar donde, por decirlo de alguna forma, me fui de vacaciones permanentes, esas acciones valdrán treinta y cinco cada una. Eso son unos beneficios del ciento por ciento. Un poco más.

—Porque tú lo digas —dijo Torre y finalmente logró zafarse de la mano.

—Si él lo dice —intervino Roland—, es verdad.

—Digo gracias —dijo Eddie.

Se le ocurrió que estaba pidiéndole a Torre que diera un gran salto basándose en las observaciones de un yonqui hasta la médula, pero pensó que en ese caso podía hacerlo.

—Venga —lo apremió Roland e hizo ese gesto de girar la mano con los dedos—. Si vamos a ir a ver al escritor, vayámonos ya.

Eddie se deslizó tras el volante del coche de Cullum y de pronto sintió la seguridad de que jamás volvería a ver ni a Torre ni a Aaron Deepneau. Con la excepción del padre Callahan, ninguno de ellos volvería a verlos. Las despedidas habían comenzado.

—Buen provecho —les dijo Eddie—. Que tengáis buen provecho.

—Y vosotros —respondió Deepneau.

—Sí —añadió Torre y por una vez su voz no sonó refunfuñona—. Buena suerte a los dos. Largos días y felices noches, o como se diga.

Había espacio justo para dar la vuelta sin tener que salir marcha atrás, y Eddie se alegró, no estaba muy preparado para ir hacia atrás, al menos de momento.

Al tiempo que Eddie retomaba Rocket Road, Roland miró hacia atrás e hizo un gesto de despedida con la mano. Era algo muy impropio de su comportamiento, y esa apreciación debió de notarse en la cara de Eddie.

—Hemos llegado al final del juego —anunció Roland—. Por todo lo que he

trabajado y lo que he esperado tantos años. El final está cerca. Lo siento. ¿Y tú?

Eddie asintió con la cabeza. Era como ese momento de una pieza musical en la que todos los instrumentos empiezan a subir de volumen hasta llegar a un clímax inevitable y arrollador.

—¿Susannah? —preguntó Roland.

—Sigue viva.

—¿Mia?

—Sigue teniendo el control.

—¿El bebé?

—En camino.

—¿Y Jake? ¿Y el padre Callahan?

Eddie se detuvo al llegar a la carretera, miró hacia ambos lados y luego giró.

—No —respondió—. De ellos no he sabido nada. ¿Y tú?

Roland sacudió la cabeza. De Jake, en algún lugar del futuro con tan solo un sacerdote ex católico y un bilibrambo como protección, solo recibía silencio. Roland esperaba que el chico estuviera bien.

Por el momento, no podía hacer nada más.

ESTROFA: *Commala-conmigo-vente*

Tienes que cruzar la línea.

*Cuando por fin logras lo que quieras
te hace sentir de muerte.*

RESPUESTA: *¡Commala-ven-nueve!*

¡Te hace sentir de muerte!

*Pero para lograr lo que quieras
tienes que cruzar la línea.*

SUSANNAH - MIO - MI
CHICAS VARIAS VECES



10.[^] ESTROFA



UNO

«John Fitzgerald Kennedy ha muerto esta tarde en el hospital Parkland Memorial».

Esa voz, esa voz apenada, la voz de Walter Cronkite, como en un sueño.

«El último pistolero de Estados Unidos ha muerto. ¡Oh, Discordia!».

DOS

Conforme Mia dejaba la habitación 1919 del Plaza-Park de Nueva York (que pronto se convertiría en el Regal U. N. Plaza, un proyecto de Sombra y North Central, Oh Discordia), Susannah sufría un desvanecimiento. Del desvanecimiento pasó a un inquieto estado somnoliento lleno de noticias inquietantes.

TRES

La siguiente voz es la de Chet Huntley, el copresentador del programa de noticias *The Huntley-Brinkley Report*. También es —no sabe cómo— la voz de Andrew, su chófer.

«Diem y Nhu han muerto —dice la voz—. Ahora que los perros de la guerra al fin duermen comienza el drama. El camino está asfaltado de sangre y pecado de aquí a la Colina de Jericó. ¡Oh, Discordia! ¡Árbol charyou! ¡Venid a segar!».

«¿Dónde estoy?».

Ella mira a su alrededor y ve una pared de cemento plagada de un revoltijo enmarañado de nombres, consignas y dibujos obscenos. En el medio, donde todo el que se sentara en la litera tenía que verlo por fuerza, se lee el siguiente saludo: HOLA NEGRATA BIENVENIDO A OXFORD ¡AQUÍ NI SE TE OCURRA ESTIRAR LA PATA!

La entrepierna de los pantalones está húmeda. La ropa interior está completamente empapada y recuerda por qué: aunque se les había informado de la fianza hacía un buen rato, los polis se hacían los remolones todo lo que podían y alegremente hacían caso omiso de las crecientes súplicas para ir al lavabo. En las celdas no hay taza de váter, ni lavamanos, ni siquiera un balde de lata. No hacía falta ser un lumbreras de esos del concurso *Twenty-one* para explicárselo: se suponía que tenían que hacérselo encima, que tenían que entrar en contacto con la esencia de su naturaleza animal, y al final ella lo había hecho, ella, Odetta Holmes...

«No —piensa—, soy Susannah. Susannah Dean. Me han vuelto a detener, me han

vuelto a encerrar, pero sigo siendo yo».

Oye voces procedentes del otro lado de aquella ala de celdas, voces que para ella delimitan el presente. Supone que debe asumir que proceden de la televisión de la oficina de la prisión, pero es una trampa. O lo que alguien muy morboso entiende por broma. Si no, ¿por qué iba Frank McGee a estar diciendo que Bobby, el hermano del presidente Kennedy, ha muerto?

¿Por qué iba a estar diciendo Dave Garroway, del programa *Today*, que el pequeño del presidente ha muerto, que John-John se ha matado en un accidente de avioneta? ¿Qué clase de mentira grotesca es esa para estar oyéndola sentada en una apesada cárcel sureña con las bragas mojadas pegadas a la entrepierna? ¿Por qué está gritando Bob Smith, el Búfalo, del programa infantil *Howdy Doody*: «Cowabunga, niños, Martin Luther King está muerto»? Y los niños respondiendo a voz en grito: ¡Commala-ven-anda! ¡Lo que dices nos encanta! ¡Negro bueno, negro muerto, así que hoy mata un negrata!

La fianza llegará pronto. A eso es a lo que necesita aferrarse, a eso.

Se acerca a los barrotes y se agarra a ellos. Sí, está en Oxford Town, de acuerdo, otra vez Oxford, dos hombres muertos a la luz de la luna, será mejor que alguien lo investigue pronto^[1]. Pero ella va a salir y volverá, volverá, volverá a casa, y poco después se abrirá ante ella un mundo nuevo por descubrir, con una nueva persona a la que amar y una nueva persona que ser. Commala-ven-ven, el viaje acabas de emprender.

Ah, pero no es cierto. El viaje casi ha finalizado. En su fuero interno, lo sabe.

Al fondo del pasillo se abre una puerta y oye los pasos de alguien que se acerca. Mira en esa dirección —con ansiedad, con la esperanza de que sea el de la fianza o un agente con un manojo de llaves—, pero es una mujer negra que calza unos zapatos robados. Su antiguo yo. Es Odetta Holmes. No fue a Morehouse, pero sí a Columbia. Y a todas aquellas cafeterías del Village. Y al Castillo del Abismo, allí también.

—Escúchame —dice Odetta—. Nadie puede sacarte de aquí, solo tú, muchacha.

—¡Deberías aprovechar esas piernas mientras las tengas, cariño! —La voz que oye salir de su boca es áspera y fanfarrona en la superficie, pero en el fondo está asustada. La voz de Detta Walker—. ¡Vas a perderlas en ná! ¡Te las va arrancá el tren A! ¡El legendario tren A! ¡Un hombre llamao Jack Mort va tirarte del andén de la estación de Christopher Street!

Odetta la mira sin inmutarse.

—El tren A no para allí. Nunca ha parado allí.

—¿De qué coño tás hablando, zorra?

A Odetta no la engañan ni la voz crispada ni las blasfemias. Sabe a quién le está hablando. Y sabe de qué está hablando. El pilar de la verdad tiene una grieta. No son las voces del gramófono, sino las de nuestros amigos muertos. Las estancias de la ruina están habitadas por fantasmas.

—Vuelve al Dogan, Susannah. Y recuerda: solo tú puedes salvarte. Solo tú

puedes librarte de Discordia.

CUATRO

Ahora se trata de la voz de David Brinkley diciendo que alguien llamado Stephen King había muerto atropellado por una camioneta mientras paseaba cerca de su hogar, en Lovell, una pequeña población al oeste de Maine. King tenía cincuenta y dos años, dice, autor de múltiples novelas: *The Stand*, *El resplandor* y *El misterio de Salem's Lot* entre otras. Oh Discordia, dice Brinkley, el mundo se cubre de sombras.

CINCO

Odetta Holmes, la mujer que una vez Susannah fue, señala a través de los barrotes de la celda, y más allá. Lo repite:

—Solo tú puedes salvarte. El camino del pistolero es tanto el de la condena como el de la salvación; al final no existe diferencia alguna.

Susannah se vuelve para mirar lo que está señalando con el dedo y lo que ve la sobrecoge de terror: ¡la sangre! ¡Por todos los cielos, la sangre! Hay un cuenco lleno de sangre y, dentro, algo monstruoso y muerto, un bebé muerto no humano. ¿Lo ha matado ella?

—¡No! —grita—. ¡No, yo nunca haría una cosa así! ¡No lo haré!

—Entonces el pistolero morirá y caerá la Torre Oscura —sentencia la espantosa mujer del pasillo, la espantosa mujer que calza los zapatos de Trudy Damascus—. O sea, Discordia.

Susannah cierra los ojos. ¿Puede desvanecerse a voluntad? ¿Puede desvanecerse y aparecer lejos de aquella celda y de aquel mundo espantoso?

Lo hace. Se adentra en la oscuridad y en el suave pitido de las máquinas; la última voz que oye es la de Walter Cronkite diciéndole que Diem y Nhu han muerto, que el astronauta Alan Shepard ha muerto, que Lyndon Johnson ha muerto, que Richard Nixon ha muerto, que Elvis Presley ha muerto, que Rock Hudson ha muerto, que Roland de Gilead ha muerto, que Eddie de Nueva York ha muerto, que Jake de Nueva York ha muerto, que el mundo ha muerto, los mundos, que la Torre está desmoronándose, que un billón de universos están confluyendo y que todo es Discordia, que todo es ruina, que todo ha acabado.

SEIS

Susannah abrió los ojos y miró a su alrededor con inquietud, boqueando en busca de aire. Casi cae de la silla en que estaba sentada. Era una de esas con las que se puede ir

y venir rodando a lo largo de los paneles de control llenos de botones, interruptores y luces parpadeantes. Sobre los paneles estaban los monitores de televisión en blanco y negro. Estaba de vuelta en el Dogan. Oxford

(«Diem y Nhu han muerto»)

solo había sido un sueño. Un sueño dentro de un sueño, mira tú por dónde. Aquel era otro, aunque un pelín mejor.

La mayoría de las pantallas que habían estado emitiendo imágenes de Calla Bryn Sturgis la última vez que había estado allí, ahora, o bien estaban nevadas o bien emitían cartas de ajuste. No obstante, en una aparecía el pasillo de la planta décimo novena del hotel Plaza-Park. La cámara avanzó hasta los ascensores y Susannah cayó en la cuenta de que estaba mirando a través de los ojos de Mia.

«Mis ojos», pensó.

Su ira era comedida, pero intuía que podía inflamarse. Tendría que hacerlo si alguna vez se viera obligada a contemplar aquella cosa indescriptible que había visto en su sueño. La cosa que había en el rincón de la celda de Oxford. La cosa en el cuenco de sangre.

«Son mis ojos. O sea, que se ha hecho con ellos».

Otra pantalla mostraba a Mia llegando al ascensor del vestíbulo, examinando los botones y apretando el que tenía grabada una flecha hacia abajo. «Vamos a ver a la comadrona —pensó Susannah, mirando la pantalla con atenta seriedad y dejando escapar una risa entrecortada y forzada—. ¡Oh, vamos a ver a la comadrona, la maravillosa comadrona de Oz. Por, por, por, por, pooor... Por las cosas maravillosas que hace!»^[2].

Ahí estaban los indicadores que había devuelto a la posición inicial con considerables molestias... qué coño, con dolor. El TEMP. EMOCIONAL seguía en 22. El conmutador con el indicador CHAVAL seguía en modo DORMIDO y, por tanto, en el monitor de encima, el chaval seguía en blanco y negro como todo lo demás; no había señal alguna de aquellos ojos azules tan perturbadores. El absurdo temporizador de INTENSIDAD DEL PARTO seguía en 2, pero observó que la mayoría de las luces que estaban en ámbar la última vez que había estado en la sala, ahora habían cambiado a rojo. Había más grietas en el techo y al soldado muerto del rincón le faltaba la cabeza; la creciente y contundente vibración de la maquinaria había separado el cráneo de la columna vertebral; cráneo que ahora le sonreía a los fluorescentes del techo.

La aguja del indicador **SUSANNAH-MIO** había alcanzado el final de la zona amarilla y Susannah observó que estaba tanteando la roja. Peligro, peligro, Diem y Nhu han muerto. Papá Doc Duvalier ha muerto. Jackie Kennedy ha muerto.

Manipuló los controles uno tras otro confirmando lo que ya sabía: estaban bloqueados. Quizá Mia no había sido capaz de cambiar la configuración, pero ¿y bloquearla una vez que esta fuera de su agrado? Aquello sí que lo había sabido hacer.

Los altavoces sobre su cabeza lanzaron un crujido chirriante lo bastante alto como

para hacerle dar un respiro. A continuación, la voz de Eddie llegó hasta ella a través de ráfagas sofocadas de interferencias:

—¡Suze! ¡... ía! ¿... oyes? ¡Consume ... ía! ¡Hazlo antes de que ... onde ... ponga ... iñó! ¿Me oyes?

En la pantalla que había bautizado como Mia-Vision, las puertas de la cabina del ascensor central se abrieron. La puta madre raptora se subió. Susannah apenas se dio cuenta. Agarró el micrófono y accionó el conmutador hacia un lado.

—¡Eddie! —gritó—. ¡Estoy en 1999! Las chicas van por ahí enseñando el ombligo y los tirantes del sujetador...

Por Dios, ¿de qué chorraduras estaba hablando? Hizo un esfuerzo sobrehumano para mantener la mente despejada.

—¡Eddie, no te entiendo! ¡Repítelo, cariño!

Durante unos segundos no oyó nada más que interferencias junto con el esporádico y espeluznante aullido de la realimentación. Estaba a punto de volver a hablar por el micro cuando la voz de Eddie regresó, esta vez algo más clara:

—¡Consume ... día! ¡Jake ... padre Cal ... aguantar! ¡Consume ... antes de que ella ... donde ... tener el niño! ¡Si ... recibes!

—¡Te oigo, es lo único que recibo! —respondió, a voz en grito. Así el micro con tanta fuerza que le temblaba en la mano—. ¡Estoy en 1999! ¡Junio de 1999! ¡Pero no te entiendo lo bastante bien, cari! ¡Repítelo y dime si estáis bien!

Sin embargo, Eddie ya no estaba.

Tras llamarlo un infierno de veces y recibir el mismo amasijo de interferencias por única respuesta, dejó el micrófono y trató de descifrar lo que Eddie le había estado tratando de decir. Al mismo tiempo también intentó dejar a un lado la dicha que sentía al saber que Eddie todavía podía tratar de decirle lo que fuera.

—Consume el día —había dicho. Al menos aquella parte le había llegado alta y clara—. Consume el día. Como matar el tiempo. —Pensó que por lo menos aquello lo tenía. Eddie quería que Susannah le entorpeciera el paso a Mia. ¿Tal vez porque venían Jake y el padre Callahan? De aquello no estaba demasiado segura y, de todas formas, tampoco le hacía mucha gracia. Jake era un pistolero, de acuerdo, pero no dejaba de ser un niño. Además, Susannah sospechaba que el Dixie Pig estaría abarrotado de gente indeseable.

Mientras tanto, en Mia-Vision las puertas del ascensor volvían a abrirse. La puta madre raptora había llegado al vestíbulo. Por el momento, Susannah apartó a Eddie, a Jake y al padre Callahan de su mente. Estaba recordando que Mia se había negado a pasar al frente, incluso cuando sus piernas Susannah-Mio amenazaban con desaparecer por debajo de su cuerpo Susannah-Mio compartido. Porque se sentía, citando incorrectamente un viejo poema, sola y asustada en un mundo que ella no había creado.

Porque era tímida.

Y válgame Dios lo que habían cambiado las cosas en el vestíbulo del Plaza-Park

mientras la puta madre raptora había estado arriba esperando que la llamaran. Habían cambiado mucho.

Susannah se inclinó hacia delante, apoyó los codos en el borde del panel de instrumentación principal del Dogan y la barbilla sobre la palma de las manos.

Aquello podría ser interesante.

SIETE

Mia salió del ascensor y acto seguido trató de volver a entrar. Sin embargo, se golpeó contra las puertas con tanta fuerza que sus dientes entrechocaron con un pequeño chasquido marfileño. Miró a su alrededor, desconcertada, sin comprender cómo era posible que el pequeño cubículo descendente hubiera desaparecido.

«¡Susannah! ¿Qué le ha pasado?».

No obtuvo respuesta alguna de la mujer de piel oscura cuya cara llevaba; no obstante, Mia descubrió que en realidad no la necesitaba. Vio los rieles por donde se deslizaba la puerta. Si apretaba el botón, probablemente volvería a abrirse, pero tenía que dominar su repentino e intenso deseo de subir de nuevo a la habitación 1919. Allí no había nada más que hacer. Lo que realmente tenía que hacer se encontraba en algún lugar más allá de las puertas del vestíbulo.

Volvió la vista hacia aquellas puertas con una angustia que le hizo morderse los labios y que podía convertirse en pánico ante una simple palabra dura o una mirada exasperada.

Había estado arriba durante algo más de sesenta minutos, y durante ese tiempo la calma de la primera hora de la tarde del vestíbulo había dado fin. Media docena de taxis procedentes de La Guardia y Kennedy se habían detenido delante del hotel casi al mismo tiempo; igual que un autocar de turistas japoneses procedente del aeropuerto de Newark. El viaje se había iniciado en Sapporo con cincuenta parejas que tenían una reserva en el Plaza-Park. El vestíbulo comenzó a llenarse de gente bulliciosa con rapidez. La mayoría tenía los ojos oscuros y oblicuos, el cabello brillante y negro y de sus cuellos colgaban unos objetos oblongos sujetos a unas tiras. De vez en cuando, una de esas personas alzaba el objeto en cuestión y apuntaba a uno de sus semejantes. De repente se veía un destello, se oían risas y voces de «¡Domo! ¡Domo!». Se habían formado tres filas delante del mostrador de recepción. A la atractiva mujer que había registrado a Mia en una ocasión más tranquila se le habían unido otros dos recepcionistas y todos estaban trabajando como locos. El vestíbulo de techo alto devolvía las risas y mezclaba las conversaciones en una lengua extraña que a Mia se le antojaba un parloteo de pájaros. La hilera de espejos contribuía a la confusión general haciendo que el vestíbulo pareciera estar el doble de lleno de lo que en realidad estaba.

Mia retrocedió medio cohibida preguntándose qué hacer.

—¡Al frente! —gritó un recepcionista y estampó la mano contra el timbre. Fue como si el sonido en forma de saeta plateada atravesara los confusos pensamientos de Mia—. ¡Al frente, por favor!

Un hombre sonriente —pelo negro pegado al cráneo, piel amarillenta, ojos oblicuos tras unas gafas redondas— se acercó a Mia como una exhalación con una de aquellas cosas oblongas que lanzaban destellos. Mia se armó de valor para matarlo en el caso de que la atacara.

—¿Puedes tú sacal foto mí mi mujel?

Ofreciéndole lo de los destellos. Esperando que ella lo cogiera. Mia retrocedió preguntándose si aquello no desprendería radiación y si los destellos no perjudicarían a su bebé.

«¡Susannah! ¿Qué hago?».

Sin respuesta. Claro que no, lo cierto es que no podía esperar la ayuda de Susannah después de lo que acababa de suceder, pero...

El hombre sonriente seguía tendiéndole la máquina de los destellos. Parecía un poco confundido, pero no cejó en su empeño.

—¿Sacal foto, pol favol?

Y le puso la cosa oblonga en la mano. Retrocedió y rodeó con su brazo a una mujer que era idéntica a él salvo por el cabello negro y reluciente que llevaba cortado sobre la frente en lo que a Mia se le antojó un peinado infantil. Incluso las gafas redondas eran iguales.

—No —respondió Mia—. No, ruego me disculpe... no.

Se avecinaba el pánico y en todo su esplendor; arremolinándose y atropellándose ante ella

(«tú sacal foto, nosotras tenel bebé»)

y el instinto de Mia le dictó que dejara caer el lanzadestellos oblongo al suelo. Sin embargo, aquello haría que se rompiera y entonces dejaría escapar la brujería que producía los destellos.

Optó por dejarla en el suelo con cuidado, sonriendo con cara de disculpa a la asombrada pareja japonesa (el hombre seguía con el brazo alrededor de su mujer) y se apresuró a cruzar el vestíbulo en dirección a la pequeña tienda. Incluso la pieza interpretada al piano había cambiado; en vez de las anteriores melodías tranquilizadoras, retumbaba una música entrecortada y disonante, una especie de dolor de cabeza musical.

«Necesito una camisa porque esta está manchada de sangre. Me comprará una camisa y luego iré al Dixie Pig, en la Sesenta y uno con Lexingtonworth... Lexington, quiero decir, Lexington... y luego tendré el bebé. Tendré el bebé y se acabará toda esta confusión. Reiré cuando recuerde lo asustada que estaba».

Sin embargo, la tienda también estaba llena. Las mujeres japonesas examinaban los souvenirs y parloteaban entre ellas en su lengua de pájaro mientras esperaban que sus maridos las registrasen en el hotel. Mia vio un mostrador abarrotado de camisas,

pero había mujeres por todas partes, examinándolas. Y había otra cola en el mostrador para pagar.

«Susannah, ¿qué debería hacer? ¡Tienes que ayudarme!».

Sin respuesta. Estaba allí, Mia la sentía, pero no iba a ayudarla.

«La verdad es que —pensó— ¿lo haría yo si estuviera en su lugar?».

Bueno, tal vez sí. Alguien tendría que ofrecerle el incentivo adecuado, claro, pero...

«El único incentivo que quiero de ti es la verdad», dijo Susannah con frialdad.

Alguien chocó contra Mia, quien estaba junto a la puerta de la tienda, y esta se volvió haciendo el ademán de alzar las manos. Si era un enemigo, o un enemigo de su chaval, le sacaría los ojos.

—Peldón —se disculpó una sonriente mujer de cabello negro. Igual que el hombre, iba armada con una de aquellas cosas oblongas que lanzaban destellos y que en medio tenía un ojo de vidrio circular dirigido hacia Mia. Vio reflejada su cara en este; pequeña, morena y confusa—. ¿Puede sacal foto, pol favol? ¿Foto mí y amiga?

Mia no tenía ni idea de lo que le estaba hablando la mujer, ni de lo que quería ni de lo que se suponía que hacían los lanzadestellos. Lo único que sabía era que había demasiada gente, que estaban por todas partes, que aquello era un manicomio. A través del escaparate vio que la entrada del hotel estaba igualmente abarrotada. Había unos coches amarillos y otros negros y alargados con ventanillas que no permitían ver el interior (aunque seguro que la gente de dentro sí veía el exterior), y un enorme vehículo plateado con el motor al ralentí junto al bordillo. Dos hombres de uniforme verde estaban en la calle empleando silbatos plateados. En algún lugar cerca de allí algo comenzó a retumbar con estruendo. A Mia, quien nunca había oído un martillo neumático, el sonido le pareció el de una pipa de repetición; sin embargo, nadie se tiró a la acera, ni siquiera parecían alarmados.

¿Cómo iba a llegar al Dixie Pig ella sola? Richard P. Sayre había dicho que estaba seguro de que Susannah podía ayudarla a encontrarlo, pero Susannah se había encerrado en un obstinado silencio y Mia estaba a las puertas de perder el control por completo.

Entonces, Susannah volvió a hablar:

«Si te echo una pequeña mano —te llevo a un lugar tranquilo donde puedas recuperar el aliento y hacer algo con la camisa—, ¿me contestarás unas preguntas sin rodeos?».

«¿Sobre qué?».

«Sobre el niño, Mia. Y sobre la madre. Sobre ti».

«¡Ya lo hice!».

«Creo que no. Creo que eres tan elemento como... bueno, como yo. Quiero la verdad».

«¿Por qué?».

«Quiero la verdad», repitió Susannah y, a continuación, volvió a enmudecer y se

negó a responder a ninguna otra pregunta de Mia.

Cuando otro hombrecito sonriente se le acercó con otro cacharro de destellos, Mia tuvo un ataque de nervios. En aquel momento, cruzar el vestíbulo del hotel ella sola le pareció una empresa imposible de realizar. ¿Cómo iba a recorrer todo el camino hasta aquel Dixie Pig? Después de tantos años en

(«Fedic»)

(«Discordia»)

(«el Castillo del Abismo»),

al encontrarse entre tanta gente, sintió deseos de ponerse a chillar. Además, al fin y al cabo ¿por qué no decirle a la mujer de piel oscura lo poco que sabía? Ella —Mia, hija de nadie, madre de uno— estaba al mando. ¿Qué mal había en decirle la verdad?

«Está bien —accedió—. Haré lo que me pides, Susannah u Odetta o quienquiera que seas. Ayúdame. Sácame de aquí».

Susannah Dean pasó al frente.

OCHO

Contiguo al bar del hotel había un baño de señoritas, al doblar la esquina donde estaba el pianista. Dos mujeres de piel amarilla, cabello negro y ojos rasgados estaban junto a los lavamanos; una lavándose las manos, la otra arreglándose el pelo, ambas parloteando en su lengua de pájaro. Ninguna de las dos reparó en la mujer *kokujin* que pasó a su lado y se dirigió hacia los aseos. Segundos después la dejaron en bendito silencio salvo por la música apagada que se colaba a través de los altavoces del techo.

Mia aprendió cómo funcionaba el pestillo y lo echó. Estaba a punto de sentarse en la taza cuando Susannah dijo: «Dale la vuelta».

«¿Qué?».

«La camisa, mujer. ¡Dale la vuelta, por la gloria de tu padre!».

Mia vaciló unos instantes. Estaba demasiado aturdida.

La camisa era de una áspera callum-ka, una especie de jubón sencillo que suelen lucir tanto los hombres como las mujeres de los arrozales cuando el tiempo se vuelve más fresco. Tenía lo que Odetta Holmes habría llamado un cuello de barca. Sin botones, así que sí, se le podía dar la vuelta sin problemas, pero...

«¿Vas a estarte ahí todo el día en la luna del commala? ¡Dale la vuelta! Y esta vez remétetela dentro de los tejanos», le espetó Susannah, claramente impaciente.

«¿Por... por qué?».

«Te dará una apariencia distinta», respondió Susannah sin dilación, aunque aquella no era la razón.

Lo que quería era echarse un vistazo de cintura para abajo. Si sus piernas eran las de Mia, entonces probablemente serían piernas blancas. Le fascinaba (y la asqueaba

en cierto modo) la idea de haberse convertido en una especie de mestiza bicolor.

Mia aún se demoró algo mientras frotaba con la punta de los dedos las manchas de sangre más persistentes que se concentraban en el pecho izquierdo del tosco material de la camisa. Sobre el corazón. ¡Darle la vuelta! En el vestíbulo, le habían rondado por la cabeza un montón de ideas a medio definir (utilizar la talla de la tortuga para hipnotizar a la gente de la tienda tal vez habría sido la única que parecía remotamente viable), pero limitarse a darle la vuelta a aquella maldita cosa no había sido una de ellas. Lo que supuso que demostraba lo cerca que había estado de dejarse arrastrar por el pánico. Sin embargo, ahora...

¿Necesitaba a Susannah durante el breve espacio de tiempo que estaría en aquella ciudad superpoblada y caótica tan diferente de las silenciosas estancias del castillo y de las silenciosas calles de Fedic? ¿Solo para llegar de allí a la Sesenta y uno con Lexingworth?

«Lexington —la rectificó la mujer atrapada dentro de ella—. Lexington. Se te olvida una y otra vez, ¿verdad?».

Sí. Sí, se le olvidaba. Y no había razón alguna para olvidar algo tan simple, tal vez no había ido a Morehouse, ni a Morehouse ni a morenada, pero no era tonta. Así que ¿por qué...?

«¿Qué? —preguntó de súbito—. ¿Por qué sonrías?».

«Por nada», respondió la mujer de dentro... pero seguía sonriendo. Casi con socarronería. Mia lo sentía y no le gustaba. Arriba, en la habitación 1919, Susannah le había estado gritando con una mezcla de terror y rabia, había acusado a Mia de traicionar al hombre que Susannah amaba y al que ella seguía. Y aquello se acercaba lo bastante a la verdad como para avergonzar a Mia. No le gustó esa sensación, aunque había disfrutado cuando la mujer de dentro se había puesto a chillar y a llorar totalmente desencajada. La sonrisa la ponía nerviosa. Aquella versión de la mujer de piel oscura estaba tratando de darle la vuelta a la tortilla; tal vez creía que había sido ella quien se la había dado en primer lugar. Algo totalmente imposible, por descontado, ella estaba bajo la protección del Rey, pero...

«¡Dime por qué estás sonriendo!».

«Ah, no es pa tanto —respondió Susannah, aunque parecía la otra, la que se llamaba Detta. Lo que le provocaba a Mia era más que desagrado. Le tenía un poco de miedo—. Pasa que había un tipo llamao Sigmund Freud, cielito... un cabroncete blanco, pero no tonto. Pues el tipo decía que cuando siempre te se olvida algo, podría ser porque quieres olvidarlo».

«Eso es una tontería —contestó Mia con frialdad. Al otro lado del inodoro donde estaba manteniendo esta conversación mental, se abrió una puerta y entraron otras dos mujeres —no, como mínimo tres o tal vez cuatro— parloteando en su lengua de pájaro y con aquella risita tonta que le hacía tensar la mandíbula a Mia—. ¿Por qué iba a querer olvidar el lugar donde están esperándome para ayudarme a tener mi niño?».

«Bueno, ese Freud, ese avispa cabroncete de vienes blanco fumador de pitillos, pues el tipo aseguraba que tenemos una mente bajo la nuestra, lo llama el inconsciente o el subconsciente o no sé qué mierda de consciente. Eh, pero yo no estoy diciendo que sea verdá, solo que él dijo que lo era».

«Consumo el día», le había dicho Eddie, hasta ahí estaba segura, y haría cuanto estuviera en su mano con la única esperanza de no estar contribuyendo a que Jake y Callahan acabaran muertos por ello.

«El Viejo Blanco de Freud —prosiguió Detta— dijo que la mente subconsciente o inconsciente es más viva que la dencima en muchos sentíos. Que pilla antes las gilipolleces que la dencima. Y igual la tuya pilla lo que le venío diciendo tol rato, que tu amigo Sayre no es más que una rata mentirosa y que te va a birlar al niño y, no sé, al igual lo cortará a cachitos pa meterlo en ese cuenco y dárselo de papeo a los vampiros como si fueran chuchos y ese crío un cuenco que te cagas de Alpo o Purina Vampiro Ch...».

«¡Cierra la boca! ¡Cierra esa boca de mentirosa!».

Fuera, junto a los lavamanos, las mujeres pajarillo reían con tal estridencia que Mia sintió que los ojos se estremecían y amenazaban con licuarse en sus órbitas. Deseaba salir en tromba, cogerles las cabezas y estampárselas contra los espejos, deseaba hacerlo una y otra vez hasta que su sangre hubiera salpicado el techo y sus cerebros...

«Calma, calma», dijo la mujer del interior, la que parecía que volvía a ser Susannah.

«¡Miente! ¡Esa zorra miente!».

«No —repuso Susannah. La convicción que acarreaba aquella simple y corta palabra fue suficiente para disparar una flecha de miedo al corazón de Mia—. Dice lo que se le pasa por la cabeza, eso no lo discuto, pero no miente. Vamos, Mia, dale la vuelta a la camisa».

Con un estallido en carcajadas final cuajado de lágrimas, las mujeres pajarillo salieron del lavabo. Mia se sacó la camisa por el cuello dejando a la vista los pechos de Susannah que eran del color del café con un pequeño chorrito de leche. Los pezones, que siempre habían sido tan pequeños como bayas, ahora eran mucho más grandes. Pezones anhelando una boca.

En el revés de la camisa apenas se distinguían unas manchas marrones desvaídas. Mia se la volvió a poner y se desabotonó los tejanos para remetérsela por dentro. Susannah miró, fascinada, aquel punto justo encima de su mata de vello público. Allí la piel se aclaraba hasta alcanzar un color que podría definirse como el de la leche con un pequeño chorrito de café. Debajo estaban las piernas blancas de la mujer que había conocido en el adarve del castillo. Susannah sabía que si Mia se bajara los pantalones hasta los tobillos, vería las espinillas llenas de costras y arañosos que ya había descubierto mientras Mia —la verdadera Mia— oteaba más allá de Discordia, hacia el resplandor rojizo que revelaba la ubicación del castillo del Rey.

Había algo en aquello que horripiló a Susannah en grado sumo y, tras considerarlo unos segundos (no más), dio con la razón. Si Mia hubiera sustituido solo las partes de sus piernas que Odetta Holmes había perdido bajo el metro cuando Jack Mort la empujó a las vías, habría sido blanca solo de rodillas para abajo. Sin embargo, sus muslos también eran blancos, y la zona de la pelvis estaba cambiando. ¿Qué extraña licantropía era aquella?

«La de los ladrones de cuerpos —contestó Detta, alegremente—. De aquí a ná tendrás la barriga blanca... las domingas blancas... el cuello blanco... las mejillas blancas...».

«Cállate», le advirtió Susannah, pero ¿cuándo había hecho caso Detta Walker de alguna de sus advertencias? Ni de las suyas ni de las de nadie.

«Y luego, pa rematarlo, ¡tendrás un cerebro blanco, chica! ¡Un cerebro Mia! No me digas que no sería divertido. ¡Seguro que sí! ¡Pa entonces ya serás toa Mia! ¡Nadie va a tocarte los cojones si quieres sentarte en la parte delante del autobús!».

A continuación, la camisa fue remetida sobre las caderas y volvieron a abotonar los tejanos. Mia se sentó en la taza ya vestida. Frente a ella, garabateada en la puerta, vio la siguiente pintada: ¡BANGO SKANK ESPERA AL REY!

«¿Quién es Bango Skank?», preguntó Mia.

«Ni idea».

«Creo... —le costaba, pero Mia se obligó a seguir— creo que debería darte las gracias».

«Agradécelo con la verdad», fue la respuesta fría e inmediata de Susannah.

«Primero dime por qué tendrías que ayudarme después de que te...».

Esta vez Mia fue incapaz de terminar la frase. Le gustaba considerarse valiente —como mínimo lo valiente que tuviera que ser para proteger al chaval—, pero esta vez fue incapaz de terminar la frase.

«¿Después de que traicionaras al hombre que amo para entregárselo a unos hombres que son, si te pones a pensar, peones del Rey Carmesí? ¿Después de que decidieras que no había ningún problema en que mataran a mi hombre siempre que tú pudieras conservar el tuyo? ¿Es eso lo que quieres saber?».

Mia detestaba que lo expusiera de aquella manera, pero se aguantó. Tuvo que aguantarse.

«Sí, señora, si no te importa».

Esta vez fue la otra quien respondió, con aquella voz —áspera, cascada, risueña, triunfante y cargada de odio— que era aún peor que las risas estridentes de las mujeres pajarillo. Muchísimo peor.

«¡Porque mis chicos se salvaron, por eso! ¡Jodieron a esos blancos con toas las de la ley! ¡A los que no dispararon, los hicieron volar en peazos!».

Mia percibió un intenso asomo de nerviosismo. Tanto si era cierto como si no, la mujer mala que se reía creía que lo era. Y si Roland y Eddie Dean seguían allí fuera, ¿no sería posible que el Rey Carmesí no fuese tan fuerte, tan todopoderoso como le

habían dicho? ¿No sería incluso posible que ella hubiera sido engañada para...?

«¡Cállate, cállate, no puedes pensar así!».

«Existe otra razón por la que te ayudaría». La voz discordante había desaparecido y la otra estaba de vuelta. Al menos por el momento.

«¿Cuál?».

«También es mi hijo —respondió Susannah—. No quiero que lo maten».

«No te creo».

Aunque sí la creía, porque la mujer del interior tenía razón: Mordred Deschain de Gilead y Discordia era de ambas. A la mala tal vez no le importara, pero la otra, Susannah, había sentido la llamada del chaval. Y si tenía razón acerca de Sayre y de quienquiera que la esperara en el Dixie Pig... Si se trataba de mentirosos e impostores...

«Cállate. Calla. No tengo otro sitio adonde ir, solo puedo recurrir a ellos».

«Sí que lo hay —repuso Susannah, con rapidez—. Con la Trece Negra puedes ir a cualquier sitio».

«No lo entiendes. Él me seguiría. La seguiría».

«Tienes razón, no lo entiendo».

En realidad lo entendía, o creía entenderlo, pero... «Consumo el día», eso había dicho Eddie.

«Está bien, trataré de explicártelo. Yo tampoco es que lo entienda todo, hay cosas que desconozco, pero te diré todo lo que sé».

«Graci...».

Antes de que pudiera terminar, Susannah volvía a caer como Alicia por la madriguera del conejo. A través del inodoro, del suelo, de las tuberías bajo el suelo, hacia otro mundo.

NUEVE

No había castillo alguno al final de aquella caída, esta vez no. Roland les había contado algunas historias de sus años de correrías —de las enfermeras vampiro y los pequeños doctores de Eluria, de las aguas tranquilas de East Downe y, por descontado, la historia de su malhadado primer amor— y aquello se parecía un poco a caer en uno de aquellos relatos. O, tal vez, en una de esas series de vaqueros (westerns de temática seria) en la entonces relativamente nueva cadena ABC-TV: *Sugarfoot*, con Ty Hardin; *Maverick*, con James Garner; o —la favorita de Odetta Holmes— *Cheyenne*, con Clint Walker. (En una ocasión, Odetta había escrito una carta al departamento de programación de la ABC para sugerirles que podían abrir nuevos caminos y atraer nueva audiencia al mismo tiempo si hacían una serie sobre un vaquero trotamundos negro durante los años posteriores a la Guerra Civil. Jamás recibió respuesta. Supuso que, para empezar, haber escrito la carta había sido

ridículo, una pérdida de tiempo).

Había una caballeriza con un rótulo en la fachada que rezaba: **REMIENDO BARATO DE ARREOS**. El rótulo sobre el hotel prometía: **HABITACIONES TRANQUILAS, GÜENAS CAMAS**. Como mínimo había cinco tabernas. En el exterior de una de ellas, un robot oxidado, que se desplazaba sobre una banda de rodamiento chirriante, movía la cabeza de bombilla adelante y atrás tratando de atraer hacia allí a un pueblo desierto mediante gritos atronadores lanzados a través del altavoz en forma de cuerno que sobresalía del centro de su cara rudimentaria: «¡Chicas, chicas, chicas! ¡Unas son robóticas; otras, humanóticas! ¿Para qué te complicas? ¡La diferencia no te la explicas! ¡Hacen lo que quieras y quejas no tienen! ¡“No” no está en su vocabulario, te satisfacen con todo lo que hacen! ¡Chicas, chicas, chicas! ¡Unas son robóticas, otras son verídicas, la diferencia no te la explicas cuando ves que están tan ricas! ¡Hacen lo que quieras! ¡Quieren lo que quieras!».

Al lado de Susannah caminaba la bella joven blanca de vientre protuberante, las piernas arañadas y el cabello negro largo hasta el hombro. En aquel momento, conforme pasaban por debajo de la llamativa y falsa fachada del **SALOON DE RECREO, BAR Y SALA DE BAILE DE FEDIC**, llevaba un vestido a cuadros, desteñido, que anunciaba su avanzado estado de embarazo de tal manera que lo hacía parecer estrafalario, como si se tratara de una señal del Apocalipsis. Los *huaraches* del adarve del castillo habían sido sustituidos por maltrechos botines de piel vuelta. Las dos llevaban botines y los tacones repicaban con fuerza sobre la acera entarimada.

De una de las tabernas desiertas de mucho más adelante procedía el irregular ritmo sincopado de una melodía de tiempo quebrado que le evocó a Susannah un fragmento de un viejo poema: «¡Una cuadrilla de chicos está armando jaleo en el Malamute Saloon!»^[3].

Asomó la cabeza por encima de las puertas con forma de ala de murciélago y no se extrañó lo más mínimo al ver las palabras: **EL MALAMUTE SALOON DE SERVICE**.

Se demoró lo suficiente para echar un vistazo por encima de las puertas con forma de ala de murciélago y distinguir una pianola de cromo en funcionamiento — las teclas polvorrientas subían y bajaban, una caja mecánica de música que sin duda alguna había sido construida por la archiconocida North Central Positronics— una sala que estaba vacía, salvo por un robot desconectado y, en el rincón más alejado, dos esqueletos siguiendo el proceso de la descomposición final, el que convertiría los huesos en polvo.

Mucho más adelante, al final de la única calle del pueblo, se cernía la muralla del castillo. Era tan alta y ancha que llegaba a tapar la práctica totalidad del cielo.

Susannah se llevó el puño a la sien repentinamente. A continuación extendió las manos ante sí y chascó los dedos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Mia—. Dímelo, hazme el favor.

—Asegurándome de que estoy aquí. Físicamente aquí.

—Lo estás.

—Eso parece. Pero ¿cómo es posible?

Mia sacudió la cabeza para indicar que no lo sabía. Susannah decidió creerla y, por lo visto, Detta tampoco tuvo nada que objetar.

—Esto no es lo que esperaba —confesó Susannah, mirando a su alrededor—. No es lo que esperaba en absoluto.

—¿Non? —preguntó su compañera (sin demasiado interés). Mia avanzaba con ese torpe andar patoso, aunque extrañamente simpático, con el que parecen sentirse más cómodas las mujeres en la última fase del embarazo—. ¿Y qué era lo que esperabas, Susannah?

—Algo más medieval, creo. Más como eso.

Apuntó hacia el castillo. Mia se encogió de hombros como queriendo decir «lo tomas o lo dejas» y, a continuación, preguntó:

—¿La otra está contigo? ¿La desagradable?

Se refería a Detta. Por supuesto.

—Siempre está conmigo. Es parte de mí igual que tu chaval es parte de ti.

Aunque cómo era posible que Mia estuviera embarazada cuando había sido Susannah a la que se habían tirado, era algo que esta última se desvivía por saber.

—Yo pronto daré a luz al mío —dijo Mia—. ¿Tú nunca te desharás de la tuya?

—Creía que ya lo había hecho —respondió Susannah con franqueza—. Regresó. Me parece que, en gran parte, para tratar contigo.

—La odio.

—Lo sé.

Y Susannah sabía más cosas. Mia también temía a Detta. La temía mucho, pero que muy mucho.

—Si ella habla, nuestra garla se acaba.

Susannah se encogió de hombros.

—Aparece cuando aparece y habla cuando habla. No me pide permiso.

Delante de ellas, en aquel lado de la calle, había un arco con un letrero encima donde se leía:

**ESTACIÓN DE FEDIC
MONO PATRICIA SUSPENDIDO
LECTOR DE HUELLA DACTILAR
FUERA DE SERVICIO
PRESENTE EL BILLETE
NORTH CENTRAL POSITRONICS LE AGRADECE
SU PACIENCIA**

El letrero no le interesó tanto a Susannah como las dos cosas tiradas en el sucio

andén de la estación detrás del cartel: una muñeca, tan deteriorada que apenas le quedaba la cabeza y un brazo de trapo, y un poco más adelante una máscara sonriente. A pesar de que la máscara parecía de acero, buena parte se había podrido, como si se tratara de carne. Los dientes que asomaban bajo la sonrisa eran colmillos. Los ojos eran de cristal. Objetivos, Susannah estaba segura, y probablemente fabricados también por North Central Positronics. Alrededor de la máscara colgaban jirones y pedazos de una tela verde que, sin duda alguna, en su día habían constituido la capucha de aquella cosa. Susannah no tuvo reparos en recoger los restos de la muñeca y del lobo; su madre, tal como a veces a Detta le gustaba decir a la gente (en especial a chicos salidos en aparcamientos de bares de carretera), no había criado a una remilgada.

—Es aquí adonde los traían —dijo—. Adonde los lobos traían a los mellizos que raptaban en Calla Bryn Sturgis. Donde los... ¿qué...?, los operaban.

—No solo a los de Calla Bryn Sturgis —añadió Mia, con indiferencia—, pero sea. Y cuando los críos estaban aquí, se los llevaban allí. A un lugar que también reconocerás, no me cabe duda.

Señaló hacia el final de la única calle de Fedic y hacia lo alto. El último edificio, antes de que la muralla del castillo demarcara bruscamente el pueblo, era un cobertizo alargado con paredes de una uralita mugrienta y con un tejado acanalado oxidado. Las ventanas de la pared que daba a Susannah estaban claveteadas con tablas. A lo largo de aquella pared también había una barra de acero a la que había atados unos setenta caballos, grises todos ellos. Algunos se habían caído y estaban estirados con las patas tiesas. Un par habían vuelto la cabeza al oír las voces de las mujeres y parecían haberse quedado congelados en esa posición. Era un comportamiento muy poco común en un caballo, pero, claro está, aquellos no eran caballos de verdad. Eran robots, ciborgs, o cualquiera de los términos de Roland que se prefiera utilizar. Muchos de ellos parecían descargados o agotados.

Frente a aquel edificio se encontraba un letrero, sobre una placa de acero oxidada, que rezaba:

NORTH CENTRAL POSITRONICS, LTD.

Cuartel general de Fedic
Estación Experimental Arco 16

Máxima seguridad
SE SOLICITA CÓDIGO VERBAL PARA LA ENTRADA
SE SOLICITA RECONOCIMIENTO OCULAR

—Es otro Dogan, ¿verdad? —preguntó Susannah.

—Bueno, sí y no —contestó Mia—. De hecho es el Dogan de todos los Dogans.

—¿A donde los lobos llevaban a los niños?

—Ea, y a donde los volverán a traer —aseguró Mia—. Porque el trabajo del Rey continuará cuando cesen las molestias causadas por tu amigo el pistolero. No me cabe la menor duda.

Susannah la miró con sincera curiosidad.

—¿Cómo puedes decir algo tan cruel sin inmutarte? —le preguntó—. Traen aquí a los niños y les vacían las cabezas como... como si fueran calabazas. ¡A niños que no han hecho mal a nadie! Los que devuelven son enormes mostrencos con andares de elefante que agonizan mientras se desarrollan y que a menudo mueren del mismo modo. Mia, ¿hablarías con tanto aplomo si fuera tu hijo al que cargaran en una de esas sillas y se alejaran con él mientras no deja de chillar llamándote y tendiéndote los brazos?

Mia se ruborizó, pero sostuvo la mirada de Susannah.

—Cada una ha de seguir el camino sobre el que el ka ha plantado su pie, Susannah de Nueva York. El mío es gestar a mi chaval y criarlo, y de este modo dar fin a la empresa de tu dính. Y a su vida.

—¡Qué maravilla que todos parezcan saber lo que el ka les tiene reservado! —comentó Susannah—. ¿No crees que es genial?

—Creo que estás intentando burlarte de mí porque tienes miedo —contestó Mia con frialdad—. Si eso te hace sentir mejor, entonces sea, tú ganas.

Extendió los brazos e hizo una pequeña y sarcástica reverencia sobre su enorme vientre.

Se habían detenido sobre el entarimado frente a una tienda que anunciaba: **SOMBRIEROS Y ROPA DE MUJER**, una tienda que estaba al otro lado del Dogan de Fedic.

«Consume el día, no olvides que forma parte del trabajo que has venido a hacer aquí. Matar el tiempo. Mantener ese cuerpo de bicho raro que por lo visto compartimos en ese lavabo de señoritas tanto tiempo como te sea posible», pensó Susannah.

—No me estoy burlando —le aseguró Susannah—. Tan solo te estoy pidiendo que te pongas en el lugar de todas esas otras madres.

Mia sacudió la cabeza, enojada; el cabello oscuro se balanceó sobre las orejas y le acarició los hombros.

—No soy yo quien decide su destino, señora, ni ellos el mío. Me ahorraré las lágrimas, gracias. ¿Quieres o no quieres escuchar mi historia?

—Sí, por favor.

—Entonces sentémonos, me pesan mucho las piernas.

retrocediendo en la dirección de la que venían, encontraron unas sillas que aún podían soportar su peso a pesar de que la taberna, que olía a muerte polvorienta, no era del agrado de ninguna de las dos mujeres. Arrastraron las sillas hasta el entarimado del exterior, donde Mia se sentó dejando escapar un ostensible suspiro de alivio.

—Pronto —dijo—. Pronto te desharás de tu carga, Susannah de Nueva York, igual que yo.

—Tal vez, pero no entiendo nada de todo esto. Y aún menos que corras en busca de ese tipo, Sayre, cuando sabes que está a las órdenes del Rey Carmesí.

—¡Chitón! —la atajó Mia. Se sentó con las piernas separadas y la enorme barriga se elevó ante ella, hacia la calle desierta—. Fue un hombre del Rey quien me ofreció la oportunidad de cumplir con el único destino que el ka me ha deparado. No Sayre, sino uno con mayor poder que él. Alguien a quien Sayre tiene que rendir cuentas. Un hombre llamado Walter.

Susannah dio un respingo al oír el nombre de la antigua Némesis de Roland. Mia la miró y le dedicó una sombría sonrisa.

—Ya veo que el nombre te suena. Bueno, tal vez eso nos ahorre parte de la historia. Los dioses saben que, para mi gusto, ya se ha hablado demasiado, no me crearon para ello. Me crearon para gestar a mi chaval y criarlo, nada más. Y nada menos.

Susannah no contestó. Se suponía que matar era su oficio; matar el tiempo, su ocupación presente; pero en realidad había comenzado a encontrar un pelín tediosa la determinación de Mia. Y no digamos ya aterradora.

Como al hilo de aquel pensamiento, Mia añadió:

—Soy lo que soy y con eso me contento. Si los demás no, ¿a mí qué me importa? ¡Que los zurzan!

«Como Detta Walker en sus mejores momentos», pensó Susannah, pero no dijo nada. Le pareció más seguro permanecer en silencio.

Tras unos instantes, Mia prosiguió:

—Aunque mentiría si no dijera que estar aquí me trae... ciertos recuerdos. ¡Ya lo creo!

Inesperadamente, se puso a reír. Igual de inesperado, el sonido fue hermoso y melódico.

—Cuéntame tu historia —la apremió Susannah—. Esta vez cuéntamela toda. Tenemos tiempo antes de que comience el parto.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Segura. Adelante.

Por unos instantes, Mia se limitó a observar las calles con su polvorienta capa de oggan y su atmósfera de viejo y triste abandono. Mientras esperaba que comenzara la historia, por primera vez se percató de aquella cualidad suspendida y de contornos definidos de Fedic. Lo veía todo con nitidez a pesar de que en el cielo no brillaba

luna alguna como en el adarve del castillo; no obstante, se resistió a llamar a aquello luz de día.

«Ni de día ni de noche —susurró una voz en su interior (no sabía de quién)—. Este lugar se encuentra en el medio, Susannah; un lugar donde se han suprimido las sombras y el tiempo contiene la respiración».

Fue entonces cuando Mia comenzó a contar su historia. Fue más corta de lo que Susannah había esperado (más corta de lo que quería, dado el apremio de Eddie para que consumiera el día), pero le sirvió para explicarse muchas cosas. De hecho, más de las que Susannah hubiera imaginado. La escuchó con creciente enojo y ¡cómo no! Por lo visto, aquel día en el círculo de piedras y huesos habían hecho algo más que violarla. También le habían robado; el robo más extraño del que jamás una mujer había sido objeto.

Y la cosa seguía.

ONCE

—Mira allí, si a bien tienes —le pidió la mujer de barriga prominente sentada junto a Susannah, en el entarimado—. Mira y observa a Mia antes de ganarse su nombre.

Susannah volvió la vista hacia la calle. Al principio no vio nada salvo una vagoneta abandonada, un abrevadero astillado (y largo tiempo seco) y algo brillante y plateado que parecía la rodaja perdida de alguna espuela de vaquero.

A continuación, poco a poco, comenzó a formarse una figura borrosa. Era la de una mujer desnuda. Su belleza era cegadora, Susannah lo supo incluso antes de que se volviera completamente visible. No tenía edad. El cabello negro le acariciaba los hombros. Tenía el vientre liso; el ombligo era una atractiva tacita donde cualquier hombre que alguna vez haya amado a una mujer se hubiera deleitado mojando la lengua. Susannah (o Detta, tal vez) pensó: «Mierda, podría mojar la mía». Oculta entre los muslos de la mujer fantasma había una artera hendidura. Una llamada diferente.

—Esa soy yo cuando llegué aquí —dijo la versión embarazada, sentada junto a Susannah.

Casi hablaba como una mujer que estuviera enseñando las diapositivas de sus vacaciones. «Esa soy yo en el Gran Cañón; esa soy yo en Seattle; esa soy yo en la presa Grand Coulee; esa soy yo en la calle principal de Fedic, si a bien tienes». La mujer embarazada también era bella, pero carecía de la cualidad estremecedora del fantasma de la calle. Por ejemplo, la embarazada parecía tener cierta edad, rondando los treinta, y en su rostro se apreciaban las señales de la experiencia. Gran parte de esta, dolorosa.

—Dije que fui un elemento, la que le hizo el amor a tu dính, pero no es cierto, como creo que ya sospechabas. No mentí para sacar provecho de algo, sino por... no

sé... porque me hacía cierta ilusión, supongo. Quería que el niño fuera mío también de aquella manera...

—Tuyo de principio a fin.

—Ea, desde el principio, dices verdad.

Observaron a la mujer desnuda que avanzaba por la calle balanceando los brazos al tiempo que los músculos de su larga espalda se flexionaban y bamboleaba las caderas de un lado al otro con ese movimiento eterno de un metrónomo que corta la respiración. No dejaba huella alguna en el oggan.

—Ya te dije que las criaturas del mundo invisible fueron abandonadas cuando el *Prim* retrocedió. La mayoría murieron, como lo hacen los peces y la fauna marina que se arroja a las playas y se asfixia con un aire que les es extraño. Sin embargo, siempre hay los que se adaptan, y yo fui uno de esos desgraciados. Vagaba a lo largo y a lo ancho y cuando me topaba con hombres en los baldíos, tomaba la forma que ves.

Como una modelo a la fuga (una a quien se le ha olvidado ponerse el último modelito de París que supuestamente está presentando), la mujer de la calle dio media vuelta sobre los talones y las nalgas se tensaron con una encantadora y sedosa facilidad creando unas momentáneas honduras en forma de media luna. Comenzó a alejarse; tenía los ojos, que se veían justo por debajo del flequillo, fijos en algún punto distante del horizonte; el cabello se balanceaba detrás de sus orejas que no lucían mayor ornamento.

—Cuando me encontraba a alguien con polla, me lo follaba —continuó Mia—. Es lo único que tenía en común con el elemento diabólico que primero trató de copular con tu soh y que luego lo hizo con tu dinh, y supongo que eso también explica mi mentira. Tu dinh estuvo bastante pasable.

Susannah detectó un levísimo tinte de voracidad en su voz. La Detta que había en Susannah lo encontró atractivo. La Detta que había en Susannah separó los labios en una sonrisa de siniestra complicidad.

—Me los follaba y si no conseguían liberarse, me los follaba hasta matarlos.

Como si tal cosa. «Después de Grand Coulee, fuimos al Yosemite».

—Susannah, ¿le dirías algo a tu dinh por mí? Si lo vuelves a ver.

—Ea, siquieres.

—En una ocasión conoció a un hombre, a un hombre malo, llamado Amos Depape, hermano del Roy Depape que corría por Mejis con Eldred Jonas. Tu dinh cree que a Amos Depape lo mató la picadura de una serpiente, y en cierto modo fue así... aunque la serpiente fui yo.

Susannah no dijo nada.

—No me los follaba por sexo, no me los follaba para matarlos, aunque no me importaba que se murieran y que sus pollas se encogieran y salieran de mi interior como carámbanos fundiéndose. La verdad es que no sabía por qué me los follaba hasta que llegué aquí, a Fedic. En aquellos tiempos, por aquí todavía había hombres y

mujeres; la muerte roja aún no había llegado, que te conste. La grieta del suelo estaba allí, al otro lado del pueblo, pero el puente que la cruzaba seguía aguantando bien firme. Aquella gente era testaruda, trataron de no dejarse llevar por el pánico, ni siquiera cuando comenzaron a circular los rumores de que el Castillo Discordia estaba embrujado. Los trenes todavía llegaban hasta aquí, aunque sin un horario regular...

—¿Los niños? —preguntó Susannah—. ¿Los mellizos? —Se detuvo unos instantes—. ¿Los lobos?

—Nanay, todo eso fue cientos de años después. O más. Escucha, en Fedic había una pareja que tenía un bebé. Susannah de Nueva York, no te puedes imaginar lo extraño y maravilloso del caso en aquellos tiempos en que casi todo el mundo era tan estéril como los mismos elementos, y los que no lo eran casi siempre engendraban mutantes lentos o monstruos tan espantosos que sus propios padres los mataban antes de abrir los ojos a la vida por primera vez. La mayoría ni llegaba a eso. Sin embargo, ¡aquel niño! —Juntó las manos en una palmada. Le brillaban los ojos—. Era rechoncho, rosado y sin mácula salvo por una mancha color burdeos; era perfecto. Solo tuve que echarle un vistazo para saber para qué me crearon. No follaba por sexo o porque en el coito casi era mortal o porque la mayoría de las veces aquello acababa con la muerte de mi pareja, sino para tener un bebé como el suyo. Como su Michael. —Agachó la cabeza ligeramente y continuó—: Me lo habría llevado, ¿sabes? Me habría acercado al hombre, me lo habría follado hasta enloquecerlo y luego le habría susurrado al oído que matara a su parienta. Y cuando ella se hubiera ido al claro al final del camino, me lo habría follado hasta la muerte y el bebé, ese hermoso bebé rosadito, habría sido mío. ¿Lo entiendes?

—Sí —le aseguró Susannah.

Se sentía algo mareada. Ante ellas, en medio de la calle, la mujer fantasmagórica volvió a dar media vuelta y a avanzar hacia ellas. Más allá, el robot charlatán anunciaba a gritos su aparentemente eterna perorata: «¡Chicas, chicas, chicas! ¡Unas son robóticas; otras, humanóticas! ¿Para qué te complicas? ¡La diferencia no te la explicas!».

—Descubrí que no podía acercarme a ellos —continuó Mia—. Era como si hubieran dibujado un círculo mágico a su alrededor. Supongo que sería el bebé.

»A continuación vino la plaga, la muerte roja. Algunos aseguraban que habían abierto algo en el castillo, una especie de tarro de materia demoníaca que jamás debería de haberse abierto. Otros decían que la plaga provenía de la grieta, a la que llamaban el Culo del Diablo. Da igual, fue el fin de la vida en Fedic, de la vida en la frontera de Discordia. Muchos se fueron a pie o en carromatos. El pequeño Michael y sus padres se quedaron con la esperanza de que apareciera un tren. Día y noche esperaba que cayeran enfermos, que las manchas rojas aparecieran en las preciosas mejillas del bebé y en aquellos bracitos rollizos, pero no hubo manera, ninguno de los tres enfermó. Tal vez estuvieran dentro de un círculo mágico. Creo que tuvo que ser

eso. Y apareció un tren: Patricia, el mono. ¿Te consta...?

—Sí —afirmó Susannah.

Sabía todo lo que quería del mono compañero de Blaine. Hacía mucho tiempo, su ruta la habría llevado hasta allí, igual que a Lud.

—Ea. Se subieron. Los observé desde el andén de la estación secándome las lágrimas invisibles y lanzando gritos inaudibles.

Se subieron con su adorable chiquitín... que por entonces tendría unos tres o cuatro años y ya andaba y hablaba. Y se fueron. Traté de seguirlos y, Susannah, no pude. Era prisionera de este lugar. Descubrir cuál era mi propósito acabó por retenerme aquí.

Susannah se preguntó sobre aquello, pero decidió no hacer ningún comentario al respecto.

—Pasaron años, décadas y siglos. Por entonces, en Fedic solo quedaban los robots y los cuerpos dejados por la muerte roja a los que no se les había dado sepultura y que se convertían en esqueletos y luego en polvo. Entonces, los hombres volvieron, pero no me atreví a acercarme a ellos porque eran sus hombres. —Se detuvo unos instantes—. Los hombres de esa cosa.

—Del Rey Carmesí.

—Ea, con esos agujeros en la frente que no dejaban de sangrar. Se dirigieron allí. —Apuntó hacia el Dogan de Fedic, la Estación Experimental Arco 16—. Y poco tiempo después, sus máquinas detestables volvieron a funcionar, como si todavía creyeran que las máquinas podían sostener el mundo. Que te conste, ¡no es que ellos quisieran sostenerlo! ¡No, no, ellos no! Trajeron camas...

—¡Camas! —la interrumpió Susannah, sorprendida.

Un poco más allá, la mujer fantasmagórica de la calle volvió a dar media vuelta sobre los talones y aún otro gracioso giro.

—Ea, para los niños, aunque eso fue muchos años antes de que los lobos comenzaran a traerlos aquí, y mucho antes de que tú formaras parte de la historia de tu dñh. Si bien esos tiempos se avecinaban, y Walter vino a mí.

—¿Puedes hacer desaparecer a esa mujer de la calle? —le preguntó Susannah con brusquedad (y bastante enfadada)—. Ya sé que es una versión tuya, ya lo cojo, pero me pone... no sé... nerviosa. ¿Podrías hacer que se fuera?

—Ea, siquieres.

Mia frunció los labios y sopló. La inquietante y hermosa mujer, el espíritu sin nombre, se desvaneció como el humo. Mia permaneció en silencio durante un instante tras el cual retomó una vez más el hilo de la historia.

—Walter... me veía —prosiguió—. No como los otros hombres. Incluso los que me follé hasta la muerte solo vieron lo que quisieron ver. O lo que yo quise que vieran. —Sonrió ante sus desagradables recuerdos—. ¡Hice que algunos murieran pensando que se estaban follando a sus propias madres! ¡Tendrías que haberles visto las caras! —A continuación, la sonrisa se desvaneció—. Pero Walter me veía.

—¿Qué aspecto tenía?

—Es difícil de decir, Susannah. Llevaba una capucha dentro de la que se le veía sonreír, era un hombre sonriente, y garlababa conmigo. Allí. —Señaló el Salón de Recreo de Fedic con un dedo que le temblaba ligeramente.

—¿Entonces no llevaba ninguna marca en la frente?

—Nanay, de eso estoy segura. No es uno de esos que el padre Callahan llama hampones. Su trabajo son los disgrégadores. Los disgrégadores y nada más.

Susannah comenzó a sentir que la rabia la invadía aunque trató de no delatarse. Mia tenía acceso a todos sus recuerdos, o sea, al funcionamiento y a los secretos más recónditos de su ka-tet. Era como descubrir que te ha entrado un ladrón en la casa y que se ha probado tu ropa interior, te ha robado dinero y ha rebuscado entre tus papeles personales.

Espantoso.

—Supongo que Walter es lo que tú llamarías el primer ministro del Rey Carmesí. Suele viajar disfrazado, y en otros mundos se le conoce por distintos nombres, pero siempre es un hombre sonriente y risueño...

—Lo conocí de pasada —dijo Susannah— por el nombre de Flagg. Espero volver a encontrármelo.

—Si lo conocieras bien, no desearías tal cosa.

—Esos disgrégadores de los que has hablado... ¿dónde están?

—¿Por qué...? En Tronido, ¿no lo sabías? En las tierras sombrías. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, simple curiosidad —contestó Susannah como si oyera decir a Eddie: «Pregúntale cualquier cosa que sepa responder. Consume el día. Danos una oportunidad para alcanzarte». Esperaba que Mia no pudiera leerle el pensamiento cuando estaban separadas de aquella manera; si no, estaban bien jodidos—. Volvamos a Walter. ¿Podemos hablar un poco de él?

Mia hizo un gesto de cansino asentimiento que Susannah no creyó del todo. ¿Cuánto tiempo hacía que Mia contaba con alguien atento a una historia que a ella le apeteciera contar? Susannah creyó que la respuesta probablemente era «nunca». Las preguntas que Susannah le hacía, las dudas que exponía... seguro que a Mia se le habían pasado algunas por la cabeza. Habrían sido apartadas con rapidez como blasfemias que eran, pero aun así, venga, no era tonta. A no ser que la obsesión lo volviera a uno memo. Susannah creyó que había suficientes argumentos para defender esa idea.

—¿Susannah? ¿Se te ha comido la lengua el brambo?

—No, estaba pensando en que debió de ser todo un alivio que viniera a ti.

Mia lo consideró unos instantes y, a continuación, sonrió. La sonrisa la transformaba, la hacía parecer aniñada, ingenua y tímida. Susannah tuvo que recordarse que no podía fiarse de aquella apariencia.

—¡Sí! ¡Lo fue! ¡Ya creo que lo fue!

—Después de descubrir tu propósito y acabar atrapada aquí por eso mismo, después de ver a los lobos prepararse para almacenar niños y operarlos, después de todo eso, aparece Walter. El diablo, de hecho, pero al menos él te ve. Al menos, él escucha tu triste historia. Y te hace una oferta.

—Me dijo que el Rey Carmesí me daría un niño —reconoció Mia, llevándose las manos hacia la gran redondez de su barriga con delicadeza—. Mi Mordred, a quien por fin le ha llegado la hora.

DOCE

Mia señaló de nuevo la Estación Experimental Arco 16. Hacia lo que había llamado el Dogan de los Dogans. Los últimos restos de una sonrisa se demoraron en sus labios, aunque esta ya no reflejaba ni contento ni diversión. El miedo y, tal vez, la aprensión le hacían brillar los ojos.

—Ahí es donde me transformaron, donde me hicieron mortal. Hubo un tiempo en que había muchos lugares como ese, tuvo que haberlos, pero daría fe con mi sello de que ese es el único que queda en pie en todo Mundo Interior, Mundo Medio o Mundo Final. Es un lugar tan espantoso como maravilloso. Y allí fue donde me llevaron.

—No sé a qué te refieres.

Susannah estaba pensando en su Dogan, que se basaba, claro está, en el Dogan de Jake. No cabía duda de que era un lugar extraño, con aquellas luces intermitentes y las pantallas de televisión, pero no amenazador.

—Por debajo corren pasadizos que cruzan los cimientos del castillo —aclaró Mia—. Al final de uno hay una puerta que se abre a las tierras del Calla de Tronido, justo bajo la última linde de la oscuridad. Es la que utilizan los lobos cuando van de cacería.

Susannah asintió. Aquello explicaba muchas cosas.

—¿Se llevan a los niños por el mismo sitio?

—Nanay, señora, si a bien tienes. Como muchas puertas, la que lleva a los lobos de Fedic a las tierras del Calla de Tronido es de sentido único. Cuando estás al otro lado, ha desaparecido.

—Porque no es una puerta mágica, ¿verdad? —Mia sonrió, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y le dio unos golpecitos en la rodilla. Susannah la miró con creciente expectación—. Es otra cosa dual.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Sí. Solo que esta vez Tweedledum y Tweedledee son ciencia y magia. Racional e irracional. Cuerdo y loco. Poco importa los términos que elijas, es una maldita doble pareja como ella sola.

—¿Sí? ¿Estás segura de lo que dices?

—¡Sí! Las puertas que son mágicas, como la que encontró Eddie y por la que me

llevaste a Nueva York, son de doble sentido. Las puertas que construyó North Central Positronics para sustituirlas cuando el *Prim* retrocedió y la magia se desvaneció... son de sentido único. ¿Es eso?

—Eso creo, ea.

—Tal vez no tuvieron tiempo de inventar la teletransportación de doble sentido antes de que el mundo se moviera. En cualquier caso, los lobos van a las tierras del Calla de Tronido a través de una puerta y regresan a Fedic en tren. ¿Correcto?

Mia asintió con la cabeza. Susannah ya no pensaba que estaba tratando de matar el tiempo. Aquella información podría serle de utilidad en un futuro.

—Y cuando los hombres del Rey, los hampones del padre, han vaciado los cráneos de los niños, entonces ¿qué? Regresan con ellos por la puerta, supongo... por la de debajo del castillo. De vuelta al punto de partida de los lobos. Y el resto del camino a casa lo hacen en tren.

—Ea.

—Y ¿por qué se molestan en devolverlos?

—Señora, eso lo desconozco. —Mia bajó la voz—. Existe otra puerta bajo el Castillo Discordia. Otra puerta en las estancias de la ruina. Una que... —se pasó la lengua por los labios— que te lleva al exotránsito.

—¿Al exotránsito? Conozco la palabra, pero no entiendo qué tiene de malo...

—Existen miles de mundos, en eso tiene razón tu dính, pero a pesar de que muchos de esos mundos están muy juntos, como algunos de los múltiples Nueva York, existen miles de espacios entre ellos. Piensa en los espacios que hay entre las paredes interiores y exteriores de una casa. Son lugares en que reina la oscuridad. Sin embargo, que estén siempre a oscuras no quiere decir que estén inhabitados, ¿verdad, Susannah?

«La oscuridad del exotránsito está habitada por monstruos».

¿Quién había dicho aquello? ¿Roland? No conseguía recordarlo, pero ¿qué importaba? Creía comprender lo que Mia estaba diciendo y, de ser así, era espantoso.

—Ratas en las paredes, Susannah. Murciélagos en las paredes. Todo tipo de bichos que chupan y muerden, en las paredes.

—Basta ya, ya me hago una idea.

—Esa puerta bajo el castillo, y no me cabe duda de que fue uno de sus fallos, no da a ninguna parte. Da a la oscuridad entre los mundos. Es un espacio exotransitario. Pero no está deshabitado. —Volvió a bajar la voz aún más—. Esa puerta está reservada para los enemigos acérrimos del Rey. Se les arroja a una oscuridad en la que viven durante años a ciegas, desorientados, enloquecidos... Sin embargo, al final algo acaba por encontrarlos y devorarlos. Monstruos que mentes como las nuestras no son capaces de imaginar.

Susannah se descubrió tratando de formarse una idea de una puerta como aquella y lo que acechaba tras ella. No quería, pero no pudo evitarlo. Se le secó la boca.

En el mismo tono apenas audible, y en cierto modo espeluznante, de

confidencialidad, Mia prosiguió:

—Existieron muchos lugares donde los antiguos trataron de aunar la magia y la ciencia, pero aquel debe de ser el único que queda. —Hizo un gesto con la cabeza para señalar el Dogan—. Allí fue donde me llevó Walter para hacerme mortal y apartarme del camino del *Prim* para siempre. Para hacerme como tú.

TRECE

Mia no lo sabía todo, pero, hasta donde Susannah consiguió imaginar, Walter/Flagg le había ofrecido al espíritu, al que luego se le conocería como Mia, el faustiniano trato definitivo. Si ella accedía a entregarle su estado casi eterno, aunque incorpóreo, y a convertirse en una mujer mortal, entonces podría concebir y gestar un niño. Walter fue sincero con ella pues le explicó lo poco que iba a recibir a cambio de lo mucho que iba a entregar. El bebé crecería como lo hacían los bebés normales (como lo había hecho el pequeño Michael ante los ojos invisibles, pero idólatras, de Mia) y solo lo tendría siete años, pero ¡ay, qué hermosos podrían ser esos años!

Sobre lo que ocurriría después, Walter había guardado un diplomático silencio dejando que Mia imaginara lo que quisiera: cómo alimentaría a su bebé; cómo lo bañaría sin olvidarse de los suaves pliegues detrás de las rodillas y las orejas; los besos que le daría en ese lugar tan fascinante entre las alas implumes de sus omoplatos; los paseos que daría con él, sujetándolo por ambas manos mientras trastabillaba; lo que le leería y que le señalaría la Vieja Estrella y la Vieja Madre en el cielo y le contaría la historia de cómo Sam el Herrumblero le robó la mejor rebanada de pan a la viuda; cómo lo estrecharía entre sus brazos y le bañaría las mejillas con sus lágrimas de agradecimiento cuando pronunciara su primera palabra, que sería, por descontado, «mamá».

Susannah escuchaba aquel relato extasiada con una mezcla de pena y cinismo. Estaba claro que Walter había hecho un trabajo maestro cuando le vendió la idea y, como siempre, la mejor forma de hacerlo era dejando que el producto se vendiera solo. Incluso le había propuesto un período de derecho de propiedad satánico como ningún otro: siete años. «Solo tiene que firmar sobre la línea de puntos, señora, y por favor no se preocupe por ese tufillo a azufre, por lo visto no hay manera de sacarme ese olor de la ropa».

Susannah comprendía el acuerdo, pero aun así le costaba tragárselo. Aquella criatura había entregado la inmortalidad a cambio de mareos matutinos, pechos hinchados y sensibles y, en las últimas seis semanas de embarazo, la necesidad de mear cada quince minutos aproximadamente. ¡Y un momento, amigos, que aún hay más! ¡Dos años y medio de estar cambiando pañales empapados de pis y llenos de mierda! De levantarse por las noches con los alaridos del crío cuando le estuviera saliendo el primer diente (y alégrate, mamá, que solo le quedan treinta y uno). ¡Esa

primera y mágica pedorreta! ¡Ese primer y reconfortante chorro de orina en pleno puente nasal cuando el niño se deja ir mientras le estás cambiando el culero!

Y sí, sería mágico. Aunque nunca hubiera tenido un hijo, Susannah sabía que incluso en los pañales sucios y en los cólicos habría magia si el niño era el resultado de una unión amorosa. Sin embargo, ¿tener al niño y que se lo lleven justo cuando la cosa comienza a ponerse interesante, justo cuando el niño alcanza lo que la mayoría de la gente considera la etapa del razonamiento y la responsabilidad? ¿Para qué lo arrastren hacia el horizonte rojizo del Rey Carmesí? Era una idea espantosa. ¿Mia estaba tan obcecada con su inminente maternidad que no se daba cuenta de que lo poco que le habían prometido se lo estaban escatimando? Walter/Flagg se había dirigido a ella en Fedic, Desenlace Escénico de la muerte roja, y le había prometido siete años de maternidad. No obstante, en el Plaza-Park, por teléfono, Richard Sayre había hablado de cinco tan solo.

De todas formas, Mia había aceptado los términos del hombre oscuro. Además, ¿qué diversión habría habido en obligarla a hacerlo? Había sido creada para la maternidad, había surgido del *Prim* con aquel imperativo, ella misma lo supo desde el día que vio al primer bebé humano perfecto, al pequeño Michael. ¿Cómo iba a decir que no? Aunque la oferta hubiera sido tan solo tres años o uno... Sería como esperar que un yonqui experimentado rechazara un pico cuando se le ofreciera.

Mia había sido llevada a la Estación Experimental Arco 16. El sonriente, sarcástico (e indudablemente inquietante) Walter, quien unas veces se hacía llamar Walter de Mundo Final y otras Walter de Todo Mundo, se lo había enseñado. Había visto la sala grande llena de camas esperando a los niños que vendrían a ocuparlas; en la cabecera de todas ellas había un casquete de acero inoxidable unido a un tubo segmentado de acero. No le gustó pensar qué propósito tendría un equipamiento como aquel. También le había enseñado parte de los corredores que cruzaban por debajo del Castillo del Abismo y había estado en lugares donde el olor a muerte era penetrante y sofocante. Ella... había habido una oscuridad rojiza y ella...

—¿Ya eras mortal entonces? —preguntó Susannah—. Parece como si ya lo fueras.

—Estaba en ello —contestó—. Era un proceso que Walter llamaba «conversión».

—De acuerdo. Sigue.

Sin embargo, en este punto los recuerdos de Mia se esfumaban en una especie de confusa pérdida de memoria temporal... no se trataba del exotránsito, sino de algo lejos de ser agradable. Una forma de amnesia, y era roja. Un color del que Susannah había acabado por desconfiar. La transición de la mujer embarazada del mundo de los espíritus al mundo de lo corpóreo —su viaje a Mia— ¿se había llevado a cabo a través de otra forma de puerta? Ni siquiera ella parecía saberlo. Únicamente que hubo un momento de oscuridad —suponía que de inconsciencia— y que luego se había despertado...

—... como me ves. Aunque sin estar embarazada, claro.

Según Walter, Mia no podía engendrar un bebé, ni siquiera siendo una mujer mortal. Gestarlo, sí; concebirlo, no. Así que acaeció que uno de los elementos diabólicos le había hecho un gran servicio al Rey Carmesí al conseguir la semilla de Roland en forma de mujer y al implantársela a Susannah en forma de hombre. Además, había otra razón. Walter no la había mencionado, pero Mia la conocía.

—Se trata de la profecía —dijo, volviendo la vista hacia la calle desierta y sin sombras de Fedic.

Al otro lado, un robot que se parecía a Andy del Calla descansaba silencioso y oxidado frente al Café de Fedic que prometía **KOMIDAS BUENAS Y VARATAS**.

—¿Qué profecía? —preguntó Susannah.

—«El que se encuentra al final de la estirpe de Eld concebirá un niño por incesto con su hermana o su hija, y el niño estará marcado; por su talón rojo lo conoceréis. Será él quien sofoque el aliento del último guerrero».

—Mujer, ¡ni soy la hermana ni la hija de Roland! Tal vez no te has fijado en una pequeña, pero básica, diferencia en el color de nuestros pellejos; en concreto que el suyo es blanco y el mío, negro.

De todas formas se hacía una idea bastante clara de lo que la profecía quería decir. Las familias se formaban de miles de maneras. El vínculo sanguíneo solo era una de ellas.

—¿No te explicó lo que significa «dinh»? —le preguntó Mia.

—Claro que sí. Significa «líder». Si estuviera al frente de todo un país en vez de solo tres pistoleros andrajosos de tres al cuarto, significaría «rey».

—Líder y rey, dices verdad. Venga, Susannah, ¿me vas a decir que esas palabras no son más que puros eufemismos de otra?

Susannah no respondió. Mia asintió con la cabeza como si hubiera respondido y, a continuación, hizo una mueca de dolor al sentir una contracción. Pasó y ella continuó.

—El esperma era de Roland. Creo que fue conservado no sé cómo por la ciencia de los antiguos mientras el elemento diabólico mujer se transformaba en hombre, pero eso no es lo importante. Lo importante es que sobrevivió y encontró su otra parte, tal como estaba predestinado por el ka.

—Mi óvulo.

—Tu óvulo.

—Cuando me violaron en el círculo de piedras.

—Dices verdad.

Susannah se recostó, reflexionando. Al final, levantó la vista.

—Me parece que el asunto sigue siendo el mismo. Entonces no te gustó y no parece que vaya a gustarte ahora, pero... chica, solo eres la niñera.

Esta vez no hubo enojo. Mia se limitó a sonreír.

—¿Quién siguió teniendo la regla aunque se levantara con mareos matutinos? Tú. Y ¿quién tiene hoy una panza enorme? Yo. Si aquí hubiera alguna niñera, Susannah de Nueva York, esa serías tú.

—¿Cómo es posible? ¿Lo sabes?
Mia lo sabía.

CATORCE

El bebé, le había dicho Walter, le sería transmitido, le sería enviado célula a célula igual que se envía un fax línea a línea.

Susannah abrió la boca para decir que no sabía qué era un fax, pero la volvió a cerrar. Comprendió la esencia de lo que Mia decía, lo suficiente para que la invadiera una oleada de una sobrecregadora combinación de rabia y terror. Había estado embarazada. A todos los efectos estaba embarazada en aquel preciso instante. Pero le estaban enviando

(«por fax»)

el niño a Mia. Aquel proceso ¿había comenzado rápido y luego había aminorado la marcha o había comenzado despacio y se había acelerado? Se decantaba por lo último porque a medida que pasaba el tiempo se había ido sintiendo menos embarazada en vez de más. La pequeña hinchazón de la barriga casi se había suavizado del todo. Ahora comprendía cómo ambas, Mia y ella, podían sentir un apego equivalente por el chaval: de hecho, les pertenecía a las dos. Se lo habían pasado como una... una transfusión de sangre.

«Aunque cuando te quieren sacar sangre para dársela a otro, te piden permiso. Es decir, si se trata de médicos y no de los vampiros del padre Callahan. Mia, estás muy cerca de uno de ellos, ¿verdad?».

—¿La ciencia o la magia? —preguntó Susannah—. ¿Cuál de las dos te permitió robarme el niño?

Mia se ruborizó levemente ante aquellas palabras, pero cuando se volvió hacia Susannah consiguió sostener su mirada.

—No lo sé —contestó—. Seguramente una mezcla de ambas. ¡Y deja esa superioridad moral! Lo llevo yo, no tú. Se alimenta de mis huesos y de mi sangre, no de los tuyos.

—¿Y qué? ¿Crees que eso cambia algo? Lo robaste con la ayuda del cerdo de algún mago.

Mia sacudió la cabeza con vehemencia; el pelo se alborotó sobre su cara.

—¿No? —preguntó Susannah—. Entonces, ¿cómo es que no eras tú la que comía ranas de la ciénaga y lechones fuera del corral y Dios sabe qué otras asquerosidades? ¿Cómo es que necesitabas todas esas fantasías tontas sobre los banquetes del castillo donde pudieras fingir que eras la que comía? Para abreviar, cielo, ¿cómo es que la alimentación de tu chaval tenía que hacerse a través de mi garganta?

—Porque... porque... —Susannah se dio cuenta de que los ojos de Mia se estaban empañando de lágrimas—. ¡Porque esta tierra está echada a perder! ¡Es una

tierra maldita! ¡El asentamiento de la muerte roja y la frontera de la Discordia! ¡No iba a alimentar a mi chaval con lo que hay aquí!

Susannah tuvo que admitir que era una buena respuesta, pero no toda la respuesta. Y Mia también lo sabía. Porque el pequeño Michael, el perfecto y pequeño Michael, había sido concebido allí, había crecido allí y lo seguía haciendo la última vez que Mia lo había visto. Y si estaba tan segura, ¿cuál era la razón de aquellas lágrimas?

—Mia, te están mintiendo acerca de tu chaval.

—¡Eso no lo sabes, así que deja de ser una arpía!

—Lo sé. —Así era, pero no tenía pruebas. ¡Maldita sea! ¿Cómo se prueba una intuición por fuerte que sea?—. Flagg, Walter si así lo prefieres, te prometió siete años. Sayre dice que te lo puedes quedar cinco. ¿Y si te dan un vale en plan: «Sellado, canjeable por tres años de cría» cuando te pases por el Dixie Pig? ¿También te conformarás con eso?

—¡Eso no va a ocurrir! ¡Eres tan odiosa como la otra! ¡Cállate!

—¡Qué morro hay que tener para llamarme odiosa! La que no puede esperar a ver nacer a un niño que se supone que ha de matar a su padre.

—¡No me importa!

—Te confundes, guapa, entre lo que quieras que ocurra y lo que ocurrirá. ¿Cómo sabes que no lo van a matar antes de que abra los ojos por primera vez, y que no lo van a triturar y a dárselo de comer a esos cabrones de disgragadores?

—¡¡¡Cállate!!!

—Como una especie de superalimento. Para acabar el trabajito de una vez por todas.

—¡Cállate, he dicho que te calles!

—El caso es que no lo sabes. No sabes nada. Solo eres la niñera, la nana. Sabes que mienten, sabes que te toman el pelo y que nunca cumplen su palabra y aun así sigues adelante ¿y quieres que me calle?

—¡Sí! ¡Sí!

—Pues no voy a callarme —replicó Susannah con gravedad, al tiempo que cogía a Mia por los hombros. Los notó increíblemente huesudos bajo el vestido y calientes, como si a la mujer le hubiera subido la fiebre—. No voy a callarme porque es mío y lo sabes. No se le pueden pedir peras al olmo.

Bien, al final han vuelto a dejar escapar toda la rabia contenida. El rostro de Mia se contrajo en una mueca espantosa a la vez que infeliz. Susannah creyó adivinar en los ojos de Mia la criatura infinita, insaciable y sufriente que aquella mujer fue una vez. Y algo más. Una pequeña llama que podría llegar a convertirse en aceptación de la verdad. Si hubiera tiempo.

—Yo te callaré —dijo Mia y, de súbito, la calle principal de Fedic se abrió por la mitad, como lo había hecho el adarve. Detrás había una especie de oscuridad surgente. Pero no estaba deshabitada. No, no lo estaba, Susannah lo sentía con toda claridad.

Cayeron en esa oscuridad. Mia las empujó a ella. Susannah trató de frenarlas donde estaban sin éxito. Conforme iban dando tumbos en la oscuridad oyó un pensamiento que cruzaba su mente con un soniquete que se repetía en un interminable círculo vicioso: «Oh Susannah-Mio, mi chica varias veces, Done aparcó su CACHARRO allí

QUINCE

enfrente del DIXIE PIG, en el año...».

Antes de que aquella cancioncilla inquietante (aunque nunca tan importante) pudiera culminar su último ciclo a través de la mente de Susannah-Mio, se golpeó la cabeza contra algo con la contundencia suficiente para cruzar en su campo de visión la explosión de una galaxia de estrellas luminosas. Cuando se disiparon, vio bien grande frente a sus ojos:

NK AGUA

Retrocedió y leyó: ¡BANGO SKANK AGUARDA AL REY! Era la pintada que habían escrito en la parte interior de la puerta del lavabo. Las puertas la perseguían a todas partes —por lo visto lo habían hecho desde que la puerta de su celda en Oxford, Mississippi, se había cerrado con estrépito tras ella—, pero esta estaba cerrada. Bien. Había concluido que las puertas cerradas acarreaban menos problemas. Pronto aquella se abriría y los problemas volverían a comenzar.

Mia: «Te he contado todo lo que sé. ¿Vas a ayudarme a llegar al Dixie Pig o voy a tener que hacerlo yo sola? Soy capaz si tengo que hacerlo, especialmente con la ayuda de la tortuga».

Susannah: «Te ayudaré».

Sin embargo, si la ayuda que iba a recibir Mia de ella era poca o mucha dependería de la hora que fuera. ¿Cuánto tiempo habían estado allí? Tenía las piernas completamente dormidas de rodilla para abajo —también el culo— y pensó que era buena señal. No obstante, a la luz de los fluorescentes, Susannah suponía que siempre eran y media pasadas de cualquier hora.

«¿Y a ti qué te importa? —preguntó Mia con desconfianza—. ¿Qué más te da la hora que sea?».

Susannah trató de encontrar una explicación creíble.

«Es por el bebé. Ya sabes que lo que hice solo retrasará su nacimiento por un tiempo, ¿no?».

«Claro que lo sé. Por eso quiero ponerme en marcha».

«Muy bien. Veamos el dinero que nuestro viejo amigo Mats nos ha dejado».

Mia extrajo el pequeño fajo de billetes y los miró sin saber qué hacer con ellos.

«Coge el que pone “Jackson”».
«No... —Se sonrojó—. No sé leer».
«Déjame pasar al frente. Yo lo leeré».
«No».
«Está bien, está bien, cálmate. Es el tipo con el pelo largo y blanco peinado hacia atrás al estilo Elvis».
«No conozco a ese tal Elvis...».
«No importa, es ese que está encima de todos. Bien. Ahora vuelve a guardar el resto del dinero en el bolsillo, a buen recaudo. Quédate con el de veinte en la mano. Bien, pirémonos».
«¿Qué es pirarse?».
«Mia, calla».

DIECISÉIS

Cuando regresaron al vestíbulo —caminando despacio sobre unas piernas recorridas por un hormigueo— Susannah se animó en parte al comprobar que fuera anochecía. Por lo visto no había conseguido consumir el día, pero poco le faltaba.

El vestíbulo seguía estando lleno, aunque sin rastros del frenesí anterior. La bella chica euroasiática que la/s había registrado ya no estaba, su turno había acabado. Bajo la marquesina, dos hombres de uniforme verde armados con silbatos llamaban taxis para los allí presentes, la mayoría de los cuales lucían esmoquin o largos vestidos centelleantes.

«Van a alguna fiesta —informó Susannah—. O al teatro, tal vez».
«Susannah, no me importa. ¿Necesitamos uno de esos vehículos amarillos que llaman esos hombres del traje verde?».

«No. Tomaremos un taxi en la esquina».
«¿Estás segura de lo que dices?».
«Por favor, deja ya de desconfiar. Estás llevando a tu crío a su muerte o a la tuya, de eso estoy segura, pero sé que tu intención es buena por lo que cumpliré mi promesa. Sí, estoy segura de lo que digo».

«De acuerdo».
Sin mediar más palabras —como mínimo no de disculpa—, Mia dejó el hotel, dobló a la derecha y comenzó a caminar hacia la Segunda Avenida, hacia el número dos de la plaza Dag Hammarskjöld y hacia la bella canción de la rosa.

DIECISIETE

En la esquina de la Segunda Avenida con la Cuarenta y seis, había aparcada junto al bordillo una furgoneta de reparto de un rojo apagado. El bordillo estaba pintado de

color amarillo y un hombre vestido de azul —un Guardia de Vigilancia a juzgar por el arma que llevaba— parecía estar discutiendo aquel detalle con un hombre alto de barba blanca.

En su interior, Mia sintió cierto aturullo.

«¿Susannah? ¿Qué ocurre?».

«¡Ese hombre!».

«¿El Guardia de Vigilancia? ¿Ese?».

«No, ¡el de la barba! ¡Es igualito a Henchick! ¡Henchick de los manni! ¿No lo ves?».

Mia ni lo veía ni le importaba. Comprendió que, a pesar de que estaba prohibido aparcar furgonetas junto al bordillo amarillo y que el hombre de la barba parecía saberlo, este no iba a moverse. Continuó colocando caballetes y, a continuación, puso unos cuadros encima. Mia intuyó que aquella no era la primera vez que discutían el asunto.

—Voy a tener que ponerle una multa, reverendo.

—Haga lo que tenga que hacer, agente Benzyck. Dios le ama.

—Bien, va bien saberlo. En cuanto a la multa, la va a romper, ¿verdad?

—Al césar lo que es del césar y a Dios lo que es de Dios. Eso dice la Biblia, bendito sea el libro sagrado del Señor.

—En eso le doy la razón —contestó Benzyck de Vigilancia. Extrajo un bloc de notas grueso del bolsillo trasero y comenzó a garabatear. También aquello tenía pinta de viejo ritual—. Aunque déjeme decirle algo, Harrigan: tarde o temprano, el ayuntamiento va a ponerse con su caso y entonces sí que le van a dar lo suyo a ese sacrosanto culo de infractor que tanto menea. Y espero estar presente cuando ocurra.

Arrancó una hoja del bloc, se acercó a la furgoneta y deslizó el papel bajo el limpiaparabrisas negro que descansaba en la luna de la furgoneta.

Susannah, divertida: «Le están poniendo una multa. Y parece que no es la primera».

Mia, momentáneamente interesada a su pesar: «¿Qué pone en el lateral de la furgoneta, Susannah?».

Se produjo un leve movimiento conforme Susannah pasaba en parte al frente y la sensación de cierta bizquera. Se trataba de una sensación extraña para Mia, como si se tratara de un picor dentro de la cabeza.

Susannah, quien seguía pareciendo entretenida: «Dice: IGLESIA DE LA SAGRADA BOMBA DE DIOS, reverendo Earl Harrigan. También dice: TU CONTRIBUCIÓN SERÁ RECOMPENSADA EN EL CIELO».

«¿Qué es el cielo?».

«Otra forma de llamar al claro al final del camino».

«Ah».

Tras haber cumplido con el deber, Benzyck de la Vigilancia se alejó con aire despreocupado, las manos entrelazadas a la espalda y el enorme trasero apretado bajo

los pantalones azules del uniforme. Mientras tanto, el reverendo Harrigan siguió colocando los caballetes. Uno de los cuadros mostraba a un tipo con una túnica blanca que sacaba a un hombre de la prisión. La cabeza del de la túnica blanca irradiaba luz. El cuadro del otro caballete mostraba al de la túnica blanca dando la espalda a un monstruo de piel roja y cuernos en la cabeza. El monstruo de los cuernos parecía cabreado como un mono con sai Túnicablanca.

«Susannah, ¿esa cosa roja es como la gente de este mundo ve al Rey Carmesí?».

Susannah: «Creo que sí. Es Satán o, si lo prefieres, el señor del averno. ¿Por qué no le pides a ese tipo santo que te consiga un taxi? Utiliza la tortuga».

De nuevo con cierta sospecha (por lo visto Mia no podía evitarlo): «¿Estás segura de lo que dices?».

«¡Digo verdad! ¡Ea! ¡Canta al Señor, mujer!».

«Está bien, está bien».

Mia parecía un poco incómoda. Se acercó al reverendo Harrigan extrayendo la talla de la tortuga del bolsillo.

DIECIOCHO

De repente, Susannah vio claro lo que tenía que hacer. Se apartó de Mia (si la mujer no conseguía un taxi con la ayuda de aquella tortuga mágica, es que era una negada) y con los ojos cerrados con fuerza visualizó el Dogan. Cuando volvió a abrirlos, se encontraba allí. Agarró el micrófono que había utilizado para llamar a Eddie y accionó el interruptor.

—¡Harrigan! —lo llamó por el micro—. ¡Reverendo Earl Harrigan! ¿Está ahí? ¿Me recibe, cielo? ¿Me recibe?

DIECINUEVE

El reverendo Harrigan dejó lo que estaba haciendo el tiempo necesario para ver cómo una mujer negra —y con qué andares la niña, alabado sea Dios— subía a un taxi. El coche se alejó. Tenía mucho trabajo que hacer antes de que comenzara el sermón de cada noche —la opereta con el agente Benzyck solo era el pistoletazo de salida—, pero de todas formas se quedó allí mirando los intermitentes traseros del taxi.

¿Le había ocurrido algo?

¿Le había...? ¿Era posible que...?

El reverendo Harrigan cayó de rodillas en la acera, totalmente ajeno a los transeúntes que pasaban a su lado (de igual modo que ellos apenas repararon en él). Unió sus viejas manazas de beato y se las llevó a la barbilla. Sabía que la Biblia decía que rezar era un asunto privado que mejor debía hacerse en la intimidad, y él había invertido largas horas arrodillado y solo, por Dios que así era, pero también creía que

el Señor quería que la gente viera de vez en cuando qué aspecto tenía un hombre religioso, porque la mayoría de ellos —¡cantemos a Dios!— lo había olvidado. Y no existía lugar mejor, lugar más maravilloso para hablar con Dios que allí mismo, en la esquina de la Segunda Avenida con la Cuarenta y seis. Allí se oía un canto, nítido y agradable. Elevaba el espíritu, aclaraba la mente... y, por cierto, también aclaraba la piel. No se trataba de la voz de Dios y el reverendo Harrigan no era un estúpido tan blasfemo como para pensar que lo era, pero intuía que se trataba de ángeles. ¡Sí, cantemos a Dios, cantemos a la bomba de Dios, la voz de los se-ra-fi-nes!

—Dios, ¿me has lanzado una pequeña bomba de Dios? Quisiera saber si la voz que acabo de oír es la tuya o la mía.

No hubo respuesta. Había habido tantas veces sin respuesta... Ya reflexionaría sobre aquello. Mientras tanto, tenía que preparar un sermón. Tenía una actuación, para decirlo de la forma más vulgar.

El reverendo Harrigan se acercó a la furgoneta, aparcada como siempre junto al bordillo amarillo, y abrió las puertas traseras. A continuación, sacó los panfletos, la bandeja de la recolecta cubierta de seda que colocaría junto a él en la acera y el cubo de madera maciza; el cajón que le serviría de tarima desde la que lanzaría su invitación: «¿Por qué no te alzas y gritas aleluya?».

Y sí, hermano, ya que estás en ello, que oiga ese amén.

ESTROFA: *Commala-ven-ve
La otra vuelve a ser.
Su cara y nombre crees conocer,
mas tu amiga podría no ser.*

RESPUESTA: *¡Commala-ven-diez!
¡Tu amiga no ha de ser!
Si la dejas acercarse,
troceada te volverás a ver.*

E
L
E
S
C
R
I
T
O
R



11.[^]ESTROFA



UNO

Cuando llegaron al pequeño centro comercial de la ciudad de Bridgton —un supermercado, una lavandería y unos almacenes de una extensión sorprendente—, tanto Roland como Eddie lo sintieron; no solo el canto, sino la concentración de poder. Les elevó el ánimo como si se tratara de un ascensor enloquecido y fascinante. Eddie se descubrió pensando en el polvo mágico de Campanilla y en la pluma mágica de Dumbo. Era como acercarse a la rosa y al mismo tiempo no lo era. Aquella pequeña ciudad de Nueva Inglaterra no desprendía sensación alguna de santidad o santificación, pero ocurría algo y era poderoso.

Durante el viaje en coche desde East Stoneham siguiendo las indicaciones hasta Bridgton, de carretera secundaria en carretera secundaria, Eddie había sentido algo más: la increíble lozanía de aquel mundo. La espesura de un verde estival de los bosques de pinos poseía una contundencia con la que nunca antes se había topado, que ni siquiera había sospechado. Los pájaros que surcaban el cielo le cortaban la respiración maravillado, incluso el más vulgar de los gorriones. Las mismas sombras sobre la tierra parecían poseer un grosor aterciopelado, como si uno pudiera agacharse, recogerlas y llevárselas bajo el brazo como retazos de alfombra, si era eso lo que le venía en gana.

En cierto momento, Eddie le preguntó a Roland si sentía algo de todo aquello.

—Sí —admitió Roland—. Lo siento, lo veo, lo oigo... Eddie, lo toco.

Eddie asintió con la cabeza. Él también. Aquel mundo era más real que la realidad misma. Era... antiexotránsito. No sabía expresarlo de mejor modo. Y se encontraban en el mismísimo corazón del Haz. Eddie sentía que los arrastraba como un río atravesando un desfiladero en dirección a una cascada.

—Pero estoy preocupado —confesó Roland—. Tengo la sensación de que nos estamos acercando al centro de todo... Tal vez a la misma Torre. Al cabo de tantos años, es como si la búsqueda en sí se hubiera convertido en mi vida y el final me preocupa.

Eddie asintió; lo entendía. Sin lugar a dudas estaba preocupado. Si no era la Torre la que emanaba aquella energía tan intensa, entonces se trataba de algo poderoso e imponente cercano a la rosa. Y sin embargo, diferente. ¿Una rosa gemela? Podría ser.

Roland echó un vistazo al aparcamiento y a la gente que iba y venía bajo un cielo estival cargado de nubes orondas y lánguidas, aparentemente inconsciente de que el mundo al completo emitía un canto poderoso a su alrededor y de que todas las nubes

recorrián el mismo y antiguo camino por el firmamento. Eran ajenos a su propia belleza.

—Antes pensaba que lo peor de todo sería llegar a la Torre Oscura y encontrar vacía la habitación de lo alto —dijo el pistolero—. Que el Dios de todos los universos estuviera muerto o que ni tan siquiera existiera. Sin embargo, ahora... Eddie, supón que hay alguien. Alguien al mando que resulta ser...

No consiguió terminar la frase. Eddie sí.

—Alguien que resulta ser otro timo. ¿Es eso? ¿Que Dios no esté muerto sino que sea un débil mental perverso?

Roland asintió. De hecho, aquello no era exactamente lo que temía, pero pensó que al menos se había acercado bastante.

—¿Cómo iba a ser eso posible, Roland? Teniendo en cuenta lo que sentimos.

Roland se encogió de hombros como si quisiera dar a entender que cualquier cosa era posible.

—De todos modos, ¿qué alternativa nos queda?

—Ninguna —admitió Roland, sombrío—. Todas las cosas sirven al Haz.

Fuera cual fuese la enorme fuerza cantarina, parecía provenir de la carretera que se dirigía hacia el oeste a partir del centro comercial, de vuelta al bosque. La carretera de Kansas, según la señal, lo que le trajo a Eddie a la memoria a Dorothy, Toto y Blaine el Mono.

Metió la marcha del Ford prestado y el coche comenzó a avanzar. El corazón le latía con una fuerza pausada y contundente. Se preguntó si Moisés se habría sentido así cuando se aproximó a la zarza en llamas donde estaba Dios. Se preguntó si Jacob se habría sentido así al despertar y encontrarse con un extraño radiante y hermoso en su campamento, el ángel al que se enfrentaría. Creyó que probablemente sí. Estaba seguro de que una etapa de su viaje estaba a punto de llegar a su fin, que más adelante les esperaba una respuesta.

¿Dios vivía en la carretera de Kansas, en la ciudad de Bridgton, Maine? Debería de parecerle descabellado, pero no era así.

«Solo pido que no me dejes seco de un golpe —pensó Eddie, y dobló a la derecha—. Tengo que volver junto a mi amor, así que, por favor, no me dejes seco de un golpe quienquiera o lo que quiera que seas».

—Tío, estoy cagado de miedo —admitió.

Roland lo agarró de la mano durante un breve instante.

DOS

Tras haber dejado el centro comercial a unos cinco kilómetros, se toparon con un camino de tierra que se adentraba en el pinar de la izquierda. Habían pasado otras veredas, que Eddie había dejado atrás sin aminorar la velocidad constante de

cincuenta kilómetros por hora que había mantenido hasta ese momento, pero se detuvo ante aquella.

Llevaban bajadas las ventanillas delanteras. Oyeron el viento entre los árboles, el graznido protestón de un cuervo, el zumbido bastante cercano de una lancha motora y el retumbo del motor del Ford. A excepción de los cientos de miles de voces que cantaban en desigual armonía, solo se oía aquello. La señal que anunciaba el desvío se limitaba a indicar: CAMINO PRIVADO. Sin embargo, Eddie asintió con la cabeza.

—Es este.

—Sí, lo sé. ¿Qué tal la pierna?

—Duele. No te preocupes. ¿Vamos a hacerlo?

—Tenemos que hacerlo —contestó Roland—. Acertaste al traernos aquí. Lo que aquí hay es la otra mitad de esto.

Se dio unos golpecitos en el bolsillo donde guardaba el papel, el que transfería la propiedad del solar a la Tet Corporation.

—Crees que el tipo ese, King, es el gemelo de la rosa.

—Dices verdad. —Roland sonrió ante la respuesta que había elegido. Eddie pensó que pocas veces había visto una sonrisa tan triste—. Se nos ha pegado la forma de hablar del Calla, ¿verdad? Primero a Jake y luego a todos. Pero se nos pasará.

—Nos queda mucho camino por delante —dijo Eddie. No era una pregunta.

—Ea, y será peligroso. Aunque... tal vez no tan peligroso como esto. ¿Seguimos?

—Enseguida. Roland, ¿recuerdas que Susannah mencionó a un tipo llamado Moses Carver?

—Un stem... o lo que es lo mismo: un hombre de negocios. Se encargó de la empresa de su padre cuando saí Holmes murió, ¿me equivoco?

—No. También era el padrino de Suze. Según ella, se podía confiar en él de pleno. ¿Recuerdas cómo se puso con Jake y conmigo cuando sugerimos que podría haber robado el dinero de la empresa? —Roland asintió con la cabeza—. Confío en su buen juicio —aseguró Eddie—. ¿Y tú?

—También.

—Si Carves es honrado, podríamos hacer que se encargara de las cosas que tenemos que llevar a cabo en este mundo.

En realidad, nada de todo aquello parecía importante en comparación con la fuerza que Eddie sentía alzándose a su alrededor, pero creyó que sí lo era. Tal vez solo tendrían una oportunidad para proteger la rosa ahora y asegurar su supervivencia después. Tenían que hacerlo bien y Eddie sabía lo que significaba prestar atención a la voluntad del destino.

En una palabra: ka.

—Roland, Suze dice que Holmes Dental valía entre ocho y diez millones cuando la sacaste de Nueva York. Si Carver es tan bueno como espero que sea, ahora la empresa podría valer entre doce y catorce millones.

—¿Eso es mucho?

—Dela —contestó Eddie, con un barrido de la mano hacia el horizonte, y Roland asintió con la cabeza—. Es extraño hablar de salvar el universo utilizando los beneficios obtenidos de una práctica dental, pero ni más ni menos de eso estoy hablando. Y el dinero que le dejó el Ratoncito Pérez podría ser solo el comienzo. Mira Microsoft. ¿Recuerdas que le mencioné ese nombre a Torre?

Roland asintió.

—Despacio, Eddie. Cálmate, haz el favor.

—Disculpa —se excusó Eddie, y recobró el aliento—. Es este sitio. Esos rostros... ¿Ves esos rostros en los árboles? ¿En las sombras?

—Los veo muy bien.

—Me hacen sentir un poco ido. Están poniendo a prueba mi paciencia. Lo que digo es que fusionemos Holmes Dental y la Tet Corporation y que luego utilicemos lo que sabemos sobre el futuro para convertirla en una de las coaliciones más ricas de la historia mundial. Recursos para igualar a los de Sombra Corporation... o tal vez a los de la mismísima North Central Positronics.

Roland se encogió de hombros y a continuación alzó una mano como para preguntar a Eddie cómo podía hablar de dinero en presencia de la inmensa fuerza que fluía a lo largo del cañón del Haz y a través de ellos, que les erizaba los pelillos de la nuca, que les hacía cosquillas en la nariz y convertía las sombras de la fronda en rostros atentos... como si se hubiera reunido una multitud para verlos interpretar una escena crucial de su drama.

—Sé cómo te sientes, pero es importante —insistió Eddie—. Créeme, lo es. Por ejemplo, supón que creciéramos con la suficiente rapidez para comprar North Central Positronics antes de que esta se alzara como una potencia en este mundo. Roland, podríamos desviar su rumbo, del mismo modo que se puede desviar el curso del mayor de los ríos con una simple pala, en su nacimiento, cuando apenas es un hilillo de agua.

Los ojos de Roland brillaron al escuchar aquello.

—Absorberla —dijo Roland—. Modificar su rumbo en nuestra dirección y desviarla del Rey Carmesí. Sí, podría ser.

—Tanto si lo es como si no, debemos tener presente que no estamos jugando por 1977 ni por 1987, de donde yo vengo, ni por 1999, adonde fue Suze.

Eddie cayó en la cuenta de que, en ese mundo, Calvin Torre podría estar muerto y que Aaron Deepneau seguro que lo estaba, pues su acto final —salvar a Donald Callahan de los Hermanos de Hitler— en aquel drama de la Torre Oscura habría acabado mucho tiempo atrás. Barridos del escenario. Hacia el claro al final del camino junto con el Chirlas y el Bocina, con Benny Slightman, con Susan Delgado

(«Calla, Callahan, Susan, Susannah»)

y el señor Tic Tac, incluso con Blaine y Patricia. Tarde o temprano, Roland y su ka-tet también acabarían en el claro. Al final —si fueran insólitamente afortunados y valientes hasta la insensatez— solo quedaría en pie la Torre Oscura. Si conseguían

anular a North Central Positronics, tal vez podrían salvar todos los Haces que se habían roto. Incluso aunque fallaran, dos Haces serían suficientes para mantener la Torre en pie: la rosa de Nueva York y un hombre llamado Stephen King, de Maine. La cabeza de Eddie no contaba con prueba alguna de que aquello fuera así... pero se lo decía el corazón.

—Por lo que estamos jugando, Roland, es por los tiempos de los tiempos.

Roland cerró el puño, lo estampó ligeramente contra el salpicadero polvoriento del viejo Ford de John Cullum, y asintió.

—En ese solar puede construirse cualquier cosa, ¿te das cuenta? Cualquier cosa. Un edificio, un parque, un monumento, el Instituto Nacional del Gramófono... siempre que la rosa permanezca allí. Ese tipo, Carver, podría formalizar la Tet Corporation, tal vez trabajando con Aaron Deepneau...

—Sí —asintió Roland—. Me gustó Deepneau. Tenía un rostro auténtico.

Eddie estaba de acuerdo.

—Da igual, ellos podrían preparar el papeleo que protegiera la rosa... La rosa se queda donde está, pase lo que pase. Y tengo la sensación de que lo hará. En 2007, 2057, 2525, 3700... mierda, en el año 19000... creo que siempre estará allí. Porque, puede que sea frágil, pero creo que también es inmortal. Sin embargo, tenemos que hacerlo bien ahora que se nos presenta la ocasión porque este es el mundo clave. En este no tienes la oportunidad de tallar un poquito más si la llave no encaja, no creo que aquí haya segundas oportunidades.

Roland reflexionó sobre aquello y a continuación señaló el camino de tierra que conducía hacia los árboles, hacia un bosque de rostros vigilantes y voces cantarinas, un armonio de todo lo que confería a la vida valor y significado, de lo que se mantenía fiel a la verdad, de lo que conocía al Blanco.

—Y ¿qué me dices del hombre que vive al final del camino, Eddie? Si es un hombre.

—Creo que lo es, y no solo por lo que dijo John Cullum. Es por lo que siento aquí. —Eddie se dio unos golpecitos en el pecho, sobre el corazón.

—Yo también.

—¿Estás seguro, Roland?

—Ea, lo estoy. ¿Crees que es inmortal? Porque he visto muchas cosas en mi vida, y he oído rumores de muchas más, pero nunca de un hombre o una mujer que viviera eternamente.

—Creo que no tiene por qué ser inmortal. Creo que lo único que tiene que hacer es escribir la historia correcta, porque algunas viven para siempre.

La toma de conciencia iluminó la mirada de Roland. «Al fin —pensó Eddie—. Al fin lo ve».

Sin embargo, ¿cuánto tiempo le había llevado, incluso a él, comprenderlo y luego digerirlo? Dios sabía que debería haber sido capaz de hacerlo después de todas las maravillas que había visto y, sin embargo, aquel último paso se le había resistido. Ni

siquiera haber descubierto que, por lo que parecía, el padre Callahan había salido vivito y coleando de una novela titulada *El misterio de Salem's Lot* había sido suficiente para hacerle dar aquel último paso definitivo. Lo que al final lo había llevado a darlo, había sido descubrir que Co-Op City estaba en el Bronx, no en Brooklyn. Al menos en ese mundo. Que era el único mundo que importaba.

—Tal vez no esté en casa —dijo Roland, mientras el mundo que los envolvía aguardaba—. Tal vez el hombre que nos creó no esté en casa.

—Sabes que sí.

Roland asintió. Y la vieja luz despuntó en sus ojos, la luz de un fuego que nunca se había extinguido, aquel que había guiado su camino a lo largo del Haz desde que salió de Gilead.

—Entonces ¡adelante! —gritó, con voz ronca—. ¡Adelante, por la gloria de tu padre! ¡Si es Dios, nuestro Dios, lo miraré a los ojos y le preguntaré cuál es el camino hacia la Torre!

—¿Primero no le preguntarías por el camino hacia Susannah?

La pregunta no había acabado de abandonar sus labios cuando Eddie se arrepintió de haberla formulado y rezó para que el pistolero no la respondiera.

Roland no lo hizo. Se limitó a hacer un gesto giratorio con los dedos que le quedaban de la mano derecha: «Vamos, vamos».

Eddie metió la marcha del Ford de Cullum y dobló hacia el camino de tierra. Los condujo hacia una gran fuerza cantarina que parecía atravesarlos como un viento convirtiéndolos en algo tan insustancial como un pensamiento o un sueño en la cabeza de un dios durmiente.

TRES

A unos cuatrocientos metros, el camino se bifurcaba. Eddie tomó el ramal de la izquierda, aunque la indicación que apuntaba en aquella dirección rezaba: ROWDEN, no KING. El polvo levantado a su paso quedaba suspendido en el espejo retrovisor. El canto era un dulce murmullo que penetraba en Eddie como un licor. Seguía teniendo el cabello erizado y los músculos crispados. Si en aquellos momentos tuviera que desenfundar, Eddie pensó que, probablemente, aquella maldita cosa se le caería al suelo. Aunque consiguiera aguantarla, le sería imposible apuntar. No sabía cómo el tipo que buscaban podía vivir tan cerca del sonido de aquel canto y comer y dormir, por no decir ya escribir historias. Aunque, claro está, King no solo estaba cerca del origen del sonido; si Eddie no estaba equivocado, King era el origen del sonido.

«Pero, y si tiene familia, ¿qué pasa con ella? Y aunque no la tuviera, ¿qué pasa con los vecinos?».

Allí había una entrada, a la derecha, y...

—Eddie, para.

Quien habló fue Roland, pero no pareció él en absoluto. El moreno cogido en el Calla no era más que un leve tinte sobre una palidez extrema. Eddie se detuvo. Roland buscó a tientas el tirador de su lado; no consiguió hacerlo funcionar, sacó medio cuerpo por la ventanilla (Eddie oyó el chasquido del anclaje del cinturón de seguridad en la barra de cromo que había frente a la guantera lateral) y, acto seguido, vomitó en el oggan. Cuando volvió a recostarse en su asiento, parecía exhausto y exaltado a la vez. Los ojos, entornados para encontrarse con los de Eddie, eran azules, ancianos, brillantes...

—Continúa.

—Roland, ¿estás seguro...?

Roland se limitó a hacer un gesto rotativo con los dedos mirando al frente a través del parabrisas del polvoriento Ford. «Vamos, vamos, ¡por la gloria de tu padre!».

Eddie siguió conduciendo.

CUATRO

La finca era de esas que los agentes inmobiliarios llaman rancho. A Eddie no le sorprendió. Lo que sí lo desconcertó un poco fue lo modesto del lugar, pero luego se dijo que no todos los escritores son ricos y que, seguramente, los escritores jóvenes menos aún. Por lo visto, cierto error de imprenta había hecho que su segunda novela se convirtiera en una pieza codiciada entre los bibliófilos, pero Eddie dudaba que King hubiera visto jamás un beneficio por aquel tipo de cosas. O derechos de autor, si era así como lo llamaban.

No obstante, el coche aparcado junto a la entrada era un Jeep Cherokee con pinta de nuevo y una bonita cenefa india en un lateral, lo que sugería que Stephen King no era precisamente un escritor muerto de hambre. En el jardín delantero había una estructura de madera para juegos infantiles con un montón de juguetes de plástico desparramados a su alrededor. A Eddie se le cayó el alma a los pies ante aquella visión. Una lección que el Calla se había esmerado en enseñarle era que los niños complicaban las cosas. A juzgar por los juguetes, los que vivían allí eran pequeños. Y hasta ellos llegan dos hombres con grandes calibres. Hombres que, en aquellos momentos, no estaban estrictamente en su sano juicio.

Eddie detuvo el motor del Ford. Un cuervo graznó. Una lancha motora —mayor que la que habían oído con anterioridad, a juzgar por el sonido— zumbaba. Más allá de la casa, un sol reluciente resplandecía sobre el agua azul. Y las voces cantaban: «Ven, ven, ven, ven, commala».

Se oyó un golpetazo metálico cuando Roland abrió la puerta y salió dando un brusco giro: cadera mala, chasquido seco. Eddie salió y estiró unas piernas que sentía tan muertas como palos.

—¿Tabby? ¿Eres tú? —preguntó alguien desde el lado derecho de la casa.

Y entonces, adelantándose a la voz y al hombre que poseía la voz, apareció una sombra. Eddie jamás había visto una que le hubiera producido tal terror y fascinación. Pensó, y con una certeza absoluta: «Ahí viene mi creador. Ahí está, ea, a decir verdad». Y las voces cantaron: «Commala-ven-tres, mi creador él es».

—¿Te has olvidado algo, cariño?

Había pronunciado la última palabra arrastrándola, como la hubiera dicho John Cullum. Y, a continuación, apareció el hombre de la casa, a continuación apareció él. Los vio y se detuvo. Vio a Roland y se detuvo. Las voces cantarinas se detuvieron con él y el murmullo de la lancha motora también pareció detenerse. Por un instante, el mundo entero se balanceó en una bisagra. A continuación, el hombre dio media vuelta y echó a correr. Sin embargo, no antes de que Eddie se percatara de la escalofriante y estupefacta expresión de reconocimiento que adoptó su rostro.

Roland salió en pos de él de inmediato, como un gato tras un pájaro.

CINCO

No obstante, sai King era un hombre, no un pájaro. No podía volar y, en realidad, no había lugar hacia el que correr. El jardín lateral descendía por una suave pendiente interrumpida por una plataforma de cemento que debió de haber sido el pozo o algún tipo de instalación para el tratamiento de aguas residuales. Al acabar el jardín había una playa del tamaño de un sello de correos abarrotada de más juguetes. Después venía el lago. El hombre alcanzó la orilla, se metió con varios chapoteos y, a continuación, se volvió con tan poca pericia que estuvo a punto de caer.

Roland se detuvo en seco sobre la arena, resbalando ligeramente. Stephen King y él se miraron. Eddie se encontraba a unos nueve metros detrás de Roland, observándolos. El canto había vuelto a iniciarse, así como el murmullo de la lancha motora. Tal vez nunca se habían detenido, pero Eddie creía saber la respuesta.

El hombre dentro del agua se tapó los ojos con las manos, como un niño.

—No estás ahí —dijo.

—Lo estoy, sai —repuso Roland, con voz amable a la vez que intimidada—. Aparte las manos de sus ojos, Stephen de Bridgton. Apártelas y míreme muy bien.

—A lo mejor estoy sufriendo una crisis nerviosa —dijo el hombre dentro del agua, pero fue apartando las manos poco a poco.

Llevaba unas gafas gruesas de montura negra que le daban un aspecto serio. Se había arreglado una de las patillas con un trocito de cinta adhesiva. Tenía el pelo negro o de un castaño muy oscuro. La barba era negra sin duda alguna, con unas primeras hebras blancas que sorprendían por lo que resaltaban. Llevaba tejanos bajo una camiseta que decía: THE RAMONES, ROCKET TO RUSSIA y GABBA-GABBAHEY. Tenía pinta de estar a punto de echar las carnes de la mediana edad, pero todavía no estaba gordo. Eddie comprobó, sin demasiado asombro, que Stephen King se parecía a

Roland. Dada la diferencia de edad, jamás se les hubiera tomado por gemelos, pero ¿padre e hijo? Sí. Fácilmente.

Roland se dio tres golpecitos en la base del cuello y luego sacudió la cabeza. No era suficiente. Se necesitaba algo más. Eddie observó con una mezcla de fascinación y horror cómo el pistolero caía de rodillas en medio del revoltijo de juguetes de plástico brillante y se llevaba la mano maltrecha a la frente.

—Salve, tejedor de cuentos —lo saludó—. Has ante ti a Roland Deschain de Gilead y a Eddie Dean de Nueva York. ¿Se abrirá a nosotros si nos abrimos a usted?

King rio. Dada la carga de las palabras de Roland, aquel sonido sorprendió a Eddie.

—Yo... tío, esto no puede estar sucediendo. —Y, a continuación, para sí mismo—: ¿O sí?

Roland, todavía arrodillado, continuó como si el hombre dentro del agua no hubiera hablado ni reído.

—¿Comprende lo que somos y lo que hacemos?

—Seríais pistoleros, si fuerais reales. —King observó a Roland con detenimiento a través de los gruesos vidrios de sus gafas—. Pistoleros en busca de la Torre Oscura.

«Eso es —pensó Eddie, al tiempo que las voces se alzaron y el sol relució sobre el agua azul—. Eso lo dice todo».

—Dice verdad, sai. Buscamos amparo y auxilio, Stephen de Bridgton. ¿Nos los concederá?

—Mire, no sé quién es tu amigo, pero en cuanto a ti... tío, yo te creé. No puedes estar ahí de pie porque el único lugar donde en realidad existes es aquí. —Se dio con el puño en medio de la frente, como una especie de parodia de Roland. A continuación, señaló la casa. Su casa de estilo ranchero—. Y ahí. También estás ahí, creo. En un cajón del escritorio o, tal vez, en una caja en el garaje. Eres un trabajo inacabado. No he pensado en ti desde hace... hace...

Acabó hablando con un hilo de voz. De repente comenzó a balancearse como alguien que estuviera escuchando una música apenas perceptible, pero exquisita, y le fallaron las rodillas. Cayó.

—¡Roland! —gritó Eddie, adelantándose al fin—. ¡Al tío le está dando un ataque al corazón!

A pesar de que sabía lo que ocurría (o tal vez eso esperaba), pues el canto seguía siendo tan potente como siempre; y los rostros de los árboles y las sombras, igual de claros.

El pistolero se agachó y cogió a King —quien ya había comenzado a protestar débilmente— por debajo de los brazos.

—Solo se ha desmayado. Y ¿qué menos? Ayúdame a meterlo en la casa.

El dormitorio principal tenía una vista espectacular del lago y una espantosa alfombra violeta en el suelo. Eddie se sentó en la cama y vigiló a King a través de la puerta del baño mientras el escritor se descalzaba las zapatillas de deporte mojadas, se desprendía de sus prendas y daba un paso atrás para quedar por un momento entre la puerta y la pared del baño alicatado y cambiarse los calzoncillos mojados por unos secos. No había puesto objeción alguna a que Eddie lo acompañara a la habitación. Desde que había recobrado la conciencia —y apenas había llegado a estar inconsciente unos treinta segundos— había demostrado una calma casi inquietante.

Salió del baño y se acercó a la cómoda.

—¿Se trata de una broma? —preguntó, rebuscando entre la ropa unos tejanos secos y una camiseta nueva. Según Eddie, la casa de King decía que no le iba mal... al menos no demasiado mal. A saber lo que decía la ropa—. ¿Todo esto es idea de Mac McCutcheon y Floyd Calderwood?

—No conozco a esos hombres y no es una broma.

—Tal vez no, pero ese hombre no puede ser real. —King se puso los tejanos. Le hablaba a Eddie en un tono de voz moderado—. Quiero decir que ¡escribí sobre él!

Eddie asintió con la cabeza.

—Más o menos me lo figuraba. Pero, de todos modos, él es real. Ando con él desde hace... —¿Cuánto? Eddie no lo sabía— desde hace un tiempo —concluyó—. ¿Escribió sobre él, pero sobre mí no?

—¿Te sientes marginado?

Eddie rio, aunque lo cierto era que se sentía marginado. Un poquito. Tal vez King todavía no había llegado a él. Si aquel era el caso, no es que estuviera exactamente a salvo, ¿no?

—Esto no se parece a una crisis nerviosa —dijo King—, aunque supongo que es uno de sus síntomas.

—No está teniendo una crisis nerviosa, pero le compadezco por cómo debe de sentirte, sai. Ese hombre...

—Roland. Roland de... ¿Gilead?

—Dice verdad.

—No sé si tenía esa parte del Gilead o no —confesó King—. Tendría que revisar los papeles, si los encuentro. Pero es bueno. Como en: «No hay bálsamo en Galaad».

—No le sigo.

—No pasa nada, yo tampoco. —King encontró los cigarrillos, Pall Mall, en la cómoda y se encendió uno—. Acaba lo que ibas a decir.

—Me arrastró a través de una puerta entre este mundo y el de él. Yo también creí que estaba teniendo una crisis nerviosa.

A Eddie no lo habían sacado de aquel mundo, se andaba cerca, pero no era el mismo, y además en aquellos tiempos se metía heroína —se metía a todas horas—, pero la situación ya era lo bastante complicada como para añadir todo aquello. Sin embargo, había una pregunta que tenía que hacerle antes de reunirse con Roland y

comenzar la verdadera garla.

—Dígame algo, sai King, ¿sabe dónde está Co-Op City?

King estaba traspasando las monedas y las llaves de los tejanos mojados a los secos, con el ojo derecho cerrado para evitar el humo del cigarrillo encajado en la comisura de los labios. Se detuvo y miró a Eddie con las cejas alzadas.

—¿Es una pregunta con trampa?

—No.

—¿Y no vas a dispararme con esa pistola que llevas si no la contesto bien?

Eddie esbozó una sonrisa. King era un tipo simpático, para ser un dios. A continuación se recordó que Dios había matado a su hermana pequeña utilizando a un conductor borracho como instrumento, y a su hermano Henry también. Dios había creado a Enrico Balazar y había quemado a Susan Delgado en la hoguera. Su sonrisa se desdibujó. Sin embargo, contestó:

—Nadie va a salir herido, sai.

—En ese caso, creo que Co-Op City está en Brooklyn. De donde vienes, a juzgar por tu acento. ¿He ganado el ganso del Día de Feria?

Eddie dio un respingo como si lo hubieran pinchado.

—¿Qué?

—Es algo que solía decir mi madre. Cuando mi hermano Dave y yo hacíamos nuestras tareas bien y a la primera, ella decía: «Chicos, os habéis ganado el ganso del Día de Feria». Era una broma. ¿He ganado el premio o qué?

—Sí —contestó Eddie—. Ya lo creo.

King asintió con la cabeza y apagó el cigarrillo.

—Tú eres un tío legal. Es a tu colega al que no le tengo demasiado aprecio. Nunca se lo tuve. Creo que es una de las razones por las que dejé la historia.

Aquello volvió a sobresaltar a Eddie por lo que se levantó de la cama, para disimularlo.

—¿La dejó?

—Ajá. Se titulaba *La torre oscura*. Iba a ser mi *El señor de los anillos*, mi *Gormenghast*, mi llámalo como quieras. Una de las cosas de tener veintidós años es que ambición no te falta. No tardé demasiado en comprender que era demasiado grande para mi pequeño cerebro. Demasiado... no sé... ¿estrafalario? Creo que es una palabra tan buena como cualquier otra. Además —añadió con sequedad—, perdí el bosquejo.

—Que... ¿qué?

—Parece una locura, ¿verdad? Pero a veces escribir puede llegar a ser de locos. ¿Sabías que una vez Ernest Hemingway perdió un libro entero de relatos en un tren?

—¿De verdad?

—De verdad. No tenía ni copias manuscritas ni de papel carbón. Solo la prueba de imprenta, y la perdió. Pues más o menos me pasó lo mismo. Una noche que llevaba una buena curda (o tal vez estaba hasta las cejas de mezcalina, ya no lo

recuerdo) escribí un bosquejo completo para una epopeya fantástica de unas cinco o diez mil páginas. Creo que era un buen bosquejo. Le daba al asunto cierta forma, cierto estilo. Y luego lo perdí. Seguramente salió volando de la parte de atrás de la moto cuando volvía de algún bar de mala muerte. Nunca antes me había pasado nada igual. Ya que no con otras cosas, con mi trabajo suelo ser cuidadoso.

—Ajá —murmuró Eddie, y pensó en preguntarle: «Cuando lo perdió, ¿por casualidad no vería por los alrededores a unos tipos con ropa de colores chillones, esa clase de gente que conduce coches llamativos? Hampones, hablando en plata. ¿Alguien con una marca roja en la frente? ¿Esas cosas que se parecen un poco a un círculo de sangre? Resumiendo, ¿tiene alguna sospecha de que alguien le hubiera podido robar su trabajo? ¿Alguien que pudiera tener algún interés en que *La torre oscura* no se acabara nunca?»—. Vamos a la cocina. Tenemos que garlar.

Eddie esperaba que él supiera de lo que se suponía que iban a garlar. Fuera de lo que fuese, sería mejor que lo comprendieran bien pues aquel era el mundo real, aquel en que no había segundas oportunidades.

SIETE

Roland no tenía ni idea de cómo se llenaba ni de cómo iba la complicada cafetera de la encimera, pero en uno de los estantes encontró una un poco maltrecha que no se diferenciaba mucho de la que Alain Johns había llevado en su artilla mucho tiempo atrás, cuando los tres chicos habían llegado a Mejis para contar el ganado. La cocina de sai King era eléctrica, pero incluso un niño hubiera adivinado cómo hacer funcionar los fogones. Cuando Eddie y King entraron en la cocina, la cafetera había comenzado a calentarse.

—No tomo café —dijo King, y se dirigió hacia la caja fría (rehuyendo a Roland)—. Y por lo general no bebo cerveza antes de las cinco, pero creo que hoy haré una excepción. ¿Señor Dean?

—Prefiero café, gracias.

—¿Señor Gilead?

—Deschain, sai King. También tomaré café, digo gracias.

El escritor abrió una lata utilizando la anilla incorporada en la parte de arriba (un artilugio que sorprendió a Roland por su aparente lucidez y su tonto despilfarro). Se oyó un siseo seguido por el agradable olor

(«commala, ven, ven»)

de la levadura y el lúpulo. King se bebió de un solo trago casi la mitad de la lata, se limpió la espuma del bigote y volvió a dejarla en la encimera. Seguía pálido, pero por lo visto había recuperado la compostura y estaba en pleno uso de sus facultades. El pistolero pensó que, al menos hasta el momento, lo estaba llevando bastante bien. ¿Sería posible que King hubiera imaginado aquella visita en algún lugar recóndito de

su mente y su corazón? ¿Que los hubiera estado esperando?

—Tiene mujer e hijos —observó Roland—. ¿Dónde están?

—La familia de Tabby vive al norte, cerca de Bangor. Mi hija ha estado la última semana con sus yayas. Tabby cogió al pequeño Owen, casi es un bebé, y se fue para allá hará cosa de una hora. Se supone que yo tengo que recoger al otro, a Joe, de aquí... —le echó un vistazo al reloj— a una hora. Quería acabar lo que estaba escribiendo, así que íbamos a coger los dos coches.

Roland lo sopesó. Podría ser cierto. Casi sin duda alguna aquello era el modo de King de decirles que si algo le sucedía, pronto lo echarían en falta.

—No puedo creer que esto esté sucediendo. ¿No lo he repetido ya lo suficiente como para hacerme pesado? De todos modos, se parece demasiado a una de mis historias para estar sucediendo.

—Como *El misterio de Salem's Lot*, por ejemplo —sugirió Eddie.

King enarcó las cejas.

—Así que lo conoces. ¿Existe el club del libro Literary Guild allí de dondequiera que vengáis? —Apuró lo que quedaba de la cerveza. Roland pensó que bebía como un hombre acostumbrado a ello—. Hace un par de horas se oían unas sirenas al otro lado del lago y se veía una enorme columna de humo; se veía desde mi despacho. En ese momento pensé que se habría quemado algún pasto, en Harrison o en Stoneham, pero ahora me hacéis dudar. Tíos, ¿ha tenido eso algo que ver con vosotros? Sí, ¿verdad?

—La está escribiendo, Roland —dijo Eddie—. O lo estaba haciendo. Dice que no siguió, pero que se titula *La torre oscura*. Así que lo sabe.

King sonrió, pero Roland creyó adivinar que por primera vez parecía profunda y realmente asustado. Es decir, dejando a un lado ese primer momento en que había aparecido al doblar la esquina de la casa y los había visto; en que había visto a su creación.

«¿Es eso lo que soy? ¿Su creación?».

Lo creía y no lo creía a partes iguales. Pensar en aquello le produjo dolor de cabeza y le revolvió el estómago de nuevo.

—«Lo sabe» —repitió King—. No me gusta cómo suena eso, chicos. Cuando en una historia alguien dice: «Lo sabe», la siguiente línea suele ser: «Tendremos que matarle».

—Créame cuando le digo que matarle es lo último que desearíamos hacer, sai King —contestó Roland. Habló con gran énfasis—. Sus enemigos son nuestros enemigos, y aquellos que le ayuden a lo largo del camino son nuestros amigos.

—Amén —sentenció Eddie.

King abrió la caja fría y sacó otra cerveza. Roland vio muchas más dentro, en congelada posición de firmes.

—En ese caso —dijo—, mejor me llamáis Steve.

—Cuéntenos la historia en la que aparezco —lo alentó Roland.

King se apoyó en la encimera de la cocina y lo alto de su cabeza interceptó un rayo de sol. Le dio un trago a la cerveza y meditó la petición de Roland. Fue entonces cuando Eddie la vio por primera vez, muy tenue... tal vez un contraste producido por el sol: una sombra de un negro grisáceo, algo que envolvía al hombre. Tenue. Apenas perceptible. Pero perceptible. Como la oscuridad que veías ocultarse tras las cosas cuando entrabas en exotránsito. ¿Se trataba de aquello? Eddie creía que no.

Apenas perceptible.

Pero perceptible.

—¿Sabéis? —dijo King—, no se me da muy bien contar historias. Parece una paradoja, pero no lo es; por eso las escribo.

«Cuando habla ¿se parece a Roland o a mí?», se preguntó Eddie. No supo decirlo. Más adelante se daría cuenta de que hablando, King se parecía a todos, incluso a Rosa Muñoz, la asistenta del padre Callahan en el Calla.

En ese momento, el escritor se animó.

—¿Sabéis qué? ¿Por qué no voy a ver si encuentro el manuscrito? Abajo tengo cuatro o cinco cajas de historias a medias. *La torre oscura* debe de estar en una de ellas.

«A medias. Historias a medias». A Eddie no le gustó cómo sonó aquello.

—Podéis leerlo un rato mientras voy a buscar a mi hijo pequeño. —Sonrió de oreja a oreja dejando a la vista una ristra de dientes enormes y torcidos—. A lo mejor cuando vuelva ya os habréis ido y entonces me podré poner a trabajar pensando que nunca estuvisteis aquí.

Eddie miró a Roland, quien se limitó a sacudir la cabeza levemente. Sobre los fogones, la primera burbuja de café parpadeó en el ojo de cristal de la cafetera.

—Sai King... —comenzó Eddie.

—Steve.

—Pues Steve. Tenemos que acabar lo que hemos venido a hacer ahora. Dejando la confianza a un lado, tenemos mucha prisa.

—Sí, sí, claro, de acuerdo, corréis contrarreloj —dijo King, y rompió a reír. El sonido era encantadoramente tontorrón.

Eddie sospechó que la cerveza comenzaba a hacer efecto y se preguntó si el hombre no sería un borrachín. Era imposible asegurarlo con lo poco que hacía que lo conocía, pero Eddie pensó que había señales que así lo indicaban. No recordaba una mierda de las clases de literatura inglesa del instituto, pero sí que algún que otro profesor le había dicho que a los escritores les gustaba beber de lo lindo. Hemingway, Faulkner, Fitzgerald, el tipo de *El cuervo*. A los escritores les gustaba beber.

—No me estoy riendo de vosotros, tíos —se disculpó King—. De hecho, va en contra de mi religión reírme de tipos que van armados. Es que, en la clase de libros que escribo, la gente casi siempre corre contrarreloj. ¿Os gustaría oír la primera línea

de *La torre oscura*?

—Por supuesto, si la recuerda —lo animó Eddie.

Roland no dijo nada, pero sus ojos lanzaron un destello bajo las cejas que ya peinaban canas.

—La recuerdo. Puede que sea la mejor primera línea que haya escrito nunca. —King dejó la cerveza a un lado y, a continuación, alzó las manos con los dos primeros dedos de cada una de ellas levantados y doblados, como si quisiera representar unas comillas de cita—. «El hombre de negro huía a través del desierto, y el pistolero iba en pos de él». Puede que lo demás me costara horrores, pero tío, aquello era impecable. —Dejó caer las manos y recuperó la cerveza—. Por cuadragésima tercera vez, ¿esto está sucediendo de verdad?

—¿El nombre del hombre de negro era Walter? —preguntó Roland.

La cerveza quedó ligeramente separada de la boca y King se vertió un poco por delante, con lo que se mojó la camisa limpia. Roland asintió, como si aquella fuese toda la respuesta que necesitaba.

—No se nos vuelva a desmayar —le pidió Eddie, con cierta rudeza—. Una vez es suficiente para impresionarme.

King asintió con la cabeza, le dio otro trago a la cerveza y pareció recobrar la compostura todo al mismo tiempo. Le echó un vistazo al reloj.

—Caballeros, ¿van a permitirme recoger a mi hijo?

—Sí —aseguró Roland.

—¿Me...? —King hizo una pausa para pensar y, a continuación, sonrió—. ¿Me dais fe con vuestro sello?

Sin responder a su sonrisa, Roland contestó:

—Se la doy.

—De acuerdo entonces. *La torre oscura*, versión resumida para la revista *Selecciones*. Sin olvidar que contar historias de viva voz no es lo mío, lo haré lo mejor que sepa.

NUEVE

Roland escuchó como si de ello dependieran los mundos, pues estaba seguro de que así era. King había comenzado aquella versión de la vida de Roland con las hogueras, algo que había complacido al pistolero pues le confirmaban la humanidad esencial de Walter. Desde ahí, según King, la historia retrocedía hasta el encuentro de Roland con una especie de pequeño granjero al borde del desierto. Brown, de nombre.

«Vida para su cosecha», oyó Roland a través del eco de los años, y: «Vida para la suya». Había olvidado a Brown y al cuervo que tenía de mascota, Zoltan, pero aquel extraño no.

—Lo que me gustaba —apuntó King— era cómo la historia parecía ir hacia atrás.

Desde un punto de vista puramente técnico, era muy interesante. Comienzo contigo en el desierto y luego retrocedo un paso hasta tu encuentro con Brown y Zoltan. Por cierto, lo llamé Zoltan por un guitarrista cantante de folk que conocí en la Universidad de Maine. Da igual, del morador de la choza la historia vuelve a retroceder otro paso hasta tu entrada en la ciudad de Tull... que se llama así por un grupo de rock...

—Jethro Tull —lo interrumpió Eddie—. ¡Claro, hostia! ¡Ya sabía yo que ese nombre me sonaba! ¿Y qué me dice de Z. Z. Top, Steve? ¿Los conoce? —Eddie miró a King, vio la confusión y sonrió—. Creo que todavía no es su «cuándo». O si lo es, todavía no los conoce.

Roland hizo un gesto rotatorio con sus dedos: «Adelante, adelante», y le envió a Eddie una mirada que le sugería que dejara de interrumpir.

—Bueno, de la llegada de Roland a Tull, la historia retrocede otro paso para contar cómo murió Nort, el mascador de hierba, y cómo lo resucitó Walter. Veis lo que me atrajo, ¿no? La primera parte estaba contada totalmente de adelante atrás. Al revés de lo habitual.

Roland no tenía interés alguno en los aspectos técnicos que parecían fascinar a King; después de todo, era de su vida de lo que estaban hablando, su vida, y para él todo se había ido desarrollando hacia delante. Al menos hasta que llegó al Mar del Oeste y a las puertas a través de las que había invocado a sus compañeros de viaje.

Sin embargo, Stephen King no sabía nada de las puertas. Había escrito sobre la estación de paso y el encuentro de Roland con Jake Chambers; había escrito sobre su travesía, primero hacia las montañas y luego a través de estas; había escrito sobre la traición de Jake a manos de un hombre a quien había llegado a querer y en quien había llegado a confiar.

King se percató de que Roland se mantuvo cabizbajo durante aquella parte del relato y le habló con una extraña amabilidad:

—No tiene por qué sentirse avergonzado, señor Deschain. Después de todo, fui yo quien se lo hizo hacer.

Sin embargo, Roland volvió a replantearse aquello.

King había escrito sobre la garla de Roland con Walter en el Gólgota de huesos polvorrientos, sobre la revelación de las cartas del tarot y sobre la visión espantosa que Roland había tenido en la que crecía a través del techo del universo. Había escrito que Roland se despertaba después de aquella larga noche de adivinación y se encontraba con que había envejecido y con que Walter no era más que un montón de huesos. Al final, dijo King, había escrito que Roland se acercaba a la orilla del mar y que se quedaba allí sentado.

—Dijiste: «Te quería, Jake».

Roland asintió con total naturalidad.

—Todavía le quiero.

—Hablas como si existiera de verdad.

Roland lo miró con tranquilidad.

—Y yo ¿existo? ¿Y usted?

King no respondió.

—¿Qué pasó luego? —preguntó Eddie.

—Luego, señor, no tenía nada más que contar, o estaba intimidado si lo preferís, y lo dejé.

Eddie también quería dejarlo. Veía que las sombras comenzaban a alargarse en la cocina y quería ir tras Susannah antes de que fuera demasiado tarde. Creía que tanto Roland como él tenían una buena idea de cómo salir de aquel mundo, sospechaba que el propio Stephen King podría conducirlos a Turtleback Lane, en Lovell, donde la realidad era rala —al menos según John Cullum— y últimamente los visitantes se habían prodigado. Y King estaría encantado de conducirlos hasta allí. Estaría encantado de deshacerse de ellos. Sin embargo, todavía no podían irse y, a pesar de su impaciencia, Eddie lo sabía.

—Lo dejó porque perdió el boscaje —puntualizó Roland.

—El bosquejo. Y no, no del todo. —King había ido a por la tercera cerveza y Eddie pensó que no era de extrañar que al hombre le salieran michelines; ya había consumido las calorías equivalentes a una barra de pan y estaba comenzando la Barra N.^o 2—. Casi nunca trabajo a partir de un bosquejo. De hecho... no estoy del todo seguro, pero esa podría haber sido la única ocasión. Y me vino demasiado grande. No estaba acostumbrado. Además, te convertiste en un problema, señor, sai o como quiera que te llames. —King hizo una mueca—. Sea cual sea ese tratamiento, yo no lo inventé.

—En todo caso, todavía no —puntualizó Roland.

—Empezaste siendo una versión del hombre sin nombre de Sergio Leone.

—El de los spaghetti western —dijo Eddie—. ¡Por Dios, claro! He visto millones de esas pelis en el Majestic con mi hermano Henry, cuando Henry todavía estaba en casa. Cuando Henry se fue a Vietnam, iba yo solo o con un amigo, Chuggy Coter. Eran pelis para tíos.

King sonrió de oreja a oreja.

—Sí —coincidió—, pero a mi mujer le volvían loca, así que cuenta.

—¡Bien por ella! —exclamó Eddie.

—Sí, Tab es una buena pieza. —King devolvió la vista hacia Roland—. En plan hombre sin nombre, una versión ficticia de Clint Eastwood, no estabas mal. Era divertido tenerte de partenaire.

—¿Es así como se lo plantea?

—Sí, pero entonces cambiaste. Bajo mi propia mano. La cosa llegó a tal extremo que no sabía si eras el héroe, el antihéroe o ni una cosa ni otra. Cuando dejaste caer al niño... aquello fue la gota que colmó el vaso.

—Dijo que me lo había hecho hacer.

Mirando a Roland directamente a los ojos —azul contra azul en medio de un

infinito coro de voces— King dijo:

—Mentí, hermano.

DIEZ

Se hizo un breve silencio que aprovecharon para meditar sobre lo dicho. A continuación, King dijo:

—Comenzaste a asustarme, así que dejé de escribir sobre ti. Te metí en una caja, te puse en un cajón y me dediqué a una serie de relatos cortos que vendí a varias revistas para hombres. —Lo consideró unos instantes y, a continuación, asintió—. Las cosas cambiaron después de que te diera de lado, amigo, y para mejor. Comencé a vender mi material. Le pedí a Tabby que se casara conmigo. Poco después de eso, comencé un libro titulado *Carrie*. No era mi primera novela, pero fue la primera que vendí y la que me dio el espaldarazo. Todo eso después de decir adiós a Roland, hasta siempre, feliz viaje por esos caminos. Y entonces, ¿qué ocurre? Un día dobló la esquina de mi casa, seis o siete años después y te veo de pie en la puta entrada, grande como un demonio, como solía decir mi madre. Y lo único que se me ocurre es que la conclusión más optimista a la que soy capaz de llegar es creer que eres una alucinación provocada por un exceso de trabajo. Pero no me lo creo. ¿Cómo voy a hacerlo? —la voz de King se elevaba, se iba aflautando. Eddie no lo confundió con el miedo; aquello era rabia—. ¿Cómo, si veo las sombras que proyectas, la sangre de la pierna —señaló a Eddie— y el polvo de tu cara? —Se volvió hacia Roland—. Te has cargado todas mis putas opciones y siento que mi cabeza se está... no sé... ¿inclinando? ¿Es esa la palabra? Creo que sí. Inclinando.

—No lo dejó —declaró Roland, haciendo un completo caso omiso de aquello, tomándolo por la bobería autocompasiva que seguramente era.

—¿No?

—Creo que contar historias es como empujar algo. Tal vez empujar para detener la *decreación*. Y un día, mientras estaba en ello, sintió que algo empujaba al otro lado.

King meditó aquellas palabras durante lo que a Eddie se le antojó un largo tiempo. Luego, asintió con la cabeza.

—Podrías estar en lo cierto. No cabe duda de que fue algo más que la sensación habitual de que a uno se le agota la inspiración. Estoy acostumbrado a eso, aunque ya no me ocurre tan a menudo como antes. Es... no sé, un día comienzas a divertirte menos mientras estás ahí sentado, dándole a las teclas. Ves con menos claridad. Te animas menos cuando te cuentas la historia. Y entonces, para empeorar las cosas, tienes una idea nueva, una brillante, recién salidita del horno, sin mácula, algo que todavía no has jodido, al menos por el momento. Y... bueno...

—Y sintió que algo empujaba al otro lado —concluyó Roland, en el mismo tono

neutro.

—Ajá. —King hablaba ahora tan bajito que Eddie apenas lo oía—. PROHIBIDO EL PASO. NO ENTRAR. ALTO VOLTAJE. —Hizo una pausa—. Tal vez, incluso PELIGRO DE MUERTE.

«No le gustaría esa tenue sombra que veo envolviéndole —pensó Eddie—, esa aureola negra. No, sai, creo que no le haría ninguna gracia. Aunque ¿qué es lo que veo? ¿Los cigarrillos? ¿La cerveza? ¿Alguna otra cosa adictiva que quizás sea de su gusto? ¿Un accidente de coche una noche de borrachera? ¿Con cuántos años de antelación? ¿Cuántos años?».

Consultó el reloj que había encima de la mesa de la cocina de King y comprobó con consternación que eran las cuatro menos cuarto de la tarde.

—Roland, se está haciendo tarde. Este hombre tiene que ir a buscar a su crío.

«Y nosotros tenemos que encontrar a mi mujer antes de que Mia tenga el bebé que parecen compartir y que al Rey Carmesí ya no le interese la parte que conforma Susannah».

—Solo un poco más —contestó Roland.

Y agachó la cabeza sin añadir nada más. Para pensar, para tratar de decidir qué preguntas eran las correctas. Tal vez solo había una pregunta correcta. Y era importante, Eddie lo sabía, porque ya no podrían regresar al noveno día de julio del año 1977. Podrían volver a visitar ese día en otro mundo, pero no en este. Y ¿Stephen King existiría en alguno de esos otros mundos? Eddie creía que tal vez no. Que probablemente, no.

Mientras Roland meditaba, Eddie le preguntó a King si el nombre de Blaine significaba algo especial para él.

—No, nada en particular.

—¿Y Lud?

—¿De luditas? Eran una especie de secta religiosa que odiaba las máquinas, ¿no? Del siglo XIX, creo, o podría haberse fundado antes. Si no me equivoco, los del siglo XIX irrumpían en las fábricas y dejaban las máquinas hechas trizas. —Sonrió dejando a la vista aquellos dientes torcidos—. Creo que eran el Greenpeace de aquellos días.

—¿Y Beryl Evans? ¿Ese nombre le dice algo?

—No.

—¿Henchick? ¿Henchick de los manni?

—No. ¿Qué son los manni?

—Demasiado complicado para entretenernos ahora con eso. ¿Qué me dice de Claudia y Inez Bachman? ¿Significa algo...?

King prorrumpió en carcajadas que sobresaltaron a Eddie. Que incluso sobresaltaron a King, a juzgar por la expresión de su rostro.

—¡La mujer de Dickie! —exclamó—. ¿Cómo coño sabes eso?

—No sé nada. ¿Quién es Dicky?

—Richard Bachman. He comenzado a publicar algunas de mis primeras novelas como originales en tapa blanda bajo un pseudónimo, el de Bachman. Una noche, cuando estaba bastante borracho, me inventé toda su biografía, incluso que de adulto combatía una incipiente leucemia, hurra por Dickie. Da igual, Claudia es su mujer. Claudia Inez Bachman. No obstante, eso de la «y»... eso es nuevo.

Eddie tuvo la sensación como si de repente se hubiera quitado un enorme peso de encima. Claudia Inez Bachman solo tenía dieciocho letras, así que algo había añadido la «y». ¿Por qué? Para que sumara diecinueve, por supuesto. Claudia Bachmam solo era un nombre. Claudia y Inez Bachman, sin embargo... ella era ka-tet.

Eddie pensó que ya tenían una de las cosas a por las que habían ido allí. Sí, Stephen King los había creado. Al menos había creado a Roland, a Jake y al padre Callahan aunque todavía no había llegado a los demás. Y había movido a Roland como si se tratase de una pieza de ajedrez: Roland, ve a Tull; Roland, acuéstate con Allie; Roland, persigue a Walter por el desierto. Sin embargo, al tiempo que desplazaba a su protagonista por el tablero, también habían movido al propio King. Aquella letra añadida al nombre de la mujer de su pseudónimo insistía en ello. Algo había decidido que Claudia Bachman sumara diecinueve. Así que...

—Steve.

—Sí, Eddie de Nueva York.

King sonrió con timidez. Eddie sentía el corazón desbocado dentro del pecho.

—¿Qué significado tiene el número diecinueve para usted?

King lo meditó. Fuera, el viento susurraba entre los árboles, las motoras zumbaban y el cuervo —u otro— graznaba. Pronto llegaría la hora de las barbacoas a la orilla del lago y luego, tal vez, un paseíto hasta el pueblo y un concierto de la banda en la plaza; todo allí, en el mejor de los mundos posibles. O tan solo el más real.

Al final, King sacudió la cabeza y Eddie dejó escapar un suspiro de frustración.

—Lo siento. Es un número primo, pero eso es lo único que se me ocurre. Los números primos me fascinan; lo han hecho desde la clase de álgebra I del señor Soychak, en Lisbon High. Y creo que tenía esa edad cuando conocí a mi mujer, pero ella seguro que lo niega, tiene una predisposición natural a las disputas.

—¿Y qué me dice del noventa y nueve?

King volvió a pensar y, acto seguido, fue enumerando cosas ayudándose de los dedos.

—Una edad considerable. «*Ninety-nine years on the old rockpile*»^[4]. Una canción llamada, creo, «El naufragio del viejo Noventa y nueve». Aunque estoy pensando que tal vez era «El naufragio del *Hesperus*». «Noventa y nueve botellas en una pared, si una se ha de caer, noventa y ocho botellas en una pared». Aparte de eso, *nada*.

Esta vez le tocó a King consultar el reloj.

—Si no me voy pronto, Betty Jones va a llamar para ver si he olvidado que tengo un hijo. Y después de recoger a Joe se supone que he de conducir doscientos

kilómetros al norte, ahí es nada. Lo que me será más fácil si dejo la cerveza. Y eso aún sería más fácil si no tuviera a una pareja de espectros armados en mi cocina.

Roland asintió con la cabeza. Se llevó la mano hasta la canana, extrajo una bala y, ausente, comenzó a juguetear con esta entre el pulgar y el índice de la mano izquierda.

—Solo una pregunta más, si a bien tiene. Luego seguiremos nuestro camino y dejaremos que usted siga el suyo.

King accedió con un gesto de cabeza.

—Hazla, entonces.

Miró la tercera lata de cerveza y a continuación la vació en el fregadero con una expresión de arrepentimiento.

—¿Fue usted quien escribió *La torre oscura*?

Para Eddie, aquella pregunta no tenía sentido, pero a King se le iluminó la mirada y esbozó una sonrisa radiante.

—¡No! —contestó—. Y si alguna vez escribo un libro sobre el arte de escribir, y probablemente podría porque es lo que hacía antes de retirarme para dedicarme a esto, así lo diré. Ni ese ni ninguno de ellos, la verdad es que no. Sé que hay escritores que escriben, pero no soy uno de ellos. De hecho, cuando me quedo sin inspiración y recursos para la trama, por lo general la historia en la que estoy trabajando acaba siendo una mierda.

—No tengo ni idea de lo que está hablando —confesó Eddie.

—Es como... ¡Eh, eso es genial!

La bala que iba rodando adelante y atrás entre el pulgar y el índice del pistolero había saltado sin esfuerzo alguno hasta la base de los dedos donde parecía caminar sobre los nudillos tensados de Roland.

—Sí —admitió Roland—, lo es, ¿verdad?

—Así hipnotizaste a Jake en la estación de paso y le hiciste recordar que lo habían asesinado.

«Y a Susan —pensó Eddie—. Hipnotizó a Susan del mismo modo, aunque todavía no sabe nada de eso, sai King. O tal vez sí. Tal vez en algún lugar dentro de usted lo sabe».

—He probado la hipnosis —continuó King—. De hecho, un tipo me hizo subir al escenario en la feria de Topsham cuando era niño y trató de que cloqueara como una gallina. No funcionó. Debió de ser por la época en que murió Buddy Holly. Y The Big Bopper. Y Ritchie Valens. ¡Exodario! ¡Oh, Discordia! —De súbito, sacudió la cabeza como si quisiera aclarar sus ideas y levantó la vista de la bala danzarina hasta el rostro de Roland—. ¿He dicho algo?

—No, sai.

Roland bajó la mirada hasta la bala danzarina —iba adelante y atrás, una y otra vez— lo que al mismo tiempo atrajo los ojos de King a aquel punto con toda naturalidad.

—¿Qué ocurre cuando escribe una historia? —preguntó Roland—. Mi historia, por ejemplo.

—Que simplemente sale —contestó King. Su voz se había convertido en un susurro. Como abstraída—. Aparece en mi interior, esa es la parte buena, y a continuación sale cuando muevo los dedos. Nunca de la cabeza. Sale del ombligo o de no sé dónde. Había un editor... creo que era Maxwell Perkins... que llamaba a Thomas Wolfe...

Eddie sabía lo que Roland estaba haciendo y sabía que seguramente no era muy buena idea interrumpir, pero no pudo evitarlo.

—Una rosa —dijo—. Una rosa, una piedra, una puerta ignota.

El rostro de King se iluminó de complacencia, pero en ningún momento apartó los ojos de la bala que danzaba sobre los tendones de los nudillos del pistolero.

—En realidad es una piedra, una hoja, una puerta —lo rectificó—, pero lo de la rosa me gusta más.

Estaba totalmente subyugado. Eddie pensó que casi se podía oír la succión de la mente consciente del hombre a medida que iba vaciándose. Cayó en la cuenta de que, en aquel momento crítico, algo tan simple como el timbre de un teléfono podría cambiar el curso de toda la existencia. Se levantó y, moviéndose en silencio a pesar de lo agarrotada que tenía la pierna y de lo que le dolía, se acercó hasta la pared. Se enrolló el cordón en los dedos y aplicó presión hasta que lo partió.

—Una rosa, una piedra, una puerta ignota —convino King—. Podría ser de Wolfe, de acuerdo. Maxwell Perkins lo llamaba «un carillón divino». ¡Oh, perdido, y por el viento abatido! ¡Todos los rostros olvidados! ¡Oh, Discordia!

—¿Cómo le llega la historia, sai? —le preguntó Roland en voz baja.

—No me gustan los de la *new age*... los cristaloterapeutas... todos esos que van por ahí diciendo «esto no es importante, paso página»... pero ellos lo llaman canalización y esa es la sensación... como algo en un canal...

—¿O en un haz? —preguntó Roland.

—Todas las cosas sirven al Haz —dijo el escritor, y suspiró.

Una exhalación sobrecededora por su tristeza. Eddie sintió que una oleada incontenible de escalofríos le recorría la espalda y le ponía la carne de gallina.

ONCE

Un rayo de polvorienta luz de media tarde bañaba a Stephen King. Le iluminaba la mejilla, el contorno del ojo izquierdo y el hoyuelo en la comisura de la boca. Convertía los cabellos blancos de la parte izquierda de la barba en hilos de luz. Estaba bañado en luz y eso despejaba la tenue oscuridad que lo envolvía. Su respiración había descendido a unas tres o cuatro inspiraciones por minuto.

—Stephen King —lo llamó Roland—, ¿me ve?

—Salve, pistolero, te veo muy bien.

—¿Cuándo me vio por primera vez?

—Nunca hasta hoy.

Roland pareció sorprendido ante aquella respuesta, y un poco frustrado. Era evidente que no era la que había esperado. Entonces, King continuó.

—Vi a Cuthbert, no a ti. —Se hizo un silencio—. Cuthbert y tú partisteis el pan y lo esparcisteis bajo la horca. Eso está en la parte que ya está escrita.

—Ea, eso hicimos. Mientras colgaba Hax, el cocinero. No éramos más que chiquillos. ¿Bert te contó esa historia?

King no respondió a eso.

—Vi a Eddie. Lo vi muy bien. —Se hizo un silencio—. Cuthbert y Eddie son gemelos.

—Roland... —comenzó a decir Eddie en voz baja.

Roland lo hizo callar con un brusco movimiento de cabeza y dejó la bala que había utilizado para hipnotizar a King sobre la mesa. King continuó con la mirada fija en el mismo sitio, como si todavía la viera allí la bala. Probablemente la veía. Unas motas de polvo danzaban alrededor de su cabello oscuro y enmarañado.

—¿Dónde estaba cuando vio a Cuthbert y a Eddie?

—En el establo —King bajó la voz. Le empezaron a temblar los labios—. La Tía me envió fuera porque tratamos de escaparnos.

—¿Quiénes?

—Mi hermano Dave y yo. Nos pillaron y nos hicieron volver. Dijeron que éramos unos niños muy malos.

—Y te mandaron al establo.

—Sí, aerrar madera.

—Aquel era tu castigo.

—Sí. —Una lágrima asomó en la comisura del ojo derecho de King. Resbaló por su mejilla hasta la orilla de la barba—. Los pollos están muertos.

—¿Los pollos del establo?

—Sí, esos. —Más lágrimas siguieron a la primera.

—¿Qué los mató?

—Tío Oren dice que fue la gripe del pollo. Tienen los ojos abiertos. Dan un poco... de miedo.

O tal vez más que un poco, pensó Eddie, a juzgar por las lágrimas y la palidez de las mejillas del hombre.

—¿No podías salir del establo?

—No hasta que serrara la madera que me tocaba. David ya había acabado. Es mi turno. Hay arañas en los pollos. Arañas en sus entrañas, pequeñas y rojas. Como motas de pimienta roja. Si me tocan, cogeré la gripe y moriré. Aunque luego volveré.

—¿Por qué?

—Seré un vampiro. Seré su esclavo. Tal vez su escriba. Su escritor de compañía.

—¿De quién?

—Del Señor de las Arañas. Del Rey Carmesí, confinado en la Torre.

—Por todos los santos, Roland —susurró Eddie. Estaba temblando. ¿Qué habían encontrado allí? ¿Qué nido habían descubierto?—. Sai King, Steve, ¿qué edad tenía... tienes?

—Siete años. —Se hizo un silencio—. Me meo en los pantalones. No quiero que las arañas me piquen. Las arañas rojas. Pero entonces viniste tú, Eddie, y me salvé.

—Esbozó una sonrisa radiante; las mejillas le brillaban a causa de las lágrimas.

—¿Está dormido, Stephen? —preguntó Roland.

—Ea.

—Entre en un sueño más profundo.

—De acuerdo.

—Contaré hasta tres. Cuando llegue a tres habrá entrado en el sueño más profundo.

—De acuerdo.

—Uno... dos... tres.

Al contar tres, la cabeza de King cayó hacia delante. La barbilla le descansaba en el pecho. Un hilo plateado de saliva le corría por la boca y colgaba como un péndulo.

—Ya tenemos algo —le comentó Roland a Eddie—. Tal vez algo crucial. Fue tocado por el Rey Carmesí cuando no era más que un niño, pero parece que lo recuperamos a nuestro lado. Mejor dicho, tú lo hiciste, Eddie. Tú y mi viejo amigo, Bert. En cualquier caso, eso lo hace bastante especial.

—Estaría más orgulloso de mi heroísmo si lo recordara —comentó Eddie. Acto seguido añadió—: ¿Te das cuenta de que cuando este tipo tenía siete años yo ni siquiera había nacido?

Roland sonrió.

—El ka es una rueda. Has ido apareciendo con nombres diferentes durante mucho tiempo. Por lo que parece, Cuthbert fue uno.

—¿De qué va eso de que el Rey Carmesí está «confinado en la Torre»?

—Ni idea.

Roland se volvió hacia Stephen King.

—Stephen, ¿cuántas veces cree que ha tratado de asesinarle el Señor de Discordia? ¿De asesinarlo y de detener su pluma? ¿De cerrarle la enojosa boca desde aquella primera vez en el establo de sus tíos?

King hizo el gesto de comenzar a contar y acto seguido sacudió la cabeza.

—Dela —contestó. Muchas.

Eddie y Roland intercambiaron una mirada.

—¿Y siempre aparece alguien? —preguntó Roland.

—Nanay, sai, ni lo sueñe. No estoy indefenso. A veces desaparezco yo.

Roland rio ante aquella salida; una risa seca, como un palo partido contra una rodilla.

—¿Sabe lo que es?

King sacudió la cabeza. El labio inferior sobresalió hacia fuera, como el de un niño haciendo morritos.

—¿Sabe lo que es?

—Primero, padre; segundo, marido; tercero, escritor; luego, hermano. Después de los lazos familiares, me callo. ¿De acuerdo?

—No. Nada que de acuerdo. ¿Sabe lo que es?

Se hizo un largo silencio.

—No. Te he dicho todo lo que puedo decirte. Deja de preguntarme.

—Dejaré de hacerlo cuando diga la verdad. ¿Sabe lo que...?

—Sí, está bien, sé adónde quieras ir a parar. ¿Conforme?

—Todavía no. Dígame qué...

—Soy Gan, o estoy poseído por Gan, no lo sé, tal vez no haya diferencia. —King rompió a llorar. Sus lágrimas eran silenciosas y sobrecogedoras—. Pero no es Dis, me alejé de Dis, repudio a Dis, y eso debería de ser suficiente, pero no lo es, el ka nunca está satisfecho, el voraz y viejo ka, eso es lo que ella dijo, ¿no? Lo que dijo Susan Delgado antes de que la mataras o de que yo la matara o de que Gan la matara. «Voraz y viejo ka. No sabes cuánto lo odio». Da igual quién la matara, yo le hice decir eso, yo, porque lo odio, ya lo creo. Me rebelo contra el dios del ka, y lo seguiré haciendo hasta el día que vaya al claro del final del camino.

Roland permaneció sentado a la mesa, blanco ante la mención del nombre de Susan.

—Pero el ka no deja de venir a mí, proviene de mí, lo traduzco, me crearon para traducirlo, el ka fluye de mi ombligo como una cinta. ¡No soy el ka, no soy la cinta, eso no es más que lo que pasa a través de mí y lo odio, lo odio! ¡Los pollos estaban llenos de arañas! ¿Lo entendéis? ¡Llenos de arañas!

—Deje de lloriquearse —le espetó Roland (con evidente falta de commiseración, en opinión de Eddie), y King se calmó. El pistolero permaneció unos segundos meditando y, a continuación, alzó la cabeza—. ¿Por qué no continuó la historia cuando llegué al Mar del Oeste?

—¿Es que eres bobo? ¡Porque no quiero ser Gan! Me aparté de Dis, también debería de ser capaz de apartarme de Gan. Quiero a mi mujer. Quiero a mis hijos. Me encanta escribir historias, pero no quiero escribir la tuya. Tengo miedo a todas horas. Me busca. El Ojo del Rey.

—Pero no desde que lo dejó —concluyó Roland.

—No, desde entonces no me busca, no me ve.

—Sin embargo, tiene que continuar.

El rostro de King se contrajo en una mueca, como si le doliera algo y, acto seguido, se relajó hasta recuperar la anterior expresión somnolienta. Roland alzó la maltrecha mano derecha.

—Cuando lo haga, comenzará explicando cómo perdí los dedos. ¿Lo recuerda?

—Langostruosidades —dijo King—. Te los arrancaron de un mordisco.

—¿Cómo lo sabe?

King esbozó una ligera sonrisa y dejó escapar un suave susurro.

—El viento silba —murmuró.

—Gan dio luz al mundo y luego siguió adelante —interpretó Roland—. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Ea, y el mundo hubiera caído en el abismo de no ser por la gran tortuga. En vez de caer, aterrizó en su caparazón.

—Eso nos cuentan, digamos todos gracias. Comience por las langostruosidades arrancándome los dedos.

—Dada yamas, dada yedos, las malditas langostas te arrancaron los dedos —dijo King, y rio.

—Sí.

—Me habrías ahorrado un montón de problemas si te hubieras muerto, Roland, hijo de Steven.

—Lo sé. También a Eddie y a mis otros amigos. —La sombra de una sonrisa acarició las comisuras de los labios del pistolero—. Luego, después de las langostruosidades...

—Viene Eddie, viene Eddie —lo interrumpió King, e hizo un pequeño gesto somnoliento, como de despedida, con la mano derecha como si quisiera decir que ya sabía todo aquello y que no hacía falta que Roland perdiera el tiempo—. El Prisionero, el que empuja y la Dama de las Sombras. El carnicero, el hornero y el ganadiner. —Sonrió—. Así lo dice mi hijo Joe. ¿Cuándo?

Roland pestañeó, lo había cogido por sorpresa.

—¿Cuándo, cuándo, cuándo?

King alzó la mano y Eddie contempló sorprendido que la tostadora, la plancha para hacer gofres y el escurriadero lleno de platos limpios se elevaba y flotaba a la luz del sol.

—¿Me está preguntando cuándo debería de volver a ponerse?

—¡Sí, sí, sí!

Un cuchillo se alzó del escurriadero flotante y cruzó toda la estancia. Se quedó clavado en la pared, vibrando. A continuación, todo volvió a su lugar.

—Estate atento a la canción de la Tortuga, al bramido del Oso —dijo Roland.

—La canción de la Tortuga, el bramido del Oso. Maturin, de las novelas de Patrick O'Brian. Shardick, de la novela de Richard Adams.

—Sí. Si usted lo dice.

—Guardianes del Haz.

—Sí.

—De mi Haz.

Roland lo miró fijamente.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Sí.

—Entonces, que así sea. Cuando oiga la canción de la Tortuga o el bramido del Oso, entonces tiene que ponerse manos a la obra.

—Cuando abro mi ojo a tu mundo, él me ve. —Tras un silencio, añadió—: La cosa.

—Lo sé. Trataremos de protegerle en esas ocasiones, igual que tenemos intención de proteger la rosa.

King sonrió.

—Amo la rosa.

—¿La ha visto? —preguntó Eddie.

—Ya lo creo que la he visto, en Nueva York. Al final de la calle del hotel U. N. Plaza. Solía estar en la charcutería artística, en la de Tom y Jerry, en la parte de atrás. Ahora está en el solar que hay donde estaba la charcutería.

—Contará nuestra historia hasta que se canse —dijo Roland—. Cuando ya no pueda más, cuando ya apenas oiga la canción de la Tortuga y el bramido del Oso, entonces descansará. Y cuando pueda volver a empezar, volverá a empezar. Usted...

—Roland.

—¿Sai King?

—Haré lo que me pides. Estaré atento a la canción de la Tortuga y cada vez que la oiga, seguiré con el relato. Si estoy vivo. Pero tú también tienes que estar atento. A su canción.

—¿A la de quién?

—A la de Susannah. El bebé la matará si no eres rápido. Y tienes que aguzar el oído.

Eddie miró a Roland, preocupado. Roland asintió con un gesto de cabeza. Había llegado el momento de irse.

—Escúcheme, sai King. Bien hallados somos en Bridgton, pero ahora tenemos que dejarle.

—Bien —respondió King, y lo dijo con un alivio tan evidente que Eddie casi soltó una carcajada.

—Se quedará donde está, donde se encuentra ahora mismo, durante unos diez minutos. ¿Me comprende?

—Sí.

—Luego despertará y se sentirá muy bien. No recordará que estuvimos aquí salvo en las profundidades más recónditas de su mente.

—En los lodazales.

—En los lodazales, muy bien. En la superficie, pensará que se ha echado una siesta. Irá a buscar a su hijo e irá a donde se supone que tiene que ir. Se sentirá bien. Seguirá con su vida. Escribirá muchas historias, pero todas girarán alrededor de esta en mayor o menor medida. ¿Lo entiende?

—Sea —contestó King, y al decirlo se pareció tanto a Roland cuando este estaba

cansado y se mostraba brusco, que a Eddie se le volvió a poner de gallina la piel de la espalda—. Porque lo que se ve no puede ser invisible. Lo que se sabe no puede ser desconocido. —Se detuvo unos instantes—. Salvo, tal vez, cuando uno se muere.

—Ea, tal vez. Cada vez que oiga la canción de la Tortuga, si es así como le suena, se pondrá con nuestra historia. La única historia real que tiene que contar. Nosotros trataremos de protegerle.

—Tengo miedo.

—Lo sé, pero trataremos...

—No es eso. Tengo miedo de no ser capaz de acabarla. —Bajó la voz—. Tengo miedo de que la Torre se derrumbe y de que se me señale como el responsable.

—Eso lo decidirá el ka, no usted —contestó Roland—. Ni yo. Eso ya lo tengo comprobado. Y ahora...

Asintió en dirección a Eddie y se levantó.

—Esperad —los retuvo King.

Roland lo miró con las cejas enarcadas.

—Se me permiten ciertos privilegios postales, pero solo una vez.

«Eso suena como si el tipo estuviera en un campo de prisioneros», pensó Eddie.

—¿Quién le concede esos privilegios postales, Steve? —le preguntó en alto.

King frunció el entrecejo.

—¿Gan? —preguntó—. ¿Se trata de Gan? —Y a continuación, como el sol abriéndose paso a través de una mañana brumosa, relajó el ceño y sonrió—. ¡Creo que soy yo! —concluyó—. Puedo enviarle una carta, tal vez incluso un paquete pequeño, pero solo una vez. —La risita se convirtió en una contagiosa sonrisa de oreja a oreja—. Todo esto... es como una especie de cuento de hadas, ¿no?

—Sí, ya lo creo —convino Eddie, pensando en el palacio de cristal al que habían llegado por la interestatal de Kansas.

—¿Qué haría? —preguntó Roland—. ¿A quién le enviaría correo?

—A Jake —contestó King, sin vacilar.

—¿Y qué le diría?

La voz de King se convirtió en la voz de Eddie Dean. No era una aproximación, era exacta. Aquella voz dejó helado a Eddie.

—¡Tatachín, tatachán —canturreó King—, no te preocupes, la llave tienes ya!

Esperaron por si había algo más, pero por lo visto no era así. Eddie miró a Roland y esta vez le tocó al más joven hacer el gesto rotativo con los dedos que quería decir «vamos». Roland asintió con la cabeza y se encaminaron hacia la puerta.

—Eso ha sido espeluznante del cagarse —comentó Eddie. Roland no contestó. Eddie lo detuvo tocándole en el brazo—. Se me ocurre una cosa, Roland. Mientras sigue hipnotizado, tal vez deberías de decirle que deje de beber y de fumar. Especialmente esos pitillos. Está como enganchado a ellos. ¿Has visto este sitio? Hay putos ceniceros por todas partes.

Roland parecía divertido.

—Eddie, si uno espera hasta que los pulmones estén totalmente formados, el tabaco alarga la vida, no la acorta. Por eso en Gilead fuma todo el mundo, menos los muy pobres, y seguro que incluso ellos tienen sus farfollines. Para empezar, el tabaco mantiene alejados los vapores mal de enfermos y, además, un sinfín de insectos peligrosos. Todo el mundo lo sabe.

—Al ministro de Sanidad de Estados Unidos le encantaría oír lo que todo el mundo sabe en Gilead —contestó Eddie, con frialdad—. Bueno, entonces ¿qué me dices de lo de darle a la botella? Imagínate que se estampa con el jeep una noche de borrachera o que se mete en la interestatal en dirección contraria y choca de frente con alguien.

Roland lo meditó unos instantes y acto seguido sacudió la cabeza.

—No tengo intención de trastear más en su mente (y en el mismo ka). No me atrevo a más. Tendremos que ir vigilándolo a lo largo de los años en cualquier... ¿Por qué estás sacudiendo la cabeza? ¡Es él quien hila el relato!

—Tal vez sí, pero no vamos a poder vigilarlo durante veintidós años, a menos que decidamos abandonar a Susannah... y no voy a hacerlo. Una vez que saltemos hasta 1999, no hay vuelta atrás. No a este mundo.

Durante un instante, Roland no contestó. Se limitó a mirar al hombre con el trasero apoyado en la encimera de la cocina, dormido de pie con los ojos abiertos y el pelo alborotado sobre la frente. Pasados unos siete u ocho minutos, King se despertaría y no recordaría ni a Roland ni a Eddie... es decir, siempre y cuando ellos se hubieran ido. En realidad, Eddie no pensaba que el pistolero dejaría colgada a Suze... Aunque había dejado caer a Jake, ¿no? Había dejado caer a Jake hacia el abismo mucho tiempo atrás.

—Entonces tendrá que apañárselas él solo —concluyó Roland, y Eddie dejó escapar un suspiro de alivio—. Sai King.

—Sí, Roland.

—Recuerde: cuando oiga la canción de la Tortuga, debe dejar todo a un lado y contar esta historia.

—Lo haré. Al menos lo intentaré.

—Bien.

Entonces, el escritor dijo:

—Hay que sacar la bola de las tablas y destruirla.

Roland frunció el ceño.

—¿Qué bola? ¿La Trece Negra?

—Si despierta, se convertirá en lo más peligroso del universo. Y está despertando. En otro lugar. En otro dónde y cuándo.

—Gracias por su profecía, sai King.

—Dada carro, dada corre. Lleva la bola a la doble Torre.

Ante aquello, Roland sacudió la cabeza mudo de asombro. Eddie se llevó el puño a la frente y se inclinó levemente.

—Salve, disparaletras.

King esbozó una ligera sonrisa, como si aquello fuera ridículo, pero no dijo nada.

—Largos días y gratas noches —se despidió Roland—. Ya no hay motivo para que siga pensando en los pollos nunca más.

Una expresión de una ilusión casi desgarradora apareció en el rostro con barba de Stephen King.

—¿Lo dices en serio?

—En serio. Así nos volvamos a encontrar en el camino antes de reunirnos todos en el claro.

El pistolero se volvió sobre sus botas de tacón y abandonó la casa del escritor.

Eddie echó un último vistazo al hombre alto y bastante encorvado que estaba de pie con el escuchimizado culo apoyado contra la encimera, y pensó: «La próxima vez que te vea, Stevie, si lo hago, tendrás la barba casi cana y arrugas en el rostro... y yo seguiré siendo joven. ¿Qué tal tiene la tensión, sai? ¿Bien como para tirar los siguientes veintidós años? Eso espero. ¿Y qué me dice de su corazón? ¿Hay casos de cáncer en su familia? Y si los hay, ¿son representativos?».

No había tiempo para ninguna de aquellas preguntas, claro está. Ni para aquellas ni para otras. Muy pronto, el escritor se despertaría y seguiría con su vida. Eddie siguió a su dñh afuera, hacia una tarde que iba oscureciéndose, y cerró la puerta tras de sí. Comenzaba a pensar que, después de todo, el ka sabía lo que se hacía al enviarlos allí en vez de a Nueva York.

DOCE

Eddie se detuvo junto a la ventanilla del conductor del coche de John Cullum y miró al pistolero por encima del techo.

—¿Viste aquella cosa a su alrededor? ¿Esa bruma negra?

—¿El exodario?, sí. Agradece a tu padre que aún sea débil.

—¿Qué es un exodario? Suena a exotránsito.

Roland asintió con un gesto de cabeza.

—Es una variación de la palabra. Significa envoltura mortal. Que está marcado.

—¡Jesús! —exclamó Eddie.

—Es débil, ya te digo.

—Pero está ahí.

Roland abrió su puerta.

—No podemos hacer nada respecto a eso. El ka marca el tiempo de todo hombre y mujer. Vámonos, Eddie.

Sin embargo, ahora que estaban preparados para seguir adelante, Eddie se sentía extrañamente reticente a hacerlo. Tenía la sensación de que habían quedado cosas inconclusas con sai King. Y no le gustaba nada pensar en aquella aura negra.

—¿Qué me dices de Turtleback Lane y los visitantes? Quería preguntarle...

—Los encontraremos.

—¿Estás seguro? Porque creo que tenemos que ir allí.

—Yo también lo creo. Vamos. Tenemos mucho trabajo por delante.

TRECE

Las luces traseras del viejo Ford apenas habían abandonado la entrada cuando Stephen King abrió los ojos. Lo primero que hizo fue consultar la hora. Casi las cuatro. Hacía diez minutos que tendría que haber salido para ir a buscar a Joe, pero la siesta que se había echado le había sentado bien. Se sentía de maravilla, como nuevo. Limpio de una forma extraña. «Si todas las siestas consiguieran esto, echarlas sería obligatorio por ley», pensó.

Tal vez sí, pero Betty Jones se iba a preocupar de verdad si no veía el Cherokee entrando en el patio a las cuatro y media. King se acercó al teléfono para llamarla; no obstante, su mirada recayó en el bloc de notas que había en el escritorio de debajo. La cabecera de las hojas rezaba: LLAMANDO A TODOS LOS FANFARRONES. Un detallito de una de sus cuñadas.

Pálido una vez más, King cogió el bloc de notas y el bolígrafo que había al lado. Se inclinó y escribió:

Tatachín, tatachán, no te preocunes, la llave tienes ya.

Se detuvo y examinó lo escrito. A continuación, prosiguió:

¡Dada chajo, dada choja, mírala, Jake! ¡La llave es roja!

Volvió a detenerse. Acto seguido escribió:

Dada cheva, dada chave, de plástico dale al chico una llave.

Contempló lo que había escrito con profundo afecto. Casi con amor. ¡Por todos los cielos, pues sí que se sentía bien! Aquellas líneas no significaban nada en absoluto y, sin embargo, escribirlas le había aportado una satisfacción tan profunda que casi rozaba el éxtasis.

King arrancó la hoja.

Hizo una pelota con ella.

Se la comió.

Se quedó trabada unos instantes en la garganta y luego —¡zas!— adentro. ¡Bien

hecho! Cogió las
 («da chave»)

llaves del Jeep del colgador de llaves de madera (que también tenía forma de llave) y se apresuró a salir. Recogería a Joe, volverían, harían las maletas y pasarían a buscar la cena por el Mickey Dee's en la bocallave de South Paris. Corrección: en la bocacalle. Incluso se sentía capaz de comerse un par de esos Cuartos de libra él solito. Con patatas. ¡Joder, si se sentía bien!

Cuando llegó a la carretera de Kansas y dobló hacia la ciudad, puso la radio y sintonizó a The McCoys cantando «Hang On, Sloopy», magnífica como siempre. Dejó vagar la mente, como solía hacer mientras escuchaba la radio, y se descubrió pensando en los personajes de aquella vieja historia, *La torre oscura*. No es que quedaran demasiados; por lo que recordaba, había matado a casi todos ellos, incluso al niño. Seguramente no había sabido qué hacer con él. Por lo general, aquella era la razón por la que uno se desprendía de los personajes, porque no sabía qué más hacer con ellos. ¿Cómo se llamaba? ¿Jack? No, ese era el padre atormentado de *El resplandor*. El niño de *La torre oscura* había sido Jake. Excelente elección para una historia con temática del Oeste, algo sacado directamente de Wayne D. Overholser o Ray Hogan. ¿Sería posible que Jake volviera a la historia, tal vez como un fantasma? Claro que sí. Lo bueno sobre los relatos acerca de lo sobrenatural, reflexionó King, era que nadie moría de verdad. Siempre podían regresar, como ese chico Barnabas, de *Dark Shadows*. Barnabas Collins había sido un vampiro.

—Quizás el niño regrese en forma de vampiro —dijo King, y rio—. Ten cuidado, Roland, ¡la cena está servida y la cena eres tú!

Pero aquello no parecía encajar. Entonces, ¿qué? No le venía nada, pero había que preocuparse. Con el tiempo, algo se le ocurriría. Probablemente cuando menos se lo esperara, mientras le estaba poniendo comida al gato o cambiando al pequeño o paseando sin ánimo, como Auden dijo en ese poema sobre el sufrimiento.

Hoy no había sufrimiento que valiera. Hoy se sentía genial.

«Eh, llámame Tony el Tigre».

En la radio, The McCoys dieron paso a Troy Shondell que cantó «This Time».

La verdad es que *La torre oscura* esa le había resultado interesante.

«Tal vez cuando volvamos del norte debería de escarbar un poco más en ella. Debería de echarle un vistazo», pensó King.

No era una mala idea.

ESTROFA: *Commala-ven-ko,
salve al que a todos nos creó,
alumbrador de hombre y hembra,
de lo grande y nimio, hacedor.*

RESPUESTA: ¡*Commala-ven-ko!
¡De lo grande y nimio, hacedor!
Mas qué poder el del destino
que de todos es gobernador.*

J
A
K
E

Y

C
A
L
L
A
H
A
N



12.^ª ESTROFA



UNO

Don Callahan había soñado muchas veces con regresar a Estados Unidos. Por lo general, los sueños comenzaban con que se despertaba bajo un cielo alto, sereno y desértico lleno de esas nubes esponjosas que los jugadores de béisbol llaman «ángeles», o en la cama de su rectoría en la ciudad de Jerusalem's Lot, en Maine. Daba igual de qué escenario se tratase, casi siempre se sentía colmado de alivio y su primer impulso era ponerse a rezar. «Oh, gracias a Dios. Gracias a Dios que solo fue un sueño y que por fin estoy despierto».

Estaba despierto, de eso no había duda.

Dibujó un círculo completo en el aire y vio a Jake haciendo exactamente lo mismo frente a él. Perdió una de las sandalias.

Oyó ladrar a Acho y bramar a Eddie en señal de protesta. Oyó los cláxones de los taxis, aquella música celestial de las calles de Nueva York, y algo más: un predicador. Y patrullando, a juzgar por lo que oía. Había metido la cuarta como mínimo. Tal vez la directa.

Uno de los tobillos de Callahan se golpeó contra el lado de la Puerta Ignota al tiempo que la atravesaba y justo en ese punto sintió una espantosa punzada de dolor. Acto seguido, el tobillo (y la zona que lo rodeaba) perdieron sensibilidad. Se oyó un revuelo de campanillas de exotránsito, como si un disco de treinta y tres revoluciones sonara a cuarenta y cinco. Una ráfaga de corrientes de aire encontradas lo golpeó y, de súbito, empezó a oler a gasolina y a humo de tubo de escape en vez del aire frío y húmedo de la Cueva de la Puerta. Primero, música de las calles; ahora, perfume de las calles.

Durante unos instantes hubo dos predicadores. Henchick a la espalda bramando: «¡Atención, la puerta se abre!», y otro por delante aullando: «¡Cantemos a Dios, hermano, eso es, cantemos a Dios en la Segunda Avenida!».

«Más gemelos», pensó Callahan (hubo tiempo para aquello) y a continuación la puerta a su espalda se cerró de un portazo y el único que clamaba a los cielos que quedó fue el de la Segunda Avenida. Callahan también tuvo tiempo para pensar: «Bienvenido a casa, cabrón, bienvenido otra vez a Estados Unidos», y aterrizó.

DOS

Fue un buen trompazo, pero consiguió caer con firmeza sobre las manos y las rodillas. Los tejanos le protegieron estas últimas hasta cierto punto (aunque se rasgaron), pero la acera le raspó lo que creyó sentir como media hectárea de piel de las palmas de las manos. Oyó la rosa, que cantaba con fuerza, como si tal cosa.

Callahan rodó sobre la espalda y miró hacia el cielo, haciendo muecas de dolor, tratando de detener la sangre, con las manos palpitantes ante el rostro. Una gota de sangre de la izquierda le cayó en la mejilla, como si se tratara de una lágrima.

—¿De dónde coño has salido, amigo? —le preguntó un hombre negro estupefacto, vestido de uniforme gris.

Parecía ser el único que se había percatado de la espectacular reentrada de Don Callahan en Estados Unidos. Contemplaba al hombre tendido en la acera con ojos desorbitados.

—De Oz —contestó Callahan, y se sentó.

Las manos le escocían de mala manera y había recobrado la sensibilidad en el tobillo, el cual se quejaba despidiendo intensas punzadas de dolor, tac-tac-tac, en perfecta sincronía con el latido desenfrenado de su corazón.

—Sigue tu camino, amigo. Largo de aquí. Estoy bien, así que ya estamos abriéndonos.

—Lo que digas, tronco. Ahí te quedas.

El tipo de uniforme gris —Callahan supuso que debía de tratarse de un conserje que acababa de terminar su turno— comenzó a caminar. Concedió a Callahan una última mirada —todavía sorprendido, aunque comenzando a dudar de lo que había visto— y, a continuación, eludió a la pequeña multitud que escuchaba al predicador callejero. Segundos después había desaparecido.

Callahan se puso en pie y subió uno de los peldaños que conducían a la plaza Dag Hammarskjöld buscando a Jake. No lo vio. Volvió la vista en busca de la Puerta Ignota, pero también había desaparecido.

—¡Y ahora escuchadme, amigos míos! ¡Escuchad, yo digo que Dios, yo digo que Dios es amor, yo digo que quiero oír ese aleluya!

—Aleluya —contestó uno de los del corillo del predicador callejero, aunque con aparente escaso entusiasmo.

—¡Yo digo amén, gracias, hermano! ¡Ahora escuchadme: ha llegado el momento de poner a prueba a Estados Unidos y Estados Unidos no está superando la prueba! ¡Este país necesita una bomba, no la bomba hacha, sino una bomba de Dios! Cantemos aleluya.

—¡Jake! —gritó Callahan—. Jake, ¿dónde estás? ¡Jake!

—¡Acho! —Aquella era la voz de Jake, quien chillaba—. ¡Acho, cuidado!

Se oyó un ladrido nervioso que Callahan habría reconocido en cualquier lugar. A continuación, el chirrido de unos neumáticos frenando en seco.

El bramido de un claxon.

Y el mamporro.

Callahan se olvidó del tobillo magullado y de las inflamadas palmas de las manos. Sorteó a toda prisa el corrillo del predicador (cuyos componentes se habían vuelto a la de una hacia la calle y el predicador había detenido su perorata a media frase) y vio a Jake en medio de la Segunda Avenida frente a un taxi que había dado un viraje brusco y había quedado torcido a no más de una pulgada de sus piernas. Un humillo azul todavía se elevaba de los neumáticos traseros. El rostro del conductor, impulsado hacia delante, era una «o» mayúscula pálida por la impresión. Acho estaba agazapado entre los pies de Jake. A juicio de Callahan, el bambro parecía muerto de miedo, pero ilesos.

El ruido sordo continuaba sin cesar. Era Jake, quien estaba descargando la mano cerrada en un puño contra el capó del taxi.

—¡Imbécil! —le aullaba Jake a la pálida «o» mayúscula al otro lado del parabrisas. ¡Paf!—. ¡¿Por qué —¡paf!— no miras —¡paf!— por dónde coño vas?! —¡Paf, paf!

—¡Duro con él, Cholly! —aulló alguien al otro lado de la calle dónde tal vez se habían detenido tres docenas de personas a contemplar el espectáculo.

Se abrió la puerta del taxi. El enorme armario que salió de aquel llevaba lo que Callahan creía que se llamaba *dashiki*, esa colorida túnica africana, sobre unos tejanos y unas gigantescas zapatillas de deporte mutantes con bumeranes en los laterales. Llevaba un fez en la cabeza, lo que en cierto modo podría explicar que diera la impresión de poseer una altura descomunal, aunque no del todo. Callahan calculó que el tipo debía de medir unos dos metros, tenía una barba tupida y encima miraba a Jake con el ceño fruncido. Callahan se dirigió hacia la escena que se desarrollaba ante él con desazón, apenas consciente de que llevaba un pie descalzo y que se lo golpeaba contra la acera a cada paso. El predicador callejero también se acercó a la inminente confrontación. Detrás del taxi detenido en la intersección, otro conductor, a quien únicamente le importaban sus planes para aquella tarde, se apoyó en el claxon con ambas manos —¡Meeeeec!— y se asomó por la ventanilla aullando: «¡Muévete, Abdul, estás bloqueando la parrilla!».

Jake no le prestó la más mínima atención. Estaba cegado por la ira. Esta vez descargó ambos puños contra el capó del taxi como Ratso Rizzo en *Cowboy de medianoche*. ¡Paf!

—¡Casi atropellas a mi amigo, imbécil! ¿Es que no miras —¡paf!— por dónde vas?

Antes de que Jake pudiera volver a descargar los puños sobre el capó del taxi —lo que a todas luces tenía intención de hacer hasta quedar satisfecho—, el taxista le agarró la muñeca derecha.

—¡Estate quieto, pequeño gamberro! —gritó con voz airada y extrañamente aguda—. ¡Te digo que...!

Jake dio un paso atrás, deshaciéndose de la mano del alto taxista. Acto seguido,

en un movimiento líquido demasiado veloz para que Callahan consiguiera seguirlo, el chico desenfundó la Ruger del agarradero bajo el brazo y le plantó el cañón en la nariz al taxista.

—¿Qué me dices? —rugió Jake—. ¿Qué me dices? ¿Que conducías demasiado deprisa y que casi atropellas a mi amigo? ¿Que no quieres morir aquí, en la calle, con un agujero en la cabeza? ¿Qué ibas a decirme?

Al final de la Segunda Avenida, una mujer o bien vio la pistola o bien percibió la furia homicida de Jake. Chilló y comenzó a alejarse a toda velocidad. Unos cuantos siguieron su ejemplo. Otros se reunieron junto al bordillo, oliendo la sangre. Por increíble que pueda parecer, uno de ellos —un joven que llevaba el sombrero de atrás para delante— gritó: «¡Adelante, chaval! ¡Ventílate a ese camellero!».

El conductor retrocedió dos pasos con ojos desorbitados. Alzó las manos hasta los hombros.

—¡No dispare, chaval! ¡Por favor!

—¡Entonces di que lo sientes! —exigió Jake—. ¡Si quieres vivir, ruégame el perdón! ¡Y a él! ¡Y a él!

Jake estaba pálido salvo por unas motitas diminutas y rojas en sus pómulos. Tenía los ojos bien abiertos y húmedos. Lo que Don Callahan vio con mayor claridad, y menos le gustó, fue la forma en que temblaba el cañón de la Ruger.

—¡Di que te arrepientes de conducir así, cabrón inútil! ¡Hazlo! ¡Hazlo!

Acho gimió nervioso y dijo:

—¡Ake!

Jake bajó la mirada hacia Acho. En ese instante, el taxista arremetió contra él para arrebatarle el arma. Callahan lo interceptó con un cruzado de derecha bastante decente y el taxista se desplomó despatarrado sobre el capó del coche al tiempo que el fez se le caía de la cabeza. El conductor de detrás disponía de los carriles laterales despejados y podría haberse cambiado a uno de aquellos; sin embargo, continuó aporreando el claxon y aullando: «¡Muévelo, tío, muévelo!». En el extremo más alejado de la Segunda, algunos espectadores aplaudían como si de hecho estuvieran asistiendo a un combate en el Madison Square Garden, y Callahan pensó: «Vaya, este lugar es un manicomio. ¿Ya lo sabía y lo olvidé o es algo que acabo de descubrir?».

El predicador callejero, un hombre barbudo y pelo largo y blanco que le llegaba hasta los hombros, había llegado junto a Jake, y cuando el muchacho volvió a alzarse con la Ruger, el predicador posó una suave y pausada mano sobre la muñeca del chico.

—Enfúndala, chaval —le dijo—. Guárdala, por amor de Cristo.

Jake lo miró y vio lo que Susannah había visto no hacía mucho: un hombre que se parecía de forma inquietante a Henchick de los manni. Jake devolvió la pistola al agarradero y acto seguido se agachó y recogió a Acho. El bambro gimió, estiró el largo cuello para acercar su rostro al de Jake y comenzó a lamerle la mejilla.

Callahan, mientras tanto, había agarrado al conductor por un brazo y lo

acompañaba hacia el taxi. Rebuscó en su bolsillo y le estampó un billete de diez dólares en la mano, lo que suponía casi la mitad del dinero que habían conseguido reunir para aquella pequeña expedición.

—Se acabó —le dijo al taxista, en un tono que esperaba que fuera apaciguador—. Nadie ha salido herido, así que pelillos a la mar, tú sigues tu camino y él el suyo... —Y, a continuación, le gritó al implacable hombre del claxon al otro lado del taxi—: El claxon funciona, gilipollas, así que ¿por qué no le das un respiro y pruebas las luces?

—Ese pequeño cabrón me estaba apuntando con una pistola —protestó el taxista. Se tanteó la cabeza en busca del fez y no lo encontró.

—Es solo una imitación —repuso Callahan en tono tranquilizador—. Es de esas que venden para montar, ni siquiera dispara balines. Le aseguro que...

—¡Eh, colega! —lo llamó el predicador callejero, y cuando el taxista lo miró, el predicador le lanzó el desgastado fez rojo sin levantar el brazo por encima del hombro.

Una vez se lo volvió a colocar en la cabeza, el taxista pareció más dispuesto a entrar en razón. Y aún más cuando Callahan le embutió el billete de diez en la mano.

El tipo de detrás del taxi conducía una vieja ballena de Lincoln. Volvió a aporrear el claxon.

—¡¿A que al final me vas a comer el cambio de marchas, pedazo de animal?! —le gritó el taxista; Callahan estuvo a punto de estallar en carcajadas.

Se dirigió hacia el tipo del Lincoln. Cuando el conductor trató de unírsele, Callahan descansó las manos en los hombros del hombre y lo detuvo.

—Déjame a mí. Soy religioso. Hacer que el león se tumbe con el cordero es parte de mi trabajo.

El predicador callejero se les unió a tiempo de oír aquello. Jake se había retirado a un segundo plano. Estaba junto a la furgoneta del predicador asegurándose de que las patas de Acho no habían sufrido ningún daño.

—¡Hermano! —llamó el predicador callejero a Callahan—. ¿Te importa que te pregunte tu confesión? ¿Tu, y canto aleluya, tu opinión sobre el Todopoderoso?

—Soy católico —contestó Callahan—. Por tanto, opino que el Todopoderoso es un tío.

El predicador callejero le tendió una mano enorme y nudosa que le proporcionó exactamente el tipo de apretón ferviente y poco menos que estrujador que Callahan había esperado. La cadencia del hombre combinada con su ligero acento sureño hicieron pensar a Callahan en el Gallo Claudio, el de los dibujos animados de la Warner Bros.

—Me llamo Earl Harrigan —se presentó el predicador, sin dejar de estrujar los dedos de Callahan—. Iglesia de la Sagrada Bomba de Dios, de Brooklyn y Estados Unidos. Es un placer conocerle, páter.

—Estoy más o menos semijubilado —apuntó Callahan—. Si tiene que llamarle algo, que sea padre. O solo Don. Don Callahan.

—¡Alabado sea Cristo, páter Don!

Callahan suspiró y supuso que tendría que aceptar el páter Don. Se dirigió hacia el Lincoln. Mientras tanto, el taxista salió pitando con la luz de fuera de servicio encendida.

Antes de que Callahan pudiera hablar con el conductor del Lincoln, el tipo salió del coche. Era la noche de Callahan de los hombres altos. Aquel se iba al 1,90 y arrastraba una señora panza.

—Se acabó —le advirtió Callahan—. Le sugiero que vuelva al coche y siga su camino.

—Aquí no se acaba nada hasta que yo diga que se acaba —objetó el señor Lincoln—. Me he quedado con el número de licencia de Abdul; lo que quiero de usted, Lumbrieras, es el nombre y la dirección de ese crío del perro. También le quiero echar un vistazo a la pistola que... ¡Ay, ay! ¡¡Ay!! ¡¡Aaay!! ¡Suélteme!

El reverendo Earl Harrigan había cogido una de las manos del señor Lincoln y se la había retorcido hacia la espalda. A continuación, dio la impresión de estar haciendo algo imaginativo con el pulgar del hombre. Callahan no consiguió ver lo que era; no estaba en el ángulo correcto.

—Dios le quiere mucho —dijo Harrigan, hablando lentamente al oído del señor Lincoln—. Y lo que Él quiere a cambio, cara de culo escandaloso, es oír un aleluya y que luego siga su camino. Que oiga ese aleluya.

—¡¡Ay!! ¡¡Aaay, déjeme!! ¡Policía! ¡¡Policía!!

—El único policía que podría estar por esta esquina a estas horas sería el agente Benzyck y ya me ha dado la multa de cada noche y ha seguido su ronda. A estas horas estará en Denni's tomándose un gofre de nueces con doble ración de bacon, alabado sea el Señor, así que quiero que piense en esto.

De la espalda del señor Lincoln provino un chasquido que a Callahan le dio dentera. No le gustó la idea de que aquel ruido lo hubiera producido el pulgar del señor Lincoln, pero no sabía qué otra cosa podría haber sido si no. El señor Lincoln echó la cabeza hacia atrás, cara al cielo, sobre su ancho cuello y dejó escapar un alarido de puro dolor: «¡Aaaaaaaaaah!».

—Tiene que hacer oír ese aleluya, hermano —le avisó el reverendo Harrigan—, o se llevará el pulgar a casa en el bolsillo de la camisa, alabado sea el Señor.

—Aleluya —susurró el señor Lincoln.

Su tez había adoptado un tono ocre. Callahan pensó que podía atribuirse en parte a la luz anaranjada de las farolas que en algún momento debieron de sustituir a los fluorescentes de sus tiempos. Aunque probablemente no se debía solo a aquello.

—¡Bien! Ahora diga amén. Se sentirá mejor cuando lo haga.

—A-amén.

—¡Alabado sea el Señor! ¡Alabado sea Criii-iii-iii-isto!

—Suélteme... ¡suélteme el pulgar!

—Si lo hago ¿se va a ir de aquí y va a dejar de bloquear esta intersección?

—¡Sí!

—¿Sin más tonterías ni escándalos, alabado sea Cristo?

—¡Sí!

Harrigan se acercó aún más al señor Lincoln; sus labios se detuvieron a escasos centímetros de un enorme tapón de cera anaranjada amarillenta embutido en el pabellón de la oreja del señor Lincoln. Callahan observó todo aquello fascinado y absorto por completo; los demás temas irresueltos y los objetivos pendientes habían quedado olvidados por el momento. El cura estaba casi convencido de que si Cristo hubiera tenido a Earl Harrigan en su equipo, seguramente habría sido el viejo Poncio el que habría acabado en la cruz.

—Amigo mío, pronto comenzarán a caer bombas: las bombas de Dios. Y tiene que escoger si quiere estar entre aquellos que se encuentren allí arriba, en el cielo, alabado sea Cristo, arrojando esas bombas o entre aquellos que se encuentren en las ciudades de ahí abajo, que acabarán reducidas a polvo. Tengo la sensación de que este no es el lugar ni el momento para que haga la elección de Jesús, pero ¿al menos se lo pensará, señor mío?

La respuesta del señor Lincoln le debió de resultar algo lenta al reverendo Harrigan, porque aquel personaje le hizo algo más a la mano que tenía sujetada a la espalda del señor Lincoln. El señor Lincoln dejó escapar un nuevo chillido, agudo y entrecortado.

—He dicho que si al menos se lo pensará.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—Que Dios lo bendiga, entonces suba al coche y aléjese de aquí. Vaya con Dios.

Harrigan soltó al señor Lincoln. El señor Lincoln se alejó de él con los ojos desorbitados y subió al coche. Segundos después enfilaba la Segunda Avenida... a toda velocidad.

Harrigan se volvió hacia Callahan y dijo:

—Los católicos van al infierno, páter Don. Idólatras, todos y cada uno de ellos, que se inclinan ante el culto a María. ¡Y ante el Papa! ¡No me haga hablar de él! Aunque he conocido a algunos católicos decentes, y no me cabe duda de que usted es uno de ellos. Puede que rece por usted para que cambie de fe. Y si ni aun así es posible, podría rezar por usted en su encuentro con las llamas. —Volvió la vista hacia la acera frente a lo que ahora parecía llamarse plaza Dag Hammarskjöld—. Creo que mis fieles se han dispersado.

—Lo siento —contestó Callahan.

Harrigan se encogió de hombros.

—De todas formas, la gente no acude a Jesús en verano —comentó con toda naturalidad—. Van a mirar unos cuantos escaparates y luego reinciden en sus pecados. El invierno es el momento para llevar a cabo una cruzada seria... tengo que llevarle a una pequeña iglesia que se reúne en establecimientos comerciales donde puede repartir sopa y escrituras calentitas en una noche fría. —Bajó la vista hacia los

pies de Callahan y añadió—: Parece que ha perdido una de sus sandalias, amigo papista.

Alguien les dio un bocinazo y un taxi sorprendente (a Callahan le pareció una novedosa versión de las viejas furgonetas Volkswagen) los esquivó dando un volantazo al tiempo que el pasajero les gritaba algo. Seguramente no sería cumpleaños feliz.

—Además, si no salimos de la calzada, puede que no tengamos bastante con la fe para estar a salvo.

CUATRO

—Él está bien —comentó Jake, dejando a Acho en el suelo—. Se me ha ido la pelota, ¿verdad? Lo siento.

—Completamente comprensible —le aseguró el reverendo Harrigan—. ¡Qué perro tan curioso! ¡Nunca he visto nada igual, alabado sea Cristo!

Y se agachó hacia Acho.

—Es una mezcla de razas —dijo Jake, tenso—, y no le gustan los extraños.

Acho demostró lo mucho que le desagradaban y desconfiaba de los extraños alzando la cabeza hasta la mano de Harrigan y agachando las orejas para ampliar la superficie susceptible de caricias. Sonrió al predicador como si fueran amigos de toda la vida. Entretanto, Callahan miró su alrededor. Era Nueva York, y en Nueva York la gente tenía cierta tendencia a preocuparse de sus asuntos y dejar que uno se preocupara de los suyos; aun así, Jake había desenfundado una pistola. Callahan no sabía cuánta gente lo había visto; lo que sí sabía era que solo hacía falta una persona para informar de aquello, tal vez a ese agente Benzyck que había mencionado Harrigan, y traerles problemas cuando menos se lo podían permitir.

Miró a Acho y pensó: «Hazme un favor y no digas nada, ¿de acuerdo? Puede que Jake consiga hacerte pasar por una nueva especie de corgi galés o de híbrido de pastor escocés, pero como empieces a hablar lo echarás todo por la borda. Así que hazme un favor y estate calladito».

—Buen muchacho —dijo Harrigan, y después de que el amigo de Jake milagrosamente no respondiera diciendo: «¡Acho!», el predicador se enderezó—. Tengo algo para usted, páter Don. Un momento.

—Señor, la verdad es que tenemos que...

—También tengo algo para ti, hijo, ¡alabado sea Cristo, cantemos al buen Señor! Pero, primero... no me llevará más que un segundo...

Harrigan corrió a abrir la puerta lateral de la vieja furgoneta Dodge antirreglamentariamente aparcada, se agachó dentro y rebuscó.

Callahan soportó aquello unos instantes, pero la sensación de que iban pasando los segundos se le hizo insopportable.

—Señor, lo siento, pero...

—¡Aquí están! —exclamó Harrigan, y salió de la furgoneta con los primeros dos dedos de la mano derecha metidos en los talones de un par de mocasines marrones desgastados—. Si calza menos de un 45, los podemos llenar con periódicos. Si calza un número mayor, entonces no está de suerte.

—Un 45 es justo lo que calzo —contestó Callahan, y aventuró un «alabado sea el Señor» así como un «gracias». En realidad iba más cómodo con un 44 o un 44 y medio, pero aquellos le iban bastante bien y se los calzó con genuina gratitud—. Y ahora hemos de...

Harrigan se volvió hacia el chico y dijo:

—La mujer a la que buscan tomó un taxi justo donde tuvimos nuestra pequeña refriega, y no hará más de una media hora. —Sonrió ante el repentino cambio de expresión de Jake; pasó de la confusión a la alegría—. Dijo que la otra estaba al mando, que sabrían quién era la otra y adónde la lleva.







—Ajá, al Dixie Pig —dijo Jake—. Entre Lex y la Sesenta y uno. Padre, todavía tendríamos tiempo de pillarla, pero solo si nos ponemos en marcha ya. Ella...

—No —lo interrumpió Harrigan—. La mujer que me habló (me habló dentro de la cabeza, alto y claro, alabado sea Cristo) dijo que primero tenían que ir al hotel.

—¿A qué hotel? —preguntó Callahan.

Harrigan señaló hacia la calle Cuarenta y seis, hacia el Plaza-Park Hyatt.

—Es el único que hay en el barrio... y vino de esa dirección.

—Gracias —respondió Callahan—. ¿Dijo por qué teníamos que ir allí?

—No —repuso Harrigan, con serenidad—. Creo que justo entonces la otra la pilló dando el soplo y la calló. ¡Luego, al taxi y en marcha!

—Hablando de marcharse... —comenzó Jake.

Harrigan asintió con un gesto de cabeza, pero también alzó un dedo en señal reprobatoria.

—¡Cómo no!, pero recuerden que las bombas de Dios van a caer. No hagan caso de las lluvias de bendiciones, ¡eso es para los peleles de los metodistas y los cerdos de los episcopalianos! ¡Van a caer las bombas! Y, chicos... —Se volvieron hacia él—. Sé que ustedes, amigos, son tan criaturas de Dios como yo, pues he percibido su sudor, alabado sea Cristo. Pero ¿qué me dicen de la señora? De las señoritas, pues en realidad creo que había dos. ¿Qué me dicen de ellas?

—La mujer que vio va con nosotros —respondió Callahan, tras meditarlo unos instantes—. No le pasa nada.

—Eso lo dudo —repuso Harrigan—. El Libro dice, alabado sea el Señor y su divina palabra: guárdate de la mujer extraña pues sus labios destilan miel, pero sus pies descienden a la muerte y sus pasos conducen al Seol. Aleja de ella tu camino, y no te acerques a la puerta de su casa. —Había alzado una mano nudosa en un gesto de bendición mientras ofrecía aquella perorata. A continuación, la bajó y se encogió de hombros—. No es exacto, ya no tengo la memoria para las escrituras que tenía cuando era joven y predicaba la Biblia a gritos con mi padre, en el Sur, pero creo que han cogido el sentido.

—El Libro de los Proverbios —apuntó Callahan.

Harrigan asintió con la cabeza.

—Capítulo cinco, cantemos a Dios.

A continuación, se dio media vuelta y contempló el edificio que se alzaba hasta el cielo nocturno. Jake se puso en marcha, pero Callahan lo hizo detenerse tocándole en el hombro... aunque, cuando Jake enarcó las cejas, Callahan solo supo sacudir la cabeza. No, no sabía por qué. Lo único que sabía era que todavía no habían acabado con Harrigan.

—Esta es una ciudad infestada de pecado y padece de transgresión —dijo, al fin, el predicador—. Sodoma en la valva de un molusco, Gomorra en una galleta integral, listas para la bomba de Dios que seguramente caerá de los cielos, cantemos aleluya, cantemos al buen Jesús y que se oiga ese amén. Pero este es un buen lugar, un buen

lugar. ¿Ustedes no lo sienten, muchachos?

—Sí —contestó Jake.

—¿Lo oyen?

—Sí —respondieron Jake y Callahan al unísono.

—¡Amén! Pensaba que se acabaría cuando echaron abajo la pequeña charcutería que había ahí hace muchos años. Pero no fue así. Esas voces angelicales...

—Así habla Gan a lo largo del Haz —dijo Jake.

Callahan se volvió hacia él y vio que el chico tenía la cabeza ladeada y una expresión embelesada en el rostro.

—Así habla Gan con la voz de los can calah, a los que algunos llaman ángeles. Gan niega a los can toi; con el corazón alegre de los libre de culpas, niega al Rey Carmesí y a la propia Discordia.

Callahan lo miraba con ojos desorbitados —aterrados—, pero Harrigan asentía con la cabeza con total naturalidad, como si ya lo hubiera oído antes. Tal vez así era.

—Después de la charcutería hubo un solar, y luego construyeron esto: el número 2 de la plaza Dag Hammarskjöld, y pensé: «Bueno, eso le pondrá punto y final y seguiré mi camino, pues la atadura de Satán es fuerte y sus pezuñas dejan profundas marcas en el suelo, allí donde flor alguna se abrirá ni crecerá el grano». ¿Por qué no cantamos siii-lah? —Alzó los brazos al tiempo que sus nudosas manos de anciano, vueltas hacia el cielo en ese gesto inmemorial de plegaria y rendición, le temblaban a causa de los avances del parkinson—. Sin embargo, sigue cantando —concluyó, y bajó los brazos.

—Silah —murmuró Callahan—. Dice verdad, decimos gracias.

—Es una flor —continuó Harrigan—, pues en una ocasión entré para echar un vistazo. En el vestíbulo, que alguien lance un aleluya, digo que en el vestíbulo, entre las puertas de la calle y los ascensores que llevan a esos pisos de arriba donde Dios sabe cuánta jodienda remunerada se lleva a cabo, hay un pequeño jardín que crece a la luz del sol que se cuela por los ventanales, un jardín tras cordones de terciopelo, y el cartel reza: DONADO POR LA TET-CORPORATION EN HONOR A LA FAMILIA DELAZ Y EN MEMORIA A GILEAD.

—¿De verdad? —preguntó Jake, y su rostro se iluminó con una sonrisa de complacencia—. ¿Está seguro de lo que dice, sai Harrigan?

—Chico, que me muera si miento. ¡Bomba de Dios! Y en medio de todas esas flores, allí crece una solitaria rosa silvestre, tan bella que la vi y lloré como los que se encontraban junto a los ríos de Babilonia, junto al gran río que atraviesa Sión. Y los hombres que iban y venían, esos con sus maletines abarrotados de obras satánicas, muchos de ellos también lloraban. Lloraban y seguían con su puterío como si no les importara.

—Les importa —aseguró Jake, con un hilo de voz—. ¿Sabe lo que creo, señor Harrigan? Creo que la rosa es un secreto que guardan en sus corazones y que si alguien la amenazara, la mayoría de ellos lucharían para protegerla. Tal vez hasta la

muerte. —Levantó la vista hacia Callahan—. Padre, tenemos que irnos.

—Sí.

—No es mala idea —convino Harrigan—, pues mis ojos ven que el agente Benzyck está de vuelta y sería mejor que os hubierais ido cuando llegue aquí. Me alegra de que tu amiguito peludo haya salido ilesos, hijo.

—Gracias, señor Harrigan.

—Alabado sea el Señor, tiene lo mismo de perro que yo, ¿verdad?

—Sí, señor —confesó Jake, sonriendo de oreja a oreja.

—Guardaos de esa mujer, chicos. Me metió una idea en la cabeza y a eso lo llamo brujería. Y era dos mujeres.

—Los gemelos dicen *twim*, ea —dijo Callahan, y acto seguido (sin saber que iba a hacerlo hasta que lo hizo) dibujó la señal de la cruz ante el predicador.

—Gracias por su bendición, pagana o no —dijo Earl Harrigan, claramente conmovido. A continuación, se volvió hacia el agente del Departamento de Policía de Nueva York y lo llamó alegremente—: ¡Agente Benzyck! Me alegra de verle, ¡pero si lleva un poco de mermelada ahí, en el cuello, alabado sea Dios!

Y mientras el agente Benzyck examinaba la mermelada del cuello de su uniforme, Jake y Callahan se escabulleron.

CINCO

—¡Guaau! —exclamó Jake en un susurro, mientras caminaban hacia la marquesina del hotel intensamente iluminada por debajo.

De una limusina blanca, que doblaba con facilidad el tamaño de cualquier otra que Jake hubiera visto antes (y había visto unas cuantas; en una ocasión, su padre incluso le había llevado en una a la entrega de los Emmy), bajaban sonrientes hombres de frac y mujeres con vestidos de noche. Salían del coche en lo que parecía un torrente continuo.

—Lo mismo digo —convino Callahan—. Es como estar en una montaña rusa, ¿verdad?

—Se supone que ni siquiera deberíamos estar aquí. Esto era trabajo de Roland y de Eddie. Se suponía que nosotros debíamos de ir a ver a Calvin Torre.

—Por lo visto, algo tenía otros planes.

—Pues debería de haberlo pensado dos veces —contestó Jake, con pesimismo—. ¿Un niño y un cura que entre los dos no suman más que una pistola? Es de risa. ¿Qué posibilidades tenemos de salir vivos si el Dixie Pig está lleno de vampiros y hampones matando el tiempo en su día libre?

Callahan no respondió a aquello, aunque le aterrorizaba la posibilidad de tener que tratar de rescatar a Susannah del Dixie Pig.

—¿Qué era todo eso del Gan que estuviste soltando?

Jake sacudió la cabeza.

—No lo sé... apenas recuerdo lo que dije. Creo que es parte del toque, padre. ¿Y sabe de quién creo que lo he recibido?

—¿De Mia?

El chico asintió con la cabeza. Acho trotaba suavemente tras sus talones; el largo morro apenas tocaba la pantorrilla de Jake.

—Y también recibo algo más. No dejo de ver a un hombre negro en una celda. Suena una radio que le informa de que toda esta gente está muerta: los Kennedy, Marilyn Monroe, George Harrison, Peter Sellers, Isaac Rabin (quienquiera que sea)... Creo que podría tratarse de la prisión de Oxford, en Mississippi, donde retuvieron a Odetta Holmes durante un tiempo.

—Pero lo que ves es un hombre. No a Susannah, sino a un hombre.

—Sí, con bigote de cepillo, y lleva unas extrañas gafitas de montura dorada, como uno de esos magos de los cuentos de hadas.

Se detuvieron junto al cerco de luz que irradiaba la entrada del hotel. Un portero que lucía una chaqueta verde con faldones sopló con fuerza huracanada el pequeño silbato plateado para dar el alto a un taxi.

—¿Crees que es Gan? ¿El tipo negro de la celda es Gan?

—No lo sé. —Jake sacudió la cabeza frustrado—. También hay algo sobre el Dogan, pero está todo mezclado.

—Y te viene del toque.

—Sí, pero no de Mia o de Susannah o de usted o de mí. Creo... —Jake bajó la voz—. Creo que lo mejor es que descubra quién es ese hombre negro y qué significa para nosotros porque me temo que lo que estoy viendo proviene de la misma Torre Oscura. —Miró a Callahan con solemnidad—. En cierto modo, nos estamos acercando mucho a ella, y por eso es tan peligroso que el ka-tet esté dividido como lo está.

—En cierto modo, casi estamos allí.

SEIS

Jake se hizo con el mando con naturalidad desde el momento en que puso un pie en las puertas giratorias con Acho en los brazos y dejó al bilibrambo en el suelo embaldosado del vestíbulo. Callahan creía que el chico ni siquiera se había dado cuenta y que tal vez aquello fuera lo mejor. Si acababa siendo consciente del papel que asumía, su confianza podría hacerse trizas.

Acho olisqueó con delicadeza su propio reflejo en una de las paredes de cristal verde del vestíbulo y luego siguió a Jake hasta el mostrador de recepción al tiempo que sus pezuñas tintineaban levemente sobre las baldosas de mármol blancas y negras. Callahan caminaba a su lado, consciente de que estaba contemplando el

futuro y tratando de no abrir los ojos como platos de manera demasiado llamativa.

—Estuvo aquí —sentenció Jake—. Padre, casi la puedo ver. A ambas, a ella y a Mia.

Antes de que Callahan pudiera responder, Jake se encontraba junto al mostrador de recepción.

—Ruego que me disculpe, señora —dijo—. Me llamo Jake Chambers. ¿Tiene algún mensaje o paquete o cualquier otra cosa para mí? Podría ser de parte de Susannah Dean o tal vez de una tal señorita Mia.

La mujer se inclinó para estudiar a Acho con cierto recelo durante unos segundos. Acho la miró con una sonrisa risueña que dejó a la vista un montón de dientes. Tal vez aquello inquietara a la recepcionista, porque se apartó con el ceño fruncido y examinó la pantalla del ordenador.

—¿Chambers? —preguntó.

—Sí, señora —respondió, utilizando su mejor voz de trato con adultos. Había pasado mucho tiempo desde que había necesitado utilizarla, pero Jake descubrió que seguía allí y a mano.

—Tengo algo para ti, pero no es de una mujer. Es de alguien llamado Stephen King. —Sonrió—. ¿Supongo que no será el famoso escritor? ¿Lo conoces?

—No, señora —contestó Jake, e intercambió con Callahan una mirada de reojo.

Ninguno de los dos había oído hablar de Stephen King hasta hacía poco, pero Jake comprendió por qué la sola mención del nombre podría ponerle los pelos de punta a su actual compañero de viaje. Parecía que en aquellos momentos Callahan conservaba todos los pelos en su sitio, pero había apretado los labios hasta que formaron una única y delgada línea.

—Bueno —dijo la recepcionista—, supongo que es un nombre bastante común, ¿no? Seguramente hay Stephen Kings normales y corrientes por todo Estados Unidos que desearían que el tipo... no sé... se tomara un descanso.

Dejó escapar una risita nerviosa y Callahan se preguntó qué la habría agitado tanto. ¿Acho, quien cuento más lo mirabas menos se parecía a un perro? Tal vez, pero Callahan creyó que probablemente fuera algo que tuviera que ver con Jake, algo que susurrara «peligro». Tal vez incluso «pistolero». Lo cierto era que había algo en él que lo diferenciaba de los demás chicos. Mucho. Callahan lo recordó desenfundando la Ruger del agarradero y plantándola bajo la nariz del pobre taxista. «¡Dime que conducías demasiado rápido y que casi atropellas a mi amigo!», había gritado con el dedo blanco en el gatillo. «¡Dime que no quieres morir aquí, en la calle, con un agujero en la cabeza!».

¿Era así como reaccionaba un crío de doce años ante un accidente? Callahan creía que no y pensó que la recepcionista tenía razón en estar nerviosa. En cuanto a él, Callahan se dio cuenta de que se sentía un poco más animado en cuanto a las posibilidades que tenían de salir vivos del Dixie Pig. No muchas, pero alguna que otra.

Jake, tal vez intuyendo que pasaba algo raro, dedicó a la recepcionista una de sus sonrisas más radiantes destinadas a los adultos; sin embargo, a Callahan se le antojó similar a las de Acho: demasiados dientes.

—Un segundo —se disculpó la recepcionista, dándole la espalda.

Jake intercambió con Callahan una mirada que decía: «¿Qué le pasa?». Callahan se encogió de hombros y abrió las manos.

La recepcionista se dirigió a un armario a su espalda, lo abrió, rebuscó en el contenido de una caja que había guardada dentro y regresó al mostrador con un sobre que llevaba estampado el logo del Plaza-Park. El nombre de Jake —y el de alguien más— había sido escrito en la parte del destinatario con una letra a medio camino entre la caligráfica y la de imprenta:

*Jake Chambers
Esta es la verdad*

Lo deslizó por el mostrador hasta Jake, con cuidado de no tocarlo con los dedos.

Jake lo cogió y palpó el sobre cuan largo era. Dentro había un trozo de papel. Y también algo más: una placa fina y dura. Rasgó el sobre y extrajo el papel. Dentro estaba el fino rectángulo de plástico blanco de una llave de hotel. Habían escrito la nota en un papel de carta cuyo descarado encabezado rezaba: LLAMANDO A TODOS LOS FANFARRONES. El mensaje en sí solo constaba de tres líneas:

Tatachín, tatachán, no te preocupes, la llave tienes ya.

¡Dada chajo, dada choja, mírala, Jake! ¡La llave es roja!

Jake miró la llave de plástico y vio que, de forma abrupta, el color se desvanecía en un remolino y que casi de inmediato tomaba el tono de la sangre.

«No podía ser roja hasta que leyera la hoja», pensó Jake, sonriendo ante el toque de acertijo que conllevaba la idea.

Levantó la vista para ver si la recepcionista había apreciado la transformación de la llave de plástico, pero esta había encontrado algo que había requerido su atención al final del mostrador. Y Callahan estaba observando a un par de mujeres que acababan de entrar con aire despreocupado. Puede que fuera clérigo, reflexionó Jake, pero tal como se le iban los ojos detrás de las mujeres parecía que la vista le funcionaba bastante bien.

Jake devolvió la suya al pedazo de papel a tiempo de leer la última línea:

Dada cheva, dada chave, de plástico dale al chico una llave.

Un par de años atrás, por Navidades, sus padres le habían regalado un juego de química. Siguiendo las instrucciones del manual, había conseguido cierta cantidad de tinta invisible. Las palabras que había escrito con aquello se habían desvaído casi con tanta rapidez como estas lo estaban haciendo en ese momento. Sin embargo, la diferencia estribaba en que con la tinta china del juego de química, aún se conseguía leer el mensaje escrito si uno miraba con atención, pero esta se había desvaído de verdad y Jake sabía por qué. Había cumplido su cometido; ya no se la necesitaba. Ídem de ídem la línea sobre lo de la llave roja, casi seguro que aquella también estaba desvayéndose. Solo quedaba la última línea, como si fuera necesario que recordara:

Tatachín, tatachán, no te preocunes, la llave tienes ya.

¿Stephen King había enviado aquel mensaje? Jake lo dudaba. Era más probable que uno de los otros participantes en el juego —tal vez incluso Roland o Eddie— hubiera utilizado su nombre para llamar su atención. Además, desde que había llegado allí se había topado con un par de cosas que lo habían animado enormemente. La primera era el canto continuo de la rosa. Lo cierto es que era más fuerte que nunca, incluso a pesar de que hubieran construido un rascacielos en el solar. La segunda era que, por lo visto, Stephen King seguía vivo veinticuatro años después de crear al compañero de viaje de Jake. Y ya no era solo un escritor, sino un escritor famoso.

Genial. Por el momento las cosas seguían precariamente su curso.

Jake agarró al padre Callahan del brazo y lo condujo hacia la tienda de regalos y la música que provenía del piano del bar. Acho los siguió caminando sin hacer ruido a la altura de la rodilla de Jake. Descubrieron una hilera de cabinas de teléfono a lo largo de la pared.

—Cuando responda la operadora —dijo Jake—, dígale que quiere hablar con su amiga Susannah Dean, o con la amiga de esta, Mia.

—Me pedirá el número de habitación —repuso Callahan.

—Dígale que lo olvidó, pero que está en la décimo novena planta.

—¿Cómo...?

—Estará en la décimo novena, confíe en mí.

—Ya lo hago —contestó Callahan.

El teléfono sonó un par de veces y, a continuación, la operadora le preguntó en qué podía ayudarle. Callahan se lo dijo. Le pasaron y, en alguna habitación de la planta décimo novena, un teléfono comenzó a sonar.

Jake vio que el padre comenzaba a hablar y que acto seguido se disponía a escuchar de nuevo con una ligera y desconcertada sonrisa en el rostro. Al cabo de unos instantes, colgó.

—¡Un contestador automático! —exclamó—. ¡Tienen un contestador automático que recoge las llamadas de los huéspedes y que las deja grabadas en un mensaje!

¡Qué gran invento!

—Sí —convino Jake—. Da igual, sabemos seguro que está fuera y bastante seguro que no ha dejado a nadie a cargo de su artilla. Pero, por si acaso... —Se dio unos golpecitos en el delantero de la camisa bajo la que en aquellos momentos ocultaba la Ruger.

Mientras atravesaban el vestíbulo en dirección a los ascensores, Callahan dijo:

—¿Qué vamos a hacer en su habitación?

—No lo sé.

Callahan le puso la mano en el hombro.

—Creo que sí que lo sabes.

Las puertas del ascensor del medio se abrieron y Jake entró seguido de Acho, que le pisaba los talones. Callahan los siguió, pero Jake pensó que, de repente, arrastraba un poco los pies.

—Tal vez —reconoció Jake, en cuanto comenzaron a subir—, y tal vez usted también.

Callahan sintió el estómago súbitamente pesado, como si acabara de levantarse de una comida pantagruélica. Supuso que el peso adicional se debía a la angustia.

—Creía que me había deshecho de ella —dijo—. Cuando Roland se la llevó de la iglesia, pensé que me había deshecho de ella de una vez por todas.

—Mala hierba nunca muere —contestó Jake.

OCHO

Estaba dispuesto a probar la llave roja y única en todas las puertas de la décimo novena planta si era necesario, pero Jake sabía que la 1919 era la correcta incluso antes de llegar a ella. Callahan también, y una película de sudor le perló la frente. Una película fina y cálida que le daba una sensación febril.

Incluso Acho lo sabía. El brambo gimió inquieto.

—Jake, pensémoslo bien —dijo Callahan—. Esa cosa es peligrosa. Peor, es maligna.

—Por eso tenemos que hacernos con ella —contestó Jake con paciencia.

Se plantó delante de la 1919, haciendo repicar los dedos sobre la llave de plástico. Del otro lado de la puerta —y por debajo y a través de ella— llegaba un ronroneo espantoso, como si se tratara de la voz cantarina de un perturbado apocalíptico. Mezclado se apreciaba el tintineo descompasado de unas campanillas. Jake sabía que la bola tenía el poder de hacer entrar en exotransito y que en aquellos parajes sombríos y en su práctica totalidad carentes de puertas era muy posible acabar olvidado para siempre. Incluso si se encontraba un camino hacia otra versión de la Tierra, la envolvería una oscuridad extraña, como si el sol siempre estuviera al borde de un eclipse total.

—¿La has visto? —preguntó Callahan.

Jake sacudió la cabeza.

—Yo sí —continuó Callahan con un hilo de voz, y se limpió el sudor de la frente con el brazo. Las mejillas se le habían vuelto pesadas—. Contiene un ojo; creo que es el ojo del Rey Carmesí. Creo que es una parte de él atrapada para la eternidad, y perturbada. Jake, llevar esa bola a un lugar repleto de vampiros y hampones (siervos del Rey) sería como regalarle una bomba atómica a Hitler por su cumpleaños.

Jake sabía de sobra que la Trece Negra era capaz de causar grandes daños, tal vez sin fin. Sin embargo, también sabía algo más.

—Padre, si Mia dejó la Trece Negra en esta habitación y ahora se encamina hacia donde se encuentran los hampones, pronto se enterarán y vendrán a por ella en uno de esos cochazos llamativos en menos de lo que canta un gallo.

—¿No se la podemos dejar a Roland? —preguntó Callahan, con abatimiento.

—Sí —contestó Jake—. Es tan buena idea como mala llevarla al Dixie Pig, pero no la podemos dejar aquí.

Y acto seguido, antes de que Callahan pudiera añadir nada más, Jake introdujo la llave de plástico roja en la ranura que había en la parte superior del pomo. Se oyó un clic y la puerta se abrió de par en par.

—Acho, quédate aquí fuera, junto a la puerta.

—¡Ake!

Se sentó, enrolló la cola de garabato de dibujo animado alrededor de sus pezuñas y miró a Jake con ojos angustiados. Antes de que entraran, Jake agarró con una mano fría la muñeca de Callahan y lo puso sobre aviso de algo sobrecogedor:

—Tenga cuidado con su mente.

NUEVE

Mia había dejado las luces encendidas y aun así, desde su partida, una extraña oscuridad se había adueñado de la habitación 1919 con sigilo. Jake la tomó por lo que era: la oscuridad del exotransito. La canción ronroneante del perturbado y el tintineo sordo de las campanillas procedían del armario.

«Está despierta —pensó con creciente angustia—. Antes dormía (al menos dormitaba), pero todo este movimiento a su alrededor la ha despertado. ¿Qué hago? ¿La caja y la bolsa de los bolos son lo bastante seguras? ¿Tengo que hacer para asegurarla aún más? ¿Algún encantamiento, algún sigul?».

Al tiempo que Jake abría la puerta del armario, Callahan se descubrió ejerciendo toda la fuerza de su voluntad —que era considerable— para no salir corriendo. Aquel zumbido atonal y el esporádico tintineo de las campanillas en el fondo le herían los oídos, la mente y el corazón. Recordó la estación de paso y sus chillidos cuando el hombre de la capucha abrió la caja. ¡Qué brillante era lo que había dentro!

Descansaba sobre terciopelo rojo... y giró. Lo había mirado; toda la locura maligna del universo estaba concentrada en aquella mirada incorpórea y lasciva.

«No voy a salir corriendo. No voy a hacerlo. Si el chico puede quedarse, yo también».

Ay, pero el chico era un pistolero y aquello suponía una gran diferencia. Era algo más que hijo del ka, también era hijo de Roland de Gilead, su hijo adoptivo.

«¿No ves lo pálido que está? ¡Está tan asustado como tú, por amor de Dios! ¡No pierdas la compostura, hombre!».

Quizá fuera perverso, pero observar la extrema palidez de Jake lo tranquilizó. Cuando un pequeño fragmento de una canción tonta le vino a la mente y la comenzó a canturrear para sus adentros, se serenó algo más.

—Vueltas y más vueltas a la morera —canturreó en un susurro—, el mono atrapó a la comadreja... el mono creyó que todo era de broma...

Jake, más calmado, abrió el armario. Dentro había una caja fuerte. Probó con el 1919 y no ocurrió nada. Esperó unos instantes para que el mecanismo de la caja volviera a su posición inicial, se limpió el sudor de la frente con ambas manos (le temblaban) y volvió a intentarlo. En esta ocasión probó con el 1999 y la caja se abrió.

El zumbido de la Trece Negra y el tintineo de contrapunto de las campanillas del exotránsito aumentaron. Era como si unos dedos helados les tentaran la cabeza.

«Y te puede enviar a otros lugares —pensó Callahan—. Lo único que tienes que hacer es bajar la guardia un instante... abrir la bolsa... abrir la caja... y entonces... ¡oh, a qué lugares irías! ¡Zas, ahí va la comadreja!».

A pesar de que sabía que aquello era cierto, una parte de él quería abrir la caja. Deseaba hacerlo. Y él no era el único; mientras observaba, Jake se arrodilló delante de la caja de seguridad como un fiel ante un altar. Callahan se adelantó para impedir que cogiera la bolsa con un brazo que sintió increíblemente pesado.

«No importa si lo haces o no», le susurró una voz en la cabeza. Aquella voz inducía al sueño y era en extremo persuasiva. Sin embargo, Callahan siguió digiriéndose hacia Jake a quien agarró por el cuello de la camisa con unos dedos totalmente carentes de sensibilidad.

—No —dijo—. No lo hagas.

Su voz sonó abatida y desalentada, como si arrastrara las palabras. Cuando tiró de Jake para hacerlo a un lado, el chico pareció moverse a cámara lenta o como si estuviera bajo el agua. La habitación daba la impresión de estar iluminada por esa luz amarillenta y enfermiza que en ocasiones baña un paisaje antes de una tormenta devastadora. Cuando Callahan cayó de rodillas ante la caja fuerte abierta (fue como si el descenso hasta tocar suelo durara casi un minuto), oyó la voz de la Trece Negra, más potente que nunca. Le decía que matara al chico, que le abriera la garganta y que ofreciera a la bola un trago revitalizador de la sangre de su cálida vida. Después, al propio Callahan se le permitiría saltar por la ventana de la habitación.

«Me glorificarás durante el descenso hasta la calle Cuarenta seis», le aseguró la

Trece Negra, con voz serena y lúcida.

—Hágalo —suspiró Jake—. Sí, hágalo, a quién le importa.

—¡Ake! —ladró Acho, desde la puerta—. ¡Ake!

Los dos hicieron caso omiso.

Al tiempo que Callahan alargaba la mano para asir la bolsa, se descubrió recordando su encuentro final con Barlow, el vampiro rey —el Tipo Uno, según la jerga de Callahan— que había ido a parar al pequeño pueblo de Salem's Lot. Se descubrió recordando la confrontación con Barlow en la casa de Mark Petrie; a los padres de Mark tendidos en el suelo, muertos, a los pies del vampiro, con los cráneos machacados y sus cerebros racionales convertidos en gelatina.

«Mientras caes, te dejaré susurrar el nombre de mi rey —murmuró la Trece Negra—. El Rey Carmesí».

Cuando Callahan vio que sus manos asían la bolsa —hubiera lo que hubiese antes, MEDIO MUNDO JUEGA EN ESTAS PISTAS era lo que ahora había impreso en el lateral—, pensó en la luz sobrenatural con que había brillado su crucifijo al principio, la que había hecho retroceder a Barlow... y en que, a continuación, había comenzado a apagarse.

—¡Ábrala! —le urgió Jake—. ¡Ábrala, quiero verla!

Acho no dejaba de ladrar. Alguien gritó al fondo del pasillo: «¡Que se calle ese perro!», y también fue ignorado.

Callahan extrajo la caja de fustánima de la bolsa... la caja que había disfrutado de una temporada felizmente silenciosa oculta bajo el púlpito de su iglesia en Calla Bryn Sturgis. Ahora la abriría. Ahora observaría a la Trece Negra en todo su repelente esplendor.

Y luego moriría. Agradecido.

DIEZ

«Es triste ver cómo se derrumba la fe de un hombre», había dicho Kurt Barlow, el vampiro, y a continuación le había arrancado a Don Callahan la cruz apagada e inútil de la mano. ¿Por qué había podido hacerlo? Porque —observa la paradoja, plantéate el acertijo— el padre Callahan no había conseguido deshacerse de la cruz. Porque no había conseguido aceptar que la cruz no era más que un símbolo más de un poder mucho mayor, de un poder que fluía como un río bajo el universo, tal vez bajo miles de universos...

«No necesito símbolos —pensó Callahan. Y acto seguido—: ¿Por eso Dios me dejó vivir? ¿Me ofreció una segunda oportunidad para que aprendiera esa lección?».

Era posible, pensó mientras posaba las manos sobre la tapa de la caja. Las segundas oportunidades eran una de las especialidades de Dios.

—Amigos, tienen que hacer callar al perro —les advirtió la voz quejumbrosa de

una camarera de hotel, pero muy lejos. A continuación añadió—: *Madre de Dios*, ¿por qué esta esto tan oscuro? ¿Qué es ese... qué es ese... r... r...?

Quizás estaba tratando de decir «ruido». Si era así, no acabó de decirlo. Incluso Acho parecía resignado al hechizo del zumbido y el canto de la bola, pues abandonó las protestas (y su posición junto a la puerta) para entrar al trote en la habitación. Callahan supuso que la bestia quería estar al lado de Jake cuando llegara el fin.

El padre luchó por detener sus manos suicidas. Lo que había en la caja elevó el volumen de la canción del perturbado y las puntas de los dedos reaccionaron en respuesta. Acto seguido, recuperaron cierta calma. «Al menos cuento con esta victoria», pensó Callahan.

—No importa, lo haré yo —dijo la camarera, con voz narcótica y anhelante—. Quiero verla. ¡Dios! ¡Quiero cogerla!

Jake sintió que los brazos le pesaban una tonelada, pero se obligó a estirarlos para detener a la camarera, una hispana de mediana edad que no debía de pesar más de cincuenta kilos.

Del mismo modo que había pugnado para detener sus manos, Callahan pugnó por rezar.

«Señor, hágase tu voluntad. No se trata del alfarero sino de la arcilla del alfarero. Si no puedo hacer otra cosa, ayúdame a ceñirla entre mis brazos y a saltar por la ventana para destruir esa maldita cosa de una vez por todas. Sin embargo, si tu voluntad fuera la de ayudarme a aplacarla —la de devolverla al sueño—, entonces envíame tu fuerza. Y ayúdame a recordar...».

A pesar de lo hipnotizado que pudiera estar por la Trece Negra, Jake todavía no había perdido su toque. Extirpó el resto del pensamiento de la mente del padre y lo pronunció en alto, aunque cambiando la palabra que Callahan usaba por la que Roland les había enseñado.

—No necesito siguls —articuló Jake—. No se trata del alfarero sino de la arcilla del alfarero y ¡no necesito siguls!

—Dios —dijo Callahan. La palabra era tan pesada como una losa, pero en cuanto la hubo pronunciado, lo demás salió con menor esfuerzo—. Dios, si sigues ahí, si todavía me escuchas, soy Callahan. Te ruego que apliques esa cosa, Señor. Te ruego que la devuelvas al sueño. Te lo pido en el nombre de Jesús.

—En el nombre del Blanco —añadió Jake.

—¡Anco!

—Amén —concluyó la camarera con voz sedada y desconcertada.

Por unos instantes, el ronroneo de la canción del perturbado que procedía de la caja se elevó una nota más y Callahan comprendió que era inútil, que ni siquiera Dios todopoderoso podía hacer frente a la Trece Negra.

Y a continuación, calló.

—Gracias a Dios —susurró, y se dio cuenta de que tenía todo el cuerpo empapado en sudor.

Jake estalló en lágrimas y recogió a Acho del suelo. La camarera también comenzó a gimotear, pero no tenía a nadie que la consolara. Mientras el padre Callahan recubría la caja de fustánima con la tela metálica (y extrañamente pesada) de la bolsa de la bolera, Jake se volvió hacia ella y le dijo:

—Tiene que echarse una siesta, sai.

Fue lo único que se le ocurrió y funcionó. La camarera dio media vuelta y se dirigió hacia la cama. Se encaramó a esta, se estiró la falda sobre las rodillas y pareció caer inconsciente.

—¿Esa cosa permanecerá dormida? —preguntó Jake a Callahan en voz baja—. Porque... padre... nos ha ido de un pelo como para despreocuparnos.

Tal vez, pero la mente de Callahan parecía repentinamente liberada, más de lo que había estado en años. O quizás era el corazón lo que se había sacado un peso de encima. En cualquier caso, parecía tener la mente despejada mientras bajaba la bolsa de los bolos hasta las de limpieza en seco que había dobladas encima de la caja fuerte.

Mientras recordaba una conversación en el callejón de atrás de El Hogar. Frankie Chase, Magruder y él habían salido a fumar un cigarrillo. La charla había derivado hacia la salvaguarda de los objetos de valor en Nueva York, en especial ante una ausencia prolongada, y Magruder había dicho que el lugar más seguro de Nueva York donde guardar lo que fuera... el único lugar seguro...

—Jake, en la caja fuerte también hay una bolsa de platos.

—¿Orizas?

—Sí. Recógelos.

Mientras lo hacía, Callahan se acercó a la camarera que estaba en la cama y rebuscó en el bolsillo izquierdo de la falda del uniforme. Extrajo unas cuantas llaves de plástico, otras tantas normales y unos caramelos de menta de una marca de la que nunca había oído hablar: Altoids.

Le dio la vuelta; fue como dársela a un cadáver.

—¿Qué está haciendo? —le susurró Jake.

Había dejado a Acho en el suelo para poder echarse la bolsa de cáñamo forrada de seda al hombro. Era pesada, pero el lastre lo tranquilizó.

—Robándole, ¿a ti qué te parece? —contestó el padre, molesto—. Páter Callahan, de la Santa Iglesia Católica Romana, le está robando a una camarera de hotel. O lo haría, si tuviera alguna... ¡ah!

En el otro bolsillo estaba el pequeño fajo de billetes que esperaba encontrar. Cuando los ladridos de Acho llamaron su atención, la camarera estaba llevando a cabo la ronda de la limpieza que incluía limpiar el lavabo, correr las cortinas, hacer la cama y dejar lo que las camareras llamaban «caramelos de almohada». En algunas ocasiones, los huéspedes les daban una propina por el servicio. Aquella camarera llevaba encima dos de diez, tres de cinco y cuatro de uno.

—Te lo devolveré si nuestros caminos vuelven a cruzarse —le dijo Callahan a la

camarera inconsciente—. Si no, considéralo un servicio a Dios.

—Blaaanco —respondió la camarera, con el bisbiseo del que habla arrastrando las palabras mientras sigue dormido.

Callahan y Jake intercambiaron una mirada.

ONCE

Ya en el ascensor, Callahan llevaba la bolsa que contenía la Trece Negra y Jake, la que contenía los orizas. También llevaba el dinero, cantidad que en aquellos momentos sumaba un total de cuarenta y ocho dólares.

—¿Tendremos bastante? —fue su única pregunta después de oír el plan del padre para deshacerse de la bola, un plan para el que tendrían que hacer una nueva parada.

—Ni lo sé ni me importa —contestó Callahan. Hablaban en voz baja, como si fueran unos conspiradores, aunque en el ascensor no había nadie más que ellos—. Si puedo robarle a una camarera dormida, bajarme de un taxi sin pagar debería de ser un pan comido.

—Sí —convino Jake. Pensó que Roland había hecho algo más que robar a unos cuantos inocentes durante su búsqueda de la Torre; también había matado a unos cuantos—. Acabemos con esto y vayamos al Dixie Pig.

—¿Sabes? No tienes por qué preocuparte tanto —le aseguró Callahan—. Si la Torre se derrumba, serás de los primeros en enterarte.

Jake lo miró con detenimiento. Al cabo de unos instantes, Callahan esbozó una sonrisa; no pudo evitarlo.

—No tiene gracia, sai —se quejó Jake, y se enfrentaron a la oscuridad de aquella noche de principios de verano de 1999.

DOCE

Eran las nueve menos cuarto y todavía restaba un vestigio de luz sobre el Hudson cuando hicieron la primera de sus dos paradas. El taxímetro marcaba nueve dólares con cincuenta centavos. Callahan le tendió al taxista un billete de diez de la camarera.

—Tío, cuidao con lo que te estiras —dijo el taxista, con un fuerte acento jamaicano—. Me sabría muy mal que fueras a quedarte tieso.

—Pues tienes suerte de recibir algo, hijo —respondió Callahan, con amabilidad—. Estamos de turismo por Nueva York con un presupuesto muy ajustado.

—Igual que mi mujer —contestó el taxista, y siguió su camino.

Jake, mientras tanto, miraba hacia arriba.

—¡Guau! —se maravilló en voz baja—. Creo que había olvidado lo grande que es todo esto.

Callahan siguió su mirada y le urgió:

—Acabemos con esto. —Y a continuación, cuando se apresuraron a entrar—: ¿Qué recibes de Susannah? ¿Algo nuevo?

—Un hombre con una guitarra —respondió Jake—. Cantando... no sé. Y debería de saberlo. Es otra de esas coincidencias que no son coincidencias, como que el librero se llamara Torre o que el antro de Balazar se llamara «La torre inclinada». Es una canción... que debería de conocer.

—¿Algo más?

Jake sacudió la cabeza.

—Es lo último que recibí de ella, y eso fue después de subir al taxi al salir del hotel. Creo que ha entrado en el Dixie Pig y que ya no le puedo dar un toque.

Esbozó una leve sonrisa ante el juego de palabras involuntario. Callahan se desvió hacia el directorio del edificio en el centro del gigantesco vestíbulo.

—No te separes de Acho.

—No se preocupe.

A Callahan no le llevó demasiado tiempo localizar lo que estaba buscando.

TRECE

El cartel rezaba:

**CONSIGNAS PARA PERÍODOS LARGOS
10-36 MES.
UTILICE FICHAS
CONSERVE LA LLAVE
LA DIRECCIÓN NO SE HACE RESPONSABLE
DE LOS OBJETOS PERDIDOS!**

Deabajo, en un tablón de anuncios con un bastidor de cristal, había una lista de las normas y los reglamentos que ambos estudiaron con detenimiento. Bajo los pies sintieron el traqueteo de un metro. Callahan, quien no había estado en Nueva York desde hacía casi veinte años, no tenía ni idea de qué tipo de tren se trataba, adónde iba o a qué profundidad viajaba por los intestinos de la ciudad. Ya habían bajado dos niveles por las escaleras mecánicas, primero al de las tiendas y luego a aquel. La estación de metro aún quedaba más abajo.

Jake se cambió la bolsa de orizas al otro hombro y señaló la última línea de la nota del tablero.

—Nos harían un descuento si fuéramos propietarios —observó.

—¡Cuento! —gritó Acho, con rotundidad.

—Ea, chaval —convino Callahan—, y si el mar fuera vino, todo el mundo sería marino. No nos hace falta un descuento.

No les hacía falta. Tras atravesar un detector de metales (sin problemas con los orizas) y pasar junto a un guardia de seguridad que dormitaba sobre un taburete, Jake

decidió que una de las consignas más pequeñas —las del fondo, al lado izquierdo de la alargada habitación— darían cabida a la bolsa de MUNDO MEDIO JUEGA EN ESTAS PISTAS y la caja que llevaba dentro. El alquiler de la consigna por el máximo período de tiempo costaría veintisiete dólares. El padre Callahan introdujo los billetes con cuidado en las distintas ranuras de la máquina dispensadora de fichas, atento a cualquier fallo. De todas las maravillas y horrores que había visto durante el breve tiempo que había estado de vuelta en la ciudad (la bajada de bandera de dos dólares se incluía en lo último), en cierto modo aquello era lo más difícil de aceptar. ¿Una máquina expendedora que aceptaba billetes? La de tecnología sofisticada tenía que haber detrás de aquella máquina con su acabado de un marrón apagado y la señal que advertía a los clientes: ¡INSERTE LOS BILLETES CON LA CARA HACIA ARRIBA! El dibujo que acompañaba a la indicación mostraba a George Washington con la cara mirando hacia la izquierda, pero los billetes que Callahan metía en la máquina parecían funcionar independientemente del lado hacia el que estuviera mirando la cabeza. Siempre que el dibujo estuviera hacia arriba. Callahan casi sintió alivio cuando la máquina no funcionó una de las veces y se negó a aceptar un viejo y arrugado billete de dólar. Los de cinco, relativamente nuevos, se los tragó sin rechistar y dispensó pequeñas torrentes de fichas en la bandeja de la parte inferior. Callahan se hizo con tantas como le permitieron los veintisiete dólares, regresó hacia donde se encontraba Jake esperándolo y, a continuación volvió sobre sus pasos pues algo le había picado la curiosidad. Miró uno de los laterales de la sorprendente (es decir, al menos sorprendente para él) máquina tragacuartos. En la parte de abajo, en una serie de plaquitas, se encontraba la información que había estado buscando. Era una Change-Mak-R 2000, fabricada en Cleveland, Ohio, aunque un montón de empresas habían contribuido a su fabricación: General Electric, DeWalt Electronics, Showrie Electric, Panasonic y, al final, la más pequeña de todas, aunque allí de todas formas, North Central Positronics.

«La serpiente en el jardín —pensó Callahan—. Puede que Stephen King, ese tipo que por lo visto me creó, exista solo en un mundo, pero ¿qué te juegas a que North Central Positronics existe en todos? Claro, porque ese es el disfraz del Rey Carmesí, igual que Sombra, y que lo único que desea es lo que todos los déspotas ávidos de poder han deseado a lo largo de la historia: estar en todas partes, ser amos de todo y, básicamente, controlar el universo».

—O llevarlo a la oscuridad —murmuró.

—¡Padre! —lo llamó Jake, impaciente—. ¡Padre!

—Voy —contestó este, y se apresuró a reunirse con Jake con las manos llenas de fichas doradas y relucientes.

La llave salió de la consigna 883 después de Jake hubiera insertado nueve de las fichas, pero siguió introduciéndolas hasta que se acabaron las veintisiete. En ese momento, la pequeña ventanilla de cristal bajo el número de la consigna se volvió roja.

—Hasta el tope —dijo Jake con satisfacción.

Seguían hablando en voz baja, como si por allí hubiera un bebé al que no debieran despertar, y lo cierto es que aquella estancia alargada y cavernosa estaba sumida en un silencio sepulcral. Jake supuso que durante la semana laboral, a las ocho de la mañana y a las cinco de la tarde, aquello sería una locura: gente yendo y viniendo de un lado al otro procedente de la estación de metro de más abajo y algunos dejando sus bártulos en las consignas para períodos cortos que funcionaban con monedas. En aquellos momentos, a través del hueco de las escaleras mecánicas, únicamente se distinguía el fantasmagórico rumor de las conversaciones entabladas en las pocas tiendas que seguían abiertas en la galería comercial y el traqueteo de un nuevo vagón de metro que se acercaba. Callahan introdujo la bolsa de los bolos en el pequeño hueco. La deslizó lo más adentro que pudo mientras Jake lo miraba angustiado. A continuación, cerró la consigna y Jake le dio la vuelta a la llave.

—Bingo —exclamó Jake, metiéndose la llave en el bolsillo—. ¿Dormirá? —preguntó a continuación, intranquilo.

—Eso creo —contestó Callahan—. Como lo hacía en la iglesia. Si se rompe otro Haz, podría despertarse y causar problemas, aunque si cede otro Haz...

—Si cede otro Haz, unos cuantos problemas serán lo de menos —Jake acabó la frase por él.

Callahan asintió con un gesto de cabeza.

—Lo que pasa es que... bueno, ya sabes a donde vamos. Y ya sabes lo que casi seguro que vamos a encontrarnos allí.

Vampiros. Hampones. Tal vez otros siervos del Rey Carmesí. Probablemente a Walter, el hombre encapuchado de negro quien a veces cambiaba de apariencia y se hacía llamar Randall Flagg. Tal vez incluso al propio Rey Carmesí.

Sí, Jake lo sabía.

—Si tú tienes el toque —añadió Callahan—, hemos de asumir que algunos de ellos también lo tendrán. Es posible que pudieran sacar este lugar (y el número de la consigna) de nuestras mentes. Vamos a entrar allí y vamos a tratar de rescatarla, pero tenemos que reconocer que las probabilidades de fracaso son bastante altas. Nunca en mi vida he disparado un arma y tú no eres, perdóname, Jake, pero no eres lo que podría llamarse un veterano curtido en el campo de batalla.

—He hecho mis pinitos —repuso Jake. Estaba pensando en su encuentro con el Chirlas. Y en los lobos, por supuesto.

—Esto tiene todos los números para ser diferente —insistió Callahan—. Lo que quiero decir es que tal vez no sería demasiado bueno que nos cogieran vivos. Si se da el caso. ¿Lo entiendes?

—No se preocupe —contestó Jake, con una espeluznante tranquilidad—. No se preocupe por eso, padre. No lo harán.

QUINCE

Volvían a encontrarse en el exterior, buscando un taxi. Gracias a las propinas de la camarera del hotel, Jake calculó que les quedaba el dinero justo para que les llevaran al Dixie Pig. Y tenía la impresión de que una vez que entraran en el Pig, el dinero ya no les haría ninguna falta (ni cualquier otra cosa).

—Ahí viene uno —dijo Callahan, y agitó el brazo de un lado al otro.

Jake, mientras tanto, volvió la mirada hacia el edificio del que acababan de salir.

—¿Seguro que ahí estará segura? —le preguntó a Callahan, mientras el taxi daba un volantazo para dirigirse hacia ellos, apremiando a incansables bocinazos a un coche que iba a paso de tortuga que se interponía entre su pasaje y él.

—Según mi viejo amigo Magruder, este es el lugar más seguro de Manhattan donde guardar algo —contestó Callahan—. Cincuenta veces más seguro que las consignas de Penn Station o Grand Central, según él... y además, aquí te dan la opción de guardarla largo tiempo. Es posible que haya otros lugares como este en Nueva York, pero ya no estaremos aquí cuando abran... de un modo u otro.

El taxi pegó un frenazo. Callahan le abrió la puerta a Jake, y Acho saltó detrás discretamente. Callahan le concedió un último vistazo a las torres gemelas del World Trade Center antes de subir.

—Ahí se queda hasta junio de 2002, a no ser que alguien entre y la robe.

—O que el edificio se derrumbe —apuntó Jake.

Callahan rio, aunque por el tono de Jake no parecía que este hubiera bromeado.

—Eso no ocurrirá nunca. Y si así fuera... bueno, ¿una bola de cristal bajo ciento diez pisos de cemento y cristal? ¿Aunque sea una bola de cristal llena de magia poderosa? Creo que sería una forma de deshacerse de esa cosa infame.

DIECISÉIS

Jake le había pedido al taxista que los dejara en Lexington con la Cincuenta y cinco para bajarse en la zona segura y, tras buscar la aprobación de Callahan, le tendió al saí todo lo que tenían menos los dos últimos dólares.

En la esquina de la calle Lex y la Sesenta, Jake señaló un corrillo de colillas aplastadas en la acera.

—Ahí estaba —señaló—. El hombre que tocaba la guitarra.

Se agachó, recogió una de las colillas y la sostuvo en la palma de la mano unos instantes. A continuación, asintió con un gesto de cabeza, sonrió sin alegría y se recolocó el asa que llevaba al hombro. Los orizas tintinearon débilmente dentro de la

bolsa de cáñamo. Jake los había contado en el asiento de atrás del taxi y no se había sorprendido al descubrir que había diecinueve, ni uno más ni uno menos.

—No me extraña que Susannah se detuviera —dijo Jake, tirando la colilla y limpiándose la mano en la camisa.

De súbito se puso a cantar, con un hilo de voz, pero con oído: «Soy hombre... de penar constante... No hay día... que los problemas no me hayan acompañado... Tengo que coger el ferrocarril del norte... Tal vez subiré... al próximo tren»^[5].

Callahan, ya de por sí intranquilo, sintió que los nervios se le crispaban aún más. Reconoció la canción sin duda alguna. Aunque cuando Susannah la había cantado aquella noche en el Pabellón —la misma noche que Roland se había ganado los corazones del Calla al bailar el commala más bravío que muchos habían visto en siglos— ella había sustituido al «hombre» por una mujer.

—Le dio dinero —continuó Jake, con voz somnolienta—. Y le dijo...

Mantuvo la cabeza gacha, mordiéndose el labio, devanándose los sesos. Acho lo miraba ensimismado. Callahan tampoco lo interrumpió; acababa de comprender algo: Jake y él iban a morir en el Dixie Pig. Caerían peleando, pero iban a morir allí.

Y pensó que no le importaba morir. La pérdida del chico le partía el corazón a Roland... pero seguiría adelante. Mientras la Torre Oscura aguantara en pie, Roland seguiría adelante.

Jake levantó la vista.

—Dijo: «Recuerda la lucha».

—¿Susannah?

—Sí. Ella pasó al frente. Mia la dejó. Y la canción conmovió a Mia. Lloró.

—¿Dices verdad?

—Verdad. Mia, hija de nadie, madre de uno. Y mientras Mia estaba distraída... con los ojos anegados en lágrimas...

Jake miró a su alrededor. Acho también miró a su alrededor, como si no buscara nada, solo para imitar a su idolatrado Ake. Callahan recordaba aquella noche en el Pabellón. Las luces. El modo en que Acho se había puesto en pie sobre las patas traseras y había hecho una reverencia ante las yentes. Susannah, cantando. Las luces. El baile. Roland bailando el commala a la luz de las antorchas; luces de colores. Roland bailando bajo la luz blanca. Siempre Roland; y al final, después de que todos los demás hubieran caído, aniquilados uno tras otro por aquellos movimientos insólitos, Roland sobrevivió.

«Puedo vivir con eso —pensó Callahan—. Y también morir».

—¡Dejó algo, pero ya no está! —exclamó Jake, con voz angustiada, al borde de las lágrimas—. Alguien debe de haberlo encontrado... o tal vez el guitarrista vio cómo lo dejaba y se lo llevó... ¡esta puta ciudad! ¡La gente roba lo que sea! ¡Ah, mierda!

—Déjalo.

Jake volvió su rostro pálido, cansado y asustado hacia Callahan.

—¡Nos dejó algo y lo necesitamos! ¿No se da cuenta de las escasas probabilidades de éxito que tenemos?

—Sí. Jake, si quieres echarte atrás, ahora es el momento.

El chico sacudió la cabeza sin vacilar, sin la menor duda, y Callahan se sintió orgulloso de él.

—Vamos, padre —dijo.

DIECISIETE

Volvieron a detenerse en la esquina de Lex con la Sesenta y uno. Jake señaló hacia el otro lado de la calle. Callahan vio el toldo verde y asintió con la cabeza. Tenía dibujado un cerdo de matanza que sonreía feliz a pesar de que lo habían asado hasta obtener un tono rojizo brillante. En la colgadura del toldo se leía: THE DIXIE PIG. En una hilera frente al restaurante había aparcadas cinco limusinas negras con luces adicionales que desprendían una luz amarillenta ligeramente borrosa en la oscuridad. Por primera vez, Callahan se dio cuenta de que una bruma se estaba deslizando por la avenida.

—Tenga —dijo Jake, y le tendió la Ruger. El chico rebuscó en sus bolsillos y sacó dos puñados de cartuchos que desprendieron un destello apagado bajo el omnipresente resplandor anaranjado de las farolas—. Póngaselos en el bolsillo de la camisa, padre, así los tendrá más a mano, ¿de acuerdo?

Callahan asintió con la cabeza.

—¿Nunca antes ha disparado un arma?

—No —confesó Callahan—. ¿Alguna vez has lanzado uno de esos platos?

Los labios de Jake se separaron para dibujar una sonrisa.

—Benny Slightman y yo nos llevamos un montón de platos de prácticas a la orilla del río y una noche hicimos una competición. Él no era muy bueno, pero...

—Déjame adivinar: tú sí.

Jake se encogió de hombros y acto seguido asintió con un gesto de cabeza. No tenía palabras para expresar lo bien que se había sentido al tener los platos en las manos, lo rematadamente bien. Aunque tal vez aquello fuera natural. Susannah también se había acostumbrado con rapidez y naturalidad al lanzamiento de orizas, tal como el padre Callahan había visto con sus propios ojos.

—Muy bien, ¿cuál es el plan? —preguntó Callahan.

Ahora que había decidido llegar hasta el final, estaba más que dispuesto a ceder el liderazgo al chaval. Después de todo, Jake era el pistolero.

El chico sacudió la cabeza.

—La verdad es que no hay ninguno —confesó este—. Primero entro yo y, justo detrás, usted. Una vez que hayamos cruzado la puerta, nos sepáramos y dejamos tres metros entre nosotros siempre que nos sea posible, padre... ¿lo entiende? Así no

importa cuántos sean o lo cerca que estén, nadie podrá atraparnos a los dos a la vez.

Aquellas eran las enseñanzas de Roland, y como tales las tomó Callahan. Asintió con un gesto de cabeza.

—Yo podré seguirla por el toque y Acho por el olor —continuó Jake—. Muévase a nuestro paso. Dispárele a todo lo que se mueva, sin vacilar, ¿comprendido?

—Sea.

—Si derriba algo que tenga cualquier cosa que se parezca a un arma, hágase con ella. Es decir, si puede recogerla por el camino. No podemos pararnos. Tenemos que darles duro. Tenemos que ser implacables. ¿Qué tal lo de pegar gritos?

Callahan lo meditó y, acto seguido, asintió con un gesto de cabeza.

—Gríteleles —decidió Jake—. Yo haré lo mismo y no me detendré. Puede que corra, casi seguro que iré a buen paso. Asegúrese de que cada vez que mire a mi derecha lo vea ahí.

—Me verás —afirmó Callahan, y pensó: «Al menos hasta que uno de ellos me tumbe»—. Jake, después de que la saquemos de ahí, ¿seré pistolero?

Jake esbozó una sonrisa lobuna tras la que relegó todas sus dudas y miedos.

—Khef, ka y ka-tet —dijo—. Mire, luz verde para cruzar. Vamos.

DIECIOCHO

El asiento del conductor de la primera limusina estaba vacío. Había un tipo con una gorra y un uniforme tras el volante de la segunda, pero al padre Callahan le dio la impresión de que dormía. Otro hombre con gorra y uniforme estaba apoyado en el lateral que daba a la acera de la tercera limusina. La brasa de un cigarrillo dibujó un vago arco desde el costado hasta la boca y de vuelta hacia abajo. Volvió la vista hacia ellos, pero sin ningún interés en especial. ¿Qué había que ver? Un hombre entrado en años, un adolescente y un perro al trote. Nada del otro mundo.

Cuando llegaron a la otra acera de la Sesenta y uno, Callahan vio una nota en el atril de cromo frente al restaurante:

CERRADO POR CELEBRACIÓN PRIVADA

Callahan se preguntó exactamente a qué llamarían celebración nocturna en el Dixie Pig. ¿A una fiesta de premamá? ¿A un cumpleaños?

—¿Y qué pasa con Acho? —le preguntó a Jake en voz baja.

—Acho se queda conmigo.

Solo cuatro palabras, pero suficientes para convencer a Callahan de que Jake sabía lo que se hacía; aquella era la noche en que morirían. Callahan no sabía si se las arreglarían para partir cubiertos de gloria, pero todos partirían, los tres. El claro al final del camino quedaba oculto a la vista por un simple recodo; entrarían de tres en fondo. Y a pesar de lo poco que deseaba morir mientras sus pulmones siguieran

limpios y sus ojos pudieran ver, Callahan comprendió que las cosas podrían haber sido mucho peores. La Trece Negra había sido depositada en un nuevo y oscuro lugar donde dormiría, y si Roland seguía en pie cuando acabara la gresca, fuera la batalla ganada o perdida, entonces él la buscaría y se desharía de ella como Dios le diera a entender. Mientras tanto...

—Jake, escucha un momento. Es importante.

Jake asintió con la cabeza, aunque parecía impaciente.

—¿Entiendes que estás en peligro de muerte y pides perdón por tus pecados?

El chico comprendió que le estaban dando la extremaunción.

—Sí —contestó.

—¿Lamentas sinceramente tus pecados?

—Sí.

—¿Te arrepientes de ellos?

—Sí, padre.

Callahan esbozó la señal de la cruz frente a él.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus...*

Acho ladró. Solo una vez, pero con nerviosismo. Y se trató de un ladrido algo apagado pues había encontrado algo en la alcantarilla que había atrapado con la boca y que le estaba tendiendo a Jake. El chico se agachó para recogerlo.

—¿Qué? —preguntó Callahan—. ¿Qué es?

—Lo que Susannah nos ha dejado —contestó Jake. Parecía muy aliviado, como si hubiera recobrado la esperanza—. Lo que dejó caer mientras Mia estaba distraída y lloraba por la canción. Oh, tío... tal vez tengamos una oportunidad, padre. Después de todo, puede que tengamos una oportunidad.

Dejó el objeto en la mano del padre. El peso sorprendió a Callahan y, a continuación, su belleza casi lo dejó sin aliento. Sintió el mismo asomo de esperanza. Probablemente era de tontos, pero así lo sentía de todos modos.

Se llevó la talla de la tortuga a la cara y pasó la yema del dedo índice sobre el interrogante tallado en el caparazón. Volvió la vista hacia aquellos ojos de mirada sabia y serena.

—Es preciosa —susurró—. ¿Es la Tortuga Maturin? Lo es, ¿verdad?

—No lo sé —confesó Jake—. Probablemente. Ella la llama la *sköldpadda*, y podría sernos de utilidad, pero no puede matar a los devastadores que nos están esperando ahí dentro. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el Dixie Pig—. Eso solo podemos hacerlo nosotros, padre. ¿Lo hará?

—Por supuesto —contestó Callahan con tranquilidad. Se metió la tortuga, la *sköldpadda*, en el bolsillo de la pechera—. Dispararé hasta que me quede sin balas o caiga muerto. Si me quedo sin balas antes de que me maten, los aporrearé con la culata.

—Bien. Vamos a darles la extremaunción.

Pasaron el cartel de CERRADO en el atril de cromo; Acho trotaba entre ellos con la

cabeza bien alta y una sonrisa plagada de dientes dibujada en el morro. Subieron los tres escalones hasta las puertas de dos hojas sin vacilar. En lo alto, Jake metió la mano en la bolsa y extrajo dos platos. Los entrechocó, asintió con la cabeza ante la apagada resonancia que produjeron y dijo:

—Veamos la suya.

Callahan levantó la Ruger y se llevó el cañón a la mejilla derecha, como un duelistas. A continuación, se tocó el bolsillo de la camisa, que sobresalía y se vencía a causa del caparazón.

Jake dio su aprobado, satisfecho.

—Una vez estemos dentro, no nos separemos. Siempre juntos con Acho en medio. A la de tres. Una vez que empecemos, no nos detendremos hasta caer muertos.

—No nos detendremos.

—De acuerdo. ¿Preparado?

—Sí. Que Dios te acompañe, muchacho.

—Y a usted también, padre. Uno... dos... tres.

Jake abrió la puerta y juntos se enfrentaron a la luz tenue y al olor pegajoso y dulzón del cerdo asado.

ESTROFA: *Commala-ven-aquí,
igual que llegas, te vas de aquí.
Con la espalda contra la pared
a las balas no pongas fin.*

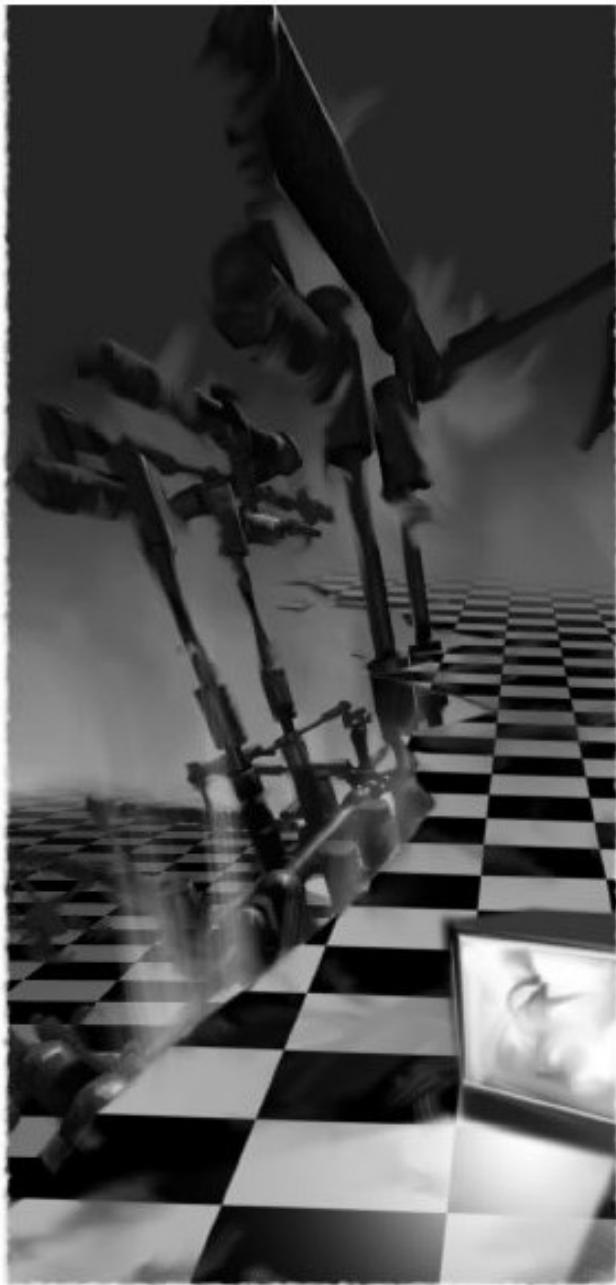
RESPUESTA: *¡Commala-ven-aquí!
¡A las balas no pongas fin!
No me debéis llorar, mis niños
cuando esté a punto de partir.*

S
A
L
V
E
,

M
I
A
,

S
A
L
V
E
,

M
A
D
R
E



13.^ªESTROFA



UNO

El ka podría haber puesto aquel autobús del centro donde estaba cuando el taxi de Mia se detuvo, o podría tratarse de pura coincidencia. Desde luego es el tipo de argumento que invita a la discusión desde el más modesto de los predicadores callejeros (que se oiga ese aleluya) hasta al más solemne de los teólogos (que se oiga ese amén socrático). Algunos podrían considerarlo casi frívolo; no obstante, las poderosas cuestiones cuyas sombras asoman tras dicho argumento no podrían estar más alejadas de la frivolidad.

Un autobús del centro, medio vacío.

Pero si no hubiera estado ahí, en la esquina de Lex con la Sesenta y uno, seguramente Mia nunca habría reparado en el guitarrista. Y si no se hubiera detenido a escucharlo, ¿quién sabe cuán diferente habría sido lo que sucedería a continuación?

DOS

—¡Oh, no, tío, hay que ver! —exclamó el taxista, y llevó la mano hasta el parabrisas en un gesto exasperado.

Había un autobús parado en la esquina de Lexington con la Sesenta y uno con el motor diésel al ralentí y las luces traseras emitiendo lo que Mia tomó por algún tipo de código que lanzaba una llamada de socorro. El conductor estaba junto a una de las ruedas traseras observando la negra nube de humo que salía del tubo de escape del autobús.

—Señora, ¿le da igual bajar en la esquina de la Sesenta? ¿Le parece bien? —preguntó el taxista.

«¿Me parece? —preguntó Mia—. ¿Qué debería responder?».

«Claro —contestó Susannah, ausente—. En la Sesenta ya está bien».

La pregunta de Mia la había hecho regresar de su versión del Dogan, donde había estado tratando de establecer contacto con Eddie. No había habido suerte y se sentía desanimada por el aspecto del lugar. Las grietas del techo se habían profundizado y uno de los paneles se había desprendido llevándose con él fluorescentes y varios amasijos de cables eléctricos. Algunos paneles de instrumentos se habían apagado. Otros humeaban. La aguja del indicador **SUSANNAH-MIO** ya había recorrido toda la zona roja. Bajo sus pies, el suelo vibraba y la maquinaria aullaba. Y decir que nada de

aquellos eran reales, que solo se trataba de una técnica de visualización, en cierto modo lo desvirtuaba, ¿no? Había detenido un proceso arrollador y su cuerpo le estaba pasando factura. La voz del Dogan la había avisado de que estaba haciendo algo peligroso, de que no estaba bien (como diría un anuncio de televisión) jugar con la madre naturaleza. Susannah no tenía ni idea de qué glándulas u órganos se estaban llevando la peor parte, pero sabía que eran los suyos, no los de Mia. Había llegado el momento de poner freno a aquella locura antes de que todo se le escapara de las manos.

No obstante, primero había tratado de ponerse en contacto con Eddie gritando su nombre sin descanso en el micro que llevaba grabado NORTH CENTRAL POSITRONICS. Nada. Gritar el nombre de Roland no dio mejor resultado. Si estuvieran muertos, lo habría sabido, estaba segura. Pero no poder ponerse en contacto con ellos de ninguna manera... ¿qué significaba aquello?

«Significa que ya te han vuelto a joder bien jodida, bonita —contestó Detta, y rio con socarronería—. Eso es lo que pasa por liarte con blancos».

«¿Me bajo aquí? —preguntaba Mia, azorada como una adolescente yendo a su primer baile—. ¿De verdad?».

Susannah se hubiera llevado una mano a la frente, si hubiera dispuesto de una. Dios, cuando se trataba de algo que no fuera su bebé, ¡la zorra era paradita de cojones!

«Sí, adelante. Está a una sola manzana, y en las avenidas las manzanas son cortas».

«El conductor... ¿cuánto debería de darle al conductor?».

«Dale uno de diez y que se quede el cambio. Venga, sujetámelos enfrente... —Susannah percibió la renuencia de Mia y reaccionó con una irritación cansina, aunque no carente de cierta diversión—: Escúchame, cariño, yo me lavo las manos, ¿de acuerdo? Dale la mierda de billete que te apetezca».

«No, no, está bien —aseguró con humildad. Asustada—. Confío en ti, Susannah».

Cogió los billetes de Mats que les quedaban y los abrió en abanico frente a los ojos como una mano de cartas. Susannah casi se negó, pero ¿para qué? Pasó al frente, tomó el control de las manos morenas que sujetaban el dinero, escogió uno de diez y se lo dio al taxista.

—Quédese el cambio —dijo.

—¡Gracias, señora!

Susannah abrió la puerta del lado de la acera. Al hacerlo, comenzó a oírse una voz de robot que le hizo dar un respingo... a ambas. Se trataba de alguien llamado Whoopi Goldberg que le recordaba que no se dejara el bolso. Para Susannah-Mia, la cuestión de la artilla era discutible. En aquellos momentos solo les importaba cierto equipaje, y de este Mia pronto se descargaría.

Oyó la música de guitarra. En ese preciso instante sintió que el control sobre la mano que guardaba el dinero en el bolsillo y la pierna que extendían fuera del taxi comenzaba a disiparse. Mia volvía a hacerse con el control una vez que Susannah

había resuelto otro de los pequeños contratiempos de Nueva York. Susannah comenzó a luchar contra aquella usurpación

(«mi cuerpo, maldita sea, mío, al menos de la cintura para arriba, ¡y eso incluye la cabeza y el cerebro que hay dentro!»)

y, a continuación, se rindió. ¿Para qué? Mia era más fuerte. Susannah no tenía ni idea de por qué, pero sabía que así era.

A aquellas alturas, una especie de fatalismo *bushido* se había apoderado de Susannah Dean. Se trataba de ese tipo de serenidad de la que se revisten los conductores de coches que patinan hacia un paso elevado sin poder hacer nada, los pilotos de aviones que se inclinan hacia el descenso final con los motores apagados... y los pistoleros conducidos hacia su cueva o invocación definitiva. Más adelante puede que luchara, en el caso de que considerara que luchar fuera a ser útil u honroso. Lucharía para ponerse a salvo, a ella o al bebé, pero no a Mia; aquella era su decisión. En su opinión, Mia había perdido el derecho a cualquier posibilidad de rescate que en algún momento pudiera haber merecido.

Por el momento no había nada que hacer salvo, tal vez, subir a 10 el indicador de INTENSIDAD DEL PARTO. Pensó que, al menos, se le permitiría controlar aquello.

Aunque antes... la música. La guitarra. Se trataba de una canción que conocía; de hecho, la conocía muy bien. La noche de su llegada a Calla Bryn Sturgis, les había ofrecido una versión a las yentes.

Después de todo lo que había pasado tras conocer a Roland, ni se le ocurrió considerar que estar oyendo «Man of Constant Sorrow» en aquella esquina de Nueva York fuera una asombrosa coincidencia. Además, era una canción preciosa, ¿no? Tal vez la piedra angular de todas las canciones populares que había adorado de joven y que, poco a poco, la habían conducido hacia el activismo y, finalmente, a Oxford, Mississippi. Aquellos días quedaban atrás —se sentía mucho más vieja de lo que se sentía entonces—, pero la afligida sencillez de aquella canción seguía emocionándola. El Dixie Pig se encontraba a menos de una manzana de allí. Una vez que Mia las hubiera hecho cruzar sus puertas, Susannah se encontraría en la Tierra del Rey Carmesí; de aquello, ni tenía dudas ni se hacía ilusiones. No esperaba salir indemne, no esperaba volver a ver ni a sus amigos ni a su enamorado, y tenía la vaga sospecha de que podría tener que morir con los alardos desairados de Mia como compañía... pero nada de aquello debía interferir en el placer que en ese momento le proporcionaba aquella canción. ¿Sería su canción de despedida? Si así fuera, de acuerdo.

Susannah, hija de Dan, consideró que podría haber sido mucho peor.

TRES

El músico callejero se había instalado frente a una cafetería llamada Blackstrap

Molasses. Delante de él, tenía abierta la funda de la guitarra en cuyo interior de terciopelo violáceo (del mismo tono que la alfombra del dormitorio de Bridgton de sai King, que se oiga ese amén) había esparcidos unos cuantos billetes y monedas para que el raramente ingenuo transeúnte supiera lo que debía hacer. Estaba sentado en un cubo de madera maciza idéntico al que utilizaba el reverendo Harrigan para predicar.

Algunos indicios advertían que estaba a punto de terminar, al menos por aquella noche. Se había puesto la chaqueta, que llevaba un parche de los Yankees de Nueva York en la manga, y un sombrero sobre cuya ala se leía: **JOHN LENNON VIVE**. Por lo visto, también antes había un cartelito frente a él, pero ahora estaba de vuelta en la funda del instrumento, boca abajo. En cualquier caso, Mia no hubiera sabido lo que había escrito, ella no.

La miró, le sonrió y dejó de tocar. Mia alzó uno de los billetes que le quedaban y dijo:

—Te doy esto si vuelves a tocar esa canción. Esta vez entera.

El joven parecía rondar la veintena, y aunque no podía considerársele un adonis, con su tez pálida y granujienta, un pendiente de aro en una de las ventanas de la nariz y el cigarrillo haciendo malabarismos en la comisura del labio, tenía algo que lo hacía atractivo. Cuando se dio cuenta de qué rostro aparecía en el billete que sostenía, abrió los ojos de par en par.

—Señora, por cincuenta pavos le tocaría todas las canciones de Ralph Stanley que sé... y sé unas cuantas.

—Nos conformamos solo con esa —dijo Mia, y le lanzó el billete que cayó revoloteando hasta la funda de la guitarra del músico callejero, quien observó el errático descenso sin dar crédito a sus ojos—. Date prisa —lo apremió Mia. Susannah estaba callada, pero Mia la percibía a la escucha—. No tengo tiempo. Toca.

Así que el guitarrista sentado en la caja enfrente de la cafetería comenzó a tocar una canción que Susannah había oído por primera vez en The Hungry i, una canción que ella misma había cantado en solo Dios sabe cuántas sesiones de música, una canción que cantó una vez detrás de un motel de Oxford, en Mississippi. La noche anterior a que todos fueran enviados a la cárcel, esa noche. Por entonces, aquellos tres jóvenes del registro de votantes llevaban casi un mes desaparecidos, se los había tragado la tierra negra de Mississippi en algún lugar cerca de Filadelfia (al final fueron encontrados en la ciudad de Longdale, que oiga ese aleluya, entonemos un amén). El legendario Mazo Blanco había comenzado a blandirse de nuevo en el campo sureño y reaccionario, pero ellos habían cantado de todas formas. Odetta Holmes —Det, la llamaban por aquel entonces— había entonado aquella canción en particular y, a continuación, se le habían unido los demás; los chicos cantaban «hombre» y las chicas, «mujer». Ahora, embelesada dentro del Dogan que se había convertido en su gulag, Susannah escuchaba mientras aquel joven, que todavía no había nacido en aquellos días tan aciagos, volvía a cantarla. La escollera de su

memoria se resquebrajó por la mitad y fue a Mia, desprevenida ante la violencia de aquellos recuerdos, a quien arrastraron las olas.

CUATRO

En la tierra de la Memoria, el tiempo siempre es Ahora.

En el reino de Tiempo Atrás, los relojes marcan las horas... pero las manecillas no se mueven.

Existe una Puerta Ignota
(Oh, perdido)
y la memoria es la llave que la abre.

CINCO

Se llamaban Cheney, Goodman y Schwerner; ellos son los que cayeron bajo el martillazo del Mazo Blanco el 19 de junio de 1964.

¡Oh, Discordia!

SEIS

Se alojan en un hotel de carretera llamado Blue Moon, en la zona de los negros de Oxford, en Mississippi. El dueño del Blue Moon es Lester Bambry, y su hermano, John, es pastor de la primera iglesia metodista afroamericana de Oxford, que oiga ese aleluya, entonemos un amén.

Es 19 de julio de 1964, ha transcurrido un mes desde el día que desaparecieron Cheney, Goodman y Schwerner. Tres días después de su desaparición en algún lugar cerca de Filadelfia, hubo una reunión en la iglesia de John Bambry y los activistas negros del lugar les dijeron a las tres docenas más o menos de blancos del norte que quedaban que, a la luz de lo que estaba sucediendo, eran libres de volver a casa. Y algunos de ellos han vuelto a casa, gracias a Dios, pero Odetta Holmes y dieciocho más se quedan. Sí. Se quedan en el hotel de carretera Blue Moon. Algunas veces, por las noches, salen fuera, a la parte de atrás, y Delbert Anderson se lleva su guitarra y cantan.

*Cantan «I Shall Be Released» y
cantan «John Henry» va a dejar caer el martillo (Dios todopoderoso, cantemos a la bomba de Dios), y cantan
«Blowin' in the Wind», y cantan
«Hesitation Blues», del reverendo Gary Davis, y ríen cuando llegan a los versos algo subidos de tono: un dólar es un dólar y diez centavos son diez centavos, tengo*

una casa llena de chiquillos y a ninguno de ellos he engendrado; y cantan «I Ain't Marchin Anymore», y cantan en la tierra de la Memoria y en el reino de Tiempo Atrás, cantan con la sangre caliente de su juventud, con la energía de sus cuerpos, confiando en sus mentes cantan para negar Discordia para negar a los can toi para confirmar a Gan el Creador; Gan, el del mal, salvador no conocen esos nombres conocen todos esos nombres el corazón canta lo que tiene que cantar la sangre sabe lo que la sangre sabe en el Camino del Haz nuestros corazones conocen todos los secretos y cantan cantan Odetta comienza y Delbert Anderson toca; ella canta —Soy mujer de penar constante... No hay día que los problemas no me hayan acompañado... Le digo adiós... al viejo Kentucky...^[6]

SIETE

Así se vio Mia arrastrada a través de la Puerta Ignota hacia la tierra de la Memoria, transportada al patio lleno de hierbajos de la parte de atrás del hotel de carretera Blue Moon de Lester Bambry, y así oyó...

(oye)

OCHO

Mia oye cantar su canción a la mujer que se convertirá en Susannah. Oye que los demás se le unen, uno a uno, hasta que todos juntos cantan a coro y sobre sus cabezas aparece la luna de Mississippi que con su luz les baña los rostros —algunos negros, otros blancos— y los raíles de acero frío de las vías que corren por detrás del hotel. Vías que conducen hacia el sur, que conducen a Longdale, la ciudad donde el 5 de agosto de 1964 se hallarán los cuerpos en avanzada descomposición de sus amigos —James Cheney, veintiuno; Andrew Goodman, veintiuno; Michael Schwerner, veinticuatro—, ¡Oh, Discordia! Y hacia ti, que defiendes la oscuridad; disfruta del Ojo rojo que allí brilla.

Los oye cantar.

Por toda la Tierra estoy llamado a errar... Bajo la tormenta y el viento, bajo el granizo y la lluvia... Estoy llamado a coger ese ferrocarril del norte...

Nada despierta antes la memoria selectiva que una canción, y son los recuerdos de Odetta los que elevan y arrastran a Mia cuando todos cantan juntos, Det y sus compañeros de ka, bajo la luna plateada. Mia los ve caminar cogidos de los brazos, alejándose, cantando

(oh, en lo más hondo de mi corazón... creo...)

otra canción, la que ellos creen que los define con mayor claridad. Los rostros que se apostan a ambos lados de la calle y los observan son rostros encrespados por el odio. Los puños que blanden en su dirección están encallecidos. Las bocas de las mujeres que fruncen los labios para arrojar el escupitajo que se pegará a sus mejillas, les ensuciará el pelo, les manchará la camisa, carecen de maquillaje; las piernas, de medias; y los zapatos no son más que tocones desgastados. Hay hombres con monos de trabajo (marca Oshkosh-by-Gosh, que alguien cante aleluya). Hay adolescentes con jerséis blancos y limpios y el pelo cortado al cepillo, y uno de ellos, articulando cada palabra con sumo cuidado, le grita a Odetta: «¡Mataremos! ¡A! ¡Todos! ¡Los! ¡Malditos! ¡Negros! ¡Que pongan un pie en el campus de la Ole Miss!».

Y la camaradería a pesar del miedo. A causa del miedo. La sensación de que están haciendo algo increíblemente importante, algo que pasará a la posteridad. Ellos cambiarán Estados Unidos y si han de pagarla con sangre, bueno, pues entonces con sangre pagarán. Digamos verdad, cantemos aleluya, alabado sea el Señor, que se oiga bien alto ese amén.

A continuación viene el chico blanco llamado Darryl, el que al principio no podía, la tenía flácida y no podía, el que luego ya pudo; y el otro yo secreto de Odetta —el otro yo chillón, burlesco y desagradable— jamás asomó. Darryl y Det durmieron juntos hasta la mañana, durmieron como dos cucharillas acopladas hasta la mañana, bajo la luna de Mississippi. Escuchando los grillos. Escuchando las lechuzas. Escuchando el suave y delicado zumbido de la Tierra rotando en su giroscopio, dando vueltas y más vueltas adentrándose en el siglo xx. Son jóvenes, les hierve la sangre y no dudan un instante en su capacidad para cambiarlo todo.

Que te vaya bien, mi amor verdadero...

Es su canción entre los hierbajos del hotel de carretera Blue Moon; es su canción bajo la luna.

Nunca volveré a ver tu rostro...

Es Odetta Holmes en el momento álgido de su vida, ¡y Mia está ahí! Lo ve, lo siente, se deja seducir por su maravillosa, y algunos añadirían estúpida, esperanza (ay, pero canto aleluya, cantemos todos a la bomba de Dios). Comprende que el miedo constante te hace valorar más a los amigos, hace más dulce cada bocado de cada comida, alarga el tiempo hasta que cada día parece durar una eternidad y conducir a una noche aterciopelada, y saben que James Cheney está muerto

(digamos verdad)

saben que Andrew Goodman está muerto

(cantemos aleluya)

saben que Michael Schwerner —el mayor de los tres, aunque no era más que un niño de veinticuatro años— está muerto.

(¡Que se oiga el más alto de los aleluyas!)

Saben que cualquiera de ellos reúne también los requisitos para acabar en el lodo de Longdale o Filadelfia. En cualquier momento. La noche siguiente a aquella reunión en particular en la parte de atrás del Blue Moon, casi todos ellos, Odetta incluida, serán encarcelados y comenzarán sus penurias y humillaciones. Sin embargo, esta noche está con sus amigos, con su amor, y son todos uno, y Discordia ha sido prohibida. Esta noche cantan balanceándose cogidos por los brazos.

Las chicas cantan «mujer», los chicos cantan «hombre».

Mia se descubre arrollada por el amor que se demuestran unos a otros; se siente elevada por la simpleza de sus creencias.

Al principio, demasiado aturdida para reír o llorar, lo único que sabe hacer es escuchar, embelesada.

NUEVE

Cuando el músico callejero comenzó la cuarta estrofa, Susannah se le unió; al principio vacilante y luego —ante la sonrisa del músico que la animaba a proseguir— con decisión, cantando en armonía por encima de la voz del joven:

*Para desayunar tenemos salsa blanca
Para cenar tenemos judías y pan
Los mineros no tienen qué comer
Y a un catre de paja llaman cama...*

DIEZ

El músico callejero terminó tras aquella estrofa mirando a Susannah-Mia con alegre sorpresa.

—Pensaba que era el único que se la sabía —dijo—. Es la forma que utilizaban los Corredores por la libertad para...

—No —lo corrigió Susannah en voz baja—. Ellos no. Fue la gente del registro de votantes quien cantó la estrofa de la salsa blanca. La gente que fue a Oxford en el verano del sesenta y cuatro. Cuando mataron a esos tres chicos.

—Schwerner y Goodman —enunció él—. No recuerdo el nombre del...

—James Cheney —contestó ella, con un hilo de voz—. Tenía un pelo precioso.

—Lo dice como si lo conociera —se sorprendió el músico—, pero usted no debe de tener más de... ¿treinta?

Susannah sospechaba que debía de parecer mucho mayor de treinta años, especialmente aquella noche, pero, claro, aquel joven tenía en la funda de la guitarra

cincuenta dólares más que una canción atrás y aquello tal vez le había afectado la visión.

—Mi madre pasó el verano de 1964 en el condado de Neshoba —contestó Susannah, y con dos palabras escogidas de manera espontánea (mi madre) inflingió a su captora más daño de lo que podría haber imaginado. Aquellas palabras desollaron el corazón de Mia.

—¡Bien por su madre! —exclamó el joven, y sonrió. A continuación, la sonrisa se desvaneció. Repescó los cincuenta dólares de la funda de la guitarra y se los tendió —. Quédeselos. Ha sido un placer cantarla con usted, señora.

—No puedo —contestó Susannah, sonriendo—. Recuerda la lucha, con eso tendría suficiente. Y recuerda a Jimmy, a Andy y a Michael, si a bien tienes. Me conformaría con eso.

—Por favor —insistió el joven.

Sonreía de nuevo, pero se trataba de una sonrisa incómoda; podría haber sido cualquiera de aquellos jóvenes de la tierra de Tiempo Atrás, cantando bajo la luz de la luna entre los ruinosos y pequeños módulos de aspecto abandonado del Blue Moon en el culo del mundo y el brillo frío y remachado de la luz de la luna sobre las vías del ferrocarril; podría haber sido cualquiera de ellos por su belleza y por su fresca juventud; cuánto lo amaba Mia en ese momento. Incluso su chaval parecía secundario bajo aquel brillo. Sabía que en muchos sentidos era engañoso, que lo recibía a través de los recuerdos de su anfitriona, y aun así sospechaba que, en muchos otros, podría ser real. Una cosa sabía seguro: solo una criatura como ella, quien había poseído la inmortalidad y la había entregado, podía apreciar la valentía descarnada que hacía falta para hacer frente a las fuerzas de Discordia. Para arriesgar aquella delicada belleza anteponiendo las convicciones a la seguridad personal.

«Hazlo feliz, acéptalo», le dijo a Susannah, aunque no pasaría al frente y la obligaría a hacerlo. Que fuera su elección.

Antes de que Susannah pudiera replicar, se disparó la alarma en el Dogan e inundó su mente compartida de ruido y luz roja.

Susannah se volvió en aquella dirección, pero Mia la agarró por el hombro antes de que pudiera irse con lo que parecía una garra.

«¿Qué ocurre? ¿Qué ha salido mal?».

«¡Suéltame!».

Susannah se zafó de la garra y antes de que Mia pudiera volver a detenerla, se había ido.

ONCE

En el Dogan de Susannah la luz de alarma emitía pulsos y destellos rojizos. Una sirena aullaba una música de comparsa a través de los altavoces del techo. Todos los

monitores menos dos —en uno todavía aparecía el músico callejero en la esquina de Lex con la Sesenta y en la otra, el bebé durmiendo— se habían fundido. El suelo agrietado vibraba bajo los pies de Susannah y levantaba polvo. Uno de los paneles de control estaba ennegrecido y el otro, en llamas.

Aquello tenía mala pinta.

Como para confirmar aquella consideración, volvió a oírse aquella voz del Dogan que tanto se parecía a la de Blaine:

—¡PELIGRO! —bramó—. ¡SOBRECARGA EN EL SISTEMA! ¡SI NO SE REDUCE LA POTENCIA EN LA SECCIÓN ALFA, LA SUSPENSIÓN TOTAL DEL SISTEMA TENDRÁ LUGAR EN 40 SEGUNDOS!

Susannah no recordaba haber visto ninguna Sección Alfa en las visitas previas al Dogan, pero no se sorprendió al ver una indicación con aquel nombre. De súbito, uno de los paneles cercanos a esta expulsó una vistosa cortina de chispas anaranjadas que prendieron fuego al asiento de una silla. Cayeron más paneles del techo llevándose con ellos amasijos de cables.

—¡SI NO SE REDUCE LA POTENCIA EN LA SECCIÓN ALFA, LA SUSPENSIÓN TOTAL DEL SISTEMA TENDRÁ LUGAR EN 30 SEGUNDOS!

¿Y el indicador de TEMP. EMOCIONAL?

—Déjalo estar —se dijo a sí misma.

Está bien, ¿y el de CHAVAL? ¿Qué tal ese?

Tras meditarlo unos instantes, Susannah invirtió el interruptor de DORMIDO a DESPIERTO y aquellos desconcertantes ojos azules se abrieron de inmediato y miraron fijamente a Susannah con lo que parecía una viva curiosidad.

«El hijo de Roland —pensó, en una mezcla extraña y dolorosa de emociones—. Y el mío. ¿Y Mia? Chica, no eres más que una ka-mai. Lo siento por ti».

Ka-mai, sí. No solo una tonta, sino una tonta del ka: una tonta del destino.

—¡SI NO SE REDUCE LA POTENCIA EN LA SECCIÓN ALFA, LA SUSPENSIÓN TOTAL DEL SISTEMA TENDRÁ LUGAR EN 25 SEGUNDOS!

Así que despertar al bebé no había hecho nada, al menos no en cuanto a prevenir un fallo total del sistema. Había llegado el momento de poner en funcionamiento el plan B.

Alargó la mano hasta el absurdo indicador de INTENSIDAD DEL PARTO, el indicador que tanto se parecía al temporizador del horno de su madre. Devolverlo al 2 había sido complicado y le había inflingido dolor, el cabrón. Girarlo hacia el otro lado le resultó más fácil y no sintió dolor alguno. Lo que experimentó fue un relajamiento de la tensión en alguna parte de la cabeza, como si una red de músculos flexionados durante horas estuvieran cediendo con una pequeña exclamación de alivio.

La atronadora pulsación de la sirena cesó.

Susannah llevó la INTENSIDAD DEL PARTO a 8, lo detuvo ahí y luego se encogió de hombros. Qué coño, había llegado el momento de jugarse el todo por el todo, de acabar con aquello. Lo giró hasta llegar al 10. En cuanto lo hizo, un dolor agudo y

mórbido le encogió el estómago y fue bajando hasta atenazarle la pelvis. Tuvo que apretar los labios para detener un chillido.

—¡LA REDUCCIÓN DE POTENCIA EN LA SECCIÓN ALFA SE HA LLEVADO A CABO! —anunció el altavoz, y a continuación adoptó la voz arrastrada de John Wayne que Susannah conocía demasiado bien—: MUCHAS GRACIAS, VAQUERILLA.

Tuvo que apretar los labios para detener un nuevo chillido... aunque esta vez no era de dolor, sino de terror en estado puro. Estaba muy bien lo de decirse que Blaine el Mono estaba muerto y que aquella voz la afectaba algún asqueroso bromista de su subconsciente, pero aquello no borraba el miedo.

—EL PARTO... HA COMENZADO —anunció la voz amplificada, dejando a un lado la imitación de John Wayne—. EL PARTO... HA COMENZADO. —A continuación, con la voz arrastrada y espantosa (y nasal) de Bob Dylan, que le puso los pelos de punta, cantó—: ¡CUMPLEAÑOS FELIZ... NENE... CUMPLEAÑOS FELIZ... TE DESEAMOS, QUERIDO MORDRED... CUMPLEAÑOS FELIZ!

Susannah visualizó un extintor colgado en la pared, a su espalda, y, por descontado, cuando se volvió allí mismo estaba (no obstante, no había imaginado la pequeña indicación que rezaba: SOLO SOMBRA Y TÚ PODÉIS AYUDAR A PREVENIR LOS INCENDIOS DE LAS CONSOLAS). Aquello, junto con un dibujo de Shardik del Haz en un sombrero del Oso Fumarola, era otra de las juguetes del gracioso). Al tiempo que se apresuraba a cruzar el suelo agrietado e inestable en dirección al extintor, esquivando los paneles caídos del techo, sintió una nueva punzada de dolor que le incendió el vientre y las piernas y que la hizo desechar doblarse por la mitad y caer sobre la intolerable piedra en que se había convertido su vientre.

«Ya no queda mucho —pensó con una voz que en parte era de Susannah y en parte de Detta—. No, señora. ¡Este chaval viene en el expreso!».

Sin embargo, el dolor fue remitiendo ligeramente. Descolgó el extintor de la pared, apuntó la alargada boquilla negra hacia el panel de control en llamas y apretó la maneta. La espuma salió disparada a explosión y sofocó las llamas. Se oyó un silbido siniestro y comenzó a oler a cabello quemado.

—EL FUEGO... SE HA EXTINGUIDO —anunció la voz del Dogan—. EL FUEGO SE HA EXTINGUIDO. —Y entonces, cambiando como un rayo, adoptó el acento afectado y pomposo de un lord británico—: ¡PERO BUENO, VAYA DEMOSTRACIÓN, SIU-SANNAH, ABSOLUTAMENTE BRILLANTE!

Volvió a cruzar a trompicones el campo de minas en que se había convertido el suelo del Dogan, agarró el micrófono y apretó el interruptor para transmitir. Sobre ella, en uno de los monitores que seguía funcionando, vio que Mia volvía a ponerse en marcha y que cruzaba la Sesenta.

Fue entonces cuando Susannah reparó en el toldo verde con el cerdo dibujado y se le cayó el alma al suelo. No era la Sesenta, sino la Sesenta y uno. La puta madre raptora había alcanzado su objetivo.

—¡Eddie! —le gritó al micrófono—. ¡Eddie o Roland! —Y, qué coño, ya que estaba pondría toda la carne en el asador—: ¡Jake! ¡Padre Callahan! ¡Hemos llegado al Dixie Pig y vamos a tener ese maldito niño! ¡Venid a por nosotras si podéis, pero tened cuidado!

Levantó la vista para volver a mirar el monitor. Mia estaba en la acera del Dixie Pig examinando el toldo verde. Vacilando. ¿Sabría leer las palabras DIXIE PIG? Probablemente no, pero seguro que comprendía el dibujo. Además, ya no vacilaría mucho más tiempo ahora que el parto había comenzado.

—Eddie, tengo que irme. ¡Te quiero, cariño! ¡Pase lo que pase, recuérdalo! ¡No lo olvides! ¡Te quiero! Aquí...

El indicador semicircular de detrás del micro, en el panel, atrajo su atención. La aguja había salido de la zona roja. Supuso que se mantendría en la amarilla hasta que el parto acabara y que luego volvería a la verde.

Es decir, a no ser que algo saliera mal.

Se dio cuenta que seguía aferrada al micro.

—Aquí Susannah-Mio cerrando la transmisión. Id con Dios, chicos. Con Dios y ka.

Bajó el micrófono y cerró los ojos.

DOCE

Susannah percibió algo diferente en Mia de inmediato. Aunque había llegado al Dixie Pig y no cabía duda de que el parto había comenzado, por una vez la mente de Mia estaba en otra parte. De hecho, estaba pensando en Odetta Holmes y en lo que Michael Schwerner había llamado el Proyecto Estival de Mississippi. (Los sureños reaccionarios lo llamaban a él «El chico judío»). El estado emocional al que regresó Susannah era muy tenso, como el del aire estancado antes de una violenta tormenta de septiembre.

«¡Susannah! ¡Susannah, hija de Dan!».

«Sí, Mia».

«Acepté la mortalidad».

«Eso dijiste».

Y era cierto que Mia parecía totalmente mortal en Fedic. Mortal y muy embarazada.

«Pero me he perdido casi todo lo que hace que la vida de corta duración valga la pena vivirla, ¿verdad? —El pesar de aquella voz era terrible; la sorpresa, aún peor—. Y ya no hay tiempo para que me lo cuentes. Ya no».

«Ve a cualquier otro sitio —sugirió Susannah, sin esperanza alguna—. Para un taxi y ve a un hospital. Lo tendremos juntas, Mia. Tal vez incluso podríamos criarlo jun...».

«Si lo tengo en cualquier otro lugar que no sea este, morirá y nosotras con él — aseguró con total certeza—. Voy a tenerlo. Me han engañado en todo menos con mi chaval, y voy a tenerlo. Pero... Susannah... antes de que entremos... hablaste de tu madre».

«Mentí. Fui yo quien estuvo en Oxford. Mentir era más fácil que tratar de explicarle el viaje en el tiempo y los mundos paralelos».

«Muéstrame la verdad. Muéstrame a tu madre. ¡Muéstramelo, te lo ruego!».

No había tiempo para examinar los pros y los contras de aquella petición; tenía que decidir si accedía o se negaba sin dilación. Susannah decidió acceder a la petición.

«Mira», dijo.

TRECE

En la tierra de la Memoria, el tiempo siempre es Ahora.

Existe una Puerta Ignota

(Oh, perdido)

y cuando Susannah la encontró y la abrió, Mia vio a una mujer con el cabello oscuro peinado hacia atrás, de sorprendentes ojos grises. La mujer lleva un broche de camafeo en el cuello. Esta mujer está sentada a la mesa de la cocina bañada por un eterno rayo de sol. En aquel recuerdo siempre son las dos y diez de una tarde de octubre de 1946, la Gran Guerra ha acabado, se oye a Irene Daye en la radio y siempre huele a pan de jengibre.

—Odetta, ven y siéntate conmigo —dice la mujer de la mesa; ella, que es madre —. Ten algo dulce. Estás muy guapa, hija.

Y sonríe.

¡Oh, perdido, y por el viento abatido, fantasma, regresa!

CATORCE

Bastante prosaico, podría decirse. Una jovencita llega a casa del colegio con la bolsa de los libros en una mano y la de gimnasia en la otra, con su blusa blanca y la falda plisada a cuadros de St. Ann y los calcetines hasta las rodillas con los arcos en los lados (naranjas y negros, los colores del colegio). Su madre, sentada a la mesa de la cocina, levanta la vista y ofrece a su hija un trozo de pan de jengibre que acaba de sacar del horno. Se trata de un momento entre un millón, un simple átomo de acontecimientos en toda una vida de ellos. Pero detuvo la respiración de Mia

(«estás muy guapa, hija»)

y le demostró de un modo concreto que previamente no había comprendido lo generosa que podía ser la maternidad... es decir, si se le permitía seguir su curso sin

interrupciones.

¿Las recompensas?

Innumerables.

Al final podías ser la mujer sentada bajo el rayo de sol. Podías ser la que observa a la niña zarpar con valentía del muelle de la infancia. Podías ser el viento que empujara las velas de la niña.

Tú.

«Odetta, ven y siéntate conmigo».

A Mia comenzó a faltarle el aliento.

«Ten algo dulce».

Sus ojos se empañaron, el dibujo del cerdo sonriente del toldo primero se duplicó y luego se cuadruplicó.

«Qué guapa estás, hija».

Algo de tiempo era mejor que nada de nada. Incluso cinco años —o tres— era mejor que nada de nada. No sabía leer, no había ido a Morehouse, ni a morenada, pero sabía resolver aquella ecuación sin problemas: tres = mejor que ninguno. Incluso uno = mejor que ninguno.

Oh...

Oh, pero...

Mia pensó en un niño de ojos azules cruzando una puerta, una encontrada en vez de perdida. Pensó en decirle: «¡Qué guapo estás, hijo!».

Comenzó a lloriquear.

«Qué he hecho» era una pregunta muy dura. «Qué otra cosa podría haber hecho» tal vez era peor.

¡Oh, Discordia!

QUINCE

Aquella era la única oportunidad de Susannah para hacer algo; en aquel preciso instante, mientras Mia estaba al pie de los escalones que conducían hacia su destino. Susannah rebuscó en el bolsillo de los tejanos y tocó la tortuga, la *sköldpadda*. Sus dedos morenos, separados de la pierna blanca de Mia por una fina entretela, se cerraron sobre el caparazón.

La extrajo y la lanzó a su espalda con un gesto rápido, hacia la alcantarilla. De su mano quedaba en manos del ka.

A continuación, se vio transportada subiendo los tres escalones, hacia las puertas de dos hojas del Dixie Pig.

DIECISÉIS

Dentro había muy poca luz y, al principio, Mia solo apreció unas luces turbias de un rojo anaranjado. Antorchas eléctricas como las que todavía iluminaban algunas estancias del Castillo Discordia. Sin embargo, no hizo falta que su olfato se adaptara a nada, y a pesar de que una nueva contracción le atenazó la pierna, el estómago reaccionó al olor del cerdo asado y reclamó ser alimentado. El chaval reclamó ser alimentado.

«Eso no es cerdo, Mia», le advirtió Susannah, y fue ignorada.

Cuando las puertas se cerraron tras ella —había un hombre (o un ser con aspecto humano) al lado de cada una de ellas—, su vista comenzó a adaptarse. Se hallaba en la entrada de un comedor alargado y estrecho. La mantelería blanca relucía. En todas las mesas había una vela en un soporte tintado de naranja. Brillaban como los ojos de un zorro. El suelo de la recepción era de mármol negro, pero más allá de la tribuna del maître se extendía una alfombra del más oscuro de los carmesíes.

Junto a la tribuna había un sai de unos sesenta años con el pelo blanco peinado hacia atrás, lo que dejaba a la vista un rostro descarnado de mirada felina. Era el rostro de un hombre inteligente, pero sus ropas —la chaqueta de un amarillo chillón, la camisa roja, la corbata negra— eran las de un vendedor de coches de segunda mano o de un jugador especializado en estafar a paletos de pequeñas ciudades. En el centro de la frente tenía un agujero rojo de cerca de dos centímetros y medio de diámetro, como si le hubieran disparado a bocajarro. En este borbotaba una sangre que nunca se desbordaba por su pálida piel.

Sentados a las mesas del comedor tal vez hubiera cerca de cincuenta hombres y casi la mitad de mujeres. La mayoría de ellos iban vestidos con ropa tan o más vistosas que las del caballero de pelo cano. Unos enormes anillos relucían en dedos gordezuelos; los pendientes de brillantes devolvían destellos de luz anaranjada procedente de las antorchas.

También había unos cuantos que lucían un atuendo más sobrio; los tejanos y las camisas blancas eran el vestuario escogido por aquella minoría. Aquellas yentes estaban pálidas y atentas; los ojos eran todo pupila. Alrededor de sus cuerpos se arremolinaban unas auras azuladas, tan débiles que a veces desaparecían. A Mia, aquellas criaturas pálidas envueltas en auras, le parecían bastante más humanas que los hampones. Eran vampiros —no le hacía falta ver los colmillos afilados que desvelaban sus sonrisas para saberlo—, pero seguían pareciendo más humanos que la cuadrilla de Sayre. Tal vez porque una vez fueron humanos. Los otros, en cambio...

«Sus rostros son solo máscaras —observó con desasosiego que iba en alza—. Bajo las que llevan los lobos se esconden los hombres eléctricos, los robots, pero ¿qué hay detrás de estas?».

El comedor estaba sumido en un profundo silencio, pero de algún lugar cercano llegaba el rumor constante de conversaciones, risas, brindis y del tintineo de la cubertería contra la porcelana. Se oyó el tamborileo que produce un líquido —vino o agua, supuso— al verterse y un escandaloso estallido de carcajadas.

Un hampón y una hampona —él, con esmoquin de solapas a cuadros y pajarita roja; ella, con un traje de noche de lamé plateado sin tirantes; ambos de una sorprendente obesidad— se volvieron para mirar (con obvio desagrado) hacia el lugar de donde provenía aquel rumor, que estaba localizado detrás de una especie de tapiz oscilante que representaba una escena en la que caballeros y damas daban cuenta de una cena. Cuando la oronda pareja se volvió para mirar, Mia vio que sus mejillas se fruncían hacia arriba como si se tratara de tela adherida y por un instante, bajo el suave ángulo de sus mandíbulas, distinguió algo de un rojo oscuro cubierto de pelo.

«Susannah, ¿eso era piel? —preguntó Mia—. Dios bendito, ¿eso era su piel?».

Susannah no respondió, ni siquiera un «Ya te lo dije» o un «¿No te lo avisé?». Ya habían ido demasiado lejos. Era demasiado tarde para exasperarse (o para cualquier otra emoción más leve), y Susannah lo sentía de todo corazón por la mujer que la había llevado hasta allí. Sí, Mia había mentido y traicionado; sí, había hecho todo lo que había estado en su mano para que Eddie y Roland murieran. Pero ¿qué opción había tenido? Susannah, con creciente amargura, se dio cuenta de que en aquellos momentos podía ofrecer una definición perfecta de ka-mai: alguien a quien se le ha dado esperanza, pero no opciones.

«Como darle una moto a un ciego», pensó.

Richard Sayre —delgado, de mediana edad, atractivo, de labios gruesos y frente ancha— comenzó a aplaudir. Los anillos de sus dedos lanzaron destellos. La chaqueta amarilla desentonaba bajo la luz tenue.

—¡Salve, Mia! —gritó.

—¡Salve, Mia! —respondieron los demás.

—¡Salve, Madre!

—¡Salve, Madre! —gritaron los vampiros y los hampones, y también ellos comenzaron a aplaudir.

Cierto es que los aplausos fueron bastante entusiastas, pero la acústica de la estancia los apagaba y los convirtió en el aleteo de cientos de murciélagos. Un sonido ansioso, que le revolvió el estómago a Susannah. Al mismo tiempo, la atenazó una nueva contracción y volvió líquidas sus piernas. Se tambaleó hacia delante, aunque casi recibía el dolor con los brazos abiertos pues, en parte, acallaba su angustia. Sayre se adelantó y la cogió de los antebrazos devolviéndole el equilibrio antes de que cayera. Creía que hallaría los dedos fríos al contacto, pero estaban tan calientes como los de alguien víctima del cólera.

Algo más al fondo, distinguió una figura esbelta que salía de entre las sombras, algo que ni era hampón ni vampiro. Llevaba tejanos y una camisa blanca, pero por el cuello de la camisa asomaba una cabeza de pájaro. Estaba recubierta de plumas lustrosas de un amarillo oscuro. Sus ojos eran negros. Aplaudía con educación y Susannah se percató —con una angustia cada vez mayor— de que aquellas manos lucían garras en vez de dedos.

Media docena de bichos salieron correteando de debajo de una de las mesas y la

miraron con ojos que les colgaban de unas antenas. Unos ojos inteligentes que ponían la carne de gallina. Entrechocaban las mandíbulas creando un sonido que se parecía a la risa.

«¡Salve, Mia!», oyó en su cabeza. Un zumbido producido por insectos. «¡Salve, Madre!». Segundos después habían desaparecido, de vuelta entre las sombras.

Mia se volvió hacia la puerta y vio la pareja de hampones que la custodiaba. Y sí, aquello eran máscaras; a aquella distancia de los porteros era imposible no percatarse de que aquel cabello negro, lacio y brillante estaba pintado. Mia se volvió hacia Sayre, angustiada.

Demasiado tarde.

Demasiado tarde para hacer otra cosa que no fuera seguir adelante.

DIECISIETE

Se había deshecho de las manos de Sayre al darse la vuelta. En aquel momento, Sayre le volvió a coger la izquierda y, al mismo tiempo, le asieron la derecha. Se volvió en aquella dirección y vio a la mujer oronda del vestido de lamé plateado. El enorme pecho se desbordaba por el escote que luchaba denodadamente para contenerlo. La carne de los brazos le temblaba con soltura y emanaba un sofocante aroma a polvos de talco. En la frente llevaba la herida rojiza que borbotaba, pero que nunca rebosaba.

«Es así como respiran —pensó Mia—. Es así como respiran cuando llevan...».

Monopolizada por su angustia cada vez mayor, casi había olvidado del todo a Susannah Dean y por completo a Detta. De modo que cuando Detta Walker pasó al frente —coño, cuando dio un salto al frente— no hubo forma de que Mia la detuviera. Vio que sus brazos se disparaban hacia delante como por decisión propia y vio que sus dedos se hundían en las mejillas carnosas de la mujer del vestido de lamé plateado. La mujer lanzó un chillido, pero extrañamente, los demás, Sayre incluido, rieron a mandíbula batiente, como si aquello fuera lo más divertido que hubieran visto en su vida.

La máscara de humanidad se desprendió del ojo de mirada desconcertada de la hampona y a continuación se rasgó. Susannah recordó los momentos finales que había pasado en el adarve del castillo, cuando todo se había detenido y el cielo se había rasgado como una hoja de papel.

Detta le arrancó la máscara casi por completo. Unos jirones de lo que parecía látex le colgaban de la punta de los dedos. Debajo de la máscara apareció la cabeza de una enorme rata rojiza, una mutada de dientes amarillentos que le crecían por la parte exterior de las mejillas en una especie de corteza. Del hocico le colgaban lo que parecían gusanos blancos.

—Niña mala —la reprendió la rata, agitando un dedo pícaro ante Susannah-Mia.

La otra mano seguía sujetando la suya. El compañero de aquello —el hampón del

esmoquin chillón— reía con tantas ganas que se dobló sobre sí mismo y, al hacerlo, Mia vio que algo asomaba por el trasero de los pantalones. Era demasiado huesudo para tratarse de una cola, pero de todas maneras supuso que lo era.

—Ven, Mia —dijo Sayre, arrastrándola hacia delante. A continuación, se inclinó hacia ella y la miró directamente a los ojos, como un amante—. ¿O eres tú, Odetta? Eres tú, ¿verdad? Eres tú, la molesta, sabelotodo y problemática negra.

—¡No, soy yo, blanco cabrón cara rata! —graznó Detta, y le escupió en la cara.

Sayre abrió la boca estupefacto. Acto seguido la cerró de golpe y frunció el ceño con frialdad. La estancia había vuelto a quedar en silencio. Se limpió el escupitajo de la cara —de la máscara que llevaba encima de la cara— y la miró incrédulo.

—¿Mia? —la llamó—. Mia, ¿permites que me haga esto a mí? A mí, a quien se le podría considerar el padrino de tu hijo.

—¡No eres más que una puta mierda! —gritó Detta—. ¡Cómele la polla a tu kapapito mientras le hurgas con el dedito en el mojino, que es pa lo único que sirves! Pedazo de...

—¡Deshazte de ella! —bramó Sayre.

Y ante la cofradía expectante de vampiros y hampones del comedor frontal del Dixie Pig, Mia lo hizo. El resultado fue extraordinario. La voz de Detta comenzó a apagarse, como si fuera escoltada (por el gorila y por el pescuezo) fuera del restaurante. Dejó de intentar hablar y se limitó a reír con voz ronca, pero pronto aquello también desapareció.

Sayre se quedó con las manos enlazadas al frente, mirando a Mia con solemnidad. Los demás también la observaban fijamente. En algún lugar detrás del tapiz de los caballeros y las damas del banquete, continuaban el rumor de las risas y las conversaciones de algún otro grupo.

—Se ha ido —aseguró Mia al fin—. La mala se ha ido.

A pesar del silencio que reinaba en la sala, fue difícil oírla pues apenas habló con un hilo de voz. Tenía los ojos clavados en el suelo y las mejillas habían adoptado una palidez extrema.

—Por favor, señor Sayre... sai Sayre... ahora que he hecho lo que me ha pedido, por favor, dígame que me ha dicho la verdad y que criará a mi chaval. ¡Por favor, dígalo! Si lo hace, jamás volverá a oír hablar de la otra, se lo juro por el rostro de mi padre y el nombre de mi madre.

—No tuviste ninguno de los dos —contestó Sayre.

Respondió en un tono de frío desdén. La compasión y la misericordia que Mia suplicaba no tenían cabida en su mirada sobre la que el agujero rojo en el centro de la frente no cesaba de llenarse, pero nunca rebosaba.

Una nueva contracción, la más intensa con diferencia, hundió sus dientes en ella. Mia se tambaleó y en esta ocasión Sayre no se molestó en hacerle de contrapeso. Cayó de rodillas ante él, puso las manos en la superficie basta y lustrosa de sus botas de piel de avestruz y alzó la vista hasta su pálido rostro. Aquella cosa le devolvió la

mirada por encima del amarillo chillón de su chaqueta de esport.

—Por favor —insistió—. Por favor, se lo suplico, mantenga su promesa.

—Puede que sí o puede que no —contestó—. ¿Sabes? Nunca me han lamido las botas. ¿Te lo imaginas? Haber vivido tanto tiempo como yo y que jamás le hayan lamido las botas a uno a la vieja usanza.

En algún lugar, a una mujer se le escapó una risita.

Mia se inclinó hacia delante.

«No, Mia, no debes», gimió Susannah, pero Mia no respondió.

Ni siquiera el dolor paralizante de sus entrañas la detuvo. Asomó la lengua entre los labios y comenzó a lamer la basta superficie de las botas de Richard Sayre. Susannah podía distinguir su sabor, a gran distancia. Tenía un gusto seco, polvoriento, áspero, colmado de pesar y humillación.

Sayre dejó que continuara unos instantes más y, después, dijo:

—Para. Es suficiente.

La ayudó a ponerse en pie sin miramientos y acercó su rostro huraño a menos de diez centímetros del de ella. Ahora que ya las había visto, era imposible no percibirse de las máscaras que llevaban, tanto él como todos los demás. La piel tirante de las mejillas era casi transparente y debajo se distinguían débilmente remolinos de pelo de un escarlata oscuro.

O tal vez, si les cubría toda la cara, debería llamarse pelaje.

—Tus lloriqueos me avergüenzan —dijo—, aunque he de admitir que ha sido toda una sensación.

—¡Me lo prometió! —gritó, tratando de zafarse de él de un tirón. Acto seguido, la acometió una nueva contracción y se dobló por la cintura tratando de no chillar. Cuando remitió un poco, continuó intentándolo—. Dijo cinco años... o tal vez siete... sí, siete... lo mejor de lo mejor para mi chaval, dijo...

—Sí —contestó Sayre—, creo que lo recuerdo, Mia.

Frunció el ceño como cuando uno se encuentra ante un problema de difícil solución; acto seguido, se relajó. Al sonreír, la zona de la máscara alrededor de una de las comisuras de los labios se arrugó unos segundos, lo que dejó a la vista un vestigio de diente amarillento que crecía por fuera de la juntura, donde el labio inferior se une al superior. Soltó una de las manos para alzar un dedo en un gesto ilustrativo.

—Lo mejor de lo mejor, sí. La cuestión es: ¿reúnes los requisitos?

Unas risas solapadas de aprobación acogieron aquella salida. Mia recordó que la habían llamado «Madre» y que la habían saludado con un «salve», pero todo aquello parecía muy lejano en aquellos momentos, como un fragmento sin sentido de un sueño.

«Aunque sí valías pa estar preñá, ¿verdad? —le preguntó Detta, desde algún lugar de las profundidades... de hecho, desde el calabozo—. ¡Sí, señor! ¡Pa eso sí que valías, claro!».

—Pero sí valía para estar preñada de él, ¿no? —casi le escupió Mia—. Valía lo suficiente para enviar a la otra al pantano a comer ranas mientras ella pensaba que se trataba de caviar... Valía lo suficiente para eso, ¿no?

Sayre parpadeó, sin duda sorprendido ante una respuesta tan pronta. Mia bajó el volumen.

—Sai, ¡piense en todo a lo que he renunciado!

—¡Bah, no tenías nada! —repuso Sayre—. ¿Qué eras sino un espíritu insignificante cuya existencia únicamente giraba alrededor de follarte a algún vagabundo de vez en cuando? La puta de los vientos, ¿no es así como Roland llama a las de tu clase?

—Entonces piense en la otra —replicó Mia—. Esa que se hace llamar Susannah. Siguiendo sus deseos, le he arrebatado su vida y sus esperanzas por mi chaval.

Sayre hizo un gesto desdeñoso.

—Tus palabras me avergüenzan, Mia, así que cierra la boca.

Hizo un gesto de asentimiento hacia la izquierda. Un hampón de cara redonda, aspecto de bulldog y exuberante melena gris y rizada, dio un paso adelante. El agujero rojizo de la frente tenía un raro aspecto oblicuo y chinesco. A su espalda venía otra de aquellas cosas con forma de pájaro, esta con una temible cabeza de halcón de color castaño oscuro que asomaba por el cuello redondo de una camiseta que llevaba impreso: DUKE BLUE DEVILS. La aprehendieron. El tacto de aquellas cosas con forma de pájaro era repulsivo: escamoso y extraño.

—Has sido una guardiana excelente —le concedió Sayre—, en eso estamos totalmente de acuerdo. Sin embargo, también debemos recordar que fue la manceba de Roland de Gilead quien en realidad engendró al niño, ¿cierto?

—¡Eso es mentira! —aulló Mia—. ¡Oh, eso es una asquerosa... mentira!

Sayre prosiguió como si no hubiera oído nada.

—Y ciertos trabajos requieren ciertas capacidades. Como suele decirse: sobre gustos, no hay nada escrito.

—¡¡¡Por favor!!! —chilló Mia.

El hombre halcón se llevó las manos con garras a los lados de la cabeza y empezó a balancearse de un lado al otro, como si se hubiera quedado sordo. Aquella ocurrente pantomima arrancó varias risas e incluso algunos vítores.

Vagamente, Susannah sintió un chorro cálido que le bajaba por las piernas —las de Mia— y comprobó que la entrepierna y las perneras de los tejanos se oscurecían. Por fin había roto aguas.

—¡Aaaaaaaaa tener ese bebé! —proclamó Sayre, como si se tratara del presentador de un concurso televisivo. Había demasiados dientes en aquella sonrisa, una hilera adicional tanto arriba como abajo—. Después, ya veremos. Te prometo que tu petición será tomada en consideración. Mientras tanto... ¡Salve, Mia! ¡Salve, Madre!

—¡Salve, Mia! ¡Salve, Madre! —corearon los demás.

De repente, Mia se descubrió transportada hacia la parte de atrás del local. El hampón con cara de bulldog la llevaba cogida por el brazo izquierdo y el hombre halcón, por el derecho. El hombre halcón dejaba escapar un murmullo débil y desagradable producido con la garganta cada vez que soltaba el aire. Los pies de Mia apenas rozaban la alfombra mientras la llevaban hacia la cosa con forma de pájaro y alas amarillas al que le puso el nombre de Hombre Canario.

Sayre les dio el alto con un simple gesto de la mano y habló con el Hombre Canario señalando la puerta de la calle del Dixie Pig. Mia oyó el nombre de Roland y también el de Jake. El Hombre Canario asintió con un gesto. Sayre volvió a señalar con énfasis la puerta y sacudió la cabeza. «Por ahí no pasa nada», decía aquel gesto. «¡Nada!».

El Hombre Canario volvió a asentir con otro gesto y contestó utilizando unos gorjeos silbantes que casi hicieron gritar a Mia, quien desvió la mirada que recayó sobre el mural de los caballeros y sus damas. Estaban sentados a una mesa que reconoció: era la del salón de banquetes del Castillo Discordia. Arthur Eld la presidía a la cabeza con la corona sobre la frente y su consorte a mano derecha. Sus ojos eran de un azul que Mia reconoció por sus sueños.

Puede que el ka escogiera aquel momento para enviar una corriente de aire errante al comedor del Dixie Pig y apartar el tapiz. Tan solo fueron un par de segundos; suficientes para que Mia viera que había otro comedor —uno privado— al otro lado.

Sentados a una larga mesa de madera, bajo una araña de cristal reluciente, habría tal vez una docena de hombres y mujeres de rostros abultados y arrugados como pasas, consumidos por la edad y la perversidad. Tenían los labios contraídos hacia atrás a causa de unos enormes y descomunales manojos de dientes; hacía mucho que habían quedado atrás los tiempos en que cualquiera de aquellas monstruosidades podía cerrar la boca. Sus ojos negros supuraban una especie de materia fétida y alquitranada por el rabillo. Tenían la piel amarilla, cubierta de dientes y de trozos de piel de aspecto malsano.

«¿Qué son? —gritó Mia—. En nombre de los dioses, ¿qué son?».

«Mutantes —contestó Susannah—. O tal vez la palabra sea híbridos. Pero eso no importa, Mia. Has visto lo importante, ¿verdad?».

Lo había visto y Susannah lo sabía. Aunque el festón de terciopelo solo se había apartado unos segundos, fueron suficientes para que ambas distinguieran el asador colocado en medio de aquella mesa y el cuerpo decapitado al que daban vueltas en aquel al tiempo que la piel iba dorándose y arrugándose y chisporroteaba jugos aromáticos. No, el olor suspendido en el aire no era de cerdo. La cosa que daba vueltas en el asador, tostada como un cochinillo, era un bebé humano. Las criaturas que lo envolvían alargaban delicadas tacitas de porcelana bajo los jugos chorreadores, brindaban... y bebían.

La corriente se esfumó y el tapiz volvió a su lugar. Antes de volver a sujetarla por

los brazos y a arrastrarla por el comedor hacia las profundidades de aquel edificio asentado a horcajadas en muchos mundos a lo largo del Haz, la mujer de parto comprendió la ironía de la escena. No era un muslo lo que Arthur Eld se llevaba a la boca, tal como un primer y poco atento vistazo habría podido sugerir; era la pierna de un bebé. El vaso que la reina Rowena había alzado para brindar no estaba lleno de vino, sino de sangre.

—¡Salve, Mia! —volvió a vociferar Sayre. Estaba del mejor de los humores una vez que la paloma mensajera había regresado al nido.

—¡Salve, Mia! —corearon los demás a voz en grito.

Era como una especie de delirante aclamación futbolera. Los de detrás del mural se unieron a la misma, aunque sus voces se vieron reducidas a poco más que gruñidos. Y, además, tenían la boca llena de comida.

—¡Salve, Madre!

En esta ocasión, Sayre pretendió una hipócrita reverencia para acompañar la hipocresía de su respeto.

—¡Salve, Madre! —respondieron los vampiros y los hampones, y en medio de la satírica salva de aplausos fue arrastrada lejos de allí, primero hacia la cocina, luego a la despensa y acto seguido escaleras abajo.

Al final, por descontado, había una puerta.

DIECIOCHO

Susannah reconoció la cocina del Dixie Pig por el olor repulsivo de lo que allí se cocinaba: después de todo no se trataba de cerdo, sino de lo que los piratas ingleses del siglo XIX llamaban cerdo alargado^[7].

¿Cuántos años hacía que aquel lugar servía a los vampiros y a los hampones de Nueva York? ¿Desde los tiempos de Callahan en los setenta y los ochenta? ¿Desde los suyos, en los sesenta? Casi seguro que desde mucho antes. Susannah supuso que allí habría habido una versión del Dixie Pig desde los tiempos de los holandeses, los que habían comprado a los indios con sacos de cuentas y habían plantado sus asesinas creencias cristianas a mayor profundidad que su bandera. Gente práctica, los holandeses, con su gusto por las costillas magras y la poca paciencia para la magia, tanto la blanca como la negra.

Vio lo suficiente para percatarse de que era la cocina gemela de la que había visitado en las entrañas del Castillo Discordia; donde Mia había matado una rata que había tratado de reclamar los últimos restos de comida que quedaban en el lugar, un cerdo asado en el horno.

«Salvo que ni había horno ni asado —pensó—. Mierda, ni cocina. Había un cochinillo en la parte de atrás del establo, fuera, uno de los de Tian y Zalia Jaffords. Y fui yo quien lo mató y me bebí su sangre caliente, no ella, quien por entonces casi se

había hecho conmigo, aunque yo no lo sabía. Me pregunto si Eddie...».

Cuando Mia la arrastró por última vez, alejándola de sus pensamientos y enviándola a trompicones hacia la oscuridad, Susannah se dio cuenta de hasta qué punto aquella ávida pedazo de zorra había poseído su vida. Sabía por qué lo había hecho: por el chaval. La cuestión era por qué ella, Susannah Dean, había permitido que sucediera. ¿Porque ya antes había sido poseída? ¿Porque era tan adicta a la extraña que llevaba dentro como Eddie lo había sido a la heroína?

Temía que pudiera ser cierto.

Una oscuridad envolvente. Cuando volvió a abrir los ojos, los posó sobre aquella luna primitiva sobre la Discordia, y el resplandor rojizo y fluctuante

(«la forja del Rey»)

en el horizonte.

—¡Por aquí! —gritó una mujer, igual que había gritado antes—. ¡Por aquí! ¡Lejos del viento!

Susannah bajó la vista y descubrió que no tenía piernas y que estaba sentada en el mismo carro rudimentario que en su visita previa al adarve. La misma mujer, alta y hermosa, el pelo negro ondeando al viento, le estaba haciendo señas. Mia, por supuesto. Todo aquello no era más real que los vagos ensueños de Susannah sobre el salón de banquetes.

Pensó: «Sin embargo, Fedic era real. El cuerpo de Mia está ahí igual que, en este momento, el mío está siendo arrastrado por la cocina, en la parte trasera del Dixie Pig, donde se preparan comidas atroces para clientes inhumanos. El adarve del castillo es el lugar de ensueño de Mia, su refugio, su Dogan».

—¡A mí, Susannah de Mundo Medio, aléjate del resplandor del Rey Rojo! ¡Aléjate del viento y entra al abrigo de este merlón!

Susannah sacudió la cabeza.

—Di lo que tengas que decir y acaba de una vez, Mia. Tenemos que parir un bebé (ea, de alguna manera entre las dos) y una vez que esté fuera, estaremos en paz. Has envenenado mi vida, eso es lo que has hecho.

Mia la miró con desesperada intensidad, el vientre abultado bajo el sarape, el cabello arrojado hacia atrás por la violencia del viento.

—¡Fuiste tú quien se tomó el veneno, Susannah! ¡Fuiste tú quien lo tragó! ¡Ea, cuando el niño todavía era una semilla por prender en tu vientre!

¿Era cierto? Y si lo era, ¿cuál de ellas había invitado a Mia a entrar a sabiendas del vampiro que era en realidad? ¿Había sido Susannah o Detta?

Susannah decidió que ninguna de las dos.

Decidió que, en realidad, podría haber sido Odetta Holmes. Odetta nunca habría roto el viejo y asqueroso plato de la dama azul para las ocasiones especiales. Odetta, quien adoraba a sus muñecas a pesar de que la mayoría eran tan blancas como sus braguitas de algodón.

—¿Qué quieres de mí, Mia, hija de nadie? ¡Dilo y acabemos de una vez!

—Pronto estaremos juntas... ea, de verdad de la buena, tendidas juntas en la misma camilla de parto. Y lo único que pido es que, si se me presenta la ocasión para escapar con mi chaval, me ayudes a aprovecharla.

Susannah lo meditó. En el páramo de rocas y grietas abiertas, las hienas rieron. El viento te dejaba entumecido, pero fue peor el dolor que de súbito cerró sus mandíbulas sobre medio cuerpo. Descubrió el mismo sufrimiento en el rostro de Mia y volvió a pensar en cómo toda su existencia parecía haberse convertido en un páramo de espejos. En cualquier caso, ¿qué mal podía hacer una promesa como aquella? Era probable que no se presentara nunca la oportunidad, pero si lo hacía, ¿iba a permitir que la cosa que Mia quería llamar Mordred cayera en manos de los hombres del Rey?

—Sí —contestó—. De acuerdo. Si puedo ayudarte a que escapes con él, lo haré.

—¡A cualquier sitio! —gritó Mia en un ronco susurro—. Incluso... —Se detuvo. Tragó saliva. Se obligó a continuar—. Incluso hacia la oscuridad del exotránsito. Pues si he de vagar para siempre con mi hijo a mi lado, eso no será ninguna condena.

«Tal vez para ti no, hermana», pensó Susannah, pero no dijo nada. En realidad, estaba harta de los mareos constantes de Mia.

—Y si no existe posibilidad de ser libres —prosiguió Mia—, mátanos.

A pesar de que allí no se oía nada salvo el viento y las risas de las hienas, Susannah sintió que su cuerpo físico seguía en movimiento y que la bajaban a rastras por un tramo de escaleras. Todo un mundo real tras la más delicada de las membranas. Que Mia la hubiera transportado a aquel mundo, en especial mientras sufría las contracciones de un parto, sugería que se hallaba ante un ser de gran poder. Lástima que aquel poder no pudiera aprovecharse de alguna manera.

Por lo visto, Mia tomó el silencio de Susannah por reticencia, pues recorrió la pasarela circular del adarve en un santiamén calzada con sus resistentes *huaraches* y casi se acercó corriendo hasta donde Susannah esperaba sentada en su destalado carro de madera. Cogió a Susannah por los hombros y la zarandó.

—¡Escucha! —gritó con vehemencia—. ¡Mátanos! Mejor juntos en la muerte que... —su voz se fue apagando. Acto seguido, habló en un tono apagado y gélido—: Me han engañado desde el principio, ¿verdad?

Ahora que había llegado el momento, Susannah no sintió ganas de vengarse ni compasión ni pena. Se limitó a asentir con un gesto de cabeza.

—¿Tienen intención de comérselo? ¿De alimentar a esos horribles viejos con su cadáver?

—Estoy casi segura de que no —contestó Susannah.

Aunque no podía descartar el canibalismo; se lo susurraba el corazón.

—A ellos no les preocupo en lo más mínimo —aseguró Mia—. Solo soy la niñera, ¿no fue así como me llamaste? Y ni siquiera van a dejarme ser eso, ¿verdad?

—Creo que no —confirmó Susannah—. Puede que te den seis meses para darle de mamar, aunque incluso eso... —Sacudió la cabeza y, a continuación, se mordió el

labio al tiempo que una nueva contracción la asaltó convirtiendo todos los músculos del vientre y las piernas en cristal. Cuando el dolor remitió, acabó la frase—: Lo dudo.

—Si llegamos a ese punto, mátanos. ¡Di que lo harás, Susannah, hazme el favor!

—Y si hiciera eso por ti, Mia, ¿qué harías tú por mí? Asumiendo que pudiera creer ni una palabra que salga de tu boca de mentirosa.

—Te liberaría, si tuviera la oportunidad.

Susannah lo meditó y decidió que un mal trato era mejor que nada. Alzó los brazos y tomó las manos que la tenían cogida por los hombros.

—Muy bien. Acepto.

Acto seguido, como al final de su anterior garla en aquel lugar, el cielo se abrió... y el merlón que había a sus espaldas, y el mismo aire entre ellas. A través de la grieta, Susannah vio un pasillo tambaleándose. La imagen era confusa, borrosa. Comprendió que estaba mirando a través de sus propios ojos, que tenía entrecerrados. Bulldog y el hombre halcón todavía la sujetaban. La llevaban hacia la puerta al final del pasillo —siempre, desde que Roland había entrado en su vida, había otra puerta— y presumió que creían que se había desmayado. Supuso que, en cierto modo, así había sido.

A continuación, volvió a recuperar el cuerpo híbrido de las piernas blancas... aunque, a saber cuánta extensión de su piel anteriormente oscura ya era blanca. Pensó que al menos aquella situación estaba a punto de llegar a su fin y se alegró. Cambiaría aquellas piernas blancas, por muy fuertes que pudieran ser, por menos quebraderos de cabeza sin pensárselo dos veces.

Por menos quebraderos de su cabeza.

DIECINUEVE

—Está volviendo en sí —gruñó alguien.

El de la cara de bulldog, creyó Susannah. No es que importara; debajo todos parecían ratas humanoides con pelo que les crecía de la carne llena de cortezas huesosas.

—Bien hecho.

Aquel era Sayre, quien caminaba detrás de ellos. Susannah echó la vista atrás y vio que su séquito consistía en seis hampones, el hombre halcón y un trío de vampiros. Los hampones llevaban armas en agarraderos... aunque supuso que en aquel mundo las debían de llamar pistoleras. Donde fueres haz lo que vieres, cariño. Dos de los vampiros llevaban bas, las ballestas de los Callas. El tercero llevaba una espada que emitía un zumbido eléctrico y molesto, parecida a la que blandían los lobos.

«Diez contra uno —pensó Susannah, con frialdad—. Nada bueno... pero podría ser peor».

«¿Puedes...?», comenzó la voz de Mia desde algún lugar dentro de ella.

«Cállate —le ordenó Susannah—. La charla se ha acabado».

Enfrente, en la puerta a la que se estaban acercando, distinguió lo siguiente:

NORTH CENTRAL POSITRONICS, LTD.

Nueva York/Fedic

Máxima seguridad

SE SOLICITA CÓDIGO VERBAL PARA LA ENTRADA

Le era familiar y Susannah supo de inmediato por qué. Había visto un rótulo similar a aquel durante una de sus breves visitas a Fedic. Fedic, donde la Mia real —el ser que había aceptado la mortalidad mediante lo que podría considerarse el peor trato de la historia— estaba atrapada.

Cuando la alcanzaron, Sayre se abrió paso por el lado del hombre halcón. Se inclinó hacia la puerta y dijo algo gutural, una palabra extraña que Susannah jamás podría haber pronunciado.

«No importa —susurró Mia—. Yo sé decirla, y si fuera necesario, podría enseñarte otra. Pero ahora... Susannah, siento mucho todo. Adiós».

La puerta que daba a la Estación Experimental Arco 16 de Fedic se abrió. Susannah oyó un zumbido irregular y olió a ozono. Ninguna magia impulsaba aquella puerta entre los mundos; aquello era obra de los antiguos, y fallaba. Aquellos que la construyeron habían perdido la fe en la magia, habían dejado de creer en la Torre. En vez de la magia empleaban aquella cosa zumbante y agonizante. Aquella cosa estúpida y mortal. Al otro lado vio una gran sala llena de camas. Cientos de ellas.

«Es donde operan a los niños. Donde les extraen lo que sea que necesiten los disgregadores».

En aquellos momentos, solo una de las camas estaba ocupada. Al pie había una mujer con una de aquellas espantosas cabezas de rata. Una enfermera, quizá. A su lado había un humano. Susannah no creyó que fuera un vampiro, pero no podía asegurarlo pues la visión a través de la puerta era tan ondulante como el aire sobre un incinerador. El humano levantó la vista y los vio.

—¡Rápido! —gritó—. ¡Enviad la carga! ¡Tenemos que conectarlas y acabar con esto o ella morirá! ¡Ambas morirán!

El médico —nadie más que un médico podría haberse armado de tan hosca arrogancia en presencia de Richard P. Sayre— hizo gestos impacientes para que se acercaran.

—¡Traedla! ¡Llegáis tarde, malditos seáis!

Sayre la empujó sin miramientos por la puerta. Oyó un zumbido en lo más profundo de su cabeza y un breve tintineo de campanillas de exotransito. Miró hacia abajo, pero era demasiado tarde: las piernas prestadas de Mia habían desaparecido y

cayó de bruces antes de que el hombre halcón y bulldog entraran tras ella y la cogieran.

Se abrazó a sí misma y alzó la vista, consciente de que, por primera vez en Dios sabía cuánto tiempo —probablemente desde que había sido violada en el círculo de piedras— únicamente se pertenecía a ella misma. Mia había desaparecido.

Entonces, como para demostrar que no era así, la problemática huésped de Susannah a la que acabada de desalojar lanzó un chillido. Susannah añadió el suyo —el dolor era tan descomunal que no pudo reprimirlo— y por un instante sus voces anunciaron la inminencia del bebé en perfecta armonía.

—Jesús —exclamó uno de los guardianes de Susannah; si se trataba de un vampiro o de un hampón, no lo sabía—. ¿Me sangran los oídos? Me parece que me están...

—¡Recógela, Haber! —le espetó Sayre—. ¡Jey! ¡Sujetadla bien! ¡Levantadla del suelo, por la gloria de vuestros padres!

Bulldog y Hombre Halcón —o Haber y Jey, si así gusta más— la cogieron por debajo de los brazos y la arrastraron sin demora por el pasillo de la sala en aquella dirección, entre las hileras de camas vacías.

Mia se volvió hacia Susannah y consiguió esbozar una sonrisa débil y exhausta. Tenía la cara perlada de sudor y el cabello pegado a la piel enrojecida.

—Bien halladas... y mal —consiguió decir.

—¡Juntad esa cama! —gritó el médico—. ¡Deprisa, malditos seáis! Por los clavos de Cristo, ¿por qué sois tan lentos?

Dos de los hampones que habían acompañado a Susannah desde el Dixie Pig se inclinaron sobre la cama vacía más próxima y la empujaron hasta dejarla junto a la de Mia mientras Haber y Jey continuaban sosteniéndola entre ellos. En la cama había algo que recordaba a una mezcla entre un secador de pelo y uno de esos cascos espaciales que se ven en las series de televisión de *Flash Gordon*. A Susannah le daba bastante igual el aspecto que tuviera; lo que parecía era un chupacerebros.

Mientras tanto, la enfermera con cabeza de rata se inclinó entre las piernas separadas de su paciente e inspeccionó bajo la ropa de hospital arremangada que Mia llevaba en aquellos momentos. Le dio unos golpecitos en la rodilla derecha con una mano regordeta y dejó escapar un sonido parecido a un maullido. Seguramente la intención de aquello era tranquilizarla, pero Susannah se estremeció.

—¡No os quedéis ahí parados rascándoos el culo, imbéciles! —aulló el médico.

Era un hombre corpulento, de ojos castaños, mejillas sonrosadas y cabello oscuro peinado hacia atrás, tan pegado a la cabeza que cada pasada del cepillo parecía tan ancha como un canalón. Llevaba una bata de laboratorio de nailon blanco sobre un traje de tweed. El fular escarlata tenía un ojo dibujado. Aquel sigul no sorprendió a Susannah en lo más mínimo.

—A sus órdenes —contestó Jey, el Hombre Halcón. Tenía una voz rara, neutra e inhumana, tan desagradable como el maullido de la enfermera de la cabeza de rata,

pero se le comprendía sin problemas.

—¡No deberíais necesitar mis órdenes! —les espetó el médico. Juntó las manos en un gesto de disgusto—. ¿A vuestras madres no les sobrevivió ningún hijo?

—Yo... —comenzó Haber, pero el médico lo interrumpió sin más. Se había calentado.

—¿Cuánto tiempo llevamos esperando esto, eh? ¿Cuántas veces hemos ensayado el procedimiento? Por los clavos de Cristo, ¿por qué tenéis que ser estúpidos de cojones, tan lentos? Ponedla en la ca...

Sayre se movió con una rapidez tal que Susannah dudó que Roland pudiera igualarla. Se encontraba al lado de Haber, el hampón con cara de bulldog, y segundos después se había arrojado sobre el médico, le había clavado su barbilla en el hombro, le había inmovilizado el brazo y se lo retorcía a la espalda.

La expresión de enojo petulante del médico se disipó en un abrir y cerrar de ojos y comenzó a chillar con un agudo tiple soprano infantil. La saliva le rebosaba por el labio inferior y la entrepierna de los pantalones de tweed se oscurecía a medida que se le iba escapando la orina.

—¡Pare! —aulló—. ¡No le sirvo de nada si me rompe el brazo! ¡Ay, pare, eso dueeee!

—Si le rompiera el brazo, Scowther, le echaría el guante en la calle a cualquier otro matasanos para que acabara esto y después lo mataría. ¿Por qué no? ¡Por amor de Gan, se trata de una mujer que va a tener un hijo, no de neurocirugía!

Sin embargo, relajó la presión un poco. Scowther sollozó, se retorció y gimió casi sin aliento, como alguien llegando al clímax durante una relación íntima.

—Y cuando haya acabado y ya no le necesitemos más —continuó Sayre—, lo arrojaré a ellos para que les sirva de alimento.

Hizo un gesto con la barbilla. Susannah miró en aquella dirección y vio que el pasillo, desde la puerta hasta la cama donde Mia yacía en aquellos momentos, estaba cubierto por los mismos bichos que había visto en el Dixie Pig. Sus ojos ávidos e inteligentes estaban fijos en el rollizo médico. Sus mandíbulas entrechocaban.

—¿Qué...? Sai, ¿qué tengo que hacer?

—Ruegue disculpas.

—¡Ru-ruego que me disculpe!

—Y ahora a estos otros, ya que también les ha insultado, sí señor.

—Señores, yo... yo... ru-rue...

—¡Doctor! —los interrumpió la enfermera con cabeza de rata. Tenía una voz pastosa, pero se entendía. Seguía inclinada entre las piernas de Mia—. ¡El bebé está coronándose!

Sayre soltó el brazo de Scowther.

—Adelante, doctor Scowther, haga su trabajo. Traiga el niño al mundo. —Sayre se inclinó hacia delante y le acarició la mejilla a Mia con increíble delicadeza—. Ánimo y adelante, señora-sai —le dijo—. Algunos de sus sueños podrían hacerse

realidad.

Ella levantó la vista para mirarlo con una desfallecida gratitud que a Susannah le encogió el corazón.

«No le creas, sus mentiras no tienen fin», trató de enviarle, pero el contacto estaba interrumpido por el momento.

Fue arrojada como un saco de patatas a la cama que habían empujado hasta dejarla junto a la de Mia. No pudo zafarse mientras le colocaban uno de los casquetes en la cabeza; una nueva contracción la había paralizado y, de nuevo, las dos mujeres aullaron al unísono.

Susannah oyó que Sayre y los demás murmuraban. Del suelo y de sus espaldas también le llegaba el desagradable chirrido de los bichos. En el interior del casco, unas protuberancias redondas de metal presionaban sus sienes con tanta fuerza que casi le hacían daño.

De repente, una agradable voz de mujer anunció:

—¡Bienvenidos al mundo de North Central Positronics, parte del grupo Sombra! ¡Sombra, donde el progreso nunca se detiene! Espere el enlace ascendente.

Comenzó a oír un potente zumbido. Al principio, Susannah lo percibió en el oído, pero luego sintió que le perforaba ambos lados. Se imaginó un par de balas relucientes yendo la una al encuentro de la otra.

Apagada, como si se encontrara en la otra punta de la sala en vez de a su lado, oyó gritar a Mia.

—¡No, no lo haga, hace daño!

El zumbido de la izquierda y el zumbido de la derecha se unieron en el centro del cerebro de Susannah y establecieron una señal telepática perforadora que acabaría por destruir su capacidad de razonamiento si persistía durante mucho más tiempo. Era insoportable, pero mantuvo los labios apretados. No iba a gritar. Que vieran las lágrimas desbordarse por debajo de sus párpados cerrados, pero era una pistolera y no la harían gritar.

Tras lo que le pareció una eternidad, el zumbido cesó.

Susannah tuvo uno o dos segundos para disfrutar del bendito silencio en que se sumió su cabeza y acto seguido una nueva contracción la atravesó, esta en la parte más baja de su vientre y con la fuerza de un huracán. Ante aquel dolor se permitió gritar porque, en cierto modo, era diferente; gritar ante la llegada del bebé era un honor.

Volvió la cabeza y vio que a Mia le habían colocado un casquete de metal similar sobre el pelo negro empapado en sudor. Los tubos segmentados de los dos casquetes estaban conectados en el medio. Aquellos eran los chismes que utilizaban con los gemelos raptados, aunque en aquellos momentos los estaban usando con otro propósito. ¿Cuál?

Sayre se inclinó hacia ella, tan cerca que llegó a oler su colonia. Susannah decidió que se trataba de English Leather.

—Necesitamos esta conexión física para llevar a cabo el parto y dar el empujón final para que salga el niño —dijo—. Traerte a Fedic era absolutamente fundamental. —Le dio unos golpecitos en el hombro—. Buena suerte. Ya no queda mucho. —Le dedicó una sonrisa encantadora. La máscara que llevaba se contrajo hacia arriba y dejó a la vista parte del monstruo rojizo que había debajo—. Luego, podremos matarte. —La sonrisa se ensanchó—. Y comerte, claro está. En el Dixie Pig no se desaprovecha nada, ni siquiera una zorra tan arrogante como tú.

Antes de que Susannah pudiera responder, la voz femenina de su cabeza volvió a escucharse:

—Por favor, diga su nombre, lentamente y con claridad.

—¡Que te den! —contestó Susannah, con un gruñido.

—Kete Den no consta como nombre válido para alguien no asiático —repuso la agradable voz femenina—. Detectamos hostilidad y rogamos disculpen por anticipado el siguiente procedimiento.

Durante unos segundos no ocurrió nada, pero entonces en su mente estalló un dolor que se encontraba más allá de cualquier tormento que jamás se le hubiera pedido que soportara. Mayor de lo que sospechaba que pudiera existir. Sin embargo, sus labios permanecieron sellados mientras la arrasaba por dentro. Pensó en la canción y la oyó de verdad incluso a través del torbellino de dolor: «Soy mujer... de penar constante... No hay día que las tribulaciones no me hayan acompañado...».

Al menos el torbellino cesó.

—Por favor, diga su nombre, lentamente y con claridad —insistió la agradable voz femenina, en medio de su cabeza— o este procedimiento se multiplicará por diez.

«No hace falta —envió Susannah a la voz femenina—. Me has convencido».

—Suuuuuuu-saaaaaan-naaaaaah —dijo—, Suuuuuu-saaaaaan-naaaaaah...

Los demás estaban a su alrededor, observándola; todos menos la señora Cabeza de Rata, quien vigilaba con gran entusiasmo el lugar donde la cabeza cubierta de pelusilla había aparecido de nuevo, entre los labios en retroceso de la vagina de Mia.

—Miiiiii-aaaaaa...

—Suuuuuuu-saaaaaaa...

—Miiiiii...

—aaan-naaaaaaa...

Para cuando comenzó una nueva contracción, el doctor Scowther ya había cogido unos fórceps. Las voces de las mujeres se convirtieron en una, que pronunciaba una palabra, un nombre que no era Susannah ni Mia, sino una combinación de ambos.

—Conexión establecida —comunicó la agradable voz femenina. Se oyó un débil clic—. Repito: conexión establecida. Gracias por su cooperación.

—Gente, ha llegado el momento —anunció Scowther. Parecía como si el miedo y el terror lo hubieran abandonado; sonaba animado. Se volvió hacia la enfermera—. Alia, puede que llore. Si lo hace, ¡déjalo, por la gloria de tu padre! Si no, ¡límpiale la boca de inmediato!

—Sí, doctor.

Los labios de aquella cosa se estremecieron al tiempo que se retiraban hacia atrás y dejaban a la vista una hilera doble de colmillos. ¿Aquellos era una mueca o una sonrisa?

Scowther los miró a todos con un ápice de su antigua arrogancia.

—Vosotros quedaos exactamente donde estáis —advirtió—. Ninguno de nosotros sabe con exactitud lo que tenemos aquí. Lo único que sabemos es que el niño pertenece al Rey Carmesí...

Mia gritó al oír aquello. De dolor y en protesta.

—Serás imbécil... —se lamentó Sayre.

Retiró la mano hacia atrás y abofeteó a Scowther con bastante fuerza como para despeinarlo y enviar una fina capa de gotas de sangre contra la pared blanca.

—¡No! —gritó Mia. Trató de luchar para incorporarse sobre los codos; no lo consiguió y cayó hacia atrás—. No, ¡dijo que yo lo criaría! Por favor, aunque solo sea por un tiempo, le ruego...

En ese momento el más intenso de los dolores asaltó a Susannah, a ambas, y las arrolló. Gitaron al unísono. Susannah no necesitó oír a Scowther, quien le estaba ordenando que empujara, que empujara ¡ahora!

—¡Ya viene, doctor! —exclamó la enfermera, hecha un manojo de nervios.

Susannah cerró los ojos y empujó; y al tiempo que sentía que el dolor comenzaba a fluir fuera de ella como si se tratara de agua colándose por un oscuro sumidero formando un remolino, también sintió el pesar más profundo que jamás había experimentado. Pues era al interior de Mia hacia donde fluía el bebé; las últimas líneas del mensaje viviente que le habían hecho transmitir al cuerpo de Susannah. Se estaba acabando. Ocurría lo que ocurriese a continuación, aquella parte se estaba acabando, y Susannah Dean dejó escapar un grito mezcla de alivio y arrepentimiento; un grito que en sí era como una canción.

Y mecido por aquella canción, Mordred Deschain, hijo de Roland (y otro, Oh, canta Discordia), llegó al mundo.

ESTROFA: *Commala-ven-kass!
¡El niño a nacer va!
Entona tu canto, cántalo bien,
el niño al caer está.*

RESPUESTA: *Commala-ven-kass,
lo peor al caer está.
La Torre se tambalea;
el niño a nacer va.*

P
Á
G
I
N
A
S

D
E
L
D
I
A
R
I
O
D
E



C O D A

U
N

E
S
C
R
I
T
O
R



12 de julio de 1977

Tío, es genial estar de vuelta en Bridgton. Siempre nos tratan bien en lo que Joe sigue llamando «Nanatown», y aunque Owen no dejó de dar la vara todo el rato, está mejor desde que llegamos a casa. Solo paramos una vez, en Waterville, a comer algo en el Silent Woman (debo añadir que otras veces la comida estaba mejor).

Da igual, mantuve la promesa que me hice y en cuanto llegué me puse a la gran búsqueda del relato de La torre oscura. Ya casi me había rendido cuando encontré las páginas en el rincón más olvidado del garaje, debajo de una caja de catálogos viejos de Tab. Tenía encima una capa de humedad acumulada por la descongelación de primavera y esas curiosas páginas azuladas olían a moho, pero se leen sin problemas. Acabé de darle un repaso, me senté y añadí una pequeña sección al material de la estación de paso (donde el pistolero se encuentra con el chaval, Jake). Pensé que sería como divertido añadir una bomba de agua que funcionara con una pila atómica y eso hice sin darle más vueltas. Por lo general, ponerse a trabajar en una historia antigua apetece tanto como comerse un sándwich de pan mohoso, pero esta vez me sentí la mar de cómodo... como si me calzara un zapato viejo.

Exactamente, ¿de qué se suponía que iba la historia?

No lo recuerdo, lo único que sé es que me vino a la cabeza hace mucho, mucho tiempo. Volviendo a casa desde el norte, mientras la familia dormitaba en el coche, me puse a pensar en aquel día que David y yo nos escapamos del lado de tía Ethelyn. Creo que habíamos planeado regresar a Connecticut. Los entraños (es decir, los entrados en años) nos cogieron, claro, y nos pusieron a trabajar en el establo a cerrar madera. La cuadrilla del castigo, lo llamó tío Oren. Me parece que pasé mucho miedo, pero que me aspen si recuerdo por qué, lo único que sé es que tenía que ver con el rojo y que me inventé un héroe, un pistolero mágico, para que me protegiera. También había algo sobre el magnetismo o sobre unos haces de energía. Estoy convencido de que eso fue el génesis de esta historia, pero es curioso lo borroso que me parece todo. Bueno, ¿quién recuerda hasta el último detalle desagradable de su infancia? ¿Quién quiere hacerlo?

No hay mucho más que contar. Joe y Naomi estuvieron jugando y los planes de Tabby sobre su viaje a Gran Bretaña ya casi están listos. ¡Tío, no hay manera de sacarse de la cabeza esa historia del pistolero!

¡Ya está, lo que el viejo Roland necesita son amigos!

19 de julio de 1977

Esta noche he ido a ver La guerra de las galaxias en moto y creo que, hasta que no refresque un poco más, es la última vez que la cojo porque me he tragado una tonelada de bichos. ¡Ya no necesito proteínas!

Iba dándole vueltas a Roland, mi pistolero, el del poema de Robert Browning (sin olvidar a Sergio Leone, ante quien me quito el sombrero) mientras conducía. El manuscrito es una novela, de eso no me cabe duda, o parte de una, pero tengo la impresión de que los capítulos también tienen entidad propia. O casi. Me pregunto si se lo podría vender a una de las revistas de literatura fantástica; tal vez incluso a Fantasy and Science Fiction, el santo grial del género.

Seguramente es una tontería.

Por lo demás, no hay mucho más salvo el All-Star Game (National League 7 - American League 5). Estaba bastante achispado antes de que acabara y a Tabby no le hizo ninguna gracia...

9 de agosto de 1978

¡Kirby McCauley le ha vendido el primer capítulo de esa vieja historia de La torre oscura a Fantasy and Science Fiction! ¡Tío, es que no me lo creo! ¡Es genial! Kirby dice que cree que Ed Ferman (el redactor jefe) seguramente incluirá todo lo que tenga de la TQ. Va a llamar al primer fragmento («El hombre de negro huía a través del desierto, y el pistolero iba en pos de él», etc., etc., bla, bla, bla, pum, pum) «El pistolero». Tiene sentido.

No está mal para una historia antigua que el año pasado estaba enmoheciéndose olvidada en un rincón del garaje. Ferman le dijo a Kirby que Roland «desprende una sensación de realidad» que no abunda en la ficción fantástica y quería saber si habría más aventuras. Estoy seguro de que las hay (o las había, o las habrá... ¿cuál es el tiempo adecuado cuando se está hablando de relatos aún por escribir?), pero no tengo ni idea de cuáles podrían ser. Lo único que sé es que John Chambers, Jake, tendría que volver a aparecer en ellas.

Un día lluvioso y bochornoso junto al lago. Los niños no han podido salir a jugar. Esta noche Andy Fulcher hizo de niñera de los críos mientras Tabby, Owen y yo íbamos al autocine de Bridgton. Tabby dijo que la película (El otro lado de la medianoche... del año pasado) era una mierda, pero no la oí suplicándome que la llevara a casa. En cuanto a mí, resulta que estuve otra vez dándole vueltas a ese puñetero Roland. Esta vez tenía que ver con su amor perdido. «Susan, la encantadora muchacha de la ventana».

Por Dios, ¿quién será?

9 de septiembre de 1978

Me ha llegado el primer ejemplar del número de octubre que traía «El pistolero». Tío, tiene buena pinta.

Pero Hatlen ha llamado. Le ronda la idea de que tal vez yo pudiera dar clases en calidad de escritor residente en la Universidad de Maine durante un año. Solo Burt tiene huevos para pensar en un escritorzuelo como yo para un puesto como ese. De todos modos, parece una idea interesante.

29 de octubre de 1979

Vaya, mierda, otra vez borracho. Apenas veo la puñetera página, aunque supongo que será mejor que escriba algo antes de tambalearme hasta la cama. Hoy he recibido una carta de Ed Ferman, de F&SF. Al segundo capítulo de La torre oscura la parte en que Roland conoce a Jake le va a poner «La estación de paso». Está decidido a publicar toda la serie; me parece bien, aunque ojalá tuviera más capítulos. Mientras tanto, tengo que pensar en Apocalipsis... y, claro está, en La zona muerta.

Ahora mismo todo esto no parece que tenga demasiada importancia. Odio este sitio, Orrington. Para empezar, detesto vivir en una calle tan transitada. Hoy sin ir más lejos, uno de esos puñeteros camiones Cianbro de la construcción ha estado a punto de hacer papilla a Owen. Vaya susto me he pegado, aunque también me ha dado una idea para una historia que tiene que ver con ese curioso y diminuto cementerio de animales que hay en la parte de atrás de la casa. El cartel reza: *CEMENTERIO DE ANIMALES*, ¿no es extraño? Gracioso, pero también escalofriante; casi parece una de esas cosas tipo La cámara de los horrores.

19 de junio de 1980

Acabo de bajar del avión con Kirby McCauley. Él recibió una llamada de Donald Grant, el tipo que publica un montón de material fantástico con su propio sello (a Kirby le gusta bromear con lo de que Don Grant es «el hombre que llevó a Robert E. Howard a la infamia»). A lo que iba, a Don le gustaría publicar las historias de mi pistolero y con su título original: La torre oscura (subtítulo: La hierba del diablo). ¿No es fantástico? Mi propia «edición limitada». Publicaría unos diez mil ejemplares, más quinientos firmados y numerados. Le dije a Kirby que tirara adelante y que firmara el contrato.

De todos modos, parece que mi carrera de profesor ha llegado a su fin y he pillado un buen colocón para celebrarlo. Saqué el manuscrito de Cementerio de animales y le eché una ojeada. ¡Dios santo, es penoso! Creo que los lectores me lincharían si lo publicara. Este libro nunca verá la luz del día...

27 de julio de 1983

Publishers Weekly (nuestro hijo Owen lo llama Publi de Whisky, algo que en cierto modo se ajusta más) publicó una reseña del último libro de Richard Bachman... y me han vuelto a poner de vuelta y media. Daban a entender que era aburrido, y eso, amigo mío, no es cierto; pero bueno, la verdad es que ponerme a pensar en ello me ayudó a ir a North Windham a pillar los dos barriles de cerveza. Los saqué de una de esas tiendas de bebidas a precio de saldo. También vuelvo a

fumar; que me denuncien. Lo dejo cuando cumpla los 40, lo prometo.

Ah y Cementerio de animales se publica exactamente de aquí a dos meses. Entonces sí que mi carrera habrá llegado a su fin (es broma... al menos espero que sea broma). Después de darle algunas vueltas, añadí La torre oscura a la lista de títulos publicados en la parte delantera del libro. Al fin y al cabo, pensé, ¿por qué no? Sí, ya sé que está agotado —tan solo salieron diez mil ejemplares a la venta, por el amor de Dios—, pero era un libro de verdad y estoy orgulloso de él. No creo que vaya a recuperar jamás al viejo Roland, el caballero errante y armado, pero sí, estoy orgulloso de ese libro.

Menos mal que me acordé de echar una carrera a por cerveza.

21 de febrero de 1984

Tío, esta tarde he recibido una llamada alucinante de Sam Vaughn, de Doubleday (fue quien publicó Cementerio de animales, te acordarás). Ya sabía que había seguidores que querían La torre oscura y que estaban cabreados porque no la encontraban, que yo también recibo cartas, pero Sam dice que ellos han recibido más de ¡¡¡tres mil!!! Y ¿por qué?, te preguntarás. Porque fui lo bastante tonto como para poner La torre oscura en la lista de títulos publicados en Cementerio de animales. Creo que Sam está un poco cabreado conmigo y supongo que tiene razón. Dice que incluir en una lista un libro que los seguidores quieren y no pueden conseguir es como enseñarle un trozo de carne a un perro hambriento y luego retirarlo y decirle: «No, no, no es para ti, hala, hala». Por otro lado, ¡por Cristo Nuestro Señor, la gente está muy mal acostumbrada! Dan por hecho que si en alguna parte del mundo hay un libro que quieren, entonces tienen todo el derecho del mundo a tenerlo. Esto le habría sonado a chino a los tipos de la Edad Media quienes tal vez hubieran oído hablar de lo que era un libro y que puede que en la vida hubieran visto uno. El papel era valioso (si alguna vez me pongo, estaría bien añadirlo en la siguiente novela del «Pistolero/Torre oscura») y los libros eran tesoros que uno protegía con la vida. Me encanta ganarme la vida escribiendo, pero el que diga que no tiene su lado malo, es un mentiroso de mierda. ¡Un día de estos voy a escribir una novela sobre un coleccionista sicótico de libros raros! (Es broma).

En otro orden de cosas, hoy ha sido el cumpleaños de Owen. ¡Ya tiene siete años, la edad del razonamiento! Apenas me creo que el pequeño tenga siete años y mi hija trece, toda una encantadora mujercita.

14 de agosto de 1984 (NYC)

Acabo de regresar de una reunión con Elaine Koster, de NAL, y con mi agente, el viejo Kirboo. Los dos me estuvieron pinchando para que sacara La hierba del diablo en rústica, pero pasé. Tal vez algún día, pero no voy a dar a la gente la oportunidad de leer algo tan inacabado salvo/hasta que me ponga a trabajar de nuevo en la historia.

Algo que probablemente nunca haré. De mientras, tengo una nueva idea para una

novela extensa sobre un payaso que resulta ser el peor monstruo del mundo. No es una mala idea, los payasos son aterradores, al menos para mí. (Payasos y pollos, imagínate).

18 de noviembre de 1984

Anoche tuve un sueño que creo que abre un paréntesis en el punto muerto en que me encontraba con *It*. ¿Y si existiera una especie de Haz que sujetase la Tierra (o incluso múltiples Tierras) en su sitio y el generador del Haz descansara sobre el caparazón de una tortuga? Podría hacer que eso formara parte del punto álgido del libro. Ya sé que parece una locura, pero estoy seguro que he leído en algún lugar que en la mitología hindú hay una gran tortuga que nos soporta sobre su caparazón y que sirve a Gan, la fuerza suprema. También recuerdo una anécdota en que una señora le dice a un científico famoso: «Eso de la evolución es ridículo. Todo el mundo sabe que el universo descansa sobre una tortuga». A lo que el científico (ojalá recordara el nombre, pero no hay manera) contesta: «Podría ser, señora, pero ¿sobre qué descansa la tortuga?». La señora suelta una carcajada desdeñosa y responde: «¡Ay, no me va a enredar! Sobre otra tortuga y así hasta el final».

¡Ja! ¡Toma ya, hombres de ciencia racionales!

De todos modos, tengo un libro en blanco junto a la cama y he llegado al extremo de escribir un montón de sueños y elementos oníricos sin estar del todo despierto. Esta mañana he escrito: ¡Recuerda la Tortuga! Y lo siguiente: ¡Mira la TORTUGA de enorme amplitud! Sobre su caparazón sostiene la tierra. Su pensar es lento pero siempre amable; y nos tiene a todos dentro de su mente. No es una gran poesía, eso te lo garantizo, ¡pero no está mal para un tipo que estaba prácticamente dormido cuando la escribió!

Tabby ha estado encima de mí con lo de que vuelvo a beber demasiado. Supongo que tiene razón, pero...

10 de junio de 1986 (Lovell/Turtleback Lane)

¡Tío, cómo me alegra de haber comprado esta casa! Al principio me aterraba el gasto, pero jamás he escrito más a gusto de lo que lo hago aquí. Y —escalofriante, pero cierto— creo que quiero volver a ponerme a trabajar en la historia de La torre oscura. De todo corazón creía que nunca lo haría, pero anoche, de camino al Center General a por cerveza, casi oí decir a Roland: «Existen muchos mundos y muchas historias, pero el tiempo apremia».

Acabé por dar media vuelta y regresar a casa. No recuerdo la última vez que estuve sobrio toda una noche, pero esta es una de esa especie en extinción. De hecho, es una mierda no llevar una mierda. Creo que es muy triste.

13 de junio de 1986

Me desperté en medio de la noche con resaca y ganas de mear. Estando de pie frente al váter fue como si viera a Roland de Gilead diciéndome que comenzara con

las langostruosidades. Lo haré.

Sé lo que son.

15 de junio de 1986

Hoy he comenzado el nuevo libro. No puedo creer que esté escribiendo otra vez acerca del viejo alto, largo y feo, pero desde la primera página tuve la sensación de estar haciendo lo que tenía que hacer. ¿Qué coño?, desde la primera palabra. He decidido que, en cuanto a estructura, casi será como los clásicos cuentos de hadas: Roland camina por una playa del mar del Oeste sintiéndose cada vez peor y se encuentra con una serie de puertas que conducen a nuestro mundo. Invocará un nuevo personaje a través de cada una de ellas y el primero será un yonqui colocado llamado Eddie Dean...

16 de junio de 1986

No puedo creerlo. Es decir, tengo el manuscrito sobre el escritorio justo delante de mí, de modo que en cierto modo tengo que creerlo, pero sigo sin hacerlo. He escrito ¡¡¡trescientas!!! páginas durante el último mes y la copia está limpia como los chorros del oro. Nunca me he considerado uno de esos escritores a los que se les debe reconocer el mérito por su arduo trabajo, de esos que dicen que perfilan todos y cada uno de los pasos y las partes, pero tampoco nunca antes he escrito un libro que fluyera a través de mí como lo ha hecho este, que ha acaparado toda mi atención desde el primer día. Y ¿sabes?, es como si muchas de las otras cosas que he escrito (It en especial) fueran «tiros de práctica» para llegar a esta historia. ¡Lo cierto es que nunca he vuelto a recuperar nada después de que permaneciera en barbecho durante quince años! Es decir, sí, le di un pequeño repaso a las historias que publicó Ed Ferman en E&SF, y otro cuando Don Gran publicó La hierba del diablo, pero nada como lo que tengo ahora entre manos. Si incluso sueño con la historia. Hay días en que desearía poder dejar de beber, pero te digo una cosa: casi tengo miedo de dejarlo. Sé que la inspiración no fluye a través del cuello de una botella, pero hay algo...

Tengo miedo, ¿vale? Tengo la sensación de que hay algo —Algo— que no quiere que termine el libro, que ni siquiera quiere que lo empiece. Vale, ya sé que es de locos («Como sacado de una historia de Stephen King». ¡Ja, ja!), pero al mismo tiempo me parece muy real. Seguramente esté bien que nadie vaya a leer nunca este diario; si lo hicieran, lo más probable es que me encerraran. ¿Quién le compraría a un tipo que está como una cabra?

Creo que voy a llamarlo La invocación.

19 de septiembre de 1986

Ya está. La invocación está listo. Me emborraché para celebrarlo. También me coloqué. ¿Qué es lo siguiente? Bueno, lo publicarán dentro de un mes más o menos y de aquí a dos días cumpliré treinta y nueve años. Tío, apenas me lo creo. Parece que solo haga una semana que estábamos viviendo en Bridgton y que los niños eran

pequeños.

Joder. Hora de dejarlo, el escritor se está poniendo sensiblero.

19 de junio de 1987

Hoy he recibido mi primer ejemplar de la Invocación que me ha mandado Donald Grant. Es un paquete muy bonito. También he decidido permitir a NAL que siga adelante y que saque los dos libros de La torre oscura en rústica, he decidido dar a la gente lo que quiere. ¿Qué coño, por qué no?

Por supuesto, me emborraché para celebrarlo... aunque, últimamente, ¿quién necesita una excusa?

Es un buen libro a pesar de que en muchos aspectos es como si no lo hubiese escrito yo, como si hubiese fluido a través de mí, como el cordón umbilical y el ombligo de un bebé. Lo que trato de decir es que el viento sopla, la cuna se mece y a veces tengo la impresión de que no hay nada en este material que sea mío, que no soy más que el puto secretario de Roland de Gilead. Sé que es de locos, pero en cierta forma una parte de mí lo cree así. Aunque tal vez Roland tenga su propio jefe. ¿Ka?

Tiendo a deprimirme cuando echo un vistazo atrás a mi vida: la bebida, las drogas, el tabaco... Es como si estuviera tratando de matarme... o algo lo estuviera haciendo...

19 de octubre de 1987

Esta noche me encuentro en Lovell, en la casa de Turtleback Lane. Me he venido aquí a reflexionar sobre cómo transcurre mi vida. Algo tiene que cambiar, tío, porque si no va a llegar el momento en que voy a volarme la tapa de los sesos.

Algo tiene que cambiar.

El siguiente artículo del Mountain Ear de North Conway (N.H.) fue añadido al diario del escritor con fecha 12 de abril de 1988:

SOCIÓLOGO LOCAL DESESTIMA
LOS RELATOS ACERCA DE LOS «VISITANTES»
Logan Merrill

Durante 10 años como mínimo, las White Mountains han estado en boca de todos gracias a los relatos acerca de los «visitantes», criaturas que podrían ser alienígenas del espacio, viajeros del tiempo o, incluso, «seres de otra dimensión». En una animada conferencia celebrada en la biblioteca pública de North Conway, el sociólogo local Henry K. Verdon, autor de Grupos paritarios y la construcción del mito, hizo uso de dicho fenómeno para ilustrar el modo en que los mitos se crean y se alimentan. Postuló la probabilidad de que, en un principio, los «visitantes» fueran creados por los adolescentes de las poblaciones limítrofes entre Maine y New Hampshire. También especuló que los avistamientos de inmigrantes ilegales que cruzan la frontera norte desde Canadá y a continuación pasan a los estados de Nueva Inglaterra puede que hayan influido en la creación de este mito, tan extendido hoy en día. «Creo que todos sabemos», aseguró el profesor Verdon, «que no existen ni Santa Claus ni el Ratoncito Pérez y, por tanto, tampoco ningún ser llamado visitante. Sin embargo, estos relatos...».

Falta el resto del artículo. Tampoco existe ninguna explicación de por qué el señor King pudo incluirlo en el diario.

19 de junio de 1989

Acabo de regresar de mi primer «aniversario» en Alcohólicos Anónimos. ¡Un año entero sin drogas ni alcohol! Apenas me lo creo. No me arrepiento, mantenerse sobrio me ha salvado la vida sin duda alguna (y probablemente mi matrimonio), pero ojalá no fuera tan duro escribir en el período subsiguiente. La gente que está en «el programa» dice que no lo fuerce, que ya vendrá, pero hay otra voz (en la que pienso como la voz de la Tortuga) que me dice que me dé prisa y que siga adelante, que el tiempo apremia y que tengo que afilar mis instrumentos. ¿Para qué? Para La torre oscura, claro, y no solo porque no dejan de llegar cartas de gente que ha leído La invocación y quiere saber lo que ocurre a continuación, sino porque algo en mi interior quiere volver a trabajar en la historia, pero que me maten si sé cómo.

12 de julio de 1989

Hay tesoros impredecibles en las estanterías de Lovell. Adivina lo que he encontrado esta mañana mientras buscaba algo para leer: Shardik, de Richard Adams. No la historia sobre los conejos, sino la del mitológico oso gigantesco. Creo que voy a releerlo.

Sigo sin escribir nada interesante...

21 de septiembre de 1989

Vale, esto es relativamente raro, así que prepárate.

Alrededor de las 10 a. m., mientras estaba escribiendo (mientras miraba el procesador de texto y soñaba en lo fantástico que sería tener al menos un barril de Bud fresquita) sonó el timbre. Se trataba de un tío de la Casa de las Flores de Bangor con una docena de rosas. No eran para Tab, sino para mí. La tarjeta rezaba: Feliz cumpleaños de parte de los Mansfield: Dave, Sandy y Megan.

Lo había olvidado por completo, pero hoy, bien, ya tengo cuarenta y dos años. A lo que iba: cogí una de las rosas y fue como perderme en ella. Ya sé que suena raro, lo sé, pero lo hice. Creí oír un zumbido suave y fui sumergiéndome cada vez más hondo, siguiendo las curvas de la rosa como si chapoteara entre las gotas de rocío, que parecían grandes como lagos. El zumbido se hizo más audible y más melodioso, y la rosa se hizo más... bueno, más rosa. Y me descubrí pensando en Jake, el de la primera historia de La torre oscura, y en Eddie Dean y en una librería. Incluso recuerdo el nombre: El Restaurante de la Mente de Manhattan.

Y entonces, ¡bum!, siento una mano en el hombro, me vuelvo y es Tabby. Me preguntó quién me enviaba las rosas. También quiso saber si me había dormido. Le

dije que no, pero fue como si lo hubiera hecho, allí mismo, en la cocina.

¿Sabes a qué me recordó? A esa escena en la estación de paso de La hierba del diablo en que Roland hipnotiza a Jake con una bala. Yo soy inmune a la hipnosis. De niño, un tipo me subió a un escenario en la feria de Topsham y trató de hipnotizarme, pero no funcionó. Según recuerdo, mi hermano Dave se sintió bastante decepcionado porque quería que cloqueara como un pollo.

De todos modos, creo que quiero retomar La torre oscura. No sé si estoy preparado para algo tan complejo —después de algunos de los fracasos del último par de años, digamos que estoy inseguro—, pero de todos modos me gustaría darle una oportunidad. Oigo la llamada de esa gente de fantasía y, ¿quién sabe?, ¡tal vez habría lugar en este para un oso gigante, como Shardik, el de la novela de Richard Adams!

7 de octubre de 1989

Hoy he comenzado el siguiente libro de La torre oscura y, al igual que con La invocación, he terminado la primera sesión preguntándome por qué diablos he esperado tanto. Estar con Roland, Eddie y Susannah es como un refrescante vaso de agua o como reencontrarse con unos amigos tras una larga ausencia. De nuevo vuelvo a tener esa sensación de que no soy yo quien cuenta la historia, sino que me limito a servir de conducto. Y ¿sabes qué? No me importa. Esta mañana me he sentado frente al procesador de texto durante cuatro horas y ni una sola vez he pensado en echar un trago ni en ninguna otra clase de drogas que alteren la percepción. Creo que voy a llamarlo Las tierras baldías.

9 de octubre de 1989

No... Tierras baldías. Dos palabras, como el poema de T. S. Eliot (de hecho creo que el suyo se titula «La tierra baldía»).

19 de enero de 1990

Esta noche he acabado Las tierras baldías después de un maratón de cinco horas. A la gente no le va a gustar cómo acaba, así, sin una solución a la competición de acertijos. Incluso yo la seguiría, pero no puedo hacer nada, he oído una voz en la cabeza que me hablaba alto y claro (como siempre, es la de Roland) y que me decía: «Por ahora ya has acabado, cierra el libro, disparaletras».

Final con situación de suspense a un lado, creo que la historia está bien, aunque, como siempre, no se parece mucho a las otras que escribo. El manuscrito es un tocho, tiene más de ochocientas páginas y lo he creado en poco más de tres meses.

Increíble de cojones.

Una vez más, apenas hay tachaduras ni borrones. Hay unos cuantos fallos técnicos de continuidad, pero, considerando la extensión del libro, apenas puedo creer lo escasos que son. Ni tampoco llego a creer de qué modo, cuando necesitaba algún tipo de inspiración, el libro adecuado parecía volar hasta mi mano una y otra vez. Como El quincunce de Charles Palliser, con esa jerga maravillosa y mascullada del

siglo XVII: «Ea, tú también» y «mi capullito». Al Chirlas le venía que ni pintada (al menos a mí me lo parece). ¡Y qué guay que Jake vuelva a estar en la historia, sobre todo cómo volvió a aparecer en ella!

Lo único que me preocupa es qué va a ocurrirle a Susannah Dean (la que antes era Detta/Odetta). Está embarazada y me preocupa quién o qué pueda ser el padre. ¿Un demonio? Creo que bien bien no. Tal vez no tenga que ponerme con eso hasta un par de libros más adelante. En cualquier caso, la experiencia me dice que, en un libro largo, siempre que una mujer acaba embarazada y nadie sabe quién es el padre, mejor apaga y vámonos. No sé por qué, pero como elemento que complica un argumento, ¡un embarazo suele ser bastante mierdoso!

Bueno, tal vez no importe. Por el momento, estoy cansado de Roland y su ka-tet. Creo que pasará una temporadita antes de que los retome, aunque los seguidores van a desgañitarse con ese final sin resolver en el tren de Lud. Ya verás.

Sin embargo, me alegra haberlo escrito y, además, a mí me parece perfecto. En muchos sentidos, creo que Tierras baldías es el punto culminante de mi «vida fantástica».

Tal vez incluso mejor que Apocalipsis.

27 de noviembre de 1991

¿Recuerdas que dije que me echarían los perros por el final de Tierras baldías? ¡Mira esto!

A continuación, carta de John T. Spier, de Lawrence, Kansas:

16 de noviembre de 1991

Apreciado señor King:

¿O debería ir al grano y decir «Apreciado gilipollas»?

No puedo creer que haya pagado los pavos que he pagado por una edición Donald Grant de su libro del PISTOLERO Las tierras baldías y que esto sea lo que me den a cambio. De todas formas, ya hacía bien titulándose así porque era una compra «en balde».

No me malinterprete, la historia estaba bien, de hecho era muy buena, pero ¿cómo puede «añadirle» un final como ese? No era un final sino lo clásico, como estoy cansado, cojo y digo: «Bueno, qué cojones, no hace falta que me estruje el cerebro para escribir un final, esos vagos que compran mis libros se tragará cualquier cosa».

Estaba a punto de devolverlo, pero me lo voy a quedar porque al menos me gustan las ilustraciones (en especial la de Acho). Sin embargo, la historia es un timo.

¿Sabe como se escribe TIMO, señor King? L-U-N-A, así se escribe TIMO.

Atentamente crítico,

John T. Spier
Lawrence, Kansas

23 de marzo de 1992

En cierto modo, esta me hace sentir aún peor.

A continuación, carta de la señora Coretta Vele, de Stowe, Vermont:

6 de marzo de 1992

Apreciado Stephen King:

No sé si esta carta le llegará, pero la esperanza es lo último que se pierde. He leído la mayoría de sus libros y los adoro. Soy una joven «yaya» de 76 años de su «estado hermano» de Vermont, y me gustan en especial sus historias de la Torre oscura. Bueno, a lo que iba. El mes pasado fui a visitar a un equipo de oncólogos del Mass General y me dijeron que parece ser que el tumor cerebral que tengo al final es maligno (al principio dijeron: «No te preocupes, Coretta, es benigno»). A ver, sé que uno tiene que hacer lo que tiene que hacer, señor King, y «seguir a su musa», pero me han dicho que tendrá suerte si veo el próximo 4 de julio de este año. Supongo que he leído mi última historia de la Torre oscura, de modo que me preguntaba si me podría decir cómo acaba la Torre oscura, al menos si Roland y su «Ka-Tet» al final llegan a la torre, y si es así, ¿qué encuentran allí? Le prometo que no se lo diré a nadie y, a cambio, hará usted feliz a una pobre anciana moribunda.

Atentamente,

Coretta Vele
Stowe, Vt.

Me siento como una mierda cuando pienso con qué despreocupación me enfrenté al final de Tierras baldías. Tengo que contestar la carta de Coretta Vele, pero no sé cómo. ¿Podría hacerle creer que no sé más que ella acerca de cómo termina la historia de Roland? Lo dudo, pero aun así «esta es la verdad», como dice Jake en su redacción final. ¡No tengo más idea que... bueno, que Acho de lo que hay dentro de la puñetera Torre! ¡Ni siquiera sabía que estaba en un campo de rosas hasta que salió de mis dedos y apareció en la pantalla de mi nuevo Macintosh! ¿Se tragaría eso Coretta? ¿Qué diría si le dijera: «Cory, escucha: el viento sopla y la historia viene. Luego deja de soplar y lo único que puedo hacer es esperar, como tú»?

Crean que estoy al mando, todos ellos, desde el más sesudo de los críticos hasta el lector más corto, y eso sí que es para morirse de risa.

Porque no es cierto.

22 de septiembre de 1992

La edición de Grant de Las tierras baldías se ha agotado y la edición en rústica está yendo muy bien. Debería de estar feliz y supongo que lo estoy, pero sigo recibiendo una tonelada de cartas acerca de ese final inconcluso. Se pueden dividir en tres grandes categorías: gente cabreada, gente que quiere saber cuándo sale el siguiente número de la serie, y gente cabreada que quiere saber cuándo sale el siguiente número de la serie.

Pero estoy atascado. El viento no sopla en esa dirección; al menos, por ahora no.

Mientras tanto, tengo una idea para una novela acerca de una señora que compra un cuadro en una casa de empeño y luego es como si se introdujera en él. ¡Eh, tal vez puede que se introduzca en Mundo Medio y que conozca a Roland!

9 de julio de 1994

Tabby y yo no nos peleamos demasiado desde que he dejado de beber, pero, joder, esta mañana hemos tenido un encontronazo. Estamos en la casa de Lovell, claro, y cuando estaba a punto de salir para dar mi paseo matutino, coge y me enseña un artículo que venía en el Sun de Lewiston de hoy. Parece ser que a un tipo de Stoneham, Charles McCausland, Chip, lo atropelló y lo mató un conductor que se dio a la fuga mientras paseaba por la Ruta 7, la carretera por la que yo paseo, claro. Tabby trató de persuadirme para que no saliera de Turtleback Lane, yo traté de convencerla a ella de que tenía tanto derecho a utilizar la Ruta 7 como cualquier otra persona (y, para ser honestos, no hago más de 1 kilómetro por el asfalto), y a partir de ahí las cosas fueron de mal en peor. Al final me pidió que al menos dejara de pasear por Slab City Hill, donde la visión es casi nula y no hay sitio adonde saltar si da la casualidad que alguien se sale de la carretera y se va al arcén. Le dije que me lo pensaría (se habría hecho mediodía antes de salir de casa si hubiéramos seguido hablando), pero lo cierto es que no pienso vivir teniéndole miedo a todo. Además, creo que ese pobre hombre de Stoneham ha hecho que las probabilidades de que me atropellen mientras paseo al acabar él atropellado sean de una contra un millón. Se lo dije a Tabby y ella contestó: «Las probabilidades de que jamás llegarás a ser tan famoso como escritor como lo eres eran aún menores. Es lo que has dicho siempre». Ante eso, mucho me temo que no tuve réplica.

19 de junio de 1995 (Bangor)

Tabby y yo acabamos de volver del auditórium de Bangor donde le entregaron a nuestro hijo pequeño (y a unos cuatrocientos compañeros de clase) su diploma. Ya es oficialmente bachiller. Bangor High y los Bangor Rams le van detrás. Comenzará la universidad en otoño y será entonces cuando Tab y yo tendremos que empezar a enfrentarnos al archiconocido síndrome del nido vacío. Todo el mundo dice que se pasa en un abrir y cerrar de ojos y tú dices no, si ya... y cuando te quieras dar cuenta es verdad.

Mierda, estoy triste.

Me siento perdido. De todos modos, ¿para qué todo esto? (¿Y todo esto para qué, Alfie? Ja, ja). ¿Para qué si solo se trata de una escalada difícil desde que naces hasta que mueres? ¿«El claro al final del camino»? Jesús, qué macabro.

Entretanto, esta tarde nos vamos a Lovell y a la casa de Turtleback Lane; Owen se nos unirá en un día o dos, dice. Tabby sabe que quiero escribir junto al lago. Dios, es tan intuitiva que da miedo; cuando volvíamos de la ceremonia de graduación me preguntó si el viento volvía a soplar.

La verdad es que sí, y esta vez se trata de un vendaval. No veo el momento de comenzar el nuevo volumen de la serie de la TQ. Ha llegado el momento de saber lo que ocurre en la competición de acertijos (que Eddie hace volar por los aires la mente

informatizada con «preguntas tontas» —es decir, adivinanzas— es algo que sé desde hace varios meses), pero no creo que esa sea la trama principal que me toca contar esta vez. Quiero escribir acerca de Susan, el primer amor de Roland, y quiero ambientar su «romance vaquero» en una parte imaginaria de Mundo Medio llamada Mejis (es decir, México).

Ha llegado el momento de ensillar el caballo y volver a cabalgar con el grupo salvaje.

Por los demás, los niños, bien; aunque Naomi ha tenido una especie de reacción alérgica, tal vez al marisco...

19 de julio de 1995 (Turtleback Lane. Lovell)

Igual que en mis incursiones previas en Mundo Medio, me siento como alguien que acaba de pasar un mes sobre un trineo de propulsión a chorro colocado con gas de la risa alucinatorio. Creía que me iba a costar más entrar en el libro, mucho, pero de hecho volvió a ser tan fácil como calzarme unos zapatos viejos o esos botines de estilo vaquero que me compré en Bally's, en Nueva York, hace tres o cuatro años, a los que no puedo renunciar.

Ya tengo más de doscientas páginas y me encantó descubrir que Roland y sus amigos están investigando los vestigios de la supergripe y que encuentran evidencias tanto de Randall Flagg como de Madre Abigail.

Creo que al final puede que Flagg resulte ser Walter, el viejo enemigo de Roland. Su verdadero nombre es Walter O'Dim y al principio no era más que un chico de campo. En cierto modo, encaja a la perfección. Ahora comprendo que, en mayor o menor grado, todas las historias que he escrito giran alrededor de esta y ¿sabes?, no me representa el menor problema. Siempre es la historia con la que al escribirla me siento más a gusto.

¿Y a qué viene esa sensación sempiterna de peligro? ¿Por qué estoy tan convencido de que si alguna vez me han de encontrar derrumbado sobre el escritorio fulminado por un ataque al corazón (o borrado del mapa cuando iba sobre mi Harley, seguramente por la Ruta 7), será mientras esté trabajando en una de estas historias tan extravagantes de vaqueros? Creo que se debe a que sé que hay mucha gente esperando que concluya el ciclo. ¡Y quiero concluirlo! ¡Ya lo creo que sí! En mi maletín no quiero nada como Los cuentos de Canterbury o El misterio de Edwin Drood si puedo evitarlo, muchas gracias. Y sin embargo, siempre tengo la sensación de que una fuerza anticreativa me está buscando y que cuando trabajo en estos relatos me encuentro desprotegido.

Bueno, ya basta de historias para no dormir. Me voy de paseo.

2 de septiembre de 1995

Espero que el libro esté listo en unas cinco semanas. Este me ha supuesto un mayor desafío, pero la historia no deja de presentárseme con profusión de detalles.

Anoche vi Los siete samuráis de Kurosawa y me pregunto si no podría ser esa la dirección adecuada para el vol. N.^o 6, Los hombres lobo de Mundo Final (o algo así). Seguramente debería de mirar si alguno de los videoclubes de por aquí, junto a la carretera, tiene Los siete magníficos, la versión estadounidense de la película de Kurosawa.

Hablando de carreteras, esta tarde casi tengo que lanzarme al arcén para evitar a un tipo que iba en una furgoneta dando bandazos de un lado al otro, obviamente borracho, por el último tramo de la Ruta 7 antes de tomar la salida hacia el tramo relativamente seguro de Turtleback Lane. No creo que se lo mencione a Tabby; se pondría como una moto. De todos modos, ya he tenido mi «susto de peatón» correspondiente y de lo único de lo que me alegra es de que no ocurriera en el camino de Slab City Hall.

19 de octubre de 1995

Me ha llevado un poco más de lo que pensaba, pero esta noche he acabado La bola de cristal...

19 de agosto de 1997

Tabby y yo acabamos de despedirnos de Joe y su mujer; se vuelven a Nueva York. Me alegra de haberles podido dar un ejemplar de La bola de cristal. El primer paquete de libros acabados ha llegado hoy. ¿Qué es lo que tiene mejor pinta y olor que un libro nuevo, en especial uno con tu nombre en la portada? El trabajo que tengo es el mejor del mundo, la gente de verdad me paga dinero de verdad por perderme en mi imaginación, donde, debo añadir, los únicos a los que realmente percibo como reales son a Roland y a su ka-tet.

Creo que este les va a gustar de verdad a los ll. cc.^[8] y no solo porque acaba la historia de Blaine el Mono. Me pregunto si la abuela del tumor cerebral de Vermont sigue viva. Supongo que no, pero si lo estuviera, me gustaría enviarle un ejemplar...

6 de julio de 1998

Tabby, Owen, Joe y yo fuimos anoche a Oxford a ver la película Armageddon. Me gustó más de lo que esperaba, en parte porque estaba acompañado de mi familia. Es una peli de efectos especiales sobre el fin del mundo que me hizo pensar en la Torre Oscura y el Rey Carmesí. Seguramente no es ninguna sorpresa.

Esta mañana he escrito un poco sobre mi historia acerca del Vietnam. He dejado de escribir a mano para hacerlo en mi Powerbook, así que supongo que me lo estoy tomando en serio. Me gustó el modo en que reaparece Sully John. Pregunta: ¿Conocerán alguna vez Roland Deschain y sus amigos al compañero de Bobby Garfield, Ted Brautigan? Y ¿quiénes son esos hampones que van detrás del viejo Tedster? Mi trabajo se parece cada vez más a una pendiente por la que todo se desliza hasta ir a parar a Mundo Medio y Mundo Final.

La torre oscura es mi historia de todas las historias, de eso no hay duda. Cuando

esté lista, tengo planeado tomarme un respiro. Tal vez me retire del todo.

7 de agosto de 1998

Esta tarde salí a pasear como de costumbre y por la noche me llevé a Fred Hauser a la reunión de AA en Fryeburg. De vuelta a casa me pidió que le hiciera de padrino y acepté; creo que al final se está tomando en serio lo de dejar la bebida. Bien por él. De todos modos, no dejó de hablar de esos «visitantes»; dice que nunca antes habían rondado tantos por esta zona y que todo Dios habla de ellos.

«Entonces, ¿cómo es que yo nunca he oído nada?», le pregunté. No recibí respuesta alguna, tan solo una mirada muy extraña. No dejé de pincharle y al final Fred confesó: «A la gente no le gusta hablar de ellos cuando tú estás delante, Steve, porque se han visto dos docenas merodeando por Turtleback Lane en los últimos 8 meses y tú aseguras que no has visto ni uno».

Me pareció una incongruencia y no respondí. No fue hasta después de la reunión —y después de dejar a mi nuevo ahijado— que caí en la cuenta de lo que me quiso decir: la gente no habla de los «visitantes» cuando estoy delante porque creen que, no sé cómo, SOY EL RESPONSABLE.

Pensé que estaba más que acostumbrado a ser el «chico malo del país», pero esto es ya para partirse...

2 de enero de 1999 (Boston)

Esta noche, Owen y yo nos hospedamos en el Hyatt Harborside y mañana nos vamos a Florida. (Tabby y yo hemos estado hablando de comprarnos una casita en Florida, pero no se lo hemos dicho a los niños. Claro, solo tienen 27, 25 y 21 años; tal vez cuando sean lo bastante mayores para entender estas cosas, ja, ja). Primero hemos quedado con Joe y hemos visto una película titulada Hurlyburly basada en la obra de David Rabe. Muy rara. Hablando de cosas raras, tuve una especie de pesadilla de noche de Año Nuevo antes de salir de Maine. No recuerdo con exactitud de qué iba, pero cuando me desperté esta mañana había escrito dos cosas en mi libreta de sueños. Una era Bebé Mordred, como si se tratara de algo sacado de unos dibujos animados de Chas Addams. Eso más o menos lo entiendo; debe referirse al bebé de Susannah de las historias de la Torre Oscura. Es lo otro lo que me desconcierta. Ponía: 19/6/99. Oh Discordia.

Discordia también suena a algo sacado de las historias de la TQ, pero no me lo he inventado yo. En cuanto a lo del 19/6/99, eso es una fecha, ¿no? ¿Qué quiere decir? 19 de junio de este año. Para entonces Tabby y yo deberíamos de haber vuelto a la casa de Turtleback Lane, pero por lo que recuerdo, no es el cumpleaños de nadie.

¡Tal vez sea la fecha en que voy a encontrarme con mi primer visitante!

12 de junio de 1999

¡Es maravilloso estar de vuelta en el lago!

He decidido tomarme diez días de descanso y luego ponerme a trabajar sin más

en el libro acerca de la escritura. Tengo curiosidad acerca de Corazones en la Atlántida; ¿la gente querrá saber si el amigo de Bobby Garfield, Ted Brautigan, tiene un papel en la saga de la Torre? Lo cierto es que ni siquiera yo sé la respuesta. En cualquier caso, últimamente ha disminuido mucho el número de lectores de la Torre, las cifras son muy desalentadoras en comparación con las de mis otros libros (a excepción de El retrato de Rose Madder, una verdadera cagada, al menos en cuanto a las ventas). Sin embargo, no importa, al menos a mí no, y si la serie acaba alguna vez, puede que las ventas aumenten.

Tabby y yo hemos vuelto a tener una pelotera sobre la ruta de mi paseo; me volvió a pedir que dejara de salir a la carretera principal. También me preguntó si el viento ya había empezado a soplar refiriéndose a si estoy pensando en la siguiente historia de la Torre Oscura. Le dije que no, commala-ven-ven, el relato se ha de emprender; pero lo hará y aparecerá un baile llamado commala. Lo único que veo con claridad es a Roland bailando aunque por qué o para quién es algo que se me escapa.

De todos modos, le pregunté a Tabby por qué estaba tan interesada en la Torre Oscura y me contestó: «Estás más seguro cuando estás con los pistoleros».

Supongo que bromeaba, pero es una broma extraña para T. No es su estilo.

17 de junio de 1999

Esta noche he hablado con Rand Holsten y Mark Carliner. Parecían emocionados con la idea de pasar de La tormenta del siglo a Rose Red (o a Kingdom Hospital), cualquiera de las dos me volverían a dar de comer.

Anoche soñé con mi paseo diario y me desperté llorando. La Torre caerá, pensé. Oh Discordia, el mundo se cubre de sombras.

???

Titular del Press-Herald de Portland, 18 de junio de 1999:

EL FENÓMENO DE LOS «VISITANTES» EN EL OESTE DE MAINE CONTINÚA RESISTIÉNDOSE A UNA EXPLICACIÓN

19 de junio de 1999

Es como en una de esas ocasiones en que todos los planetas se alinean salvo que en este caso es mi familia la que se ha alineado aquí, en Turtleback Lane. Joe y su familia llegaron sobre el mediodía; el pequeño es una monería. ¡Digo verdad! A veces me miro en el espejo y me digo: «Eres abuelo». Y el Steve del espejo se limita a reír porque la idea es ridícula; el Steve del espejo sabe que sigo siendo un estudiante de segundo curso de universidad que durante el día asiste a las clases y protesta contra la guerra de Vietnam y por la noche bebe cerveza en Pat's Pizza con Flip Thompson y George McLeod. En cuanto a mi nieto, el precioso Ethan, se

contenta con darle tironcitos al globo que lleva atado a un dedo del pie y se ríe.

Mi hija Naomi y mi hijo Owen llegaron bien entrada la noche. Celebramos una gran comida del día del padre. ¡La gente me decía cosas tan bonitas que tuve que asegurarme que no estaba muerto! Dios, tengo suerte de contar con una familia, de tener más historias para contar, de seguir vivo... Espero que lo peor que ocurra esta semana sea que la cama de mi mujer se haya derrumbado bajo el peso de nuestro hijo y nuestra nuera; los idiotas estaban luchando encima.

¿Sabes qué?, al final he estado pensando en retomar la historia de Roland en cuanto termine el libro acerca de la escritura (lo cierto es que Mientras escribo no sería un mal título; es sencillo y va al grano). Sin embargo, hace un sol radiante, un día precioso y lo que voy a hacer es ir a dar un paseo.

Luego más, tal vez.

Del Telegram de Portland, domingo 20 de junio de 1999:

STEPHEN KING MUERE CERCA DE SU CASA DE LOVELL

**ESCRITOR POPULAR FALLECE DURANTE
UN PASEO**

**FUENTES DE CONFIANZA ASEGURAN QUE
EL HOMBRE AL VOLANTE DE LA
FURGONETA MORTAL «APARTÓ LA VISTA
DE LA CARRETERA» CUANDO
SE ACERCABA A KING POR LA RUTA 7**

Ray Routhier

LOVELL, ME. (Exclusiva). El autor más popular de Maine falleció ayer por la tarde al ser atropellado por una furgoneta mientras paseaba cerca de su residencia de verano. Bryan Smith, de Fryeburg, era el conductor. Según fuentes cercanas al caso, Smith ha admitido que «apartó la vista de la carretera» cuando uno de sus rottweilers salió de la parte de atrás de la furgoneta y metió el hocico en una nevera que había detrás del asiento del conductor.

«Ni siquiera lo he visto», nos han informado que alegó Smith poco después de la colisión, que se produjo en lo que la gente del lugar llama Slab City Hall. King, autor de novelas tan populares como *It*, *El misterio de Salem's Lot*, *El resplandor* y *Apocalipsis*, fue llevado al Northern Cumberland Memorial Hospital de Bridgton donde se dictaminó su muerte a las 6.02 p. m. de la tarde del sábado. Tenía 52 años.

Según fuentes hospitalarias, la causa de la muerte se debió a heridas de consideración en la cabeza. La familia de King, que se había reunido para celebrar el día del padre, se ha recluido esta noche...

*¡Ven-ven-commala,
ya ha comenzado la batalla!
Y todos los enemigos de los hombres y la rosa
a la puesta del sol se alzan.*

NOTA DEL DISPARALETRAS

Una vez más desearía destacar la inestimable contribución de Robin Furth, quien leyó esta novela cuando no era más que un manuscrito —y todos los que le precedieron— con gran y cordial atención a cada uno de los detalles. Si este relato de complejidad creciente se tiene en pie, debería atribuirse gran parte del mérito a Robin. Y si no lo creéis, echadle un vistazo a su *Dark Tower Concordance*, lectura que merece la pena independientemente de la saga.

También debo las gracias a Chuck Verrill, quien ha editado las últimas cinco novelas del ciclo de la Torre, y a las tres editoriales, dos grandes y una pequeña, que cooperaron para hacer de este descomunal proyecto una realidad: a Robert Wiener (Donald M. Grant, Publisher); a Susan Peterson Kennedy y Pamela Dorman (Viking); y a Susan Moldow y Nan Graham (Scribner). En especial, gracias a la agente Moldow, cuya ironía y valentía han hecho que muchos días grises y deprimentes fueran llevaderos. Existen otros, muchos, pero no voy a aburriros con la lista completa. Después de todo, esto no es la puta entrega de los Oscar, ¿no?

Ciertos datos geográficos de este libro y de la novela final del ciclo de la Torre han sido novelados. Las personas reales mencionadas en estas páginas han sido utilizadas de modo ficticio. Y, que yo sepa, jamás hubo consignas que funcionaran con monedas en el World Trade Center.

En cuanto a ti, Lector Constante...

Una vuelta más en el camino y alcanzaremos el claro.

Acompáñame, ¿lo harás?

STEPHEN KING
28 de mayo de 2003
(Digamos gracias a Dios).



STEPHEN KING. Stephen Edwin King nació en Portland (Maine), el 21 de septiembre de 1947.

Cuando tenía dos años de edad, sus padres se separaron y su madre que tuvo que salir adelante con él y su hermano mayor, con grandes problemas económicos. Empezó a escribir desde muy pequeño. Ya en el colegio, escribía cuentos que vendía a sus compañeros de clase. Cuando tenía 13 años, descubrió un montón de libros de su padre, lo que le animó a seguir escribiendo y a mandar sus trabajos a diferentes editoriales aunque sin mucha suerte.

Con 24 años se casó con una compañera de la facultad, Tabitha Spruce, que también llegaría a escribir libros. Vivieron en un remolque durante un tiempo y tuvo que trabajar en diversos oficios para salir adelante. Publicó algunas historias cortas en revistas, pero pronto comenzó a tener problemas de alcoholismo. De todas sus experiencias tomaría buena nota que quedarían reflejadas en futuras historias.

Una de sus primeras novelas fue la de una joven con poderes psíquicos que no terminó y desanimado la tiró a la basura. Su mujer rescató el trabajo y lo animó a terminarlo. Esa novela se titularía *Carrie* y sería la primera que vendiera. Unos años más tarde escribiría otra de sus famosas novelas *El Resplandor*. Para escribir esta novela le sirvió de inspiración su propia experiencia: Problemas con su trabajo de profesor de inglés, le llevó a aceptar un trabajo de cuidador de un hotel que cerraba en invierno, mientras aumentaban sus problemas con el alcohol y las drogas. De ambas novelas se hicieron sendas películas millonarias en taquilla.

Han adaptado libros suyos directores tan prestigiosos como Stanley Kubrick, Brian de Palma o John Carpenter. En muchas de las películas ha aparecido haciendo pequeños cameos.

En 1999, Stephen King fue atropellado por un conductor borracho y consigue salvar la vida de manera milagrosa. Este grave accidente que le mantuvo durante años con graves secuelas, fue el embrión de novelas como *Buick 8: Un coche perverso*. En ella uno de los protagonistas muere en un accidente de coche. Más tarde sería en *Misery*, donde volvería a contarnos cómo un escritor es atropellado por un coche, sufriendo graves heridas. En el séptimo tomo de *La torre oscura* vuelve a utilizar el accidente en la trama. Incluso en la serie para TV *Kingdom Hospital*, un escritor sufre un accidente exactamente igual al suyo.

Escribió algunos libros bajo el seudónimo Richard Bachman, hasta que fue reconocido y decidió matar a su otro yo y realizar un funeral para él. Muy disciplinado Stephen King lee cuatro horas al día y escribe cuatro horas al día, necesarias según él para poder ser un buen escritor.

En 2000 publicó una novela a cuya lectura solo se podía acceder a través de Internet o en descarga para libros electrónicos: *Riding the Bullet*. Ese mismo año, otra novela *The plant* se podía descargar desde su página oficial en Internet, mediante un sistema de pago voluntario, pero se estanca en el capítulo sexto pues el experimento no sale como King esperaba.

Su estilo, efectivo y directo, y su capacidad para resaltar los aspectos más inquietantes de la cotidianidad, han convertido a Stephen King en el especialista de literatura de terror más vendido de la historia, contando con más de 100 millones de libros vendidos. Entre sus más conocidas novelas podemos encontrar *Carrie* (1974), *El resplandor* (1977), *La zona muerta* (1979), *It* (1986), *Los ojos del dragón* (1987), *Misery* (1987), *Dolores Claiborne* (1993), *Insomnia* (1994), *El retrato de Rose Madder* (1995), *Buick 8: un coche perverso* (2002), *Cell* (2006) y la serie de *La Torre Oscura*, que consta de 7 volúmenes.

NOTAS

[1] «*Two men dead by the light of the moon, somebody better investigate soon*», frase del original que recuerda al verso de la conocida canción de Bob Dylan «Oxford Town». (N. de las T.) <<

[2] Frase que recuerda a varios versos de la canción «We're Off To See The Wizard (Follow The Yellow Brick Road)» que formaba parte de la banda sonora de la película *El mago de Oz.* (N. de las T.) <<

[3] Primer verso del poema *The shooting of Dan McGrew* de Robert W. Service. (*N. de las T.*) <<

[4] Me cayeron noventa y nueve años en el talego. (*N. de las T.*) <<

[5] Versos que recuerdan la canción popular «Man of Constant Sorrow». (*N. de las T.*)

<<

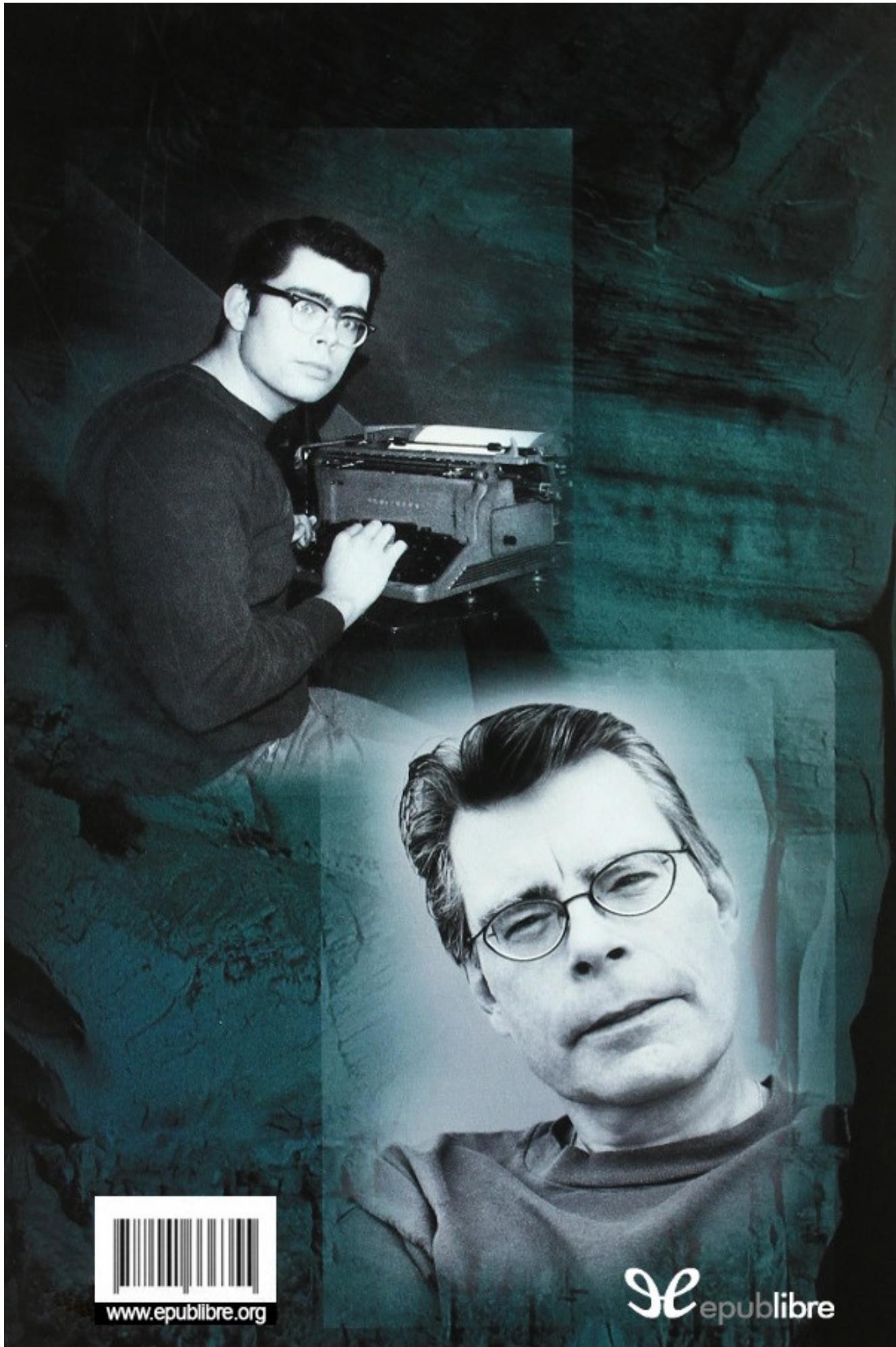
[6] Versos que recuerdan la canción popular «Man of Constant Sorrow». (*N. de las T.*)

<<

[7] Término utilizado por ciertas tribus caníbales para describir el sabor de la carne humana. (*N. de las T.*) <<

[8] Lectores constantes. <<





www.epublibre.org

 **epublibre**